

«VALOR,
FUERZA,
HONOR...»

ELENA GARQUIN



Vientos de guerra

ELENA GARQUIN



Vientos de guerra

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Algunos fragmentos de canciones incluidos en este libro, se han utilizado única y exclusivamente como intención de darle más realismo a la historia, sin intención alguna de plagio.

Título original: Vientos de guerra.

©Elena Garquin, 2019

Diseño de portada y maquetación: Adyma Design.

Imagen de portada: Istock.

Corrección: Carol RZ (Deletréame).

Esta novela fue autopublicada en Amazon en Julio de 2019.

*Para mi hija Marta y su “meja” María. Dos guerreras que, como Brianna, aprenderán a
afrontar los mayores riesgos de la vida.
Os quiero un montón.*

Agradecimientos

Para mí esta novela ha sido especial desde el primer momento, no solo por la historia que lleva con ella, sino por las personas que han intervenido en su proceso de creación y por la forma en que lo han hecho.

A Carmen Cano por sus directrices que me quitaron la venda de los ojos en determinados puntos de la novela (sobre todo los que tenían que ver con Wyatt), para darle el toque que yo quería y que no conseguía. Tus apuntes le han dotado de pinceladas que, espero, conquisten muchos corazones lectores, viniendo de un personaje complejo de por sí. Gracias, preciosa mía, por tu paciencia, por tu sinceridad y por poner a mi disposición todo tu conocimiento acerca de la Guerra de Secesión americana. Aun ahora estoy con la boca abierta de auténtica admiración hacia ti.

A May Boeken, mi May, por esas charlas interminables que, sin ella saberlo, me sacaron del agujero de la desesperación más de una vez, consiguiendo que no abandonara el proyecto. Wyatt y Brianna, así como su historia, son lo que son y están aquí gracias a esos muchos audios que tanto nos encantan, recuérdalo siempre. Tenerte ahí, como la inmensa profesional que eres, pero también como amiga, es un lujo para mí, un honor y, sobre todo, una grandísima suerte que no pienso desaprovechar, que lo sepas.

A Carol, LA MEJOR CORRECTORA DEL MUNDO MUNDIAL (y no va de broma, ni exagero). Tú has sido mi mejor descubrimiento en este campo, nena. Para mí, además de tu sabiduría, tu profesionalidad y esas pequeñas ideas (que hicieron que me diera cabezazos contra la pared por no haberme dado cuenta yo antes), el feeling que surgió entre las dos desde el primer momento ¡es oro molido! Impagable, pero desde luego, repetible, porque pienso repetir experiencia. GRACIAS, así con mayúsculas, por la gran persona que eres, por tu paciencia conmigo y mis histerias, y por meterte en la historia hasta el punto de hacerla tuya, porque Brianna y Wyatt también tienen mucho de ti. Pronto los tendrás en tus manos, cosa que será un inmenso orgullo para mí.

A Marien por su “vista de águila” (Seguro que te ríes cuando lo leas, pero es así tal cual). ¡Dios mía, chiquilla, las cazas al vuelo! Tienes un don natural para captar la idea de las escritoras, y mira que las mías estaban liadas y eran un batiburrillo... Que pongas tu saber a mi disposición es un lujo que he

disfrutado cien por cien. GRACIAS, de corazón, por ser una profesional como la copa de un pino y por darme parte de esa profesionalidad para que Wyatt y Brianna tengan “cara”.

A Analí Sangar, gran autora y mejor persona, por recomendarme a Carol y a Marien para el proceso de corrección, maquetación y portada de Vientos de Guerra. Nunca me arrepentiré de haberte hecho caso, ¡eres de lo mejor que he podido encontrarme en este mundillo desde que estoy en él! Espero de verdad contarte siempre entre mis amigas y compañeras, por ese orden, jajajajaja.

A mi familia. Mi marido y mis hijos, que día tras día me apoyan en esta carrera de fondo que es la escritura. Necesito soledad para escribir, pero os necesito a vosotros para continuar.

Y por supuesto, un GRACIAS enorme a los lectores. Vosotros sois los que hacéis posible que el sueño, mi sueño, se siga cumpliendo día a día. Sin vosotros, nada de esto tendría sentido. Con vosotros, cada experiencia es única e irrepetible.

Se os quiere, y mucho.

Índice

[Prólogo](#)

[Uno](#)

[Dos](#)

[Tres](#)

[Cuatro](#)

[Cinco](#)

[Seis](#)

[Siete](#)

[Ocho](#)

[Nueve](#)

[Diez](#)

[Donce](#)

[Doce](#)

[Trece](#)

[Catorce](#)

[Quince](#)

[Dieciséis](#)

[Diecisiete](#)

[Dieciocho](#)

[Diecinueve](#)

[Veinte](#)

[Veintiuno](#)

[Veintidós](#)

[Veintitrés](#)

[Veinticuatro](#)

[Veinticinco](#)

[Veintiséis](#)

[Veintisiete](#)

[veintiocho](#)

[Veintinueve](#)

[Treinta](#)

[Treinta y uno](#)

[Treinta y dos](#)

[Treinta y tres](#)

[Treinta y cuatro](#)

[Treinta y cinco](#)

[Treinta y seis](#)

[Treinta y siete](#)

[Treinta y ocho](#)

[Treinta y nueve](#)

[Cuarenta](#)

[Epílogo](#)

[Nota de la autora](#)



Prólogo

Atlanta, Georgia, agosto de 1865

Sabía que era una trampa.

Que, si lograba sobrevivir, permanecería vacío, incompleto, porque no la encontraría allí.

Aun así, acudió.

A pesar de las nubes que anunciaban lluvia, los tonos rojizos del anochecer lanzaban breves destellos a través de ellas sobre el terreno que Satán pisaba con cuidado, mientras su dueño lo hacía avanzar.

Al silencio pesado solo lo acompañaba aquel odioso olor a quemado que se le filtró hasta el cerebro con el único propósito de trasladarlo a un pasado demasiado reciente. Demasiado horrible.

Contuvo un gruñido y apretó los dientes. A ambos lados de lo que una vez fue un bello y cómodo camino hacia una de las mejores mansiones de Atlanta, permanecía lo que ahora era un conjunto de fantasmagóricos esqueletos de robles rojos. Sin hojas ni algo que los mantuviera o que los hiciera volver a florecer. Sin vida.

Se detuvo e inspeccionó el lugar, al mismo tiempo que se acariciaba el muslo derecho, en la esperanza de que su agarrotamiento desapareciera para permitirle concentrarse en lo que le rodeaba.

La buscaba a ella, pero solo encontró oscuridad creciente. Sombras muertas. Soledad amenazadora que precedería, muy probablemente, a la aparición que había estado esperando.

Su amor, su vida, no estaba allí. La nota arrugada que permanecía en una de las alforjas del caballo, y que lo había empujado hasta aquellas ruinas, no había sido escrita por ella. Su corazón y su alma se lo habían gritado desde el principio. Y, sin embargo, él seguía avanzando a través de las impresionantes

columnas de la entrada, ennegrecidas por el fuego, el humo y el tiempo, enmarcando los restos de lo que un día fue su hogar.

«Valor, fuerza, honor».

Recitó las palabras mentalmente mientras atisbaba cada rincón, cada sombra, cada montón de ceniza que se le clavaba en el pecho haciendo que su respiración fuera más pesada, y que su conciencia empezara a pesarle más que el dolor de su pierna.

Se frotó el muslo otra vez y aferró su pistolera cuando detectó movimiento a su derecha.

Dirigió las riendas hacia lo que quedaba de la enorme escalinata y se ocultó detrás. Aguzó el oído y la vista. Se aisló de todos los sonidos del pasado que acudían a él en tropel, y del de la lluvia que empezaba a caer. Se reclinó sobre el cuello de Satán y entrecerró los párpados, empuñando la pistola.

En esa ocasión, comprobó que el movimiento había sido real y no producto de su imaginación, afectada por todo lo que había ocurrido. Por todo lo que había sufrido.

La energía que lo había abandonado regresó a él cuando vio cómo una sombra se movía con poca rapidez y cómo se detenía de espaldas al lugar donde había estado la puerta de entrada a la casa, y que ahora era un enorme agujero negro.

—Vaya, veo que al fin me has localizado, aunque te ha costado trabajo — dijo, con todos sus sentidos alerta, preparados para reaccionar.

Su contrincante señaló el camino que había recorrido. La lluvia empezaba a caer con fuerza. En poco tiempo, la tierra se convertiría en un lodazal.

—No la busques, yanqui. Todo ha sido una trampa para traerte aquí.

Cada fibra de su ser revivió. El fogonazo de ira que sintió al escucharlo, al reconocerlo, eclipsó la esperanza, la expectación, para sustituirlo por las ansias de venganza acumuladas con el tiempo.

Y tenía delante al culpable de todo. Con una pistola en la mano, sin decidirse a disparar.

—No tienes una visión clara de mí para poder acertar de pleno, ¿verdad? —Sonrió y retrocedió para ocultarse un poco más—. Me oyes, diriges tu arma hacia el sonido, pero no eres capaz de captarme con seguridad. Puede que ella no esté aquí, hijo de perra, pero yo sí.

Rio con amargura al ver que su oponente movía la cabeza en su dirección

y seguía vacilando, mientras él ocupaba el otro extremo del tramo de la escalera.

—«Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos» —canturreaba la última de las bienaventuranzas promulgadas por Cristo. La piel de Wyatt se erizó. Un disparo quebró el silencio. Satán pifó asustado y el intruso giró la cabeza en su dirección—. ¡Acabaré contigo!

—Pero entretanto, no soy yo quien tiene miedo. Te tiembla la voz, amigo —respondió, asomándose por uno de los lados—. Este era mi hogar, ¿recuerdas? Cuento con ventaja.

En realidad, tenía todas las de ganar.

Guardó su pistola en el momento en el que decidió lo que haría. Tiró de las riendas para que Satán se levantara sobre sus patas traseras y despidió la parte racional que todavía habitaba en él.

Había llegado la hora de actuar.

No supo muy bien quién de los dos gritó por la sorpresa, ni quién tocó el suelo primero. Solo fue consciente de la brutal colisión de ambos cuando lanzó a su caballo en un galope desenfrenado y se abalanzó sobre su enemigo. Él era más alto. Más corpulento. Más joven y, sobre todo, con una cólera que lo dotaba de más fuerza.

Si no la encontraba, no tenía nada que perder. Y esa certeza lo convirtió en un animal salvaje.

—Vas a arrepentirte de haber fallado el tiro. Vas a pagar por cada atropello cometido contra cualquier mujer... ¡Contra ella!

La última exclamación fue un sonido lleno de angustia que se le escapó cuando lo arrastró con él hasta el suelo fangoso y se encaramó a su estómago en una posición de evidente superioridad.

Sus puños impactaron una y otra vez en aquella cara repugnante. La destrozó con la fuerza de sus golpes, igual que la nariz, que crujió con un sonido desagradable, o su boca, de la que empezó a manar sangre que le mojó los nudillos. Sobre él, el agua torrencial le restaba visibilidad y conseguía que sus rodillas, clavadas en la tierra, empezaran a hundirse en los charcos formados a su alrededor.

Su contrincante intentó defenderse. Levantó las manos y le clavó los dedos en los brazos con la intención de detener los golpes, sin conseguirlo. Notó cómo se revolvía, intentando por todos los medios escurrirse de aquella prisión.

El músculo rígido de su pierna se resintió, pero ignoró el dolor. Apretó

los muslos para neutralizarlo mientras, por el rabillo del ojo, intentaba localizar la pistola que había caído con el impacto.

Con la lluvia casi cegándolo, no pudo verla cerca. Y el malnacido fue más rápido. Le metió un dedo en el ojo, antes de rodearle el cuello cuando se echó atrás, sorprendido. El aire empezó a faltarle. Lo sujetó por los brazos para aflojar la presión, pero comprendió enseguida que era demasiado tarde. Con un impulso de sus piernas, su oponente lo lanzó hacia delante.

Cayó sobre su muslo lesionado.

Gritó de dolor y se incorporó, pero solo fue para encontrarse con un arma apuntándole al pecho.

Solo tuvo que echar mano de su pistolera vacía para averiguar de quién era.

Se quedó inmóvil, maldiciéndose a sí mismo por su estupidez, por la excesiva confianza en sus fuerzas y por haber dejado tantos flancos a la vista de su enemigo.

—¿Tienes miedo? —Lo vio escupir a un lado restos de sangre y de alguna pieza dental rota, para terminar emitiendo un sonido parecido al aullido de una hiena. Muy apropiado—. Ahora ya no sonríes, ¿verdad? ¡Ahora te ha llegado la hora de suplicar clemencia!

Ni muerto. Ese fue su primer pensamiento. El segundo, y casi al mismo tiempo, fue para ella. Se incorporó con lentitud y los brazos elevados en señal de rendición.

«Perdóname, mi amor. Por todas las dudas, por todo mi egoísmo, por toda mi ceguera. Por todos los años que pasamos separados, y por los que pudimos aprovechar juntos. Por dejarte sola. Por todo».

Su enemigo, renqueante pero victorioso, respiraba con dificultad, medio doblado por los golpes.

—¡De rodillas! —gritó, empujándolo con el cañón del arma hasta conseguir su propósito. Luego dio una vuelta alrededor de él, hasta colocarse a su espalda—. ¿No vas a suplicar? Vaya, es una pena. Me conformaré con esto. Si ella estuviera aquí para verte, derrotado, a punto de caer muerto...

No quiso seguir escuchándolo.

Cerró los ojos y se abstrajo de todo lo que no fuera su imagen. La de un ángel, la de una bruja, la de una hechicera o una virgen. O tal vez todas juntas.

La de la mujer que lo había esclavizado desde que la vio por primera vez.

«Erin», murmuró en su mente.

—¡Wyatt, nooo!

«Erin» repitió, contento porque el poder de sus recuerdos era tan fuerte que traía hasta él el sonido de su voz desgarradora, a través del ruido de la lluvia que todo lo cubría.

Abrió los ojos un instante. Dejó que sus manos se llenaran del barro formado por la tierra que siempre había llevado en lo más profundo de su corazón; por encima de hombres, de guerras y de principios, pero no por encima del amor. Reconoció en aquel hombre el odio frío que terminaría con él, y supo que su hora había llegado.

—Valor, fuerza, honor...

En medio de su susurro le pareció oír nuevamente el sonido de aquella voz que lo transportaría al Paraíso, un segundo antes de que las detonaciones lo inundaran todo, igual que la lluvia.

«Erin», fue su último pensamiento.

PRIMERA PARTE



Viento del este



Uno

Boston, Massachusetts, febrero de 1861

La mujer se desplomó sobre él.

Las puntas de su pelo cobrizo le tocaron las partes de la cara que normalmente llevaba cubiertas, de modo que tuvo un inesperado y repetido recordatorio de por qué estaba allí, en aquel tugurio de mala muerte, disfrutando en la cama de sus favores en vez seguir en Lifford, el pueblo irlandés lleno de miseria del que había conseguido sacar lo mejor y lo peor, encarnado en un solo nombre: Erin O'Halloran.

La *paddie*^[1] vagabunda que le había demostrado más cuajo que muchos hombres que conocía.

La irlandesa zarrapastrosa que, con inteligencia y valor, había desafiado las leyes británicas que le deban un poder total sobre ella.

La muchachilla insignificante que había conseguido burlarle, antes de destrozarle la cara y el orgullo con un solo tajo.

Reproducir el tacto del metal rasgando la carne solo le provocó un estremecimiento que detuvo antes de quedar en ridículo, aunque no controló el acceso repentino de ira. Con un gruñido, empujó a la mujerzuela sin permitir que se alejara de la cama.

—Aún no he terminado contigo, er... ¿cómo te llamabas?

—Sarah, señor.

Sonrió al percibir el temblor en la voz que delataba su miedo. No era de extrañar; cuando volvió a colocarse la máscara para mirarla directamente, casi tuvo que contener un aullido de satisfacción.

Sabía que su aspecto provocaba esa reacción en las mujeres.

Hubo un tiempo en el que la reacción era otra bien distinta. Admiración, deseo inconfesable, todo dirigido hacia un rostro bendecido por la mano de Dios, como el resto. Era hermoso, representando el mismo poder que lo

rodeaba y que esgrimía sin que le temblara la mano, seguro de que contaba con el favor divino. Cada vez que disfrutaba de algún placer derivado de algún dolor, entonaba las Bienaventuranzas, el mejor exponente de las intenciones de Cristo. Eran sus preferidas: directas, llenas de buenas intenciones, cuyas palabras lo proveían de ese poder casi divino que, en ocasiones, pensaba que podía perder.

Eso le ocurrió con Erin. Debería maldecirla una vez más, pero recordó que seguía siendo suya, sin importar la distancia ni el tiempo. Y se sintió extrañamente feliz por ello.

—Sarah —repitió, procurando sonar dulce e incluso halagador. Cerró su ojo bueno por un instante, pero no pudo evitar que la cara de la furcia se convirtiera en la que lo tenía obsesionado: Erin, Erin, Erin...—. No te cubras. Falta al menos media hora para terminar tu servicio conmigo, ¿verdad?

La muchacha dejó la sábana a medio camino entre sus piernas y su cabeza, para terminar apartándola del todo cuando vio cómo él consultaba el reloj, que asomaba por el bolsillo de su chaleco, antes de que, con toda la naturalidad del mundo, rebuscara entre el resto de su ropa, colocada con pulcritud sobre la única silla de aquel cuarto cochambroso, para sacar un cigarro.

Lo encendió con una sonrisa casi macabra y volvió a la cama junto a ella.

Años. Eso le había llevado vender todo lo que poseía para contar con dinero en efectivo, ordenar sus deudas con la corona británica y averiguar el paradero de la irlandesa, de la mejor manera posible para él. Hacía una semana que había recalado en aquella ciudad del otro lado del mundo, y empezaba a estar harto de todo.

Harto de los dolores de la parte de su cara que nunca recuperaría el aspecto que una vez había tenido; del tiempo empleado en sanar y en averiguar el paradero de Erin, recurriendo a la tortura, al abuso de poder, a la muerte de la que no se arrepentía. La sangre se le revolvía si pensaba en aquel viaje, impulsado por la obsesión que suponía Erin O'Halloran. Quería encontrarla. Estaba dispuesto a emplear el dinero que llevaba consigo, su tiempo y su suerte en ello, pero empezaba a pensar que había tardado demasiado tiempo, engullido en aquel apestoso barrio irlandés, Charlestown. Allí no había obtenido nada concluyente acerca del paradero de la *paddie*, salvo las mentiras destinadas a encubrirla.

No importaba. No escatimaría en gastos, ni en tiempo, si conseguía dar con ella. Daba igual si pasaban horas, días, meses o incluso años. Tampoco le

importaba no volver. Con la mitad de su cara, había dejado en Irlanda la mitad de su vida. Ahora, todo se circunscribía a su venganza.

Cuando la tuviera delante, comprobaría en sus propias carnes con cuánto ardor necesitaba marcarla. Con cuánto ímpetu seguía deseándola, y con cuánta fuerza doblegaría su cuerpo y su orgullo, hasta hacerlos de él. Para siempre.

La pulverizaría. Daría rienda suelta a todas sus retorcidas fantasías, en la cama y fuera de ella, pero por lo pronto, solo tenía a aquella pelirroja deslavada para consolarse.

Dio una bocanada a su cigarro, inmerso en las volutas de humo que salieron de su boca.

Haría la pregunta. Y, en aquella ocasión, solo aceptaría un tipo de respuesta.

—¿Qué quiere que le haga, señor?

—Decirme la verdad —murmuró. Dejó el cigarro sobre el borde de la mesilla de noche y entrelazó las manos—. Busco a una mujer que llegó de Irlanda hace unos años. Si me respondes lo que necesito, tu recompensa será el doble de lo acordado. Y todo para ti. Su nombre es Erin O'Halloran. Dime dónde está, Sarah. Has tenido que oír hablar de ella a la fuerza. En este barrio repugnante todos os conocéis. Dame la pista a seguir, y no te arrepentirás.

La zorra traicionera le ocultaba algo. Lo supo cuando vio el brillo fugaz en sus ojos, antes de que los desviara hacia la puerta.

Planeaba mentirle y calibraba las posibilidades de escapar. Pero no lo conseguiría.

—Señor, no sé de quién me habla... —empezó a decir.

Se calló con la primera bofetada.

—Respuesta incorrecta. —Chascó la lengua cuando ella intentó alejarse y, con un solo movimiento, tiró de su brazo hasta dejarla de espaldas sobre el colchón, para colocarse a horcajadas—. No tengo tiempo ni paciencia para esto, Sarah, querida... —canturreó. Inclinado sobre ella, le apartó un mechón de pelo de la cara cuando la chica empezó a temblar. Intentó cubrirse con la mano, pero él terminó aprisionándoselas a ambos lados de su cabeza. Lo cierto era que disfrutaba viendo cómo las partes del cuerpo que él golpeaba se hinchaban progresivamente. El ojo de aquella zorra era una de esas partes—. Haz memoria, ¿quieres?

Un temblor de labios. Un murmullo ininteligible. Un lamento intermitente. Y, finalmente, la mirada clavada en él con un terror infinito.

—E-Erin e-es un nom-nombre muy c-común... —balbuceó.

La segunda bofetada le hizo sangrar la boca.

—Aun así, Sarah, mi amor, recuerda. Una mujer de ojos verdes muy claros, con tu misma altura...

Vio un breve destello de reconocimiento que lo hizo rugir por dentro cuando se dio cuenta de que no le diría nada, al menos de momento, claro.

Una cólera como hacía tiempo que no sentía se adueñó de cada uno de sus músculos.

Él la dejó salir.

Y la vertió contra ella en forma de puñetazos, pellizcos, incluso mordiscos. Se convirtió en un animal salvaje dedicado única y exclusivamente a silenciar los chillidos de la mujer que tenía debajo para sustituirlos por la información que buscaba. Pero estos se convirtieron en agonizantes lamentos que apenas podía oír.

Respiraba entrecortadamente cuando se miró el puño derecho, con los nudillos manchados de sangre. Cerró los ojos y se los lamió, degustando el sabor de la sangre de la muchacha.

Nunca tenía bastante. La sangre de sus víctimas lo dotaba de una fuerza descomunal, de una inteligencia superior a la del resto; pero aquella en particular todavía le serviría para algo más que para alimentarlo de aquella manera.

Pasó su lengua por cada una de las heridas ocasionadas por los golpes y después observó su cigarro.

—¿Y ahora? ¿Me dirás dónde está? —insistió sin levantar la voz.

—¡No puedo! ¡No sé de quién me habla! ¡No la conozco!

—«Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados» —canturreó. Limpió una lágrima de Sarah con el pulgar y sonrió—. Yo lo haré, querida.

Sujetó de nuevo el cigarro, relamiéndose solo con pensar en el olor a carne quemada que pronto lo excitaría hasta el punto de volver a montarla.

* * * * *

Cuando aquel atardecer Patrick Fallon se paró frente a la puerta iluminada con un farolillo rojo, solo pensaba en la mujer que lo aguardaría dentro.

Por eso, la salida precipitada de un cliente lo pilló desprevenido, hasta el punto de que el desconocido, envuelto en una capa tan amplia como la suya, lo apartó de un empujón en su hombro tan grande que a punto estuvo de derribarlo.

—¡Eh, tenga cuidado! —exclamó, molesto al no recibir ni siquiera una breve disculpa del hombre.

Apelando a la buena educación de la que hacía gala en los últimos meses, aguantó las ganas de ir tras él a reclamarle y vio cómo se alejaba apresuradamente. Con toda probabilidad, una esposa y al menos media docena de críos lo esperaban, ignorantes de la clase de tugurios que frecuentaba el tipo, pensó con una punzada de culpabilidad a pesar de que se merecía un poco de diversión. Después de todo, se pasaba los días inmerso en la contabilidad de tres de los magnates más importantes de Boston, descabezándose para sacar la máxima rentabilidad a sus inversiones. Solo el saber que, después de una jornada laboral agotadora, la vería hacía que el pulso se le disparara por la anticipación y la boca se le secara.

Porque Sarah lo estaría esperando en el burdel de Lucille.

Sarah lo había atendido la primera vez que había pisado el mejor local de prostitutas de Charlestown, y no había dejado de hacerlo desde entonces, por deseo expreso de él..., pero también de ella.

A Patrick le gustaba pensar que así era cuando, después de cada fogoso encuentro, con toda su dulzura y dedicación, le aseguraba que ya estaba contando las horas para su próxima visita. Si en algún momento la lógica se imponía para recordarle que Sarah repetiría lo mismo a cada uno de sus clientes con el único afán de conservarlos, Patrick la desechara.

No era un hombre soñador. De hecho, su aspecto rudo, mezclado con el pasado lleno de privaciones e injusticias que lo habían arrancado de su Irlanda natal para dejarlo en aquella parte del mundo, invitaba a pensar lo contrario a cualquiera que lo viera bien. Pero también tenía sentimientos. Y estos se manifestaban demasiado a menudo cuando tenían que ver con Sarah. La mejor mujer que pudo encontrar en un antro como aquel, concluyó mientras ponía un pie en su interior, ya repuesto del encontronazo, y se paraba en la entrada para buscarla con la mirada. Desafiando una vez más la buena suerte que lo acompañaba últimamente al visitarla, pero que podría abandonarlo si insistía en aquellas visitas.

En Boston, el escándalo social se pagaba muy caro cuando se era un simple irlandés tocado por la mano de la diosa fortuna para ascender a la categoría de «respetable».

Conocía el valor del respeto cuando se recibía. Por eso, lo prodigaba sin pensar en el estatus social de quien tenía delante. Y por eso, las tres mujeres que se encontraban a aquellas horas jugando a las cartas en el pequeño salón,

iluminado por varias lámparas de aceite y firmemente apartado del exterior a base de gruesas cortinas, no dudaron en levantarse para agasajarlo en cuanto lo vieron.

Por lo demás, eran las únicas que ocupaban la estancia. A esas horas, los enormes cojines, los butacones acolchados y los sofás permanecían vacíos, como Patrick preveía. Sabía, por experiencia, que con la llegada de la noche también llegaban el resto de los clientes. Y con ellos, diversiones que pasaban la delgada línea del respeto para transformarse en humillación.

Una de las chicas se acercó a él y recorrió la línea de su mentón con el dedo mientras dejaba asomar la punta de la lengua en un gesto obsceno.

—Irlandés, hoy vienes más pronto que de costumbre...

Así lo conocían todas, excepto Sarah. En lugares como aquel, era mucho más prudente utilizar apodos que un nombre y un apellido, aunque fueran ficticios.

—En cuanto he podido —respondió, rechazando sus intentos por besarlo—. ¿Y Sarah?

—En la cama. Lucille la acompaña.

—¿Está enferma?

—¡Es mucho peor! Su último cliente acaba de salir por la puerta, después de avisar a Lucille para que fuera a atenderla. Al parecer, el tipo se excedió con sus exigencias, ya me entiendes.

Sí, la entendía. Por eso odiaba aquel lugar. Odiaba tener que recurrir a él para verse con Sarah y odiaba ser uno más.

Sujetó a la prostituta por los hombros, presa de una ansiedad tan grande como creciente era su ira. Si el cliente acababa de marcharse, era sin duda el hombre que había chocado con él hacía unos instantes.

—*Damn!*^[2] —farfulló entre dientes al recordarlo—. Dime qué ha ocurrido, por favor.

—¡Ese hombre es el mismísimo demonio! Al parecer, le gustaban ciertas prácticas un poco... macabras, y al negarse Sarah, la tomó con ella de la peor forma. Lucille espera que su estado no la tenga demasiado tiempo postrada en cama, porque de lo contrario es muy capaz de ir en busca del tipo y obligarlo a pagarle por daños y perjuicios.

Si lo sabría él. Pero no era el momento de hablar de la ausencia total de escrúpulos de la madama del local. Dejó a la chica con la palabra en la boca y subió las escaleras que conducían al primer piso de dos en dos, seguro de saber a dónde se dirigía.

La primera puerta a la izquierda. Fue esa la que abrió para entrar en el cuarto de Sarah en tromba, como un toro furioso. Ni siquiera se percató de la presencia de Lucille en un extremo de la cama, con su excesivo maquillaje que no ocultaba las arrugas de la edad y de la vida, sus piernas ajadas bien a la vista o sus pechos caídos, que intentaba levantar en vano pidiéndole milagros al corsé que llevaba puesto. Solo reparó en ella para apartarla a un lado y ocupar su lugar junto a Sarah.

Porque necesitaba sentarse para evitar salir corriendo detrás del degenerado que había hecho aquello.

Sarah permanecía desnuda bajo la sábana, con sus ojos, amoratados e hinchados, fijos en la ventana cerrada. No se movió cuando sintió cómo él se sentaba a su lado, ni tuvo ninguna reacción.

Patrick tampoco.

Se limitaba a hacer un balance mental de cada golpe, de cada herida, de cada quemadura. Tanto de las que estaban a la vista como de las que ocultaba la sábana, y que no tuvo más que levantar para poder ver en toda su extensión.

—Sarah...

Fue lo máximo que pudo decir sin lanzar un rugido de impotencia y rabia. Con toda la calma que pudo atesorar, cogió el paño que estaba sumergido en el agua teñida de rojo de la palangana y lo escurrió para aplicárselo sobre el corte de su ceja izquierda con todo el cuidado del mundo.

Ella contrajo el rostro de dolor, pero no emitió sonido alguno.

Él solo soltó un gruñido tan oscuro como su mirada. Quería abrazarla, curar cada herida con besos. Llevársela de allí para siempre, pero todo eso tendría que esperar. Siguió con sus cuidados, hasta que pudo pensar con un mínimo de claridad y se giró hacia Lucille.

—¿Quién ha hecho esto? —siseó entre dientes, con voz muy baja y la intención de no alterar a Sarah más de lo que ya parecía estar.

—¿Y tú me lo preguntas, Irlandés? —Sin tener en cuenta el ambiente cargado que los rodeaba, echó mano al hueco entre sus pechos y sacó un cigarro que encendió. Por el rabillo del ojo, Patrick vio que Sarah se estremecía, y se le encogió el alma. En ese momento tomó una decisión, pero esperaría a saber qué era lo que Lucille tenía que decirle antes de llevarla a cabo—. Un tal señor Smith, me pareció leer en el libro de anotaciones. Como tantos otros que se apellidan igual, con la diferencia de que llevaba una máscara que le tapaba la parte derecha de la cara. ¿Qué importancia tiene ahora?

—Maldita sea. —Patrick se llevó la mano de Sarah a los labios y depositó un tierno beso entre sus dedos. Como única respuesta, aquellos preciosos ojos castaños brillaron todavía más, con el peso de unas lágrimas que no tardaría en derramar. Si no lo había hecho ya, era por la presencia implacable y fría de la madama, él la conocía lo suficiente como para saber que era así—. Es una de tus mujeres la que está aquí, maltrecha. ¿Es que no tienes entrañas?

—Se me secaron con el paso del tiempo, igual que los sentimientos y los prejuicios. A Sarah terminará pasándole lo mismo, como al resto. Es lo que tiene ser puta.

No, si él podía impedirlo. Tragó saliva para evitar la repugnancia que le provocaban las palabras que estaba escuchando y se inclinó hacia Sarah para quitarle un mechón cobrizo de su frente húmeda.

—¿Qué pasó? —consiguió preguntarle sin que las palabras se le volvieran arena en la boca.

—Él... solo quería... —Los labios ensangrentados se movieron tan despacio que él pudo notar el dolor en los propios—. Preguntó por... una mujer... Erin O'Halloran... Pero yo no la conozco...

Patrick contuvo la respiración.

Un sudor frío le recorrió la espalda, provocado por el pánico que brotó desde lo más profundo de su cerebro al escucharla.

Erin...

La furia empezó a mezclarse con el miedo, pero desvió los ojos hacia la ventana.

No quería que Sarah viera la tormenta que empezaba a desencadenarse dentro de él con la sola mención de aquel nombre. Ni tampoco que percibiera sus dudas. O cómo su frágil mundo, construido a través de la bondad ajena mezclada con el esfuerzo propio, empezaba a resquebrajarse.

Se levantó y apartó la sábana al completo. Acto seguido, sin importarle lo más mínimo las objeciones que encontraría en cuanto se diera la vuelta, se quitó la capa que llevaba y cubrió con ella a Sarah antes de cogerla en brazos con todo el cuidado del mundo.

Notó cómo ella soltaba un suspiro al mismo tiempo que dejaba caer la cabeza contra su pecho, y su corazón empezó a latir muy deprisa.

—¿A dónde crees que vas con ella, jovencito?

La voz áspera de Lucille, junto con su cuerpo, se interpusieron entre él y la puerta.

—Me la llevo a casa. Allí la puede atender un buen médico —respondió con determinación.

—No sé por qué me esperaba algo así de ti. Se ve de lejos que te has enamorado de ella. Ay, muchacho... El energúmeno que se ensañó así con ella la ha dejado inservible para el resto de la noche, así que tu acto de caballerosidad te va a costar un extra.

Cada palabra escuchada lo golpeó con la misma repugnancia que si fuera un pescado podrido. Patrick se tragó la amarga réplica que le vino a la boca y dejó a Sarah nuevamente en la cama. Sacó su billetera y colocó sobre la mano extendida el dinero que llevaba encima.

—Esto daría para una semana —concluyó—. Espero no tener noticias tuyas al menos en ese tiempo.

Lo último que oyó antes de bajar las escaleras con Sarah en brazos fue el sonido de los billetes al ser sacudidos, junto con la áspera carcajada de Lucille perforándole los oídos. A continuación, el nombre pronunciado por Sarah ocupó toda su capacidad de atención, haciéndole temblar.

Erin...



Dos

Brianna apreció de dónde provenía la brisa que le alborotaba los rizos que se le escapaban del sombrero. Era el viento cálido y fortificante del este, relacionado con los comienzos.

Con sus comienzos.

Encerraba las miserias de su pasado muy hondo, para que no pudiera perjudicar su presente.

Un presente que empezó el día que Meredith Fallon, su madre adoptiva, dejó su puesto de profesora en el St. Joseph, un internado para señoritas, en su beneficio, después de que ella misma recibiera la formación necesaria.

Aquella mujer había cambiado su vida desde el día en el que ella y Patrick lograron poner un pie en Seaport, teniéndose tan solo el uno al otro, perdidos en la miríada de compatriotas que habían seguido su mismo camino. En aquel momento, Brianna pensó que solo habían recalado en una ciudad más, llena de podredumbre y sin nada que ofrecerles, excepto la distancia y el olvido que esta procuraba la mayor parte de las veces que se conseguía.

Patrick la había arrastrado con él siguiendo al resto de irlandeses que parecían saber a dónde se dirigían, hasta que decidieron atravesar Charlestown sin detenerse, sin un rumbo fijo.

Al cabo de un tiempo indeterminado, ella se negó a dar un paso más y se sentó sobre el escalón que precedía a la puerta de entrada de una casa cualquiera. Al cabo de un par de minutos, la puerta se abrió para dar paso a una mujer entrada en años, vestida con ropas que en Irlanda hubieran sido catalogadas de exquisitas, como mínimo, y con una enorme sonrisa en la cara que no desapareció cuando los vio.

Brianna recordó cómo Meredith los había regañado por sentarse en su escalón, en vez de llamar a la puerta, como hacía «todo el mundo de bien», según sus palabras. No le había importado su aspecto ni su origen ni su pasado o la posibilidad de que en realidad fueran un par de rateros desalmados que

desvalijaran su casa y se aprovecharan de ella.

Y a partir de entonces, nunca le importó.

No hubo ni una sola vez en la que Meredith les preguntara qué los había llevado allí. Por qué ella despertaba por las noches bañada en sudor, en mitad de algún grito desgarrador cuya naturaleza solo Patrick comprendía y era capaz de calmar, a base de palabras dichas en su lengua natal. Cuál era la razón de que, a veces, sus ojos se vieran anegados en lágrimas porque la tristeza la dominaba, o el motivo por el cual tanto ella como Patrick, después de unos meses de acogida, aceptaron sin más el apellido Fallon, con todo lo que conllevaba: educación, bienestar, introducción en un mundo donde eran mirados con lupa constantemente, pero en el cual encontraron su sitio al cabo del tiempo.

Ahora todo lo que había dejado atrás parecía un mal sueño. Ella era una mujer de veintiún años. Patrick contaba con veintiséis. Y ambos habían huido de una hambruna descomunal que había diezmando la población de su país, además de escapar de otras cosas mucho más peligrosas y macabras que los habían marcado para siempre.

—*Thoir gaoithe, teacht chugam*^[3] —recitó en voz baja, segura de que le traería noticias frescas y beneficiosas para los dos.

Con ese pensamiento entre manos, entró en su pequeña casa alquilada y se desembarazó de capa y guantes. Lo dejó todo junto al perchero del recibidor y se dirigió al pequeño saloncito. Encontró a su hermano de cara a la chimenea, alto, con sus anchas espaldas ligeramente encorvadas y un brazo apoyado sobre el dintel, completamente ajeno a su presencia.

Brianna se acercó y le puso una mano sobre el hombro, sobresaltándolo.

—No te he oído entrar. —Con un fuerte carraspeo, se mesó el pelo y lanzó una breve y nerviosa mirada a la puerta—. Llegas tarde.

—Me he entretenido hablando con los padres de Cassie. ¡Esa niña acabaría con la paciencia de un santo! Entiendo que Meredith...

—Tenemos invitados, Brianna.

Ella miró alrededor, sin ver al invitado en cuestión por ningún sitio. Esperó, pero como Patrick también parecía estar haciendo lo mismo, empezó a desesperarse.

—Por favor, estoy demasiado cansada para acertijos. —Resopló, apartando con ello uno de los rizos que le caían sobre la frente—. ¿Has tenido un mal día? ¿O es por ese invitado tan misterioso que parece que te has tragado toda una planta de trementina de una sola vez?

—En realidad, es un poco de las dos cosas. El doctor Grey se acaba de marchar. Nuestra invitada está ahora descansando, pero sus heridas son graves.

Heridas. Graves.

Su mente empezó a girar vertiginosamente. Tanto, que tuvo que tomar asiento en uno de los confortables sillones tapizados que estaban situados junto al fuego.

—¿Qué has hecho, zorra del demonio? ¿Qué es toda esta sangre? ¿Quién te ha ayudado? ¡Habla! ¡Habla si no quieres que te despelleje viva! Aunque es muy posible que la naturaleza siga su curso y termines muerta por tu propia mano. Oh, sí, sería un buen final para ti. Pero antes seguirás sirviéndome. Esto no te exime...

Cerró los ojos para controlar el mareo. El pánico injustificado. El golpe en pleno pecho que le producía el sudor que la ahogaba y que la arrancaba de su presente para hundirla en un pasado que debería permanecer muerto y enterrado.

Lo consiguió cuando enfocó la figura alta e imponente de su hermano.

—No me asustes... —atinó a decir al cabo de un rato

—Mi intención no es asustarte, sino informarte. Hoy, a la salida del trabajo, he pasado por un... burdel, en Charlestown. El burdel de Lucille.

—¿Qué tiene eso que ver con la persona que ha atendido el doctor Grey?

—Se llama Sarah, y es una de las chicas de Lucille. Me he gastado la mitad de mi sueldo para traerla a casa y permitirle curarse sin interferencias durante toda una semana, después de que un cliente la usara de cenicero y la golpeará hasta hartarse. —Después de eso, se hizo el silencio. Brianna era incapaz de pronunciar palabra. En cuanto a Patrick, solo inclinó la cabeza con pesadumbre, buscando la manera de continuar con su relato hasta el final—. Sé que lo entenderás en cuanto la veas. Nunca has sido indiferente a la desgracia ajena, y te puedo asegurar que ahí arriba hay una mujer muy desgraciada. —Para asegurarse su favor, se acercó a ella y la tomó por los hombros, con su gesto más suplicante grabado en la cara—. Soy un hombre, no me censure por visitar esos lugares. Por mucho que te repugne escucharlo, tengo mis necesidades.

Ella ahogó un grito cuando percibió el tufo que despedía su aliento. Alcohol. *Whisky*, para ser más exactos. Saltaba a la vista que no estaba

borracho, pero con esa peste acudieron a su cabeza recuerdos que había tardado años en enterrar, con una facilidad escalofriante.

Su padre riendo sin dejar de beber, mientras ella lo espiaba para saber el momento exacto en el que debería esconderse en su habitación y echar la llave. Los gritos de Patrick recriminándole que volviera de la taberna en aquel estado de total ebriedad. Los golpes, la sangre. El arrepentimiento que nunca duraba más de dos días seguidos. Y vuelta a empezar.

Quiso gritarle todo eso a la cara, pero las palabras se le agolparon en la garganta y no pudo pronunciarlas en voz alta, ni siquiera cuando se zafó de su agarre para darle la espalda.

Una prostituta.

Si había alguien a quien ella pudiera mostrar toda su compasión, era precisamente una prostituta.

—Apártate de mí. Apesta —zanjó con voz áspera y todo su cuerpo tan tenso como las cuerdas de un arpa—. El doctor Grey sabe que ella está aquí...

—Me aseguró que guardaría silencio.

—¿Del mismo modo que jura que nunca ha pisado lugares como ese burdel en particular, cuando medio Boston lo ha visto allí? ¡Y un cuerno! Te has traído un problema más a casa.

—¡Allí no habría sobrevivido!

—¿Y aquí sí?

—Sí, siempre y cuando reciba los cuidados adecuados. —Un suspiro interminable después, Patrick señaló la escalera que conducía a la primera planta—. Necesito que la veas. Juzga por ti misma.

—¿Para qué? Ya has dado por hecho que no me negaría a ayudarla. ¡Sabías que no iba a ser capaz! Has jugado sucio conmigo —afirmó con voz amarga, consciente del gesto de dolor de Patrick que le dijo todo lo que le faltaba por comprender. Abrió la boca con tanta sorpresa que temió que la mandíbula se le desencajara—. ¿Estás... enamorado de ella?

—Olvida eso, ¿quieres? Desgraciadamente, no es lo prioritario.

—Y, según tú, ¿qué lo supera?

—Lo que le dijo el hombre.

—¿Que la quería solo para él? Bueno, no debería pillarte de sorpresa. Tú deseas lo mismo.

—¡Le preguntó por Erin O'Halloran! Mientras se ensañaba con ella, entonó una bienaventuranza...

La estancia quedó sumida en un silencio opresivo y lleno de miedo.

Las piernas de Brianna empezaron a flaquear. El corazón se le desbocó y trepó hasta alcanzarle la garganta. Se llevó la mano allí, intentando coger aire para poder pensar con claridad, pero durante unos angustiosos segundos le resultó imposible.

Supo el momento exacto en el que palidecía, porque notó cómo su sangre abandonaba su cuerpo para refugiarse en los dedos de los pies.

Aun así, los sintió fríos.

—No puede ser... —murmuró con incredulidad—. Nadie sabe lo que ocurrió con Erin, salvo...

El nombre que le vino a la mente trajo consigo un inesperado cargamento de lágrimas. De pena, de arrepentimiento, de rabia. De miedo y demasiada culpabilidad como para pronunciarlo en voz alta.

Porque si había un hombre que buscaba a Erin después de tanto tiempo, la conclusión era tan clara como escalofriante. Y marcaría los siguientes pasos a seguir.

—El desgraciado llevaba el lado derecho de su cara cubierto por una máscara. —Patrick dejó que se apoyara en su hombro y la llevó hacia la escalera—. ¿Entiendes ahora por qué es importante? Sarah lo ha visto, Brianna.

—Y ahora ella está aquí.

Cuando se detuvo frente a la puerta del cuarto de invitados, las náuseas le cerraban la garganta. Y cuando entró y vio lo que vio sobre la cama, estuvo a punto de dejar que el pánico tomara el control.

La mujer que la ocupaba parecía una moribunda, pero seguía respirando. Así lo confirmaba la sábana que se movía al mismo ritmo que su pecho, subiendo y bajando. A la suave luz de la lámpara, Brianna comprobó el horror en estado puro.

—Según el doctor Grey, no tiene nada roto, pero los golpes tardarán días en sanar y las quemaduras podrían infectarse. Dejó este ungüento para aplicárselo. Dijo que no nos importara buscarlo si necesitábamos más, o si Sarah empeoraba.

Brianna tomó el frasco que le ofrecía Patrick con expresión ausente. Se infundió valor y se quedó junto al cabecero de la cama, sin saber qué hacer para rebajar la intensidad del dolor físico y anímico que, de pronto, ambas compartían.

Inconscientemente se llevó una mano temblorosa al saquito que colgaba de una fina correa de cuello, justo en medio de sus pechos, y que el escote

cerrado del vestido tapaba. Lo apretó contra su corazón con disimulo, mientras invocaba el nombre de la persona que se lo había regalado para darse ánimos. Después, elevó esa misma mano en dirección a la maraña de mechones cobrizos que era el pelo de aquella joven. Tragó saliva y respiró hondo, antes de dirigir una breve pero contundente mirada a Patrick.

Desde el mismo momento en el que había evaluado los daños ocasionados, supo que ayudaría a Sarah. Se lo dijo a su hermano en silencio, y cuando recibió una sonrisa de agradecimiento por respuesta, encontró el valor que necesitaba.

—Señorita, lo siento mucho... Siento ocasionarles problemas... Le dije a Patrick que no debía estar aquí, pero no me hizo caso y se empeñó...

Hizo amago de levantarse, pero Brianna se lo impidió.

No podía consentirlo, así de simple. Ver la situación en la que estaba e imaginarse por la que habría pasado le removió las entrañas hasta apelar a su compasión.

Y ella la tenía, en grandes cantidades.

—Mi hermano suele ser muy cabezota, y muy convincente también — afirmó, tocándole la frente. La tenía fría, pero un poco húmeda—. No tienes nada que sentir, Sarah. Estás donde debes. —Trató de ignorar el brillo emocionado que creyó apreciar a través de los párpados hinchados y lanzó una mirada a Patrick—. Empezaremos por un buen baño. Hermano querido, avísanos cuando hayas preparado la bañera, ¿quieres? Después, puedes ir cocinando algo con lo que llenar el estómago de esta pobre chica. Estoy segura de que lo tiene más que vacío, aunque no te haya dicho nada.

—A sus órdenes.

Hizo el saludo militar y se marchó, pero antes de cerrar la puerta detrás de él, pudo ver cómo los ojos de Brianna brillaban de emoción contenida, de comprensión y de absoluta empatía, cuando se sentó en el borde de la cama y cogió la mano de Sarah entre las suyas.

* * *

Fue la tarde del segundo día cuando Sarah empeoró.

Al contrario que el resto de sus lesiones, había dos grandes quemaduras en su costado derecho que empezaban a infectarse.

El ungüento del doctor Grey se había terminado. Y Sarah ardía en fiebre. Brianna conocía su sufrimiento. Su agonía. El peligro que corría su salud e

incluso su vida. Lo sentía en su propia piel, por eso se vio incapaz de apartar los ojos de la cama. Le sobaban los motivos para no quedarse de brazos cruzados y aliviarla, y no se reducían al hecho de que la hubiera aceptado en su casa, sino que se extendían mucho más allá.

No podía esperar a que Patrick regresara. Muchas veces no lo veía hasta bien entrada la noche. Aquella podría ser una de esas veces.

La fiebre no remitiría sin ayuda.

Ni siquiera se molestó en recogerse el pelo. Cogió su capa, se lo cubrió con la amplia capucha y salió en busca del doctor Grey. Vivía a una manzana de distancia, así que no le llevó más de unos minutos de loca carrera llegar hasta su puerta.

Pero el doctor no estaba en casa.

Podría estar atendiendo a cualquier otro paciente. O bien podría estar bebiendo, fumando y fornicando con alguna prostituta del burdel de Lucille. Si se daba el primer caso, no podría hacer nada excepto esperarlo allí mismo. Pero si se encontraba en el segundo...

Una súbita ráfaga de viento le echó hacia atrás la capucha hasta dejarle libres los cabellos. Brianna se empapó de él. Y con él, llegaron las palabras: «Tienes a una muchacha enferma en tu casa. ¡Cúrala! ¡Lo demás no importa ahora!».

Cerró los ojos, evocando la figura débil que se encontraba en su habitación de invitados.

Esclavitud. Agonía. Oscuridad perpetua. Y dolor, mucho dolor. Eso era lo que le inspiraban la piel macilenta, la tortura y los orígenes de Sarah. No sabía nada de ella antes de verla por primera vez, pero se había llegado a sentir tan unida a ella como una hermana, por culpa de los recuerdos que volvían a atosigarla.

Los recuerdos no se esperaban, concluyó. Simplemente aparecían cuando menos se los esperaba. Y en aquella ocasión no la obligaron a acurrucarse en un rincón como un conejo asustado, sino que terminaron de decidirla.

Si todo salía bien, su buen nombre quedaría a salvo, igual que el de Patrick y Meredith.

Y, sobre todo, Erin O'Halloran tendría una posibilidad de permanecer oculta, hasta que el monstruo dejara de buscarla y le otorgara la paz de espíritu que sin duda se merecía.



Tres

El primer inconveniente de Brianna se solventó cuando uno de los clientes del burdel salió de repente y se quedó hablando con el enorme vigilante apostado junto a la puerta, dejándola abierta para que ella se colara dentro.

El segundo se convirtió en un problema en cuanto puso un pie en el local.

El salón estaba tan abarrotado y cargado de humo que supo que sería inútil evitar que alguien la reconociera. Casi tanto como encontrar al doctor Grey con un simple vistazo. El olor a tabaco, a sudor y a alcohol se mezcló para atacar sus fosas nasales sin piedad. La iluminación era del mismo tono que el farolillo que había visto en la entrada. Había asientos con pinta de confortables, todos ocupados por parejas que no le prestaron la menor atención. Un poco más allá, una muchacha tocaba un viejo piano, arrancándole notas de dudosa musicalidad que eran coreadas por muchos de los clientes y sus acompañantes.

Lo agradeció. Eso le daría un margen pequeño de tiempo para buscar al doctor entre ellos, en la esperanza de encontrarlo sin necesidad de introducirse más allá y arriesgarse a que alguien la reconociera o simplemente la confundiera con una de las chicas de Lucille.

Sus propios pensamientos la animaron. Sorteó un par de parejas que bailaban al son de la alegre música tras comprobar que ninguno de esos hombres era el doctor, cuando su espalda chocó con un tercero. Se dio la vuelta, pero el espectáculo la obligó a retroceder, completamente asqueada.

Un grupo de hombres se divertían con una prostituta. Por turnos, le daban de beber un líquido amarillento que ella tomaba con una expresión entre el gusto y el temor. De pronto, empezó a convulsionarse, pero, para su sorpresa, los hombres no solo no la auxiliaron, sino que festejaron su logro con palmas y gritos.

Brianna miró a su alrededor, angustiada, para comprobar que el resto ni siquiera parecía reparar en lo que a ella le pareció una humillación

repugnante. ¿Es que nadie veía lo que estaba ocurriendo? No, y nadie la auxiliaría porque, sencillamente, no pedía ayuda. En cuestión de segundos, la chica se desvaneció y los hombres perdieron interés en ella, pero para entonces sus entrañas ya se retorcían, asfixiándola. Había sido un error entrar en ese lugar. Los peligros eran demasiados, y el doctor no estaba allí. Giró sobre sus talones, pero la visión de un hombre con el pezón de una prostituta en la boca y la mano entre sus piernas ocupó todo su campo de visión.

—¿Quieres que te mame el pato hasta que grazne, guapo? —casi le gritó ella.

—Si por mí fuera, podrías seguir haciéndolo incluso después.

Contuvo la respiración para evitar vomitar, mientras decidía que tomaría otro camino. Rodeó a la pareja, pero tropezó y tuvo que agarrarse al respaldo de un sofá para evitar caer.

El sofá en cuestión se hallaba colocado en un rincón del salón, un poco más apartado del resto, y acogía el enorme cuerpo de un hombre que, completamente estirado, parecía disfrutar de las atenciones de una prostituta. Junto a una de sus manos, que rozaba el suelo, aparecía una botella de *brandy* casi vacía y una copa medio llena que provocaron el instantáneo rechazo de Brianna. La otra mano descansaba en su nuca, en una posición de total abandono. Su camisa blanca, abierta por completo, dejaba al descubierto un pecho amplio salpicado de vello negro. Estaba tan cerca que podía apreciar la longitud del cabello oscuro que le llegaba a los hombros, las facciones de su cara cubiertas en parte por una barba corta, la mandíbula fuerte y los labios carnosos, ligeramente abiertos. Todo el conjunto exudaba placer en estado puro. Sensualidad. Sin restricciones ni, al parecer, obligaciones.

Contuvo el aliento. Siguiendo un impulso se escondió tras el respaldo, pero no dejó de mirar aquel par de piernas largas y bien formadas, que terminaban en unas caderas estrechas firmemente acariciadas por la prostituta. El hombre se estiraba como un felino, dejándose hacer. Tenía los ojos cerrados y la cara elevada al techo, con una expresión de auténtico deleite que aumentó cuando la chica colocó una de sus manos sobre el enorme bulto de su entrepierna y empezó a moverla.

Brianna se quedó rígida. Sintió el creciente sofoco apoderándose de ella y se preparó para el ataque de pánico que terminaría con una huida precipitada, sin que le importara que todo el burdel se diera cuenta, pero, extrañamente, ese miedo no llegó.

Ni tampoco las imágenes superpuestas que la harían contener un grito de

puro terror. Ni el temblor que terminaría por hacerle ver cosas que realmente no estaban ocurriendo, solo porque su mente le jugaría de nuevo una mala pasada. ¿La razón? Sencilla: la tensión física masculina era tan patente que la atrapó. La chica parecía disfrutar tanto como él, a pesar de la botella de *whisky* que daba fe de su posible grado de ebriedad.

Otro punto en su contra que debería marearla hasta llevarla fuera de aquel antro. Pero Brianna no se movió. Estaba paralizada, y no precisamente por el miedo, sino por una suerte de curiosidad morbosa que la llevaba a pensar que lo que estaba presenciando era un acto consensuado, brutalmente erótico, del que no podía huir, sino todo lo contrario. Una oleada de calor la dominó de pronto sin que pudiera contenerla. Se extendió por sus venas como si fuera sangre y se aposentó en su vientre, hasta que una desconocida presión la obligó a jadear.

No sabía qué la estaba ocurriendo. Por qué era incapaz de apartar la vista de aquel cuerpo enorme y vigoroso sin que el resto de sus sentidos permanecieran encadenados a él. Mas cuando al fin consiguió desplazarla hasta la cara del desconocido, contuvo el aliento.

Unos ojos del color del oro líquido le devolvieron la mirada, con un brillo lascivo que consiguió que la garganta se le secara al recibir una sonrisa apenas visible.

Percibió el halo de masculinidad que lo rodeaba cuando apretó la mandíbula y dejó escapar un gemido largo y profundo, o la desfachatez que desprendía a través de la conexión de sus miradas. Una conexión que era incapaz de romper, porque acababa de decidir que tenía delante al hombre más varonil que había visto jamás. Con un aire audaz y salvaje que aumentaba con cada destello de placer en sus ojos. Comprobó que la estaba recorriendo con la vista porque pudo sentir su calor quemándola, como una caricia lenta que traspasaba la capa y la ropa para llegar a sus senos, sus caderas y el resto de su cuerpo, con tanto descaro como sensualidad.

Poseía el atractivo viril de Adonis y el peligro oscuro de Ares.

«No deberías leer tanto, Brianna», pensó. Pero no hubiera podido evitar ese tipo de comparaciones, aunque no hubiera visto un libro en su vida.

—Lucille, parece que una de tus chicas acaba de llegar. ¿Quieres unirme a la fiesta? Me encantaría tenerte de plato principal —lo escuchó ronronear con voz envolvente, grave y demasiado clara para pertenecer a un supuesto borracho.

Su aire decidido e imponente la sorprendió, pero no la asustó. Y esa falta

de miedo ante semejante invitación fue la peor de las alarmas, porque no le impidió erguirse para quedar a la vista de todos.

—Cretino borracho.

Se tapó la boca cuando lo vio alzar una ceja, pero ya era tarde. La había oído con total claridad.

—Ella no es ninguna de mis chicas, aunque podría serlo. Ya lo creo.

El sonido del piano cubrió sus voces, pero no su sorpresa. Brianna se giró para verse observada sin disimulo por una mujer demasiado ligera de ropa y demasiado pintada para la edad que aparentaba tener, pero con mucha más determinación de la que hubiera deseado.

Supo que estaba delante de Lucille, la madama del burdel, sin necesidad de presentaciones.

—¿Has venido a buscarlo? —preguntó, señalando al hombre del sofá—. No me extraña. Me había olvidado de que tenerlo por aquí es como dejar suelto a un semental en un establo lleno de yeguas en celo. Nadie puede compararse con él.

La chica que lo había acariciado se interpuso entre ellas, dirigiéndole una mirada hostil.

—¿En ancho o en largo, Lucille? —preguntó de manera provocadora.

—¡En resistencia, encanto, ya lo comprobarás! Es posible que incluso os complazca a las dos...

Aquellas palabras la colocaron de golpe en la realidad. Brianna abrió la boca, atónita, mientras sentía que su cara se incendiaba por la indignación.

—¡Cómo se atreve! —chilló. La algarabía que los rodeaba cedió un poco, pero no desapareció—. Vengo en busca del doctor Grey para... para... ¡la dama a la que sirvo!

—¿Y qué dama es esa?

—¡La señorita Brianna Fallon! —exclamó sin pensar.

Cuando lo hizo, se dio cuenta de su error.

En algún momento, el hombre se había puesto de pie y la miraba con interés.

—¿Fallon? ¿Acaso es pariente de la señorita Meredith Fallon? —preguntó.

—Er... Es su hija adoptiva, sí.

—Mi familia tenía una estrecha amistad con Meredith. —Los ojos dorados se entrecerraron con suspicacia, una reacción que no casaba para nada con su aparente borrachera. Ella contuvo el aliento. No podía ser que

hubiera tenido tan mala suerte...—. No sabía que hubiera adoptado a nadie.

—Has estado fuera demasiado tiempo —respondió Lucille, antes de dirigirse a ella—. El doctor Grey no ha llegado todavía, pero puedes esperarlo aquí. Seguro que Wyatt estará encantado de acompañarte, utilizando mi local por un módico precio.

—Ojos de Gata, siempre podríamos negociar la situación.

Aquel apodo la hizo sentir... extraña. Brianna casi se atragantó cuando se giró hacia él.

—El doctor Grey es el médico particular de la señorita Fallon —insistió, haciendo un esfuerzo sobrehumano para controlar su temperamento—. ¿Puede usted negociar con eso, señor?

—Casi todo en la vida es negociable.

—Piensa eso porque no se ha mirado al espejo.

—Nunca juzgues por las apariencias. Podrían engañarte. —Él se acercó después de recomponerse la ropa con tanta lentitud como seguridad. Su envergadura llenaba por sí misma el salón y aumentó cuando se inclinó junto a su oído—. ¿Qué le ocurre a la señorita?

—Tiene fiebre muy alta a causa de una herida que se ha infectado.

—¿Y Meredith no sabe de su estado?

Los sudores fríos empezaron a resbalar por su espalda. Se retorció las manos e inclinó la cabeza. Tal vez así nadie notara su mortificación al tener que hacer la mentira cada vez más grande.

—Es ya muy tarde, señor —respondió con un hilo de voz—. No consideré necesario avisarla. Y todo el mundo sabe dónde pasa el doctor Grey las noches cuando no tiene enfermos que atender.

—Wyatt, tú podrías echarle una mano, ¿no es cierto?

La expresión del hombre cambió de segura a muy oscura cuando fulminó a Lucille con la mirada.

—No, no es cierto.

—Pero tu experiencia es un punto a tu favor. Y tu honor hará el resto.

—Mi experiencia se agotó hace tiempo, igual que mi honor.

La música del piano cesó en ese mismo momento. Varios de los presentes empezaron a prestar atención al pequeño intercambio de pareceres y a la presencia de Brianna. Incluso le dio la impresión de que alguno fruncía el ceño mientras la miraba.

Seguro que la habían reconocido. Le urgía marcharse cuanto antes.

—Eres muy avisado para los negocios. ¿Por qué no lo miras de ese

modo? Supongo que la hija adoptiva de la señorita Fallon bien merece el esfuerzo —insistió la madama.

Él entrecerró los ojos y clavó su mirada especulativa en ella. Brianna se sintió insignificante bajo aquel examen exhaustivo. Casi agradeció la intervención de Lucille cuando se dirigió a ella.

—Cariño, deberías aceptar lo que te ofrezca antes de que se arrepienta —dijo—. En su momento, Wyatt fue uno de los mejores médicos de Boston.

—Así que es usted médico. Quién lo diría.

—Desde hace unos años absolutamente nadie. ¿Ves esto? —Extendió sus manos delante de ella. Eran grandes, toscas, con callos en algunos lugares, señal inequívoca de trabajo duro—. No están en su mejor momento, pero servirán para calmar tu desesperación.

—Aunque no para confiar en usted. Puedo pensar que solo es una estratagema para quedarse a solas conmigo y aprovecharse de mí.

—En ese caso, tendríamos un punto de partida para negociar —le respondió, con una sonrisa ladeada y desafiante que Brianna no pensaba eludir.

—¿Pretende que considere sus servicios como una transacción comercial?

—¿Acaso los del doctor Grey son gratuitos? —No, no lo eran, pero no pudo evitar dar a sus palabras un significado totalmente distinto al verle extender la mano en su dirección, sin sentirse molesto, cuando, un rato después y en vista de que ella no la aceptaba, la dejó caer—. Podemos sellar el acuerdo como tú prefieras, más tarde.

—No quiero hacerlo de ninguna manera, pero no tengo opción. —Acababa de pensar en voz alta. Tanto el hombre como Lucille parecieron conformes, pero ajenos a la disyuntiva que albergaba en su interior. Si decía la verdad, llevaría a su casa a un doctor medio borracho, contraviniendo sus propios principios acerca de mantenerse alejada de ese tipo de hombres. Pero si mentía, la principal perjudicada sería ella, sin lugar a dudas. Y, aun así, se decidió por la única salida que parecía clara, por mucho que estuviera llena de inconvenientes que la hicieran dudar—. Iremos en un coche de alquiler. Una vez lleguemos, la puerta de entrada se quedará abierta hasta que el hermano de la señorita Fallon regrese, si es que no lo ha hecho ya.

—¿A qué esperas? —La madama le propinó un disimulado codazo—. Con hermano o sin él, sabes que no vas a dejarla sola. No puedes.

—Tampoco puedo creer a la primera muchacha que pise tu local con

semejante cuento.

—Concédele el beneficio de la duda, querido. A lo mejor resulta que todo es producto de una imaginación desbordante y puedes disfrutar de ella... en otros ámbitos. —Después se dirigió a Brianna—. Si él se fía de tu palabra, no veo por qué tú no puedes hacer lo mismo con la suya, encanto. Es posible que tú también celebres tu decisión.

Ella cerró los ojos y respiró hondo. A su mente acudían imágenes muy parecidas a las que acababa de presenciar: un hombre tan grande como el que tenía delante, pero mucho más borracho, clavándole los dedos en el brazo para sujetarla...

—¡Suélteme!

La sonrisa de dientes podridos le puso el estómago en la boca; el apestoso aliento a alcohol, que no menguaba sus fuerzas, la obligó a contener el vómito. Su padre la miraba con una mezcla de desprecio y satisfacción oscura, con las pupilas perfectamente clavadas en ella, como si en realidad no hubiera bebido ni una sola gota. Sobrio en apariencia; tanto, que supo que lo que escucharía a continuación sería el relato exacto de los próximos años de su vida.

—Enseguida, chica. No tengo intención de estropear la mercancía. Y ahora, atiende con mucha atención, porque voy a explicarte en qué va a consistir el resto de tu vida...

Tembló. A punto estuvo de escapar corriendo. Pero consiguió regresar al presente y al hombre que tenía delante de ella. Si en realidad era un doctor, lo necesitaba para que Sarah pudiese aguantar hasta que el suyo se hiciera cargo de la situación. Pero si era un farsante...

Cogió aire y lo miró directamente, sin mostrar el temor que sentía por lo que iba a hacer.

—No sé si podré pagar sus honorarios —respondió.

Él se acercó. Con la yema del dedo índice rozó apenas su mentón. Para Brianna fue suficiente. Dio un paso atrás, preparada para defenderse, pero el hombre se limitó a fruncir el ceño con extrañeza y torcer la boca en un intento de sonrisa sesgada.

—Ya pensaremos en algo. Me llamo Wyatt Miller. Lucille, dile a Cole que no me espere —pidió sin apartar sus incendiarios ojos de ella.

—A tus órdenes, encanto. Se lo haré saber.

—Gracias. ¿Nos vamos, damisela?

Brianna esperó a que se pusiera su capa y su sombrero y lo siguió sin molestarse en responder. Solo deseaba salir para poder respirar aire fresco, aunque eso supusiera arrepentirse de la decisión tomada o estremecerse por el miedo que empezaba a sentir.

—Así que piensas que soy un cretino borracho que solo piensa en aprovecharse de mujeres indefensas. —Con un gesto de la mano, Wyatt detuvo el primer coche que pasó por su lado y abrió la portezuela para dejarla pasar, antes de seguirla.

—Salta a la vista —respondió ella, sin esconder un gesto de desagrado.

—Me has encontrado en un burdel. ¿Qué esperabas?

—Alguien un poco más lúcido. No me negará que ha bebido.

—Lamentablemente, no lo suficiente —replicó con voz sombría antes de volver a concentrarse en ella—. Curiosa manera de aceptarme a pesar de todo.

—La misma que usted al dar por ciertos mis «cuentos» y mi supuesta desesperación.

—Esa es tan real como el miedo que tienes ahora mismo, aunque harás cualquier cosa para disimularlo y seguir hasta el final. —Era cierto. El pánico al verse sola con él neutralizaba cualquier intento de pensamiento coherente. Ni siquiera le respondió, por temor a que la voz no le saliera—. ¿A dónde nos dirigimos?

No tuvo más remedio que decírselo. Si ocurría algo, solo tendría que gritar para que el cochero detuviera el vehículo y la socorriera. Aunque Wyatt podría esperar a encontrarse en su casa para asaltarla, en cuyo caso...

—No voy a abalanzarme sobre ti salvo que decidas lo contrario. ¿Qué puedo hacer para que te tranquilices?

—Demostrarlo sería una buena opción.

—Mi palabra debería bastar, pero si no es así, siempre está Meredith. Ella me apoyará.

—¡No! —Estuvo a punto de saltar en el asiento, completamente espantada. Solo pensar en plantarse delante de Meredith para confesarle que tenía en su casa a una prostituta herida, le revolvía el estómago. Cuando levantó la vista, se percató de que él la miraba con extrañeza por su súbito grito y carraspeó, aparentando normalidad—. Ni en sueños la molestaría con un supuesto doctor que apenas se tiene sobre su asiento.

—Voy a tomarme tus palabras como una consecuencia lógica de lo que has visto. —Wyatt habló con aparente dureza, ligeramente inclinado hacia ella,

pero a continuación resopló y se recostó en su asiento—. Puedo asegurarte que sé de medicina. Todavía soy capaz de atender a una enferma. Pareces una muchacha avispada; sabrás reconocer la verdad cuando la tienes delante.

—No crea todo lo que piensa.

—Creo en lo que veo. Te has aventurado en el burdel y has observado el inicio de un acto sexual desarrollado bajo tus propias narices, literalmente. No sé si considerarte una valiente o una inconsciente. Posiblemente tengas bastante de las dos cosas, aunque deberías haber pensado en tu honorabilidad. Pero si me permites un consejo, una lengua tan afilada como la tuya en una sirvienta solo te acarreará problemas.

¿La estaba llamando deslenguada, atrevida e inmoral? Por un momento, se olvidó de todos sus temores para dar paso a la indignación. No le hubiera importado seguir replicando, pero llegaron a su casa justo a tiempo de evitarlo. Con un leve gruñido de disconformidad, se envolvió en su capa y descendió del coche, sin aguardar a que el señor Miller le abriera la puerta.

Esperaba tanto que Patrick estuviera en casa, que se quedó plantada en mitad del recibidor cuando vio que no era así.

¿Qué haría ahora? Despedirlo con cajas destempladas, por supuesto. El ardid de dejar la puerta abierta mientras atendía a Sarah carecía de peso al lado de encontrarse sola con un hombre joven y con su fuerza física apenas mermada por la bebida.

Se giró dispuesta a tomar el control de aquella situación tan demencial, pero se dio de bruces contra el pecho amplio y aparentemente duro del doctor.

—¿Ocurre algo? —le preguntó, señalando la puerta—. La he dejado abierta, como querías. Incluso podemos esperar al hermano de la señorita en el coche de alquiler para que te sientas más segura.

—No serviría de mucho.

—Para ser tan desconfiada, te has metido en un buen aprieto.

Brianna intentó no pensar en el aprieto en cuestión y extendió la mano.

—Puede darme su capa, señor. —Cubrió con ella la vieja de Patrick, que permanecía colgada en el perchero, y se quitó la suya—. Ahora, si no le importa, suba conmigo.

Ni se le ocurriría darle la espalda. Si se fiaba de lo que había escuchado, aquel hombre conocía a Meredith, aunque no lo suficiente como para saber que había adoptado a dos hermanos irlandeses. Pero se fiaba de ella. No pensaría que Sarah era una prostituta del mismo burdel que él visitaba...

Se detuvo de golpe, controlándose para no darse de bofetadas por su

descuido.

—Día! Beidh mé dúr... [4]

—¿Cómo dices?

—Er... La habitación de la señorita. Está en silencio.

Fue lo mejor que se le ocurrió antes de abrir la puerta y hacerse a un lado para dejarle pasar. Se mantuvo con todos sus sentidos alerta cuando él se inclinó junto al cabecero de la cama. Esperó con el alma en vilo, hasta que lo vio incorporarse con el ceño fruncido, después de haber examinado todas las heridas de Sarah con una decisión y una lucidez sorprendentes a pesar de su palidez. Pareció titubear un momento, como si no estuviera seguro, antes de mirarla.

—Esta mujer ha sido brutalmente golpeada y herida. ¿Quién lo ha hecho?

—No lo sé, señor. Suelo ser discreta con la vida privada de los demás.

—Excepto cuando te metes en un burdel a espiar actos ajenos, ¿me equivoco? —Brianna no respondió, pero respiró más tranquila cuando él se lavó las manos en la palangana y se centró en las heridas—. La infección está a flor de piel. Aun así, necesitaré un instrumento cortante para abrirlas un poco y terminar de limpiarlas, además de miel y gasas limpias.

Eso supondría dejar a Sarah sola con él, pero no lo dudó. Aquella era su oportunidad de hacerse con algo con lo que poder defenderse en caso de un posible ataque. Corrió hacia la despensa, tomó lo que le había pedido Wyatt y añadió un pequeño cuchillo que deslizó bajo su manga larga antes de volver a la habitación mucho más tranquila.

—¿Puedes ayudarme o te desmayarás si hueles a podrido?

—No me tengo por una melindrosa, señor Miller.

—Entonces sujeta esto. —Le ofreció las gasas, acercó el filo del cuchillo al tenue fuego que crepitaba en el hogar de la habitación y le dedicó una breve mirada llena de determinación antes de efectuar un mínimo corte por el que brotó el pus. Ella no se apartó; vigiló cada movimiento del señor Miller mientras limpiaba la herida, extendía un poco de miel y la cubría con las gasas. A continuación, repitió el mismo procedimiento con la otra herida. Cuando terminó, se lavó de nuevo las manos y la miró con las cejas alzadas—. Bueno, creo que me he ganado parte de tu confianza. Yo he cumplido mi parte del acuerdo. Ahora te toca cumplir con mis honorarios.

Refutó su afirmación con una mirada que se quedó clavada en su boca, hasta que los labios le hormiguearon por una estúpida expectación que fue incapaz de controlar. Él dio un paso adelante, con toda su atención puesta en

esa parte de su anatomía. Estaba tan cerca que pudo sentir el calor de su aliento cuando lo expelió poco a poco.

Brianna no tuvo tiempo de reaccionar. Todo su cuerpo se tensó cuando Wyatt se llevó su mano a los labios. Unos labios húmedos, cálidos, que se posaron apenas unos segundos en sus nudillos, antes de soltarla.

—Como ves me conformo con poco, Ojos de Gata. Un hombre que se precie de serlo jamás actuaría en contra de la voluntad de una mujer —concluyó, guiñándole un ojo—. No es necesario que me acompañes; ya conozco la salida.

Se había quedado sin aliento. Y solo lo recuperó cuando lo siguió hasta el extremo de la escalera mientras él la bajaba y se detenía junto al perchero, repentinamente interesado en la capa de Patrick.

—Dígale al hermano de la señorita Fallon que debería cuidarla mejor. No me gustaría nada tener que volver —advirtió con suavidad, sabiendo que ella lo escuchaba, antes de desaparecer.

Brianna dejó caer el cuchillo, perpleja.

Después de años y de un juramento inquebrantable, un hombre había conseguido tocar una parte de su cuerpo sin provocar en ella otra cosa que no fuera sorpresa ante sí misma.

Y ese hombre era un completo desconocido al que probablemente no volvería a ver.



Cuatro

—La maquinaria se quedará obsoleta. Las partidas de algodón deberían llegar con más fluidez, además de revisar los contratos con nuestros clientes en Europa. Tendríamos que ir pensando en sustituir al contable. Ha cometido algún error en los asientos. Ya sé que era el hombre de confianza de padre y que le sirvió mucho y bien hasta el día de su muerte, pero coincidirás conmigo en que es demasiado viejo y sus despistes pueden causarnos más de un problema...

Wyatt levantó una mano y se recostó todavía más en la silla del despacho que, cinco años atrás, solía ocupar su padre. Era un lugar privilegiado desde donde se veía gran parte de la fábrica textil de la que tanto él como Cole eran dueños.

—Por favor, baja la voz, ¿quieres? —murmuró, frotándose el puente de la nariz en medio de un gruñido de auténtico disgusto, más consigo mismo que con los que lo rodeaban. Cole permaneció de espaldas a él y con la cara pegada a la ventana. Solo un ligero encogimiento de hombros le indicó que lo había escuchado—. Tengo una resaca infernal y estás contribuyendo a aumentarla.

—Pues lo siento, pero a esto hemos venido. Deberías habértelo pensado dos veces antes de acompañar a guapas doncellas para ejercer de médico.

—Eran quemaduras provocadas por un cigarro —confesó—. Algún degenerado se ensañó con la muchacha, pero no quise averiguar nada más. Además de a infección, allí olía a mentira.

Cerró los ojos. Aquellas heridas lo habían transportado a la peor de sus pesadillas: el fuego, los gritos, el olor a carne quemada. La impotencia sentida justo antes y que había derivado en el dolor infinito e inquebrantable, la frustración y el odio hacia el hombre que tenía enfrente y hacia sí mismo. Un odio que había creído superado a base de perdón y amor por la familia.

—Aun así, la ayudaste. —Cole abandonó la ventana para mirarlo con una sonrisa llena de admiración que le hizo sentir incómodo, al descubierto de alguna manera, cuando lo vio tomar asiento al otro lado y apoyar los codos sobre la mesa de roble, apartando los papeles que Wyatt se empeñaba en examinar sin demasiado éxito—. ¿Quién consiguió semejante milagro?

—No le pregunté su nombre.

—¿Pasaste la noche con una mujer y no conoces su nombre?

—No te darás por vencido tan fácilmente, ¿verdad?

—Ni por asomo. Y menos cuando se ha dado el milagro y ha habido alguien que te ha atado durante tanto tiempo seguido.

—Por la gloria de Dios... Está bien, tú ganas. No tengo energía para replicarte. —Se recostó en el respaldo de su silla y se olvidó de los asuntos contables—. Al parecer, Meredith adoptó a una muchacha irlandesa hace tiempo.

—¿Cuánto?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Solo acompañé a su sirvienta a curarle unas heridas cuando apareció por el burdel en busca de un tal doctor Grey que no encontraba por ninguna parte.

—Probablemente estaría atendiendo a algún paciente.

—Probablemente —repitió Wyatt, cada vez más incómodo por el hecho de tener que expresar en voz alta una pequeña parte de lo sucedido la noche anterior—. El caso es que, después de que Lu insistiera de lo lindo, no me quedó otra que acompañarla.

—Tengo entendido que no insistió tanto.

Porque lo intrigó desde el primer momento, a pesar de haber interrumpido algo tan íntimo como la caricia insistente de una mano femenina sobre su entrepierna, con una historia plagada de mentiras. Estaba seguro. Pero aquellos dos ojos de un verde tan claro que parecía traslúcido, grandes y redondos como los de un gato curioso, clavados en él, lo habían excitado en unos minutos más que las manos expertas de la prostituta.

En circunstancias normales, ninguna mujer hubiera conseguido semejante respuesta en él con tan solo una mirada y una proposición inusual que había derivado en un trato con ella. Claro que, en circunstancias normales, él no hubiera permitido que una sirvienta lo embaucara para acompañarla a curar heridas, soportando que le llamara cretino, borracho y unas cuantas verdades más por el camino. Ni tampoco se le hubiera quedado grabada en la mente aquella figura de reloj de arena, llena de depresiones y curvas que tentarían

hasta al más santo. Vestida con un traje propio de una dama, que le había dejado la garganta seca al mismo tiempo que se le humedecía la piel y la sangre huía hacia un solo punto de su cuerpo. O aquel cabello que flotaba en suaves rizos hasta la altura de sus caderas, desprendiendo un peculiar aroma que le hacía evocar verdes campos que olían a... libertad. Y, por descontado, en circunstancias normales nunca habría establecido los términos de aquel contrato que le había llevado a desear un beso suyo. A entrar en esa boca rosada, pequeña y llena, en vez de contentarse con rozar sus nudillos con los labios, como el caballero que no era, en cuanto detectó un miedo desproporcionado en ella.

Solo se trataba de una sirvienta, en el supuesto caso de que no le hubiera mentido en esa parte, claro. Aunque parecía inocente a ratos, otros demostraba tener al menos tanto mundo como la prostituta que había dejado en el burdel, además de un estómago duro a prueba de cualquier cosa. Solo cuando decidió ayudar a la paciente que yacía en cama consumida por la fiebre, pensó que probablemente la muchacha a la que había acompañado se había dado cuenta de sus dudas, del pánico que durante unos instantes había atenazado sus manos para impedirle moverlas, del sudor que impregnaba su frente un segundo antes de superar el escollo como si no fuera tan grande como parecía, con la única excusa del lamentable estado de la paciente.

Bueno, se dijo, ¿qué importaba que ella se hubiera dado cuenta o no? No se había comportado de manera gentil ni amable; hacía tiempo que había abandonado esa conducta con cualquier otra persona, fuera hombre o mujer. Aun así, vio que sus reticencias se iban esfumando conforme él avanzaba en las curas, hasta transformarse en gratitud.

Eso tampoco importaba. Era más que probable que nunca volviera a verla, aunque la idea no le agradó como debería.

—La acompañé a la casa de la supuesta hija adoptiva de Meredith y no me fui hasta que la dejé en mejor estado de lo que la encontré —declaró.

—Así que piensas que es supuesta...

—Como todo lo demás. Cuando llegué a aquella casa, vi una vieja capa de hombre colgada del perchero. La sirvienta afirmó que su señora vivía con su hermano, pero ella vestía como una dama, lo cual me da qué pensar. Creo que, en realidad, el hombre en cuestión no era el hermano de la mujer a la que atendí. Es más, me da la impresión de que fue él quien le provocó las heridas y que la sirvienta solo lo protegía, Dios sabe por qué.

—A pesar de eso, pasaste *toda* la noche con ella. Lo cual refuta mi

teoría: no te resististe a los encantos de una mujer de dudosa reputación.

—Fue *casi* toda. Todavía me estoy arrepintiéndome de haber asistido al burdel contigo...

—¿Por qué? Lo hiciste por complacerme. Eso dice mucho acerca de tu generosidad.

—Y poco acerca de mi inteligencia.

Pero sonrió ante el tono jocoso de Cole.

—Si sonrieras más a menudo, haría tiempo que habría una señora Miller en Red Oaks.

—Ya la hay. Se llama Virginia y es nuestra madre.

—Tú me entiendes. —Esta vez Wyatt soltó una carcajada, pero no dijo ni una palabra más—. Entonces no me lo vas a contar...

—Digamos que el resto no es asunto tuyo.

No había habido nada más aparte de ese extraño ramalazo de deseo que le atravesaba el cuerpo cada vez que pensaba en ella, pero que lo ahorcaran si lo confesaba.

—Eso es discutible. —Cole sirvió dos generosas copas de coñac y le ofreció una con un guiño cómplice cuando vio su fruncimiento de cejas—. Lo mejor para la resaca, según tus propias palabras. No me eches la culpa de seguir tus consejos.

—Si los siguieras tan a menudo como deberías, a estas alturas ya estaríamos en Atlanta.

—Los hemos seguido al hacer este viaje, ¿recuerdas?

—No. Me limité a escucharte hablar de la maquinaria obsoleta y de la necesidad de tener en Red Oaks otro empleado blanco, además de Grady.

—Terminaste haciendo lo que yo quería —replicó Cole con aire satisfecho—. Que es, básicamente, lo mejor que siempre puedes decidir. Sabes de sobra que soy la parte práctica del equipo.

—Oh, Dios, líbrame de semejante tortura... —Wyatt levantó los ojos al cielo con gesto teatral, lo que provocó la carcajada de su hermano—. No esperes que reconozca el estado de la fábrica en el norte gracias al trabajo de unos esclavos en el sur con cuya propiedad no estoy de acuerdo. Sin embargo, no soy tan tonto como para no reconocer que, gracias a nuestro modo de vida en Atlanta, podemos seguir manteniendo todo esto, como era el deseo de padre. Aun así, no deja de ser un problema común. El sur necesita una política librecambista para poder vender el algodón a Europa con más libertad. —Cole iba a objetar algo, pero levantó una mano para silenciarlo—. A pesar de

que nosotros tengamos la suerte de exportarlo al mismo tiempo que las telas manufacturadas.

—Es algo más que suerte. Es un maldito privilegio que nos ahorra mucho dinero.

—Los privilegios no suelen durar demasiado. Si las cosas no cambian, se avecinan malos tiempos.

—Guarda tus discusiones políticas para el próximo presidente de la nación, si tienes oportunidad de expresárselas. A mí no me distraes con ellas, Wyatt. La muchacha te ha impactado.

Demasiado. Y ese era un adjetivo muy inherente a él: demasiada rudeza, demasiada oscuridad a su alrededor, demasiada amargura, demasiado tiempo sin confiar en una mujer, demasiado empeño en aceptar la versión de los hechos de su hermano, cinco años después. Sabía lo que acarrearía lo contrario. Dolor, desengaño y un abismo tan grande que dudaba de que tuviera fin. Lo conocía bien, porque vivía en él.

—Cierto. Pero borra esa sonrisilla de la cara. La muchacha incitaba a pasar un buen rato entre las sábanas, nada más. Así que no quiero escuchar nada acerca de nuestra sangre sureña gracias a la familia de madre, ni tampoco un sermón donde incluyas a esas mujeres que, según tú, beben los vientos por mí y en las que no estoy interesado.

—¡Al fin llegamos a la parte interesante! —Con sus cejas bailoteando de satisfacción, Cole dejó la copa y cruzó las manos sobre su regazo—. Precisamente por eso estamos aquí: tu hijo y esa institutriz que te niegas a encontrar en varias millas a la redonda de Red Oaks.

Su hijo. Sintió cómo su corazón se paralizaba antes de ponerse en pie.

Había decidido vivir sin depender de nadie y sin que nadie dependiera de él en cuestión de emociones. Así era más sencillo. Todos, sin excepción, lo habían aceptado o se habían resignado, como en el caso de Cole. Y ya tenía asumido que Kenneth acabaría por comprenderlo con el tiempo.

Aun así, no podía evitar que algo se le desgarrara muy adentro cuando pensaba en aquellas dos palabras, por lo que comportaban y por lo que sabía que no podría cumplir. Por las dudas que, contra el mismo tiempo, pervivían.

—Kenneth —corrigió en voz baja, con toda la calma de que fue capaz—. Si no te importa, utiliza su nombre de pila cuando hables de él.

—Kenneth Miller, entonces. No voy a despojarle de las ventajas de su apellido solo porque te empeñes en seguir hundido en auténticas tonterías.

—No son tonterías, y lo sabes.

—En ti está considerarlo como te plazca. —Parecía que Cole lo había hecho. ¿Por qué él no conseguía acallar las voces de su interior, que parecían intensificarse con el alcohol, cuando debería ser al contrario?—. El caso es que, antes de salir de Red Oaks, convinimos resolver el tema de la institutriz para Ken. Meredith es la solución. Ella puede recomendarnos a alguien con buenas referencias y le debemos esa visita, además de una explicación. Por añadidura, si crees que lo que te ocurrió anoche no era más que una farsa, tienes la mejor oportunidad de salir de dudas. Cinco años de silencio son demasiados, Wyatt.

—La explicación sería demasiado larga para una mañana. En cuanto a la institutriz, no creo que seas capaz de encontrar a alguien competente en un día, ni siquiera con la intervención de Meredith.

—Podemos alargar la estancia el tiempo suficiente para que des tu visto bueno y para saldar cuentas con tu conciencia. Aunque no me lo digas, sé que piensas que no te has comportado de un modo honesto con Meredith. Y tienes razón.

A Wyatt empezaron a fallarle los argumentos. Intentó ignorarlo, pero la paciencia de su hermano podía ser tan grande como irritante. Al cabo de unos minutos de silencio, volvió a levantar la vista solo para encontrarse con su atractiva y sonriente cara a medio palmo de la de él.

—Ve tú solo a verla —resolvió, poniéndose en pie con los dientes más apretados, el ceño más fruncido y el dolor de cabeza más agudo—. La fábrica y Red Oaks. Eso es lo prioritario. Grady está al mando en la plantación, pero ni siquiera él tiene mi confianza total para permitir que la dirija tantos días sin nosotros.

—Todavía me pregunto quién es el privilegiado que goza de tal regalo.

—Cole, no quiero empezar una discusión.

—De acuerdo, de acuerdo. —Su hermano levantó las manos en señal de derrota y se dispuso a recoger todo sin mirarlo directamente—. Te excusaré delante de Meredith si me aseguras que no irás a donde creo que quieres ir.

Su casa. Su pasado. Parte de su familia. Sus engaños y buena parte de su vida. Ese era el lugar al que una parte de él siempre pertenecería, que su mente se negaba a abandonar y del que su hermano quería alejarlo a toda costa.

—Cole... —repitió.

—¿Crees que me gusta verte amargado, encogido en tu caparazón de aislamiento, o rechazando cualquier clase de ayuda? ¿Crees que eres un buen

ejemplo para tu hij... para Kenneth? Bastante penoso resulta ver cómo te retraes días tras día. No es necesario que te castigues todavía más.

Wyatt le dio la espalda. Le resultaba imposible mirarle a la cara sin recriminarle su parte de culpa por aquella situación. Se suponía que estaba todo aclarado, todo olvidado. Que había decidido creer en la palabra de su hermano en vez de en la de Cathy...

«Valor, fuerza y honor. Son los pilares de la integridad de un hombre. Cuando una de esas premisas falla, el hombre deja de serlo. Así de sencillo. Yo siempre las enarbolaré contigo, Wyatt. Por muy mezquino que parezcas ahora mismo, abrigando dudas hacia mí que solo nos pueden traer la desgracia más absoluta. A pesar de todo eso, siempre seguiré siendo tu hermano».

Lo intentó. Aún seguía intentándolo. Pero tenía la sensación de que esos pilares, en su caso, se estaban derrumbando sin que pudiera hacer nada para remediarlo.

—Trato hecho —resolvió, extendiendo una mano que Cole no dudó en estrechar—. Me iré al hotel, haré mi parte del equipaje y regresaré a Red Oaks.

Se apresuró en salir de allí antes de hacer algo de lo que luego se arrepintiera, pero Cole se encargó de detenerlo con una simple pregunta.

—¿No me deseas suerte, hermanito?

—Tienes un encanto natural con las mujeres. Convencerás a la recomendación de Meredith para que viaje contigo a Red Oaks sin mis buenos deseos.

—Entiendo que cuento con tu total aprobación a mi decisión, sea la que sea...

—¡La tienes, maldita sea!

Cole mantuvo su sonrisa tranquilizadora a pesar del grito.

Wyatt era un hombre de honor. Acababa de hacer un trato con él, y no lo rompería.

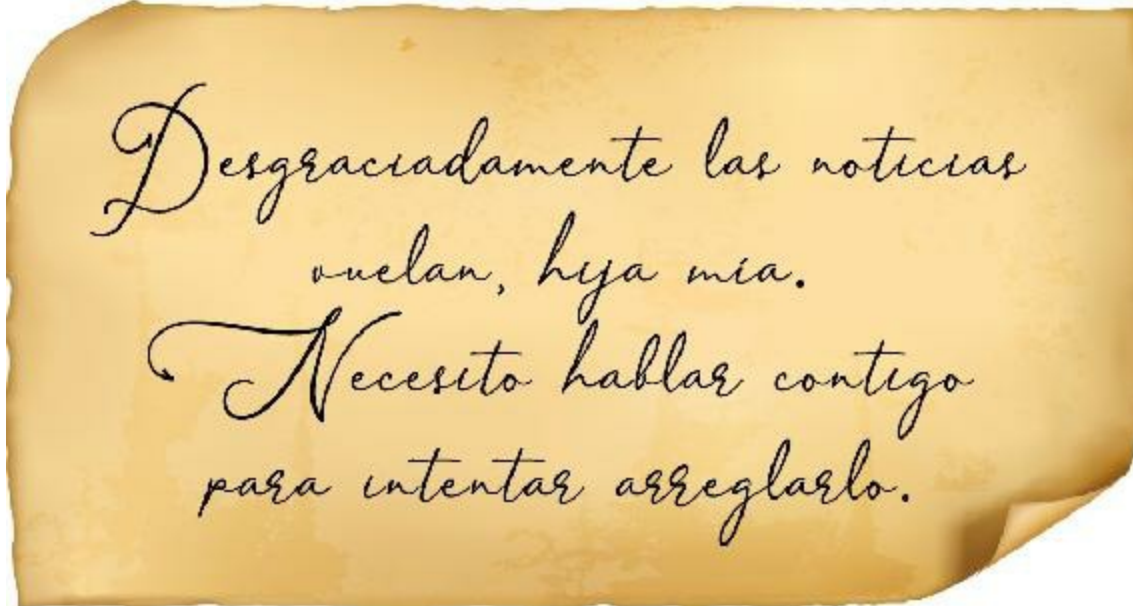
Su hermano era su compañero, su mejor amigo. A pesar de que a veces lo sorprendía mirándolo con recelo, lo tenía con él. Hacía cinco años había estado a punto de perderlo; aun en ese momento, no lo había recuperado del todo, y tal vez nunca lo haría. A veces, determinadas dudas dejaban huellas difíciles de borrar.

Aun así, haría todo lo posible para no perder lo que quedaba de él.



Cinco

Brianna suspiró cuando miró el sobre que contenía la carta de su despido fulminante como profesora del St. Joseph después del escándalo de la noche anterior, y miró su otra mano, que sostenía la escueta nota enviada por Meredith a través de Samantha, su doncella personal, que la acompañaba en esos momentos hasta su casa:



Desgraciadamente las noticias
vuelan, hija mía.
Necesito hablar contigo
para intentar arreglarlo.

—Señorita, ¿está usted bien? Parece que va a desmayarse de un momento a otro...

—He sobrevivido a cosas peores, Sam.

Tras un segundo para recuperar el aliento, reanudó su camino.

No sabía decir cómo se encontraba. Tranquila por la nota de Meredith, que indicaba que, al menos, la recibiría en su casa después de que los rumores

se hubieran extendido como la pólvora en un tiempo récord. Triste, porque, antes de que Sam llamara a su puerta, Patrick había estado a punto de perder los estribos con ella, ya que su impulsividad le había costado el puesto de trabajo.

Brianna no dudó en acompañar a Sam con la promesa de que intentaría arreglar su parte de culpa.

Con ese pensamiento, dejó que la doncella la precediera en el vestíbulo de la casa de su madre adoptiva y se hiciera cargo de su capa y sus guantes. Avanzó a través del pasillo después de ser anunciada hasta entrar en el pequeño saloncito para ver que su mentora estaba acompañada.

—Válgame Dios, muchacha. Estás tan pálida que parece que has visto un fantasma. —Meredith la invitó a pasar con una sonrisa amable y una sutil mirada de advertencia que no le pasó desapercibida cuando señaló el pequeño sofá al otro lado del que ocupaba su invitado. Un hombre joven que se puso en pie para recibirla—. Hoy estoy de suerte. Dos de las personas más queridas por mí vienen a verme. Veo que recibiste mi nota. Querida, permíteme que te presente. Brianna Fallon, mi hija adoptiva desde hace cuatro años. Este es Cole Miller, uno de los hijos de mi querida amiga Virginia, a quien no veo desde hace demasiado.

—Al parecer, los rumores eran ciertos... Encantado de conocerla, señorita Fallon.

Ella retiró la mano que él tan galantemente había besado mientras pensaba con furia. Miller. ¿Podría ser que...? Buscó en el aspecto atractivo de Cole un pequeño parecido con el hombre de mirada atormentada y manos hábiles que había curado las heridas de Sarah. Era igual de alto y corpulento, pero sus ojos no poseían aquel color tan extraño e hipnótico, sino que tenían una tonalidad castaña más oscura y cálida. Su cabello, en cambio, aparecía más corto y claro que el negro azabache que tenía en mente, otorgándole un aspecto más mundano, mucho menos salvaje.

Meredith rio con despreocupación y le ofreció una taza de café que tembló en sus manos.

—No es muy usual que lo tome a estas horas del día, pero la ocasión lo merece, ¿no os parece? —dijo, con una mirada cómplice que la hizo sentir como si estuviera metida en una ratonera.

¿Qué significaba aquello? El inicial desconcierto de Brianna pasó a convertirse en un nido de sospechas al ver la expresión satisfecha de la vieja profesora.

—Después de recibir tu nota pensé que nuestra visita sería...

—¿Íntima? Lo es, querida mía, lo es. Tengo tanta confianza en Cole como en ti. Además, su presencia es sumamente necesaria para tomar medidas acerca de otra serie de rumores que, mucho me temo, también están en lo cierto —afirmó con aire fingidamente inocente—. Cole, tanto Brianna como su hermano Patrick han recibido una excelsa educación desde el momento en el que los acogí. Patrick ingresó en la Phillips Academy Andover, mientras que Brianna fue una de mis pupilas. Después ocupó mi puesto en el St. Joseph con un resultado brillante... hasta el momento. ¿No es una coincidencia que estuviéramos hablando de Ken justo antes de que ella llegara?

—Contigo no es prudente creer en coincidencias. Lástima que Wyatt no haya podido venir...

—No lo hubiera hecho de igual modo, los dos lo sabemos. Todavía sigue demasiado afectado por lo ocurrido, según veo.

—No ha hecho más que cometer un error tras otro desde que nos fuimos de Boston. —El semblante risueño de Cole se oscureció, pero Brianna no pareció darse cuenta.

Aquel hombre era hermano de Wyatt Miller. Vivían en Boston antes de que ella y Patrick llegaran, pero algo ocurrió que les obligó a marcharse y a cortar toda relación con la vieja profesora. Eso explicaba su desconocimiento acerca de su adopción.

—Por cierto, señorita Fallon, ¿qué tal se encuentra de sus heridas? Wyatt me contó que anoche acompañó a su sirvienta hasta su casa para ayudarla. Le curó las heridas que tenía infectadas.

Brianna dio un bote en el asiento cuando escuchó a Cole. A esas alturas, ni siquiera el aire podía penetrar en sus pulmones. El supuesto doctor era bien real. No le había mentado en nada.

Al contrario que ella, que había sido pillada en falta. Otra más que añadir a su lista.

—No se preocupe, puedo entender su desazón. —Cole sonrió cuando se dirigió a una estupefacta Meredith que la interrogaba con la mirada—. Al parecer, la muchacha buscaba a un tal doctor Grey en un lugar poco conveniente para una dama. Pero al no encontrarlo, Wyatt se ofreció a ayudarla.

—¿Ah, sí?

—Quemaduras, para ser más exactos. Wyatt aseguró que la sirvienta tenía motivos para estar asustada, pero veo que se ha repuesto casi del todo, aunque

todavía parece un poco pálida.

—¿Ah, sí? —repitió Meredith. Se inclinó hacia ella y soltó un sonoro suspiro—. Bueno, imagino que en este punto se han terminado las formalidades. Brianna, sé lo que ha ocurrido, aunque desconocía que hubiera sido de esta manera. Estás aquí por una razón, y esa razón tiene que ver con Cole y su búsqueda. Tu situación desesperada requiere medidas parecidas. Ahora solo puedo esperar a que me entregues el sobre que con tanto ahínco agarras y que, espero, me aclare el resto. ¿Te importa? —Abrió la boca con la intención de objetar todo lo que le venía a la cabeza, pero Meredith la acalló con un gesto de la mano—. Te he citado en cuanto he recibido la visita de Cole.

—¿Adrede?

—Completamente.

Su tranquilidad la dejó muda, sin un solo argumento a su favor. Miró la mano extendida y supo que no tenía alternativa. Le alargó el sobre y esperó a que Meredith leyera su contenido.

—Era de esperar —concluyó cuando terminó.

—Oh, Meredith, lo siento tanto... —El arrepentimiento hizo estragos en su conciencia y las lágrimas acudieron a sus ojos amenazando con salir, sin importar que no estuvieran solas—. Sarah estaba malherida. Pensábamos que con el ungüento que nos recetó el doctor Grey sería suficiente, pero dos quemaduras se infectaron demasiado y el ungüento se terminó. Yo estaba sola y tuve miedo de que todo se complicara, así que fui a buscar al doctor. Como no estaba en su casa y ya sabes los rumores que corren acerca de sus aficiones...

—Decidiste buscarlo en el lugar menos adecuado. Ay, muchacha, tu valor te honra. Al parecer encontraste un médico, ¿no es así? —preguntó, señalando con la cabeza a un atónito Cole que tardó una fracción de segundo en comprender.

—Un momento... ¿Estáis diciendo que fue ella quien se llevó a Wyatt a su casa con la excusa de que en realidad era una sirvienta... de ella misma? —Las dos mujeres asintieron. La más mayor con satisfacción. La más joven, con el rostro ardiendo de vergüenza y la mirada huidiza—. Entonces, si usted no era una sirvienta, sino la señora de la casa, ¿quién es la mujer a la que mi hermano auxilió?

—Una prostituta del burdel de Lucille. Mis hijos se apiadaron de su estado sin importar las consecuencias, pero aquí están. Querida, espero que no

te importe que Cole lea esas consecuencias por escrito. Quizás así podamos ver luz al final del túnel.

Meredith le extendió el documento cuando Brianna asintió, demasiado arrepentida y esperanzada en que él, de alguna manera, pudiera ayudar. Las dos esperaron en silencio, hasta que el señor Miller frunció el ceño y dirigió a Meredith una mirada más que concluyente.

—¿Por qué me da la sensación de que vas a decir algo de suma importancia? —preguntó.

—Porque todo lo que digo la tiene, querido —respondió, palmeándole la rodilla con total familiaridad y una sonrisilla cómplice—. Una de las ventajas de la edad avanzada es la experiencia que lleva consigo. Brianna ha firmado su sentencia de muerte en Boston. Un escándalo de esa magnitud no será olvidado tan fácilmente. Pero después de cada inconveniente, Dios dispone una solución. En realidad, los dos podéis ayudaros mutuamente. Cole busca una institutriz competente, y yo no podría recomendar a alguien mejor que a ti. Por otra parte, necesitas conservar tu independencia, y solo puede ser lejos de aquí.

Eran palabras duras, pero ciertas. Y tan realistas como ella misma. Nunca se había permitido soñar con imposibles. Aquella situación inesperada requería medidas urgentes, y aunque sabía que lo que se le presentaba lo era, debería negarse, por supuesto. La simple perspectiva de volver a encontrarse cara a cara con Wyatt Miller le provocaba una extraña presión en la boca del estómago.

—Imagino que habrá una señora Miller —aventuró esperanzada—. ¿No puede ella...?

—Wyatt es viudo desde hace años, querida.

—Aun así, existe una señora Miller: mi madre —aclaró Cole—. Pero su delicado estado de salud le impide encargarse del niño como es debido, sin que crezca como un salvaje, haciendo amistades poco recomendables entre los esclavos.

El comentario le escoció. El modo de vida sureño no encajaba con su manera de pensar.

—No puedo aceptar —soltó de golpe, levantando la barbilla con terquedad.

—¿Por qué? A mí me parece una excelente idea. Mi hermano me ha dado carta blanca en el asunto, y la palabra de Meredith es sagrada para los dos. Si ella dice que usted es la persona más competente, tengo claro que lo será.

De ninguna manera esperaba que el propio Cole Miller estuviera tan de acuerdo con una proposición descabellada y sin fundamento. Trató de encajar el nuevo golpe y se puso todavía más recta en su asiento, con una sonrisa tan tirante que pensó que la boca se le rompería, mientras pensaba en estrangular a Meredith por hacerle pasar tal apuro; cuando todo se hubiera resuelto, claro.

—S-Seguro que no puede esperar a conocer mi decisión, señor — tartamudeó a su pesar—. No supondrá que voy a aceptar por las buenas...

—Por supuesto. Además de su hermosura, he tenido una ligera muestra de su inteligencia. Pero déjeme decirle que Wyatt es generoso. Se la pagará bien, señorita.

—Brianna, no deberías pensarlo. Los Miller son una familia de reputación intachable. Sabes que el escándalo no te dejará vivir tranquila si te quedas aquí... —insistió Meredith.

Tardó en responder. Hacía años, se había marchado de su casa en medio de una inmensa tristeza por la que afloró su determinación: se juró a sí misma que, si volvía a disfrutar de un hogar, jamás lo abandonaría. Pero ahora se veía obligada a romper su juramento, a marcharse. Por Patrick, por Meredith.

Por Erin.

—No quiero abandonaros —susurró en un murmullo sin convicción alguna.

—Ahora mismo, todo el mundo te señala como culpable, aunque no lo seas. —Las viejas manos cogieron las suyas. Brianna sintió el apoyo, el cariño incondicional, fluyendo a través de ellas hasta su garganta—. El trabajo es tu única opción. Ni siquiera cuentas con la salida de un matrimonio mínimamente ventajoso para ti. Tu reputación se ha ensuciado para siempre. Debes irte para tener la oportunidad de seguir forjándote tu propio futuro.

Cuanto antes. Brianna lanzó una breve y angustiosa mirada al rostro de Cole.

—He de suponer que, si hemos abordado este tema delante de él y con tanta claridad, es porque goza de tu confianza tanto como yo —susurró, sintiéndose vencida. Y cansada, muy cansada.

—¿Crees que te hubiera obligado a sincerarte delante de él, proponiéndote a continuación este viaje en su compañía, si no fuera así?

—Debo arreglarlo —casi sollozó—. Sabes que no me importa sacrificarme si con ello consigo...

—¡No pienso tolerar que te sacrifiques cuando existen otras opciones!

—¡Pero es que él...!

Wyatt Miller. Ese era uno de los puntos en contra. Quizás, el de más peso. Meredith pareció comprender sus reticencias, aunque no las expresara en voz alta por vergüenza y por la presencia de Cole. Sonrió con condescendencia y asintió.

—Lo peor de seguir tus impulsos es afrontar sus consecuencias, hija. Pero sé que tú lo harás. Tienes coraje de sobra para plantar cara a cualquier inconveniente. Has pasado por cosas peores que alguien huraño con mal genio.

Sí. Su coraje había nacido a base de superar circunstancias prácticamente insuperables. Lo que se le proponía no suponía ni siquiera un leve escollo en comparación, por mucho que los retazos más amargos de sus recuerdos acudieran a ella cuando menos se los necesitaba. Brianna tragó saliva e intentó concentrarse en las ventajas que ese inesperado trato le ofrecía.

—En fin. Supongo que no tengo alternativa... —empezó.

—Siempre la tendrás en mí. No me importará dar la cara por ti hasta el final, pero tú decides, cariño.

—¡No! —Imaginarla soportando el escarnio público por ella fue demasiado—. ¡Ni siquiera se te ocurra insinuarlo! Tanto Patrick como yo somos los únicos responsables de esto...

—Pero es usted la que está aquí, ahora. La que se ha quedado sin empleo y la que puede aceptar otro donde todo serán ventajas —intervino Cole.

—Su hermano no me aceptará cuando me vea —objetó casi a la desesperada.

—Permítame dudarlo, señorita. Si usted lo hubiera visto esta mañana relatándome lo ocurrido anoche, cambiaría de opinión aun sin conocerlo. — Cole suspiró, pero no dejó de mirarla a los ojos mientras hablaba. Por eso vio cómo los de él aumentaban su brillo con algo muy parecido a la emoción—. Digamos que, en cierto modo, lo ayudó.

—Debo... pensarlo —respondió, poniéndose en pie para escapar de aquel acoso silencioso al que ambos parecían someterla. Cole hizo lo propio con caballerosidad—. No puedo darle una respuesta inmediata, señor Miller.

—Cole, si no le parece mal. Lo entiendo, y estoy dispuesto a esperar lo que haga falta.

Meredith solo abrió la boca para despedirse de ella antes de ordenar a Samantha que la acompañara.

—A pesar de que poco importan ya ese tipo de apariencias, no sería bueno para lo poco que todavía puede quedaros aquí, hija —le susurró al oído—. Acepta, Brianna. Es una oportunidad única.

En el fondo sabía que tenía razón. Caminó sin rumbo fijo con la sirvienta un paso por detrás de ella, en completo silencio, hasta llegar al puerto que, cuatro años atrás, los había visto llegar y se sentó sobre la arena para observar el mar en la lejanía.

Se rodeó las piernas con los brazos hasta apoyar la barbilla sobre las rodillas. Se sentía exhausta, tan tremendamente culpable que, si se le presentara la oportunidad, volvería a Irlanda sin pensarlo solo para evitar más daño a los que la rodeaban.

Las posibilidades de Sarah, de Patrick e incluso de Erin pasaban por su marcha.

A Atlanta. Con Cole Miller. Hacia un hogar desconocido para encargarse del hijo de un hombre que la rechazaría en cuanto la viera y averiguara la mentira de la que había sido objeto la noche anterior, pero que, como la noche anterior, se había convertido en su única salida rápida y efectiva.

—Acepta.

Brianna no se dio cuenta de que Sam se había marchado hasta que vio a Patrick sentado junto a ella.

—Acepta —repitió, encogiéndose de hombros—. Samantha me lo ha contado todo.

—Samantha tiene un oído demasiado fino y una curiosidad demasiado grande.

—Afortunadamente para ti. Así te ahorra explicaciones. —Tenía una sonrisa tan triste en la cara que ella tuvo que contenerse para no abrazarlo y empaparle la capa con sus lágrimas—. Sarah no saldrá de nuestra casa hasta que no esté recuperada, eso tenlo por seguro. No volverá al burdel. El escándalo será absoluto, pero yo soy hombre. Siempre serán más indulgentes conmigo que contigo.

—Pero nos prometimos...

No pudo seguir hablando, ni mirándole. Giró la cabeza al frente hasta que el sol le hizo daño en los ojos y no contuvo las lágrimas al recordar...

—Deirfiúr^[5], guarda las lágrimas para cuando lleguemos a nuestro destino y puedas derramarlas de felicidad. —Patrick la apretó contra su cuerpo para calmar sus temblores. Siguiendo la antigua costumbre, elevó un dedo para comprobar en qué dirección soplabla la brisa que azotaba el barco que los llevaría muy lejos de su pasado, y muy cerca de su futuro—. Los vientos nos son favorables. Serán vientos de esperanza. —Para corroborarlo,

le limpió la cara mojada y forzó una sonrisa, que no desapareció hasta que ella no le correspondió—. Olvídate de todo. A partir de ahora, nadie te hará daño.

—No volveré a permitir que ningún hombre dicte mi destino. Nunca.

—Nunca —repitió su hermano. Sin mirarla, apretó sus dedos entre los de él para expresarle en un simple gesto todo su apoyo—. Siempre estaremos juntos. Esa será nuestra promesa.

Brianna sacudió la cabeza en la esperanza de sacudirse también los recuerdos. Poco le había durado su juramento. Porque Wyatt Miller, sin saberlo, empezaba a dictar ese destino que juró que sería suyo, convirtiéndose, una vez más, en su única posibilidad.

—Ambos sabemos lo que dejamos atrás, lo que nos hemos ganado aquí, y lo que puede pasar si no te vas. —Patrick sacudió la cabeza—. A nosotros, a Meredith, a Sarah... A Erin.

—Si me voy, tal vez nunca podamos cumplirla.

—La cumpliremos —afirmó—. Hemos sobrevivido a cosas peores, ¿recuerdas?

—¡Todas por mi culpa!

—Bueno, ahora ha sido por la mía. —Brianna terminó por sonreír al comentario de Patrick para ahuyentar las lágrimas—. Dime, ese señor Miller... ¿Parece de fiar?

—Es de absoluta confianza para Meredith. Y su propuesta es muy atractiva.

—Suficiente para mí. Irás, estaremos en contacto. Y si las cosas se ponen feas aquí, siempre podremos hacerte una visita.

No podía decirle hacia dónde se dirigiría si le hacía caso. No podía explicarle lo que había ocurrido la noche anterior o el modo enrevesado en el que el destino pretendía involucrarla en la vida desconocida de un hombre también desconocido.

De hecho, no tenía valentía suficiente para confesarlo, así que cerró los ojos y dejó que el viento del este, revitalizante, llevara hasta ella el olor a salitre del mar para ser capaz de tomar la única salida que se le presentaba.

—De acuerdo —cedió, con un nuevo cargamento de lágrimas—. Aceptaré.

* * *

El trasiego de clientes del burdel era tan grande y los actos cometidos con o contra las putas tan variado, que dudaba que se acordaran de él en particular.

Aprovecharía que el vigilante estaba hablando tranquilamente con uno de los clientes que acababan de salir del local y se colaría en él, parcialmente oculto por su gruesa capa. Hacía una noche fría, así que a nadie le parecería extraño un hombre resguardándose del viento. Pero se detuvo de pronto al ver a otro hombre, más corpulento que él, acercándose al vigilante acompañado de una mujer que reconoció en el acto.

Era ella. Sarah.

Él observó la escena con atención, oculto de nuevo tras una esquina cercana. El desconocido pasó un brazo por su cintura con ademán posesivo y empezó a discutir con la madama. No pudo escuchar lo que dijeron, pero el hombre sacó su billetera y llenó la mano de la madama de billetes.

—No volverá por aquí, Lucille. ¿Entendido?

Su vozarrón le permitió oírlo con toda claridad. Maldijo para sus adentros, porque había reconocido el acento irlandés en él y porque se había quedado con Sarah para siempre.

Ahora, su única opción pasaba por no perder su rastro.

Entró en el burdel poco después, cuando el vigilante abandonó su puesto para orinar en la calle de al lado. Aprovechando que el local estaba abarrotado y que nadie pareció reparar en su presencia, se escurrió hasta el mostrador de la entrada donde estaba Lucille y la encañonó con su pistola.

—No te haré daño si colaboras —le susurró al oído. Esperó a que ella asintiera para llevarla a la planta superior. Se colaron en uno de los pocos dormitorios que quedaban libres y cerró la puerta con llave—. Solo quiero información. Cuando la tenga, me marcharé.

No parecía demasiado asustada cuando la empujó sobre la cama y a continuación palpó su cuerpo, conteniendo la repugnancia, hasta encontrar lo que buscaba. Aquellas fulanas siempre solían ir preparadas, se dijo cuando sacó una pequeña daga del interior de su corsé y la desenvainó.

—La pareja con la que acabas de hablar. Ella es Sarah —empezó, cortando un trozo de sus enaguas con el que le ató las manos a uno de los barrotes de madera del cabecero de la cama.

—¿Cómo lo sabes? —En ese momento lo reconoció. Vio cómo sus pupilas se dilataban por el miedo al fijarlas en la máscara que le cubría la mitad del rostro—. Ya recuerdo. Tú fuiste el cabrón que la marcaste, pero no

volverás a hacerlo. Acabo de vender sus servicios para siempre.

Lo dijo con una satisfacción tan humillante que no pudo por menos que abofetearla con fuerza. Le produjo placer. Tanto, que tuvo que contenerse para no seguir mientras la montaba. En cambio, se encaramó a su cuerpo y colocó una mano alrededor de su cuello.

—No es prudente que me desafíes, puta —susurró—. Ya has visto la facilidad con la que he burlado a tu protector. Puedo romperte el cuello antes de que pienses siquiera en gritar, así que te conviene colaborar. ¿Quién es él?

—No lo sé.

—Respuesta incorrecta. —Los dedos empezaron a apretar. A continuación, aflojó lo justo para que pudiera respirar—. Probaremos de nuevo. ¿Quién es él?

—No...

Volvió a apretar, esta vez más fuerte, durante más tiempo, hasta que los labios se le pusieron azules y los ojos estuvieron a punto de salirse de las órbitas. Debajo de él sintió cómo su cuerpo escuálido y viejo se retorció con una energía que lo excitó todavía más. Se puso duro con solo notarlo, pero la soltó y le permitió que tosiera cuanto quisiera, hasta que dejó de mirarlo con desdén y comenzó a hacerlo con el respeto que surgía del castigo adecuadamente aplicado.

—¿Me vas a decir la verdad ahora, zorra del demonio? —susurró. Ella solo pudo asentir, y él sonrió. Se inclinó levemente, le apartó un sucio mechón de la cara y se acercó a su oído—. ¿Quién-es-él?

—P-Patrick F-Fallon. No he sabido de su nombre hasta hoy mismo, ¡lo juro! Se ha enamorado de Sarah y ha pagado por su libertad.

—Una cantidad indecente incluso para ti, eso he podido verlo. ¿Qué piensa hacer con ella?

—Su madre se ha quedado sin sirvienta y Sarah entrará a su servicio...

—Bien, muy bien... Ahora, la última pregunta. ¿Quién es su madre?

La muy desgraciada vaciló. Negó levemente con la cabeza, pero le estrelló el puño en la sien con la suficiente contundencia como para hacerla cambiar de opinión.

—¡Está bien! —casi gimoteó—. Es una antigua maestra del St. Joseph... Meredith Fallon.

—Perfecto. ¿Lo ves? No ha sido tan difícil —añadió, descendiendo de la cama para recoger la daga que había quedado en mitad de la cama.

Observó el filo. Después a esa desgraciada, con una sonrisa tan llena de

intenciones que ella lo comprendió al instante. Intentó soltarse, pero sus manos estaban bien atadas. Y cuando quiso gritar, él la acalló de golpe con el filo presionando su cuello.

—«Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán en herencia la tierra» —recitó con los ojos cerrados y elevados al techo, de manera que todo el poder divino de aquellas palabras penetrara en él con fuerza, con tesón, con el valor que le infundirían a la hora de seguir con sus planes.

Sintió la fortaleza mucho antes de recibirla a través de la sangre de su víctima, como un don divino. Abrió la boca para acogerla en cada poro de su piel. Notó un súbito acceso de invencibilidad que lo llevaba tan cerca del propio Dios que por un momento se creyó su igual.

Lo sería. Después de impartir justicia con aquella mujerzuela que lo miraba con el terror más puro.

—Espero que tu alma arda en el infierno —deseó con todo su corazón, antes de degollarla.

SEGUNDA PARTE



Viento del sur



Seis

—¿Nerviosas?

Brianna se acomodó en el asiento de la berlina que los había recogido en la parada de la diligencia. La conducía Joshua, uno de los esclavos negros que se encontraría en Red Oaks.

La idea la removió por dentro. No estaba acostumbrada a contar con los servicios de una criada, mucho menos con los de un esclavo, pero habían pasado dos semanas desde su decisión y unas cuantas horas, demasiadas, desde su despedida de Patrick.

Tiempo suficiente para hacerse a la idea de que tendría que aceptar ciertos cambios.

La tarde tocaba a su fin. Atrás habían dejado las calles amplias de Atlanta, las casas coloniales y las numerosas tiendas, pero Brianna empezaba a reconocer que, aunque en un primer momento no le gustó la decisión de Meredith acerca de que Samantha viajara con ella, ahora lo agradecía.

—Yo no, señor Miller —respondió Samantha, sonrojándose cuando él la miró con una sonrisa que, a continuación, le dirigió a ella—. Y la señorita Fallon dejará de estarlo en cuanto pueda relajarse con un buen libro.

—Sam, no deberías...

—¿Por qué? Usted siempre dice que la lectura es una afición de personas inteligentes y que por eso en Irlanda no se le permitía hacerlo.

—¡Samantha!

La muchacha se tapó la boca y soltó una exclamación, pero Cole ya estaba interesado en el tema y Brianna tan sofocada que pensó que la cara le estallaría en llamas.

—¿No le permitían la lectura? —le preguntó. Ella negó con la cabeza—. Entonces, ¿quién la enseñó?

—Mi hermano aprendió a escondidas, y después me enseñó en las mismas circunstancias.

Hasta que vino la desgracia que mejoró la situación de hambruna en la que su familia estaba sumergida, pero que agravó la suya para siempre.

Lanzó una mirada asesina a Samantha y cruzó las manos sobre el regazo para calmar el inesperado temblor que le había causado su inesperado viaje al pasado.

—Imagino que la educación proporcionada por Meredith contribuyó a perfeccionar sus conocimientos —continuó Cole, aparentemente ajeno a su estado de ánimo—. Bueno, si con un libro consigo que abandone esa actitud reservada para ver las múltiples ventajas de su decisión, en Red Oaks hay una enorme biblioteca a su disposición.

—Solo estoy apenada por haberme marchado tan repentinamente.

Y sorprendida al confesarlo con tanta naturalidad. Cole asintió, comprendiendo.

—Las separaciones siempre son duras. He estado esperándola en Boston el tiempo suficiente como para saber que la muchacha del burdel de Lucille permanecerá más tiempo con su hermano, ¿no es así? —Alargó una mano con la intención de cubrir las suyas, posiblemente para consolarla, pero luego pareció pensárselo mejor y la retiró. Brianna asintió al recordar que Patrick había hablado con Sarah hasta convencerla de que abandonara el burdel. A cambio, había tenido que pagar su libertad. Un precio tan alto que, en caso de que no pudiera conservar su trabajo, lo llevaría muy cerca de la ruina social y económica—. Piénselo de esta forma: abandona a una familia para convivir con otra que la tratará como una más, señorita. Al menos, a partir de mañana. Suelen acostarse muy pronto porque Wyatt se levanta al amanecer. Aunque si lo desea, podemos despertarlo cuando lleguemos.

—¡Oh, no! —Vaya, había sonado demasiado ansiosa, pero lo último que necesitaba en ese momento era un enfrentamiento—. Quiero decir... No creo que sea necesario molestarlo.

—Créame, señorita Fallon, a partir de mañana habrá muchas cosas que lo molesten. Las mismas que van a divertirme a mí. Ahora, admire el paisaje. No me diga que no es espectacular... —Evidentemente satisfecho, señaló la construcción que iba quedando a la vista conforme ascendían el estrecho camino de tierra—. Cierto es que nacimos en Boston, pero los antepasados de mi madre son cien por cien sureños. Terminará por acostumbrarse usted también.

Red Oaks. Dos enormes hileras de robles rojos a ambos lados del camino, que se ensanchaba conforme llegaban a la entrada, parecieron

escoltarlos en la recta final. El resplandor rojizo de sus hojas parecía acentuarse con la tenue incidencia de los rayos de sol que todavía se atrevían a asomar en el cielo, pintándolo de tonos ocres y anaranjados y acariciando la silueta de una mansión de fachada blanca, con cuatro enormes columnas a cada lado de la entrada, que solo podía calificarse de majestuosa. Descendió de la berlina con sus cinco sentidos puestos en la magnificencia de la enorme construcción, sin poder abarcar nada más salvo las voces lejanas, profundas y completamente acordes, que entonaban un canto casi hipnótico con connotaciones muy tristes.

—Los cánticos de los esclavos marcan su ritmo de trabajo durante el día, y el descanso a estas horas.

Las notas eran desgarradoras, pero al mismo tiempo hipnotizadoras. Brianna se quedó parada en los escalones que conducían al porche. De repente, se veía incapaz de seguir adelante. Cole pareció darse cuenta, porque se colocó entre ella y la esclava que se acercaba.

—Wyatt decidirá mañana el cometido exacto de Samantha, pero tengo que advertirle que no le quedará otra que aceptar los servicios de una esclava —le murmuró, echando una rápida mirada por encima de su hombro—. ¿Confía en mí lo suficiente como para creerme si le digo que su secreto está a salvo conmigo?

—Puede llamarme Brianna, como una especie de prueba de que así será.

—Gracias —susurró, justo antes de que la joven esclava llegara a su altura—. Queenie, ella es la señorita Brianna, la nueva institutriz, y Samantha, su dama de compañía.

—Qué bien que haya venido, señorita —saludó Queenie, con una voz aguda y algo aflautada, muy apropiada para su aspecto frágil y menudo—. El señor Wyatt no se encuentra en la casa y el señorito Ken ya hace tiempo que se acostó, pero la señora Virginia decidió esperarlos en cuanto supo de su llegada. Le dije que no era bueno para sus huesos, ya me entiende usted, pero ya la conoce. Se empeñó en sentarse junto al fuego en el pequeño saloncito, con sus piernas cubiertas con una manta, aunque no me parece abrigo suficiente, ¿no, señor! Además...

—Queenie, las señoritas están hambrientas y muy cansadas. Somos conscientes de que ya se ha servido la cena, pero no nos gustaría irnos a la cama con el estómago vacío.

—Por supuesto, señor. Haré que les sirvan algo de cenar en el salón y después subiré a preparar las camas de las señoritas —siguió, caminando

detrás de Joshua, que cargaba con su equipaje—. Hoy es una noche especialmente fresca. Pueden enfermar si no se andan con cuidado y...

—Queenie, por favor, ¿podrás hacer lo que te digo? —Cole exhibió su mejor sonrisa, y señaló el lado opuesto, por el que desapareció la esclava—. Debe perdonarla. No tiene medida cuando se trata de hablar. Espero que no se entretenga demasiado o cenaremos a la hora del desayuno.

—Parece que lo tiene en gran estima.

—El aprecio es mutuo, se lo aseguro. —Aquel fue el único apunte acerca de la situación de aquellas personas. A continuación, Cole señaló una puerta cerrada—. Esta puerta da al despacho de Wyatt. Y esta de al lado pertenece a la biblioteca, por si quiere utilizarla.

A continuación, penetraron en el salón, una estancia decorada con muebles sobrios y demasiado serios. La tenue iluminación de varias lámparas, junto con el suave fuego que ardía en la chimenea, otorgaba un aire acogedor a la mujer que se encontraba sentada en un sillón y que se levantó, con ayuda de un bastón, para darles la bienvenida.

A simple vista, el parecido con Wyatt Miller era asombroso. El mismo color de ojos, de cabello, a pesar de que las canas lo habían vuelto grisáceo y el moño austero que lo recogía seguramente no le hacía justicia, la misma constitución fuerte y resuelta, e incluso la misma expresión socarrona que ella había tenido oportunidad de ver en el doctor la noche en la que lo conoció.

—¡Oh, queridos, qué alegría más grande! —exclamó, tomando a Cole entre sus brazos para estamparle un sonoro beso en la mejilla—. Perdonad mi torpeza, pero estos huesos viejos ya no responden como deberían. Y, por favor, decidme si os sentís sofocados. Sé por experiencia que soy la única en la casa que tiene frío al lado del fuego.

—Queenie se quejó de su testarudez. Ahora que no está, puedo decir que tiene razón.

—Paparruchas. Esa muchacha va a hacerme sentir como una inválida —dijo con una sonrisa cuando se acercó a ella—. Soy Virginia Miller y tú debes de ser Brianna, la hija adoptiva de Meredith.

—Sí, señora. Me ha acompañado Samantha, su doncella personal, para que no hiciera el viaje sola.

—¡Cómo no! ¡Es lo correcto si ese viaje se realiza con un hombre, jovencita! —Parecía regañarla, pero la tomó de las manos y la miró de arriba abajo con una mezcla de sorpresa y añoranza en los ojos—. Por Dios, nunca pensé que pudiera acoger en mi casa a una hija de Meredith...

—No, señora. No vengo en calidad de acogida, sino de empleada.

—El orgullo de Meredith no aceptaría otra cosa. Y, por lo que veo, el tuyo tampoco, cosa que te honra. Por cierto, ¿cómo está mi querida amiga?

—Lo suficientemente bien como para proponerme los servicios de la señorita Fallon y para escribirle una carta —intervino Cole—. Incluso pudo ofenderse debidamente cuando solo me vio a mí y no a Wyatt. ¿Dónde demonios se ha metido?

—Ya lo conoces. Nadie excepto él lo sabe. —Le dirigió una fugaz mirada—. Sed bienvenidas a Red Oaks. Parece que necesitáis un baño además de algo que llevaros a la boca, así que primero nos ocuparemos de vuestro estómago y después del resto. Yo ya he cenado, pero espero que no os importe que me sienta con vosotros. Siempre disfruto de este tipo de reuniones, máxime cuando se trata de conocer a la pupila de Meredith y la mujer que va a encargarse de mi nieto.

—¡Por supuesto, señora! No debe ser sencillo confiar en una completa desconocida.

—No tan desconocida. Tu apellido dice mucho a tu favor, querida. Al igual que tu espontaneidad. —La mujer señaló la mesa ovalada que presidía la estancia, ya ocupada con una generosa porción de pollo asado del que no tardaron en dar buena cuenta una vez que estuvieron todos sentados—. No disponemos de una buena sopa que os caliente el cuerpo a estas horas, pero espero que disfrutéis del pollo asado y los pastelillos de crema. Nuestra cocinera es la mejor de toda la zona, mal que les pese a algunos —comentó levantando una ceja en dirección a Brianna.

—Si Roxanne la escuchara, se pondría roja de envidia antes de estallar, madre —rio Cole después de limpiarse con la servilleta.

—Roxanne está encaprichada de Wyatt. Sería capaz de afirmar no solo que tengo a la mejor cocinera de la zona, sino que es blanca como el papel, si con eso consigue que él le preste atención.

—¡Madre! —Cole pareció escandalizado por el comentario, pero terminó sonriendo y encogiéndose de hombros—. Perdónela, Brianna. Mi madre suele pensar que la edad le da carta blanca para todo lo demás que se le ocurra decir o hacer.

—Oh, no se preocupe por mí. Me las he visto peores.

—Desde luego, si Meredith te cedió su apellido debió tener sus motivos, querida. Imagino que te habrá hablado de nosotros.

—No ha habido mucho tiempo, señora. Solo me dijo que eran una familia

de reputación intachable.

—¿Y Cole refutó su afirmación?

—Madre, tengo mis motivos. —Virginia le dedicó una mirada interrogante que él ignoró—. Brianna decidió seguir los pasos de Meredith en la enseñanza. Hace cuatro años que tanto ella como su hermano fueron adoptados y desde entonces han recibido la mejor educación.

—Viniendo de Meredith, no me sorprende.

—Cuando la visité, no dudó en recomendármela para Ken.

La mujer entrecerró los ojos mientras volvía a escudriñarla, como si esperara algún tipo de reacción inapropiada. Finalmente, se echó hacia atrás con un gesto de lo más distendido.

—Si tu bagaje cultural es tan bueno como tu presencia, entiendo la impresión que has causado en mi hijo, aunque me pregunte por qué te decidiste a venir. Semejantes credenciales deberían ser un lujo en cualquier lugar, sobre todo en Boston y con Meredith de madrina.

—Ella me pidió que le permitiera sentirse orgullosa de mí, señora. Y eso me propongo.

—Salta a la vista, querida. Entiendo por qué llevas su apellido. —Lo dijo con una admiración sincera, antes de señalar la puerta entreabierta—. Veo que habéis terminado de cenar e imagino que estaréis deseando quitaros el polvo de encima. Si la memoria no me falla, el viaje desde Boston resulta agotador. —Después de un par de palmadas, apareció Queenie—. ¿Está preparado el baño?

—Oh, sí, señora. Y la habitación de las señoritas también. Nos ha costado trabajo, porque el señorito Cole nos indicó que preparáramos las mejores y, a excepción de las suyas y la del señor, el resto hacía tiempo que no se abrían, así que...

—Por el amor de Dios, Queenie. Estoy tan cansada que no podría escuchar tus peroratas sin dormirme a la segunda frase. —Elevó una mano en dirección a la muchacha negra para que la ayudara—. Lamento no poder seguir acompañándoos, pero mis huesos sufren los cambios de rutina.

—No tiene que excusarse, señora. Está usted en su casa.

—Que, a partir de hoy, será la tuya. Espero que mi hijo ya lo haya apuntado, pero, si no es así, yo lo haré. —Con un gesto tan entrañable como el de Meredith, enmarcó su cara entre las manos—. Como mi primera impresión acerca de ti ha sido la de una muchacha fuerte, puedo decírtelo con total sinceridad, como a mí me gusta. Imagino que habrás tenido tus motivos para

seguir a mi hijo hasta aquí; si él no los ha cuestionado, yo tampoco lo haré. Y si cuentas con el beneplácito de Meredith, también tienes el mío. Ahora, disfruta de tu baño y descansa. Mañana será otro día. Cole, querido, ¿me das la carta para que pueda leerla en privado?

Él así lo hizo, pero Brianna apenas se dio cuenta. Acababa de recibir la mejor muestra de aceptación y su sencillez la desarmó. El cansancio, eso debía ser, concluyó cuando sintió el escozor de las lágrimas abrasándole los ojos.

—Se lo agradezco, señora Miller. Sabré estar a la altura de lo que se espera de mí.



Siete

Brianna no podía conciliar el sueño.

Y cuando eso ocurría, solo conocía un remedio: la lectura.

No se molestó en ponerse una bata y se guió tan solo por la luz de la lámpara que portaba. Iba descalza, así que no hizo el menor ruido cuando se detuvo frente a las dos puertas que Cole le había señalado, dudando entre cuál de ellas sería la de la biblioteca.

Abrió la primera y penetró en la estancia elegida, pero hasta que no movió la lámpara a su alrededor, no se dio cuenta de su equivocación. Al fondo, amparado en la penumbra de la noche que se filtraba a través de los ventanales, le pareció distinguir el respaldo de un sofá. Los estantes estaban repletos de papeles. De hecho, los pocos libros eran de contabilidad y se hallaban sobre una robusta mesa de roble rectangular situada de cara a una chimenea apagada, sobre cuyo dintel se hallaba el cuadro más hermoso que Brianna hubiera visto jamás.

Aquella imagen fue la causante de que no abandonara el despacho de inmediato. Los ojos grises de una mujer le devolvieron la mirada cuando dejó la lámpara sobre el dintel para poder observarla mejor. Sí, era una mujer, y muy hermosa, por cierto. Su cabello castaño con vetas rubias aparecía recogido en un intrincado peinado que terminaba en un conjunto de bucles descansando sobre su hombro desnudo. Su vestido, del mismo color que sus ojos, los dejaba al descubierto. Una de sus manos reposaba en su regazo, mientras que la otra lo hacía sobre un collar de perlas.

—Todos los que la ven por primera vez no pueden dejar de mirarla. Es hermosa, ¿verdad?

La voz pastosa y profunda sonó tan cerca que Brianna gritó asustada. Se giró para encontrarse con un amplio pecho salpicado de vello negro, que asomaba a través de los botones abiertos de una camisa blanca y que desprendía un calor que se le antojó familiar.

No tuvo más que levantar la mirada para apreciar la belleza rotunda del rostro que a su vez la observaba. Los ojos dorados brillantes de interés, la nariz aguileña y la mandíbula cuadrada, cubierta por una barba corta.

El contraste entre la claridad de sus ojos y su piel morena era abrumador. Intimidante y, al mismo tiempo, atrayente. Llevaba el pelo tan desordenado que algunos mechones le caían sobre la frente, dotándole de un aspecto siniestro. Las mangas de la camisa se recogían a la altura de los codos y los pantalones negros se ajustaban perfectamente a sus caderas. Podría haber pasado por un intruso, pero era él, Wyatt Miller, que desvió sus ojos un instante hacia el cuadro, y que volvió a clavarlos en ella con un fognazo de tristeza que enseguida desapareció.

—¡Usted! —exclamó, pegándose al dintel de la chimenea para intentar poner distancia entre ellos.

Con una sonrisa torcida, Wyatt asintió y dio un paso adelante.

—Nada extraño si tenemos en cuenta que soy el dueño de esta casa. — Llevaba una copa en la mano que dejó junto a la lámpara de Brianna. Ladeó la cabeza y entrecerró los ojos, hasta parecer un animal salvaje a punto de lanzarse sobre su presa—. Me encontraba disfrutando de una última copa cuando he oído ruidos procedentes de la puerta. Y cuál no sería mi sorpresa al ver una aparición en camión acercándose al retrato de mi querida Cathy.

—Es...

—Hermosa, lo sé. Lo demás no es de tu incumbencia. Me alegra saber que Cole te ha traído con él. Qué placer tan inesperado tenerte en estas circunstancias...

Su risa queda, segura, le erizó la piel. Pero no fue nada en comparación con el cataclismo que sufrió su cuerpo cuando notó el calor de su mirada deslizarse por cada pulgada. Por efecto de la luz de la lámpara, y gracias a que solo llevaba un camión muy fino, cada línea de su figura era perfectamente visible incluso para ella, mucho más para el hombre que tenía delante. Intentó cubrirse con los brazos, pero ya era demasiado tarde. Él parecía beberse cada detalle que el camión dejaba al descubierto. Cuando sus miradas volvieron a encontrarse, Brianna contuvo la respiración.

Parecía tan hambriento que debería aclarar las cosas antes de que estas llegaran demasiado lejos.

—En efecto, su hermano me ha traído aquí —aseguró.

—Y tú has decidido proseguir con lo que ocurrió la otra noche, por lo que veo.

—Si se refiere a su ayuda, le estoy muy agradecida, sí.

La risa ronca se repitió. Pudo ver cómo sus labios sensuales se torcían en una sonrisa cínica antes de que chascara la lengua.

—Tanto, que has decidido demostrármelo.

—Buscaba la biblioteca —respondió Brianna, sin saber cómo reaccionar ante él. Destilaba amenaza, pero no de la clase que la hubiera obligado a salir huyendo a la menor oportunidad.

—Pues lamento decirte que no la has encontrado. En cambio, me has encontrado a mí, lo cual refuta mi teoría. No mientes nada bien, ¿sabes? Ni siquiera pudiste engañar a un hombre medio borracho e insatisfecho porque tú misma interrumpiste las buenas artes de una de las chicas de Lucille. — ¿Parecía divertido al decirlo? Oh, sí. Seguía sonriendo—. No me arrepiento, porque te tengo delante de mí, con un camisón aparentemente recatado pero que muestra todo lo que puedes ofrecerme...

—¿Qué...? ¿Cómo...?

Su estupor le impidió terminar las preguntas. Wyatt no pareció escucharla, porque adelantó una de sus manos y dejó resbalar las yemas por el contorno de su mejilla hasta desembocar en uno de sus rizos sueltos, como el resto de su melena. Pareció ensimismado cuando enredó un dedo en él, ajeno al terremoto que se producía en el interior de Brianna.

¡La estaba tocando! Pero tener toda su atención centrada en ella la abrumaba tanto que no pudo moverse. Pasando por alto cualquier tipo de prudencia, lo observó con el mismo descaro. Era el hombre más varonil que había visto jamás, con un aire audaz y salvaje que la atraía a pesar de saber que debía apartarse y apartarlo. Cuanto antes.

—¿Preguntas «qué»? Lo que tuve ganas de hacer desde que te vi en el burdel, pero que no hice por respeto a tu supuesta condición y virtud — murmuró él—. ¿Preguntas «cómo»? Enseguida lo comprobarás, Ojos de Gata. Ahora...

—¡Ahora voy a decirle quién soy! Me llamo...

—Dejemos las presentaciones para después. Me has excitado demasiado como para hacer caso de otra cosa que no sea lo que me muestras con tanta maestría.

Contuvo la respiración cuando comprendió a lo que se refería. ¡Creía que lo estaba seduciendo! Abrió la boca para poder terminar alguna maldita frase, pero él malinterpretó el gesto. Con un gruñido, la apartó de la chimenea y pegó su espalda contra la pared.

El primer impulso de Brianna fue sacarlo de su error a base de empujones si fuera necesario. Pero la boca de él impactó con la suya antes de que pudiera siquiera intentarlo. Lo siguiente fue un abrazo repentino que los encajó en un beso apasionado. Crudo, desatado, casi violento, que se convirtió en una invasión en toda regla cuando él llenó su boca abierta con la lengua.

¿Qué estaba ocurriendo? ¿Qué estaba permitiendo? El gemido que se le escapó le dio la respuesta. Fue algo completamente instintivo, incontrolable. Se quedó paralizada, con aquel tacto húmedo, ligeramente rugoso, que buscaba una respuesta. En una fracción de segundo, ni siquiera fue consciente de ella misma. El placer se filtraba por la barrera de su miedo, de su prudencia, de su razón. Se sintió absorbida, invadida... En las nubes. Muy lejos de todos los temores que la habían atacado durante demasiado tiempo y en brazos de un completo desconocido.

El hombre para el que trabajaría había pulverizado todas sus reticencias en cuestión de segundos, convirtiendo aquella situación absurda en algo vívido, excitante, ideal para olvidar por qué estaba allí y lo que había llevado con ella.

Él le mordisqueaba el labio inferior, se lo lamía, volvía a hundir su lengua buscando la de ella, su respuesta. Gemía, hundiendo los dedos en su cabello para clavarlos en su cabeza. Se fundía con el cuerpo de Brianna para volver a perderse en su boca y provocarle un hormigueo que descendía hasta su vientre. Y consiguió que dejara de pensar en lo que estaba haciendo, o con quién. Era la primera vez que la besaban de ese modo, sin imposiciones, sin que le resultara ni siquiera ligeramente desagradable, sino completamente provocativo.

Descalza como estaba, Brianna se arqueó contra él, respondiendo a su excitación con la misma fuerza de su deseo. Perdida en el beso, se olvidó de todo. El poder de las sensaciones barría su conciencia. El calor y la firmeza de su tacto, de su olor, la tensión férrea de su cuerpo, el latido de su corazón, todo se fundió con ella... Hasta que sintió la suave caricia de una mano alrededor de uno de sus pechos, la contundencia firme y rígida del deseo masculino contra su vientre, y la realidad la golpeó de lleno:

—Vamos, malnacida. ¡Responde a mis besos! ¡Sé que puedes, que sabes, incluso que te gusta! ¡Abre esa maldita boca de una buena vez, si no quieres que yo te la cierre para siempre!

No la abrió. El olor, el tacto, los sonidos que la envolvían hacían que un

rechazo visceral negara esa respuesta demandada de todos sus sentidos. Se bloquearon para protegerla, para activar su instinto de supervivencia.

—No...

Se negó, sin fuerzas, pero con determinación.

Supo que se resistía en vano cuando vio los ojos inyectados en sangre que tenía delante y olió el aliento nauseabundo que dejó salir una risotada que le heló la sangre.

Se quedó rígida bajo el encierro del cuerpo de Wyatt Miller. Abrumada por el torrente que tomó posesión de su mente, pero completamente consciente de lo que estaba ocurriendo. Del tacto masculino que la llenaba de temor y de un rechazo visceral, con un montón de motivos que ni siquiera pudo visualizar en su cabeza. Paralizada e incapaz de reaccionar en otro sentido que no fuera la defensa feroz de su propia intimidad, de su propio honor.

De su vida.

No pensó en quién tenía delante cuando lo abofeteó con todas sus fuerzas, ni tampoco que podría sufrir un ataque por su parte simplemente por haber respondido a algo que acababa de rechazar. Solo miró el bulto que adornaba los pantalones masculinos y sintió que sus entrañas se abrían para arrojarla a un abismo oscuro y putrefacto.

Notó el sudor del miedo más profundo empapándole la espalda. El pánico que le impedía tenerse en pie. Se apoyó en el dintel de la chimenea y observó al hombre que tenía delante, hasta que volvió a ser consciente de su identidad.

Wyatt Miller se frotaba la cara mientras le dirigía una mirada torva de advertencia. Dio un paso en su dirección, pero se detuvo de golpe cuando ella levantó una mano.

—No... se... acerque —balbuceó entre dientes—. ¡Jamás vuelva a tocarme!

—Suelo responder a las provocaciones aunque provengan de rameras, Ojos de Gata. Ten cuidado.

—¿Cómo ha dicho? —De repente, todo temor desapareció para dar lugar a la indignación. ¿Realmente acababa de escuchar lo que creía?—. ¿Me ha confundido con una ramera?

—¿Acaso no lo eres? Ambos sabemos que lo que me contaste en Boston era mentira. ¡La paciente a la que atendí tenía de señora lo mismo que tú de monja! Por no hablar de la casa...

—¡No blasfeme en mi presencia! —Abrió la boca, pero la volvió a cerrar cuando vio la confusión de Wyatt. Parecía mucho más sincera que las palabras que había estado a punto de pronunciar. Inspiró hondo y se acercó a él muy despacio—. Era mi casa, *dúr ólta*^[6].

—¿Qué demonios me has llamado?

—Eso debería darle igual. —Cogió la lámpara y le dirigió una mirada venenosa que se quedó clavada en la puerta de entrada. Cole los observaba de brazos cruzados, como si tal cosa. Brianna lo ignoró—. Tenga por seguro que después de lo que me acaba usted de hacer...

—No, encanto. Lo hemos hecho los dos. En ningún momento te oí negarte ni te vi luchar ni percibí otra cosa aparte de tus gemidos de gusto, tu cuerpo contra el mío, tu lengua enredada con la mía... En resumen: tu respuesta, completamente satisfactoria, dicho sea de paso.

La cara de Brianna ardió como la leña seca al escucharlo, pero se negó a avergonzarse, por muy ciertas que fueran sus afirmaciones. En vez de eso, irguió los hombros con dignidad y entrecerró los ojos con fiereza.

—Si vuelve a ponerme un solo dedo encima, se arrepentirá —le advirtió, antes de desaparecer.

* * *

—Por la gloria de Dios...

Era desconcertante. A pesar de todo el alcohol ingerido, la bruma que lo había envuelto mientras la besaba había desaparecido. En esos momentos, Wyatt pensaba con total lucidez.

Tanta, que fue plenamente consciente del dolor que todavía sentía en la mejilla golpeada y del otro, mucho más agudo y difícil de solventar, entre sus piernas. ¡Por todos los santos! Tenía los testículos más duros que una piedra y del tamaño de un huevo de avestruz, por no hablar de su...

—Veo que te has divertido en la ciudad. Lástima que ella no esté por la labor.

Gruñó cuando escuchó la voz de su hermano, que señalaba que había presenciado la escena, y volvió a gruñir cuando encendió la lámpara que descansaba sobre la mesa y vio su expresión socarrona.

—Pensaba seguir haciéndolo —respondió, frotándose las sienes para poder aceptar que aquella mujer se había reído de él en su propia casa, para después marcharse como si fuera una reina y no una puta. Ah, no, de eso nada. Sacudió la cabeza para desprenderse de los últimos rastros de la borrachera y

se dirigió hacia la puerta—. Aparta. Si esperas gratitud por traérmela, la tendrás... más tarde. De momento, tengo toda la intención de enseñarle algo a esa harpía del demonio con una mano demasiado larga que va a emplear en otras cosas, ya lo creo que sí.

—Espero que me escuches, pedazo de alcornoque. —Sus intenciones se vieron bruscamente interrumpidas cuando Cole le obligó a desplomarse sobre su precioso sofá—. Esa mujer no es ninguna ramera, como te he escuchado decir.

—¿Ah, no? Pues ha respondido al beso como si lo fuera. Y una muy experimentada, además. Me ha encendido la sangre con un simple intercambio de...

—Déjalo. ¿De verdad crees que voy a traer a una prostituta a nuestra casa? ¿A un palmo de una mujer mayor y un niño? —Cole se sirvió una copa de la licorera y se sentó a su lado—. Ella es Brianna Fallon, la hija adoptiva de Meredith y candidata a institutriz de Ken. Aunque, después de lo que ha ocurrido, todavía me extraña que no se haya ido en plena noche, solo para no tener que verte la cara mañana. Si a eso le añadimos el hecho de que tuvo que ser madre quien le diera la bienvenida y no tú, los puntos a tu favor se acaban de esfumar.

Wyatt se incorporó de golpe. Por un asombroso momento, el tiempo se detuvo. Sintió como si lo hubieran golpeado en el pecho. Lo único que pudo hacer fue quedarse mirando fijamente el lugar por el que había desaparecido la hermosa mujer embutida en ese recatado camisón.

La hija adoptiva de Meredith.

Brianna Fallon. Sonaba tan bien en su cabeza que lo pronunció más despacio, casi paladeándolo.

Al fin conocía su nombre. Y con él, la certeza de que lo había engañado en su primer encuentro. Desconocía las razones, pero no era el momento de aclarar el malentendido. El alcohol le nublabla el entendimiento, la mejilla le dolía por la bofetada y la señorita Fallon se había marchado rodeada de su aire de ofendida dignidad.

Además, estaba Cole. Un Cole que miraba al mismo lugar que él con una mezcla de admiración y devoción masculina que Wyatt conocía bien.

—Te gusta —afirmó.

—Sí.

—No puedes sentirte atraído por la institutriz de tu sobrino.

—Cathy tenía origen humilde y te casaste con ella.

—No la menciones. No, en este momento.

No, cuando tenía su imagen juzgándolo desde la pared. Con las últimas palabras que había cruzado con ella repiqueteándole en la cabeza e incluyendo a su hermano en una afirmación tan sórdida que destruyó toda su fe en el resto del mundo durante demasiado tiempo.

Incluso ahora tenía dificultades en no dejar salir todas las emociones contradictorias que se adueñaban de él cuando el alcohol le volvía un ser débil.

—¿Por qué no puedo yo hacer lo mismo? —seguía diciendo Cole.

—Pues... porque... —«La he besado. Y me ha gustado tanto que, incluso sabiendo quién es, no me importaría volver a probar esa boca»—. Nos conocemos. Ninguna mujer te interesa más de ¿cuánto tiempo? ¿Un día, dos?

—Ella tiene todo lo necesario para mantener mi interés; con tu permiso, por supuesto. Si me fío de lo que he visto, parecías muy interesado en ella. Nos debes una disculpa. A mí, porque acabo de reconocer que me gusta una mujer a la que estabas besando con todo el entusiasmo del mundo. A ella, por tratarla como lo que no es.

—¿Estás seguro de eso? También dijo que era su propia sirvienta. Deberías tener cuidado.

—No sé de qué hablas.

—Ella es la joven que conocí en el burdel. Cuando la he visto aquí, pensé que en realidad era una prostituta y que habías decidido traerla como una especie de regalo. —No tenía sentido ocultárselo ni posponerlo. Cole abrió los ojos tanto como la boca. Señaló la puerta entreabierta, con un fuerte silbido—. ¡Maldición! ¡Estoy bebido! ¡No me pidas pensar con lógica!

—Así que un regalo. —Su hermano soltó una carcajada—. Ahora comprendo. Brianna aceptó mi proposición para huir del escándalo.

—¿Qué escándalo?

—Le aseguré que no lo sabrías por mi boca, así que dedúcelo tú solo.

Wyatt lo hizo en cuanto recordó su extraña conversación la noche en la que la conoció y ató cabos.

—Alguien la reconoció en el burdel y dejó que corriera el chisme. Bueno, es evidente que encontró a un doctor —murmuró, revolviéndose el pelo para evitar sentirse ridículo—. Para atender a... ¿quién?

—Esa parte también tendrás que deducirla para que yo no falte a mi palabra. Al contrario que tú, la he tratado como a una dama desde el principio.

—Si la presencia de esa chica en su casa agravó la situación, debía ser

porque su reputación quedaba lejos de ser intachable —musitó Wyatt, ensimismado en sus propios pensamientos para ignorar el último comentario de Cole—. De lo contrario, no la habrían crucificado tan pronto.

—Era maestra del St. Joseph, pero perdió su trabajo. Es la única información que pienso darte.

—Por eso aceptó venir aquí. —Sabiendo quién era él. Y aun así, lo había besado. De eso estaba todavía dolorosamente convencido—. Parece una mujer de buen corazón.

—Además de tener una gran inteligencia —concluyó Cole con una carcajada—. En este momento no te envidio, Wyatt. Si pretendes que se quede, vas a tener que emplearte a fondo después de lo ocurrido. Ella buscaba la biblioteca porque le encanta leer, pero se equivocó de puerta. Yo no me equivoqué, así que he estado un rato entretenido. Aunque espero que sea el último.

Parecía despreocupado cuando lo dijo, pero Wyatt sabía que le advertía y decidió responder.

—No te erijas en su defensor —escupió sin poder evitarlo—. Ambos sabemos que no eres el mejor para ese tipo de cosas.

Cole lo miró entre sorprendido y decepcionado. Sabía de lo que le estaba hablando.

—¿Vas a volver con eso? —replicó con acritud—. ¿Cuándo piensas demostrarme que realmente volvemos a ser hermanos, Wyatt? ¿Cuántas veces tendremos que reproducir aquella conversación para que termines creyéndome de verdad? No soporto tus constantes vaivenes, ¿sabes? O estás conmigo o contra mí, pero decídetes de una maldita vez. Por el bien de todos.

—No puedo creer que te lo hayas tragado... ¡Ni siquiera puedo ver cómo lo consideras, Wyatt, maldita sea! ¿Tan ciego estás por el amor que no eres capaz de pensar?

Lo intentó. Con todas sus fuerzas. Pero si cerraba los ojos, veía a Cathy escupiendo las palabras como si fueran cuchillos. Y si los abría, contemplaba el dolor en su hermano, la incredulidad en su madre, la destrucción a su alrededor.

Sintió rechazo instantáneo. Repulsión. Unas dudas que lo hundían sin remisión en un pozo oscuro y lóbrego lleno de podredumbre, donde solo encontraría odio hacia Cole, hacia sí mismo y hacia el destino que había dado un vuelco irremisible a su vida.

—¿Qué hay de mi honor? —preguntó, aferrándose a ese amor que Cole le lanzaba a la cara.

—¿Qué hay del mío? ¿Quieres que los dos sigamos partiéndonos la cara por él? ¡Pues adelante! ¿Prefieres que lo hagamos con un arma? ¡No me importa, si con eso te hago entrar en razón! —Él mismo se tocó el labio partido por un puñetazo, la ceja sangrante y el pómulo dolorido. Cole no estaba mucho mejor mientras esperaba una respuesta. Si fuera tan sencillo... —. Puedes elegir entre múltiples posibilidades, pero debes saber que cualquiera de ellas te llevará a perderme como hermano... Para siempre.

Esa amenaza fue la única que lo trajo a la realidad. Miró a Kenneth, que lloraba en su cuna, llamando a una madre que nunca volvería a ver, alzando los brazos en su dirección para recibir un consuelo que, a partir de ese momento, él no le daría.

Sería su sacrificio a cambio de conceder a Cole el dudoso beneficio de la duda.

Cuando Wyatt alejó de sí aquel recuerdo nefasto, descubrió que su hermano ya se había ido, dejándole tan solo como estaba antes de la desconcertante visita de Brianna.

* * *

Rufus besó la frente de su esposa Ayana y de su pequeño Guideon antes de mirarlos por última vez.

—Volveré a por vosotros —les dijo, procurando que las lágrimas no le nublaran los ojos.

El amo Wyatt no los trataba mal. Era generoso con ellos y severo con Grady, el capataz, cuando este se extralimitaba en sus funciones. Pero Rufus, a un suspiro de iniciar su huída, aún dudaba.

—Ten cuidado.

—Lo tendré. Pero tú ya sabes lo que tienes que hacer.

—Grady puede...

—Ese desgraciado no volverá a ponerte un dedo encima, lo juro —murmuró Rufus con rabia—. Busca el favor del amo, Ayana. ¡Utilízalo todo mientras yo no estoy!

—Si te cogen, no me servirá. Ni siquiera el amo será benévolo contigo. Y no lo soportaría.

Lo colgarían en el mejor de los casos, en mitad de algún camino donde hubiera visibilidad suficiente como para que su cuerpo sirviera de advertencia. En el peor, lo azotarían hasta dejarle la espalda en carne viva, y luego se encargarían de rociarle las heridas con sal y vinagre para que permanecieran abiertas hasta que muriera desangrado, o por una infección.

Rufus lo había visto demasiadas veces. Los pocos esclavos que habían decidido marcharse lo habían hecho con éxito. Sin embargo, no todos lo conseguían. En las plantaciones vecinas los habían cazado como a pobres zorros perseguidos por grupos de hombres contratados a tal efecto, acompañados de perros que encontraban su rastro con facilidad.

—No me descubrirán —le aseguró, aunque solo fuera para borrar de sus caras esa angustia que le partía el alma—. Enviaré a por vosotros. Estaremos todos juntos, Guideon. Te lo prometo.

El niño asintió. Sus labios temblaron al contener el llanto, pero no derramó ni una sola lágrima, igual que Ayana, cuando les dedicó un último abrazo antes de salir a la oscuridad.

Se alejó de las cabañas hacia la noche cerrada, sin luna, y esperó junto a un roble la señal convenida. Tenía tanto miedo que permaneció con la espalda pegada al tronco, sin atreverse siquiera a respirar, hasta que el ulular de un búho atrajo su atención.

Llevaba en la oscuridad el tiempo suficiente como para que sus ojos se acostumbraran, así que no tuvo dificultad en distinguir una figura que se acercaba a él con agilidad.

—Tranquilízate. Vengo a ayudarte —le susurró tan bajo que le fue imposible reconocer su voz, igual que sus rasgos.

—El Búho —murmuró a su vez, fijándose en el hatillo que llevaba en una mano y en el bulto considerable que le ocupaba la otra.

—Para ti, sí. Toma, ponte esto —le dijo, lanzándole el bulto. Rufus distinguió una capa vieja, un sombrero amplio y un pantalón largo, además de una camisa de lino—. Aquí tienes algo de comida, que tendrá que durarte hasta que llegues a la siguiente «estación». Te entrego una pequeña bolsa con dinero. Utilízalo bien cuando llegues al norte. Y esto es un mapa. Debes seguir los «carriles» para que no te pierdas. La casa está apartada de la ciudad. Pertenece a una pareja de cuáqueros. Serán los próximos «jefes de estación» con los que te encuentres. Yo no puedo hacer más.

—Ya ha hecho suficiente. Gracias.

Rufus no se sorprendió por el lenguaje en clave utilizado. Ya se lo habían

advertido. Colocó las manos sobre los hombros de El Búho, pero él se apartó y le señaló hacia un punto en la lejanía.

—Cuando encuentres el río, sigue su cauce. Te conviene cruzar el terreno por el agua, barro o cualquier otra cosa que distraiga el olfato de los sabuesos, ¿entendido?

Rufus asintió. El miedo dio paso a la fuerza, a la valentía. Estaba un poco más cerca de ser libre y todo gracias al llamado Tren Subterráneo, un eufemismo como el resto de términos ferroviarios, que cubría toda una red clandestina cuyo fin era la libertad de los esclavos que decidían arriesgarse.

Como él. Y como enseguida harían Ayana y Guideon. Se aferró a esa idea para obligarse a dar un paso adelante y luego otro, y otro más. Una vida mejor, digna, como personas y no como animales. Ese debía ser su objetivo. Por mucha gratitud que sintiera por la familia para la que llevaba años trabajando, tenía que conseguir que su hijo fuera un hombre libre. Caminó un par de pasos, pero luego se detuvo, indeciso a su pesar.

—Mi familia...

—El amo cuidará de ellos, no te preocupes. Bienvenido al Tren Subterráneo. A partir de ahora, nadie debe conocer tu nombre. Serás el «pasajero», nada más. Te queda un camino muy largo hacia el norte, y todo depende de ti y tu rapidez. Buena suerte.

—Buena suerte —repitió Rufus mientras la oscuridad se lo tragaba. O un milagro. Lo más probable era que necesitara de las dos cosas.



Ocho

Wyatt regresaba del aserradero montado a lomos de Satán.

Se había levantado al alba para supervisar los trabajos del aserradero personalmente, pero le quedaba mucho de lo que ocuparse.

Sobre todo, después de lo ocurrido la otra noche. Con *ella*.

Maldición. Su imaginación había conjurado visiones muy poco apropiadas para una dama, solo por un beso. Pero ella estaba en su despacho, con aquel camisón aparentemente virginal y un par de enormes ojos verdes clavados en cada pulgada de él. Destilando admiración genuina y un deseo mal disimulado que le llevó a pasarse la noche padeciendo sueños eróticos en donde se veían a solas. Donde se dedicaba a descubrir cada palmo del cuerpo bien proporcionado, de curvas contundentes y armoniosas que se le habían presentado a través de la tela del camisón, antes de poder hundir la nariz en los suaves rizos de la gloriosa melena castaña que le llegaba hasta las caderas.

Esa melena suave y esponjosa le había quitado el sueño, pero el resto le provocó una enorme y dolorosa erección que tuvo que aliviar en cuanto despertó, sudoroso y con la respiración acelerada.

No recordaba cuándo había sido la última vez que había recurrido a medidas tan desesperadas por un simple beso y algunos roces. Si no hubiera sido por Cole, habría ido tras ella sin molestarse en conocer su identidad. El error se hubiera convertido en tragedia.

Suspiró. No estaba acostumbrado a pensar en una mujer una vez conseguía de ella el placer que buscaba. Cathy le había enseñado que era la actitud más prudente cuando obtenía de ellas lo que deseaba, pero a aquella no se la quitaba de la cabeza, por mucho que recordara que no era para él.

Él permanecería encadenado al recuerdo de Cathy voluntariamente, desechando el resto de sentimientos que un día albergó por ella. A pesar de todo, se lo debía.

Volvió a suspirar. Si persistía, las cosas se pondrían feas para él. Con solo dos encuentros, Brianna Fallon le había arrebatado algo más que la capacidad de pensar con claridad.

—Buenos días, Wyatt. Aunque si me fío de tu aspecto, no sé si serán muy buenos para ti...

Vaya. Era lo que le faltaba para que su mañana fuera tan negra como azul permanecía el cielo.

Detuvo a Satán y se giró lo justo para apreciar la calesa que marchaba a su lado con los hermanos Pemberton. Roxanne, que en aquel momento era un remolino de tirabuzones rubios que movía con coquetería mientras sus pestañas aleteaban al mirarlo con total adoración, y Eduard, uno de sus mejores amigos y aún mejor médico, que acababa de abrir un consultorio en el centro de Atlanta. Vivían juntos en una plantación cercana a Red Oaks, solos después de la muerte de su madre, hacía un par de años. El doctor se ocupaba de su explotación, pero su verdadera vocación era la medicina. Por eso, entre otras cosas, Roxanne necesitaba a un hombre a su lado, alguien para quien la tierra fuera algo más que un medio de obtener dinero y perpetuar estirpe.

—Buenos días —saludó, tocando el ala ancha de su sombrero—. Qué sorpresa veros por aquí.

—Somos vecinos. Esa sorpresa me da qué pensar —replicó Ed con su habitual socarronería—. Roxanne se torció un tobillo al intentar montar una yegua demasiado fogosa y tuve que llevármela para atenderla en el consultorio.

—¿Y ya estás bien?

—Fue cosa de poco, pero gracias por tu interés. Me agrada sobemanera.

Wyatt reprimió un gesto de hartazgo. Cuando hablaba de esa manera tan pomposa, le entraban ganas de sacudirla para abrirle los ojos con respecto a él.

—Luego volveré al consultorio. Hoy se presenta un día muy ajetreado y, como sabes, estoy solo...

—Ed, llevas estando solo desde que lo abriste. No me vengas ahora con esas indirectas tan poco discretas. No voy a trabajar contigo.

—Pues es una pena. Tienes un talento innato con las manos y no deberías desaprovecharlo.

Aquella afirmación proveniente de Roxanne tenía de inocente lo que el día de nublado. Era una belleza apabullante, de grandes ojos color violeta, suave cabello rubio y curvas exhuberantes, pero también tenía demasiada

prepotencia, demasiado orgullo y demasiada soberbia, sobre todo cuando las cosas no salían según sus planes y no conseguía sus propósitos.

—No lo desaprovecho —le respondió con una galante inclinación de cabeza—. Simplemente, lo utilizo para otras cosas.

—Salta a la vista. Red Oaks resplandece bajo tu mano. Includo el aserradero.

—Se trata de explotar al máximo los robles, Roxanne.

—Para que tus esclavos no trabajen demasiado, lo sé. En realidad, todos en tu casa nos lo recuerdan cada vez que vamos de visita. Incluso tu precioso hijo. Espero que la nueva institutriz sepa meterlo en cintura, porque sus travesuras van a ocasionarte más de un problema.

Wyatt carraspeó y se forzó a seguir siendo amable, pese a saber que las palabras de Roxanne dirigidas a Kenneth eran tan falsas como su sonrisa.

—Veo que las noticias corren deprisa —comentó, mientras reanudaba el camino a la par que la calesa—. En efecto, ayer Cole llegó con una joven muy competente de Boston.

—Oh, Wyatt, si no fueras tan terco, sabrías ver las ventajas de una unión con mi familia y no necesitarías buscar fuera lo que puedes conseguir en casa.

Conocía bien las «ventajas» de las que hablaba Roxanne. Desde la muerte del viejo Pemberton y de su envarada esposa, los excesos de su hija solo habían contribuido a aumentar unas deudas que todavía no podían ser cubiertas por los ingresos del consultorio de Eduard. Roxanne era su mejor baza, puesto que Ed no contemplaba el matrimonio con ninguna heredera.

—Soy terco, pero no ciego, querida —respondió—. Y por lo que veo, hace demasiado tiempo que no celebras una reunión como es debido en tu casa.

—Eso sería interesante si aceptaras asistir, Wyatt —intervino Ed con su habitual sorna—. Las fiestas no son lo mismo sin ti.

—No soy yo el reclamo que deberías utilizar para reunir a todos los hombres casaderos de Georgia. Quizás así tu hermana encontraría a alguien con el bolsillo lo suficientemente lleno como para que no se vea afectado por lo que se avecina. —Roxanne se tapó la boca fingiendo indignación, pero Eduard ocultó una carcajada—. Abraham Lincoln será el próximo presidente del país. Está empeñado en terminar con la esclavitud tanto como en mantener juntos a los estados que ya se han separado. A Roxanne le convendría alguien menos propenso a la libertad que yo, ciertamente.

—Esto es... es... —La cara de Roxanne estaba tan roja como una cereza,

y no mejoró cuando se llevó una mano a la garganta, para terminar apretando los dientes al mismo tiempo que fulminaba a Wyatt con la mirada—. Eres...

—Más práctico que tú, querida.

—¡Y un maleducado, incapaz de mostrarse galante con las damas!

Tanto, que no sentía remordimiento alguno por su comportamiento. Si lo hubiera presionado un poco más, habría confesado que en el fondo sentía cierto placer en ver su cara desencajada.

—Si has pensado en mí como en el semental encargado de sacar la propiedad a flote a base de trabajo y descendencia, creo que al menos podré hacer gala de mi sinceridad para defenderme...

Un sonido sibilante precedió a la carcajada de Eduard. La mujer lo miró escandalizada, pero él solo atinaba a abrazarse el estómago, llorando de risa.

—¿Semental? ¡Por Dios bendito, amigo! Te he oído llamarte muchas cosas a ti mismo, ¡pero nunca semental! Francamente, te vas superando.

—¿No opinas lo mismo que yo?

—Para opinarlo debería ser mujer. Y no me veo capacitado para soportar semejante tortura.

—Me parece que tu hermana necesita un hombre a la altura de las circunstancias.

Una vez recuperado, Ed se atusó el espeso bigote rubio y fingió seriedad.

—En eso estoy de acuerdo contigo —afirmó—. Por eso no pierdo la esperanza de que aceptes mi ofrecimiento para trabajar en el consultorio.

—Me lo pensaré. —Pero ambos sabían que su decisión estaba tomada. Con una última mirada dirigida ellos, Wyatt se tocó el ala de su sombrero a modo de despedida—. Ahora tengo prisa, pero estoy seguro de que podremos continuar esta conversación en vuestra próxima visita.

—Oh, ten por seguro que la tendrás. ¡No me la perdería por nada del mundo!

Lo último que escuchó Wyatt antes de espolear a Satán fueron las risotadas de su amigo.

Lo admiraba. Esa actitud era la mejor manera de afrontar la convivencia con Roxanne, conservando su amistad y la de Cole al mismo tiempo.

Eduard Pemberton tenía inteligencia y temple. Algo que a él le haría falta en breve.

* * *

Brianna se despertó sofocada y completamente entumecida.

Hasta que recordó dónde se encontraba, lo ocurrido la noche anterior y se incorporó en la cama.

Estaba desconcertada, asustada de ella misma. No reaccionaba como debía, ni siquiera la primera vez que lo vio. Su cuerpo no lo rechazaba y su mente iba en consonancia. A pesar de su aspecto oscuro, destilaba un aura brillante y contundente que la llenaba de tranquilidad, de una extraña sensación de seguridad, de un cosquilleo insistente que permanecía en sus labios. Se los tocó, ensimismada. Ignoraba que, con un beso como el que había recibido, pudieran transmitirse tantas emociones y tan fuertes que todavía impregnaban su piel.

La realidad era que Wyatt Miller la había besado y, lo que era aún peor, ¡ella le había correspondido!

Buscó todo el rechazo que la situación debía inspirarle, pero no lo encontró. En cambio, las mejillas le ardían. La vergüenza la absorbía, le succionaba el aire de los pulmones y hacía que una oleada de humillación le recorriera la espina dorsal de arriba abajo. Nunca se había puesto tan en evidencia.

Nunca había permitido a un hombre llegar tan lejos y lo había hecho con el que debía contratarla. Después de eso, probablemente la echara sin contemplaciones. Eso era lo que debería asustarla realmente. Eso y... el tacto húmedo y viscoso con el que se encontraron sus pies.

Chilló cuando vio un pequeño bulto bajo la ropa de cama, moviéndose apenas, casi al mismo tiempo que la puerta de su habitación se abrió para dar paso a un niño portando una pequeña caja de madera. Parecía demasiado ensimismado buscando algo como para darse cuenta de que había irrumpido en las dependencias privadas de una mujer, pero cuando la vio, su cara pecosa palideció.

Una preciosa cara de angelito con unos enormes ojos grises, enmarcada por una maraña de rizos castaños con vetas rubias que le dieron las pistas que necesitaba.

Era la viva imagen de la mujer que había visto retratada en el despacho del señor Miller.

—Vas a ponerte azul si no sueltas el aire —le advirtió divertida.

—Oh, per-perdone, se-señora —balbuceó, mirando a su alrededor como si se hubiera confundido de casa. Después del primer momento de desconcierto, entrecerró los párpados y se la quedó mirando—. Usted no

estaba aquí ayer.

—No. Ni tú tampoco.

—Bueno, la abuela y padre insisten en que un niño de seis años debe estar dormido antes de que anochezca. —De pronto, se fijó en el bulto que se movía junto a la pierna de Brianna y que provocó un gesto de repugnancia por su parte, y sonrió—. ¡Eh, seguro que ese es Dinky!

—¿Quién?

—¡Dinky, mi sapo! Se me escapó de la caja esta mañana, y lo he estado buscando antes de que padre lo sepa y me castigue sin postre una semana.

¡Un sapo! Brianna reprimió las ganas de volver a gritar y se apartó de la cama con toda la naturalidad posible, al mismo tiempo que tanto Queenie como Samantha irrumpían en la habitación. La primera dirigió al niño una mirada severa que lo enmudeció de inmediato, mientras que la segunda se acercó a los baúles de Brianna para sacar un vestido apropiado.

—¡Señorito Ken, no puede usted entrar en las habitaciones privadas sin llamar antes a la puerta!

—Pero es que mi sapo se me escapó, Queenie...

—¡Santísimo Dios! ¿El que el amo le ordenó que hiciera desaparecer? —El niño asintió con vigor y muy poco arrepentimiento. En ese momento, el animal decidió emerger de entre las sábanas asustando a Sam, que dio un salto hacia atrás. Antes de que pudiera escapar, el niño lo atrapó y lo devolvió a la caja—. Oh, verá cuando se entere...

—¡Pero no tiene por qué enterarse! Señora, usted no se lo dirá, ¿verdad?

—Cerraré la boca... si nos presentamos como es debido. —Brianna mantuvo su gesto de fingida seriedad y extendió una mano en su dirección—. Me llamo Brianna Fallon y he venido para ejercer de institutriz de un niño llamado Kenneth Miller. No sé si serás tú...

—¡Sí! —Evidentemente aliviado, Ken aceptó el saludo con una sonrisa—. Soy yo, señorita Fallon.

—Un muchacho muy travieso y terco que se niega a obedecer las órdenes de su padre —añadió Queenie, con las manos en las caderas—. Sabe que aunque la señorita calle, su padre terminará por enterarse. Ha armado usted demasiado revuelo buscando a ese bicho repugnante que...

—¡Dinky no es repugnante! El tío Cole dice que ninguna criatura de Dios puede evitar ser como es.

—¡Seguro que su tío y su abuela también le han hablado acerca de la intimidad de las damas! —Ken abrió la boca para seguir replicando, pero

Queenie prácticamente lo empujó hacia la salida antes de que pudiera hablar —. De eso nada, jovencito. ¡Usted ya está preparado para desayunar, así que más le valdrá bajar al comedor a hacer compañía a su familia hasta que Samantha y yo hayamos ayudado a la señorita Brianna! ¡Andando!

El niño hundió los hombros y obedeció en completo silencio. Un silencio que solo duró el tiempo que la esclava tardó en cerrar la puerta tras él.

—Debe usted perdonarlo, señorita. ¡Qué muchacho! —Con movimientos enérgicos y sin que pudiera objetar nada, la desprendió del camisón para colocarle la ropa interior—. Yo iba a despertar a su sirvienta y me lo encontré parloteando con ella en el pasillo. ¡Como si parlotear así fuera decente! Después desapareció de pronto, corriendo detrás de ese... bicho, y nosotras hemos venido juntas para repartirnos las tareas. Señorita Brianna, debo atenderla por orden de la señora Virginia, pero Sam puede encargarse de todo lo demás.

—Mi misión ahora es seguir a Queenie a donde quiera que ella vaya — refutó Sam—. Yo ya he desayunado. La hubiéramos despertado antes, pero la señora insistió en que la dejáramos descansar.

—Entonces, ¿no me acompañarás?

—Me temo que no, señorita —respondió mientras trabajaba en ponerle un vestido demasiado cerrado para el calor reinante y elaborarle un peinado que dejara sus rizos a la altura de su cuello—. Tengo un montón de cosas que hacer...

Entre las que se encontraría hablar sin descanso con Queenie, estaba segura. Si había alguien que pudiera estar a la altura de Sam en esa cuestión, sin duda era la joven esclava.

Se resignó a su suerte cuando, media hora después de haber empezado, las dos descendieron las escaleras con ella para dejarla en el umbral de la sala donde se oía el barullo propio de una familia que empezaba a desayunar. Atinó a ver a Ken, sentado junto a su padre, que le daba la espalda. Una espalda amplia, cubierta por una camisa blanca y un chaleco gris, demasiado rígida si recordaba lo ocurrido la noche anterior, hasta que se giró solo para demostrarle que no había ni un ápice de arrepentimiento en él por ese error del que, por supuesto, era el único culpable.

Cole fue el primero en levantarse para recibirla, seguido por Wyatt y Ken, que se apresuró a imitar a su padre. Virginia le dirigió una sonrisa cordial y le señaló la mesa llena de frutas, panecillos recién hechos y toda clase de viandas.

—Buenos días a todos —saludó cuando ellos le dirigieron su atención.

—¡Buenos días, Brianna! —exclamó la señora Miller en tono jovial—. Estás preciosa, querida. Aunque, como habrás podido comprobar, las telas de tus vestidos son demasiado gruesas para este clima, por mucho que estemos en febrero.

—En realidad, no tengo alternativa, señora Miller. En Boston las cosas son diferentes.

—Si lo sabré yo. Pero no te preocupes, lo arreglaremos en cuanto podamos. ¿Has descansado bien?

—Todo lo bien que he podido después de una noche... agitada. Gracias.

—¿Y eso? ¿Tuvo usted pesadillas?

La pregunta burlona provenía de quien cabía esperar. Brianna percibió el brillo divertido de los ojos dorados, que solo consiguió envararla hasta lo indecible.

No podía acobardarse ante él, sobre todo cuando estaba presente el resto de la familia. Pretendía ponerla nerviosa recordando lo ocurrido, pero ella también podía jugar, pensó.

—Una horrible, en realidad —respondió—. Yo bajaba a la biblioteca en busca de un libro y me equivocaba de estancia. Entré en la habitación contigua para encontrarme con un monstruo de ojos amarillos y fauces babeantes, que me atacó sin que yo pudiera hacer nada para evitarlo.

Bien. Esos ojos amarillos empezaron a enturbiarse, aunque su dueño no dejó de sonreír.

—Qué interesante...

—No crea. Terminé descompuesta, señor. No fue nada agradable.

Un carraspeo fue todo lo que recibió a cambio, antes de que Virginia intercediera.

—Permíteme que te presente, ya que anoche no pudo ser. Brianna, este es mi hijo mayor, Wyatt Miller, y el pequeño que está a su lado es mi precioso nieto, Kenneth. Ayer no pudo estar presente para recibirte por motivos personales, pero hoy ha adelantado trabajo solo para poder estar presente en el desayuno y darte la bienvenida como te mereces, ¿verdad, querido?

Ese «verdad» no admitía réplica. Brianna contuvo el aliento cuando él asintió. Si de espaldas era digno de admirar, de frente y a plena luz del día era, sencillamente, magnífico. El contraste de sus pupilas claras con el resto de su rostro era más acusado. No pudo evitar recordar ese pecho medio descubierto por los botones abiertos de la camisa, ni el cosquilleo de esa

barba en su mejilla, o el tacto de los labios sobre los suyos mientras profundizaba en su boca con aquel beso que desencadenó todo lo demás.

Brianna tragó saliva y apretó los puños. Él la miraba con una intensidad inquebrantable que habló por sí misma: sabía lo que estaba pensando y le divertía.

—Ruego disculpe mi falta de anoche, señorita Fallon. Por favor, comparta el desayuno con nosotros. —Mentía, todo en él se lo decía. No se arrepentía en absoluto, pero guardó las formas cuando tomó su mano y la guio, frente a él y el niño, a la única silla libre—. Mi madre y Cole me han informado acerca de sus credenciales. Y he de decir que son inmejorables.

—Wyatt sabe que es usted la hija adoptiva de Meredith y una de sus pupilas más aventajadas —se apresuró a aclarar Cole, lanzando a su hermano una mirada concluyente.

—Y también sé de su trayectoria profesional, como no podía ser de otro modo. Buscaba lo mejor y no me conformo con menos para Kenneth.

—Ella es lo mejor, hijo —intervino Virginia, como si supiera lo que estaba pensando—. Meredith me lo aseguró en su carta y a mí me sirve con eso. Espero que a ti también.

—Claro, madre. ¿De dónde es usted? Su acento me resulta familiar.

—De Irlanda, señor Miller. Es normal que le suene mi acento. Tengo entendido que, cuando viaja a Boston, acude usted a los barrios más poblados por mis compatriotas. Quizá sea por eso.

—Quizá. —Su fachada de prepotencia se derrumbó por un instante. Junto a ella, oyó el sonido de una risa contenida proveniente de Cole. Bueno, se lo tenía merecido. El señor Miller necesitó un instante para recomponerse antes de mirarla con frialdad—. Meredith la acogió bajo su techo...

—Y acepté su apellido cuando me lo ofreció, además de toda su buena educación. Si quiere saber más de mi vida, solo tiene que preguntar y le responderé con sumo gusto.

—Vaya, vaya, ¡me encanta esta mujer! —Virginia sonreía, aunque sus ojos no se perdían detalle de cada expresión de su hijo—. Sabes desenvolverte con amabilidad no exenta de franqueza, Brianna. Son dos cualidades inestimables en alguien que va a encargarse de la educación de un niño.

—Señora Miller, he pasado por cosas peores, se lo aseguro. —De repente, todo lo que tenía en el plato le resultó intragable. Un nudo se le alojó en el estómago, pero siguió aparentando tranquilidad cuando decidió que esa

sería la mejor manera de enfrentar el fino sarcasmo de Wyatt Miller—. Señor, puedo asegurarle que soy competente.

—Me gustaría verlo, si no le importa. Suelo juzgar por mí mismo.

—Padre, a mí me gusta. Es simpática.

La transformación de Wyatt al escuchar la vocecita de Kenneth fue asombrosa. Dirigió al niño una mirada que lo hubiera podido convertir en estatua y frunció el ceño cuando vio que utilizaba los cubiertos al revés. Como una persona zurda.

—Kenneth, con la derecha si no quieres que te atemos la otra —lo reprendió con una voz inflexible.

—Sí, padre.

—Y piensa que no debes lanzar cumplidos precipitados a una dama.

—Sí, padre.

—Sobre todo, si esos cumplidos te delatan.

Brianna contempló la escena cada vez más atónita. No sabía qué la enfurecía más, si escuchar el modo en el que, al parecer, pretendía corregir el uso de la mano izquierda o que el niño mirara a su padre con el mismo terror que ansiedad. Temía su castigo al haber sido descubierto, pero ansiaba su atención. Hasta un ciego podía verlo.

Carraspeó y se limpió la boca con la servilleta, dispuesta a ayudar a Ken.

—Señor Miller, Ken y yo nos hemos presentado antes.

—¿Y eso cuándo ha sido exactamente? ¿Cuando irrumpió en su habitación sin llamar antes, señorita? ¿O tal vez cuando encontró a ese bicho repugnante en su cama y lo metió en su caja de madera, pensando que yo no iba a enterarme?

—Señor Miller —repitió, en un tono más perentorio—, el niño entró en mi habitación pensando que no había nadie dentro. En cuanto me vio, se comportó como un perfecto caballero. Además, ya se ha deshecho del sapo.

—Y eso, señorita Fallon, ha sido un buen intento. Que la honra, pero que no justifica a Kenneth.

Cole guiñó un ojo al niño, que a esas alturas parecía a punto de desmayarse por la impresión.

—Wyatt, no seas tan severo con él. Solo tiene seis años y le gustan los animales.

—¿No te has deshecho de él, Kenneth?

—Todavía lo tengo, padre.

Su vocecita fue apenas un susurro que enterneció a Brianna, pero que no

conmovió a Wyatt.

—Cole, a este niño le gustan los animales tanto como las cabañas de los trabajadores y su compañía, además de sus cánticos y sus costumbres. El día menos pensado lo veré aparecer con los pantalones raídos y la porquería llegándole hasta el pecho. Kenneth, ahora tengo que arreglar unos asuntos con la señorita Fallon. En cuanto esté libre, vendrás con nosotros hasta la laguna y dejarás a ese sapo allí delante de mí, ¿entendido?

—Sí, padre.

—Y nada de corretear por ahí con los hijos de los trabajadores.

—¡Pero usted siempre dice que son personas como nosotros! ¡Que se ve obligado a mantenerlos como esclavos para no terminar arruinando mi futuro!

—Calla y haz lo que te digo. —Pero ya era demasiado tarde. Las palabras del niño despertaron en Brianna una sonrisilla de suficiencia y en él una mirada vacilante que ocultó con rapidez.

—Señor Miller —repitió por tercera vez—. Ha dicho usted «nosotros». ¿A quién se refería?

—A usted y a mí, por supuesto. Cuanto antes le enseñe Red Oaks, antes podrá comenzar con Kenneth, sea lo que sea lo que tenga planeado hacer con él. Cole, sustitúyeme en el aserradero mientras tanto. —Con una tranquilidad más inquietante que cualquier estallido de ira, Wyatt se levantó—. Señorita, la espero en mi despacho.

Si la hubieran abofeteado, le habría dolido menos. Brianna apretó los dientes cuando él desapareció, seguido por un cabizbajo Ken.

—¿Por qué lo aguanta? —preguntó a Cole sin mirarlo—. Se ha dirigido a usted como un tirano...

—Digamos que ese comportamiento es inherente a él. Hace tiempo que no me afecta, no se preocupe.

Pero parecía triste cuando siguió la mirada de Brianna.

Casi tan sombrío como el propio Wyatt.



Nueve

El señor Miller tenía un extraño toque de amenazante atrevimiento cuando la recibió en su despacho para indicarle que tomara asiento frente a él, de cara a los ventanales parcialmente cubiertos por las cortinas.

Parecía capaz de mantenerse apartado del mundo mientras dominaba todo a su alrededor con su mera presencia, pensó.

—¿El desayuno ha sido de su agrado? —le preguntó con voz serena.

—Tanto como la compañía, gracias.

Él levantó una ceja, consiguiendo que su expresión adusta se suavizara para dar paso a otra de absoluto escepticismo. No la creía.

—Finge muy mal, aunque es usted ingeniosa. Y arrojada. No cualquier dama se atrevería a enfrentar mis pullas como usted lo ha hecho, señorita.

—Ni un caballero se atrevería a darlas, después de haber dejado claras nuestras respectivas posturas.

—¿Las hemos dejado claras? —Brianna estuvo a punto de explotar ante ese tono de fingida inocencia que él empleaba, como si continuara riéndose de ella. Malnacido. Desgraciado hijo de...—. Mis modales dejan que desear, y sus manos demuestran trabajo duro, como las mías. Quizá ninguno de los dos sea lo que aparenta, ¿no cree? Ni usted es una dama recatada y contenida, ni yo soy un caballero gentil y complaciente. Lo entendí a la primera.

—Entonces, ¿por qué sigo aquí sentada? —preguntó en un alarde de valentía que pareció desconcertarlo—. Si todo es como usted asegura, no seré lo que busca.

—Porque intuyo que con usted en Red Oaks no me va a faltar diversión —apostilló, cogiendo un cigarro de una caja junto a su mano para encenderlo con parsimonia, sin dejar de observarla—, porque Cole la eligió, y con eso me basta, y porque Kenneth necesita disciplina. Solo espero que no sea usted reacia a aplicarla cuando sea necesario.

—La disciplina no está reñida con el cariño, señor Miller. Y el niño que

he visto hace un momento parecía bastante falto de él.

—¿Insinúa que no quiero a Kenneth?

Se le quebró la voz al preguntarlo. Ella se dio cuenta y esperó alguna otra muestra de debilidad que le hiciera atesorar un motivo más para quedarse, pero solo vio rigidez.

—Claro que no —respondió al cabo de unos instantes—. Solo digo que no le gusta demostrarlo, como cualquier otro hombre.

—Ahora le quita hierro al asunto. Veo que no las tiene todas consigo, Ojos de Gata.

—Le agradecería que no volviera a utilizar ese apelativo conmigo, mucho menos en la intimidad.

—Ah, intimidad, qué bonita palabra... —Maldito fuera de nuevo. Hubiera jurado que sonreía cuando se echó hacia atrás—. No tiene nada que temer, señorita Fallon. Mi ofrecimiento sigue en pie.

—¿Qué... ofrecimiento?

—El del puesto de institutriz. ¿Cuál si no? —Cierto. Brianna se sintió ridícula al pensar en otros que nada tenían que ver con el niño y asintió en silencio—. Bien, convendrá conmigo en que debemos correr un tupido velo sobre lo ocurrido anoche.

—Nada me gustaría más que olvidarlo para poder empezar a trabajar con su hijo, señor Miller.

—Si no le importa, llámelo por su nombre cuando me hable de él.

—De acuerdo. —¿Por qué?, estuvo a punto de preguntar. Pero percibió la tirantez con tanta claridad como si pudiera tocarla, así que decidió ser prudente—. Me sorprende usted.

—La sinceridad no debería sorprenderla. Aunque si me rijo por nuestro primer encuentro, puedo entender lo contrario.

—Su arrogancia, señor, es lo que me sorprende. Después de ese primer encuentro al que usted alude y, sobre todo, de lo ocurrido anoche, esperaba que fuera más amable.

—Ah, ya entiendo... ¿Más cercano?

Y risueño. Y con ese encanto que le había parecido apreciar en el chisporroteo de los ojos dorados cuando la habían mirado con intensidad, pero que ahora no veía por ninguna parte.

—Por ejemplo.

—¿Más humilde? —Brianna asintió con rigidez, sabiendo que se refería al beso compartido. Wyatt apretó la mandíbula y se recostó sobre el respaldo

de su asiento—. Bien, no estoy acostumbrado a pedir disculpas en mi propia casa.

—¿Ni siquiera cuando el error ha sido tan evidente?

—Ni siquiera cuando el error fue provocado por una desconocida en camión que no solo no se resistió cuando la besé, sino que contribuyó a que ese... error creciera hasta convertirse en doloroso, se lo aseguro. —Después de semejante alusión a sus partes íntimas y al tamaño de las mismas, hubo un silencio tan pesado que los hombros de Brianna cayeron. Al cabo de una eternidad, él entrelazó las manos sobre la mesa, con una expresión mucho menos adusta—. Supongo que tendré que aceptar mi parte de culpa. Estaba lo suficientemente bebido como para no pensar más allá de lo que tenía delante. Pero hasta ahí. Nada más. Tampoco voy a exigirle reciprocidad, porque la estoy viendo ahora mismo sin necesidad de que la exprese en voz alta.

Él clavó su atención en ella, como si sus palabras fueran una invitación y esperara una respuesta. A Brianna le pareció que el mundo se encogía hasta quedar reducido a ellos, la estancia en penumbras y la feroz mirada que le provocaba escalofríos.

—Sí —reconoció sin tapujos—. Lamento haberle dado a entender cosas que no eran, y también haberlo abofeteado.

—Y yo lamento haberla asustado hasta ese punto. Porque si algo tengo claro de todo lo ocurrido, es que estaba aterrada cuando me golpeó. Solo por eso no se lo tengo en cuenta. Supongo que, ahora que ambos estamos frente a frente y a solas, podemos seguir adelante con lo que tenemos entre manos. ¿Entiendo que sigue interesada en el puesto de trabajo?

—Creo que... sí.

—Entonces aquí tiene su contrato —añadió, ofreciéndole unos documentos que ella se dispuso a examinar—. Es una oferta generosa, teniendo en cuenta su situación.

Brianna levantó la cabeza de inmediato, con un palpito en el pecho.

—¿Se refiere a lo ocurrido en el comedor?

—Oh, no. En el comedor me he divertido al verla hacer frente a mis decisiones.

—Órdenes.

—Llámelo como guste. Me refería a las circunstancias que he deducido a raíz de su mentira, señorita. —Tenía una pluma en la mano, lista para que ella la usara, pero en vez de tomarla, se la quedó mirando como si fuera la peor arma del mundo. Escuchó un suspiro de Wyatt, antes de dejar la pluma junto a

los papeles—. No es el momento de hacerse la digna negando lo evidente, créame.

—No lo niego, pero lo hice por una buena causa. La mujer que usted atendió era una chica del burdel de Lucille —soltó de golpe.

Vio cómo sus ojos se agrandaban por la sorpresa un instante, para después recuperar la compostura.

—Ciertamente era una buena causa, y dice mucho acerca de usted como persona. Pasarse por la sirvienta de una prostituta para ayudarla, arriesgándose a ser reconocida por cualquier cliente del burdel, no debe ser fácil.

—Tampoco lo es estar a este lado de la mesa con usted, ya que estamos.

La carcajada que oyó a continuación la descolocó por completo. La risa de Wyatt Miller parecía limpia, cristalina. Y mucho más abierta de lo que su gesto ceñudo daba a entender del resto de él.

—¿Qué es lo que le hace tanta gracia? —le preguntó.

—Por favor, no se ofenda, pero me resulta irónico recibir sus ataques de sinceridad cuando solo nos han unido mentiras.

—Incluído lo ocurrido anoche.

—No sé si tranquilizarme al ver que se muestra sincera o desanimarme si pienso en que su respuesta a mis atenciones pudo ser fingida. —Brianna se quedó sin habla. Sí, fue una mentira de cabo a rabo, pero si afirmaba que no había sentido nada, añadiría otra más a su lista. Era evidente que él esperaba una respuesta, pero al no obtenerla, arqueó una ceja y resopló—. Al parecer, le guste o no, mi contrato y yo volvemos a ser su principal opción.

—En efecto, es un contrato muy ventajoso. Cobrar dos dólares semanales no es poco —dijo, examinando el documento—. Pero yo también tengo mis condiciones.

—Adelante. La escucho.

—Nada de atar la mano izquierda de Ken. Escribir o utilizarla como el resto utilizamos la diestra no debería ser motivo de vergüenza.

—Eso lo limitará mucho más en el futuro. No es negociable.

—Entonces acepte que le enseñe a utilizar ambas manos por igual. Y eso tampoco es negociable si quiere que prosigamos. —Lo vio dudar. Al fin. Y rascarse la barba corta pensativo, antes de asentir e invitarla a que continuara con un gesto de cabeza—. Yo decidiré cómo emplearé el tiempo con él y en qué. No aceptaré órdenes al respecto, salvo si los resultados no son los esperados.

—Me parece justo y lógico.

—Además, me gustaría tener tiempo libre para emplearlo en ampliar mis ingresos.

Wyatt se inclinó hacia delante, súbitamente interesado y extrañado.

—¿No acaba de decir que su sueldo es una buena cantidad, o era otra mentira?

—Digamos que no me gusta la exclusividad.

—Una mujer con ideas propias. ¿Cuántos años tiene?

—Veintiuno.

—Demasiados para permanecer soltera. Claro que con su ansia de independencia quizá le resulte un poco complicado encontrar a un hombre que la comprenda.

—Mi independencia es tan valiosa para mí como la suya para usted. De lo contrario, ya habría en esta casa otra señora Miller que no fuera su madre, supongo.

Wyatt contuvo una réplica aguda porque le estaba agradando aquella conversación, aquel intercambio rápido de palabras y aquella mujer, tan hermosa como orgullosa, que no tuvo reparos en hundir un delicado dedo en su llaga más profunda.

No pudo evitarlo; se giró hacia el cuadro, inmerso en los recuerdos que lo mantenían anclado a esa imagen, antes de volver a la mujer que tenía al otro lado de la mesa.

—Lo... Lo siento —balbuceó ella de golpe, al ver el sufrimiento impreso en aquel rostro que normalmente parecía duro y frío—. No pretendía...

—Está bien, no pasa nada. Yo lo he provocado con mi indiscreción. Supongo que Cole ya le habrá puesto al corriente de la situación.

—No entiendo...

—Por favor, no me haga creer que en realidad es usted una señorita de modales impecables pero cabeza hueca; me desilusionaría. Cole le habrá dicho que soy viudo, porque usted, dando rienda suelta a su curiosidad, le habrá preguntado por qué Kenneth necesita una institutriz cuando lo natural sería que tuviera una madre. Ella era mi esposa —dijo, señalando el cuadro—. Y era...

—Perfecta.

—Las personas no solemos ser tan perfectas como aparecemos en los cuadros —añadió con la mandíbula apretada, antes de girarse hacia ella de nuevo—. Respetaré su petición si me asegura que no tiene un origen ilegal ni

inmoral.

—¿Qué?

—Sé que ha perdido su trabajo, aunque desconozco las causas. Por lo tanto, puede ser una muchacha cuyo gran corazón le ha llevado a cometer imprudencias, o una delincuente que ha permanecido protegida por la bondad de Meredith y que ahora quiere aprovecharse de mi familia para quién sabe qué. Las posibilidades son infinitas.

¡No! ¡Las posibilidades se reducían a Erin, solo a Erin! Estuvo a punto de escupírselo en la cara, pero se contuvo a tiempo. Aquel hombre no sabía nada de ella ni de su vida en Irlanda.

Y ella moriría antes de confesárselo.

—Si piensa eso de mí, lo mejor será que me marche.

Una mano en torno a su muñeca se la mantuvo pegada a la superficie de la mesa.

—Si lo hace, demostrará no ser tan inteligente como mi hermano cree — le murmuró, desafiándola.

—¿Y qué cree usted, señor Miller?

—Que debo ver antes de juzgar. Y no podré ver si no firma el dichoso contrato, señorita Fallon.

Allí estaba de nuevo, el hombre huraño y desagradable. Tenía un rostro hermoso con sus pómulos altos, su nariz aguileña o su mandíbula cuadrada cubierta por aquella barba corta. Se preguntó cómo sería verlo sin ella, con una mirada menos tempestuosa y una sonrisa amplia que dejara a la vista aquellos dientes blancos.

—Firmaré —aceptó, con la sensación de que se echaba una soga al cuello a punto de ser apretada—. ¿Y ahora?

—Ahora vienen mis peticiones. No quiero más mentiras entre nosotros. Nunca.

—Tenemos una relación comercial, no personal.

—Kenneth la convierte en lo segundo, y es razón más que suficiente para mi primera exigencia.

—¿Hay más?

—Por supuesto, señorita. No quiero que vuelva a cuestionar mi autoridad delante del niño. Yo cometo mis errores y mis aciertos con él, sin intermediarios. —Su expresión volvió a ser dura cuando extendió una mano, a la espera de que ella la aceptase.

Por un momento los dos se midieron en silencio, sosteniéndose la mirada

con la inquietante sensación de que estaban manteniendo algún tipo de pulso en el que ninguno saldría ganador.

—Soy una mujer competente —confirmó ella con voz queda—. Exijo respeto hacia mi trabajo. Tanto en público como en privado. Si usted pide, debe saber dar.

—Parece lógico.

Su mano seguía extendida. A pesar de su diálogo tirante y lleno de pullas recíprocas, se sentía agradecida. En cierto modo, en deuda con él. Y con una insaciable curiosidad acerca de todo lo que lo rodeaba, como un aura misteriosa que brillaba con intensidad cuando ponía sus cinco sentidos en él, solo para dejar de manifiesto su contradicción: atractivo, pero peligroso. Con tanto calor en sus ojos como frío en sus modos. Tan cercano como si fuera un viejo conocido y tan lejano como el extraño que en realidad era.

—Todavía no. —Él frunció el ceño—. Le agradecería que dejara el alcohol de lado cuando esté conmigo. No es que tema que vuelva a producirse un malentendido como el de anoche, pero considero que podría ser un mal ejemplo para Kenneth.

—¿Partimos de ese mínimo de confianza?

—Siempre y cuando mantenga usted sus cinco sentidos libres de la bebida.

La mandíbula de Wyatt Miller se tensó un segundo, para relajarse al siguiente cuando asintió.

—Hemos acordado sinceridad, mutuamente y a partir de ahora. No soy tan desgraciado como para destruir su reputación solo por diversión. Lo que ha ocurrido entre nosotros, se quedará entre nosotros. —Se llevó los nudillos a los labios para repasarlos en una caricia mucho más intensa e íntima de lo que era capaz de tolerar, junto a una mirada profunda que la dejó temblando, antes de soltarla—. Ahora sí hemos sellado nuestro acuerdo. Bienvenida a Red Oaks. ¿Sabe montar?

—¿Por quién me toma?

—Por una mujer intrépida, de momento —afirmó, alzando las cejas—. El resto vendrá después. La espero en los establos dentro de media hora.

La despachaba con una falta de tacto ante la que no pudo objetar nada. Acababa de descubrir que Wyatt Miller era un hombre directo, que no contenía sus impulsos ante cualquier situación. Si quería despedirla, lo haría con la misma facilidad con la que había obtenido un beso.



Diez

Queenie y Sam se encerraron con ella en su habitación para hacer de uno de sus vestidos algo cómodo con lo que pudiera recorrer las tierras a lomos de una montura.

El elegido fue uno amarillo pálido, de maleable muselina que permitió que las tijeras de Queenie agrandaran su escote hasta el nacimiento de sus pechos, dejándola respirar con fluidez, aunque respetaron sus mangas largas.

—Tenemos media hora, señorita —la apremió Sam—. Si ha conseguido que ese ogro la acepte, no conviene que cambie de opinión tan pronto.

—¿Ogro?

—Había tanto silencio detrás de la puerta de su despacho que Queenie y yo pensamos que se la había comido, con vestido y todo.

—Al parecer, has encontrado a alguien que comparte tu afición a escuchar conversaciones ajenas. —Brianna les dedicó a ambas una mirada severa, pero después sonrió—. Queenie podrá hacerte un retrato pormenorizado de él. Yo acabo de conocerlo.

Si no tenía en cuenta su primer encuentro en Boston, ni su beso de la noche anterior, ni la sensación abrumadora que la invadía cada vez que se permitía adentrarse en el dorado de sus ojos...

—Ken me ha dicho que su mamá se murió cuando él era muy pequeño —soltó de repente Sam, haciendo que ella descendiera a la tierra y recordara el cuadro del despacho—. Pobre niño, ¿verdad? Su padre no parece muy dispuesto a hacerle algún caso.

—Su esposa murió hace cinco años. ¡Fue espantoso! Para el señor Cole también, y para la señora Virginia. El amo estaba muy enamorado de ella. Desde entonces se niega a trabajar de médico, y eso que el señor Cole no se cansa de repetirle que deje las tierras para irse al consultorio del doctor Pemberton, que es su amigo y lo esperará con los brazos abiertos.

—Queenie, el señor Miller sí ha... —Se calló a tiempo. Admitir los

cuidados que le dispensó a Sarah supondría descubrirse ante la muchacha—. No lo entiendo, francamente.

—Estaba tan enamorado de la señora Cathy que se quedó destrozado cuando la perdió. ¡El fuego...!

Una tímida llamada a la puerta interrumpió el relato de Queenie. Por una vez desde que estaba allí, Brianna lamentó esa interrupción. Había comenzado a pintarle un retrato de Wyatt Miler un poco distinto del que ella se había formado en la cabeza. Era un hombre destrozado por la pérdida de su esposa, aunque pareciera muy entero cerrando tratos. Muy enamorado, aunque ahogara sus penas en el alcohol. Y era un doctor que se negaba a ejercer como tal, aunque la noche que lo conoció se ofreció él mismo a ayudar a Sarah, sin conocerla siquiera.

La última contradicción de aquel hombre entró por la puerta, vestido con un traje de montar y con la caja de madera donde seguramente reposaría su amado Dinky.

Sam tenía razón. Parecía desamparado, tan falto de cariño que se levantó de su tocador en cuanto la muchacha terminó de arreglarle el pelo y de colocarle el vestido convenientemente, para acucillarse a su altura.

—¿Ya estás listo, Kenneth? —le preguntó con dulzura.

—Sí, señorita. ¿Me puede llamar Ken? Todo el mundo lo hace... menos él.

Y con la última palabra fue una inclinación de cabeza llena de pena que le partió el alma. No comprendía por qué su padre lo obsequiaba con aquella frialdad a pesar de que se notaba su preocupación por él. Seguro que Queenie también tendría la respuesta, pero intuía que no era el mejor momento para averiguarlo. Se incorporó y revolvió los rizos castaños del niño.

—La abuela me pide que la disculpe —dijo—. Se encuentra muy cansada, pero promete que, a su vuelta, habrá más vestidos arreglados.

—Oh, sí, señorita Brianna, no debe usted preocuparse por eso —intervino Queenie—. Sam y yo trabajaremos sin descanso para adaptar su vestuario hasta que pueda adquirir uno nuevo. Esa es la idea de la señora Virginia. En cuanto se haya hecho a su vida aquí y...

Las voces exaltadas del exterior volvieron a interrumpirla. Brianna se asomó a la ventana al mismo tiempo que Queenie y Sam para apreciar la construcción de un enorme almacén cuyas puertas permanecían entreabiertas, y tras las cuales sonaban los gritos. Podía escuchar la voz aterrorizada de una mujer con toda claridad, aunque no entendía lo que decía, entremezclada con

los gritos de un hombre al que no reconoció.

—Es Grady, el capataz. Y ella es Ayana, mi hermana —la informó Queenie, con un tono de voz bajo y tenso que no parecía el suyo.

Los gritos subieron de tono hasta resultar espeluznantes, pero el señor Miller apareció en ese momento, con una fusta en una mano y un rifle en la otra.

Brianna se estremeció. Como si sus ojos lo llamaran, Wyatt se detuvo y levantó la cabeza en su dirección una fracción de segundo, tiempo suficiente para transmitirle toda la tensión que lo dominaba antes de desaparecer tras la puerta del almacén.

—El amo le parará los pies. —La voz enérgica de Queenie la alertó todavía más. Se dio la vuelta para encontrar unos ojos oscuros perdidos en su propia desgracia—. El amo siempre hace lo que es mejor para nosotros.

El corazón de Brianna se detuvo justo antes de golpearla en el pecho y en la garganta.

¡Tenía que impedir lo que fuera a suceder!

Tomó a Ken de la mano y salió corriendo hacia el almacén. Solo se detuvo cuando la penumbra, y la escena que presenció a continuación, la hicieron apretar al niño contra sus faldas.

El rifle del señor Miller descansaba lejos de su mano, aunque a una distancia prudencial. Él imponía su altura, su corpulencia y su indiscutible autoridad a otro individuo algo más bajo y bastante más viejo que él, mientras daba la espalda a otros tres hombres que intimidaban con sus armas a un puñado de esclavos. Estos formaban un semicírculo en medio del cual se hallaba una mujer negra.

El hombre no podía moverse: la fusta de Wyatt le presionaba la garganta contra la pared. Aparte de eso, no parecía haber más contacto físico entre ellos. Sin embargo, vio sus dientes apretados asomando a través de los labios estirados por la rabia, la posición amenazante del resto del cuerpo y las dos rendijas que eran sus ojos, y que no se desviaban del capataz ni un segundo.

—Ella me pertenece, Grady —siseó, en un tono tan bajo y tan amenazante que incluso ella dio un paso atrás—. Está aquí por una razón: trabajar. Si vuelves a tocarla, con cualquier pretexto...

—¡Esa zorra negra sabe dónde está Rufus, señor! ¡Es su mujer, lo sabe! ¡Y no nos lo dirá por las buenas! —La voz del capataz iba entre la ira y la súplica, pero sus ojos recorrieron a la mujer tendida en el suelo, que gemía y se cubría la cara, con un interés demasiado sucio. Brianna sintió un escalofrío

al reconocerlo en aquella mirada; lo había visto demasiadas veces—. Si no la ata al poste para despellejarla a base de latigazos, ¡Rufus seguirá fugado! ¡Los hombres lo han buscado por todos los rincones sin encontrarlo! ¡Ya no se encuentra en la propiedad! Si consigue escapar con éxito, ¡otros lo intentarán después! ¡No son más que un atajo de mulas desagradecidas con usted!

—¡Basta, he dicho! —El puño libre de Wyatt se estampó en la cara barbuda de Grady con tanta fuerza que su cabeza colisionó contra la pared. Desde donde estaba, Brianna podía escuchar una respiración trabajosa que contenía mucho más. En medio de un silencio tan pesado como el peso de Grady al caer al suelo, giró la cabeza mínimamente—. Ayana, levántate del suelo. Ahora.

La mujer no dudó, pero un nuevo gemido llamó la atención de Brianna hacia un rincón oscuro. Allí, un niño la miraba con una desesperación que le hacía encogerse entre temblores.

—Guideon, ¡ven! —susurró Ken.

El niño corrió hacia ellos al mismo tiempo que Wyatt se giró por completo al escucharlo.

Hacía unos instantes, sus ojos dorados se habían enturbiado hasta el punto de parecer casi negros, como los de una bestia salvaje que podría actuar en cualquier momento, sin pensar en quién tenía delante y sin medir las consecuencias. Ahora solo parpadeaba atónito, como si verlos allí fuera lo último que esperaba, hasta que al fin alzó las cejas.

—Señorita Fallon, veo que es usted de una puntualidad escrupulosa y de una oportunidad irritante —manifestó sin preocuparse lo más mínimo por la grosería que acababa de soltar.

En su fuero interno esperaba que ella se sintiera ofendida, pero le sostuvo la mirada con firmeza y con el mentón alzado en su dirección, lo cual le dio una extraordinaria visión de aquel escote amplio que dejaba al descubierto el nacimiento de unos pechos del color de la leche y de la textura de la crema. Lo sabía porque pudo acariciar uno la noche anterior, antes de ser abofeteado por su dueña. Por un momento sus ojos se quedaron clavados en ese lugar, extrañado al ver un pequeño saquito, colgando de una tira de cuero, que descansaba entre su profundo valle. Observó hipnotizado el movimiento apresurado de su respiración agitada y el mechón rizado que descansaba en un lado de su cuello. Era suave, sedoso. Eso también había tenido oportunidad de comprobarlo, como la humedad o el sabor de aquella boca que permanecía entreabierta en su dirección. Le hubiera encantado tapársela con la suya,

mientras hundía los dedos en el espesor de su cabello y la nariz en el profundo valle de aquellos pechos. La atracción era tan palpable que incluso los dedos le hormigueaban por la necesidad de ser satisfecha, sin pensar en la situación que los rodeaba.

Pero tenía que pensar. Carraspeó para recuperar la compostura. No era el mejor momento para dejar ver los estragos que aquella mujer parecía causar en su cuerpo con un simple vistazo, así que se fijó en la caja que Kenneth sostenía en la mano, junto a su gesto temeroso.

Quiso acercarse a él para poder borrarle esa expresión con un abrazo y todos los besos que le había negado en cinco años, pero no pudo moverse del sitio. La posibilidad de acercarse así al niño era algo que lo martirizaba cada vez más, junto con el miedo que conllevaba.

Lo mejor para los dos sería que siguiera manteniendo las distancias.

—Dado que ha pasado a formar parte del personal asalariado de Red Oaks, es justo que conozca a la otra parte. Grady, mi fiel capataz, al menos hasta el momento, se ha pasado media mañana buscando a uno de mis trabajadores, Rufus, que es el esposo de Ayana y el padre de Guideon, junto con el resto de sus hombres —explicó, señalándolos alternativamente. Parecía tranquilo, pero era evidente la contención en el tono de su voz—. Al parecer, se ha fugado y no hay ni rastro de él, pero en vez de informarme nada más conocer los hechos, ha decidido actuar por su cuenta, convencer a Ayana y, de paso, al resto de mis trabajadores, de que confiesen su paradero.

—Señor, usted sabe que soy eficiente.

El susurro de Grady heló la sangre de Brianna. Reconoció en él una clase de ambición oscura, nacida del abuso de poder y mezclada con el odio mal disimulado, que le provocó un estremecimiento.

—Ahora no necesito tu eficiencia, sino tu obediencia. —No se le acercó, pero Grady se apartó varios pasos para protegerse. Afortunadamente para él, Wyatt pareció centrarse en Ayana. Con un suspiro, dirigió una breve mirada a Guideon y bajó la fusta—. ¿Dónde está tu esposo, mujer?

—¡No lo sé, amo! ¡Lo juro!

—Y vosotros. ¿Sabéis dónde está? —tronó.

El resto de esclavos negaron con la cabeza gacha y los ojos clavados en el suelo.

Era de esperar. No le sorprendía. Sabía cómo tenía que actuar porque llevaba haciéndolo años. Mantener un equilibrio de poder no era fácil, pero sí muy efectivo. Ellos lo respetaban y el resto de hacendados seguían en tratos

con él por conveniencia económica. No les convenía una competencia cruel contra sus algodones, porque Wyatt saldría ganando.

—¿Quién lo ha ayudado? —Ante aquella pregunta, Ayana permaneció en silencio. El gesto de Wyatt se endureció—. ¡No pienso tolerar que me hagas pasar por un necio! Grady y sus hombres no actúan como sabuesos, pero podrían hacerlo a una orden mía. Uno de mis trabajadores ha burlado su vigilancia, así que debo pensar que ha contado con ayuda. ¿Quién?

—El Búho —susurró Ayana—. Solo sé eso, amo. ¡Lo juro por mi hijo!

Otra vez aquel apodo misterioso al que nadie le ponía una cara. Wyatt apretó los dientes. A partir de ese día, en cuanto corriera la voz de su actuación con la mujer, tendría suerte si solo encontraba algún muñeco de vudú con su aspecto y varios alfileres clavados. Rufus podría aparecer como un referente al que otros seguirían, y no sería conveniente.

Debía actuar, pero nunca había sido un tirano, mucho menos en ese momento, cuando tenía delante el criterio observador de Brianna Fallon y la expectación de Kenneth juzgando cada paso que diera.

—Levántante —ordenó de nuevo. Cuando tuvo a la esclava delante de él, prosiguió—. ¿Tan mal os he tratado durante todo este tiempo?

—No, amo.

—Rufus es inteligente. Te habrá ocultado su paradero para preservar tu seguridad y la de tu hijo, pero te has callado cuando ha huído. Y por eso, te trasladarás a partir de ahora al aserradero. Trabajarás como el más corpulento de los hombres —dictaminó. La mujer no levantó la cabeza—. Siéntete afortunada. Siempre será mejor que desangrarte atada al poste después de recibir tantos latigazos como tu espalda sea capaz de acoger. Si descubro que has ocultado el paradero de Rufus, puedes despedirte de Guideon. Lo venderé al mejor postor. El resto, volved al trabajo —ordenó, señalando al resto de esclavos—. Ante la más mínima sospecha, vuestras cuatro raciones de comida diarias quedarán reducidas a dos. Y vosotros —añadió, refiriéndose a los hombres de Grady—, procurad traerme pruebas tangibles la próxima vez que os propongáis intimidar a mis negros. De lo contrario, seréis los castigados.

—Pero señor, me parece muy benévolo.

Wyatt había emprendido el camino a la salida con el rifle nuevamente en la mano, pero se detuvo a la altura de Brianna. La ignoró y empuñó el arma para apuntar al capataz de tal manera que este trastabilló hasta caer de espaldas en el suelo.

—No recuerdo haber pedido tu opinión, Grady —dijo—. Si vuelvo a

oírte hablar sin mi permiso, te arrancaré la lengua de un disparo, ¿entendido?

No esperó respuesta y salió del almacén a grandes zancadas, seguro de que tanto Brianna como Kenneth lo seguían.



Once

Wyatt montó en Satán cuando Brianna lo hizo sobre una yegua mansa y Kenneth sobre un potrillo fácil de manejar, para situarse uno a cada lado de él e iniciar el paseo.

Un paseo que muy bien pudo haber delegado en Cole. De ese modo, además de dar gusto a su hermano, él hubiera podido encargarse de la insubordinación de Grady sin tenerla de espectadora silenciosa, juzgándolo desde su lugar privilegiado.

Sin embargo, cedió a esa especie de magnetismo que lo llevaba a ella en contra de todas las leyes de la lógica y de sus propias normas, y terminó en aquella necesidad ridícula de observarla con disimulo, como si fuera un jovenzuelo, a medida que se alejaban de la casa grande.

Solo se sentía atraído por ella, se recordó. Por su cuerpo, por su cabello, sus ojos o su olor. Tendría que estar ciego, sordo y mudo para lo contrario. También tendría que estar tullido para no responder a su belleza, a su ingenio y a su valentía como un hombre. Pero incluso eso le estaba prohibido.

Por mucho que el pasado hubiera establecido una sutil e inquebrantable barrera que dictaba un cambio casi permanente en la relación con su hermano, era Cole quien se había fijado en ella.

Era mucho más seguro observarla en la distancia.

—Suéltelo, vamos —animó sin más rodeos.

—Jonsu.

—¿Cómo?

—Que usted es lo más parecido a Jonsu, un dios de la mitología egipcia asociado a la medicina y la protección de los enfermos. —Ella le ofreció una panorámica de su perfil de rasgos suaves y nariz respingona—. Antes, parecía a punto de curar a Ayana a costa del capataz.

—Vaya... Tiene usted unos conocimientos poco comunes en una dama.

—En una mujer, más bien. Dígalo sin trabas, señor. —Wyatt se quedó

embobado viendo la radiante sonrisa con la que fue... ¿recompensado? Sí, así se sintió al disfrutarla—. En mi tierra, los ingleses nos impedían la lectura, así que cuando mi hermano aprendió, me enseñó a mí. Me he convertido en una devoradora de libros, con una pasión especial por las distintas mitologías antiguas. Leer abre la mente, Kenneth, ¿lo sabías?

—Sí. Padre me lo dice muy a menudo.

—Tu padre es un hombre sabio, entonces.

El niño le dirigió una sonrisa esperanzada que él se vio en la obligación de rechazar. Fue tan elocuente que ni siquiera se atrevió a observar la reacción de Brianna. Supuso que se contenía para no expresar en voz alta lo que le venía a la cabeza y se concentró en las hileras de cabañas que empezaban a atravesar.

—Estas son las viviendas de mis trabajadores —señaló, cambiando de tema por segunda vez en un tiempo demasiado corto—. Pueden parecerle miserables, pero le aseguro que son bastante mejores que las del resto de las plantaciones. Aunque le aconsejo que no se aventure sola por aquí.

—Acabo de ver cómo se compadecía de una esclava, señor. No me resulta difícil suponer el resto. Por eso no entiendo lo que acabo de presenciar hace un momento. —Y él tendría que explicárselo—. Rufus era uno de sus esclavos, ¿verdad?

—Trabajador —la corrigió—. E instruido, además.

—No me diga que saben leer y escribir...

—Necesito que sepan. A veces, requieren de esos conocimientos para determinados puestos.

Brianna asintió, ocultando su creciente admiración y sorpresa. Desde luego, su superior no era para nada un amo al uso.

—De todos modos, si no cobra un salario y usted ha comprado su libertad, es un esclavo —insistió.

—Ya no. Ha huído.

—¿No piensa hacer lo posible por recuperarlo?

—Señorita Fallon, veo que tiene mucho interés en aprender acerca de mí y del mundo en el que me muevo, así que tendré el honor de satisfacerlo. No me caracterizo por ser correcto en mis formas. Digo lo que pienso cuando lo pienso, y solo me cuido de no faltar al respeto a quien tenga delante —empezó, apoyando los antebrazos sobre la silla de montar. Con el movimiento, su rostro terminó a escasos milímetros del de Brianna. Sus miradas se entrelazaron con intensidad, dejándolo con la boca repentinamente seca—.

Red Oaks lleva aquí muchos más años de los que yo tengo.

—Que son...

—Treinta y dos. Veo justo que lo sepa puesto que yo conozco los suyos. —Estiró los labios conteniendo una sonrisa y volvió a su gesto ceñudo—. Llevo los cinco últimos haciéndome cargo de todo esto para proveer de materia prima la fábrica textil que mi padre nos dejó en Boston al morir. Ese es un tiempo muy corto para pretender siquiera cambiar las normas, pero debe saber una cosa: conozco los nombres de toda esta gente porque me implico personalmente con ellos. Comen cuatro veces al día, están saludables y razonablemente limpios. Si enferman, el médico de la familia los atiende. Nos conviene a ambas partes. Mis trabajadores deben gozar de unas condiciones mínimas para rendir al máximo. Me niego a llamarlos de otra manera. Aunque sé muy bien qué son, no fui yo quien pagó por su esclavitud. Mis antepasados los compraron cuando esa transacción era legal. Las personas que tengo a mi servicio son sus descendientes. —Le dirigió una fugaz mirada antes de continuar hacia un lugar más abierto, plagado de esclavos inclinados sobre la tierra desnuda, cuya extensión se perdía en la distancia. Trabajaban en medio de profundos cánticos llenos de armonía, con estrofas entonadas primero por una sola persona, para después corearlas el resto al unísono. El resultado era sobrecogedor, solemne. Invitaba al respeto de Wyatt, a su admiración. Siempre sentía lo mismo cuando los cruzaba. Esa impresión de que era dueño de unas vidas que no le pertenecían, de una libertad que debería devolverles, pero que mantenía a buen recaudo, con su conformidad o sin ella—. Aquí están los campos. Ahora mismo están sembrando el algodón. Tenemos varios acres de tierra fértil que debemos explotar al máximo para ahorrar gastos en la fábrica. Se avecinan tiempos difíciles. Solo los que sepan mantener el amor por sus tierras sobrevivirán.

—¿Usted las ama de ese modo?

—Si el alma de un hombre no se halla anclada a una tierra, esa alma no existe —sentenció, con los ojos perdidos en la inmensidad de los campos—. La mía prendió aquí hace tiempo, señorita, pero las circunstancias hicieron que perdiera una parte muy importante en Boston.

—Hasta el punto de verse obligado a conservar un modo de vida con el que no está de acuerdo. Lo comprendo, aunque no lo comparto. Puede proporcionarles la libertad.

—No a todos. Nunca he separado a las familias, y no voy a empezar a hacerlo ahora. ¿Se imagina lo que ocurriría si solo consiguiera la libertad de

Ayana, por ejemplo, pero no la de Guideon?

—La amenazó con hacerlo. No se me ocurre peor castigo que ese.

Lo dijo sin mirarlo, pero con la censura impregnando sus palabras. Y él, que el diablo se lo llevara, se sintió demasiado miserable como para explicarle sus verdaderas intenciones.

—Padre los trata muy bien, pero debe hacerse valer. Es lo que dice el tío Cole —añadió el niño muy ufano. Le dirigió otra de sus sonrisas infantiles y de nuevo él la ignoró—. Siempre lo defiende, padre. Al único que no defiende es a Grady. Dice que es una sabandija repugnante y que debería echarlo a patadas, a él y a su cuadrilla.

—Probablemente tenga razón.

—Ese hombre da miedo... —murmuró Brianna.

—¿Usted, teniendo miedo de un simple capataz? —bromeó Wyatt. Ella le dirigió una mirada contundente—. Me guste o no, Grady resuelve muchos de mis problemas en mi ausencia.

—Pero no han atrapado a Rufus.

—Rufus ya estará muy lejos. Vivo o muerto, pero lejos. Y Guideon permanecerá con su madre, porque lo contrario...

—Supondría traicionar sus principios. Realmente me sigue sorprendiendo, señor Miller.

Pero había sustituido su gesto de decepción por una ligerísima sonrisa, que él quiso suponer que sería de admiración.

—Mientras sea para bien, no habrá problema. ¿Alguna pregunta más o ya he saciado su ración de curiosidad por hoy?

—El Búho. ¿Quién es?

—Nadie lo sabe, señorita Fallon —intervino Kenneth—. Es como un fantasma que se mueve por las plantaciones y se lleva a los esclavos que son desgraciados, envueltos en su capa invisible, embozado y con un sombrero negro y de ala ancha, para que nadie más que él pueda verlos.

—Kenneth, ya va siendo hora de que dejes de creer en esos cuentos.

—No son cuentos, padre. Guideon dice que es exactamente así como lo hace, envuelto en humo cuando su madre y Queenie lo invocan con sus rezos.

—Ayana y Queenie creen en demasiadas supersticiones. Y tú no deberías pasar tanto tiempo con ellos. Solo espero que ahora que está usted aquí consiga retenerlo en su sitio —añadió, mirando a Brianna—. No es cuestión de prejuicios, sino de conveniencia. El Búho forma parte del Tren Subterráneo, una red clandestina destinada a facilitar la huida de esclavos

hacia el norte. Funcionan a través de seudónimos, para que nadie sepa su verdadero nombre. —Frunció el ceño—. Comprenderá que, ahora que sé que alguien llamado así se ha aventurado por mis tierras para tentar a mis trabajadores, esté como mínimo preocupado.

—No tendría por qué. Ellos deberían sentirse agradecidos cuando incluso los atiende personalmente si están enfermos.

—No soy yo, sino Eduard Pemberton quien los atiende.

—¿Por qué no quiere ejercer la medicina y, sin embargo, curó a Sarah?

La mirada apacible de Wyatt se volvió hermética.

—Eso no entra dentro de sus competencias, señorita Fallon. Le aconsejo que, antes de preguntar, haga un repaso mental acerca de los límites que puede cruzar conmigo y los que no —soltó con aspereza—. Le vendrá bien para no pisar terreno farragoso.

Zanjó la cuestión señalando el lugar al que habían llegado. Se había planteado no pasar por allí, pero finalmente decidió que lo haría. Tarde o temprano ella se enteraría de su existencia, bien gracias a su madre, a Kenneth, a Cole o a la lengua larga de cualquier esclavo, así que mejor que lo conociera por su mano. Aun así, la congoja se le anudó al cuello cuando se detuvo en la orilla de la pequeña laguna, en cuyo extremo se erigía una copia en miniatura de la casa grande. Desde su montura, Brianna admiró la exquisitez de su construcción cuando los tres se detuvieron frente al pequeño porche.

Wyatt desmontó y se dirigió a la yegua de Brianna con los brazos extendidos en su dirección.

—Si me permite una pequeña muestra de esa galantería que sabe que no tengo...

Brianna se quedó mirando sus manos con tanta intensidad que temió que viera aquello que no debía ser visto. Iba a retirarlas, cuando ella lo sorprendió. Con un suspiro casi inapreciable, alargó sus manos para posarlas en los hombros de él.

—Si eso le hace feliz, adelante —replicó en un tono condescendiente que le provocó un ataque de risa que tuvo que contener—. No seré yo quien estropee esta conversación por tan poca cosa.

No era poca cosa abarcar aquella cintura estrecha y cimbreante, como sus caderas. Wyatt lo supo en cuanto entró en contacto con la fina tela del vestido para ir mucho más allá. Su mente voló a la otra noche, al calor que despedía aquel cuerpo que ahora tenía en vilo, a los labios que capturaron sus ojos.

Recordó con exactitud a qué sabían, cómo se movían sobre los de él o el calor que lo envolvió en cuanto penetró en aquella boca entreabierta.

Su cuerpo se tensó. Perdido en el color verde cristalino de aquellos ojos, la mantuvo en alto como si el mundo se hubiera detenido con aquel simple contacto. La sintió estremecerse, agitarse levemente entre sus manos, como si fuera un pajarillo deseoso de remontar el vuelo.

—¿Tiene usted frío, señorita? —preguntó en un murmullo.

—Soy irlandesa, señor. Su clima no me afecta en absoluto.

Asintió, con tanta rigidez en el cuello como en otras partes mucho menos visibles. Abrió la boca para responder, pero Kenneth lo interrumpió justo cuando la dejaba en el suelo.

—Padre, ¿quieres ver cómo dejo a Dinky en la laguna?

—La señorita Fallon y yo te veremos desde dentro.

Había sonado demasiado oscuro, poco convincente, incluso dubitativo mientras seguía anclado a cada detalle de ese rostro que tenía tan cerca. Y ella no se había resistido a ese contacto. Había permanecido en su silencio invitador todo ese tiempo, pero no podía ir más allá, por mucho que estuviera lejos de considerarla una dama. Sus manos, de dedos delicados, no eran tan finas. Más bien parecían las de la sirvienta por la que se hizo pasar la noche que la conoció. Era una mujer apasionada, se lo había demostrado. Hermosa, valiente y fiel a sus propios principios, fueran cuales fuesen. Y le hacía hervir por dentro, hasta pensar en pasar buenos ratos con ella.

Si miraba a Brianna, pensaba en sexo. Sudor entre las sábanas. Intercambio de fluidos, gritos de pasión y susurros llenos de lujuria.

Por la gloria de Dios... La dejó en el suelo con una oscura maldición y señaló la entrada de la casa ignorando el momento que ambos acababan de compartir.

Ambos, sí, porque el rubor de ella le decía que el hormigueo que sentía en sus manos por haberla tocado también la asediaba cuando asintió sin más, para seguirlo a través del pequeño porche hasta una sala mucho más pequeña que las de la casa grande, pero mucho más acogedora.

Su expresión cambió en cuestión de segundos. Aquella boca permaneció abierta, pero esta vez por una grata sorpresa, mientras ella inspeccionaba todo lo que la rodeaba. Los enormes ventanales que dotaban a la estancia de luz natural a raudales, los dos pequeños sofás que parecían nuevos, sin estrenar, la pequeña chimenea que adornaba una de las paredes, decoradas con motivos florales, y el piano de cola apostado en un rincón, como si alguien quisiera

ocultarlo sin conseguirlo.

—Es precioso —murmuró ensimismada, dando una vuelta sobre sí misma para terminar mirándolo a él—. ¿A quién pertenece?

—A mí. Pero ha permanecido cinco años cerrada, y seguramente siga así al menos otros tantos.

—Señor Miller, si hay algo que he aprendido de usted en el poco tiempo que llevo aquí, es que intenta sacar a todo la mayor rentabilidad posible. No me cabe en la cabeza que haya empleado tiempo, esfuerzo y dinero en construir esta maravilla, rodeada de un paraíso semejante, para nada.

—La casa fue construida para mi esposa, para Kenneth y para mí. — Maldición. Incluso en aquellas circunstancias, cuando no sabía muy bien por qué permanecían allí, ella había conseguido que todo su agarrotamiento desapareciera para sustituirlo por una extraña sensación que se acercaba mucho a la complacencia—. Lo bastante cerca de la casa grande y lo bastante lejos como para tener intimidad.

Pero las cosas se habían torcido, para siempre. Wyatt desvió sus ojos hacia la ventana; Kenneth se acercaba a la laguna y depositaba aquel sapo repugnante en ella. A continuación, su atención se centró en el piano. Tenía sus manos sobre las teclas blancas y negras. Las cubría, pero no las tocaba.

—¿Y el piano?

—Igual de olvidado que el resto.

Su voz sonó tirante, seca. Como si estuviera dándole otra orden. Se arrepintió de haberse acercado con ella hasta allí, porque en realidad había sido él quien quería visitarla, quitar las sábanas que cubrían el resto de los muebles y hacer uso de ellos. Trasladarse allí con Kenneth, aceptar la oferta de Ed y empezar a vivir de nuevo. Desenterrar su cuerpo al mismo tiempo que su corazón y aquella parte de su alma que aún no había rescatado.

Sin embargo, solo estaba allí parado, frente a Brianna, con la mirada perdida... hasta que la clavó en el cordón que desaparecía entre sus pechos y sintió que nuevamente la boca se le secaba.

Se olvidó de las teclas frías que descansaban bajo su mano y se acercó a ella.

—¿Por qué? —Oyó que le preguntaba—. ¿Por qué me lo cuenta, cuando hace un momento se ha mostrado en su despacho como un auténtico tirano conmigo?

—En su día yo tocaba el piano, bailaba y disfrutaba como cualquier hombre. Me pareció una información necesaria para que no tuviera una idea

equivocada de mí, y justa si tenemos en cuenta que yo quiero algo a cambio.

—¿Algo como qué?

—Más información. —Estaba tan cerca de ella que solo tuvo que levantar las manos para enlazar el cordón de cuero con los dedos. A un ligero tirón, el saquito emergió.

Brianna lo miró con los ojos muy abiertos, incapaz de respirar siquiera. Él sostenía el saquito con aparente interés, pero sus ojos no se apartaban de sus pechos. La intensidad con la que parecía incrustarse en ellos era cruda, desposeída de artificios. Mostraba deseo, y él no se molestaba en ocultarlo. Tampoco se retiraba ni hacía nada por alentarlo. Solo esperaba.

—Un adorno muy poco apropiado para el lugar donde lo lleva, ¿no le parece? —murmuró tan cerca que el aliento le calentó la piel.

—Todo lo contrario, señor. Me lo regaló una amiga a la que siempre tendré en mi corazón. Contiene hojas secas de triostio. Son buenas contra determinadas enfermedades.

La mano se movió imperceptiblemente hasta rozar una porción muy pequeña de piel, pero suficiente para advertir un cambio drástico en ella. Sus pupilas se dilataron por el miedo. Otra vez. Como la noche anterior, justo antes de recibir la bofetada que le devolvió el sentido común.

¿Por qué? Quiso preguntárselo. Lo admitiera o no, le molestaba que le demostrara ese temor irracional cuando, por otro lado, había aceptado trabajar para él en su propia casa. Sin embargo, prefirió guardar silencio en ese aspecto. Aquella actitud solo corroboraba sus sospechas: Brianna Fallon era mucho más de lo que aparentaba.

—Ahora es usted quien me sorprende, señorita —apostilló, retirando la mano antes de provocar en ella una reacción más violenta. Automáticamente, su bonito rostro se relajó—. No me diga que, además de una fuente inagotable de conocimientos acerca de ciertas materias, irlandesa y sirvienta de sí misma, es también curandera.

—No, pero sé llevar un sarcasmo tras otro a las mil maravillas, señor Miller. Ya lo comprobará.

Contenía su miedo para responderle. Si la situación no fuera tan seria, se hubiera reído.

—Puede estar tranquila. Todavía tengo en cuenta su advertencia de anoche. Me cortaré una mano antes de volver a tocarla sin su consentimiento —murmuró, al mismo tiempo que Ken entraba como un vendaval en la estancia, haciendo que se apartara de ella.

—¡Ya está! —chilló—. Dinky ha vuelto a su casa.

—Entonces ya no tenemos nada que hacer aquí. Prosigamos.

—¿A dónde vamos ahora?

—Al aserradero.

Esta vez no le ofreció su ayuda para montar. Ni siquiera la miró cuando reanudaron el camino, pero Brianna, por extraño que pareciera, se sintió reconfortada.

* * *

—Vaya, no esperaba su visita, Brianna —saludó Cole, con una de sus espectaculares sonrisas—. No pensé que Wyatt fuera tan... benevolente.

El aludido se había ido en cuanto pisaron el aserradero con un murmullo de disculpa.

—Hemos aclarado ciertos malentendidos antes de empezar un paseo por Red Oaks para que pueda conocer el medio en el que me moveré a partir de ahora —replicó, aceptando el brazo que Cole le ofrecía—. Tenía muchas ganas de estar a solas con usted.

—No me diga eso o empezaré a concebir esperanzas.

Le lanzó una mirada penetrante que la dejó completamente desconcertada, pero decidió aceptar el comentario con una risa antes de observar con más atención la explanada que los rodeaba, creada en medio de un tupido bosque de robles. Una veintena de esclavos trabajaban con una organización tan perfecta que se sorprendió cuando un hombre robusto y relativamente joven se acercó a ellos.

—Le presento a Elroy, el encargado de que todo esto funcione. Elroy, la señorita Brianna se encargará de la educación de Ken, ¿verdad, muchacho?

—Sí. A padre le gusta.

—Más te vale, chico. De lo contrario, te quedarás sin ella antes de que parpadees —afirmó en tono jovial, aunque su ceño fruncido se dirigió a su hermano mayor, que ayudaba a dos esclavos a cargar un enorme tronco sobre una plataforma que apuntaba hacia el riachuelo cercano. A una llamada suya, Elroy se unió a ellos—. Mi hermano disfrutaba con la medicina tanto como ahora lo hace aquí. Pretende que el curso del riachuelo lleve los troncos hasta la desembocadura del río de forma natural. Así, los esclavos y las mulas no trabajarán tanto ni notarán los efectos del sol y el calor.

—El señor Miller y su estricto sentido práctico.

—Veo que empieza a conocerlo. Venga conmigo. ¿Ya ha visto lo demás?

—Padre se lo ha enseñado —intervino Ken—. Venimos de la casa de la laguna. Él le explicó que íbamos a irnos a vivir allí con madre, antes de que pasara lo que pasó.

—¡Kenneth Miller, es de muy mala educación espiar conversaciones ajenas! —lo reprendió Brianna con una mirada severa que no pareció afectarle, puesto que se limitó a encogerse de hombros—. Y usted debería dar ejemplo en vez de sonsacarle con tanto descaro.

—Tiene razón, perdóneme —se excusó Cole—. Chico, aprende su primera lección: prohibido escuchar detrás de las puertas.

—Llamé, pero no me respondieron, así que entré.

—La próxima vez hazlo más fuerte, ¿de acuerdo?

—Sí, tío Cole.

—Asunto concluido. ¿Continuamos?

Lo acompañó entre las mulas que arrastraban los troncos, pero se detuvo al escuchar una risotada. Cuando se volvió, vio a Wyatt palmeando la espalda de Elroy como si de un igual se tratase. Era un igual, se recordó. Para él, al menos. Y comprobar que sus palabras habían sido ciertas en su totalidad le causó una extraña y reconfortante sensación que se acrecentó al verlo con más detalle. Sus ojos chisporroteaban, parecían haber revivido después de verlo en aquella preciosa casa. Brianna contuvo el aliento cuando él se apartó de Elroy y, con un cubo en la mano, se acercó al riachuelo para llenarlo. A continuación, se lo echó por encima y sacudió la cabeza. Así, con el pelo empapado, la camisa pegada al torso como si fuera una segunda piel y esa relajación que solo podía provenir del alivio, a Brianna se le antojó un enorme puma satisfecho. Oscuro, primitivo, salvaje y con una fuerza tan atrayente como contenida, esperando a que alguien la liberara.

—Queenie me habló de su esposa —dijo sin tapujos, señalando a Wyatt con un gesto de cabeza—. Dijo algo acerca de un fuego...

—No soy yo quien debe responder a eso. Solo le diré que él siempre ha encontrado algo que sustituya a su pena. —Pero los chisporroteantes ojos de Cole se habían apagado—. Ahora los sabotajes tienen toda su atención.

—¿Sabotajes?

—Ken, ¿por qué no vas con Elroy? Creo que tiene una sorpresa para ti.

—¡Bien!

Los ojos del niño se iluminaron cuando se marchó. Brianna no pudo evitar una sonrisa.

—Es un niño encantador —comentó.

—Y no quiero que escuche lo que voy a decirle. De lo contrario, tendrá pesadillas durante una semana. —Cole se detuvo frente a ella—. Los sabotajes empezaron hace cosa de un mes. Al principio se reducía a una cuerda cortada con un cuchillo parcialmente, de forma que se rompiera al soportar el peso de un tronco. Después, el tema fue un poco más allá y llegó a los pinchos de metal debajo de las cinchas que sujetan las mulas y que se clavaban en su carne cuando tiraban de la carga. Afortunadamente, no tenemos que lamentar pérdidas humanas. De lo contrario, se pondría como loco. Los ingresos que obtiene aquí van destinados a... ¡Cuidado!

Todo ocurrió muy deprisa. Cole la empujó y ambos cayeron al suelo. Un disparo resonó en la explanada, seguido por su propio grito al quitarse a Cole de encima.

No supo cómo, pero vio sus manos empapadas en sangre y el corazón se le detuvo...

—¡Maldita seas por siempre! ¿Qué has hecho? ¡Te mataré en cuanto te ponga una mano encima! ¡Acabaré contigo y con el mal que arrastras!

Siguió escuchando los gritos de dolor, de rabia dirigidos a ella. Vio aquella masa sanguinolenta sin ser capaz de distinguir las partes que la componían y sintió asco, repugnancia, un rechazo incommensurable hacia aquel ser que alzaba sus garras con toda la intención de matarla y hacia ella misma por permitírselo.

Entonces reaccionó. Y corrió lejos, muy lejos. Sin mirar atrás.

—¡Señorita Fallon! ¡Brianna!

Wyatt tuvo que repetir su nombre dos veces para que regresara a la realidad. Cuando consiguió desviar la atención de sus manos, se dio cuenta de que, a su lado, Cole no se movía.

Estaba inconsciente o muerto. Ken no se apartaba del lado de Elroy, mientras el señor Miller corría hacia ellos y volvía a inclinarla hacia el suelo.

—¡Maldita sea, cúbrase! ¡El siguiente disparo puede alcanzarla a usted!

Brianna solo reaccionó cuando lo vio arrastrar el cuerpo de Cole tras un enorme tronco derribado para esconderse. Lo siguió. Permanecieron juntos, en silencio, esperando, hasta que el tiempo les dijo que no habría más disparos. Solo entonces Wyatt se sacó la camisa de entre los pantalones, arrancó un trozo de tela y lo colocó sobre la herida de su hermano a modo de tapón.

—Necesita un médico... —murmuró.

—¡Lo tiene delante!

—¡Un médico que no sea yo, por todos los demonios! —aulló, con tanta rabia y desesperación que Brianna no se atrevió a contradecirle. Sin más, cogió la mano de ella y la colocó sobre la tela empapada en sangre—. Apriete. ¡Con fuerza! ¡Ahora mismo vuelvo!

Después, se apartó con el rostro desencajado por el miedo, en medio de su completo estupor.

¿No iba a atender a su hermano? La certeza la dejó fría. Anclada al cuerpo de Cole, vio impotente cómo uno de los carros que transportaban troncos fue despejado de inmediato para depositarlo en él. Wyatt aferró el hombro de Elroy cuando este dejó a Ken.

—¡Ve a buscar al doctor Pemberton enseguida! —tronó. A continuación, y ayudado por dos esclavos, colocó a Cole en la carreta y aupó a Ken junto a él—. Señorita Fallon, necesito que los acompañe y que explique a mi madre lo ocurrido.

—Pero ¿y usted? ¿Qué va a hacer?

Le dedicó una mirada interminable, al mismo tiempo que levantaba la mano en dirección a un mechón rebelde de su cabello. Por un instante, Brianna pensó que volvería a tocarla, pero dejó caer la mano y, con un gesto salvaje, señaló hacia la espesura del bosque.

—Atrapar al malnacido que ha hecho esto —siseó cogiendo su rifle, antes de alejarse de ellos.



Doce

—Brianna...

La voz ronca, agotada, la obligó a ponerse recta en la silla sobre la que se había quedado dormida. Brianna parpadeó, todavía demasiado aturdida como para darse cuenta de dónde se hallaba y con quién. Ralentizó su respiración y se mesó el cabello enmarañado. El doctor Pemberton no tardaría en llegar para examinar el estado de Cole. Eduard era un hombre gentil y amable, cuya eficacia había salvado la vida de Cole.

Un trabajo que correspondía a Wyatt.

—Brianna... ¿Y... mi... hermano?

Cole acababa de despertar, pero parecía tan débil como un pajarillo. Brianna se forzó a sonreír y se levantó para ofrecerle un vaso de agua.

—Ha estado aquí hace un momento —mintió.

Virginia y ella se habían turnado, desechando los servicios de Queenie en su propio perjuicio. Una de ellas siempre estaba con Cole cuando, cada mañana, el doctor Pemberton acudía a hacerle las curas hasta que su estado mejorara lo suficiente como para que cualquiera de ellas pudiera sustituirlo.

Hacía ocho noches que no dormía en su cama, y en cuanto Ken se levantaba, se encargaba de él y de sus clases como si hubiera descansado de un tirón.

Le sujetó la nuca para que bebiera y le ahuecó la almohada cuando lo ayudó a incorporarse.

—Ahora mismo le pediré a la cocinera que le prepare un caldo. La fiebre ha sido muy alta y está demasiado débil para moverse todavía, pero necesita uno de sus platos reconstituyentes.

—Me parece que tengo el reconstituyente que necesito delante de mí. —A pesar de su aspecto calamitoso, Cole se esforzó por sonreír cuando vio cómo las mejillas de Brianna se coloreaban de rojo—. De hecho, creo que podría acostumbrarme a despertarme así, con usted cerca. Quiero agradecerle sus

cuidados.

—Soy yo la que tiene que agradecer su rapidez. De no ser por ella, estaría en su lugar —confesó Brianna, mirando hacia la ventana para evitar que él viera más de lo deseable en su expresión.

—Vi el reflejo del sol en el arma de casualidad y reaccioné. No se mortifique, ¿quiere? —añadió con la mandíbula repentinamente dura—. Me siento... mareado.

—¿Necesita algo más? Pídame.

—Qué oferta tan tentadora... —Aprovechando que Brianna se inclinó, Cole se agarró a su brazo para apoyarse en él y así poder incorporarse un poco más, hasta que sus ojos estuvieron a escasos centímetros de distancia—. Necesito pasar más tiempo con usted, Brianna. Necesito conocerla y que usted pueda conocer de mí aquello que desee. Necesito entender por qué me intriga tanto que logra mantener mi interés donde ninguna antes lo había logrado. Si soy demasiado directo, por favor, dígame. —Calló y apretó los dientes, preparándose para una negativa airada e incluso violenta, pero ella estaba tan sorprendida que solo atinaba a abrir y cerrar la boca sin conseguir que saliera un solo sonido, así que decidió aprovechar aquella inesperada ventaja—. Me consta que actuó en el aserradero mucho mejor que otros.

—Solo hice lo que creí oportuno.

—Suficiente para darle las gracias por poder mantener el hombro y el brazo en su sitio. —Para corroborarlo movió ambas partes a un tiempo y terminó gruñendo de dolor—. Maldita sea...

—Me temo que la herida se ha abierto.

—¿La del hombro o la del corazón?

Brianna suspiró. Estaba claro que Cole intentaba cortejarla, poniendo a prueba su resistencia con ese encanto natural al que, de no existir el señor Miller, sucumbiría sin remedio.

Pero Wyatt existía. Y a su lado, cualquier otro hombre le parecía insignificante, aunque el que tenía delante poseía un enorme corazón al que no quería dañar para nada.

—Cole, es usted un hombre extraordinario, pero quizá... —Carraspeó, incómoda. De pronto, no era capaz de mostrarse directa y sincera con él sin que los remordimientos la asediaran—. Es decir, yo...

—No diga nada, ¿quiere? —Lo vio sonreír, pero pudo apreciar la decepción en sus vivarachos ojos—. Solo permítame ser su acompañante en las ocasiones que usted elija o le apetezca. Cuando usted decida, Brianna, y en

calidad de lo que usted quiera. Me conformo con bien poco, como puede ver.

—No creas que por haberte librado de la fiebre estás en plenitud de facultades, hijo. Según Wyatt, la herida tardará en curar.

Brianna se incorporó de golpe para dar la bienvenida a la señora Virginia y a Eduard, que irrumpían en ese bendito momento, disimulando la impresión por lo que acababa de oír.

—No nos mire así, señorita Fallon —dijo Eduard, mientras abría su maletín y desperdigaba los instrumentos sobre la cama para usarlos con Cole—. En realidad, Wyatt es un ser con alma, aunque no lo parezca. Según tengo entendido, ha aparecido por aquí algún que otro rato.

—Eso creo, aunque no he tenido el placer de verlo. —Virginia cambió su expresión afable por otra severa. Estaba claro que la conducta de su hijo mayor distaba mucho de agradarle, aunque recibió la mejoría de Cole con un gesto maternal al tocar su frente fría—. Gracias a Dios, hijo... Ha sido Brianna quien ha cuidado de ti durante las noches.

—Intentaba agradecérselo, madre. Pero me ha interrumpido.

—El doctor ha venido más pronto de lo habitual y se ha traído a Roxanne, que está con Wyatt y Ken en su despacho. Tienes unas horas para descansar, querida —sugirió Virginia.

—Lo haré. Si me disculpan...

Ni siquiera la inesperada declaración de intenciones de Cole le había sorprendido tanto como lo que acababa de escuchar.

¡Wyatt Miller había visitado a su hermano!

La idea de sentirse observada por aquel par de ojos casi sobrenaturales le produjo un extraño cosquilleo en las entrañas. Wyatt se mostraba impecablemente cortés, pero distante. Irritantemente inescrutable. Le resultaba difícil pensar en él como en el hombre que había logrado tocarla durante unos instantes, besándola con tanta ternura, con tanta pasión que ni siquiera había tenido necesidad de sentirse intimidada.

Brianna suspiró. A esas alturas era inútil negar que se sentía atraída por el magnetismo oscuro que parecía envolverlo, pero había llegado la hora de decirle a la cara lo que opinaba de su comportamiento. ¡Al diablo con las buenas costumbres y la buena educación!

Entró en el despacho, pero Ken corrió a esconderse detrás de ella entre sollozos en cuanto la vio.

—¡Ken! —exclamó—. ¿Qué ocurre?

—¡Ella es mala! ¡Mala!

—¡Tú, pequeño demonio, espera a que te ponga las manos encima!

Una mujer fuera de sí dio un paso en su dirección, pero se vio interceptada por el señor Miller antes de que Brianna, instintivamente, lograra proteger al pequeño.

Se fijó en él, en su semblante oscurecido por la ira, en el color turbio de sus ojos y en su aspecto desaliñado, que hablaba de un agotamiento similar al suyo.

—Querida, tranquilízate. Para castigar a Kenneth, me basto y me sobro yo.

—¡Pero he sido yo quien lo ha sufrido! ¡Este mocoso puso una rana repugnante en mi bebida!

—¡Y responderá por ello! —Así que una rana... Brianna se tragó la sonrisa inicial al ver el vaso volcado sobre la alfombra cuando Wyatt pasó su mirada asesina de Ken a ella—. Señorita Fallon, espero que esta interrupción sea por algo muy importante.

—Ken está tan asustado que podría desmayarse delante de usted. Pero no se daría cuenta.

—¡Por el amor de Dios, Wyatt! ¿Quién es esta mujer para que le permitas hablarte de ese modo?

—Brianna Fallon, la nueva institutriz de Kenneth. Ella es Roxanne Pemberton, hermana del doctor.

Brianna ocultó su sorpresa y respondió al examen exhaustivo y desdeñoso del que era objeto con otro en las mismas condiciones. Roxanne la miraba como quien se apiada de un insecto antes de pisotearlo, pero aun soberbia, con la cara incendiada de rabia y el peinado descolocado, era hermosa. Mucho más que ella, se dijo, sin preguntarse el porqué de aquella comparación.

—¡Señorita, tiene usted un trabajo muy difícil por delante! —La escuchó cloquear con indignación—. ¡Le aconsejo que no pierda los papeles hasta el punto de proteger las trastadas de este... este...!

—Por lo visto, no soy la única que los ha perdido. Encantada de conocerla, señorita Pemberton.

—¡Lamentablemente, no podré decir lo mismo mientras siga teniendo a ese mocoso tras sus faldas!

—¡Roxanne!

El grito de Wyatt no amilanó a Ken. Con valentía, salió de su escondite y encaró a la enfurecida joven que lo miraba.

—¡Eres una bruja que quiere cazar a mi padre por dinero! —La cara de Roxanne se puso lívida y Wyatt lanzó un lamento antes de taparse la cara. Era evidente para todos que el niño había oído antes esas palabras, pero nadie fue capaz de detenerlo—. ¡Nunca serás mi madre! ¡Nunca!

—¡Kenneth Miller, discúlpate ahora mismo!

Brianna extendió la mano con la intención de apartar al pequeño, pero Wyatt le lanzó una mirada concluyente que la detuvo.

—¡No! —chilló el niño, frunciendo el ceño tal y como él lo hacía casi constantemente—. ¡Es la verdad! ¡Usted siempre me dice que no se puede mentir, mucho menos a una dama!

—Por la gloria de Dios... ¡Vete a tu cuarto! ¡Y no salgas de él hasta que yo lo diga!

Kenneth se marchó corriendo entre un mar de lágrimas que despertó la lástima y la indignación de Brianna a partes iguales.

—¡Señor Miller, no puede tratarlo así! —exclamó—. ¡Es su hijo! ¡Debería hablar con él!

Wyatt palideció. Por un momento, solo se oyó su respiración acelerada mientras se acercaba a ella.

—Querida, creo que he oído a tu hermano —comentó, refiriéndose a Roxanne pero mirando a Brianna—. Seguro que ha terminado.

—¡¿Qué?! ¡¿Cómo?! ¡Eso es...!

—Una invitación a que te vayas, sí. Quiero estar a solas con la señorita Fallon.

—¡He venido expresamente a saber cómo está Cole! ¡A verte!

—Del estado de mi hermano te informará el tuyo, y a mí ya me has visto. Visita concluida.

Si la situación no fuera tan tirante, Brianna habría estallado en carcajadas ante tamaña desconsideración. Pero estaba en juego mucho más que su orgullo: era un silencioso pulso el que mantenían, que no cedió cuando Roxanne resopló antes de marcharse.

—¡Sé que te arrepentirás, así que esperaré tus disculpas!

Wyatt no se alteró ni siquiera cuando oyó el portazo. Solo permaneció con los ojos clavados en los suyos, con una mirada tan profunda y vehemente que consiguió mantenerla inmóvil en el suelo aun después de darse cuenta de que estaban solos. Sabía que debía seguir los pasos de la señorita Pemberton aunque solo fuera para desairarlo. ¡Y al infierno si era despedida! Su indignación todavía la hacía temblar, mezclada con una tensión de origen

desconocido que no podía controlar.

—Eso ha sido... soez, desconsiderado y...

—Merecido. Cole ha estado en cama demasiados días como para servir de excusa a una mujer como Roxanne. En realidad, no ha podido más con la curiosidad que le ha suscitado su presencia en esta casa y por eso ha venido hoy.

—¿Yo?

Wyatt la invitó a sentarse con un gesto que denotaba su total tranquilidad.

—Una empleada blanca, mujer y del norte en estas tierras es una noticia muy jugosa para ciertas personas, créame —replicó, imitándola cuando ella aceptó la invitación—. Por otro lado, el comportamiento de Kenneth merece un castigo por mucho que haya dicho una verdad tras otra, y es lo que tendrá.

—¿Por qué se molesta en explicármelo?

—Porque si no, no me contará cómo está Cole.

—Vaya a comprobarlo usted mismo. Después de todo, no sería la primera vez —soltó sin poder evitarlo—. De ese modo, además, aceptará su responsabilidad en lo ocurrido.

Se levantó dispuesta a marcharse, pero él fue más rápido y logró atraparle la mano en la superficie de la mesa antes de que ella diera un solo paso en dirección a la puerta.

Sus rostros quedaron tan cerca que pudo leer a la perfección el dolor en sus pupilas. La pena, incluso ese agotamiento del que hablaba el resto de su cuerpo, con una claridad impresionante.

—Señorita, he pasado por un infierno que ha durado el mismo tiempo que la convalecencia de mi hermano, y que todavía no ha terminado —empezó a decir, con voz ronca y queda—. Están ocurriendo muchas cosas en Red Oaks y no tengo control sobre casi ninguna.

—¿Se refiere a los sabotajes? —Wyatt levantó una ceja con interés y ella se encogió de hombros—. Cole me lo contó.

—Cole. Vaya. Qué familiaridad —añadió, fingiendo una indiferencia que no sentía al escucharla hablar así de su hermano—. No voy a darle más detalles, pero si a eso le añadimos todo lo sucedido en los últimos días, comprenderá que haya dado la impresión de parecer indiferente en las raras ocasiones en las que hemos coincidido.

—Muy raras.

—¿Noto cierto tono de reproche o son imaginaciones mías? —preguntó con una ceja levantada. Brianna maldijo en silencio su flaqueza, pero aquel

hombre tenía la extraña facultad de dejar todas sus emociones al descubierto como si estuvieran en carne viva—. La persona que disparó tiene tantas posibilidades de permanecer en Red Oaks como de lo contrario, así que Grady y sus hombres han redoblado la vigilancia. Tanto usted como el niño permanecerán dentro de los límites de la propiedad y acompañados. No necesitamos más heridos, pero si algo puedo afirmar con conocimiento de causa, es que yo no tengo ninguna responsabilidad en lo que ha ocurrido.

—Cole estaba inconsciente, ¡y usted, siendo médico, no hizo nada! ¡Nada!

—Así que se trata de eso...

Wyatt apretó los dientes, contrariado consigo mismo. No se cansaba de mirarla. Por primera vez desde que irrumpió en el despacho, examinó su aspecto. Las curvas de su cuerpo que, gracias a las modificaciones de Queenie y Sam en su vestuario, eran más patentes a través de escotes de vértigo que se le grababan en la mente a fuego. Aquella mañana parecían resaltar más. Sus rizos castaños aparecían revueltos, fuera de lo que quedaba de un buen peinado, pero le daban un aspecto más salvaje y fogoso. Igual que el brillo combativo de aquellos ojos que le devolvían la mirada con el mismo desafío. Estaba agotada, con las mejillas pálidas y profundas ojeras, pero seguía conservando su belleza y una angustia que lo enfureció. Verla tan desesperada por la situación de Cole le produjo un ridículo ataque de celos que atajó hundiendo la nariz entre la montaña de papeles que esperaban su atención.

—Veo que mi hermano le ha calado hondo. No se preocupe —afirmó—. Estará perfectamente atendido por Eduard. Y ahora, si me disculpa, tengo asuntos que atender.

—No le disculpo.

—¿Cómo dice?

—Que no le disculpo. —Brianna contuvo la respiración cuando él rodeó la mesa con el ceño fruncido, como si le estuviera hablando en un idioma desconocido, y se colocó tan cerca que pudo notar la calidez de su aliento en la punta de la nariz—. Vine aquí por una razón.

—Ilumíneme.

—Quería decirle que es usted un cobarde, señor Miller. Ahora sí, he terminado.

Se giró con toda la intención de irse, pero Wyatt la alcanzó antes de que llegara a la puerta y la sujetó por el brazo, con tanto ímpetu que terminó pegada a un pecho de tal envergadura que la hizo sentir insignificante. La

sensación se extendió como la pólvora por sus venas cuando se vio atrapada en la mirada profunda y dolida de aquellos ojos turbios, consiguiendo que no se moviera del sitio. Ni siquiera pensó en soltarse.

—No tan deprisa, Ojos de Gata. No piense ni por un segundo que puede insultarme como le viene en gana y después largarse como si tal cosa. Todo hombre tiene su orgullo.

—Y su honor. En cambio, usted ha debido perder ambas cosas en algún tramo de su vida.

—El honor es instintivo. Nadie puede dártelo o quitártelo. Es algo que se enseña uno mismo.

El suyo había terminado maltrecho por culpa de una mujer muerta, mientras deseaba a otra. Sus pupilas dilatadas se quedaron fijas en la boca que Brianna no movió, hasta que ella sintió un cosquilleo cálido e incómodo que la hizo ser consciente del deseo concentrado en esa mirada, casi con tanta nitidez como del calor que irradiaba aquel cuerpo de semejantes proporciones.

—No espere que pueda verlo con otros ojos —siseó, tirando del brazo para recuperarlo.

Con una expresión desconcertantemente tierna, Wyatt sujetó su mentón con los dedos para mantener la mirada incrustada en la suya, como si ambas fueran una. Brianna notó todo un mundo de sensaciones a través de ese contacto. Miedo, dolor, furia, pero también soberbia.

—Solo espero que no se encargue de todas las desgracias de Red Oaks —murmuró, antes de soltarla.

—Me ocupo de las desgracias que me tomo como personales, señor Miller.

—Bien. Ya me ha quedado claro que mi hermano es para usted un asunto personal. Él estará contento, téngalo por seguro. —Y le resultaba tan difícil de digerir que, antes de demostrarle lo personal que podría ser ella para él, le dio la espalda y regresó a su mesa—. Ahora, por favor, váyase a descansar. Se lo he pedido educadamente, pero no olvide que puedo ordenárselo.

—¿Es consciente de que me ha dado razones suficientes para marcharme de aquí?

—Igual de consciente que usted al no hacerlo.

—Yo no soy su enemiga, señor Miller —afirmó, sin poder evitar tomar asiento de nuevo—. Y Ken tampoco. Quizá cuando lo comprenda, pueda llegar a tratarlo como se merece y él no tenga que recurrir a esas travesuras para llamar su atención.

Eran palabras duras, pero dichas con un tono conciliador que no le pasó por alto.

Con un gruñido, Wyatt dio un manotazo a los papeles y se inclinó sobre la superficie de la mesa, hasta que sus ojos casi estuvieron a la par.

—¡Míreme! —gritó—. ¿Me ha visto bien?

—Casi tan bien como usted a mí.

—Me alegro. —Se inclinó un poco más hacia ella, hasta que su aliento le calentó una parte muy pequeña de su corazón—. Porque entonces habrá comprendido que daría mi vida por Kenneth. Sin dudarlo. Ahora, váyase. A descansar, a consolarlo, a pasar con él su castigo... A lo que estime conveniente, siempre que no sea a juzgar sin conocer primero.



Trece

Acababa de descubrir que sentía hasta el punto de vibrar desconcertado, recriminándose precisamente la existencia de ese sentimiento.

Que la intriga era una emoción casi tan fuerte como el deseo salvaje, imposible de dominar, o las ganas de responder al desafío de cierta mujercita con cada partícula de su cuerpo.

A Cathy la había amado con toda su alma y ella había instalado en su pecho un corazón muerto. Pero Brianna se abría paso a empujones en aquel muro que con tanto cuidado él había construido y había conseguido que ese corazón le latiera en el pecho, en el cuello, entre las piernas, como si lo hubiera acariciado justamente ahí. ¡Maldición! Su belleza era más refinada que la del resto de las mujeres, pero le atraía tanto que le había costado la misma vida no someterla a base de besos.

Gruñó. Debería controlar ese deseo porque ella no era para él, como tampoco él era para ella.

—Si no te conociera, diría que lo haces adrede.

Wyatt resopló cuando vio a Eduard en su despacho.

—¿Tanto se ha oído? —preguntó, frotándose el tabique de la nariz.

—Hummm... Creo que mis esclavos han tenido que taparse los oídos por tus gritos.

—Está visto que hoy no podré concentrarme en lo que me propongo. ¿Qué es lo que hago adrede?

—Enfadar a todas las muchachas del estado de Georgia en un tiempo escandalosamente corto.

¿Enfadarla? ¡Él era el enfurecido! Y le sobraban las razones.

Cole le había dejado claras sus intenciones. No podía inmiscuirse, por mucho que le excitara el solo hecho de olerla o de percibirla. Debía permanecer al margen, aunque deseara adentrarse de nuevo en aquella boca suave, cálida y acogedora para perder el sentido y dejarse llevar. Estaba

seguro de que sería correspondido en la misma medida. Lo había visto en sus reacciones, en esa fogosidad encubierta que le llegaba como maná caído del cielo...

—Ella es irlandesa —aclaró, encendiendo un cigarro para calmar un nuevo ataque de frustración.

—Vaya —repitió Eduard con un silbido—. Te gustan los retos. Eso está bien, teniendo en cuenta que se trata de una mujer con un carácter tan especial que ha llamado tu atención hasta el punto de desviarla de otras cosas importantes.

—¿Cómo cuáles?

—Hablo mejor cuando me refresco la garganta. Creo que me lo merezco.

Se merecía otras cosas por metomentodo, aunque Wyatt terminó por servirle una copa. Estuvo a punto de servirse otra para él, pero el recuerdo de Brianna lo detuvo. Maldición...

—Esa muchacha y tu madre se han ocupado de él al completo, según tengo entendido.

—No te lo voy a negar. Pero también sabes el porqué.

—¿No crees que ya va siendo hora de que te comportes como lo que en realidad eres? Si emplearas en un enfermo esa concentración con la que la miras, serías el mejor médico de los estados confederados, Wyatt.

No, sería el peor. Porque no podría pensar en otra cosa que no fuera llevársela a la cama para descubrir, con muchas menos prisas y mucha más dedicación, aquello que había empezado a vislumbrar bajo el camisón.

—Me contradice constantemente, sin importarle que esté trabajando para mí —rezongó.

—Por eso te gusta.

—¡Tendría que estar loco para que me gustara una mujer así!

—A lo mejor has enloquecido, pero esa mujer te atrae. ¿Por qué no se lo dices?

—Cole está interesado en ella —afirmó, esperando convencerse a sí mismo también.

—No me digas que por eso debo atenderlo en tu lugar...

—No hay mujer que me atraiga lo suficiente como para dejar a mi hermano en un segundo plano.

—Entonces, ¿por qué lo descuidas?

Acababa de sentarse, pero volvió a levantarse al escuchar en voz alta los dictados de su propia conciencia. Ni siquiera fue capaz de mirar a su amigo

cuando se giró hacia el fuego.

—Yo no descuido a Cole, pero tengo muchos más asuntos que atender — se excusó—. El aserradero, el campo, las cuentas...

—Lo cierto es que tienes demasiado miedo para mirar dentro de ti y terminar con la causa que lo provoca. Te gustaría acompañarme en el consultorio como socio igualitario y médico. Deseas a esa mujer que acaba de irse por la puerta, hasta el punto de estar pensando ahora mismo en la manera de apaciguar el enfado que tú mismo has provocado, cuando ahí fuera tienes a otra tan enfadada como la primera, aunque por motivos bien distintos, que me está esperando.

Wyatt se giró, dispuesto a rebatir cada una de las acusaciones de su amigo, pero enmudeció ante la última, porque llevaba tanta verdad como las anteriores. Roxanne tenía de honesta lo mismo que Brianna de cobarde, pero no se había merecido ese trato por su parte.

—Perdóname por lo que ha ocurrido con tu hermana —dijo, derrumbándose de nuevo sobre la silla—. Llevo muchos días sin descansar, vigilando cada rincón a ciegas porque no sé a qué me enfrento. Nunca había habido un ataque tan fulminante, certero e imprevisto en Red Oaks. Ni siquiera sé si podrá repetirse o de dónde vendrá.

—¿Te has planteado la posibilidad de que fuera dirigido a ti? Tus ideas acerca de la esclavitud no son ningún secreto y varios estados del sur han proclamado sus ansias de independencia para conformar un país por sí mismos. Uno donde nuestro modo de vida esté protegido y prevalezca. Tú eres el dueño de una de las plantaciones más importantes de Atlanta. No eres imprescindible, pero sí lo suficientemente famoso como para representar una urticaria para más de uno.

—Se me hace difícil pensar que pueda ser tan molesto para alguien que quiera quitarme de en medio. —Pero contuvo un escalofrío de culpabilidad al pensarlo. Si era así, Cole había pagado por él y Brianna había estado a punto de hacerlo. La idea le retorció las entrañas—. Lo que está claro es que no paso por mi mejor momento, ni siquiera para alguien como tu hermana.

—Te he visto en situaciones peores, amigo mío —rio Eduard—. Y Roxanne se empeñó en venir con la excusa de Cole, aunque en realidad era a ti a quien quería ver.

—Sí, terminó por decírmelo sin rodeos antes de que Kenneth colara una rana en el vaso de limonada que estuvo a punto de beber. De hecho, si yo no la hubiera visto, creo que se la habría tragado. —Al recordarlo, se frotó la cara

con las manos en un intento ridículo de hacer que la vergüenza se fuera—. No sé qué le pasa últimamente, pero espero que la presencia de la señorita Fallon ayude con eso.

—Me parece que ayudará con más, aunque «eso», como lo llamas, deberás arreglarlo tú, me temo. Yo me ocuparé de mi hermana. No tienes que disculparte. Conoces nuestra situación y sus intenciones, aunque en su favor he de decir que le gustas de verdad. ¿Serás capaz de soportarlo?

—Ya sabes la respuesta, así que no te daré la satisfacción de escucharla.

Hacía tiempo, algo en su interior se había roto en mil pedazos, sin posibilidad de recomponerlos. La línea que en su día había establecido se había hecho tan gruesa que era incapaz de cruzarla. Era mucho mejor mostrarse como un monstruo intratable para mantener al resto del mundo alejado de él.

Hasta que Brianna Fallon entró en su vida para convertir sus convicciones en remordimientos. Le había echado en cara su falta de honor y había dado en la diana. Estaba escondido de su pasado y arriesgando su futuro por unos recuerdos que no se lo merecían.

—Me olvidaba —añadió Eduard, antes de irse—. La señorita Fallon se ha ofrecido a ayudarme con la limpieza de mi consultorio en sus horas libres. Me aseguró que lo había acordado así contigo.

—Maldita sea... —Acababa de advertirle acerca del peligro que podía correr si se aventuraba sola fuera de la casa, ¿y ahora venía con esas? La perspectiva de verla en compañía de Cole en cuanto mejorara, o del mismo Ed, le producía una sensación muy desagradable si pensaba en sí mismo como el único hombre al que ignoraría. Pero no podía negarse. No, si era lo que ella quería. Además, le debía una disculpa. Podría ser intransigente, pero eso no le impedía ver sus errores cuando los cometía—. De acuerdo, vosotros ganáis.

* * *

Rufus corría a través del pantano.

Hacía días que había abandonado la casa de los cuáqueros, con su próximo destino bajo el brazo y unos cuantos mendrugos de pan seco y varias manzanas como único sustento.

Pero había perdido el mapa y se había desorientado. Las fuerzas empezaban a fallarle y la comida se había terminado. Los pobres zapatos se habían convertido en dos agujeros que ni siquiera le cubrían las plantas de los

pies. Sus esperanzas morían a la misma velocidad que sus energías.

Estaba muerto de hambre y de sed, y ardiendo en fiebre, con un dolor tan lacerante en los pies que temió haberlos perdido cuando, haciendo un esfuerzo sobrehumano, se puso en pie y se dirigió hacia un haz de luz que parecía filtrarse entre las ramas moribundas de los árboles.

¿Era posible que hubiera encontrado el camino? Sí, se susurró a sí mismo muy bajito cuando vio cómo el paisaje cambiaba gradualmente y el olor a podrido era sustituido por otro, mucho más fresco, a hierba y tierra mojada. ¡Sí!, gritó su mente cuando, después de deambular un poco más, sus pies se sumergieron en el agua fresca y pura de un riachuelo que lo alivió lo necesario para continuar.

Se zambulló en él en medio de gritos de alegría. Elevó los brazos al cielo en señal de agradecimiento y bebió de las aguas hasta que sintió que no podía más.

Y solo entonces escuchó las voces, mezcladas con los ladridos y las pisadas apresuradas que chapoteaban en el mismo riachuelo en el que él se hallaba.

—¡Allí! ¡Lo veo! ¡Vamos!

Rufus solo tuvo tiempo de mirar sobre su hombro para ver una media docena de hombres, armados hasta los dientes, que se dirigían a él de cabeza.

El corazón le dio un vuelco. Miró en todas direcciones para comprobar que se hallaba completamente expuesto, sin posibilidad alguna de esconderse, puesto que los hombres ya lo habían visto, y los perros, que ladraban enfurecidos tirando de las correas, lo habían olido.

Con las pocas fuerzas que había recuperado, corrió por la orilla del riachuelo. Las heridas de los pies se le abrieron al colisionar con la superficie afilada de las piedras del fondo; cayó un par de veces e incluso pudo oler su propia sangre, que teñía el agua a su paso, pero no desfalleció. Su respiración se fue haciendo más trabajosa, más rápida, más angustiosa, mientras a su espalda los gritos de los hombres y los gruñidos de los perros se hacían más audibles.

El primer disparo pasó rozándole la oreja. El dolor fulgurante lo atravesó. Rufus se llevó la mano a la zona, para encontrársela llena de sangre. Sintió los dientes de uno de los perros clavándose en su pantorrilla. Gritó de dolor. Intentó librarse, pero al tirar, los dientes se clavaron con más profundidad en la carne, al mismo tiempo que uno de los hombres le propinaba un golpe en las costillas con un objeto contundente que no pudo distinguir

antes de caer al suelo.

—No lo maltrates demasiado —oyó decir—. Tiene pinta de robusto y es joven. Nos pagarán una buena cifra por él.

Aquello confirmó sus sospechas. Una vez, había oído decir al amo que la venta de esclavos hacía tiempo que estaba prohibida, pero se seguía realizando, consiguiendo que los precios se desorbitaran. Incluso se decía que un hacendado de una plantación vecina había llegado a pagar dos mil dólares por un esclavo.

Dos mil dólares. Una inmensa fortuna que Rufus ni siquiera era capaz de imaginar. Solo podía pensar en esa venta de la que sería objeto.

Comprado y pagado. Y alejado para siempre de Ayana y Guideon.

Gritó, se defendió cuando dos hombres lo levantaron del suelo sujetándolo de los brazos. Pateó el suelo con rabia y se resistió a su destino más inminente, pero fue todo lo que pudo hacer.

A continuación, un certero golpe junto a su sien lo dejó completamente inconsciente.



Catorce

—Cole la acompañará al consultorio y esperará hasta que termine de hacer su trabajo. Se ha ofrecido y he tenido que aceptar.

Así, con su habitual soberbia, Wyatt Miller le concedía permiso para trabajar con el doctor Pemberton cuando hubiera terminado con Ken.

¿Cómo podía ser tan odioso en un momento y tan atractivo al siguiente? ¿Qué era lo que le impulsaba a frenar su comportamiento natural para esmerarse en ser rechazado por todos?

Lo ignoraba, pero seguramente tendría que ver con lo ocurrido en Boston, con unos secretos que guardaba tan bien como ella los suyos. Y, frente a eso, nada podía reprocharle.

—Señorita, está usted muy distraída esta noche.

—Estoy agotada —respondió a Sam, que peinaba sus rizos con la misma dedicación de siempre, aunque con peor resultado.

—¡Santo Dios! Parece que ha visto un fantasma. —Uno de anchos hombros, considerable altura, caderas estrechas y brillantes ojos dorados que la devoraban cada vez que se posaban en ella, fuera en la circunstancia que fuese, hasta absorber toda su energía, su fuerza e incluso sus peores miedos. De eso estaba completamente convencida—. El señor Miller ha dejado dicho que no lo molesten, así que imagino que a estas alturas estará recuperando el sueño perdido.

—No creo que haya perdido demasiado sueño —apreció con aspereza.

—¡Oh, ya lo creo que sí! Mientras usted y la señora Virginia estaban con el herido, él ha salido a patrullar con el capataz y su cuadrilla sin descanso.

—¿Y eso? —preguntó, súbitamente interesada.

—Bueno, estaba preocupado por lo ocurrido en el aserradero, ya sabe... Lo cierto es que Queenie le oyó confesarle a su madre que no podía dejar de pensar en que hubiera podido ser usted la destinataria de aquella bala. Que solo de imaginárselo, la angustia no le dejaba dormir. El señor Miller no es

hombre que se ande por las ramas, como nos ha quedado bien claro a todos hoy. Aunque usted tampoco, desde luego. ¡Le hizo frente muy bien! Si quiere mi opinión, esa señorita que estaba con ustedes mira al señor Miller como si estuviera a punto de lanzarse a su cuello.

—¡Samantha!

—Solo digo lo que veo. No debe ser fácil perder a tu amor. Cuando eso le sucede a un hombre, se convierte en el mejor blanco para las mujeres de la clase de la hermana del doctor Pemberton.

—¿Qué sabes tú de los hombres y de esa clase de mujeres?

—Ah, si yo le contara... Solo hágame caso y aléjese de ella. No es buena, como dijo Ken.

Pero cuando Sam se fue, todavía seguía pensando en el tema.

Le escocía el modo desdeñoso en el que Roxanne Pemberton la había mirado. Como una hembra en celo defendiendo su territorio. Intentó no darle importancia, pero la caricia de los dedos rudos sobre su barbilla permanecía ahí, igual que la calidez que su mirada le transmitió y la ternura encubierta de su preocupación por ella, que las palabras de Sam habían refutado.

Wyatt Miller era lo más parecido al viento del sur. Sus ojos eran del color del sol a mediodía. Él poseía vitalidad, fuerza de convicción y determinación. Armado con todas esas virtudes había conseguido que se olvidara de un rechazo visceral e instintivo que se había asentado con el tiempo. Por eso tenía miedo. Y ese miedo le impedía dormir.

Se levantó y asomó la cabeza por la ventana a la noche estrellada, pero fijó los ojos en la oscuridad iluminada por la enorme luna llena. Algo se movía justo debajo de su ventana. Lo que parecía una sombra oscura, de gran envergadura, completamente envuelta en un halo de negrura incentivado por una capa y un embozo que le cubría el rostro por completo, se acercaba amparada en los árboles que la llevaron hasta la misma entrada de la casa, por donde desapareció.

Los instintos de Brianna saltaron al unísono. ¿Y si penetraba en la casa? ¿Y si los atacaba de algún modo, tan silenciosamente como se había acercado?

Debía hacer algo, ¡ya! No tenía tiempo de cubrirse ni de retroceder a por una lámpara. La habitación del señor Miller estaba justo al lado y era su mejor opción, así que se deslizó por la pared hasta allí y se coló dentro, para cerrar la puerta con sigilo.

Él estaba acostado. Brianna se acercó con miedo cuando distinguió a la perfección su silueta bajo la sábana que lo cubría hasta la mitad del pecho,

pero el inicial reparo se convirtió en curiosidad y después en un hormigueo de expectación por lo que estaba contemplando.

Era enorme, apabullante... casi perfecto. La sábana, que le llegaba hasta la mitad del pecho, se pegaba al resto, de modo que dibujaba con total precisión la forma de sus pies, sus pantorrillas, el contorno de sus poderosos muslos y el tamaño de aquello que albergaban entre ellos, y que atrajo toda la atención de Brianna.

Percibía el aroma que desprendía aquel cuerpo en aparente descanso, veía las facciones de su cara, mucho menos amenazadoras que cuando estaba despierto. Casi podría calificarlas de suaves. Algo lo suficientemente tentador como para utilizar el resto de sus sentidos, pero que nunca haría. Desde luego, tendría que estar loca para atreverse a tocar su barba o incluso para comprobar si aquellos labios que se movían murmurando algo ininteligible, seguirían siendo tan suaves como la noche en la que los probó. Nunca podría hacerlo voluntariamente, aunque empezaba a pensar que esa palabra, «nunca», era demasiado radical en lo que al señor Miller se refería.

Aun dormido era oscuro, feroz, magnífico. Peligrosamente apuesto.

Y ella, demasiado vulnerable a él cuando lo tenía cerca.

Brianna sacudió la cabeza y se frotó las mejillas incendiadas. ¡No podía distraerse!

—Señor Miller, despierte. ¡Hay un intruso merodeando por los alrededores de la casa!

En un segundo tenía los dedos en contacto con aquella piel curtida y al segundo siguiente él estaba sobre ella con un alarido salvaje, inmovilizándola con su peso y apresando sus muñecas con una sola mano, mientras con la otra le rodeaba el cuello.

Se quedó inmóvil, con los ojos clavados en los de él, sin ser capaz de respirar siquiera. No parecía humano, sino un animal salvaje dispuesto a matarla. Con el movimiento brusco, el camisón se le había subido hasta medio muslo; solo entonces fue consciente de la respiración errática de él, que hacía que sus respectivos pechos colisionaran, de la fuerza empleada en mantenerla en esa postura y de toda su completa desnudez descansando sobre cada palmo de su piel para inmovilizarla también con sus piernas. El tacto de sus músculos era implacable y cálido a un tiempo, como si la cobijara además de advertirla. Despedían peligro, sensualidad en estado puro, control en cada movimiento a sabiendas del efecto que causaba en ella. Eran duros, fuertes, e irradiaban poder. Brianna se retorció presa del pánico, pero solo consiguió

que otra parte, tan dura como sus piernas, presionara su vientre.

Se quedó petrificada por el pánico, con los ojos muy abiertos clavados en aquella cara de fauces abiertas que exhalaba el aliento con rapidez y los oídos atentos a aquella especie de gruñido bajo que no dejaba de escuchar.

—Señor... Miller... —casi suplicó, sin atreverse a respirar—. Por... favor...

En ese momento él parpadeó, al mismo tiempo que la presión de sus manos cedió.

—Por la gloria de Dios... ¡¿Qué demonios hace usted aquí?! —tronó, tirando de ella para ponerla en pie. Brianna no pudo responder. Tenía toda su concentración puesta en la cara del señor Miller, en el espléndido pecho desnudo que subía y bajaba y en ese aroma intenso, que relacionó con él al instante. No se atrevió a mirar más abajo, porque podría gustarle. Y no era prudente que aquel hombre que parecía esculpido en piedra le gustara—. ¡He podido asfixiarla, por la Santa Virgen!

—Deje de blasfemar en mi presencia —susurró Brianna, abriendo y cerrando los puños con disimulo para ahuyentar el nerviosismo que la dominaba al pensar que, hacía tan solo unos instantes, había estado debajo de él. Percibiendo cada músculo de su cuerpo como si no hubiera tela que los separara. Sintiendo la fuerza de su deseo, consciente o inconscientemente. La imagen empezó a marearla, pero se recompuso con rapidez—. He venido a avisarle. El Búho...

—¿El Búho está aquí?

—Eso creo. No lo sé. He visto a alguien rondar por la entrada desde mi ventana, antes de desaparecer en dirección a la puerta principal.

—¿Está segura?

—Del intruso, por completo. De que sea El Búho, no.

Él no siguió escuchándola. Con un gruñido casi tenebroso, buscó a tientas sobre la cama y se puso sus calzones. A continuación, empuñó su rifle.

—Vaya a su cuarto y enciérrese en él —le ordenó—. ¡Ahora!

Sabía que era lo más prudente, así que obedeció. No se movió de allí mientras escuchaba los sonidos del registro en el interior de la casa ni tampoco cuando los vio partir al exterior. Tardó siglos en volver. Eso le pareció a Brianna cuando, al fin, distinguió la silueta contundente y amenazadora del señor Miller entrando en la casa.

Tenía que hablar con él. Debía saber qué había ocurrido para poder conciliar el sueño, pero no lo escuchó en su dormitorio, así que decidió ir a

buscarlo a su despacho.

Él no se giró cuando la oyó entrar. La luz proveniente de la lámpara sobre su mesa le ofreció una figura vestida de negro de pies a cabeza, con un perfil atormentado, ceñudo, casi angustiado, que elevaba hacia el cuadro de su esposa. Por un segundo, Brianna pudo ver rabia en él, mezclada con pena contenida, como si no pudiera separarlas.

Sufría y su corazón se encogió al comprobarlo.

—¿Han atrapado a alguien? —preguntó con cautela.

—No hemos encontrado nada fuera de lo normal, pero he redoblado la vigilancia. Puede dormir tranquila lo que queda de noche. —Sintió un tenso suspiro—. Lamento mucho lo de antes. No suelo tener pesadillas, pero, al parecer, me interrumpió usted en medio de una. De otra manera, jamás me habría atrevido a ponerla debajo de mí, vestida con ese camisón tan fino que enseña más que tapa.

Acababa de arreglárselas para recriminarle su aspecto al mismo tiempo que le pedía perdón. Brianna apretó los puños, pero no regresó a su dormitorio a cubrirse. El hecho de verlo allí clavado, como si aquella imagen fuera capaz de esclavizarlo con su sola presencia, la llenó de zozobra.

—Debió de ser terrible —murmuró, señalando el cuadro. Él asintió—. Pero ocurrió hace años.

—No los suficientes. En realidad, dudo que algún día piense lo contrario.

—¿Ni siquiera por Kenneth? —Él parecía vulnerable, pero todo su cuerpo se puso rígido cuando nombró al niño, a pesar de que seguía sin mirarla.

—Es por él por quien pienso como pienso, señorita, aunque no espero que lo entienda.

—Ken tampoco lo entiende, ¿sabe? —Algo le impulsó a acercarse y tocarle el hombro muy poco a poco, solo para calmar ese sufrimiento que parecía impregnar cada una de sus palabras—. Llevo muy poco aquí, pero creo que puedo afirmar, sin miedo a equivocarme, que debajo de toda esa capa de dureza hay un buen hombre al que la vida no ha tratado como hubiera debido.

—No necesito la lástima de nadie, mucho menos la suya. —Brianna retiró la mano cuando él se volvió lleno de rabia—. Esa vida de la que habla me ha provisto de tantos pozos sin fondo y de tantos desengaños que no puedo evitar que terceras personas salgan dañadas.

—No hablamos de una persona cualquiera, sino de su hijo.

—Le advertí que...

—Sé lo que me advirtió y sé lo que hago. Despídame si quiere por no utilizar su nombre y sí el lazo de sangre que lo une a usted —le espetó. Ver a un hombre de su envergadura rendirse de esa manera a algo que ella no conocía, la llenaba de impotencia—. Porque por mucho que se empeñe en tratarlo como a un desconocido, no lo es. Y lo quiere tanto como usted a él. Eso también lo he visto. Sé que no soy nadie en esta casa, pero me voy a permitir darle un consejo: no debería dejar que el recuerdo de su esposa condicione su vida y la del niño. Ninguno de los dos se lo merece.

—¿Qué sabe usted sobre él, sobre mí... sobre lo que pasó?! —tronó fuera de sí.

—Guarde sus rugidos para una presa que los tenga en cuenta más que yo. Tiene razón, no sé nada y tengo muchos interrogantes. Imagino que usted está en la misma situación con respecto a mí, así que no tendrá demasiadas dificultades en comprenderme. Por eso, sé que se arrepentirá y aceptaré sus disculpas cuando se produzcan. Ahora, si me perdona, estoy cansada.

Wyatt se quedó completamente mudo, observando el contoneo de sus caderas debajo de aquella maldita tela que nuevamente le mostraba todo el atractivo sexual que llevaba con ella y del que ni siquiera era consciente.

Quiso confesarle que en realidad no lo sentía. Que despertarse con ella bajo su cuerpo había supuesto un completo asalto a sus sentidos y un total desafío a su autocontrol. Todavía tenía su olor en él, ese aroma peculiar, dulzón, un poco picante y bastante intenso que podía provenir de la bolsita que siempre llevaba colgada entre los pechos o de su propia piel. Todavía podía escuchar sus jadeos de miedo por la mano sujetando su garganta. Aún tenía que controlar la respiración para no ir tras ella y llevar a cabo todo lo que su mente, controlada por una lascivia feroz, fabricaba. Y si se dejaba llevar, se pondría tan duro que volvería a pasar otra noche de sufrimiento.

—Veo que la pequeña excursión nocturna no ha servido para gran cosa.

Cole estaba frente a él, pálido como un muerto y con la venda de su herida ligeramente manchada de sangre. Con el ceño fruncido, Wyatt lo ayudó a ir hasta el sofá y se sentó a su lado.

—¿Qué haces aquí? —refunfuñó—. ¿No deberías estar descansando?

Encendió un cigarro. En realidad, lo que le apetecía tener en la mano era una parte del cuerpo de Brianna para terminar poseyéndolo todo solo para ahogar su enfado porque, sin saberlo, ella había dado en el clavo con respecto a Ken.

—Eduard me ha dicho que puedo levantarme, así que, ya que el jaleo me ha despertado, he decidido preguntarte por qué no te has dignado a visitarme en todo este tiempo.

—He comprobado tu pulso, tu temperatura, incluso le he echado un vistazo superficial a tu herida. No me creas tan insensible como para no preocuparme por ti.

—Solo me pregunto por qué atendiste a una desconocida en Boston y, sin embargo, eres incapaz de hacerlo conmigo.

—Cole, no estoy de humor para preguntas incómodas.

—Eso salta a la vista. Una vez más, ella parece tener parte de culpa —añadió, señalando hacia la puerta—. Dime una cosa, hermano: ¿cuánto tiempo hace que no te acuestas con una mujer?

—¿A ti qué te importa?

—Me importa mucho, porque ambos sabemos que, si un hombre no se desahoga con la frecuencia necesaria, su carácter se vuelve agrio. Y desde luego, el tuyo ha alcanzado unos niveles de amargura difíciles de soportar para la familia. Lo cual me hace pensar que tu visita al burdel de Lucille no fue todo lo satisfactoria que debería.

—¡Claro que no lo fue! ¡Ella me interrumpió! ¡Y desde entonces, ni siquiera he podido...!

Se calló porque estaba hablando como si en realidad descubriera que era con ella con quien quería desahogarse. Cole lo miró con los ojos entrecerrados. No estaba alegre ni jovial, sino serio, casi amenazante cuando se levantó para apuntarle con el dedo.

—Deberías meterte entre las piernas de una mujer cuanto antes —le advirtió—. Aunque, y esto es solo una puntualización, evita sobre todas las cosas pensar en las piernas que se acaban de marchar. Pertenecen a la mujer en la que estoy interesado, que no se te olvide.

—¿Me estás amenazando?

—Ya te dije que era una puntualización. Te conozco. Sé que nunca terminarás de perdonarme, o de creerme del todo, por lo que pasó. Y no voy a consentir que pongas tus ojos en ella solo para castigarme por algo que nunca hice, para después desecharla como se desechan un par de zapatos que ya están viejos.

—¡Por Dios! ¿Es que has perdido el juicio? —Le quitó el dedo del pecho e intentó ofenderse como debía, pero en el fondo sabía que tenía razón. Ya había pensado en ella de muchísimas formas—. Tienes el camino libre. Solo

espero que ella te acepte.

Porque de lo contrario, no le importaría en absoluto intentar hacerse con aquel espíritu libre que ella proclamaba, mostrándose accesible pero lejana al mismo tiempo, como si quisiera dejar claro desde el principio que no pertenecía a ningún lugar. A nadie.

* * *

Al día siguiente, Elroy había desaparecido y los hombres del señor Miller rodeaban la casa, convirtiéndola en una fortificación de la que nadie salió.

Él se marchó al amanecer, como siempre, pero Brianna todavía podía percibir su olor rodeándola, abrigándola. Si recordaba la violencia del encuentro de la otra noche, se recreaba en él. Si cerraba los ojos y contenía la respiración, los poros de su piel parecían abrirse para volver a recibir el contacto de aquella piel caliente y curtida sobre la suya.

No podía permitirlo. Lo último que debía hacer era ceder a esa atracción oscura y desconocida que había empezado a germinar en su interior; tampoco debía justificarla, mucho menos aceptarla como algo normal, porque no lo era. Él estaba rodeado de un montón de interrogantes sin respuesta que solo contribuían a aumentar el cúmulo de contradicciones con las que se conducía.

Con un resoplido de impotencia, Brianna abrió la puerta de su habitación dispuesta a prepararse para acompañar a Ken a visitar a Guideon, aun sabiendo que se ganaría otro montón de gruñidos del señor Miller, cuando un libro sobre la cama llamó su atención.

—*Cuentos y leyendas irlandesas...* —leyó con la boca seca, acariciando la ilustración de un trébol de cuatro hojas como si fuera de oro.

Lo abrió por la primera página, absolutamente embelesada, cuando vio el papel doblado con pulcritud, que abrió con manos temblorosas:

Puede usted utilizar la biblioteca las
veces que desee, ya lo sabe, pero esto es
un regalo personal.

Por favor, perdóneme. Por todo.
A partir de ahora dejare de
comportarme como un energúmeno sin
escrúpulos con usted. Y eso es todo lo
que puedo ofrecerle.
W. M.

Brianna soltó el libro como si quemara. La ira se mezcló con la desilusión mientras volvía a leer la nota. ¿Cómo demonios se había atrevido a intentar comprar su perdón a través de un regalo que sabía que le encantaría?

Casi corrió hacia los establos, pero no encontró a nadie que le ensillara el caballo... Excepto a Grady. El capataz despachaba a uno de sus hombres cuando la vio.

—Buenos días, señorita —saludó, con una sonrisa tan falsa como su amabilidad, tocándose el ala de su sombrero—. ¿Se le ofrece algo?

—Necesito que alguien ensille la yegua que el señor Miller ha designado para mí.

Hablaba con un temor nacido de la experiencia. Ya había visto antes a hombres como aquel. Instintivamente, dio un paso atrás cuando él cogió su rifle y avanzó hacia ella con aparente calma.

—El amo ha ordenado que no salga sin escolta, señorita —dijo, con una voz tan suave que le provocó un escalofrío—. Yo podría ensillarle la yegua y acompañarla.

—Solo voy al aserradero. El señor Miller lo entenderá. Si es tan amable

de prepararme la yegua...

—Estos negros holgazanes nunca están cuando se los necesita. De acuerdo, yo lo haré.

Brianna respiró tranquila cuando se alejó para atender su requerimiento, pero en cuanto pudo, espoleó a su yegua para alejarse de él y se dirigió al aserradero.

Distinguió la figura alta e imponente de Wyatt empuñando un hacha con la que arrancaba ramas de los troncos caídos como uno más. Ejercitaba los músculos de los brazos, que se veían a la perfección a través de las mangas arremangadas de su camisa negra. No pudo evitarlo; se tomó su tiempo en apreciar las anchuras de esa espalda y la estrechez de sus nalgas firmes, perfectamente embutidas en los pantalones oscuros, mientras lo comparaba con Lugh, el dios celta de la luz y la batalla, capaz de hacerle olvidar el miedo incomprensible que alguien como Grady, que posiblemente pasara de los cincuenta, le provocaba, para recordar el propósito de su visita.

—¿Busca a alguien, señorita?

Brianna frunció el ceño al advertir las manos de Ayana, despellejadas por el trabajo, y su enfado alcanzó proporciones bíblicas.

—A tu amo. Con su cabeza en bandeja de plata, a ser posible —refunfuñó, dirigiéndose a él con pasos seguros—. ¿Cómo se atreve? —chilló, arrojándole la nota a la cara. Sentía la sangre agolpándose en sus mejillas, pero no le importó. Tampoco que, como consecuencia de su grito, varios esclavos la miraran con extrañeza. Incluso fue capaz de sortear los efectos catastróficos que ocasionó en ella el suave aroma a madera recién cortada que le llegó con su cercanía. Él parpadeó desconcertado, recogió la nota para leerla de nuevo y alzó las cejas, antes de tomarla del brazo para alejarla del personal que volvía a su trabajo—. ¿Qué hace? ¡Suélteme ahora mismo!

—En cuanto pueda seguir con esta discusión en privado, señorita. —Se detuvo tras un grueso árbol, a distancia de los esclavos, y se cruzó de brazos—. Deduzco que no le ha gustado mi regalo.

—¡Lo que no me ha gustado es que lo haya utilizado para comprar mi perdón! Es... es...

—Falso.

—¿Cómo?

—Falso —repitió Wyatt, con un brillo divertido en sus ojos cuando la miró de pies a cabeza, muy lejos del estallido que ella esperaba—. Si cree eso, puede devolvérmelo. Pero antes, me gustaría que tuviera claro que mi

petición de perdón sigue en pie, y la oferta que hay en esta nota también.

Oh. Así que se trataba de eso.

Por un momento, Brianna no supo qué decir ni qué hacer ante la actitud aparentemente humilde de él, que seguía tan serio como tranquilo.

—Lo... lo siento —balbuceó con torpeza—. Pensé que...

—... el ogro del señor Miller era incapaz de rebajarse hasta el punto de intentar paliar los daños ocasionados a través de un regalo, mucho menos de pedir perdón, aunque fuera por escrito.

—Pues... sí.

—Bien, acabo de demostrarle lo contrario. —Wyatt contuvo una sonrisa por aquella muestra de su habitual franqueza. Estuvo a punto de tomarla entre sus brazos y besarla para agradecerse, pero se contuvo cuando cayó en la cuenta de la situación en la que había ido allí. Frunció el ceño y miró más allá de ella—. Me encantaría alegrarme de ser la razón por la que está aquí, si no fuera porque ha venido sola. Me parece que fui claro al respecto, señorita.

—Joshua me ha acompañado, pero le he ordenado que permanezca a una distancia prudencial de aquí —mintió Brianna. Más tarde hablaría con el susodicho para que cubriera esa mentira. Ahora solo quería disfrutar del desconcierto que suavizaba las facciones atractivas de Wyatt hasta convertirlas en irresistibles—. He visto a Ayana. Tiene las manos heridas. Debería curárselas.

—¿Algo más?

—Sí. Gracias por el regalo. Es precioso. Lo perdono y acepto su ofrecimiento. Y eso es todo lo que a mi vez puedo ofrecerle.

Se quedaron mirándose en silencio, como si el resto pudiera decirse sin palabras. Fue entonces cuando Brianna apreció las señales de agotamiento, las arrugas de preocupación, los círculos oscuros bajo sus ojos y las señales del trabajo duro.

Se sintió tan mal por todo que elevó una mano en su dirección, atraída por el brillo de aquella barba cuyo tacto ya había sentido en su cara mientras él la besaba.

—Acepto su oferta igual que usted ha aceptado la mía, señorita —le oyó murmurar, con la vista fija en su mano.

—Parece cansado.

Inesperadamente, los dedos finos se posaron sobre su mejilla. Fue una caricia tenue, demasiado suave como para sentirla con intensidad, pero su corazón se agitó dentro del pecho con tanta fuerza que Wyatt estuvo seguro de

que ella lo habría sentido en la palma. Cerró los ojos, sin tener nada que decir. Sin poder moverse cuando Brianna se apartó con las mejillas sonrosadas y la boca entreabierta. Los dedos le temblaban, pero consiguió sonreír con una mezcla de tranquilidad y osadía.

—Gracias de nuevo, señor Miller —musitó, con una voz melodiosa que le llenó los oídos y descendió hasta otros lugares mucho más íntimos y vulnerables.

Intentó responder, pero ella ya se estaba marchando con aquel contoneo de caderas, que movía de forma inconsciente, pero tan provocativa que se endureció con solo mirarla.

Respiró con sorpresa. Al parecer, se había olvidado de hacerlo.



Quince

—Está hoy muy callada, Brianna. ¿Algo que le preocupe? —le preguntó Cole.

Sí. Sus pensamientos hacia un hombre contradictorio que no la convenía, mientras conocía las intenciones amorosas del que tenía al lado, y que solo conseguía acicatear sus remordimientos y frenar sus auténticas emociones, envolviéndola en una continua contradicción en la que tarde o temprano tendría que elegir.

Un momento... ¿Conveniencia?

Sacudió la cabeza. ¡Ningún hombre la convendría, ni ahora ni nunca! Su alma estaba demasiado manchada como para que alguien la aceptase, pero él la había tocado, besado. Y ella le había correspondido. Voluntariamente. Si se concentraba, todavía podía sentir el cosquilleo de su barba en las yemas de los dedos, reverberando en cada rincón del resto de ella.

—El... tiempo —respondió, dirigiendo a Ken, que en aquella ocasión los acompañaba, una sonrisa—. Tendré que darme prisa si no quiero regresar completamente empapada.

—No se preocupe por eso. Joshua puede azuzar a los caballos muy rápido si se lo propone. Además, hoy tenemos tarea, ¿verdad, muchacho?

—Tío Cole, yo no quiero. ¡Odio a Roxanne! —masculló, frunciendo el ceño como hacía su padre.

—Te he traído para que me ayudes con su regalo de cumpleaños, no para que te quejes como una niña. Tu padre todavía está muy enfadado contigo por lo que le dijiste.

—¿Por qué? ¡Solo repetí lo que siempre dices tú! Si te ayudo y vais a esa fiesta, ¡Roxanne cazará a padre y será mi madre! ¡Y yo no quiero! ¡Yo prefiero que mi madre sea la señorita Fallon!

Tanto Cole como Brianna se quedaron mudos, mirándose con los ojos como platos e incapaces de saber por dónde empezar a amonestarlos.

—Jovencito, no sé si sentirme halagada u ofendida por lo que has dicho de mí, pero en todo caso, me parece que eso es elección de tu padre.

—Muy cierto —comentó Cole, con una sonrisa—. Y le puedo asegurar que Roxanne puede ser muy persistente cuando quiere. Prueba de ello es el cumpleaños al que estamos invitados.

El señor Miller acudiría. La señorita Pemberton gozaría de una ocasión inmejorable para ganarse su favor, aunque se encontraría con un escollo que, en ese momento, a Brianna le pareció un salvavidas en un mar embravecido por los celos que no podía evitar: el corazón de Wyatt parecía pertenecer a una mujer muerta en unas circunstancias tan extrañas que, después de la advertencia de Cole al respecto, no se había atrevido a intentar averiguar nada más.

—Una perfecta anfitriona, sin duda —reconoció, procurando que las palabras no se le quedaran atascadas en la garganta—. Lo vais a tener difícil a la hora de hacerle un regalo digno de sus exigencias. Porque, por lo poco que he podido ver, es muy exigente.

—Sí. Mi hermano va a tener que emplearse a fondo para tomar decisiones. Y cuando lo haga, este chico de aquí deberá aceptarlas —añadió, pellizcando los mofletes de Ken con un guiño cómplice que le arrancó una sonrisa—. Ken, ni tu padre ni yo vamos a dejar que te vayas. Él se preocupa por ti. El otro día lo vi espiando detrás de la puerta de tu habitación cuando la señorita Fallon alabó tu destreza con la mano derecha. Wyatt es un tipo complicado, pero terminará por reconocer sus méritos —agregó, dirigiéndose a Brianna—. Por lo pronto, la dejaremos en el consultorio mientras nosotros buscamos algo que agrade a Roxanne.

—La abuela dice que el regalo para una mujer siempre debe elegirlo otra mujer —replicó Ken, poniendo un mohín de disgusto cuando la señaló—. ¿Por qué no podemos esperarla?

—Porque va a trabajar con enfermos y no queremos que tú seas uno de ellos.

—¡Pues me encuentro muy mal, tío Cole!

Brianna pensó que se trataba de una rabieta, pero se fijó mejor en él. A pesar del enfado, su carita estaba más pálida de lo normal. Cuando acercó la mano a su frente, frunció el ceño.

—Cole, parece que tiene algo de fiebre... —murmuró—. No perdemos nada con que el doctor Pemberton le eche un vistazo.

—Cierto. Espéreme aquí un momento, por favor. Necesito hablar con

usted.

Cole lo llevó dentro. A los pocos minutos, volvió a salir con el semblante serio y la mirada huidiza. Miró a su alrededor, hacia los transeúntes que a esas horas caminaban por las calles y a los pacientes que salían y entraban del consultorio, y cogió las manos de Brianna con disimulo.

El gesto la pilló tan desprevenida que, aunque su primer impulso fue retirarlas, decidió no hacerlo.

—No me ha gustado nada su insinuación acerca de convertirse en la madre de Ken —le murmuró, con una serenidad que hizo que ella se arrepintiera del comentario por segunda vez.

—Le hubiera dicho que soy la misma Virgen si con eso hubiera logrado calmarlo. El odio que le tiene a la señorita Pemberton le afecta demasiado.

—¿Me está diciendo que mi hermano le resulta completamente indiferente?

«Indiferente» era una palabra que no podía aplicarse al señor Miller cuando de ella se trataba. No era indiferencia lo que hacía que su corazón galopara sin control cuando lo sentía cerca, ni lo que provocaba el sudor que le humedecía las palmas si pensaba en el tacto de aquella barba que se había atrevido a tocar. Ni tampoco eso que desembocaba en un cosquilleo de anticipación cuando notaba su mirada deslizarse por cada palmo de ella, como si siempre estuviera desnuda delante de él.

No, pero el gesto ansioso de Cole no se merecía esa respuesta.

—Es complicado que su hermano me resulte indiferente, aunque puedo decirle que no albergo hacia él ningún sentimiento amoroso —confesó—. No quiero herirlo...

—No solo no me ha herido, sino que acaba de alegrarme el día.

Y sin más preámbulos, la besó. Brianna se quedó rígida, incapaz de reaccionar a tiempo. Los labios de Cole eran suaves, cálidos. Su contacto no era impuesto, sino lo más parecido a una leve caricia. Algo que se apresuró a terminar en cuanto sintió las señales inequívocas del miedo penetrando por los poros de su piel.

—Cole, por favor...

—Sé que me he extralimitado. Lo siento. No me lo tenga en cuenta si en realidad no era lo que usted quería, se lo ruego. —Parecía tan arrepentido que todos los reproches murieron en la boca de Brianna antes de salir—. Debería haber contado con su conformidad. No se volverá a repetir.

Fue lo último que dijo antes de desaparecer en el consultorio, dejándola

a solas con su desconcierto.

* * *

Wyatt resopló y miró el cielo encapotado.

Si no se daba prisa, volvería empapado, sin el regalo de cumpleaños para Roxanne... Y sin Brianna.

Había intentado borrarla de sus pensamientos, pero ella impregnaba todos sus sentidos. Era atrevida. Le gustaban su coraje y su risa. También era inteligente, ingeniosa, con una belleza que emanaba de dentro. Y producía un efecto catastrófico sobre su cuerpo cuando la sentía cerca. Cuando la olía, o escuchaba el suave siseo de sus faldas alrededor de él. Era en esos momentos cuando debía recordarse que solo le había dado un beso que había terminado muy mal. Que solo había vislumbrado las curvas de su cuerpo en un par de ocasiones.

Que Cole la cortejaba.

Pensarlo le produjo un ramalazo de celos, tan irritante como inoportuno, pero debía respetar a Cole, aunque eso supusiera quedarse en la sombra. Aunque ella no demostrara interés por su hermano.

Entonces, ¿por qué estaba a punto de entrar al consultorio de Ed?

Porque quería verla. Porque, en su fuero interno, deseaba que Cole no hubiera hecho ningún tipo de progreso en su conquista. Porque albergaba la esperanza de volver a sentir el tímido roce de aquellos dedos y reconocía que no quería renunciar al cúmulo de emociones que le hacía sentir, y que iban mucho más allá del deseo.

—¿Wyatt Miller! ¿A qué debemos este milagro? —Sonrió al comentario de Ed y buscó con la mirada a Brianna, sin encontrarla—. No me digas que Ken ha empeorado...

—¿Kenneth? ¿Qué pasa con él?

—Cuando Cole acompañó a Brianna, traían al niño. Al parecer, durante el camino empezó a encontrarse mal. Nada grave, solo un poco de fiebre.

—Eso espero. De todas formas, no le quitaré el ojo de encima.

No soportaba que Kenneth se pusiera enfermo, aunque fuera por un simple resfriado. Verlo apagado, taciturno, tan diferente al diablillo que solía ser, le abría las entrañas hasta el punto de sangrar por ellas. Era en esos momentos cuando de verdad se sentía como un padre. Como uno lleno de un amor que no podría demostrarle, se recordó para mantener una frialdad que no

sentía.

—Y si no lo haces tú, lo hará Brianna. Tienes contigo a una trabajadora incansable, amigo mío. Todos los días a esta hora saca tiempo para ordenar mis medicinas, dejarme el suelo tan brillante que puedes verte en él y mis delantales y toallas tan blancos como su piel.

El último comentario le hizo hervir la sangre. Su gesto debió ser tan claro al respecto que Ed se echó a reír y levantó las manos en señal de defensa.

—¡No soy yo tu competidor, sino Cole! —bromeó, aunque para Wyatt no tenía nada de gracioso—. Se gana el dólar semanal que acordamos, te lo aseguro.

—¿Solo le pagas un dólar por todo este trabajo?

—Lo que ella me pidió. El consultorio va lo suficientemente bien como para plantearme una subida de sueldo si ella me lo exige. Si te pasaras más a menudo, lo sabrías.

—Ayana tiene las manos despellejadas por el trabajo en el aserradero. Necesitaría un par de curas, por lo menos.

Eduard se sentó en la silla del consultorio para observarlo como si supiera cada paso que iba a dar antes de que lo diera.

—Ella se ha marchado hace un buen rato, así que no te molestes en seguir disimulando.

—¿Ya?

—Hoy ha terminado antes de tiempo y le apetecía cabalgar. Le dejé mi caballo, pensando en que yo podría regresar con Cole y vuestro calesín.

Ella se había marchado. Sola. ¡Sola! Desoyendo sus advertencias, como si el hecho de que el disparo que casi terminó con Cole fuera uno más de los cuentos con los que deleitaba a Kenneth.

Apretó los puños y los dientes, controlando ese miedo atroz que le provocaba el pensar lo que, a esas alturas, podría llegar a sucederle.

—¿Cole lo sabe?

—Tenía pensado comprar un regalo de cumpleaños para mi hermana, pero en vista del estado de Ken decidió marcharse. Ahora que caigo, si tú no sabías nada de tu hijo...

—No he coincidido con él. —Ocultó la preocupación por Kenneth lo mejor que pudo y apretó los dientes—. Imagino que si no sabe que la señorita Fallon ha regresado vendrá a por ella, así que ya tienes medio de transporte. Yo voy a buscarla.

—Wyatt, ya conoce el camino...

—¡Pero tú pareces no conocer las últimas noticias! —bramó, cuando Ed colocó una mano en su hombro—. Alguien espera el momento oportuno para rematar lo que empezó con Cole o para hacer a otro la diana de sus balas. Si ese otro llegara a ser ella...

Nunca se lo perdonaría. La angustia le cerró la garganta y un temblor lo sacudió como si estuviera en medio de un tornado. De pronto, no quiso seguir hablando con Ed. Perdería un tiempo precioso, así que se marchó y azuzó a Satán hasta ponerlo al galope.

Esperaba encontrarla. Cuanto antes.

* * *

Boston

Cuando vio los rizos castaños de la joven que se despedía de Sarah, supo que ella era la clave.

Si la seguía, apresaría a Erin.

Esperó. Y tuvo su momento una mañana en la que Sarah salía de la casa de Meredith Fallon con un canasto vacío. Él se ocultó de las miradas de extrañeza que su aspecto solía suscitar y la siguió hasta que, en una calle desierta, pudo pegarse a ella para empujarla hacia un rincón.

—No te muevas y conservarás la vida —le susurró, sacando un cuchillo para presionar sus riñones con él. Casi contuvo una carcajada cuando sintió cómo ella se quedaba rígida, contenía la respiración y se ponía a temblar, por ese orden. Lo había reconocido—. Muy bien, Sarah. Ahora, deja el canasto en el suelo con mucho cuidado y vuélvete.

Pudo ver el pánico reflejado en sus ojos, tan abiertos que parecían salirse de sus órbitas. Le gustó tanto que se excitó con solo oler su miedo. Tuvo que contenerse para no tomarla allí mismo.

—Perfecto. Buena chica —alabó, acariciando un mechón de su cabello rojizo—. Solo busco información. La muchacha de la que os despedisteis hace unas semanas... ¿Quién era?

—¿La señorita...? —En su desconcierto, había estado a punto de decir el nombre, pero se frenó a tiempo. Él frunció el ceño y cerró el puño libre, mientras con el otro levantaba el cuchillo hasta su garganta. Los temblores de Sarah se acrecentaron.

—Puedo cortarte el cuello sin que nadie se entere. Lo sabes, ¿verdad? —

advirtió entre dientes. El filo rasgó su piel, haciendo que un hilillo de sangre resbalara por él. Sarah asintió, muda de espanto—. Me alegro. Así sabrás a lo que te arriesgas si persistes en tu silencio. No creo que ella merezca tu vida. Y seguro que, si la pierdes, tu hombre sufrirá mucho...

Aquello pareció decidirla. Tragó saliva con tanta fuerza que la hoja del cuchillo se movió.

—Es... Es... ¡Brianna Fallon! —terminó por confesar, entre sollozos cada vez más fuertes y un arrepentimiento que le crispaba la cara—. ¡Mi hombre lo matará por esto!

—Puede, pero no será hoy ni ahora. —Con su cuerpo, la inmovilizó—. ¿A dónde se ha ido?

—¡No voy a...!

El puño libre se estrelló en su pómulo antes de que pudiera seguir hablando. Sin que su pulso se alterara, esperó a que ella se recuperara para proseguir.

—Después de nuestro primer encuentro, y viéndote aquí sola conmigo, todavía me desafías... Pues bien, es tu decisión. Terminarás por confesarlo, pero de ti depende en qué circunstancias.

Permitió que se cubriera la cara con las manos en la creencia de que eso la salvaría de él, y cuando al fin las bajó, sonrió sabiendo que obtendría lo que quería.

—¡Atlanta! —graznó, en medio de los violentos espasmos del llanto—. ¡Solo sé que se fue a Atlanta, a trabajar como institutriz del hijo de un hacendado! ¡Nada más, lo juro!

—De acuerdo. Te creo.

Ahora tendría que rematar el trabajo. Se acercó y olió su sudor. Oh, Dios, era tan excitante sentir el miedo, el poder que este le otorgaba... Era una experiencia casi divina. Como él.

—«Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán la misericordia» —le susurró al oído, antes de hundir la hoja en su costado—. Lamentablemente, yo no la poseo.

Limpió la sangre de la hoja con su propia lengua y después hundió dos dedos en la herida sin hacer caso de los gemidos de la mujer. A continuación, en medio de su delirio, los observó, completamente empapados en sangre, y los chupó con ansia, casi con gula, disfrutando de su sabor, de su olor, de la sensación revitalizante que se apoderaba de él hasta dotarlo de una fuerza sobrenatural.

Ah, si pudiera, bebería su sangre joven para conseguir la inmortalidad, pero no tenía tiempo.

Sin mirar el cuerpo de Sarah en el suelo, abandonó el callejón para recoger sus pertenencias y dirigirse al puerto. Allí había visto un barco negrero; esperaba que todavía continuara anclado.

La suerte estuvo de su parte cuando divisó la nave. Solo tuvo que acercarse y cargar a su espalda un pesado saco para preguntar por el capitán, un tal señor Smith, que no tuvo inconveniente en atenderlo en cuanto supo su intención de unirse a la tripulación.

—Estoy acostumbrado a navegar, soy fuerte y joven —dijo, enseñando unas manos que el capitán observó con desagrado.

—De lo primero no dudo, lo segundo me lo ha demostrado cargando con el saco y lo tercero salta a la vista —respondió—, pero sus manos son demasiado suaves para tratarse de un trabajador.

—Se endurecerán deprisa. —Hizo un recorrido visual por la cubierta. Varios negros eran conducidos, completamente encadenados, hacia las bodegas. Uno de ellos se encaró con su guardián. A pesar de estar herido, fue necesaria la fuerza de dos hombres para reducirlo.

—Ese de ahí... ¿cómo se llama?

—Rufus, creo. No lo sé con exactitud. —El capitán lo miró con suspicacia—. ¿Por qué ese interés?

—Porque parece que a sus hombres les ha costado hacerse con él. No le vendrán mal un par de manos más, por muy suaves que sean.

—Eso es cierto. Se avecinan malos tiempos, amigo. Soplan vientos de guerra si la diplomacia no lo impide. Y la guerra es muy mala para los negocios.

—Depende de la clase de negocios. —Él señaló a los esclavos—. Si los planes secesionistas tienen éxito, su modo de vida también.

—¿Por qué quiere enrolarse en mi barco, *amigo*? —repitió la coletilla, con ese tono irritante que le obligó a conservar la calma—. No es que me importe demasiado...

—Necesito un medio de transporte discreto hasta Atlanta. Si en el camino usted puede beneficiarse de mi trabajo, el trato será redondo para ambos, ¿no le parece?

—¿Sabe usted que este tráfico es ilegal?

—Imagino que tanto como usted, señor. La guerra solo aumentará su valor —afirmó.

El capitán pareció pensárselo, pero finalmente extendió una mano que él estrechó.

—Bienvenido a mi tripulación —dijo—. Espero no arrepentirme por el camino, porque no tendremos inconveniente en tirarlo por la borda.

No bromeaba, pero él no se preocupó por la amenaza. Ya tenía un nombre al que seguir: Brianna Fallon. Un medio con el que hacerlo y una esperanza: Erin O'Halloran y su venganza. Al fin.



Dieciséis

La seguían.

Brianna se dio cuenta al mismo tiempo que la lluvia empezaba a caer con fuerza, antes de que ella alcanzara siquiera el bosque de robles que precedía al aserradero.

Lo cruzó, pero se detuvo un instante cuando vio que ante ella no se erigía la casa grande, como había esperado, sino la preciosa casa de la laguna.

Miró por encima de su hombro.

Y su respiración se convirtió en errática cuando lo vio.

A través de la lluvia no era más que una forma indefinida, oscura, pero allí estaba. Y se acercaba.

—*Dia...* ¡Corre! ¡Corre, corre!

Se había equivocado de camino, pero ¿qué importaba? Procuraría entrar en la casa para ocultarse. Era su única posibilidad, así que tiró de las riendas con fuerza. Sin embargo, el caballo no obedeció. Se aferró a sus crines, pero fue inútil. Finalmente, frenó en seco sin previo aviso, provocando que Brianna saliera despedida justo a los pies de los escalones de la entrada.

Su cabeza colisionó contra el suelo sin que perdiera la consciencia. Abrió los ojos en medio de un horrible dolor en el tobillo al que decidió no atender. Se puso en pie y quiso caminar, pero el dolor punzante solo le permitió arrastrarse hasta los escalones que conducían al pequeño porche.

Un simple vistazo a través de la cortina de agua le bastó para distinguir, de nuevo, la sombra que la perseguía. Allí estaba, emergiendo de entre la arboleda al otro lado de la laguna, acercándose, esta vez mucho más lentamente.

Contuvo un grito de pavor. Lloraba por el dolor, por el miedo incrustado en su pecho que le impedía respirar. Y cuando consiguió llegar hasta la puerta y logró ponerse en pie, solo para comprobar que estaba cerrada a cal y canto, los sollozos se convirtieron en verdaderos lamentos.

Afuera, la visibilidad seguía siendo muy poca. O tal vez eran sus ojos llenos de lágrimas los que le jugaban una mala pasada. Lo cierto fue que lo vio acercarse en su montura con una tranquilidad pavorosa, desmontar y subir el primero de los escalones.

Dijo algo, pero no logró comprender el qué. Su espalda, empapada por la lluvia y el sudor del miedo, se pegó más a la puerta. A esas alturas, Brianna no podía siquiera respirar. Solo emitir agudos quejidos, allí parada, aceptando su destino...

Su padre entró en la casa chorreando por culpa de la lluvia. No iba armado. Los irlandeses tenían prohibidas las armas, tanto o más que los libros. Pero Patrick había burlado las dos prohibiciones. Ella se preguntó si su padre lo sabía, y si era así, si le importaba.

Concluyó que no solo por la forma de conducirse aquella mañana en la que estaba sorprendentemente sobrio. Lo agradeció, porque de ese modo su hermano no tendría que defenderla para terminar llevándose él los golpes dirigidos a ella. Pero el agradecimiento se le borró de la mente en cuanto vio quién lo acompañaba.

—Veo que hoy te has levantado temprano, chica —le oyó saludar con esa voz cavernosa, afectada por la ingesta continuada de alcohol—. Mejor, mucho mejor. Así terminaremos antes. Vamos.

—¿A dónde?

La sonrisa escalofriante de su padre hizo que se encogiera todavía más. Tras él, la lluvia seguía anegando los caminos. Un charco enorme de agua se había formado a su alrededor y alrededor del visitante. Ella se quedó absorta contemplándolos, hasta que la voz de su padre la sacó de su ensimismamiento para arrojarla a su triste realidad.

—Ya lo sabes —le respondió, antes de acercarse a ella para agarrarla del brazo con la misma brutalidad de siempre—. No te resistas o será peor, mucho peor para ti...

—Brianna, ¿qué demonios le pasa? ¡Respóndame!

La voz autoritaria que escuchaba no era la de su ensoñación y el cuerpo que tenía delante, aunque igualmente empapado por la lluvia, no pertenecía al monstruo que poblaba sus peores pesadillas, desde luego que no. Parpadeó aturdida cuando un par de fuertes manos la sujetaron por los brazos y la zarandearon con suavidad. Y casi lloró de agradecimiento al ver que la

persona que había creído su perseguidor, y que había convertido en el peor de los hombres, era en realidad un desconcertado Wyatt Miller que la miraba sin comprender absolutamente nada de lo que pasaba.

Imponente, como siempre. E igual de tenebroso cuando la traspasó con una simple mirada cargada de reproches que ella sabía ciertos. Tan empujado con la lluvia como ella, aunque pareciera mucho menos afectado. Bajo su sombrero asomaban las puntas de sus mechones negros, destilando hilillos de agua que desembocaban en su camisa blanca para volverla casi traslúcida.

Los ojos se le fueron hacia aquel lugar como si tuvieran voluntad propia. Percibió la forma de los pectorales, de su abdomen duro, incluso estuvo a punto de sentir su tacto en las puntas de los dedos, como la noche en la que irrumpió en su habitación para terminar debajo de toda aquella mole que, una vez más, parecía indestructible, llena de una seguridad casi inquebrantable.

En un momento, fue consciente de la situación. Su precioso vestido color lavanda estaba completamente embarrado, su pelo, pegado a la cara en empujados mechones que tuvo que apartarse para poder ver mejor. Ella temblaba de pies a cabeza y, por si eso fuera poco, las lágrimas no dejaban de correr por sus mejillas. Seguro que lo miraba con una expresión de terror que no pudo disimular a tiempo porque los ojos de él se quedaron clavados en los suyos, indagando, rebuscando la causa de su comportamiento.

Hasta que se dio cuenta de que estaba siendo examinada. No solo visualmente, sino con unas manos diestras que palpaban sus brazos, sus hombros e incluso sus costados.

—Por la gloria de Dios, ¿en qué diablos estaba pensando para poner en ese estado a su caballo? Y ya puestos, ¿es que acaso pensó cuando decidió marcharse del consultorio de Ed completamente sola, montada en un animal desconocido? ¡Ha podido romperse el cuello!

—¿Era usted? —Solo necesitó un par de segundos para procesar todo lo que acababa de escuchar y responder convenientemente—. *Damn é!*^[7] ¡Casi me mata del susto! ¡Pensé que me perseguía el mismo hombre que atacó a Cole en el aserradero! ¡Si se hubiera dado a conocer antes, no habría galopado como una loca desatada!

—Lo hice. Varias veces —replicó con un ramalazo de dulzura—. Fui a la ciudad en busca de un regalo para el cumpleaños de Roxanne, que es dentro de dos semanas, y se me ocurrió pensar que quizás usted seguiría en el consultorio de Ed y que no tendría inconveniente en que yo la acompañara hasta Red Oaks —soltó, repentinamente... avergonzado. Sí, eso parecía, a

juzgar por cómo arrojaba su sombrero inservible al suelo para sacudirse la melena mojada con energía—. Y no solo me encuentro con la noticia de que Kenneth puede estar enfermo, sino que además me veo en la obligación de ir en su busca.

Brianna se quedó rígida. Una vez pasada su crisis, Wyatt la miraba como si en realidad supiera lo que acababa de ocurrirle y se lo recriminara. Absolutamente todo.

Se sintió tan mal, tan insignificante y a la vez tan enrabiada, que utilizó su propio método de defensa: el orgullo.

—No creo que yo represente para usted más obligación que su hijo, señor —respondió en el mismo tono, consciente de que utilizaba las palabras prohibidas.

—La representó desde el momento en el que decidió poner a esa bestia al galope sin medir las consecuencias, señorita —murmuró, al cabo de unos momentos de tenso silencio. Dejó de tocarla y volvió a recorrerla de pies a cabeza, esta vez con una mirada mucho más desapasionada, en todos los sentidos—. Bueno, como lección no ha estado mal, ¿verdad? Si la he asustado en condiciones, y es usted tan inteligente como supongo, no volverá a cometer una insensatez semejante.

—Ya le he dicho...

—Sé lo que me ha dicho. Pero, por favor, la próxima vez que quiera matarse hágamelo saber antes. No me gustaría perder un tiempo precioso persiguiéndola. Es mucho más práctico dejar que lleve a cabo sus planes en soledad.

No hacía mucho la había visto con las pupilas dilatadas, respirando entrecortadamente y encogida como un animal a punto de morir, mirando a través de él como si en realidad no lo viera, o no lo reconociera. Ahora parecía un gato asustado, con esos enormes ojos clavados en él, y un desafío que ocultaba el temor que la había llevado a esa situación. Lo había confundido con el atacante de Cole, pero solo algo mucho más fuerte que eso conseguía semejante reacción en una persona; él lo sabía mejor que nadie.

Cuando la tocó y percibió su temblor, tuvo que luchar para evitar consolarla con palabras tranquilizadoras, caricias reparadoras y besos devastadores. No era su cometido ni lo que debía ofrecerle.

—Puesto que parece que ha dejado de llover y ambos estamos completamente mojados, lo mejor que podemos hacer es regresar a la casa grande —añadió, cada vez más molesto al ver sus labios apretados, su ceño

fruncido y esos pequeños puños pegados a sus faldas. Tenía un aspecto calamitoso, pero seguía siendo bonita. Maldición...—. Aquí no encontraremos nada para secarnos.

Se encaminó hacia Satán, pero un quejido ahogado le hizo darse la vuelta. Brianna se agarraba al poste de la entrada con la cara transida de dolor.

En dos zancadas estuvo junto a ella, sosteniéndola por la cintura para evitar que cayera.

—¿No se encuentra bien? Claro que no —se respondió a sí mismo—. La caída ha sido escalofriante, incluso desde donde yo me encontraba. Es un milagro que no se haya roto nada. ¿Dónde le duele?

En el corazón, en el alma, en el pecho e incluso entre las piernas, además del tobillo, por supuesto. Pero no pensaba confesarlo. Antes, era capaz de regresar caminando. Brianna repasó mentalmente todos esos lugares al mismo tiempo que la voz dulce de Wyatt penetraba en ellos. El brazo alrededor de la cintura, su cabeza a medio palmo de la de ella y su tibio aliento acariciándole la mejilla no mejoraban la situación ni sus intentos por recuperar la compostura.

—¿Me va a decir dónde le duele o tendré que arrancárselo? —insistió.

—En ningún sitio. Me encuentro perfectamente.

Las cejas negras se alzaron con tanto escepticismo que a Brianna le dieron ganas de gritar. Él la soltó y se cruzó de brazos.

—Entonces no tendrá problemas en acompañarme hasta el caballo.

—Por supuesto que no lo tendré.

—Ni tampoco en acomodarse sola, sin ayuda —remarcó, con un brillo divertido en los ojos que siguió mortificándola—. Usted primero.

El maldito decidía sacar a relucir su caballerosidad en un momento como ese. Pues bien, pensó Brianna, levantando la barbilla casi hasta lo imposible. Si conseguía caminar, aunque fuera cojeando, le demostraría de qué estaba hecha una irlandesa de pura cepa como ella.

Posó de nuevo el pie en el suelo, pero el tobillo le falló al primer paso.

No se molestó en ocultar un grito ni rechazó la ayuda de Wyatt cuando este la levantó en brazos con la facilidad de un coloso transportando una pluma. Percibió al mismo tiempo su calor corporal, los latidos de su corazón en el oído, el movimiento de su pecho al respirar y aquel aliento firme y acogedor sobre su cabello mojado. Y pese a que todos sus sentidos se supeditaron a él sin que pudiera evitarlo, trató de mantener la poca dignidad que a esas alturas podría quedarle y lo miró con todo el veneno que pudo

atesorar.

—¡Cómo se atreve! —exclamó—. ¡Déjeme en el suelo! ¡Esto es indecente!

—Con una mujer estúpidamente moralista es posible, pero con usted, lo dudo.

Su mirada agitaba algo profundo dentro de ella. La sensación, lejos de ser desagradable, resultaba tan inesperada como reveladora.

Y Brianna no quería ninguna de esas revelaciones.

—He dicho que...

No necesitó de más insistencia para que la dejara en el suelo de un modo muy poco galante, que le provocó otro tirón en el tobillo. Se tragó el quejido cuando notó cómo la sangre le abandonaba la cara para ser sustituida por un sudor frío. Por un momento, abrió la boca para suplicar su ayuda, pero verlo tan seguro de sí mismo le hizo desdecirse. ¡Al cuerno con él! Se arrastraría hasta Satán si fuera necesario. Cuando intentó apartarse de él, se dio cuenta de que el encaje que adornaba su escote se había enganchado con uno de los botones de su camisa. Intentó deshacerlo con prisa y sin ningún resultado favorable.

—¡No puedo desengancharme de usted!

—Hace que suene esperanzador. —¡No tenía ninguna gracia! Sin embargo, él sonreía cuando le apartó las manos con una delicadeza desconocida—. No puede ser tan difícil para los dedos hábiles de un antiguo médico. Deje que yo lo intente.

La acercó todavía más a él para lograrlo, pero no contó con el inesperado roce de los nudillos en la cima de sus pechos ni con el siseo que salió de la boca de Wyatt cuando la caricia se repitió, sin otro resultado que no fuera el fuego que comenzó a prender en aquella parte de ella hasta conseguir que avanzara un paso en su dirección.

Cuando contuvo la respiración comprobó que sus pechos se hinchaban, convirtiendo el roce en una caricia en toda regla. Miró el efecto que tenía aquella mano morena sobre la porción blanca de su piel. El contraste entre la humedad provocada por la lluvia y el paulatino calor que se iba apoderando de ella con ese simple contacto. Sus ojos colisionaron con los de él. Vio cada una de sus reacciones reflejadas en sus retinas. Sintió su contención, incluso su dolor físico o esa feroz sensualidad que esperaba derribar todas sus defensas.

—¡Oh, basta ya!

Furiosa, dio un repentino paso atrás tan repentino que la tela de su

corpiño se rasgó. Buena parte de sus pechos quedaron al descubierto y las areolas de los pezones casi se vislumbraron a través de todo aquel desastre, sin que ella pudiera hacer nada para remediarlo con la suficiente rapidez.

Wyatt notó la boca repentinamente seca y la respiración atascada en la garganta con un doloroso nudo. Como un hambriento, miró lo que tenía delante y apretó los puños para evitar llenarse las manos con ello. Casi se ahogó de deseo cuando Brianna metió el trozo de tela desgarrado entre sus pechos y el escote se hizo más pronunciado. De repente, se encontró con que no podía apartar los ojos de la piel desnuda ni dejar de absorber con la vista las deliciosas curvas, como si temiera que le privaran de semejante espectáculo de un momento a otro.

Brianna nunca se había sentido tan... devorada. Sí, esa era la palabra. El deseo que ardía en aquellos ojos dorados la dejó sin aliento, sin prejuicios y sin uno solo de sus temores.

—Señor Miller, si tiene algo de decencia, vuelva la cabeza.

—Cuando me diga exactamente qué es lo que le duele.

—El tobillo. ¡Y ahora, haga el favor de dejar de tratarme como a una niña!

—La estoy tratando como a una mujer, señorita. Aunque empiezo a arrepentirme.

—¡Pues adelante! No se contenga por mí.

Aquella invitación llena de sarcasmo era lo que llevaba deseando desde que la había conocido en el burdel. Con un gruñido de conformidad volvió a atraerla hacia él, esta vez con mucha más contundencia, y con tanta rapidez que ella no pudo rechazarlo.

Los brazos masculinos se convirtieron en una deliciosa cárcel. Sus manos se apoyaron en el pecho ardiente y húmedo de Wyatt para intentar apartarlo, pero solo consiguió quedarse más unida a él. Se sumergió en los destellos dorados de sus ojos. El corazón se le paralizó, para pasar a correr desbocado al segundo siguiente. La mirada de Brianna se descolgó de sus ojos y se ancló en aquella boca que estaba a medio palmo de la suya. Iba a besarla.

Wyatt se acercó más a aquellos labios rosados que parecían llamarlo, pero algo lo contuvo justo antes de introducirse en su boca y perderse para siempre. La templanza de aquella mujer lo asustaba. De algún modo, intuía que no sería capaz de controlar la situación si se dejaba llevar. En su lugar, apoyó su frente en la de ella y posó las manos en aquella dulce cara con una ternura tan desconcertante que Brianna tembló.

—Si tengo que pedir disculpas por mi arranque de antes, por haberla cogido en brazos e incluso por el embrollo que acabamos de deshacer, lo haré. Pero, por favor, no vuelva a mirarme con ese miedo en los ojos —pidió, poniendo el dedo índice sobre sus labios con la misma delicadeza con la que seguía tocándola. Con la misma fiereza con la que seguía devorándola a través de aquella mirada devastadora—. Nunca le haría daño, Ojos de Gata. Quiero que comprenda que, si ahora mismo me he detenido, no es por falta de interés, sino por una consideración que había dejado en desuso hasta que usted ha aparecido en mi vida. Si no me contuviera dejaría de ser una dama, una señorita y, por descontado, una niña. Y creo que ninguno de los dos estamos preparados para semejante transformación. ¿O sí?

La soltó con el mismo ímpetu empleado en sujetarla. Ella no supo si echárselo en cara o agradecerse. Repasó al dedillo cada músculo de su cuerpo. La tirantez que evidenciaba la tensión sufrida y controlada. La contención de la que le acababa de hablar.

Estaba asustada. Desconcertada. Pero no con él, sino consigo misma.

Wyatt Miller llenaba la totalidad del espacio que ocupaba con su sola presencia, pero en aquel momento, además, abarcaba sus pensamientos por completo. Sin embargo, el beso furtivo de Cole acudió en su ayuda; no quería dañarlo ni sentirse culpable. Y si se dejaba llevar por todo lo que aquel hombre empezaba a despertar en ella, terminaría por hacerlo.

—No —murmuró, dejando que él la llevara hacia el caballo, completamente abochornada por todo lo que su mente había fabricado con un simple abrazo.

A una distancia prudencial, escondido entre los árboles, alguien observaba la escena. Alguien que había abandonado su persecución en cuanto vio a Wyatt Miller merodeando por los alrededores.

Su oportunidad había pasado, pero se procuraría otra.



Diecisiete

Kenneth y su estado.

Solo eso debería importarle.

Aunque era delicioso notar su aroma, avivado por la humedad de la lluvia, golpeando sus fosas nasales. Un asalto a sus sentidos y a su voluntad en toda regla, y una maldita tortura que se manifestaba en la rigidez que tenía entre las piernas y que se rozaba con la parte baja de la espalda de Brianna a cada paso de Satán.

Sus dientes rechinaban de frustración, pero ella se mantenía a la defensiva. Tratando de conseguir un contacto mínimo con él, ese contacto le afectaba tanto o más. ¡Por todos los diablos! Estaba al límite cuando llegaron a la casa grande y, sin contemplaciones, se apeó y la cogió en brazos.

—¡Amo, amo! ¿Qué ha pasado?

—¡Señorita Fallon, está usted herida!

—¡Wyatt! ¿Qué demonios haces con ella?

Queenie, Samantha y Cole se acercaban a la vez, pero él los detuvo con un gesto de la mano.

—Cole, ahora no. Queenie, sube el unguento para las torceduras y un par de vendas limpias a la habitación de la señorita Fallon. Sam, espera a que te llame para ayudar con... lo que sea —ordenó.

No se detuvo a observar el resultado hasta no depositar a Brianna sobre su cama.

—Ahora sí me daré la vuelta —afirmó—. Debería quitarse toda esa humedad.

—Usted también.

—Yo soy el médico. Hágame caso, para variar.

Un sentimiento de protección luchó por abrirse camino a través de su muro de indiferencia, pero Wyatt lo contuvo al mismo tiempo que se giraba para permitirle un mínimo de intimidad. Apretó los párpados al escuchar el

roce de las prendas contra aquella piel que estaría húmeda y fría por efecto de la lluvia, pero igual de suave y dispuesta a que alguien la secase y la calentara.

No. Terminarían lamentándolo. Pero sería tan placentero, tan abrasador, tan satisfactorio...

—Estoy lista.

La vio envuelta en su recatado camisón y una bata que aferraba con fuerza a la altura del escote. Lo miraba avergonzada, pero sentada sobre la cama. Gracias a la luz natural, pudo entrever que, bajo el camisón, conservaba sus pantaloncitos interiores.

—¿No va a protestar porque sea yo quien la examine? —preguntó, justo cuando Queenie apareció con todo lo que él le había pedido y salió del cuarto igual de silenciosa que había entrado.

—Supongo que, de alguna forma, debería sentirme contenta por usted. Le he visto curar, y creo que realmente disfruta con ello.

—No saque conclusiones tan precipitadas, señorita. Solo intento ahorrar tiempo. Cuanto antes termine, antes podré ir a visitar a Kenneth.

Creyó que la mención del niño ayudaría a calmarlo, pero se equivocó. Tragó saliva en el momento en el que sus manos entraron en contacto con el tobillo herido y lo palpó para comprobar el grado exacto de hinchazón. Los dedos masajearon la zona afectada y subieron un poco más, provocándole un repentino tirón dentro de sus pantalones mojados, que a partir de ese momento parecieron secarse de golpe. Solo atinó a ver los bordes fruncidos de los pantaloncitos, pero se imaginó el resto. Los muslos, tan níveos y suaves como lo que tenía el placer de tocar. El montículo de vello abundante, rizado y del mismo color que el de su cabeza, desprendiendo ese olor dulzón que le llegaba a la nariz para afectarle al cerebro hasta provocarle una enorme y dolorosa erección. Seguramente sabría igual de bien que su boca. Incluso mejor...

—Es una torcedura —apreció con aspereza.

—Parece molesto y no entiendo por qué. Solo me he dejado acompañar por Cole.

—Ahora parece que es usted la que está molesta.

—Mire, el tobillo me duele demasiado como para atender a juegos de palabras.

Wyatt no tuvo más que extender los brazos para atraparla en ellos cuando intentó caminar y volvió a caerse. Esperó que lo insultara con esa retahíla dicha en su idioma natal que salía a relucir siempre que la indignación la

superaba, pero solo se mostró sorprendida. Con aquella boca entreabierta en su dirección, como si le estuviera invitando a tomarla.

Enredó los dedos en su pelo, completamente embobado por tenerla tan cerca de una manera tan imprevisible. Ni toda la ropa del mundo hubiera podido evitar que la suavidad de aquel cuerpo joven y vivo provocara al suyo hasta el punto de sentir los latidos del corazón por cada porción de piel, sin dejarse nada. Un gruñido oscuro escapó de su garganta. Sin que sus ojos se desprendieran de los de ella, la mano que permanecía húmeda por el cabello que acariciaba pasó a recorrer el contorno de su rostro hasta posarse en los labios.

Estaba preciosa con aquella mezcla de ingenuidad, sorpresa y arrojo que teñía sus mejillas de un rojo tan provocativo que estuvo a punto de averiguar si se extendía al resto de su cuerpo.

—Entonces prescindamos de juegos y seamos sinceros. —Su mente se había llenado de ella al completo. Después del incidente de la casa de la laguna, no podía borrar la huella de aquellos pechos tiernos y vibrantes bajo sus nudillos mientras intentaba desenredar el encaje de sus botones. Su cuerpo la reclamaba con tanta fuerza que el dolor empezaba a ser insoportable, pero siguió la conversación, a pesar de que su mandíbula estaba tan apretada que pensó que se le romperían todos los dientes sin remedio—. Debe estar en reposo todo el tiempo que pueda. Y dejarse de rodeos con respecto a mí y a lo que ocurre cada vez que estamos juntos. Como ahora.

—De acuerdo. Seamos sinceros —respondió ella en un murmullo acariciador, sin apartarse lo más mínimo por su contacto. Sin temblar, sin contener su rechazo. Con un coraje que lo excitó todavía más—. No comprendo por qué se muestra tan distante otra vez, como... como...

—Como lo que soy. Como lo que usted es. Un hombre y una mujer. ¿Todavía no lo entiende? ¿Todavía no ve lo que me está pasando desde que la besé por primera vez en mi despacho? —La miró con dureza, pero con pasión. Acercó su boca a la de ella y la apretó todavía más contra su cuerpo—. Si pienso en Cole, no paro de formularme un montón de preguntas.

—¿Cuáles?

—¿La ha besado?

—Sí. Espero que no sea motivo para que se muestre... celoso.

—Lo estoy de cada maldita mirada que recibe, sea de él o de cualquier otro hombre. Pero enloquecería si me dijera que le ha gustado. ¿Le ha gustado?

—En realidad, me ha dejado...

Fría. Más indiferente que él con una simple mirada. Pero no lo dijo, porque su proximidad era tan abrumadora que le impedía incluso pensar. Sus pechos colisionaban contra el de él tan intensamente que la humedad de su camisa traspasó la tela del camisón para pegarse a ellos. Aun así, Brianna no pudo evitar sentirse culpable al ver la ligera decepción que le empañó los ojos, antes de que aquella expresión salvaje que comenzaba a conocer se apoderara de su rostro.

Debía apartarse de él. Solo de esa forma podría volver a recuperar su temperatura normal. Solo así conseguiría no hervir, de excitación y no de temor, al notar toda la longitud de su erección presionándole el vientre, como si buscara su lugar natural. Como si ese fuera su lugar natural. Pero Wyatt endureció el gesto y sus ojos se oscurecieron con un brillo peligroso, provocador y muy celoso, sin molestarse en disimularlo. Como él.

—No me voy a echar atrás, ni siquiera por ese silencio —farfulló—. Ya no.

—¿Qué significa eso?

«Que quiero conseguir para mí todas tus sonrisas, tus susurros y tus jadeos. También tus estallidos de cólera, tanto como los de pasión. Que quiero tener entre mis manos cada palmo de tu cuerpo y después recorrerlo con la boca, con la lengua. Que quiero ganarme el último de tus suspiros».

Las palabras surgieron espontáneas en su mente, pero él no las pronunció. Solo la apresó con más fuerza entre sus brazos y rozó sus labios con los de él en una caricia, sutil pero determinante, que provocó que ella alzara las manos para posarlas en sus hombros. De lo contrario, se hubiera caído, y no como consecuencia de la torcedura de tobillo.

—¿Cole le ha pedido que lo acompañe al cumpleaños de Roxanne? —le preguntó, con la voz ronca por la lujuria contenida. El siguiente contacto de sus bocas fue un poco más lento, más posesivo, pero no lo suficientemente profundo—. Porque si no es así, soy capaz de lidiar con su posición aquí, con sus reticencias imaginarias...

—¡No son imaginarias, sino bien reales!

—¿Igual que el deseo que veo en sus ojos? —Brianna enmudeció ante tal ataque de franqueza irrefutable. Aquello, como todas sus reacciones cuando él la tocaba, escapaba de su control—. Si hay algo que no quiero volver a ver en ellos, es miedo hacia mí. Necesito que me ceda un poco de su confianza para luchar contra él y seguir siendo sincero.

—¿Cómo de sincero?

—Brutalmente sincero.

Y se lo demostraría para que no le quedara ninguna duda. Recorrió el cuello con su boca hasta detenerse detrás de su oreja. Allí, recogió una solitaria gota de agua con la lengua, en un gesto tan atrevido que la hizo estremecerse. Al mismo tiempo, sus manos se deslizaron sobre la suave curvatura de los costados hasta desembocar en sus caderas. Las presionó contra su erección con suavidad, pero con decisión, conteniendo la respiración. No quería asustarla, pero no podía evitarlo, así que se arriesgó. A todo. A nada.

Ella se sintió repentinamente débil, desconcertada, perdida en la marea de sensaciones en la que estaba inmersa. Ahogándose en el nacimiento de su propia pasión. Notaba el tacto persistente pero suave de aquellas manos rudas en sus caderas. La presión de su excitación sobre su vientre, tan imponente y firme como él, y contuvo la respiración cuando le escuchó inhalar con fuerza, como si estuviera oliéndola.

Sí, la estaba olfateando. Y ese gesto primitivo pero desprovisto de artificios, tan crudamente sensual, estuvo a punto de hacerle perder el control. Intentó retomarlo de nuevo, pero su mente no le respondió, porque todos sus sentidos se llenaron de él sin que hubiera nada más.

—Quiero que sea usted mi acompañante en la fiesta de Roxanne, señorita Fallon.

—No puedo. No estaría bien visto. Serían el centro de todas las habladurías.

—Deje las habladurías de mi mano. No voy, bajo ningún concepto, a renunciar a lo que los dos, y digo bien, estamos sintiendo ahora mismo. No me diga que no, porque entonces no respondo de mí.

A pesar de la dureza de sus palabras, su cara reflejaba tormento, angustia. Volvía a mostrarse vulnerable, casi desvalido, al mismo tiempo que le ofrecía seguridad.

No debía aceptar. Hacerlo supondría abrir la caja de los truenos entre los hermanos.

—Odio pensar que Cole pueda sufrir —musitó.

—Tampoco se ve capaz de evitarlo. —Era más una conjetura que una afirmación, pero ella terminó por asentir—. ¿Esa sería su razón para ir con él a la fiesta?

—Sí.

—¿Y cuál sería la que le llevaría a ir conmigo?

Necesitaba saber si esa especie de conexión que había nacido entre ellos era correspondida, real, o solo una invención de sus instintos exaltados.

—La de mi honestidad —respondió—. Puedo ser muchas cosas, señor Miller, pero aprecio a Cole. Prefiero que sufra un desengaño a las consecuencias de una falsa esperanza. Iré con usted, si antes me permite intentar aclarar las cosas con él. Y mi aceptación no implicará nada más.

—De acuerdo. Gracias. No se arrepentirá. —El gesto de Wyatt se dulcificó hasta el punto de mostrar una sonrisa capaz de derretir el hielo, que la dejó boquiabierta de pura admiración—. ¡Samantha, puedes entrar!

* * *

—La deseas.

Wyatt no se molestó en desmentirlo cuando entró en el despacho para encontrarse con Cole.

—Tiene los atributos suficientes para eso y mucho más. —Respiró hondo y tomó asiento en la silla—. ¿Quién no la desearía?

—Tú. Eres el menos indicado. ¿Está bien?

—Solo tiene una torcedura que tardará unos días en curar. Se marchó del consultorio porque había terminado su trabajo antes de tiempo, pero el caballo que Ed le prestó se encabritó y la tiró al suelo. Cuando la encontré, estaba empapada por la lluvia y con el tobillo hinchado.

—Le dije que me esperara. Que volvería a buscarla.

—También la besaste. Pero es evidente que no tuvo en cuenta ninguna de las dos cosas.

—Y eso te agrada, ¿verdad? —Los ojos de Cole se entrecerraron, con las suspicacias que, tal vez, siempre habían estado ahí, pero que ahora mostraba—. No seas hipócrita, Wyatt. Has esperado cinco condenados años para hacerme pagar unos actos que nunca tuvieron lugar y ella te ha proporcionado la excusa perfecta.

—¿De qué demonios estás hablando?

—¡Conoces mi interés en ella, maldito bastardo traicionero! Y hasta el último de los esclavos ha podido ver cómo la miras.

Como la mujer que deseaba, en todos los sentidos, no solo entre las sábanas. Reconocerlo ante sí mismo no fue más que el reconocimiento de su propia debilidad.

Anhelaba a Brianna Fallon en todas las facetas que pudiera ofrecerle.

Observó a su hermano. Su gesto dolido. Debía explicarle sus razones, era lo mínimo que se merecía, pero temía que estas le llevaran a causarle un daño aún mayor.

—Cole, escucha... —empezó, levantando las manos en señal de conciliación—. ¡Me conoces! Lo que ocurrió ya no tiene remedio. No importa lo que yo opine al respecto...

—¡Importa si afecta a la mujer de la que estoy enamorado!

—¡No he puesto mis ojos en ella para arrebatártela, maldita sea! —Las manos que permanecían levantadas, terminaron golpeando la superficie de la mesa con rabia—. ¡Ni siquiera yo he podido impedirlo, pero ha ocurrido sin avisar!

Tras aquella inesperada confesión, silencio. Cole controló la respiración mientras lo miraba con incredulidad, hasta que apretó la mandíbula y entrecerró los ojos.

—Reconoces que te atrae...

Hubiera reconocido algo mucho más profundo si no se hubiera detenido a tiempo.

—Ha accedido a ser mi acompañante en la fiesta de Roxanne.

El rostro de su hermano se desencajó. Por un momento, abrió la boca sin lograr que saliera nada por ella, hasta que la furia hizo que sus ojos chisporrotearan cuando los clavó en Wyatt.

—No me has tenido en cuenta —farfulló—. ¿Y esperas que me crea tus buenas intenciones?

—¡Por supuesto que te tuve en cuenta! ¡Le pregunté si tú la habías invitado antes! ¡Incluso sé que la has besado porque también se lo he preguntado!

—Oh, muy considerado por tu parte...

—Ella quiere hablar contigo para aclarar las cosas entre vosotros. Adelante. Ahora tienes el camino libre. Está completamente sola en su cuarto. Puedes hacerla cambiar de opinión, si lo deseas.

Esperó con el corazón en un puño, rezando para que no lograra convencerla por mucho que lo intentara. No sabía qué era aquello que lograba desorientarlo cuando estaba con ella hasta el punto de parecer un moribundo en pleno desierto, pero sí sabía que necesitaba conocer su naturaleza para poder lidiar con ello. Que necesitaba que Brianna siguiera pensando lo mismo que pensaba cuando la dejó.

Casi respiró aliviado cuando, al cabo de un rato de tenso silencio, se dio cuenta de que Cole parecía tan vacilante como él. Fue la única concesión que le dio a su ataque de celos; la suficiente como para que él supiera que desperdiciaría la oportunidad... por miedo al rechazo, probablemente.

—No pienso picar, hermano —le oyó decir—. Si acudo ahora, estaré en desventaja.

—¿Y a qué vas a esperar? ¿A no parecer tan desesperado como realmente estás? —Wyatt le dio la espalda un instante, mientras se mesaba los cabellos con desesperación. El silencio de su hermano le dio la respuesta. Efectivamente, no quería dar esa impresión a Brianna—. ¿Cuándo vas a permitirle que se explique, entonces?

«Nunca», le respondió la mirada huidiza.

—Si vas a evitarla a ella, escúchame a mí al menos. Intento comportarme como una persona cabal...

—¿Igual de cabal que cuando la besaste en este mismo despacho? ¿Igual de cabal que cuando, hace cinco años, me acusaste de las monstruosidades por las que sigues rigiéndote, pese a que quieres demostrar lo contrario? ¡Si de verdad pretendes actuar de un modo noble, apártate de ella, maldición!

—Juro por mi vida que lo he intentado. —Cuando lo miró, supo que la ira desatada de su hermano no se aplacaría con simples palabras ni con una actitud humilde. Los celos lo dominaban—. Cole, no pretendo excusarme, pues no he hecho nada malo.

—Eso es cuestionable. Desde mi punto de vista, acabas de poner la guinda al pastel.

—¡Ella te ha tenido en cuenta tanto como yo! ¡Ninguno de los dos queremos hacerte daño! Nunca la hubiera invitado a asistir conmigo a la fiesta de Roxanne si me hubiera dicho que... bueno... que está interesada en ti. Hace cinco años estuvimos a punto de separarnos para siempre, pero tomé mi decisión y he convivido con ella, por mucho que en ocasiones todavía me acose la incertidumbre.

—¿Reconoces que no te fías de mí al completo? ¿Que sigues sin creer en mi palabra?

—¡Sería un maldito hipócrita si no lo reconociera! —exclamó, acercándose a él—. Pero nada de eso tiene que ver con Brianna. Ella me hace sentir cosas que creía muertas. ¡Que nunca quise volver a sentir! Y necesito saber a dónde me llevan, porque ahora mismo me confunden y me hacen estar demasiado perdido.

—Dejándome a mí a un lado. ¿Qué hay de ese amor que sentías por Cathy? ¿Lo has machacado con tu egoísmo, al igual que has hecho con esa consideración que dices haber tenido hacia mí, hermano?

Su tono sarcástico, amenazador, actuó como revulsivo. Con un gruñido de impotencia, Wyatt lo sujetó por la camisa y lo aplastó contra la pared.

—He intentado explicártelo. He procurado hacerte entender que solo siento afecto por ti e incluso te he dado la oportunidad de que lo compruebes por ti mismo, ¡pero tienes miedo de escucharlo por su boca! ¡No voy a consentir que utilices a Cathy para hacerme sentir culpable con Brianna! —rugió, muy cerca de su cara—. ¡Ella no te quiere, maldita sea! ¡Si fuera de otro modo, ni siquiera me habría atrevido a acercarme! ¡Y si no pensara en ti, habría intentado seducirla mucho antes!

Pero era inútil hacerle comprender que en los últimos tiempos había dado más muestras de honor, de fuerza e incluso de valor que en los últimos cinco años. Todo por él.

Los ojos de Cole estaban turbios de cólera. Su rostro, congestionado por una rabia irracional. Habían sido pocas las ocasiones en las que su hermano pequeño había llegado a esos extremos, pero cuando ocurría, lo mejor era apartarse y esperar a que él mismo entrara en razón.

Aunque dudaba que en aquella ocasión sucediera de ese modo en un futuro inmediato, Wyatt lo dejó libre entre jadeos de contención e impotencia, que se transformaron en gritos silenciosos de pena cuando Cole se sacudió la camisa y caminó hacia la puerta, señalándolo con el dedo.

—Acabas de empezar una guerra, Wyatt. Si insistes, me olvidaré de que eres mi hermano.

—Por la gloria de Dios...

Su primer impulso fue correr tras él. Hacerle comprender, aunque fuera a base de golpes. Pero se giró hacia la chimenea, sabiendo que hubiera sido un error.

—Es una mujer sobresaliente.

Su madre había reemplazado a Cole en algún momento, y había tomado asiento frente a él.

—¿En qué sentido? —se decidió a preguntar.

—No es cautelosa ni hipócrita hasta el ridículo. Realmente nunca he conocido a nadie, hombre o mujer, tan crudamente sincero.

—Nos enseñó a ser sinceros, madre. No lo veo como un defecto.

—Hijo mío, es una virtud. Pero en el caso de Brianna, y tratándose de ti,

puede resultar un peligro. La sinceridad, mezclada con la honestidad y la inteligencia, consiguen que una mujer bella sea irresistible para un hombre que sabe apreciar tales atributos.

—Madre, si ha venido a hablarme de ella después de habernos escuchado a Cole y a mí, es que considera el asunto como grave.

—Sois mis hijos. No quiero posicionarme del lado de ninguno, pero debo decirte que nunca había visto a Cole tan dolido y enrabiado contigo. Y nunca ha tenido menos razón que hoy.

—¡Nos hemos peleado por una mujer que vive bajo nuestro mismo techo!

—Déjale el camino libre hasta que se dañe por su propia mano. Es tan sencillo como eso.

—Nada es tan sencillo, madre.

Desvió la mirada para que Virginia no pudiera ver su incertidumbre. Estaba casi convencido de que Brianna nunca aceptaría a Cole. Pero ese «casi» era lo que seguía mortificándolo.

—Ella está interesada en ti —concluyó Virginia, antes de marcharse con la misma tranquilidad con la que había llegado, pero con una expresión mucho más satisfecha—. Aunque todavía no sea capaz de aceptarlo.



Dieciocho

Al día siguiente, Ken se despertó delirando por la fiebre y con un color amarillento muy sospechoso.

Brianna sabía que debía avisar al señor Miller, pero prefirió dar las órdenes ella misma antes que tenerlo delante de nuevo.

—Quennie, ve a buscar al doctor Pemberton, ¡deprisa! —apremió, sentada sobre el borde de la cama de Ken. El tobillo le dolía horrores y no podía mantenerse en pie, pero con ayuda de Samantha había llegado hasta allí —. Dile que el niño está muy enfermo.

—¡Sí, señorita! ¡Enseguida!

Ken no dejaba de vomitar. Los paños fríos que tanto ella como Sam le aplicaban no parecían surtir efecto y el color amarillento parecía acentuarse por momentos. En ese estado lo encontró Wyatt cuando irrumpió en la habitación como un viento huracanado con el rostro desencajado al ver al niño y la mirada vidriosa.

—¿Qué demonios...?

No reparó en ella cuando se precipitó hacia la cama para comprobar que Kenneth ardía en fiebre. Solo lo hizo al no obtener respuesta.

—Señorita Fallon, le recomendé reposo —murmuró.

—Alguien tiene que cuidar de él hasta que aparezca el doctor.

No quería que sonara a reproche, pero sonó. Notó cómo contenía el aliento, seguramente al mismo tiempo que su temperamento. Ver al niño en esa situación le había puesto al borde de su resistencia, su rostro desencajado se lo decía.

—Acabo de recibir noticias de las cabañas —comentó él, con una voz tan fría que hubiera congelado las llamas del infierno—. Al parecer, Guideon sufre los mismos síntomas, además de al menos media docena de mis trabajadores. Señorita Fallon, ¿Kenneth ha estado con ellos sin mi conocimiento?

—Ken ha jugado con los demás niños como el niño que es. No puede usted aislarlo hasta ese punto.

—¡Puedo hacer lo que me plazca! —Fue una exclamación baja, pero suficientemente amenazadora como para que Brianna levantara la cabeza. Allí estaba otra vez, el hombre intransigente e inflexible que no parecía conmovido ni siquiera por la enfermedad de su hijo. Lo hubiera pensado así de no ver ese brillo inusual que hacía que sus pupilas temblaran más de la cuenta—. Me parece que habíamos acordado algo parecido en nuestro trato.

—Sí. Y también que no se inmiscuiría en mi forma de impartir mis clases. Aunque parece que esa parte no le interesa en absoluto. Todavía estoy esperando sus preguntas al respecto, señor Miller.

Sabía que acababa de lanzarle un golpe bajo, pero no se arrepintió. Afortunadamente, el doctor Pemberton los interrumpió en ese momento. Brianna se incorporó con dificultad, pero se encontró con el brazo de Wyatt extendido en su dirección.

—Apóyese en mí, la ayudaré a llegar a su habitación.

—No, gracias.

Lo apartó con firmeza y aguardó en el pasillo el diagnóstico del doctor, que no tardó en producirse.

—Fiebre amarilla —dictaminó cuando salió de la habitación en compañía de Wyatt—. El brote ha podido comenzar entre los esclavos. Si el niño ha estado con ellos, es posible que se haya contagiado allí. En cualquier caso, es conveniente atajarlo en todos los frentes.

Wyatt dirigió a Brianna una mirada devastadora. Controlaba su furia cuando interceptó a Cole antes de que este entrara en el cuarto de Ken sin dirigirles ni siquiera un saludo.

—Cole, ocúpate de aislar a los enfermos y administrarles el mismo medicamento que a Kenneth —ordenó con gesto sombrío.

—Tú deberías ocuparte de eso, como del resto.

—¡He dicho que lo hagas, maldita sea!

Cole apretó la mandíbula, lanzó una breve y dolida mirada a Brianna y terminó por ceder antes de desaparecer escaleras abajo seguido por Wyatt.

Aquella fue la última vez que lo vio en los siguientes dos días. Ella y Sam cuidaron de Ken, en unas jornadas tan agotadoras que apenas tenía tiempo de descansar, pero no mejoraba, al igual que los esclavos afectados. La risa y la alegría habían huido de Red Oaks para ser sustituidas por el miedo. Su tobillo mejoró a base de horas de estar sentada junto al niño; el agotamiento le

embotaba los sentidos, le nublaba la mente y le impedía pensar. Pero no sentir.

Y sentía tanta rabia por la conducta incomprensible de Wyatt Miller, tanta impotencia al no ser capaz de cambiarla y tanto sentimiento de culpa por el estado de Ken, que no había reparado en la alternativa que le colgaba del cuello hasta que se tocó la bolsita.

—¡Las hierbas! —exclamó, como si la hubieran pinchado con una aguja. A continuación, un golpe de añoranza se apropió de su pecho al pensar en la persona que se la había regalado. De haberla visto, le habría afeado su reacción lenta sin dudar—. Oonagh, amiga, perdóname. Solo espero haber reparado en ellas a tiempo...

Llamó a Sam para que la ayudara a vestirse y le dio el saquito a Queenie.

—Hiérvelas y dale al señorito Ken el agua resultante.

—Pero el amo...

—Deja al amo de mi mano. ¿Dónde está?

—En su despacho. Desde que el niño ha enfermado, no sale de allí ni siquiera para comer, señorita. Soy yo quien le lleva las bandejas y la mayor parte de las veces las recojo intactas.

Era comprensible, hasta cierto punto. ¿Por qué no luchaba? ¿Por qué no abandonaba esa actitud de víctima y peleaba por la vida de su hijo? ¿Por el amor de Dios, saltaba a la vista cuánto lo quería!

Irrumpió en el despacho en busca de respuestas y solo se detuvo al verlo reclinado sobre el respaldo de su silla sucio, demacrado, con una barba de varios días y la mirada perdida.

Su primer impulso fue escupirle a la cara lo que pensaba de él en esos momentos, pero aquellos ojos dorados clavándose en ella con un padecimiento infinito grabado en ellos, la frenó.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí? —preguntó.

—El suficiente como para condenarme en el infierno.

—No sabía que la recuperación de Ken estuviera en su despacho. ¿Es así como piensa ayudarlo?

—Le ordené impedir que Kenneth se mezclara con mis trabajadores —empezó, con la voz ronca pero carente de toda emoción—. Aun así, lo permitió. Ya ve el resultado.

—Lo siento, pero seguramente habría enfermado de igual modo si se hubiera quedado en la casa.

—¡Eso nunca lo sabrá! —bramó, con tanta fuerza que Brianna dio un paso atrás—. Está a punto de ser despedida, señorita. De muy malas maneras,

además. ¿Quiere arriesgarse aún más?

—Ken me importa demasiado como para tener en cuenta sus acusaciones absurdas, e incluso sus amenazas. Adelante, écheme si eso le hace feliz. Pero tenga en cuenta que, si me voy, su hijo quedará desamparado por la persona más importante para él: usted.

—¡No se atreva a insinuar que él no me importa, porque no se lo voy a consentir! —exclamó, poniéndose en pie.

—Me limito a constatar hechos. ¡Es médico! ¡Y es su hijo el que está ahí arriba, enfermo de fiebre amarilla! ¡Por el amor de Dios, reaccione de una maldita vez! ¡Ayúdelo!

Wyatt parpadeó. Lo vio levantar los brazos y se preparó para sufrir las consecuencias, pero en vez de sus gritos desaforados, lo que escuchó fue un largo lamento antes de que se derrumbara sobre la silla y se tapara la cara con las manos.

—¡No es mi hijo! —exclamó con la voz rota de dolor.

Brianna se quedó inmóvil. Como si sus pies hubieran echado raíces en aquel lugar.

—¿Cómo ha dicho? —preguntó muy despacio.

—¡Ella me escupió en la cara que Kenneth no era mi hijo, sino producto de una infidelidad con Cole! ¿Puede imaginarse lo que eso significó? Cuando pude echárselo en cara a mi hermano, ¡casi nos destrozamos a golpes! Por no hablar de todo lo demás...

Señor de los cielos, ahora comprendía.

Una mirada llena de reproches se le escapó hacia el cuadro que reflejaba el aspecto de una mujer retorcida, que se había preocupado de dejar la semilla de la incertidumbre en su marido hasta el punto de destrozarlo, no solo a él, sino también su relación con Cole.

—Pero eso es mentira —farfulló, con menos seguridad de la que pretendía—. Cole lo quiere. Nunca haría algo tan repugnante.

—Eso mismo dijo él. Se mostró incrédulo primero, furioso después, cuando comprobó que yo me planteaba la posibilidad. Intentó por todos los medios defenderse de las acusaciones, pero en ese momento Cathy ya no estaba entre los vivos para contrastar versiones. —La miró con amargura antes de volver a cubrirse la cara—. Me costó demasiado tiempo darle un voto de confianza. Aun hoy, cuando las dudas me acogotan el cerebro, me sigue costando.

—¿No lo ha perdonado?

—Perdonado, sí. Olvidado, es más complicado si me tomo la molestia de mirar a Ken más de la cuenta. En ese momento, me gustaría estar ciego.

—Yo sé que lo quiere, igual que sé que es su hijo. —Se acercó con pasos lentos. Antes de pensar en lo que hacía, se puso en cuclillas y cubrió aquellas manos rudas con las suyas. Las sintió frías, como si pertenecieran a otra persona—. ¿Es que no lo ha visto? Físicamente, Ken es como su madre, pero sus gestos, sus palabras, sus reacciones... ¡Todo eso es de usted!

Debía serlo para que aquel hombre, enorme y casi invencible, no se destruyera ante sus ojos totalmente transido de un dolor y una impotencia que debían ser calmados. Brianna se puso en su lugar sin esfuerzo. Pensó en todos aquellos años negándose a sentir por Ken todo lo que cualquier persona que se encargara del cuidado de un niño sentiría. En todo el distanciamiento autoimpuesto por unas simples palabras. Estaba convencida de que Catherine le había mentado, pero ¿qué importaba? Lo único cierto era que él se había comportado como un padre para el niño, en todos los sentidos... menos en uno.

Cerró los ojos y dejó que todos sus miedos se evaporaran en el ambiente opresivo de aquella estancia, sustituyéndolos por calor. Movi6 sus dedos sobre los de él, hasta que se aseguró de transferir ese calor en forma de reconfortante confianza, de consuelo. De cualquier ofrecimiento que consiguiera espantar las tinieblas de las dudas.

Por primera vez desde que lo conocía, lo encontró solo. Tan perdido que pedía ayuda sin saberlo. Y ella se la estaba ofreciendo. Lo estaba tocando voluntariamente, sin el más mínimo temor al después. Cuando él se atrevió a levantar su rostro hasta toparse con el de ella, contuvo el aliento. La conmoción distorsionaba sus hermosos rasgos. Tenía los ojos turbios, húmedos al igual que sus mejillas. Lloraba, pero no parecía ser consciente de ello, igual que tampoco se daba cuenta de la trascendencia de lo que le acababa de revelar.

—Lo quiero más que a mi vida —confesó con su susurro tembloroso—. Y precisamente por eso no puedo atenderlo. Si no mejora...

—Mejorará.

—Si muere...

—No morirá.

—Si no consigo curarlo...

—Lo curaremos. Los dos.

Él la miró como si estuviera saliendo de una especie de trance cuando

ella señaló su escote vacío.

—He ordenado a Queenie que hierva las hierbas y se las dé a Ken. El niño no responde al tratamiento del doctor Pemberton, así que no perdemos nada con intentarlo. Lo peor que puede pasar es que no le haga efecto. Lo mejor, que ayude y tengamos que salir a buscar más. ¿Está de acuerdo? —Por segunda vez, tomó la iniciativa y enredó los dedos en el cabello negro. Los dejó ahí un momento, el necesario para que él inclinara la cabeza en esa dirección, como si quisiera perpetuar la caricia al mismo tiempo que intensificarla. Abrió la boca, pero ella se atrevió a colocar un dedo sobre aquellos labios reseca—. No me pida perdón ahora. Está demasiado afectado por el alcohol y por el estado de Ken como para hacerlo convenientemente. Más tarde, aceptaré sus disculpas.

—Brianna Fallon, es usted una mujer excepcional —murmuró. Apresó la mano que permanecía en su pelo con la de él, al mismo tiempo que apresaba también su mirada—. Y sí, puede tomárselo como un cumplido nacido desde la admiración más honda y sincera, porque lo es. Ni más ni menos.

—Entonces demuéstremelo, señor Miller. Venga conmigo, atienda a *su hijo* —dijo, remarcando las palabras adrede, para comprobar que suscitaban en él una tímida sonrisa—. Sé que ha nacido para ayudar a los demás. Lo veo en sus ojos, en sus manos, en los instintos que contiene cuando ve a alguien herido o enfermo. Deje que salgan para recuperar el tiempo perdido con Ken. ¡Olvide las palabras de su esposa! ¡Padre no solo es el que engendra, sino también el que cuida, el que apoya, el que quiere! Acompañeme a la laguna a por más hierbas. Si no lo hace y el niño muere, ¡nunca se lo perdonará! ¿Quiere arriesgarse o luchar? ¿Quiere tener otra muerte sobre su conciencia o mantenerla limpia sabiendo que ha hecho todo lo posible?

Contuvo el aliento, esperando cualquier clase de reacción a la dureza de sus palabras, hasta que distinguió los conocidos destellos de furia que la hicieron sonreír.

—¿Sellamos el trato?

—Con una condición: que, si esas hierbas obran el milagro, se vaya a descansar. Lo necesita.

Era muy fácil de cumplir. Ella asintió y dejó que le estrechara la mano, mientras su mirada admirativa le caldeaba la sangre de nuevo.

Porque era la primera que recibía por su parte, y confiaba en que no fuera la última.

* * *

Aquella mujer había conseguido que él se abriera como uno de sus libros.

Mientras trabajaba con ella, tras descubrir que las hierbas habían surtido efecto, Wyatt pensaba en lo extrañamente bien que se sentía por haberse confiado a ella, de una manera completamente voluntaria. Sin el recurso del coñac, sin una sola alusión al orgullo herido al comprender que, no solo estaba ayudando a Ken, sino también a sí mismo.

Era una sensación nueva esa seguridad basada en un mínimo de confianza. Pero pareció desmoronarse cuando, después de superar la enfermedad, Brianna lo dejó solo ante la puerta de la habitación de Ken mirándolo con aquella tenacidad que lograba hacerle ser consciente de cada uno de sus defectos, al mismo tiempo que capaz de solventarlos con toda la facilidad del mundo.

—Si yo me voy a descansar, usted arregla las cosas con él —fue lo último que le dijo.

Él no pudo replicarla, porque era lo que quería. Entró con sigilo y dejó la puerta entreabierta. Se sentó junto a la cabecera de la cama, pero no se atrevió a tocarlo.

—Hola, muchacho —murmuró con voz queda.

¡Por la gloria de Dios, estaba nervioso!

—Hola, padre —respondió, con su habitual expresión contrita cada vez que se acercaba a él.

—¿Cómo te encuentras hoy?

—Bastante mejor, gracias. —Se sacudió el pelo como él solía hacer cuando no sabía cómo afrontar una situación o no encontraba las palabras adecuadas. ¡Señor, ahí estaba! Esa manera de fruncir el ceño y de estirar los labios... El pecho de Wyatt se sacudió, como si hasta el momento su corazón estuviera firmemente vendado para impedirle ver la realidad y ahora se librara de esa venda—. ¿Dónde está la señorita Fallon?

—Descansando.

—Ah. Es muy buena y trabaja mucho. Tiene las manos ásperas porque limpia muy bien el consultorio de Ed. A lo mejor, si usted le pagara más, no tendría que hacerlo.

—Lo consideraré.

Ken dirigió hacia él su inocente mirada cargada de esperanza y una explosión de ternura lo inundó por dentro como nunca antes le había ocurrido.

Recordó cuando cogió el cuerpecito de aquel niño por primera vez, después de atender a Cathy en uno de los partos más complicados de su vida. Su orgullo al contemplarlo, tan perfecto, tan hermoso, tan guapo que quitaba el aliento. El amor que fue creciendo dentro de él día tras día, hasta que unas simples palabras habían provocado su estúpida ceguera mental.

Haría lo posible por mejorar la situación con Cole. Se encargaría de enmendar los errores cometidos con Brianna, ahora que su hijo iniciaba su recuperación. Incluso consideraría el ofrecimiento de Ed... Sería capaz de cualquier cosa, con tal de volver a ver la admiración en aquel par de pozos grises que no dejaban de mirarlo. Lo que fuera, con tal de seguir sintiendo ese amor hacia su hijo que, después de permanecer encerrado, acababa de romper su particular dique de contención.

—Ken... —empezó, revolviéndose el pelo tal y como lo hacía el niño. Carraspeó y echó una mirada a la puerta entreabierta de la habitación. Demonios, no iba a ser fácil—. Bueno, sabes que no se me dan muy bien las palabras, ¿verdad?

—El tío Cole dice que eso solo es orgullo tonto.

—Es posible. —El desparpajo del chico le provocó una sonrisa. La primera que le dirigía en años—. El caso es que... En fin, quería pedirte perdón. No me gustaría que pensaras que no me he preocupado por ti.

—Ya lo sé. La señorita Fallon me ha dicho que, gracias a mí, ha vuelto a cuidar a la gente.

—No a todos. Solo he estado para ti... y para su tobillo. De Guideon y el resto se ha encargado Ed.

—¡Qué bien! ¿Va a trabajar con él, padre? —Ver esa luz brillando en los ojos todavía apagados de Ken le hizo sangrar el alma. Sonrió, conteniendo ese escozor molesto que se apoderaba de los suyos—. La señorita Fallon dice que terminará por hacerlo, porque tiene una mente prodigiosa que le permitirá seguir su camino. Padre...

—¿Si?

Los enormes ojos del niño se apagaron un tanto cuando pareció pensarse sus siguientes palabras.

—¿Me quiere? —preguntó en un susurro casi inaudible.

Wyatt apretó los dientes. ¡Por Dios! ¿Cómo había podido implantar en Ken la idea contraria? Mostrándose inaccesible, se respondió con amargura. Pareciendo una estatua sin sentimientos, implacable, como un soldado adiestrado con un solo objetivo del que jamás se apartaría.

Su objetivo había sido un distanciamiento insalvable de Ken, pero los últimos acontecimientos le habían enseñado que ningún fin en la vida era definitivo.

Todavía estaba a tiempo de dar marcha atrás. La carita expectante se lo decía cuando, en medio de un gruñido dirigido a él mismo, lo apretó con fuerza contra su pecho.

—Eres un chico despierto, con un corazón enorme además de mi hijo. ¿Cómo no iba a quererte? —murmuró, controlando las repentinas ganas de llorar—. ¿Podrás perdonarme, Ken?

Ya lo había dicho. Esperó con un nudo en la garganta, pero la reacción de Ken lo envolvió en una nube de ternura que fue incapaz de espantar a tiempo. Respondió a su abrazo enroscándole los brazos al cuello para apretarse todavía más contra él.

Wyatt no fue consciente del aire que se escapó de sus pulmones con alivio. Solo supo que depositaba un tierno beso en la maraña de rizos sucios cuando comprobó que las lágrimas los mojaban y escuchó sus propios sollozos contenidos.

Solo necesitó un segundo más para abrirse por completo, estrujándolo con toda el ansia, toda la desesperación y todo el miedo contenidos durante demasiado tiempo.

—Gracias, hijo mío —murmuró, de modo que nadie más pudo escucharlo—. Gracias.

Al otro lado de la puerta, Virginia y Brianna observaban la escena conteniendo el llanto.

—Gracias —repitió la anciana, con las manos de Brianna entre las suyas—. Gracias, porque mi hijo al fin ha empezado a olvidar. Esto es obra tuya.

—Y mi culpa. Cole y él...

—Terminarán por arreglarse. A veces, para empezar a ver, hay que sufrir.

Se retiró a su habitación mientras Brianna iba en busca de Cole. Necesitaba aclarar las cosas con él, atenuar su carga de conciencia. No podía consentir que aquellos dos hermanos se enfrentaran por su culpa, pero tampoco estaba dispuesta a renunciar a ser la acompañante de Wyatt Miller. No, después de haber empezado a conocer esa parte de él que con tanto empeño había ocultado y que con tanta fuerza había brotado al exterior. Wyatt había tenido que ver a su hijo al borde de la muerte para comprender que lo más fuerte que los unía, lo único por lo que realmente podría llamarse «su padre», era por ese amor que había sobrevivido a inquinas. Ella no había

hecho más que repetirle lo que muy probablemente estuviera cansado de oír, pero la escena que acababa de presenciar la arrojaba a él con más fuerza, como si fuera un mar embravecido contra el que no podía luchar.

Cole debía entenderlo así.

Apenas había pisado la salida cuando se encontró con Queenie y Ayana, con los ojos anegados en lágrimas e inclinándose hacia ella como si fuera una reina y no una simple irlandesa.

—Señorita —murmuró Ayana, antes de tomar sus manos y llenarlas de besos—. Mi niño vive gracias a usted. ¡Tiene el don de curar! ¡A partir de ahora, haré lo que usted quiera!

En ese momento, Grady pasó por su lado. Sus ojos se cruzaron con los de ella con aquella mirada irreverente que le ponía la piel de gallina.

—Buenos días, señorita —saludó, tocando el ala de su sombrero antes de fijarse en Ayana, que todavía sostenía sus manos entre las de ella.

Por eso Brianna pudo sentir la tensión, la casi insignificante vibración que producía el miedo, o la impotencia al no poder cambiar la situación que provocaba ese miedo. Lo vio en los ojos temerosos de la esclava, que lanzaron una silenciosa mirada de socorro cuando los dirigió a ella. Sin necesidad de palabras, pero con todos los gritos del mundo, comprendió.

—Quiero que me sirvas, personalmente —afirmó sin pensar—. Hablaré con el señor Miller para que te saque del aserradero y te traiga a la casa grande, con Queenie y los demás.

Seguramente él se negaría, pero era lo único que podía ofrecerle.

Se dio la vuelta y volvió a la casa en busca de Cole.

No se dio cuenta de que un par de ojos, los mismos que llevaban observándola desde que la había conocido, siguieron sus movimientos, llenos de un rencor rancio que había enraizado en el alma de su dueño, y que se acrecentaban con cada día que pasaba.

Clamaban venganza, como una manera de calmar el dolor.



Diecinueve

—¿Qué le parece, ama?

El corpiño del vestido, con un pronunciado escote que realizaba el nacimiento de sus senos y ajustadas mangas hasta el codo, se adaptaba a la perfección a su busto, para desembocar en una falda verde botella, con una sobrefalda de un tono mucho más claro y acorde con sus ojos, recogida en pliegues y apenas abultada por un miriñaque muy discreto. Ayana había hecho un extraordinario trabajo con su cabello, que aparecía recogido a un lado de la cabeza, con un adorno en forma de mariposa del mismo color, de modo que los cuidados bucles caían sobre esa parte de su cuello. Para completar el conjunto, Brianna apreció con asombro el fino collar de esmeraldas y los pendientes a juego, justo antes de que Sam se lo cubriera delicadamente con un chal gris claro con los bordes bordados en oro.

Parecía otra persona. Y en cierto modo, lo era. Aquella tarde se dirigiría a la plantación de los hermanos Pemberton del brazo del señor Miller... De Wyatt. Hacía tiempo que lo llamaba así en su mente. Concretamente, desde que la alegría volvió a reinar en Red Oaks a raíz de su acercamiento a Kenneth. Ahora no solo pasaba con el niño todo el tiempo que podía, sino que supervisaba personalmente sus avances con él e incluso la ayudaba cuando las cosas se ponían difíciles.

—Creo que este vestido ha sido la mejor inversión en años, querida —apreció Virginia—. Y mi juego de pendientes y collar te queda precioso. Lúcelos tú. Mi jaqueca me impide hacerlo yo.

Se llevó una mano a la frente con gesto teatral, pero Brianna contuvo una sonrisa. Había llegado a conocerla lo suficiente como para saber que sus «jaquecas» aparecían casi siempre en el momento más oportuno. Y la fiesta de Roxanne lo era.

—Estás tan tentadora que dudo que esta noche no recibas alguna proposición —añadió la mujer con su sonrisa más pícaro, provocando las

risillas de la sirvienta y la esclava.

—¿Indecente?

—Ojalá. —Esta vez las dos estallaron en risas, hasta que Virginia se acercó a ella y la tomó de las manos, con una mirada de orgullo en sus ojos. La risa desapareció para dar paso a una complicidad que se había ido forjando entre ellas con el paso de los días—. La picardía debería ser aceptable. Un pequeño pecado en la conciencia hace irresistible a una mujer, Brianna. Recuérdalo.

Los que ella cargaba en el interior de su corazón eran tan grandes que la decepcionarían si los conociera. A Virginia, a Wyatt e incluso a Cole. Lo mejor sería que siguieran donde estaban, indefinidamente si fuera necesario. Nunca deberían salir a la luz. Jamás.

De nuevo aquella palabra tan tajante que el destino se había encargado de diluir a la menor ocasión.

—Wyatt te espera fuera, cariño —murmuró Virginia, acariciando su mejilla con ternura—. No le hagamos esperar más.

—¿Y Cole?

—Él ha decidido marcharse antes, en su caballo. Al parecer, el calesín le resulta... incómodo.

O más bien la compañía, pensó Brianna con un suspiro de tristeza. Había intentado hablar con él, sin éxito. En cada ocasión se las había arreglado para esquivarla, pero ahora se lo encontraría en la fiesta. En compañía de Wyatt. Un cosquilleo de anticipación se instaló en la boca de su estómago cuando lo divisó. Imponente y viril, además de...

Descuidado. Mucho. Porque su chaqueta colgaba de la rama de un árbol y él se revolcaba sobre la hierba, fingiendo una pelea con Ken.

Durante un momento, Brianna contempló aquella estampa con un ramalazo de inoportuno orgullo cruzándole el pecho. Se apretó más el chal en torno a él, como si así pudiera contener el escalofrío, y sonrió. Wyatt era varonil en su seriedad, pero en aquella postura, emitiendo exagerados gruñidos cada vez que los pequeños puños de Ken impactaban en el chaleco gris oscuro que le cubría el pecho, se veía tan cercano, tan familiar, tan entrañable, que el corazón empezó a palparle sin control. Como le pasaba últimamente cada vez que lo tenía cerca; sus sentidos bailaban al son que dictaba aquel hombre sin apenas mover un dedo.

El hecho de pensar en sus diferencias sociales ya no la ayudaba a mantener las distancias, sobre todo teniendo en cuenta que nadie en la casa

parecía reparar en ellas. Había bajado la guardia con él sin darse cuenta. Y lo que era aún más preocupante: no sabía si querría volver a subirla.

—Señor Miller, ¿qué hace? ¡Va a arruinar su traje, por el amor de Dios!

Fingió enfado, pero tuvo que contener la risa cuando, como si se tratara de un niño que había sido pillado en falta, Wyatt se levantó de un salto e intentó recuperar la compostura peinándose el pelo revuelto con los dedos, sin demasiado éxito.

—Bueno, estaba... —Con un carraspeo incómodo, se dirigió a Ken—. Explícaselo tú, muchacho, que yo no puedo.

—¿Porque está tan guapa que no puede hablar? Eso es lo que me dice a veces, padre. Que cuando la mira se olvida hasta de las palabras.

Brianna se tapó la boca para evitar la carcajada cuando Wyatt abrió los ojos por la sorpresa primero y por la vergüenza después. Creyó que amonestaría a Kenneth, pero al final, optó por revolverle el pelo con un gesto cariñoso, que desembocó en un beso y un abrazo, de los que últimamente abundaban entre ellos.

—Recuérdame que mantenga mi lengua en su sitio contigo la próxima vez que hablemos, hijo —murmuró, antes de darle un amistoso azote en el trasero—. Anda, ve con Queenie. Y pórtate bien.

—¡Sí, padre!

Wyatt lo vio marchar y recogió su chaqueta. Solo entonces pudo apreciar sin restricciones a la preciosidad que tenía delante, con los ojos brillantes de diversión, las mejillas coloreadas y esa boca, que él se moría por besar, parcialmente cubierta por la mano.

Cuando se acercó a él, se le cortó la respiración. Brianna se movía con una gracia fluida, pero con una seguridad que resultaba al mismo tiempo agradable y desconcertante. Era como si la vida se hubiera encargado de aportar la seriedad necesaria a su juventud. Toda ella lo excitó. Su elegancia, la sabiduría que parecía llevar en cada mirada y que contrastaba con la imagen de inocencia.

Aquel delicado encanto provocaría un anhelo instantáneo en cualquier hombre.

Pero él no era cualquier hombre. Y ella, desde luego, estaba lejos de ser cualquier mujer.

Una violenta oleada de posesión lo dominó. Era la misma sensación que siempre lo abrumaba, porque solo podía gestionarla de una manera: recordando que lo que le hacía sentir aquella mujer iba mucho más allá de las

suaves sábanas de su cama. Que no solo quería escuchar sus gemidos de éxtasis y experimentar su entrega total, sino también sus risas, sin aquellas reservas que siempre percibía cuando intentaba acercarse a ella.

Estaba hermosa. Era inteligente, fuerte y tan resolutiva que se manejaba con sus desaires tan bien como con Kenneth. El niño la adoraba y su madre la trataba como a una igual.

Él... Él solo ardía por cada faceta de aquella mujer fascinante.

Tragó saliva para aportar un poco de frialdad a su cuerpo y estiró el brazo en su dirección.

—Está tan hermosa que seré la envidia de todos —apreció, con el brillo intenso de sus ojos posándose en cada centímetro de ella—. ¿Nos vamos?

Brianna asintió y se dejó llevar hacia las caballerizas.

No fueron conscientes de que eran seguidos, de nuevo, por alguien que, a partir de entonces, resolvió que debería actuar con más contundencia si quería obtener resultados.

* * *

Desde el momento en el que pusieron los pies sobre el mullido césped de la plantación de los Pemberton y comprobó el ambiente de fiesta que los rodeaba, Wyatt notó la tensión en Brianna. Ese asomo de inseguridad que lo inquietaba, porque siempre pensaba que él tenía algo que ver.

La observó de reojo. Su pequeña naricilla estaba elevada hacia el frente, señal inequívoca de que sus ojos no se perdían detalle de lo que tenían delante.

Era muy normal. Incluso a él le sorprendió el despliegue de casacas grises, oficiales sureños de distintos rangos, que pululaban por los inmensos jardines de la plantación con mirada especulativa sin perderse detalle de las damas que asistían al evento. Brianna no escapó de ese escrutinio. Varios pares de ojos se posaron en ella, e incluso algún temerario se aventuró a dar un paso en su dirección, pero sus intenciones se vieron frenadas por la mano de Wyatt, bien firme sobre la cintura de Brianna, y una mirada que hablaba a las claras de sus intenciones.

Si tenía que dedicarse a espantar moscones el resto de la fiesta, lo haría.

—¿Nerviosa? —preguntó.

—Un poco.

—Imagino que no está acostumbrada a esta clase de reuniones, pero no se

preocupe. Los uniformes militares son solo eso: uniformes.

—La señorita Pemberton se acerca a nosotros. —Su suave susurro vino acompañado de un apretón involuntario en su brazo, dando fe de la tensión que la dominaba.

—No voy a dejarla sola más de lo imprescindible, Ojos de Gata. —En ese momento, la aludida llegó hasta ellos con un impresionante vestido violeta, en perfecta concordancia con sus ojos. Su belleza no tenía parangón y lo sabía, porque dedicó a Wyatt una sonrisa deslumbrante—. Felicidades, querida. Estás resplandeciente.

—Adulador. —Pero recibió con un brillo perverso en los ojos el beso que él le dio en la mejilla y que hizo que Brianna se revolviere inquieta—. Veo que has acudido acompañado. Qué lástima. Esperaba ser el centro de tu atención.

—¿Acaso tu cohorte de admiradores es demasiado corta para tu gusto?

—Ninguno me interesa. —Sin que la presencia de Brianna pareciera molestarla lo más mínimo, se colgó de su otro brazo—. Ahora que has venido, seguro que serás el ganador de la carrera de caballos que está a punto de comenzar.

—Para eso tendría que participar.

—Oh, yo sé que lo harás...

No le apetecía en absoluto separarse de Brianna, pero sabía cuál era el objetivo de esa reunión aparentemente informal llena de uniformes grises. El conflicto armado llamaba a las puertas de cada casa sureña, llena de ideales preparados para ser defendidos. La guerra se respiraba en la tensión de las calles, en los discursos apasionados que presidían reuniones como aquella, aparentemente informales, arengando a las conciencias que aún pudieran mostrarse indecisas para que tomaran partido por la opción correcta.

La crispación era patente. El ambiente que lo rodeaba parecía un polvorín, listo para saltar a la menor chispa, y ver en ella a Cole y Eduard le hizo fruncir el ceño con preocupación.

Hacía apenas un mes, el Congreso Confederado provisional había establecido que fuera el Departamento de Guerra de los Estados Confederados quien administrara el control del ejército, pero no contaban con un comandante militar general formal. En consecuencia, los reclutamientos se efectuaban en el lugar menos esperado, como era el caso.

—No sabía que habías invitado a un ejército, Roxanne —masculló.

—Ha sido Ed, que decidió seguir tus instrucciones al pie de la letra.

¡Pero ahora estoy encantada! —Claro. Todo lo que ensalzara su belleza y la hiciera parecer el centro de atención sería bienvenido por su parte—. Quizá sea la última oportunidad de disfrutar de una fiesta antes de la guerra.

—¿La guerra?

Roxanne se dignó a dedicar a Brianna una mirada tan breve como despectiva, destinada a ponerla en su lugar, cuando escuchó su pregunta.

—Fort Sumter, querida —respondió, como si ella no fuera capaz de entenderlo—. Los rumores hablan de que la rebelión armada empezará justo ahí, si nadie lo remedia.

—Al parecer, no solo nadie va a remediarlo, sino que van a participar en ese despropósito. Maldito idiota... —añadió Wyatt con voz sombría. Se refería a Cole, que en esos momentos bromeaba con un brigadier sureño.

Avanzó hacia él, pero Roxanne malinterpretó el gesto.

—¡Wyatt! ¡No me digas que te has alistado con los nuestros, porque me darás una inmensa alegría!

—No soy tan generoso como para complacerte de ese modo, querida. Pero por lo que veo, es muy posible que nadie me eche de menos. —Sus ojos se estrecharon—. ¿Qué hay que hacer para participar en esa carrera?

—Tú, pedirle a mi hermano una montura adecuada. Además, ¡yo soy el premio! —Dio una vuelta alrededor de sí misma para que él pudiera contemplar todo lo que le estaba ofreciendo. Brianna estuvo a punto de atragantarse con su propia indignación cuando observó cómo Wyatt no se perdía detalle—. ¿Vas a participar?

—Creo... que sí. Señorita Fallon, me temo que tengo que dejarla unos momentos, pero enseguida volveré con usted.

—A no ser que resultes vencedor, querido. No lo olvides.

Ni siquiera la escuchó. Si participando en esa estúpida carrera lograba apartar a su hermano de allí, lo daría por bueno. Con pasos enérgicos alcanzó el corro de hombres con una sonrisa forzada a modo de saludo, antes de apartar a Cole por el brazo con disimulo.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —siseó—. ¡Todo el mundo puede ver que, además de un cumpleaños, aquí se está celebrando una reunión militar!

—Y yo he asistido a ambas cosas.

—¿Te has alistado?

—Solo lamento no haberlo hecho antes. ¡A diferencia de ti, voy a luchar por conservar lo mío!

La visión de su hermano con los sesos esparcidos en el campo de batalla no fue nada en comparación con lo que sintió al verlo tambalearse.

Se fijó mejor. Tenía las pupilas dilatadas y su aliento apestaba.

—Has estado bebiendo —le echó en cara.

—No eres el más adecuado para darme lecciones acerca del tema.

—Es posible. Pero sí que lo soy para preguntarte si te has alistado en estas condiciones.

Hacía demasiado tiempo que el Cole bromista y despreocupado había desaparecido de Red Oaks, pero Wyatt lamentó una vez más tener delante aquella caricatura amargada y llena de resentimiento que le respondió con una carcajada sin humor.

—¡Deberías seguir mis pasos! —le escupió, sacudiendo la cabeza—. A fin de cuentas, vives del trabajo de aquellos a los que te niegas a llamar esclavos, pero que sigues teniendo bajo tu yugo.

—¡Sabes que no podemos liberarlos!

—¿Lo haría si pudiera? —La pregunta provino del brigadier sureño, de mirada afilada y larga barba, a quien no conocía de nada—. Soy James Longstreet. El señor Wyatt Miller, supongo. Su hermano no ha dejado de hablarnos de usted en el poco tiempo que lleva aquí. Nos ha explicado que últimamente el Tren Subterráneo ha causado verdaderos estragos en su plantación...

—Al igual que en el resto —apreció Wyatt. No le asustaba el interés aparentemente amistoso del brigadier. A pesar de que sus ideas fueran radicalmente opuestas a las de aquellos hombres, las ocultó a la perfección. Por encima de los rumores, los hechos eran que Red Oaks se había convertido en un referente de producción.

—Al parecer es un mal generalizado. Aun así, usted se ha manejado muy bien con esos inconvenientes, si me permite decirlo.

—No serviría de nada que se lo prohibiera, ¿verdad?

—Vamos, amigo, no se lo tome como algo personal. Estamos de celebración —insistió el brigadier, señalando los alrededores—. Tenemos con nosotros lo más granado de las familias sureñas. De hecho, su acompañante es una mujer preciosa a ojos de cualquier hombre que aprecie la belleza...

Wyatt se volvió hacia él intentando aclarar las ideas, cuando lo cierto era que, con una mujer como Brianna tan cerca, le era imposible encadenar dos pensamientos seguidos.

—Es irresistible para los machos de todas las especies —reconoció, con

los puños apretados y los ojos entrecerrados—. Aunque ya tiene dueño.

—Uno traicionero que ha pasado por encima de los de su propia sangre —siseó Cole. Afortunadamente, solo él pudo oír el comentario.

Se acercó dispuesto a hacerle comprender un par de cosas, pero Eduard se interpuso en su camino con una sonrisa cordial y una mirada de advertencia en los ojos.

—¡Querido amigo, te esperaba! ¡Ya sabía yo que no podías negarte a una carrera en mi casa! Porque estás esperando a que te dé tu montura, ¿verdad?

Wyatt asintió con rigidez cuando no le quedó más remedio que aceptar las riendas que él le tendía.

—Eso está mejor —le dijo, señalando a las jóvenes que comenzaban a arremolinarse en torno a la valla que las separaba de ellos para disfrutar de la carrera. Wyatt divisó a Brianna sin esfuerzo, porque tenía la expresión de un pato cojo en mitad de un lago surcado por preciosos cisnes. Pedía socorro a gritos, pese a que permanecía callada, mirándolo con igual intensidad—. Te la has jugado trayéndola. Y en más de un frente.

—El único frente que me interesa ahora es Cole. ¿Cómo ha podido...?

—De momento, la vía diplomática está haciendo su trabajo entre el presidente y los estados secesionistas, aunque dudo que dé sus frutos. Y si se llega a las armas, él estará orgulloso de luchar por aquello en lo que cree. Tú deberías saberlo mejor que nadie, puesto que Brianna ha obrado milagros, según tengo entendido.

—Por eso ha venido conmigo.

Además de ser una parte muy importante en sus razones para participar en la carrera, si exceptuaba a los militares que lo rodeaban. Sabía que la conversación mantenida con el capitán solo había sido un burdo intento de atraerlo a las filas sudistas, pero ni de lejos estaba dispuesto a formar parte de ellas. Por principios, por convicciones, por honor... Pero, sobre todo, por Brianna. De un modo extraño, intuía que no le gustaría verlo vestido de gris.

Y él no quería desagradarla.

A un disparo, la carrera empezó entre gritos de ánimo, silbidos y palmadas. El recorrido era amplio, alrededor de la casa principal y de sus construcciones aledañas sin entrar en los cultivos. Enseguida, los hermanos Miller llevaron la delantera. Aunque era Cole quien pareció tomar ventaja, Brianna tembló al ver la fuerza masculina de Wyatt dominar y guiar el ímpetu del animal. Lograba fascinarla. El simple hecho de mirarlo la turbaba. Debería producirle el rechazo que siempre la llevaba a alejarse de cualquier hombre,

pero la excitación experimentada no hacía más que confundirla, porque se sentía atraída por su aspecto, por su carisma. Como si sus recuerdos terminaran pulverizados a sus pies con solo ver su aspecto. La camisa blanca se ceñía a su cuerpo y el cabello negro le enmarcaba el rostro moreno y la mirada salvaje, brillante por la energía empleada en cada minuto de su vida como la estaba empleando ahora, dejando salir ese espíritu libre que regía sus actos, por encima de prejuicios, órdenes sociales e imposiciones de ningún tipo.

Estaba tan ensimismada en aquella estampa, que el gritito de Roxanne la sobresaltó. La carrera acababa de terminar y el ganador había sido... Cole.

—Los hombres no tienen criterio, querida. Levantan cualquier falda que se les ofrezca.

—¿Qué quiere decir con eso?

Roxanne estaba claramente contrariada por el desenlace de la carrera y no se molestó en ocultárselo, en forma de una mirada enconada que le hizo entender que acababa de ganarse una enemiga.

—No espere hacerme sombra, porque no lo hará ni de lejos —le advirtió, acercándose a ella con disimulo. Exhibía una sonrisa de dientes blancos, perfectos, mientras disparaba todo su veneno—. Él la buscará para meterse entre sus piernas y después vendrá a mí. Una simple institutriz no aspirará a más, por mucho que la vistan como a una reina.

Pudo notar cómo su cara pasaba del rojo al blanco sin posibilidad de arreglo. Lo justo hubiera sido poder responder como aquella bruja prepotente se merecía, pero los hermanos Miller llegaron junto a ellas antes de que pudiera siquiera cerrar la boca, que había permanecido abierta por la impresión.

Wyatt llevaba sus mechones negros alborotados, el chaleco desabotonado y la chaqueta al hombro. Su expresión adusta se suavizó en cuanto puso sus ojos en ella, pero la de Cole se tornó todavía más oscura y peligrosa cuando Roxanne, forzada por las circunstancias, se colgó de su brazo.

—Felicidades, querido —dijo, mientras su mirada seguía fija en Wyatt—. Te has ganado el derecho de disfrutar conmigo de todos los bailes que se sucedan el resto de la fiesta.

Wyatt abrió la boca dispuesto a hablar con su hermano a solas, pero se fijó en Brianna. Estaba más pálida de lo normal, seria, carente de toda emoción, como si alguien le hubiera chupado la sangre.

—¿Se encuentra bien? Si quiere, podemos sentarnos allí, lejos de la

gente...

—Creo que va a empezar la cena y estoy famélica —dijo, señalando la casa. Era la mejor manera de alejarse de Roxanne—. Si consigo sobreponerme a las habladurías, es posible que incluso pueda comer algo.

—Solo sienten envidia.

—¿De mí?

—De mí —le susurró Wyatt. Sus labios le rozaron el lóbulo de la oreja al hacerlo justo cuando ella tomaba asiento, consiguiendo que la sangre corriera por sus venas a una velocidad superior a la normal—. Es, con mucho, la mujer más hermosa de la velada.

—Su empleada —se empeñó en recordarle.

—Mi igual. Creo recordar que nadie salió vencedor en las cláusulas del contrato, ¿verdad?

Lo decía con una convicción tan firme que incluso a ella le pareció ridículo creer lo contrario... Hasta que se topó con el gesto dolido de Cole, sentado al otro lado de la mesa, y la mirada asesina de Roxanne.

Acababa de granjearse una enemiga, pero decidió ignorarla. Con Wyatt a su lado, se sentía mucho más fuerte e inmune a ella.

—Consigue que mi situación laboral parezca un juego de niños —rio.

—Juegos, hummm... Otra palabra muy interesante. Confío en que, al final de la noche, no se arrepienta de haberla pronunciado, así que este es el mejor comienzo. —Wyatt se levantó y le sirvió él mismo una copa de ponche—. No me mire así y beba. No es veneno. Y hoy podemos hacer una excepción, ¿no cree? Por favor, diga que sí, porque de lo contrario conseguirá que pase sed.

Puso un gesto tan humilde y lastimero que consiguió su primera carcajada espontánea.

—Trato hecho —dijo.

Aquel fue el comienzo de una cena relajada y distendida en la que Brianna pudo calmar su hambre y sus nervios al mismo tiempo. Estaba en compañía de un hombre completamente desconocido, mucho más atrayente y varonil de lo que hasta ahora había demostrado ser. Sin querer, se preguntó cómo era posible que su propia esposa le hiciera sufrir de esa manera mintiéndole acerca de la paternidad de Ken. Porque a esas alturas, estaba convencida de que aquello era una mentira perpetrada por un alma egoísta y retorcida.

Tuvo que contenerse para no preguntarle por qué, pese a todo, seguía aferrado a su recuerdo; sencillamente, no quería perder esa pequeña porción

de él que estaba empezando a ganar. Se sentía tan a gusto que, cuando comenzó el baile, vio muy normal que fueran sus manos las que la condujeran por la superficie del salón, sin que nadie más se atreviera a acercarse. Su enorme presencia destacaba sobre los demás. Era un hombre hecho para ordenar y ser obedecido, pero en ese momento se conducía con ella con la mayor de las galanterías. Brianna se dejó llevar por su destreza y cerró los ojos. Su aroma masculino le provocó un hormigueo por todo el cuerpo. A su vientre volvieron las sensaciones provocadas por la barba de Wyatt sobre su cuello, el siseo de su respiración al ser olida sin disimulo. El deleite.

No debía sentirse así. Lo ideal hubiera sido acotar todas esas emociones antes de que se hicieran con el control, para después hablar con él de lo ocurrido en su cuarto. Sí, sería lo mejor.

Pero cuando abrió los ojos, le costó centrarse en algo que no fuera él y su contacto permanente.

—Al parecer, a los Pemberton les gusta la ostentación —le dijo, un poco achispada por la bebida.

—Es solo eso: ostentación. Ed tiene los pies en la tierra. Sabe que bajo ninguna circunstancia aceptaré la proposición de matrimonio con Roxanne.

—¿Le ha propuesto matrimonio? ¿Ella?

—No sé por qué me parece que no le extraña tanto como quiere hacer ver. —Él rio muy quedo junto a su oído mientras seguían los acordes de un vals. En realidad, escuchar que la rechazaba con tanta rotundidad hizo que un montón de mariposas le revolotearan en el estómago. Sabía cuál era su lugar, pero la actitud caballerosa de Wyatt le había hecho olvidar las palabras de Roxanne e incluso su sentimiento de culpa al observar a Cole. Su intención siempre había sido aclarar las cosas, pero desde su caída del caballo él la evitaba constantemente. Ni siquiera Virginia había logrado que la escuchara —. Mi dinero serviría para resucitar unos cultivos moribundos. El extra del aserradero es algo muy goloso para quien anda justo de fondos.

—Pero yo lo he visto trabajar allí. No creo que esté dispuesto a dilapidar esas ganancias en los caprichos de la señorita Pemberton.

Wyatt le sonrió y la apretó todavía más contra él.

—Esos fondos están destinados a comprar la libertad de mis trabajadores —le susurró al oído—. Sí, ya sé que se lo estoy contando a la institutriz de mi hijo, pero convendrá conmigo en que nuestra relación nunca ha sido convencional. Confío en usted. Al menos, hasta ese punto.

Se dejaba la piel con ellos cada día para tener posibilidad de

proporcionarles la libertad, mientras alguien que se hacía llamar El Búho se internaba en sus tierras para ayudarlos a escapar. Brianna se sintió tan sobrecogida por la confesión que le costó retomar el hilo de la conversación.

—No se deje guiar por las apariencias, Ojos de Gata. Mírese. Hace unas horas parecía un pajarillo arrinconado por un montón de buitres, y ahora está bailando conmigo como si disfrutara.

—¿Y si le dijera que disfruto?

—No sabría si creerla o no. De vez en cuando tropieza.

Brianna se atrevió a mirar sin disimulo aquella sonrisa socarrona. Ojalá no tuviera esa voz tan dulce y atrayente que la hacía mecerse en cada palabra. Ojalá no la atravesara con ese par de ojos que cambiaban de color según la emoción que lo dominara a cada momento. Ojalá...

—Es el ponche —se excusó. De repente tenía dificultades en enfocarlo —. Estoy un poco mareada.

Wyatt se detuvo de inmediato, con el ceño fruncido.

—Conozco un remedio infalible contra ese tipo de mareo —murmuró.

—¿Y dónde está ese remedio?

—Antes haré que se siente. No quiero que me acuse de haberme aprovechado de su estado.

El aroma que desprendía su cabello la golpeó en la nariz y en el cerebro cuando la arropó con su chal y la acompañó hasta un banco situado en una de las grandes terrazas. De todas formas, no hubiera sido capaz de conducirla en ese estado hasta el jardín. Podría comportarse como un bastardo sin escrúpulos en lo que concernía a muchas cosas, pero no con ella.

Brianna respiraba a grandes bocanadas, recostada en el respaldo del banco con los ojos cerrados, pero cuando los abrió, se encontró con los de él muy cerca, a la espera.

—Estoy afectada por el ponche, pero no borracha. Mi mente funciona a las mil maravillas.

—Oh, perfecto. Porque entonces podré preguntarle si quiere acompañarme a los jardines. ¿Quiere acompañarme a los jardines?

Aquella noche estaba tan encantador, tan accesible y al mismo tiempo tan desconocido, que Brianna no hubiera podido negarse ni aunque viera el peligro apostado en la puerta.

—Vamos —dijo, poniéndose en pie con agilidad para aceptar el brazo que él le ofrecía.

Roxanne los vio desaparecer y apretó los labios.

El amor que sentía por aquel hombre solo era comparable al odio que la dominaba.

Lo conseguiría. A como diera lugar.



Veinte

—¿Sigue nerviosa? Espero que no sea por mi culpa. ¡Juro por lo más sagrado que esta noche soy completamente inocente!

—Se lo agradezco infinitamente —replicó Brianna, aferrando el chal con su mano libre y una sonrisa—. Pero lo he visto hablar con ese capitán después de oír lo que dijo la señorita Pemberton acerca de la guerra, y me preguntaba si esa probable guerra era su tema de conversación.

Se atrevió a mirarlo de soslayo, para comprobar que parecía absorto en sus propios pensamientos, mientras seguían su paseo sumidos en un agradable silencio. Podía imaginar muchas noches paseando de ese modo, colgada de su brazo y disfrutando del silencio. Durante un momento, la sensación fue tan real que sintió una punzada de nostalgia cuando él mismo le puso fin.

—Lo era. Cole se ha alistado en el ejército del sur —añadió con voz sombría.

—¿Y usted? ¿También se ha alistado?

—¿Se preocupa por mí?

Mucho más de lo que estaba dispuesta a admitir. Se esforzó en seguir paseando, porque no estaba segura de poder abordar una conversación donde parte de su pasado saliera a relucir, pero él dio un delicado tirón a su brazo y la detuvo.

—No me ha respondido —insistió—. Me sorprendería tanto esa preocupación...

Brianna murmuró algo entre dientes y suspiró al ver su gesto decidido. No se iba a rendir, y ella bien podía desvelar parte de su pasado si más compromiso.

—Escapé de una hambruna que mató a muchos de mis compatriotas, del yugo inglés que nos mantenía prisioneros sin posibilidad de salir de esa miseria —continuó, procurando que la voz no le fallase al hacerlo—. Tuve que dejar mucho atrás, señor Miller. Parte de mi familia, mi pasado. No fue

fácil, pero toparme con Meredith Fallon ayudó mucho. Por eso acepté el ofrecimiento de Cole. Para evitar perjudicarla. A ella y a mi hermano. Ya ve. Mi vida, como la suya, me ha endurecido, pero eso no me impide tener miedo. Y la guerra es algo digno de temer que merece, cuanto menos, preocupación. —Con un suspiro volvió a detenerse, cabizbaja—. Si Cole se va al frente, Virginia se quedará destrozada, pero si se va usted...

«Yo no tendré consuelo».

—Jamás me alistaría en las filas sureñas. —Caminaban iluminados por la luna, pero a pesar de todo, pudo ver una sonrisa de dientes blancos que la dejó sin aliento—. Un lugar solo vale lo que valen las personas que hay en él. Usted ha revalorizado Red Oaks. Acaba de demostrarme que es tan hermosa por dentro como por fuera.

Sus palabras salían del corazón y eran tangibles; podía tocarlas, tan cálidas como las caricias que recibía de sus ojos. Brianna soltó una risilla nerviosa y se apartó de él.

—No sé qué me sorprende más, si el hecho de que semejante cumplido provenga de usted o el cumplido en sí. ¿Hermosa, yo? ¡Oh, por favor...!

—A veces puedo sorprender al género femenino. Seguro que no soy el único que se lo ha dicho.

—Siempre caballeros galantes, como Cole o usted.

—¿Cree que soy un caballero? —Wyatt resopló teatralmente y apoyó la espalda en el tronco de un árbol mientras se cruzaba de brazos—. O peor aún, ¿cree que no es hermosa? Por la gloria de Dios, qué equivocada puede estar una mujer... Por favor, cierre los ojos. Bien —alabó cuando ella lo hizo—. Ahora levante los brazos al cielo y, mientras gira sobre sí misma, repita: soy hermosa.

—¿Qué...?

—Es de suma importancia que siga mis instrucciones, porque solo así llegará a donde quiero tenerla.

Y ese «quiero tenerla» significaba mucho más de lo que ella quería reconocer. Wyatt sonreía divertido, natural, relajado, así que hizo lo que le pedía.

—Soy hermosa —repitió sin mucho énfasis, mientras empezaba a girar.

—¿De dónde sale esa vocecita? Señorita Fallon, si realmente estalla la guerra, estoy seguro de que cualquiera de los dos ejércitos se pelearía por un oficial de mando como usted cuando se enfurece.

—¡No bromea con eso!

—De acuerdo, de acuerdo... A condición de que se esmere un poco más en complacerme.

La calidez que la había acompañado en su paseo se intensificó al mirarlo. De pronto, sintió que las cuerdas que la mantenían atada a esa parte de sí misma maltratada, deshecha, se rompían con tanta fuerza que casi pudo escuchar cómo caían a sus pies.

Asintió e intensificó sus giros. Cerró los ojos y respiró el viento del sur que le llegaba de él. Y, de pronto, se encontró gritando:

—¡Soy hermosa, soy hermosa, soy hermosa!

—Perfecto. Ahora solo falta que se lo crea de verdad.

Tropezó en la última de sus vueltas y se hubiera caído de no ser por un par de fuertes brazos que la pegaron a un pecho tan duro como cálido y vibrante.

Brianna miró hacia arriba. Y lo que encontró le hizo temblar el alma. Wyatt ya no sonreía. Solo la miraba, con aquella intensidad tan propia de él que le decía con exactitud lo que buscaba, lo que ansiaba de ella. Sus ojos lo hacían vulnerable. A la luz de la luna se habían vuelto tan oscuros como los de un cuervo e igual de inquietantes, pero tenían un brillo conmovedor.

No le gustaba la sensación de vértigo que sentía en la boca del estómago, a medida que el tiempo pasaba y sostenía aquella mirada oscura, provocadora y tierna al mismo tiempo. Debía recordar el propósito del paseo. Sus intenciones de aclarar las cosas. Su deseo de terminar con aquella confusión que jamás, ni siquiera en los momentos más oscuros de su vida, había sentido.

—Señor Miller, necesito hablar con usted.

—Siempre ha podido hacerlo, señorita Fallon. Adelante.

—Lo que ocurrió en mi cuarto no fue correcto —murmuró, tragando saliva para espantar esa incertidumbre que le cerraba la garganta y que provocó que él emitiera una risa sarcástica.

—Ha resultado tan poco convincente como en todas las ocasiones anteriores —replicó con dulzura—. Entiendo que pueda estar asustada. Su inexperiencia...

—¡No tiene nada que ver con eso! Simplemente, está mal.

—¿Ah, sí? —Él flexionó una pierna para apoyarla en el tronco, con actitud aparentemente indolente—. ¿Podría darme una sola razón por la que esté mal?

—Podría darle cientos.

—Soy todo oídos.

—Cole. No he podido hablar con él para aclarar las cosas. Es como si... me rehuyera.

—La rehúye. Le dije que usted deseaba aclarar las cosas y se escondió como un conejo asustado. Ahora mismo solo atiende a sus propios instintos — concluyó con un deje de tristeza—. Si hay posibilidades de que salga de su madriguera, tendremos que dejar que elija el momento. Ya lo hemos herido. Involuntariamente, pero ya está hecho. Y Cole tiene demasiado miedo al no por respuesta.

Era cierto. Lo miró de reojo. Su atractivo seguía siendo potente aun en la oscuridad de la noche. Casi irresistible. Brianna contuvo el aliento, preguntándose si no estaría utilizando los sentimientos de Cole como excusa para no atender a los suyos propios.

—Soy su empleada —insistió, lanzándole una breve mirada solo para comprobar que él la observaba con las cejas levantadas y un brillo divertido en sus ojos—. Me encargo de su hijo.

—¿Nada más?

—Y nada menos. ¿No le parecen razones de peso?

—Podrían serlo, si obviáramos el detalle de que todavía no me ha dicho que no lo desea. Esa, para mí, sería la razón más importante.

—No se trata de lo que yo desee, sino de lo que es conveniente.

—Pruebe con contarme aquello que la lleva a temerme contra toda lógica e incluso contra sus propios deseos, y conseguirá convencerme.

Estaba en lo cierto. Se sintió culpable por ese hermetismo tan necesario para protegerse. En realidad, él no se lo merecía cuando siempre había obrado con franqueza con ella.

—Un día, hace años, prometí que nunca dejaría que un hombre me usara a su antojo —confesó—. Sobre todo, si ese hombre es aficionado a la bebida.

—De ahí su petición acerca del alcohol.

Ella asintió, incapaz de hacérselo saber con palabras. La tensión manejaba su cuerpo. Saltaba a la vista que no quería hablar más del tema. Wyatt contuvo un gruñido. Pensar que alguien, probablemente un borracho sin escrúpulos, la había dañado lo llenó de una rabia desconocida en él. Nunca, ni siquiera con Cathy, había sentido aquellas ganas irrefrenables de vérselas con ese desconocido solo para despedazarlo.

Se cuidó de expresarlo en voz alta, porque prefirió comprenderla. Al fin, la caja llena de secretos que representaba aquella fascinante mujer comenzaba a abrirse para él, y no pensaba desaprovechar la oportunidad. Vio cómo

inclinaba la cabeza avergonzada. Una punzada de algo desconocido le impulsó a tomarla de la barbilla para obligarla a mirarlo directamente.

—«Usar» es una palabra que nunca he utilizado cuando se trata de usted. Es demasiado mujer. Nunca me referiría a usted en esos términos. Serían burdos, simples, y no le harían justicia.

—¿Porque, según usted, soy hermosa?

—Porque eres única. Brianna, te deseo tanto que no me reconozco cuando te tengo cerca. —Se sumergió en el verde cristalino de sus ojos y tiró de su chal con delicadeza para impulsarla ligeramente hacia él. Su rodilla flexionada chocó entonces con la suavidad de sus muslos a través de todas sus capas de ropa, obligándola a abrirlos para acomodarse en el suyo si no quería caerse—. Y cuando te tengo lejos, me doy miedo. Mucho más que el que algún desgraciado haya podido plantar en ti para que termines pensando que eres poca cosa. Necesito que comprendas que jamás será mi intención hacerte daño. Necesito al menos ese reducto de tu confianza. ¿La tengo?

—¿Para qué?

—Para esto. —Se lanzó a por su boca como un hambriento hacia un succulento plato. Era lo que había deseado durante demasiado tiempo, aunque en el momento en el que sus labios chocaron, supo que no sería suficiente. No pidió permiso. Recorrió aquella cavidad cálida y húmeda con la lengua, buscando una respuesta que no tardó en llegar. Fue un beso rudo, sin artificios, lleno de imposiciones, pero también tan intenso que Brianna no pudo luchar contra él. Se vio llena de su sabor fuerte y rotundo, de la rugosidad de su lengua que buscaba la de ella con ahínco, de la seguridad con la que sus labios la reclamaban, generando un fuego en su interior tan virulento que comenzó a abrasarla. Wyatt abandonó el chal y sujetó su cabeza con ambas manos para poder profundizar más en aquella boca dulce y sedosa—. Para esto. —De pronto, la aparente brutalidad de su asalto se transformó en delicadeza cuando empezó a mordisquearle el mentón. Brianna siseó de placer. Perdió el último reducto de sus reticencias al comprender que todas sus reacciones físicas hacia él tenían un motivo: lo deseaba. Era inútil negárselo a sí misma. Tampoco podía luchar contra ello. No mientras Wyatt llevaba la boca hasta su cuello para, literalmente, lamérselo con una lenta cadencia que la hizo prender como si fuera una rama seca. Enredó los dedos en el espesor de su pelo negro. Inhaló en profundidad su potente aroma masculino, hasta el punto de soltar un gemido que la sorprendió incluso a ella—. Y también para esto. ¿La tengo?

Apenas lo escuchaba. Se arqueó hacia él con tanta naturalidad que la

asustó, pero dio la bienvenida a cada sensación novedosa que irrumpía en ella con la fuerza de un viento huracanado. Se deshacía poco a poco, sin remedio ni posibilidad de dar marcha atrás. Ni siquiera sabía cómo había llegado a esa situación. Notar el tacto rugoso de la lengua recorriendo su cuello hacía que cada poro de su piel se tornara mucho más sensible, mucho más voluble. Sus pezones se erizaron bajo el corsé, poniéndose tan duros que sintió dolor en medio del placer y humedad en lugares que ni siquiera sabía que podrían humedecerse. Se sintió vencida.

Tenía los pies en vilo. Permanecía en un precario equilibrio sobre el poderoso muslo de Wyatt, de modo que sus faldas ascendieron hasta casi las rodillas, dejándola parcialmente expuesta. Cerró los ojos cuando percibió que se balanceaba hacia delante, pero los volvió a abrir al notar las manos masculinas, firmes, abarcando su trasero.

—No voy a dejarte caer, salvo que tú lo quieras así.

¿Lo quería así? No. Sí. Wyatt se detuvo, manteniéndola pegada a él. Con el calor de sus manos calcinando la tela de sus pantaloncillos, la pequeña abertura de los mismos completamente empapada y aquella longitud larga y firme que componía su erección, presionando con dureza contra su vientre.

Exudaba poder, experiencia y una pasión que había dejado salir por completo para atraparla. Brianna sintió que su aliento la estremecía entera cuando él llevó la boca hacia el borde de su escote y recorrió sus pechos con multitud de besos intensos, húmedos. Casi exquisitos. Con la misma firme delicadeza, penetró con la lengua bajo la tela para saborearla mejor.

Ella experimentó un cosquilleo mientras sus sentidos giraban al unísono. Necesitaba olvidar. Echar a un lado todos los impedimentos que había utilizado como obstáculo para no sentir lo que estaba sintiendo. Un intenso abandono le calentó la sangre; algo que nada tenía que ver con el miedo, la repulsa a ser tocada por un hombre o la inseguridad provocada por la necesidad de mantener ciertos secretos, a costa incluso de sus propias emociones.

—Respóndeme, Ojos de Gata. ¿Tengo tu confianza? —Si albergaba alguna duda al respecto, se evaporó cuando lo miró. Sabía, sin lugar a dudas, que podría confiarle su vida entera. Asintió y él sonrió con malicia—. Entonces... gracias.

Sus muslos se tensaron contra los de él, como si quisiera dejar impreso para siempre su tacto en el cuerpo. Jadeó al notar el torbellino de deseo que, desde el pecho, avanzaba hasta el vientre y se detenía entre las piernas. Wyatt

no contuvo el gruñido de intenso placer que le provocó el movimiento. Brianna se deshacía, moviéndose como si fuera una experta en el arte de enloquecer a un hombre, y con él lo consiguió. Llevó una de sus manos a un costado hasta alcanzar un pecho. Incluso a través de la ropa se notaba suave, tierno, joven. Maldijo el inconveniente de la indumentaria y coló dos de sus dedos dentro, hasta alcanzar el suave pezón.

Lo tenía duro, enhiesto. Casi tanto como lo estaba él.

Elevó la vista. Cuando comprobó que ella se amarraba con más fuerza a su cuello y emitía jadeos contenidos de placer, el último vestigio de cordura que le quedaba se rompió y empezó a fantasear con todas las posibilidades. Quería tenerla desnuda, lamerla por entero. Saborearla a placer y exprimir toda esa pasión que le ofrecía. Las imágenes eróticas se sucedieron; la sangre le rugía en las venas, haciendo que su erección palpitará por entrar en ella, por cobijarse en su interior y empujar hasta descargarse por completo.

Desplazó las manos por debajo de las faldas hasta encontrar sus nalgas y las abarcó con firmeza. Tiró hacia abajo y, al mismo tiempo, empezó a mecerla sobre su muslo. Adelante y atrás, adelante y atrás... Con una suave cadencia y una fricción tan firme como la textura caliente de aquello que le llenaba las palmas. Solo levantó la vista para ver su reacción y sus ojos se llenaron de aquella visión.

Brianna tenía los ojos cerrados y la boca abierta en una muda súplica para que continuase con aquello que había despertado entre sus muslos... En mitad de su corazón. Aquellos movimientos la llevaban a chocar contra una erección cada vez más palpitante, más caliente, más ansiosa.

Los instintos de Wyatt tomaron el control cuando volvió a absorber su boca con más ferocidad aún, completamente excitado por los jadeos que ella emitía. Solo podía pensar en ser su dueño, en poseerla; la lujuria más salvaje lo dominaba. Con su cuerpo le entregaba parte de su esencia, pero fue esa misma entrega lo que lo obligó a suplicar antes de que fuera demasiado tarde.

—Detenme —murmuró—. Dime que voy a arruinar tu reputación si continúo, que te haré desgraciada después. Dime...

Fue un segundo antes de escuchar un pequeño y casi insignificante chasquido no muy lejos de ellos que lo devolvió a la realidad. Levantó la cabeza hacia la oscuridad, como un animal olfateando el peligro, y se detuvo.

Brianna parpadeó confundida cuando, con la misma firmeza empleada en cada una de sus caricias, Wyatt la sujetó por la cintura para hacerla descender de su muslo. Solo cuando posó los pies en el suelo logró salir de la neblina de

excitación en la que las caricias de aquel hombre la habían sumido. Su mente empezó a reaccionar mucho antes que su cuerpo cuando notó el frío de la noche en cuanto él la apartó de sí para colocarla a la espalda.

Era un movimiento destinado a protegerla de situaciones incómodas, pero en esos momentos le hubiera dado igual. Su corazón todavía latía errático, se sentía débil y con aquel dolor insistente en el vientre que necesitaba ser calmado de alguna manera.

Él no parecía estar mucho mejor. El enorme bulto bajo sus pantalones se hizo patente en cuanto se giró, con una expresión atormentada en la cara y los dedos enredándose en su cabellera negra.

—He oído algo —murmuró como única explicación.

Parecía que le costaba hablar e incluso respirar. Boqueaba como un pez fuera del agua. Cerró las manos en dos puños con tanta fuerza que clavó las uñas en sus palmas. Parecía sumido en un sufrimiento tan profundo que esperó que la dejara allí plantada.

—¿Por eso te has apartado... así? —preguntó al cabo de un tiempo de estruendoso silencio en el que no se volvió a escuchar nada aparte de sus respiraciones excitadas.

Ignoraba todo lo que podía englobar ese «así». Nunca se había sentido de ese modo con un hombre. Confiada, anhelante de algo que desconocía, pero que dominaba todos sus sentidos. No quería llorar, pero sintió cómo sus ojos se llenaban de lágrimas de decepción cuando él la miró con dureza. Con una maldición oscura la abrazó, bajó la cabeza y selló su boca con un beso implacable. Brianna abrió los labios y se fundió con él, un segundo antes de que la apartara.

—Esto es demasiado difícil para mí solo. Ven conmigo. —Volvió a ofrecerle el brazo y la llevó hasta las caballerizas. La dejó junto a Joshua y prácticamente la obligó a subir al calesín, aprovechando su confusión—. Adiós, Brianna.

—¿Adiós?

—A partir de esta hora, nada honorable puede ocurrirle a una dama que decida acompañarme.

Ella lo miró con tanto dolor que terminó insultándose a sí mismo, pero no retrocedió. Con aquella despedida se arriesgaba a no volver a verla. Apretó los dientes, tratando de ignorar la chispa de desencanto que brilló en los ojos verdes, y se dio la vuelta. Debía calmar el dolor de su cuerpo y el que, contra todo pronóstico, le sacudía el pecho, porque no sabía cómo lidiar con él.

Debía poner tierra de por medio antes de arrepentirse.

Iba tan ensimismado en sus propios pensamientos que no se dio cuenta de que Roxanne observaba su deambular en medio de un odio lo suficientemente profundo como para llevar a cabo el plan que le bullía en la cabeza sin medir las consecuencias.

Había tenido que soportar al estúpido de Cole durante toda la velada. Se había cansado de bailar con él, de aguantar su negro humor, e incluso aquel olor a alcohol que salía por su boca cada vez que intentaba establecer alguna torpe conversación con ella.

Hasta que se marchó poco después de ver cómo Wyatt y su furcia desaparecían.

Roxanne estuvo a punto de festejarlo. Al fin se encontraba libre para ir en busca de Wyatt, pero cuál no sería su sorpresa al sorprenderlo apoyado en aquel árbol, retozando con la irlandesa. Sus jadeos de placer eran tan audibles que tuvo que taparse los oídos para evitar ceder al agudo ataque de celos y sintió una rabia tan potente que estuvo a punto de ser sorprendida cuando pisó una rama, aunque su descuido, al menos, sirvió para que él la dejara en el suelo y la acompañara al calesín. Fue tras ellos, pero al llegar al dichoso árbol, descubrió el chal de Brianna en el suelo.

Con una media sonrisa llena de ideas, se cubrió con él.

Solo esperaba que no fuera demasiado tarde... Y no lo fue. Vio con alegría cómo él despedía el calesín, pero tomaba la dirección contraria hacia los establos. Allí tenía su oportunidad.

Se encontraba en los últimos días de su menstruación. Aquel pequeño rastro le serviría. Él parecía tan frustrado que no le costaría conseguir que se desfagara con ella.

Podría recorrer su plantación con los ojos cerrados, y había luna llena.

Lo hacía por amor, se dijo con aire victorioso. Solo por amor.

* * *

Nunca había sentido una necesidad tan acuciante de ser amada.

Deseada.

Pensaba que no era capaz de albergar ese tipo de emociones, ese tipo de sensaciones, ese tipo de deseo ardiente. Nada de todo aquello era para ella, pero cuando él provocó su pasión hasta el límite de lo desconocido, la hizo creerse diferente. Más viva, más importante.

Única.

Brianna apretó los dientes cuando entró en Red Oaks con sigilo, procurando no despertar a nadie, y se dirigió al despacho de Wyatt. Se había comportado como una de las rameras del burdel de Lucille. No era de extrañar que él se hubiera alejado de su lado. En esos momentos, era muy posible que estuviera acompañando a Roxanne y su coqueteo de damisela inocente, respondiendo a cada una de sus insinuaciones con el mismo fuego que había implantado en ella y que todavía la quemaba por dentro.

Los celos le clavaron los dientes, pero ella se aferró a la realidad para que doliera menos. Sus pecados regresaban para hacerse infinitamente más pesados. Debía aceptarlo para evitar ese sufrimiento que la llevaba a llorar desconsoladamente, apoyándose sobre la mesa del despacho mientras trataba de visualizar con nitidez el retrato de Catherine Miller.

Wyatt nunca le había prometido amor eterno. Le había mostrado un deseo crudo y brutalmente sincero, nada más. Pero ella había sabido ver esa especie de cuerda que lo mantenía amarrado al recuerdo de aquella mujer. Un odio encendido la dominó cuando dio un puñetazo sobre la mesa.

—¡Te odio! —gritó al cuadro—. Antes de tu muerte le causaste un dolor que ha tardado años en manejar. Cuando te fuiste lo dejaste destrozado, y ahora todavía lo tienes contigo. ¡Maldita seas!

No podía seguir allí por más tiempo. Acababa de decidirlo.

Después de lo ocurrido en la fiesta de Roxanne, su situación se veía más que comprometida. Lo último que quería era generar más problemas a aquella familia, así que subió las escaleras, deshecha en llanto, y entró en tromba en su cuarto, dispuesta a hacer las maletas y marcharse sin despedirse, como un burdo aprendiz de El Búho.

Sin embargo, lo que la recibió la dejó clavada en la puerta.

Contuvo el aliento. Parpadeó, se frotó los ojos hasta que no quedó rastro alguno de las lágrimas que podrían nublarle la vista e incluso elevó más la luz de la lámpara.

Pero no. Lo que veía era bien real. Y le hizo soltar un jadeo apagado antes de caer de rodillas.



Veintiuno

En cuanto su cuerpo se enfrió, su cabeza empezó a funcionar.

Se había comportado como un estúpido con Brianna. No por haberse controlado para no arrebatarse su inocencia en mitad de un jardín, sino por haber permitido que se marchara sin aclarar las cosas.

Había estado a punto de conseguir llegar a ella por completo, pero había tenido miedo.

¡Por la gloria de Dios! Debía ir tras ella, hablar acerca de todas esas sensaciones desconcertantes que no lograba comprender.

Ed no tendría inconveniente en prestarle uno de sus preciosos caballos. Se encaminó a los establos, pero una voz conocida y muy indignada lo detuvo.

—¡Wyatt! ¿Qué has hecho? ¡Me has deshonrado para siempre!

¿Wyatt?

La afirmación desgarradora de Roxanne lo llevó hacia allí, al mismo tiempo que un esclavo portando una lámpara y un par de soldados que abandonaron a sus parejas para seguirlos, pero cuando vio la escena que los detuvo a todos, la sangre se le heló en las venas.

El silencio se hizo a su alrededor. Gracias a la exigua luz del esclavo, todos vieron a Roxanne, tumbada boca arriba. Tan solo vestía su ropa interior, pero las enaguas, que tenía enrolladas más arriba de las rodillas, estaban manchadas de sangre.

Justo a su lado, un aturdido Cole intentaba recolocarse los calzones. Ambos se miraban atónitos, como si despertaran de una pesadilla.

—Tú no eres Wyatt... —musitó Roxanne en un susurro que lo hizo retroceder.

—Ni tú eres...

Brianna. Wyatt no necesitó escuchar el final de la frase para hacerse una idea de lo que había ocurrido. Con un rápido vistazo a su alrededor, se dio cuenta de que él era el único en disposición de controlar la situación, siempre

y cuando lograra dominarse a sí mismo.

—Tú, avisa al doctor de que vaya a su despacho —dijo al esclavo, con una voz potente que no admitía réplica. Era una manera precipitada de contener lo que a buen seguro se precipitaría en breve, pero esperaba que surtiera efecto—. Y ustedes, si todavía conservan algo de dignidad, márchense. Están violentando a la dama todavía más que la situación.

No se dio la vuelta para enfrentarlos cuando al fin se quedó solo con ellos. La mezcla de decepción, furia y desconcierto se lo impedía.

—Os espero en el despacho de Ed. A los dos.

Se marchó todo lo rápido que pudo. Ignoró la riada de invitados que abandonaban la propiedad, al parecer exhortados por su dueño, y entró directamente en la estancia.

Ed se encontraba completamente descompuesto y con una copa de coñac que ya tenía medio vacía.

—¿Qué es lo que ha ocurrido? —le dijo con una voz muy baja que indicaba que ya lo sabía—. Necesito escucharlo por tu boca, Wyatt, antes de coger el rifle y matarlos a los dos.

—No será necesario, hermano. Yo te lo contaré.

Ambos hombres se giraron para afrontar la presencia de Roxanne y, un par de pasos por detrás, la de Cole. Parecía que lo hubieran apaleado, pero Wyatt lo ignoró y se centró en el chal que Roxanne tenía en la mano.

Era el de Brianna.

—¿Por qué tienes tú esto? —preguntó, arrebatándoselo.

—Porque pensé que, si me cubría con él, me aceptarías en tu cama. Te vi despidiendo a la señorita Fallon y caminando hacia los establos —empezó Roxanne, sin asomo de miedo o arrepentimiento—. Pensé que, si te abordaba a oscuras, con el perfume de ella impregnado en su chal, creerías que no era yo y aceptarías mi... entrega y... mi inocencia...

Se levantó las faldas para dejar al descubierto las enaguas ensangrentadas, y luego se desmoronó en medio de agudos sollozos, pero Wyatt la conocía bien: su llanto era de rabia al no lograr su objetivo. Tan falso como esa aparente sinceridad que escondía una intención más oscura.

De pronto, tuvo una especie de revelación.

—Por eso gritaste mi nombre. Esperabas que fuera yo y no Cole quien se acostara contigo —concluyó con una repugnancia que no se molestó en contener—. Pero lo encontraste a él, no a mí. Os sorprendisteis cuando el esclavo os alumbró... Cole pensó que estaba seduciendo a Brianna gracias a

ese chal, ¿verdad? ¡¿Verdad?! —gritó, dirigiéndose a su hermano.

—¡Sí, claro que sí! —Cole enfocó sus erráticos ojos en él—. Ella me dio su nombre, me dijo que solo me amaba a mí, que sería mía para siempre. ¡Me susurraba mientras me besaba, mientras se me ofrecía! ¡Y yo...!

—No viste la diferencia. ¿Te das cuenta de lo que has provocado? ¡No voy a poder ayudarte!

—Sí puedes, Wyatt. Si me aceptas, este pequeño desliz no saldrá de aquí. —Él la miró procurando discernir si aquel gesto suplicante era sincero. Para su sorpresa, comprobó que lo parecía. Realmente Roxanne le pedía en silencio que la aceptara—. De hecho, tu reputación saldrá reforzada. Todo el que conozca lo ocurrido en los establos, sabrá que te has ofrecido en el lugar de tu hermano en un acto generoso y desinteresado...

—¿Para qué?

—Matrimonio. Con el verdadero culpable.

El silencio volvió a instalarse entre ellos. Roxanne abrió la boca con incredulidad, mientras Cole murmuraba una maldición y se sacudía el pelo, como si así espantara los últimos rastros de una borrachera que le había llevado a cometer el peor error de su vida.

—Es la única manera de preservar el buen nombre de mi familia, pero no voy a consentir que te sacrifiques por un ardid tan bajo, a no ser que realmente quieras hacerlo, Wyatt. —Ed levantó la cabeza para mirar a Cole con compasión—. Siento que te hayas visto envuelto en un engaño de semejantes proporciones, pero os han visto. A estas alturas, el rumor ya será público. Mañana recorrerá toda Georgia. Si la plantación se sostiene precariamente gracias a mis ingresos en el consultorio, estos van a disminuir hasta un punto que no quiero ni imaginar.

—¡No quiero casarme con él! ¡Antes me pegaría un tiro en la cabeza! —insistió Roxanne.

La mirada de súplica y desesperación dirigida a él había desaparecido. Su cara ardía, igual que unos ojos sorprendentemente secos al comprender que su absurda propuesta se había desmoronado.

—¡Wyatt! ¿Vas a dejar que Cole sea desgraciado cuando puedes evitarlo? Brianna. Su solo nombre le dio la respuesta.

Si salvaba a su hermano de aquel matrimonio, renunciaría a ella para siempre.

—¿Has dicho un tiro en la cabeza? Es una oferta tentadora, aunque yo ni siquiera lo intentaría —replicó con una sonrisa amarga—. El blanco sería

demasiado pequeño, y tus probabilidades de fallar demasiado grandes.

—¡El matrimonio con Cole no es una solución! —insistió ella, pasando por alto su insulto—. ¡Cole! ¿Estás de acuerdo?

El aludido dio un paso al frente. En su rostro se reflejaban la pena, la sorpresa, el arrepentimiento y la rabia de haberse visto enredado en semejante despropósito, pero cuadró los hombros y miró directamente a Wyatt.

—Como bien ha dicho mi hermano, soluciones simples a problemas simples, querida —respondió, con un temple extraordinario. Sin esperar invitación, se sirvió otra copa de coñac y miró a todos los presentes, antes de tomar asiento—. Soy lo suficientemente adulto y lo suficientemente hombre como para aceptar las consecuencias de mis actos. Ahora que ya hemos aclarado todo, empecemos con los términos del enlace.

Fueron sus últimas palabras antes de abandonar la estancia.

Y tal vez la última oportunidad de Wyatt.

Ni siquiera se despidió cuando casi corrió tras él. Lo alcanzó antes de que montara en su caballo y lo sujetó por el brazo para obligarlo a que lo mirara. A que, al menos, lo escuchara.

—Cole, aunque no lo creas, siento mucho lo que ha ocurrido...

Su hermano exhibió una sonrisa casi tan cínica como las suyas.

—No te disculpes, hermano. Después de todo, no fuiste tú el engañado por esa zorra, ¿verdad? Pudiste sacrificar tu libertad por la mía accediendo a su trato, pero claro, mi matrimonio es muy oportuno para ti.

—¿Te das cuenta de lo que acabas de pedirme? ¿Quieres que yo cubra las consecuencias de tus actos, Cole?

—Quiero que demuestres que eres capaz de renunciar a ella por mí. Sobre todo, porque ahora tendrás el camino libre.

—No es lo que hubiera buscado ni en mil vidas. —Cuando Cole intentó librarse de él, aumentó la fuerza de su agarre—. Ni siquiera lo tenía planeado. ¡Y tampoco voy a celebrarlo! Pero no me pidas que sacrifique mi libertad por la tuya después de lo que he visto.

Cole no respondió. Solo le dirigió una mirada despectiva y se alejó.

Su amarga tristeza envolvió a Wyatt mucho después de que él se hubiera ido y persistió incluso cuando, derrotado por la impotencia, llegó a Red Oaks y afrontó los escalones que lo llevarían a su dormitorio, pasando por el de Brianna con toda la intención de ignorarla hasta la mañana siguiente.

Sin embargo, las palabras que escuchó al otro lado le hicieron cambiar de opinión.

—¡Vamos, quítate la ropa!

Al oír esa frase, Wyatt hizo lo que nunca antes había hecho: pegó la oreja a la puerta y los puños a los costados, para evitar irrumpir en la habitación como un toro furioso.

—¿Estás segura? —le respondió una voz de hombre.

—¡Por Dios! ¡Me parece que ya tengo edad para soportar según qué cosas! Además, no es la primera vez que hago algo así.

¿No? ¿Y con él se había comportado como una muchacha inocente?

La indignación le obligó a apretar los dientes para no gritar y seguir escuchando.

—Pero aún estamos a tiempo de parar.

—¡No! ¡Llevo semanas esperando este momento! —exclamó Brianna—. Estoy segura.

Ya había escuchado suficiente. Wyatt abrió la puerta con tanto ímpetu que los goznes temblaron, pero contuvo su indignación cuando vio que Brianna se encontraba acompañada por una pareja completamente desconocida para él, pero que lo miraban con el mismo grado de sorpresa que ella.

—¿Qué...? ¿Quién...?

Ni siquiera sabía por dónde empezar. Estaba tan avergonzado por sacar conclusiones apresuradas que solo pudo pedir explicaciones en silencio, después de echar un segundo vistazo a los desconocidos más detallado y menos desconfiado. Ambos ofrecían un aspecto lamentable. Sus ropas estaban sucias y sus caras reflejaban un cansancio extremo cuando le devolvieron el examen. A su espalda, una camisa, unos pantalones y un chaleco cubrían la superficie de la cama de Brianna.

Empezó a comprender en cuanto se dio cuenta de la situación.

—Señor, ellos son mi hermano Patrick y su esposa Sarah, la mujer a la que atendió en Boston —aclaró ella—. Han venido a visitarme.

Vaya. Regresaban las formalidades. Wyatt ignoró el repentino golpe en el pecho que esa simpleza le produjo y se dirigió a ella con el ceño fruncido.

—¿A estas horas de la noche? —preguntó con escepticismo—. No más mentiras, ¿recuerda?

—No es ninguna mentira, señor. Me llamo Patrick Fallon y soy el hermano de Brianna. —El hombre extendió una mano, que no retiró cuando comprobó que él no se la estrechaba—. Le estoy eternamente agradecido por haber curado las heridas de Sarah en aquellas circunstancias. Supongo que es usted el dueño de esta casa...

—Es el señor Wyatt Miller, Patrick. Mi jefe. —Después se dirigió a él, con esa muda súplica en sus ojos que él decidió atender—. Puede preguntar a Samantha si no me cree. Ella y Queenie los descubrieron antes de que llamaran a la puerta y los condujeron aquí para que no molestaran a la señora Miller ni a Ken. Después, buscaron algo de ropa para que mi hermano pudiera cambiarse. Ahora mismo están haciendo lo mismo para Sarah. Espero que no le moleste.

¿Molestarle? Lo que de verdad le molestaba era esa manera de dirigirse a él, como si no hubiera sucedido nada entre ellos...

No había sucedido nada. Debía convencerse de eso si quería pensar con claridad.

Adoptó su aire más hermético y estrechó la mano que Patrick seguía ofreciéndole.

—Comprenderá que tome mis medidas al ver en mi casa a dos completos desconocidos susurrando insensateces en el dormitorio de la institutriz de mi hijo —comentó con tirantez.

—No queremos abusar de su hospitalidad. Solo hemos venido a advertir a Brianna.

—¿De qué? ¿Es que acaso está en peligro?

El peso que sintió en el pecho se acrecentó cuando Patrick asintió.

—El viene a por ti para llegar hasta Erin —afirmó, dirigiéndose en exclusiva a Brianna. Wyatt vio cómo aquel hermoso rostro se contraía por un miedo mucho peor que el que había vislumbrado hasta entonces en ella—. Ignoramos su paradero exacto.

—¿Crees... crees que ya puede estar aquí?

Las palabras surgieron como temblorosos susurros cargados de un miedo desconocido, incluso para Wyatt. En ese momento deseó envolverla entre sus brazos para asegurarle que ningún peligro, conocido o desconocido, la afectaría mientras permaneciera con él, pero se mantuvo en su sitio, observando la escena con furiosa impotencia.

—Debes hacer lo que sea para protegerte, *deirfiúr*. He dejado mi trabajo en Boston solo para hacértelo llegar más deprisa que cualquier carta. —Patrick tomó las manos heladas de Brianna y las apretó—. Él atacó a Sarah con un cuchillo, unos días después de que te marcharas de Boston. Un muchacho la reconoció y corrió a avisarme. Cuando la encontré estaba moribunda, envuelta en su propia sangre. Solo la suerte hizo que sobreviviera, pero no podemos arriesgarnos a permanecer por más tiempo allí ni contigo. Es

posible que me haya seguido. En realidad, todo es posible. —Solo entonces pareció darse cuenta de la presencia de Wyatt, porque se giró hacia él con el agradecimiento brillando en sus ojos—. Nos vamos, señor Miller, en la seguridad de que ella estará bien... con usted.

¿Quién demonios era ese salvaje que había atacado así a una mujer, para terminar siguiendo a Brianna? ¿Y esa Erin?

Brianna permanecía envarada, con los labios temblorosos. Para él, señales que le indicaron que debía actuar ante algo desconocido, pero sumamente peligroso.

—Llamaré a Queenie y a Sam para que les preparen un cuarto. No voy a consentir que se vayan de noche como dos forajidos —dijo—. No puedo garantizarles seguridad si abandonan los límites de Red Oaks. Al menos, esperen hasta mañana. Yo tengo asuntos que aclarar con la señorita Fallon.

La tomó del brazo para sacarla del dormitorio. No se detuvo hasta no estar fuera de la casa, al aire libre. Decididamente, necesitaba calmarse. De lo contrario, las preguntas empezarían a surgir como un torrente imparable. Y sabía que de esa manera no obtendría ninguna respuesta.

—¿De quién hablaba su hermano? —preguntó al cabo de un rato—. ¿Quién es el hombre que al parecer va tras de usted? ¿Y Erin? Explíquemelo, Brianna. Al menos me merezco eso.

—Dos personas que me obligarán a pasar por una dama —la oyó decir con una vocecita que no parecía la suya—. Me temo que no me queda más opción que casarme.

—¿Tiene que casarse para convertirse en una dama?

—El matrimonio no te concede la categoría, pero ayuda bastante en determinadas circunstancias.

—¿Tengo en mi casa a una fugitiva de la justicia, señorita Fallon? Dígame: ¿quién es usted en realidad? ¿Quién es la mujer que ha estado a punto de entregarse por completo a mí? ¿Estoy poniendo en peligro a mi familia?

—Esperemos que no —respondió ella sin mucho énfasis—. Es largo de contar, pero puedo asegurarle que no huyo de la justicia.

—No se preocupe, tengo todo el tiempo del mundo.

—Yo no. Lo que me falta es precisamente tiempo, señor Miller.

—Ahora se lo puedo proporcionar. —No era lo más sensato, pero sí lo que calmaría la ansiedad—. Los paseos se nos dan bien. Así pues, paseemos. Pero tenga claro que, hasta que no me cuente lo que ocurre, no volveremos a la casa grande.

—No puedo. No debo —se corrigió a sí misma—. En realidad, lo más seguro sería que me fuera con mi hermano, que desapareciera de sus vidas. Que pase buena noche.

Se dio la vuelta, pero él la retuvo por el brazo.

Ni en sueños permitiría que se fuera de ese modo.

—Un momento. Todavía quedan muchas cosas por aclarar antes de que se marche: su hermano y su esposa, ese tiempo que se le acaba... —Conforme hablaba, su tono se fue suavizando. No quería asustarla, sino acercarse a ella. Sentía una necesidad incontrolable de protegerla, de consolarla, de confortarla. La sujetó por la barbilla y la miró con dulzura—. O la angustia que veo en su cara ahora mismo y que, sospecho, tiene que ver con algo demasiado importante para usted. No se irá de Red Oaks. No lo permitiré hasta que, al menos, me diga qué es. Después, intentaré convencerla de lo contrario.

—Mi apellido.

—¿Qué tiene de malo su apellido? La pobre Meredith tendría un disgusto si la oyera.

—No tiene nada de malo. Solo necesito cambiarlo si decido quedarme.

Y huir de él cuanto antes. Volvió a intentarlo, pero él volvió a detenerla, esta vez con bastante menos consideración.

—¿Me lo explica con más detalle, por favor?

—Tendrá que confiar en mí, por lo menos de momento.

Le pedía confianza. La misma que ella le había otorgado, a la vez que seguía interponiendo barreras.

—Es decir, que, además de tiempo, necesita confianza y un apellido nuevo —concluyó.

—No me gusta que frivolice así con mi orgullo, señor.

—Su orgullo, ahora mismo, puede conseguir que usted y su hermano se vean en la calle, señorita. A no ser que acepte la alternativa.

—Que es...

—Casarse conmigo.

Su oferta y la naturalidad con la que acababa de plantearla lo sorprendieron incluso a él mismo, pero se dijo que lo hacía para protegerla. Retenerla con él de ese modo le proporcionaría la seguridad que ella necesitaba en esos momentos.

—Sé que es algo inesperado, pero si está dudando —y esperaba que al menos dudara, aunque solo fuera para espantar esa ridícula inseguridad que

empezaba a dominarlo—, emplee el poco tiempo que dice tener en considerarlo antes de dar una respuesta.

Oyó su suspiro mientras dirigía su ceñuda mirada a la noche estrellada, en silencio. Se lo estaba pensando. Wyatt casi podía escuchar cómo valoraba los pros y los contras, hasta que finalmente lo miró con decisión.

—De acuerdo —accedió—. Pero debemos dejar claros los términos de nuestro matrimonio. Seguiré trabajando para usted con Ken, y también en el consultorio.

—¿Por qué? Conmigo no le faltará de nada. No tendrá necesidad de ganarse el sustento. Y pasará a ser madrastra de Ken, no su institutriz.

—No aceptaré si no me lo permite. Además, tenemos que aclarar el asunto de... bueno, ya sabe.

—Refrésqueme la memoria. —Él arqueó una ceja—. Es posible que haya algún punto que se me haya pasado por alto.

—Nosotros. Es decir, usted... Sus necesidades —explicó atropelladamente—. Supongo que las tendrá, como cualquier hombre.

—No exigiría de una esposa más de lo que estoy dispuesto a dar.

—¿Qué... quiere decir con eso?

—Que no volveré a besarla, exceptuando el beso de la ceremonia, claro está. Será usted quien lo haga si realmente lo desea. En cuanto al amor... —Tragó saliva cuando la vio cuadrar los hombros para aparentar frialdad. Maldición, ¿por qué le dolía a él?—. Es un absurdo que lleva al sufrimiento a muchas personas. No es algo útil ni práctico. Ningún matrimonio debería regirse por él.

—¿Ni siquiera el nuestro?

—El nuestro, sobre todo.

Le dio la espalda un momento, visiblemente alterado, pero terminó ofreciéndole su mano solo para explicarle sin palabras la honorabilidad de sus intenciones.

—¿Sellamos el trato? —dijo, rezando para que ella recibiera el mensaje.

Brianna dejó sus ojos fijos en aquella mano solo un segundo, antes de estrecharla con firmeza.

Volvió la distancia, la frialdad entre ellos. Era lo mejor y, sin embargo, la inquietud le hizo removerse por dentro.

—Trato hecho.

Antes de que él pudiera disfrutar de su tacto, la retiró y se dirigió a la casa.

* * *

Aquella noche hubo más trabajo del habitual gracias a la inesperada aparición del hermano de la señorita Brianna y su esposa.

Pero Queenie, fiel a su efectividad intachable, había seguido las órdenes del amo y les había preparado una habitación a expensas de la señora Virginia. El amo le había dejado claro que la señora y el niño deberían seguir durmiendo, que él había hecho de anfitrión y que no sería necesario que los recibieran hasta el día siguiente.

Además, el hecho de que el señor Cole no estuviera facilitaba las cosas.

Ya se había despedido de los suyos, pero mientras se alejaba de la casa grande hacia el lugar convenido, no pudo evitar una punzada de nostalgia, un pequeño desgarró en su alma al pensar que allí dejaba no solo a parte de su familia, sino a quienes se habían comportado con ella como si lo fueran. El amo, su madre, el señor Cole y aquel niño que le había robado el corazón.

Queenie se detuvo para mirar atrás. Vaciló un instante, pero justo entonces una silueta negra, envuelta en una capa que ocultaba por completo su identidad y cargada con un par de bultos, apareció ante sus ojos como si fuera un espíritu inquieto para terminar con sus dudas. Portaba una pequeña lámpara que no añadía luz a sus rasgos, pero sí a su alrededor. Todo parecía tranquilo.

—Queenie —susurró, de forma que no pudo distinguir ningún timbre en su voz.

—El Búho —respondió ella.

—Para ti, sí. —Sin más, le ofreció un pequeño hatillo y un mapa que alumbró con la lámpara. Reconoció los lugares descritos porque muchos de ellos los había visitado mientras realizaba algún recado para los amos—. Bienvenida al Tren Subterráneo. Deberás dirigirte hacia el aserradero del amo. Es el lugar más seguro para cruzar el arroyo, mucho más ahora que la vigilancia en Red Oaks se ha reforzado. Así tu rastro se perderá el tiempo suficiente para darte ventaja con respecto a los sabuesos que, sin duda, te perseguirán en cuanto noten tu ausencia. ¿Estás preparada?

No. Si lo pensaba bien, quizá nunca lo estaría, pero su agradecimiento infinito no debía suponer un obstáculo en la consecución de su libertad. Debía unirse a Rufus para poder reunir fuerzas y volver a por Ayana y Guideon. Lo que su hermana había sufrido a manos de Grady se había interrumpido con la intervención milagrosa de la señorita Brianna, pero Queenie sabía que el capataz volvería a abordarla. A violarla. A golpearla hasta hartarse.

—Sí —respondió.

Tomó lo que El Búho le ofrecía y salió corriendo en la dirección indicada.

Pisaba con el sigilo propio de un gato, pero no dejó de sorprenderse de la facilidad con la que llegó a su destino sin ningún contratiempo. Con los ojos ya acostumbrados a la penumbra que proporcionaba la luna llena, detuvo su carrera para sortear los bultos que conformaban los carros cargados con los troncos de robles, camino a la orilla del arroyo.

Se apoyó en uno de los árboles y examinó los alrededores con cautela. Haber atravesado el bosque a esa velocidad, y después de todo un día de trabajo agotador, la había dejado extenuada. Necesitaba descansar un poco y, de paso, asegurarse de que ninguno de los hombres de Grady se había percatado de su huida.

Hasta para alguien como ella estaba claro que los primeros momentos de esa huida resultaban primordiales para el éxito. Era un tiempo con el que contaba y que podría aumentar si se daba prisa.

Tomó aire y agudizó el oído, a la espera de algo que le indicara que la habían seguido.

Nada. Todo permanecía en perfecto silencio. Quizá demasiado perfecto para tratarse de un bosque, pero no reparó en ello cuando se acercó al arroyo. Estaba satisfecha de sí misma por haber llegado hasta allí con esa facilidad. Tan contenta cuando sus pies probaron el agua, que no prestó atención al brutal cambio en el equilibrio que la rodeaba.

Por eso, cuando escuchó el estruendo, ya fue demasiado tarde.

Se giró espantada por el ruido ensordecedor a su espalda, pero solo vio un montón de troncos precipitándose pendiente abajo, que la aplastaron en cuestión de segundos.

A continuación, el silencio volvió a reinar en el lugar. Todo pareció volver a su sitio... Excepto la sombra de alguien que, satisfecho por lo conseguido, guardó el cuchillo con el que había cortado las cuerdas que sujetaban los troncos, antes de abandonar el lugar.



Veintidós

Asistieron al entierro de Queenie poco después de que Virginia dispensara a Patrick y a Sarah una bienvenida digna de ellos, y justo antes de empezar con los preparativos para la boda de Cole y Wyatt, que se harían conjuntas y precipitadamente, dadas las circunstancias.

Wyatt y Patrick, que se ofreció a ayudarlo, examinaron el lugar donde había aparecido Queenie para terminar más confusos si cabía.

—¿Sabe quién ha podido ser? —le preguntó Patrick.

—Alguien conocido. De eso no me cabe la menor duda. —Wyatt entrecerró los ojos, mirando con recelo a su alrededor con un resoplido de pena al pensar en Queenie. En su desparpajo, en su alegría. En su aparente felicidad con una vida limitada y miserable que había terminado de aquella forma—. Pero ahora que vamos a ser familia, espero contar al menos con usted.

—Me temo que no, señor. —Patrick dejó su rifle apoyado en el tronco de un árbol y miró directamente a Wyatt—. Sarah y yo solo nos quedaremos hasta la boda. Después, nos marcharemos al oeste. Tengo experiencia como contable. Espero que mi habilidad con los números me haga encontrar trabajo pronto.

—¿Brianna lo sabe?

—No será nuestra primera separación, pero sí una de las más importantes por sus circunstancias. Adoro a mi hermana —aclaró el irlandés con repentina dureza—. Solo hágala feliz, ¿de acuerdo?

—¿Cómo podría hacerlo si desconozco quién la amenaza?

Patrick exhibió una hermética sonrisa.

—Confíe en ella. No lo defraudará.

Lo haría, confiaría en ella y la haría feliz. Y sin ningún esfuerzo, añadió Wyatt para sus adentros. Pero en el proceso, no pasaría nada si aumentaba la vigilancia para protegerse del asesino de Queenie, mientras blindaba la

seguridad de Brianna ante todo aquel que la amenazara, fuera conocido o no. No consentiría que le hicieran daño. Que ni siquiera amenazaran con hacérselo. Él mismo se aseguraría de que nadie se acercaba a ella sin su consentimiento día y noche, si fuera preciso.

De hecho, se dedicó a ello con tanto afán que, durante las siguientes dos semanas, Brianna apenas vio a los hermanos Miller.

El jardín de Red Oaks acogería la ceremonia. Para tal ocasión, lo adornaron con flores y colocaron asientos para los invitados... entre los que no se encontraría Meredith. Al parecer, su salud delicada no le permitía asistir, así que Brianna decidió que, en cuanto estuviera casada, enviaría a Samantha de regreso a Boston para que la ayudara.

Había sido una egoísta, una mentirosa y una cobarde, pero no había tenido elección al escuchar la propuesta de Wyatt.

No había tenido valor para tomar la decisión más adecuada: marcharse de Red Oaks y preservar así la seguridad de todos sus habitantes. En vez de eso, había aceptado al hombre que la hacía vibrar. Él le daba un apellido, tiempo, a cambio de... nada.

Porque, en realidad, solo le había pedido un pequeño margen de confianza que ahora, mientras las mujeres la preparaban para la inminente boda, se había convertido en la peor de las encerronas.

Brianna no podía disimular sus nervios. Dos semanas deberían haber sido suficientes para calmarlos, pero se sentía constantemente espiada desde que Wyatt había redoblado la vigilancia en Red Oaks y no deseaba formar parte de cualquier ceremonia donde estuviera presente Roxanne Pemberton.

Mientras Virginia le ponía el velo blanco que le ocultaba el rostro, se miró al espejo. El vestido blanco se ajustaba a su busto a la perfección y los ribetes dorados que adornaban el borde de su escote cuadrado le añadían elegancia sin restarle sencillez. La falda se abultaba gracias a un miriñaque un poco más pomposo que el que había llevado a la fiesta de Roxanne la noche en la que su vida volvió a cambiar.

Sus pensamientos regresaron a Wyatt. ¿Qué pasaría con su noche de bodas? Sin duda, él la reclamaría. ¿Qué haría ella entonces? ¿Seguiría con sus medias verdades, con tal de mantener oculto el peor de sus pecados? ¿Con tal de conservar un matrimonio que debía cumplir su función?

Virginia sonreía cuando la acompañó al pasillo, donde un guapísimo Patrick la esperaba.

—Has tomado la decisión correcta. El señor Miller está pendiente de ti a

cada minuto, todos hemos podido comprobarlo —le susurró al oído mientras la conducía al jardín—. Seguiremos en contacto, no dejaremos de saber el uno del otro, pero tendremos que espaciar las visitas hasta que estemos seguros de que estás a salvo.

Brianna sabía que, con los rumores de guerra inminente que corrían por todas partes, estar a salvo sería poco menos que imposible, pero decidió no contradecirle y le brindó una de sus mejores sonrisas, que murió en su boca en cuanto divisó a Wyatt esperándola en el lado contrario a Cole y Roxanne, que ya se hallaba junto a su futuro marido.

Estaba apuesto... No. Estaba imponente. Viril, con esa fuerza que manaba de cada poro de su piel, cubierta por un impecable traje que no hacía sino aumentar su atractivo. Llevaba el pelo perfectamente peinado hacia atrás y la barba recortada. Pero fue su rostro lo que más la impresionó. Sus ojos brillaban de emoción contenida y su boca sonreía. Sí, parecía satisfecho con el acuerdo cuando recorrió con calma su vestido blanco para detenerse en su peinado y el velo que la cubría.

Sintió que este se calcinaba ante el ardor de aquella mirada y que no podía contener el temblor cuando él la tomó de la mano para cubrirla con las suyas un instante antes de inclinarse hacia ella.

—Estás mucho más hermosa de lo que puedo recordar, Brianna. Gracias.

¿Le daba las gracias por casarse con él? No pudo averiguarlo. Bastante tuvo con esquivar las miradas rencorosas de Cole y Roxanne para soportar el resto de la ceremonia. Procuró centrarse en sí misma y en el hombre que se convertiría en su esposo el resto de la ceremonia. Disfrutó de su perfil, ligeramente alzado, orgulloso, igual de resplandeciente que el sol que iluminaba el cielo, pero mucho más brillante. Su sonrisa de dientes blancos irradiaba calor cuando tomó su mano y depositó una sencilla alianza de oro con una pequeña esmeralda en su centro que la dejó sin respiración.

—Juro solemnemente amarte, cuidarte y protegerte, desde hoy y hasta el fin de mis días.

A través del velo, pudo ver la honestidad reflejada en aquellos ojos dorados mientras pronunciaba sus votos, antes de que él se lo apartara con delicadeza para depositar un suave y necesario beso en sus labios.

—Bienvenida a Red Oaks, señora de Wyatt Miller —le susurró al oído. Tocó con el dedo el anillo y le guiñó un ojo—. Espero que te guste, porque he empleado buena parte de mi tiempo en supervisar que el joyero se ciñera a mis deseos.

—¿Por eso apenas te he visto?

—¿Me has echado de menos, Ojos de Gata? —Más de lo que estaba dispuesta a reconocer, pensó. Él emitió una risilla queda y se encogió de hombros—. También he estado acondicionando la casa de la laguna para instalarnos allí. De hecho, ahora mismo espero que estén llevando todas nuestras cosas para que podamos pasar la noche sin problemas después del banquete.

Noche después del banquete. La afinidad sentida al notar la calidez y ternura en las palabras de Wyatt se disipó en cuanto Brianna escuchó aquellas palabras.

Todo el cuerpo se le tensó al unísono. Wyatt notó el cambio, porque su sonrisa desapareció para ser sustituida por una expresión de dolor ante el rechazo que se le clavó directamente en el corazón.

—Felicidades, hermano.

La súbita aparición de Cole agravó el momento. Los felicitaba, pero su rostro oscuro decía otra cosa bien distinta cuando extendió una mano que Wyatt aceptó con la misma gravedad.

—Igualmente —respondió—. Roxanne, estás espléndida.

—No voy a decir lo mismo de tu esposa, querido. —Levantó el mentón con un gesto completamente despectivo—. Disfruta de tu victoria. Puede que sea más corta de lo que piensas.

Ella no respondió. El gesto de su marido rodeando su cintura para acercarla a él fue tan posesivo que habló por sí mismo.

—Eso depende de nosotros, ¿no te parece? —Sin esperar respuesta, la apartó de ellos. Recibieron el resto de las felicitaciones con una sonrisa de agradecimiento, que desapareció de su rostro barbudo en cuanto tuvieron un momento a solas. Solo entonces Wyatt la sujetó por los hombros y la miró con su habitual seriedad—. Vamos a disfrutar de la fiesta le pese a quien le pese, ¿de acuerdo? —Brianna asintió—. Mantendré mi palabra, Ojos de Gata. Dormiremos en habitaciones separadas. Mañana a primera hora viajaré a Boston con Sam y regresaré en cuanto mis obligaciones me lo permitan. Y después... Veremos qué sucede.

* * *

Nunca nada le había costado tanto como mantenerse alejado de ella.

Le había hablado de obligaciones, dejándole un rifle a su disposición,

pero le había ocultado su naturaleza. Ahora, se dispuso a cumplir con la última de ellas.

Por primera vez en años, pisó las cenizas del que había sido su hogar solo para comprobar que su sentimiento de culpa seguía allí, emponzoñando el resto de sus emociones.

No importaba que Cathy hubiera sembrado en él una duda que le había horadado el alma. Tampoco que ahora, gracias a la mujer que habitaba en Red Oaks, esas dudas salieran a la superficie para hacerle comprender la magnitud de su error con respecto a Ken.

Lo único importante era que él la había matado.

Él, no aquel maldito incendio provocado. Él, con su actitud de absoluta indiferencia ante el comportamiento de Cathy cuando, en lugar de tomar las riendas de su matrimonio al saber de su infidelidad, decidió pagarle con la misma moneda en el burdel de Lucille.

El tiempo se había detenido para él hacía cinco años. Mientras los demás evolucionaban, él se había quedado anclado en aquel momento. Lo había usado de excusa para justificar sus actos posteriores, sobre todo los que tenían que ver con Kenneth. Esos fueron los más dolorosos, habían estado a punto de destruirlo hasta que la aparición de Brianna provocó un vuelco en sus convicciones.

Era hermosa, desafiante, inteligente e independiente. Y su esposa, pensó con orgullo. Pero se mantenía a distancia, amparada en una parte de su pasado que se empeñaba en esconder. Wyatt suspiró. Había estado a un paso de tenerla por completo y había sido él quien había dado marcha atrás. No volvería a repetirse.

—Valor, fuerza, honor.

Recitó las tres palabras mientras emprendía el camino de regreso a Atlanta. Tiempo después, abandonó la diligencia en la ciudad y tomó las riendas de Satán de manos de Joshua, que lo esperaba en la ciudad tan diligente como siempre.

Necesitaba cabalgar, notar el aire del sur en la cara en completa soledad mientras ponía en orden sus pensamientos. Y distancia. Sobre todo, distancia.

No se dirigió directamente a la casa de la laguna, pese a que todo en él le llamaba a hacerlo. En su lugar, se alejó de la ciudad lo suficiente como para no oír más que el sonido de los pájaros, el de los cascos de Satán... Y un grito de dolor, al que siguió el restallar de un látigo golpeando la carne.

Avanzó con sigilo entre la arboleda, hasta que, oculto tras el grueso

tronco de un árbol, divisó a un hombre castigando implacablemente a un esclavo que permanecía atado a una rama lo suficientemente gruesa como para soportar sus tirones.

El hombre, cuyo rostro estaba parcialmente cubierto con una máscara, se hallaba tan concentrado en su castigo que había descuidado su rifle a escasos metros de él.

La espalda del pobre desgraciado estaba completamente ensangrentada. Si no intervenía, pronto terminaría con él. Apretó los dientes, pero contuvo el aliento cuando el negro giró la cara en su dirección para esquivar un golpe.

—Rufus... —musitó, incrédulo. Desenfundó su revólver y salió de su escondite sin pensárselo dos veces—. ¡Alto! ¿Qué ha pasado aquí?

Sus ojos se dirigieron a Rufus, que se había quedado paralizado, mirándolo como si en realidad estuviera viendo una visión.

El desconocido lo señaló con el mango del látigo.

—Este esclavo, señor —dijo—. Me disponía a llevarlo con sus nuevos amos cuando se enfrentó a mí y tuve que castigarlo.

Wyatt asintió mientras observaba los alrededores con disimulo. Aparentemente, el hombre estaba solo. Era posible que el resto de sus compinches estuvieran haciendo lo propio con otros tantos esclavos. Era una práctica común: diseminarse para pasar más desapercibidos. Estaban en Georgia, estado esclavista, pero bien podrían jugarse el pellejo si sus actividades ilícitas eran interceptadas.

—Este esclavo es mío —declaró, sin desmontar de Satán y sin dejar de apuntar al desconocido.

—No... Usted no estaba en la subasta.

—¿Pretende que pague otra vez por algo que ya es de mi propiedad? —preguntó, exhortando a Rufus en silencio a que mantuviera cerrada la boca hasta nueva orden—. Huyó de mi plantación hace unas semanas. ¿No es cierto, Rufus? No mientas si no quieres que sea yo quien te despelleje vivo...

—Sí, amo.

El hombre no pareció nada convencido, como era de esperar. Dirigió su único ojo hacia el lugar donde descansaba su rifle, pero Wyatt fue más rápido. De un salto, desmontó y llegó antes. Cuando quiso recuperarlo, solo recibió un golpe con la culata que lo sentó en el suelo.

—No quiero pelear —aseguró, cortando las ligaduras de Rufus sin quitarle el ojo de encima—. Este esclavo es mío.

—Es del capitán Smith. —El desconocido se puso en pie con agilidad y

se acercó a él. Su cara reflejaba ira y rabia. Dos emociones muy poco recomendables cuando se quiere iniciar una lucha en cualquier circunstancia, pensó Wyatt—. Sus hombres lo apresaron y él lo vendió ayer a...

—No me importa a quién. Esa venta es nula. Yo tengo los papeles de propiedad. Por lo tanto, usted no solo me la ha robado, sino que también la estaba... estropeando. —Odiaba emplear aquella palabra, pero era imperativo hacerlo para lo que se disponía a llevar a cabo—. Me temo que no es su día de suerte, señor. Ha topado con uno de los propietarios más importantes de Atlanta. Debo llevarlo a las autoridades para que decidan qué hacer con usted.

Se adelantó un par de pasos, pero tuvo que esquivar el puño del desconocido, que intentó impactar contra su cara para librarse antes de intentar golpearle con el látigo que todavía tenía en la mano.

Wyatt estaba preparado. Y bastante más descansado que él. Sujetó la mano que portaba el látigo y apretó con tanta fuerza que el hombre terminó por soltarlo. A continuación, le propinó un fuerte rodillazo en el vientre que le hizo doblarse en dos, para rematar con un gancho que le rompió la nariz. Oyó el sonido sordo del hueso al quebrarse y vio la sangre manando a borbotones cuando su oponente consiguió enderezarse lo suficiente como para enfrentarlo.

—Yo de usted no lo haría si quiere conservar el otro ojo, al menos. —Sin apenas inmutarse, seguro de que Rufus permanecería en su sitio, utilizó el resto de las cuerdas para maniatar al negrero y tiró de él hasta Satán. Allí, ató el otro extremo de la cuerda a la parte trasera de su silla de montar y le hizo un gesto al esclavo para que se colocara a su lado. Observó que tenía los pies despellejados y una herida bastante fea en la pantorrilla que no estaba curando bien y que le hacía cojear, además de las lesiones producidas por el látigo, pero de momento no podía hacer nada por él—. Muchos han perdido a sus esclavos. Seguro que en la ciudad estarán encantados de recibir a uno de los hombres que se dedica a cazarlos clandestinamente para después sacar por ellos mucha más ganancia.

No aminó la marcha de Satán ni siquiera por Rufus. No podía mostrar piedad por él delante de semejante deshecho, así que no se detuvo. Cuando llegó a la ciudad el negrero gemía, gruñía y se revolvía como un animal acorralado. A pesar de los golpes recibidos, Wyatt tuvo que sujetarlo con fuerza por las cuerdas para evitar daños mayores.

—Me hubiera gustado terminar con usted yo mismo, solo por ver el estado de ese hombre —le susurró con todo su desprecio, señalando a Rufus con un disimulado gesto de cabeza—. Pero me conformaré con dejarlo a un

paso de la horca.

—¡No! ¡Tengo una misión que cumplir, hijo de perra! ¿Quién se cree que es para impedírmelo?

Wyatt titubeó. Aquel ojo destilaba un odio irracional, primitivo, que iba mucho más allá de lo que él podría comprender. Pero volvió a acercarse solo para susurrarle:

—Soy el capitán Wyatt Miller, médico en la Primera División del Cuerpo 19 del Ejército Federal del Norte, al mando del General Winfield Scott —se identificó con su rango por primera vez desde que se había unido a las filas de los casacas azules antes de deshacerse de él.



Veintitrés

—Madre, ¿tiene frío? Está temblando.

«Madre». Aquella había sido su pequeña concesión a Ken una vez se convirtió en la señora de Wyatt Miller cuando el niño le pidió permiso para llamarla así. Pero días después y mientras esperaba el regreso de su marido, todavía sentía un estremecimiento de emoción al escuchar la palabra.

—Solo estoy pensando, Ken —respondió, revolviendo sus rizos castaños mientras, sentados en los escalones del porche, contemplaban la caída del sol—. Tu abuela se encontrará muy sola en la casa grande ahora que tu padre no está y tu tío se ha trasladado con su esposa a su nuevo hogar.

Un nido de serpientes siempre que Roxanne estuviera presente, y con más razón ahora que Patrick y Sarah se habían ido. Por mucho que la presencia de Eduard atemperara la situación, aquel matrimonio no había empezado con buenos cimientos. Como el suyo, añadió, con un pequeño pinchazo de culpabilidad en el pecho.

—La abuela dice que nos tiene lo suficientemente cerca como para visitarnos si es así. Además, padre volverá hoy. Joshua nos lo ha dicho.

—Sí. Y es demasiado tarde para ti, jovencito. Deberías esperarlo en tu cama después de la cena.

—Pero Ayana no está para arroparme.

—Pues vamos a buscarla —propuso de pronto, poniéndose en pie para tenderle una mano que el niño aceptó encantado—. Si no está aquí pronto, tendrás que conformarte con cualquier cosa que yo pueda preparar. Y no sé si te gustará.

Solo cuando cruzaron la mayor parte de las cabañas de los esclavos para llegar hasta la de Ayana y Guideon, Brianna se dio cuenta de que se había dejado el rifle en casa. Wyatt le había advertido encarecidamente acerca de que no se adentrara en aquel lugar sin protección o escolta. Y ella conocía mejor que él la naturaleza de la amenaza que podía permanecer agazapada

cerca de Red Oaks, esperando su mejor momento para actuar. Se lamentó por su descuido, pero cuando entró en la cabaña de Ayana sin llamar a la puerta, el espectáculo macabro que la recibió le hizo lamentarlo mucho más.

—Ayana... Ó, mo Dhia... [/8/](#)

Instintivamente, empujó a Ken hacia el exterior, pero sus ojos no se apartaron de lo que veían para asegurarse de que el niño estaba fuera de peligro. Delante de ella, una única y mugrosa mesa estaba ocupada por el cuerpo inerte de la esclava... mientras Grady abusaba de ella.

Una oleada de repugnancia la invadió hasta el punto de contener las náuseas que amenazaron con hacerla vomitar. No se preocupó de actuar con sigilo; simplemente, la exclamación horrorizada surgió de lo más profundo de su garganta, mientras sus ojos quedaron clavados en las posaderas desnudas del capataz, que se movían violentamente hacia delante.

La estaba violando. Sus manos pegaban las muñecas de ella a la superficie de la mesa con fuerza, aunque no hubiera necesitado hacerlo. Ayana resistía las embestidas sin moverse, con su mirada clavada en la nada, sin vida, y su cuerpo sacudiéndose por las acometidas. Se resignaba. Lo aceptaba. Probablemente, como cada una de las veces que había ocurrido.

Cuando vio a Brianna, un ligero temblor en sus pupilas delató la humillación, el dolor que padecía.

Fue suficiente para ella. El frío que le congeló la sangre huyó en favor de una furia incontenible, que la llevó a abalanzarse sobre Grady sin medir lo que hacía ni contra quién lo hacía.

—¡Suéltala, condenado hijo de mil perras! —gritó, antes de clavarle los dientes en el hombro y buscar las cuencas de sus ojos para hundir sus dedos en ellos.

Lo que ocurrió a continuación fue tan rápido que apenas pudo darse cuenta. El capataz gritó, dolorido y sorprendido, antes de desembarazarse de Ayana con tanta fuerza que salió despedida hacia la puerta.

—¡Lárgate, puta! —exclamó, al mismo tiempo que sacaba un cuchillo y presionaba con él el costado de Brianna. Lentamente, se giró hacia ella en cuanto logró apartarla de su espalda, con la amenaza del cuchillo entre ellos y una sonrisa escalofriante en aquel rostro, que no disminuyó cuando, sin dejar de mirarla, cerró la puerta de un puntapié—. Vaya, vaya, así que la flamante señora Miller se atreve a meterse donde no la llaman...

—Precisamente porque soy la esposa del amo me meto donde sí me llaman. —Toda ella temblaba de miedo. El pavor le impedía pensar con

claridad para intentar alejarse. Solo podía advertir el peligro, aquel olor nauseabundo que despedía Grady, la imagen patética que presentaba con sus pantalones por las rodillas y su miembro, todavía erecto, apuntando hacia ella como la mayor de las amenazas y la más repugnante—. Wyatt sabrá de esto.

Intentó ignorar el arma que blandía el capataz y lo rodeó para salir de allí, pero él la agarró del brazo y se lo retorció a la espalda. Brianna gritó cuando se vio pegada a él sin que pudiera evitarlo.

Se retorció a pesar del dolor e intentó llegar a la puerta.

—¡Gritaré tanto que todos los esclavos acudirán a mi llamada si no me suelta ahora mismo!

Lo siguiente que notó fue el filo del cuchillo en su garganta.

—Hazlo y te cortaré el cuello —escuchó en su oído—. Después, le echaré la culpa a esa negra del demonio. La palabra del crío no valdrá nada contra la mía y el resto guardará silencio por miedo.

Cualquier intento de pedir auxilio quedó congelado en su garganta cuando, a continuación y por medio de otro soberbio empujón, ocupó el lugar que había correspondido momentos antes a Ayana.

—A mí no me engañas, zorra. —Grady guardó el cuchillo y se abalanzó sobre ella. Por mucho que Brianna se retorció, no pudo hacer nada para desembarazarse de aquel cuerpo repulsivo que le rasgaba el corpiño sin consideración, para pasar a manosearle la parte de los pechos que había quedado al descubierto. Ella elevó la mano con un aullido salvaje y la intención de dejarle la cara marcada, pero la bofetada que recibió a cambio logró desviarla. Cerró los ojos, pero los volvió a abrir cuando sintió los dedos de él clavados en sus mejillas, zarandeándola con brutalidad—. Ah, no. Mírame bien mientras me cobro contigo lo que me has negado con la negra. Eso es lo que has buscado desde que has llegado aquí, ¿verdad? ¡No has parado hasta alcanzar el puesto que le correspondía a Cathy, cuando lo cierto es que no eres más que una ramera! Pues bien, yo te daré lo que con tantas ganas parece querer.

¿Cathy? ¿Por qué hablaba de la difunta esposa de Wyatt con tanta familiaridad? La pregunta pasó veloz por su mente sin una respuesta. Lo único que importaba era ese aliento putrefacto calentándole la mejilla, la garra que se clavaba en la carne de uno de sus pechos, la segunda mano que levantaba sus faldas para colarse en la abertura central de sus pantaloncitos interiores en busca de su sexo y, sobre todo, aquella frase: «yo te daré lo que con tantas ganas parece querer».

Su mente se bloqueó. El cuerpo no le respondió. Se quedó inmóvil, rígida como una tabla cuando, de pronto, la figura del capataz fue sustituida por la de...

Él la ató al cabecero de la cama con su propio cinturón. Era el mismo con el que, momentos antes, la había golpeado para anular cualquier intento de defensa por su parte. Ella ya no pateaba ni chillaba o se retorció. Ahora solo se pegaba a esa parte de la cama, como si así pudiera librarse de él para siempre, mientras todo su cuerpo temblaba de terror y sus ojos se clavaban en cada movimiento que él hacía en su dirección, preparada para saltar a la menor oportunidad.

—¿De verdad crees que te librarás, ahora que estás maniatada? —Su risa cavernosa le dañó los oídos—. Voy a proporcionarme todo aquello que me corresponde con creces, preciosa...

—¡N-No se acerque!

—¿O qué? —Con parsimonia y con la seguridad que da el saberse vencedor, él empezó a desnudarse. Cuando terminó con la última prenda, los ojos de ella se agrandaron de terror al contemplar aquello que empezaba a crecer y endurecerse en medio de sus piernas. El corazón empezó a latirle demasiado deprisa. Casi rezó para que le explotara en el pecho antes de tener que soportar todo lo que aquellos fríos ojos prometían. Pero no ocurrió. Y él se subió a la cama, tiró de sus tobillos hasta tumbarla boca arriba y le abrió las piernas sin compasión—. Vamos, muchacha, sé que lo estás deseando, no te hagas la difícil. Yo te daré lo que con tantas ganas parece querer.

—Apártate de ella si no quieres que te vuele la tapa de los sesos ahora mismo, bastardo repugnante.

La mente de Brianna volvió a la realidad en el mismo momento en el que la voz de Wyatt detuvo a Grady y la libró del peso de su cuerpo con extraordinaria facilidad.

Temblaba. Sudaba tan profusamente que sintió todas sus prendas empapadas por el miedo y el cuerpo no respondía a las órdenes de su cerebro. Aun así, se las arregló para arrastrarse lo más lejos posible de Grady. Se agazapó en un rincón y, sosteniéndose el vestido rasgado como buenamente pudo, observó cómo su marido amartillaba el arma dispuesto a cumplir su amenaza.

Los ojos dorados se habían vuelto negros por la furia. Sus rasgos estaban

deformados, como si no le pertenecieran. Miraba a Grady perforándole con una ferocidad solo equiparable a la tensión que exudaba cada músculo de su cuerpo. Contenida, pero preparada para atacar.

Parecía un animal salvaje, enseñando los dientes mientras defendía lo suyo. Brianna nunca lo había visto así, pero no la asustó. Sabía que terminaría con el capataz allí mismo, a no ser que ella se lo impidiera. Y por mucho que deseara ver muerto a Grady, un rayo de lucidez asomó a su mente desvariada para hacerle ver que Wyatt se mancharía las manos de una sangre que difícilmente lograría limpiar después.

—¡No! —El grito surgió de lo más profundo de su garganta cuando reunió fuerzas y casi corrió hacia él. Su mano se posó en el hombro masculino con miedo, sorprendida por la dureza que sentía bajo los dedos. Casi se encogió cuando él dirigió su furia hacia ella antes de volver a encañonar a Grady, que apenas había podido subirse los pantalones y permanecía empotrado contra la pared, pero con ese simple gesto supo que su ira no se limitaba al capataz—. Wyatt, por favor, no te pongas a su nivel. No ha ocurrido nada, has llegado a tiempo...

—Te ha tocado.

Fue un susurro lento, bajo y profundo que penetró hasta lo más hondo de su corazón.

—Por favor —insistió—. No lo mates. No quiero que más tarde te arrepientas. No cargues con otra muerte sobre tu conciencia, Wyatt...

Repetir su nombre por segunda vez pareció obrar el milagro. Bajo su mano, notó la progresiva relajación de los músculos a medida que apartaba el rifle lo suficiente como para dedicarse a observarla con más detenimiento, menos furia y más preocupación.

—¿Estás bien? —preguntó con dulzura.

—Ya te dije que no había pasado nada...

Su voz murió cuando le vio propinar un fuerte puñetazo a Grady en la sien que lo dejó inconsciente. Solo entonces se giró hacia ella y la sujetó por los hombros, palpándola con unos movimientos tan impersonales, tan ridículamente profesionales, que sintió ganas de abofetearlo.

¡No era eso lo que necesitaba, sino que la abrazara! O, al menos, que la mirara con un mínimo de ternura, en vez de persistir en esa frialdad que resultaba hiriente. Pero parecía enfrascado en la tarea de confirmar la verdad de sus afirmaciones. Cuando terminó, la dejó en mitad de la cabaña mientras arrastraba el cuerpo inerte de Grady hasta el lomo de Satán.

—Ve a la casa grande —ordenó, encaramado en su semental y barriendo con la mirada a todo aquel que se atrevía a mantenérsela, hasta conseguir que los esclavos volvieran a sus hogares. Clavó su ceño fruncido en ella y señaló el camino—. ¡Ve ahora mismo, maldita sea!

* * *

No lo vio mientras escuchaba por boca de Ayana el relato escalofriante de todas aquellas veces que Grady había repetido lo mismo con ella. Hablaba con tanta tranquilidad, con una ausencia tan escalofriante de emociones, que Brianna se sintió enferma por su propia debilidad.

Lidió sola con su miedo. Aquella noche, la cama se le antojó demasiado grande y fría. Un instrumento inútil si pretendía dejar de temblar o dejar de llorar. Porque aquella noche derramó todas las lágrimas que había mantenido a raya durante los últimos años. Y lo hizo en soledad.

Al día siguiente, un maltrecho y renqueante Rufus, con la espalda cruzada por el látigo y los pies vendados, se dirigió a la casa grande en busca de Ayana.

Wyatt castigó su huida con el doble de trabajo y la mitad de las raciones de comida durante un mes. Y persistió en su alejamiento de ella.

Esa indiferencia, al cabo de una semana de su regreso a la casa grande, se convirtió en una verdadera tortura a la que Brianna se empeñó en poner un pronto remedio.

No importaban su furia contenida o su, esperaba, fingida indiferencia hacia ella. Tenía sus propios planes y aquella mañana se propuso llevarlos a cabo.

—Virginia, nos vamos a la casa de la laguna —anunció sin más ceremonia—. Ken, Ayana y yo. Esa fue la decisión de Wyatt cuando nos casamos y a ella me voy a ceñir. Puede usted informarle de ello cuando se digne a aparecer por aquí, si es que echa de menos mi presencia.

Se pertrechó en aquella pequeña casa como si fuera una reina en su castillo y esperó con ansia una respuesta. La esperó durante horas. Pero comió con la única compañía de Ken y se fue al consultorio del doctor tan sola como regresó.

Sin embargo, su marido la esperaba sentado al piano de cola cuando entró en el saloncito tan agotada como furiosa. No se volvió al oírla. Siguió ligeramente inclinado sobre el instrumento, con sus manos aferradas a la tapa

que cubría las teclas.

—Mi madre me dio el recado. Deberías habérmelo consultado antes —se apresuró a añadir, con voz sombría y controlada, antes de persistir en su postura. Si imaginar a Brianna herida por un disparo le provocó una extraña sensación de desasosiego, verla debajo de aquel ser repugnante, con su ropa rasgada y a punto de ser violada, fue algo que lo superó con creces. Cada vez que lo recordaba, su furia crecía como la de un animal salvaje. No quería que ella lo viera... aún—. Es posible que hubieras hecho caso de mis recomendaciones, aunque no me hago ilusiones. ¡La última vez casi te cuesta la vida! Imaginaba que desde entonces habrías logrado reunir un poco de sentido común.

Eran palabras hirientes, pero ciertas. Brianna dio un paso al frente y tragó saliva, consciente de que, al menos, se debían una mutua disculpa, pero permaneció en silencio.

—¡Te dije que no te aventuraras sola por las cabañas de los esclavos! —gritó él, tan furioso que era incapaz de mirarla—. Conozco a Grady. Sé de sus prácticas desde hace tiempo, pero nunca había tenido una prueba tangible de ellas, igual que tampoco las tenía acerca de los sabotajes o del asesinato de la pobre Queenie.

—¿Crees que él es el responsable?

—¡A partir de ahora, y gracias a tu insensatez, podré comprobarlo por mí mismo en breve! —respondió con aspereza—. No puede estar entre rejas y provocar «accidentes» en el aserradero, huidas entre mis trabajadores u otras desgracias. ¡Tendré que darte las gracias, después de todo!

Brianna ignoró el sarcasmo.

Aquella era la ocasión que había estado esperando para hablar con él.

—Grady habló de Cathy. Me dijo que yo había ocupado el puesto que le pertenecía a ella.

—¿Cathy? —Él le lanzó una mirada inquisitiva pero no menos dura—. Grady trabajó para mi padre en Boston, en la fábrica textil. Imagino que conocería a mi esposa y...

Se detuvo abruptamente al ver el estado de Brianna. En algún momento, ella se había desmoronado. Ahora, lo miraba conteniendo las lágrimas a duras penas, con su mentón tembloroso dirigido a él, pero sin esa fortaleza que solía caracterizarla.

—Wyatt, yo...

—No me he quedado satisfecho con mi declaración de los hechos cuando

lo que quería era meterle una bala entre las cejas, pero la prisión con la promesa de una posible horca siempre es mejor que nada. —Vio cómo sus hombros se enderezaban cuando cogió aire, para volver a encogerse cuando lo expulsó por medio de una oscura maldición—. Me ha costado, Ojos de Gata. Me ha costado mucho mantenerme alejado de ti hasta que mi furia se asentara lo suficiente como para poder pensar. Necesitaba encontrarme en situación de hablar contigo, así que aquí estoy.

Después de una eternidad, se puso en pie y se dirigió hacia ella. Sus ojos permanecían claros, con una pizca de compasión y un mucho de arrepentimiento, cuando se acercó tanto que hubiera podido tocarla sin necesidad de moverse. Por el espacio destinado a un suspiro, Brianna deseó que lo hiciera, que la abrazara para consolarla, que le susurrara palabras de ánimo al oído.

Que la hiciera olvidar el horror pasado en la cabaña de Ayana.

Y su deseo se hizo realidad.

Por un instante de tiempo tan breve que apenas pudo disfrutarlo, Wyatt la atrajo hacia él y la encerró entre sus fuertes brazos. Fue un gesto espontáneo que ella jamás le reprocharía, pero que habló por sí mismo. A través de aquel calor que tanto había añorado, le transmitió todo su pesar, su fuerza, las palabras de ánimo y la comprensión que nunca expresaría en voz alta.

Tan pronto como ella empezó a relajarse en mitad de aquella fuente de calor que actuó sobre su cuerpo como un bálsamo reparador, él se apartó para regresar a su gesto duro.

—Perdóname —le dijo, todavía con la mandíbula tan apretada como los puños—. No reaccioné como hubiera debido, pero Ken acudió a mí chillando algo relativo a Grady, a Ayana y a ti... Cuando llegué y lo vi encima de ti, a punto de... ¡Dios, me volví loco! Tenías la mirada desenfocada, parecías completamente ida, paralizada, sin defenderte. Con el vestido destrozado, el cabello revuelto, la marca de un golpe en tu mejilla. —Elevó la mano en esa dirección, pero la dejó caer antes de alcanzarla—. Si no hubiera sido por ti, lo habría matado. Solo podía pensar en todo el peligro que te rodeaba, en que te había fallado y podría volver a fallarte si ese asesino que anda tras de ti consigue acercarse lo suficiente. Estaba tan asustado que fui incapaz de consolarte como te merecías, Ojos de Gata. Solo me importó el sufrimiento que vi en ti, la posibilidad de que te hubiera forzado, de que hubiera llegado tarde... —Su voz se quebró cuando se peinó el pelo con los dedos y tanta desesperación que Brianna se quedó sin aliento. Desvió los ojos un segundo.

Cuando los volvió a clavar en ella, había una determinación en ellos que le hizo palpar el corazón desafortadamente—. He estado a punto de renunciar a este matrimonio cientos de veces en la última semana pensando en lo alegremente que desoíste mis advertencias.

—Lo siento. Lo siento de verdad. No pensé que...

—No importa. Debo arreglar las cosas contigo. Por mí, por mi hijo, por nosotros. Me da la impresión de que, después de lo ocurrido, nada será lo suficientemente grave como para alejarme de ti. Que siempre terminaré recurriendo a todo lo que empiezas a representar en mi vida. Pero por lo pronto, quiero tu perdón, lo necesito.

—Lo tienes.

—¿Incluso antes de que te diga que a partir de mañana voy a trabajar en el consultorio de Ed? Me ha costado que ese matasanos me acepte después de tanto tiempo.

Brianna abrió la boca, estupefacta. ¿Sería cierto? Wyatt la miraba con demasiada gravedad para que se tratara de una broma.

—Más te vale que no se trate de una estratagema para reconciliarte conmigo —advirtió, sacudiendo su dedo índice delante de él con fingido enfado.

—Acabas de perdonarme, mujer. ¿Qué necesidad tendría de decirte, por ejemplo, que había pensado en permitir que me ayudes? —añadió él, con una sonrisa que le robó el corazón—. Solo en determinados casos, por supuesto. Después de lo ocurrido con Ken, supongo que no te repugnaré...

Aquello sí que se merecía una recompensa. Con un chillido de alegría, Brianna se colgó de su cuello y estampó su sonoro beso en su mejilla barbuda. Solo entonces reparó en lo cerca que se hallaba de su boca, en la súbita seriedad de su marido al mirarla con anhelo y en aquellas enormes manos posadas en su cintura para evitar que aterrizara por completo sobre él. La aferraba con fuerza contra su cuerpo, proporcionándole todo el calor que había echado de menos durante aquellos días.

Aspiró con profundidad para impregnarse de su olor... hasta que recordó que debía mantenerse a raya y se apartó lo que pudo. Las mejillas le ardían cuando se alisó el vestido y recuperó su postura digna.

—Imagino que este será uno más de tus tratos —afirmó, mirándolo de reojo.

—Uno más de los destinados a preservar tu independencia económica, como me pediste. Ganarás un dólar más del que te paga el usurero de Ed,

además de conservar los dos semanales por tus clases a Ken. Es lo que considero justo.

Y lo decía con esa naturalidad que conseguía que un cosquilleo comenzara en su bajo vientre y se extendiera por el resto de su cuerpo. Cuando vio su mano extendida, no pudo evitar otra sonrisa.

—Trato hecho —dijo, estrechándosela de la misma manera que entrelazaba su mirada con la de él—. Pero espero que sea el último.

—Yo no —lo escuchó decir.



Veinticuatro

—¿Qué estoy haciendo mal? Dímelo antes de sacar las uñas para defenderme.

Wyatt la miraba tan fijamente, imaginándose cosas que nada tenían que ver con el trabajo que estaba realizando con él en el consultorio, que el suave sonido de su voz lo sobresaltó como si en realidad fuera un grito. Se encontraban solos en el consultorio, puesto que Ed había ido a atender a un enfermo en su casa. Y Brianna esperaba una respuesta.

—Nada —dijo, colocando las vendas limpias en su lugar.

—¿Nada?

—Solo pensaba en nosotros, igual que tú.

Brianna enrojeció, señal inequívoca de que había dado en el clavo.

—Tus pensamientos primero.

—Nunca he conocido a una mujer tan interesada por las enfermedades, las heridas, las pústulas, la sangre... No me malinterpretes. Estoy encantado de tener una esposa que las comparta conmigo.

—Tuve una buena maestra.

—Eso es nuevo. —Wyatt se giró, repentinamente interesado—. ¿Quién, si puede saberse?

—Mi amiga. La persona que me regaló el saquito de las hierbas. Una curandera llamada Oonagh, que me enseñó algunas cosas.

Había dejado su tarea y permanecía con su mirada triste clavada en la nada. Sabía que acababa de escuchar algo trascendental para ella y no quería interrumpirla, pero tampoco entristecerla, así que se acercó a ella y ocupó su campo de visión deliberadamente.

—Y seguro que tuvo en ti una alumna muy aventajada. Podría atarme de por vida a alguien así.

—Ya estás atado de por vida a alguien así. Estamos casados.

—No me refiero al aspecto formal y burocrático, Brianna.

—Entonces te refieres a la parte física. —No esperaba que abordara el tema con tanta naturalidad. Ensimismada en sus propios pensamientos, se sentó en la camilla, evidentemente preocupada—. ¿Qué ocurriría si tú y yo...? En fin, ya sabes. ¿Y después, si yo me quedara embarazada...?

Aquella mezcla de ingenuidad y franqueza le encendió la sangre. Estuvo a punto de tumbarla sobre aquella camilla para demostrárselo, pero en cambio sonrió con condescendencia.

—Sería una consecuencia lógica de nuestras relaciones, Ojos de Gata —respondió encogiéndose de hombros—. El hecho de que contemples la posibilidad me llena de esperanza, a no ser que no quieras un hijo mío, en cuyo caso tendríamos un serio problema.

—Tendríamos más de un problema. —De pronto, se volvió hacia él alarmada—. Wyatt, ¿qué ocurriría si yo... si me enamorara?

—¿Qué ocurriría si me enamorara yo, Brianna? —Solo cuando lo dijo en voz alta, supo que realmente estaba muy cerca de ocurrir—. Has llegado a mí de la nada, como un ángel o la peor de las brujas, llevando contigo la constante sensación de que te irás en el momento más inesperado como si fueras una fuerte ráfaga de viento, antes de que pueda siquiera ordenar todo lo que ocurre a mi alrededor. Antes de disfrutar de tu parte del contrato.

—Tranquilo. Una irlandesa jamás falta a la palabra dada, aunque le vaya la vida en ello.

—¿Te va la vida en ello? ¿Tan desagradable te resulto?

—Lo que me resultas va mucho más allá de un simple desagrado, Wyatt. Precisamente por eso, sé que tendré que pagar un alto precio para preservar mi honor y mi orgullo.

Su corazón sería ese precio. Eso pareció a punto de confesar, pero cerró la boca y siguió con sus tareas como si tal cosa. No la volvió a abrir hasta que no llegaron a su casa y, después de arropar a Ken, se dispusieron a disfrutar de la cena preparada por Ayana.

Wyatt intentó aparentar normalidad sin desprenderse de la sensación de que, en algún delicado momento de su conversación, había abordado un tema mucho más delicado cuyas consecuencias estaba sufriendo.

—Brianna, estoy intentando que esto funcione —espetó con solo una parte de la tensión que sentía—. He respetado tu intención de guardar silencio respecto a las razones que te han llevado a aceptarme, y también tus secretos. Intento comportarme como un hombre cabal e incluso permisivo contigo. Otro en mi lugar hubiera hecho efectivos sus derechos como marido sin importarle

lo que tú opinaras al respecto. ¿Tengo que ser más explícito?

—Nos casamos porque tú me ofreciste lo que yo necesitaba.

—No. Nos casamos porque me pediste confianza y yo te la di. Igual que ocurrió la noche en la que nos conocimos, cuando decidiste creer en mi palabra sin conocerme. Cuando tu hermano apareció en tu habitación, me demostraste el mismo coraje. Por eso te di mi voto de confianza. Pero ese voto puede cambiar. No es una amenaza —añadió al ver que ella abría la boca para replicar—. Solo necesito que lo sepas antes de plantear eso que te ronda por la cabeza.

—No me ronda nada por la cabeza.

—Sigues mintiendo muy mal. —A su pesar, sonrió—. Si es algo que me afecta, por favor, exponlo antes de terminar con mi paciencia.

La vio dudar cuando desvió su mirada de la de él. Instintivamente, su corazón empezó a latir más deprisa de lo normal. ¿Y si había cambiado de opinión y había decidido deshacer el matrimonio? ¿Y si quería seguir los pasos de su hermano y marcharse de Red Oaks?

De pronto, la idea de ser abandonado por ella le resultó dolorosamente intolerable.

—¿Qué es lo que lleva a un hombre a lugares como un burdel?

Se atragantó con el trozo de carne que tenía en la boca. Tuvo que esperar a que su ataque de tos pasara para mirarla perplejo.

—¿Eso es lo que te preocupa?

—Entre otras cosas. Pero me lo he preguntado muchas veces desde que lo conozco.

—¿Regresamos a las formalidades, Ojos de Gata?

—Me siento mejor usándolas si voy a hablar de estos temas.

—Pues no hablemos de ellos. Es mucho más fácil así. Aunque veo que estás decidida a seguir...

—No me gusta dejar nada a medias. —Él la miró con una ceja alzada que lo decía todo, provocando que sus mejillas se tiñeran de rojo—. La crueldad que vi...

—No tiene nada que ver con la razón por la que me encontraste allí. Aunque sí que guarda relación con las más bajas pasiones de un hombre. Y esas sí que tienen que ver conmigo. —Ella lo miró sin comprender—. Ah, no. No me harás creer que eres tan inocente.

—¿Y si lo fuera?

—No hubieras asomado la nariz por ese lugar.

—Buscaba...

—¿Respuestas? ¿Cómo ahora? —Estaban demasiado separados. Abandonó su asiento y acortó la distancia de dos zancadas para colocarse a su espalda. Ella permaneció recta, silenciosa. Desde su posición de altura, Wyatt contempló los hombros desnudos, los bucles que descansaban sobre uno de ellos y el delicado nacimiento de sus pechos a través del escote, que subían y bajaban precipitadamente a causa de la respiración apresurada. No la tocó, pero apoyó la barbilla en su cabeza y aspiró en profundidad aquel aroma que lo tenía fascinado. Así fue como notó su inquietud, su pulso acelerado por el contacto. El efecto que causaba en ella.

Apretó los dientes. ¿Por qué se sentía tan humillado al pensar que esa alteración podría ser de rechazo y no de deseo? ¿Cómo era posible que aquella mujer, sin ni siquiera mirarlo, minara su seguridad de aquella forma?

Dudas, incertidumbres. Eso era lo que los separaba. Wyatt estuvo tentado de terminar con todas ellas en ese momento. Sería muy sencillo obligarla a ponerse en pie y apropiarse de su boca... Pero no sería algo voluntario por su parte.

Había asegurado que sería ella quien se lo pidiera y lo conseguiría, aunque las manos le ardieran por la necesidad de tocarla y la boca se le secara de deseo no satisfecho.

—Estaré encantado de dártelas, Brianna. Si quieres saber qué es lo que puede llevar a un hombre a un burdel, solo tienes que utilizar tus sentidos —susurró, inclinándose hacia su delicada oreja solo para recibir su suave aroma de mujer y ese pequeño estremecimiento apenas visible que lo llenó de esperanzas y, al mismo tiempo, de frustración. No le era indiferente. Respondía incluso a su aliento. Entonces, ¿por qué se empeñaba en permanecer al otro lado de la barrera, en vez de cruzarla?—. Observa, huele cuando cierres los ojos, toca... Y cuando tengas toda esa información dentro de tu cabeza, analiza y saca tus propias conclusiones, querida esposa. Quizá te sorprendan.

No había alzado la voz, pero Brianna supo que estaba furioso cuando abandonó la estancia a grandes zancadas, dejándola completamente sola, ligeramente confundida pero más decidida que nunca a descubrir qué emoción podía ser para él más fuerte que el deseo no satisfecho que le brillaba en los ojos cada vez que la miraba.

* * *

Quería poseerla por completo. En cuerpo y mente.

Pero siempre había algo intangible que lograba apartarlo de su objetivo.

Estaba tan duro que le costaba mantenerse sobre la silla de montar y las manos le hormigueaban por la necesidad de volver a llenárselas con la cálida suavidad de aquel trasero perfecto, de los pechos vibrantes, de cualquier otra parte de su cuerpo.

¡Dios! Se moría por estar entre sus muslos, dentro de ella empujando hasta el final para ofrecerle el mejor de los placeres. Quería llegar hasta el último de sus pensamientos y tener rendido por completo su corazón. Pero ella ponía los límites y él no podía hacer nada salvo buscar la llave que los destruyera.

Por eso se dirigía a hablar con su madre.

Brianna había encontrado en Virginia una aliada incondicional. Sabría aconsejarle acerca del camino a seguir, una vez que conociera sus planes a corto plazo, pero en cuanto pisó el vestíbulo, supo que alguien se le había adelantado.

—Me voy a Fort Sumter, madre. No puede insistir en que me quede. ¡Es mi obligación!

—¡Y tú eres mi hijo, por el amor de Dios! Cole, no quiero verte así vestido... ¡preparado para morir en cualquier momento! No me pidas esto...

Su madre se derrumbó sobre su sillón predilecto al mismo tiempo que Wyatt irrumpió en el salón. Vio el uniforme gris de sargento que vestía Cole. Su aspecto demacrado, apagado. Su gesto de amargura donde antes siempre había risas y una malicia irresistible para las mujeres.

Cole. Su hermano. Se iba a la guerra. Y lo hacía con su rencor hacia él intacto.

No podía permitirlo. ¡Lo echaba de menos, qué demonios! Después de dirigir un breve vistazo a su madre, extendió una mano hacia él con ademán conciliador.

—Cole...

—Vaya, el hijo pródigo ha vuelto —replicó con su ya habitual amargura.

—Nunca me he ido. Eres tú quien se empeña en mantener esta enemistad estúpida. Si te vas a Fort Sumter así, terminarás por lamentarlo.

—¿Estúpida? ¡Llamas así al hecho de que estés casado con la mujer de la que estoy enamorado? ¡Por tu culpa estoy encerrado en un matrimonio sin amor con una harpía que dedica parte de su tiempo a hacerme la vida imposible!

—No me culpes de tus propios errores.

—¡Pensaba que era a Brianna a quien seducía!

La exclamación contenida de Virginia no lo detuvo, pero Wyatt decidió que ya había oído suficiente. Se dirigió hacia él, señalando a su madre con un firme gesto de cabeza.

—No creo que sea el momento adecuado para hablar de los detalles de tu matrimonio—murmuró como una advertencia que Cole decidió desoír.

Su cara pasó al rojo con extraordinaria rapidez y sus ojos empezaron a brillar con una ira arraigada que se intensificó cuando Wyatt lo agarró del brazo para que se callara.

—No me toques —le advirtió—. Ni creas que estás en situación de ordenar nada, hermano.

—Madre no tiene por qué saber que pretendías acostarte con Brianna.

—¿Acaso tú no lo pretendías? —Con una sonrisa cruel, Cole se desembarazó de su mano y se giró hacia Virginia, que observaba la escena pálida y desencajada—. ¡Ya se conocían de Boston, porque ella visitó un prostíbulo cuando él estaba disfrutando de las atenciones de una ramera!

—Cole, te expliqué cuáles eran mis intenciones con respecto a Brianna. Si vas a faltar a la verdad, es mejor que te calles...

—Yo hubiera podido ofrecerle ese matrimonio, ¿sabe? —siguió diciendo a Virginia, como si Wyatt no estuviera presente—. Lo hubiera hecho gustoso, pero ella me rechazó cuando intenté cortejarla y el ardid de Roxanne no me dejó margen de maniobra.

—Cole, acabas de reconocer que te rechazó... —siguió advirtiendo Wyatt.

—Supongo que también desconocerá el encuentro que ambos mantuvieron en el despacho la noche en la que ella llegó a esta casa. Veo que sí —añadió, al comprobar cómo Virginia empezaba a negar con la cabeza, completamente atónita ante lo que estaba presenciando. Cole parecía fuera de sí, ajeno a todo lo que no fuera la crueldad con la que pretendía dejarlo en evidencia, sin darse cuenta de que con ello hería a su madre—. Su querido hijo estaba tan bebido en su despacho que, cuando ella apareció allí, pensando que entraba en la biblioteca, ¡la confundió con una prostituta y la besó! ¿Y qué cree que hizo Brianna? Lo rechazó con una sonora bofetada... ¡después de corresponderle!

—¡He dicho que te calles, maldita sea! —Escucharle hablar así de Brianna terminó con su paciencia y su consideración. Estrelló el puño en la cara de su hermano, sin importar la fuerza empleada. La espalda de Cole fue a

parar al pequeño escritorio del salón. Se frotó la mejilla, más sorprendido que dolorido, cuando Wyatt resopló—. ¿Tengo que hacer como cuando éramos niños para que dejes de cometer estupideces? ¡Yo nunca me hubiera inmiscuído deliberadamente entre ella y tú! ¡Estoy cansado de repetírtelo!

—¿No? Entonces, ¿qué demonios es lo que has hecho?

—¡Prestarle mi ayuda cuando me la pidió! ¡Y si para que lo entiendas tengo que darte una patada entre las piernas, no dudaré en hacerlo!

Cuando escuchó el rugido, fue demasiado tarde. Notó un objeto afilado rasgándole la cadera, al mismo tiempo que el cuerpo de Cole se abalanzaba sobre su espalda. Se giró y sujetó la muñeca de su hermano con fuerza, hasta lograr que soltara el abrecartas que empuñaba.

De pronto, todo intento de reconciliación abandonó su mente. Ni siquiera pensó que era su hermano quien recibía sus puñetazos, quien estaba saliendo peor parado. Solo sabía que tenía que atacar para defenderse, que la sangre empezaba a mojarle la camisa y que un chillido desesperado intentaba parar todo aquel sinsentido.

—Basta, ¡basta! ¡¡Bastaaaaaa!!

El grito de Virginia solo sirvió para que Wyatt, aprovechando su mayor corpulencia, se apartara de Cole para tirar de la pechera de su camisa hasta ponerlo de pie. Tuvo que repeler un rechazazo directo a su nariz ensangrentada y levantó la mano dispuesto a devolvérselo, pero su madre se metió en medio sin previo aviso y con tanta rapidez que ninguno pudo parar a tiempo.

Terminó en el suelo, con los brazos cruzados sobre su cabeza.

—¡Maldito seas mil veces! —gritó Cole—. ¡Mira lo que has hecho!

—¿Yo? ¡Has sido tú quien la ha empujado!

—No ha sido culpa de nadie. He tropezado... ¡He dicho que he tropezado!

Su nueva exclamación, esta vez furiosa, logró detenerlos. Virginia se levantó con dificultad y logró apoyarse en su bastón para fulminar a ambos con la mirada y el simple sonido de su respiración trabajosa. Solo entonces Wyatt se atrevió a mirar a su hermano. Tenía la cara ensangrentada, la ceja abierta y dos botones de la camisa rotos. Su estado no sería mucho mejor. Se llevó una mano a la cadera y miró la palma manchada de rojo.

—No es la primera vez que os veo sangrar por una pelea, pero espero que sea la última —siseó Virginia con autoridad—. ¡Sois hermanos!

—Ya no.

Las palabras de Cole fueron determinantes. Sintió una desolación tan fuerte y descarnada que solo fue capaz de dirigir una mirada avergonzada a Virginia antes de dirigirse a la salida.

—Lo siento, madre. Siento que haya tenido que presenciar esto. Nos veremos en el frente, hermano —auguró con la voz teñida por la tristeza.

Aunque en el fondo de su alma, deseó estar equivocado.



Veinticinco

Al abrigo de su abrazo, había tenido una sensación de seguridad y pertenencia totalmente desconocida para ella.

Brianna era capaz de albergar ese tipo de anhelo por un hombre, y no la asustaba ni la repugnaba. Sin embargo, le hacía asomarse a un abismo de dimensiones desconocidas cuyo peligro la estaba esperando al final de su salto, como una advertencia que ella estaba dispuesta a desoír.

Suspiró y se levantó para mirar por la ventana. Solo la recibió la oscuridad más absoluta y la quietud más profunda, hasta que las notas de un piano la rompieron por completo.

—Wyatt...

Él había vuelto a tocar. Precisamente aquella noche.

Algo trascendental había pasado para que ocurriera.

Descendió las escaleras descalza, en silencio para no despertar a Ken, hipnotizada por la fuerza de aquella música profunda y desgarradora que surgía del pequeño saloncito. No obstante, la imagen que la recibió la dejó inmóvil en el vano de la puerta, con la boca abierta y la respiración contenida.

Casi dos metros de cuerpo masculino se inclinaban sobre las teclas del piano. Sus manos, de dedos largos y llenas de callosidades por un trabajo que no le correspondía, se movían como poseídas por algún ente maligno que lograba que todo él se contrajera, como si en realidad cada nota se incrustara en su interior para provocarle dolor, sufrimiento. Como consecuencia de los movimientos, su pelo negro caía en mechones sobre su rostro, cubriéndolo parcialmente, mientras el suave fuego de la chimenea proyectaba los reflejos de sus llamas sobre todo él. Parecía una visión, derramando a su alrededor tanta fuerza que Brianna cedió a sus efectos. Caminó hacia él con los ojos clavados en el perfil que sus mechones le dejaban ver.

—Hay pocas cosas más complicadas que dejar que otra persona te vea como realmente eres —murmuró Wyatt con la voz ronca, dando a entender que

había advertido su presencia—. Un día todo es perfecto, y al siguiente se desmorona sin que puedas hacer nada.

—Pensé que no volverías, pero estás aquí. Nada se ha desmoronado.

—Espero que te alegres de que lo haya hecho, Ojos de Gata. Cole y yo nos hemos peleado delante de mi madre. Se marcha a la guerra. Es muy posible que no volvamos a vernos. No podría soportar que tú no me quisieras aquí.

Cole. La guerra. Su enemistad con Wyatt.

A través de su rostro lleno de golpes y sangre seca, su mirada la llamaba. Le decía que su fortaleza se estaba desmoronando.

Brianna se acercó, dispuesta a envolverlo en un abrazo que apaciguara todo su dolor y sus remordimientos, pero se detuvo a medio camino cuando vio la sangre en su pantalón desgarrado.

—¡Estás herido! —exclamó—. Tu cadera...

—No es nada grave, no te preocupes.

Empezó de nuevo a acariciar las teclas del piano, pero ella lo detuvo y tiró de él para ponerlo en pie y evaluar mejor la herida.

—*Fear dúr damn...*^[9] —siseó, dando un paso atrás con los brazos en jarras—. Necesitas puntos y no puedes dártelos tú solo. No te muevas de aquí; ahora mismo vuelvo.

Voló a por su maletín de médico con todo lo necesario para la sutura y regresó con agua para verter en una palangana, pero cuando lo vio de pie frente a la chimenea supo que debía dar un paso más. Uno que le hacía arder la cara de vergüenza con solo pensarlo, pero que necesitaba superar.

Sus recuerdos podrían regresar para atormentarla. Las visiones del intento de violación de Grady, incluso sus antiguos miedos, se convertirían en armas afiladas que la retraerían de nuevo, pero ocultó su azoramiento y dejó sus utensilios cerca de ambos.

—Quítese la ropa, doc —ordenó—. No podré curarlo con ella puesta.

—Por mí perfecto, Ojos de Gata. —Un destello malicioso brilló en los ojos dorados—. Ya iba siendo hora de que me lo pidieras.

Bromeaba, pero sus últimas palabras quedaron suspendidas entre ellos cuando Brianna contempló aquel conjunto de músculos. Era toda una exhibición de fuerza, poder masculino y deseo sin restricciones. Se dio un festín con aquel pecho amplio, salpicado de vello negro, a través del cual se vislumbraban sus tetillas. Descendió hacia el estómago plano y esa fina línea de vello que no se interrumpía en ningún momento, y que seguía hasta el centro

de sus caderas estrechas y firmes.

Él no parecía avergonzado, pero ella tragó saliva con dificultad. De pronto, era dolorosamente consciente de su propio cuerpo. De la sangre que fluía por él, del cosquilleo que impregnaba sus dedos, de la sequedad de su garganta y del ardor de sus ojos, cuando Wyatt se giró.

Ya no sonreía. Ahora le mostraba los golpes en su piel curtida y morena, pero también los voluptuosos músculos de sus caderas firmes y atrayentes, los que configuraban su torso, el aparente peso y poder de su pene y sus testículos.

Era ciertamente un miembro poderoso, que aumentó de tamaño y dureza con su sola mirada. Debería haberla asustado hasta el punto de salir corriendo, pero solo provocó que todas aquellas sensaciones que invadían su cuerpo se acrecentaran.

Cuando él se acercó y le ofreció su cadera herida, Brianna regresó a la realidad.

Tenía que curarlo. Carraspeó ante la imposibilidad de pronunciar una sola palabra, y dejó los utensilios sobre la mesilla auxiliar.

—¿Qué ocurrió exactamente? —Él le contó todo. Pero conforme avanzaba en su relato, una extraña impotencia la hizo enfurecer—. Eres el mayor. ¡Por Dios santo, deberías haber controlado la situación por mucho que no la hubieras provocado!

—¿Qué querías que hiciera? ¿Poner la otra cadera para que pudiera utilizar mejor el abrecartas?

Se movió, exhibiendo sus atributos masculinos tan cerca de ella que tuvo que cerrar los ojos para seguir manteniendo un mínimo de frialdad. No podía mirarlo con ese anhelo, con esa hambre mal disimulada que la llevaba a extender las manos hacia su trasero bien formado solo para comprobar si era tan firme como parecía...

Cuando los volvió a abrir, vio una expresión trascendental, dulcificada por un anhelo que apenas pudo disimular. Oh, sí. El león nunca bajaría su orgullosa cabeza. Siempre lo envolvía un halo de seguridad y fuerza... Sobre todo cuando estaba desnudo, como en aquel momento.

—Un niño de pecho lo hubiera hecho mejor que tú.

Se refería, desde luego, a la cautela que dan los años y que Wyatt parecía haber perdido en algún lugar, antes de alcanzar ese grado de jactancia que lo llevaba a mostrar una sonrisa tonta.

—¿Estás poniendo en duda mi hombría, Ojos de Gata? Mira que, si es así, estaré encantado de demostrártela. Después de todo, estamos casados.

—¿Eres capaz de bromear en esta situación? Bien —añadió, propinándole un buen pinchazo con la aguja que le hizo soltar un quejido—. La próxima vez que quieras alardear de tu hombría recuerda mi aguja. Siempre puedo coser el orificio equivocado.

Lo giró para poder terminar su tarea y, de paso, librarse del embrujo de aquella inesperada ternura con la que la miraba, pero entonces lo vio.

Se quedó inmóvil. Ninguno de los dos habló mientras ella contemplaba las horrendas cicatrices que surcaban su espalda. Blancas, profundas, en forma de un aspa que la cruzaban de lado a lado en la parte media, y que produjeron en ella un escalofrío que fue incapaz de contener.

Con una mezcla de temor, espanto y curiosidad, dejó la aguja y alargó una mano en su dirección. Cuando logró tocarlas, Wyatt soltó el aire que había retenido y hundió los hombros.

—El incendio fue provocado. —Brianna no tuvo que preguntarle. Sabía a qué se refería. Resiguió con los dedos aquellas marcas perennes sin atreverse a mirarlo a la cara—. Las pruebas lo indicaban. Ocurrió poco después de la muerte de mi padre y justo la noche en la que Catherine me dijo que tenía un amante. En medio de la discusión, me confesó que Kenneth no era mi hijo, sino de Cole. Aquella noche ni siquiera pude recriminar a mi hermano, puesto que no se hallaba en casa, pero con unas pocas palabras, ella minó mi confianza y provocó que me fuera al burdel de Lucille. Estaba tan furioso que fue la única manera que se me ocurrió de pagarle con la misma moneda. Me emborraché hasta que no supe qué hacía con las chicas de Lu. Tampoco sé cuánto tiempo estuve allí. —En ese punto hizo una pausa. Contuvo la respiración cuando Brianna vendó su herida y volvió al piano en cuanto tuvo ocasión, tan desnudo como estaba. Posó sus manos en las teclas, pero no tocó—. Solo sé que cuando volví a mi casa, esta ardía en llamas. Cole había logrado sacar a mi madre y a Ken, pero Cathy permanecía dentro. Entré a por ella. Se encontraba en la planta baja, con su cuerpo ardiendo y... —Sus hombros se sacudieron. Brianna alargó una mano para intentar reconfortarlo, pero, como si él hubiera intuido sus intenciones, negó con la cabeza—. La envolví en unas cortinas y la saqué de allí; no pude hacer más por ella. Ni toda mi destreza como médico ni todo mi aplomo ni toda mi sangre fría lograron salvarla. ¿Lo entiendes, Ojos de Gata? ¡Si hubiera estado allí, nada de eso hubiera ocurrido! ¡Estaría viva!

—Por eso te negaste a seguir ejerciendo...

—Y a seguir tocando y a seguir viviendo. ¡No era merecedor de ese don ni de ningún otro! Destruí la vida de mi esposa y estuve a punto de

enemistarme con mi hermano por unas palabras que, aun hoy, no estoy seguro de que no tuvieran algo de ciertas.

—No hables así de Cole. Simplemente está cegado por los celos, pero te adora. Sería incapaz de hacer algo así. Al menos en eso deberías estar seguro.

—¡Si termino por estar seguro, me sentiré tan mal por haber dudado de él que será mucho peor! —gritó, fulminándola con una mirada tan oscura que no parecía la suya—. No fui el artífice del fuego ni de esa inquina que me hizo pensar en Cole como el padre de Ken, ¡pero fui tan culpable como ellos de todo lo que ocurrió! ¡Yo seguía queriéndola, pero en vez de luchar por ella, me marché a disfrutar de otras mujeres! ¡A beber hasta que mis manos temblaron demasiado como para intentarlo al menos! Desde entonces, me juré que nunca dejaría que nada escapara a mi control. Que siempre dominaría cada acción, cada sentimiento. Que jamás volvería a dejarme llevar por las emociones... Hasta que apareciste tú, y trastocaste todo mi apacible y frío mundo. —La miró de manera que pudiera comprender que cada palabra era dolorosamente cierta—. Hoy he perdido a mi hermano, Brianna. Ninguna herida que pueda tener sangrará tanto como esa. Pero he vuelto a tocar porque ha llegado la hora de contarte lo que ocurrió. No seré libre hasta que no me libre de su recuerdo.

—Lo sé. Y lo entiendo.

Temblaba como un niño pese a tener la envergadura de un coloso. Había cambiado por ella, mientras confesaba que seguía atado a la memoria de Cathy.

Algo le estalló en el pecho al escucharlo; una sensación de horrible vacío entre las costillas, angustiada, la invadió hasta oprimir su respiración.

—Los fantasmas solo existen cuando hay algo que merece ser recordado. Lo he aprendido con el tiempo —añadió él con ademán derrotado.

—¿Catherine merece ser recordada?

—No en su totalidad. Quizá nadie lo sea. En todo caso, ahora quiero otros recuerdos que no tengan nada que ver con la traición ni con la venganza. —No era ira lo que acababa de ver en sus ojos. Era desolación, amargura, tormento. Y soledad. Mucha soledad—. Eres demasiado bondadosa. No hace falta que te compadezcas de mí.

—Si no estuvieras tan ciego, verías más allá.

—Y, además, ingenua.

—Veo que ambas cualidades te desagradan. ¿Qué tal si me haces una lista de los rasgos que consideras admirables en una mujer?

—Lealtad. Valor. Pasión. Son valores que tú tienes en abundancia. —

Giró en el asiento hasta posicionarse frente a ella con las piernas abiertas y todo lo que albergaban entre ellas a la vista. Duro, tan orgulloso como su dueño. Brillante de anhelo—. Serían buenos recuerdos imperecederos.

Las manos de Brianna volvieron a temblar al tomar el paño húmedo para limpiarle la sangre seca de la cara. Se inclinó hacia él, hasta que sintió su aliento atravesando la tela de su camión para quemar directamente la zona de sus pechos que quedaba a la altura. Un simple vistazo a ese lugar le sirvió para recibir la contundencia de la mirada de Wyatt en la suya. Una vez más, la devoraba con los ojos, que no apartó ni siquiera cuando ella se atrevió a tocar la herida que tenía junto a la ceja derecha.

—La vida me preparó para casi todo, menos para ti. —Sus manos se anclaron a la cintura de Brianna con lentitud, pero con seguridad, para mantenerla cerca de él. Ella no se retiró. El contacto fue similar a un relámpago cruzándole el cuerpo. En un momento era dueña de sus actos, y al momento siguiente ninguna parte de ella le pertenecía—. Ahora me siento perdido, incluso dolorido, pero tan excitado que soy incapaz de actuar con lógica o caballerosidad.

—Ahora no necesito una mente lógica ni un caballero. Necesito un hombre.

Con aquella simple frase acababa de abrirse a todo un mundo de sensaciones. Sin arrepentimientos, sin miedos, sin otro pensamiento que no fuera el anhelo de notar aquella boca sobre la suya, aquella lengua chupando, lamiendo, despertando en ella de nuevo aquel remolino de pasión que le zumbaba en los oídos, en el pecho, entre las piernas.

Wyatt la recompensó con una sonrisa que hubiera reducido el infierno a una simple llama, pero no movió ni un músculo en su dirección. Solo la mantuvo encajada entre sus piernas, pero a una distancia adecuada para mantenerla alejada de su virilidad.

Parecía atormentado, furioso y triste al mismo tiempo. Su necesidad de descargar su culpa iba mucho más allá de unas simples palabras cuando la sujetó por la cintura y apoyó la frente en su vientre. Depositó allí buena parte de su aliento y, con él, una pena que había estado a punto de desbordarlo. A continuación, levantó apenas la vista, desplazó una mano hacia su rostro y repasó la comisura de sus labios con la yema de su pulgar, al mismo tiempo que seguía el camino trazado con la mirada abrasadora de sus ojos turbios. Brianna supo que aquel simple gesto provocaba en él un caos similar al de ella, porque su miembro seguía enhiesto. Sintió un hormigueo de placer en los

pechos que descendió hasta su vientre y terminó entre sus piernas con una sensación similar al estallido de fuegos artificiales cuando Wyatt ejerció una ligera presión sobre su barbilla para que abriera la boca.

Iba a besarla. Y aquella anticipación estuvo a punto de hacerle explotar el pecho. Inclino la cabeza en su dirección, embebiéndose de todo lo que aquellos iris dorados le decían sin necesidad de palabras, pero cuando rozó sus labios con los de ella, él se apartó un poco.

—¿Qué pasa? ¿Has cambiado de opinión?

Wyatt emitió una risilla y hundió la mano en su cabellera castaña hasta alcanzar su nuca. La mantuvo a medio palmo de su boca, recibiendo cada bocanada de su aire y acogiendo el de ella.

—Lo convenido fue que *tú* darías el beso. Y si me baso en experiencias anteriores, no necesitas ayuda ni instrucciones. —Así que quería jugar... Sí, eso parecía cuando, con toda su aparente tranquilidad recuperada, dejó de tocarla y colocó las manos en su regazo—. ¿Eso va a ser todo?

—No quiero parecer demasiado descarada.

La carcajada que oyó a continuación hizo que las mejillas le ardieran.

—Entre nosotros nunca habrá suficiente descaro. —Cerró los ojos y elevó el rostro hacia ella—. Por favor, procura hacerlo bien. De lo contrario, esto puede acabar en desastre.

No rompería su promesa. Tendría que ser ella quien tomara la iniciativa, pero ¿se atrevería?

De repente, las posibles consecuencias acudieron a ella para frenar su atrevimiento. Había sido capaz de contemplar su soberbia desnudez sin una pizca de remordimiento ni de temor a algo que, de un modo u otro, seguía siendo desconocido. Había podido incluso mantener esa cercanía mientras todos sus sentidos hervían por cada mínimo contacto con él, pero, si lo besaba, desencadenaría algo a lo que no podría renunciar. ¿Valdría la pena aceptar sus consecuencias?

Brianna contempló por enésima vez el cuerpo duro y musculoso que tenía delante. Respiró el aroma que desprendía aquella piel morena y curtida, sintió el roce suave de aquella barba antes de que se produjera y se mezcló con el mensaje oculto que lanzaban aquellos ojos casi salvajes que la habían fascinado desde el primer momento en el que los vio.

Se desprendió de todo rastro de duda y, sin despegar su mirada de la de él, se inclinó hacia delante. Sus dedos vagaron por el pecho de Wyatt, por la sorprendente suavidad del vello ensortijado que lo cubría. Reconoció con las

yemas la dureza de sus músculos, su consistencia, y se detuvo en sus tetillas. Tocó la punta, fascinada al comprobar que se endurecían al tacto e intrigada al ver que él contenía la respiración.

—¿Te hago daño? —murmuró con inseguridad.

Quiso retirar la mano, pero él se la sujetó a tiempo para impedirlo.

—Espero sufrir este dolor mucho tiempo. Lo estás haciendo tan bien que me estás llevando a terreno peligroso demasiado pronto, Ojos de Gata...

Así que era eso. Brianna dejó asomar una sonrisilla y abandonó su entretenimiento. Con el mismo tipo de caricia liviana, suave, posó las manos sobre sus hombros duros. Se acercó tanto que notó la protuberancia dura de su erección contra sus muslos, y le vio contener la respiración por aquel simple contacto.

Apenas sonrió antes de posar sus labios sobre los de él. Solo se mantuvo inmóvil en un primer momento, cuando ella repasó la voluptuosidad de su boca con la punta de la lengua, tal y como él le había enseñado. Wyatt emitió un gruñido de placer y los entreabrió, invitándola a que penetrara más adentro, pero sin mover ni un músculo más.

Entrelazó los dedos en la nuca de su marido y profundizó en su exploración. Movié su boca como él la había movido en las ocasiones anteriores. Mordisqueó y jugueteó con aquella porción de carne húmeda, tibia y acogedora, hasta que el dolor que sentía en el corazón se fue difuminando y se tornó en excitación.

Lo besó como si hubiera nacido para aquel momento. Se fundió como una lengua de lava caliente y líquida. Y cuando sus lenguas se encontraron y se entrelazaron en una misteriosa danza de sumisión y excitación, el resto del mundo dejó de existir para ella.

—Por la gloria de Dios, si sigues así, voy a arrepentirme de mi promesa...

Susurró las palabras y pasó a tomar el control. Se puso en pie con tanto ímpetu que el taburete cayó al suelo, pero ninguno de los dos pareció darse cuenta. No había rincón que no estuviera en contacto con la tela de su camión mientras Wyatt manejaba cada uno de los movimientos de su boca. Aquel beso fue perfecto, romántico y tan dulce que apaciguó todos sus miedos y preocupaciones mientras encendía su deseo con fuerza.

—Todavía podemos parar. Solo tienes que decírmelo y me detendré —le ofreció entre jadeos.

No. Nunca. Era tentador como el pecado; supo que no podría resistirse,

ni querría hacerlo. Con él no sufriría ni penaría ni se arrepentiría.

Brianna negó con la cabeza por toda respuesta.

Sin dejar de mirarla, Wyatt se inclinó hacia delante, de modo que la parte baja de su espalda chocó contra la tapa del piano, para seguir devorando su boca. Su demostración de pasión era tan vívida, tan real y tan deliciosa, que apenas se dio cuenta de que podría caer. Terminó con sus manos ancladas al robusto cuello. Tocando la suavidad de los mechones negros que desmentía el asalto sin paliativos al que estaba siendo sometida.

Abrió las piernas por inercia cuando él, de un pequeño y delicado empujón, logró que apoyara su trasero sobre las teclas cubiertas.

—No creo que pueda ser tan tierno como te mereces, pero procuraré ser paciente —le susurró al oído, antes de mordisquearle el lóbulo de la oreja de tal forma que un millón de estremecimientos se apoderaron de ella—. ¿Me crees?

—Sin ninguna duda.

Su fuerte brazo le rodeó la cintura para acrecentar la presión que empezó a ejercer sobre su vientre. Las rodillas de Brianna flaquearon al notar el contacto. Sintió el calor de su cuerpo filtrándose para hacerla vibrar y gimió sin pretenderlo. Wyatt era varonil, fuerte; había tomado el mando y ella quería seguirlo a donde fuese.

Estaba lista para jugar el juego hasta el final.

—No quiero que sientas vergüenza ni temor. No conmigo.

Lo dijo al mismo tiempo que recogía el bajo de su camión hasta dejarla completamente expuesta de cintura para abajo. Ella se agarró al borde del piano cuando Wyatt, sin dejar de mirarla, de abrirla en ningún momento, le colocó las piernas sobre sus hombros, de modo que sus pies tocaban las cicatrices de su espalda. Notó el tacto rugoso de las palmas de sus manos acariciando sus muslos, empujándola a no pensar, a no temer.

Algo en su interior empezó a romperse para dejar paso a un calor inesperado que la llenó por completo. Algo que tenía que ver con la respiración errática de su marido cuando clavó su mirada en aquella parte de ella tan vulnerable, tan intocable, que había mantenido tan encerrada.

—Te juro que dedicaré el resto de la noche a besar, chupar y lamer cada palmo de ti. Pero ahora voy a saborearte justo aquí. Solo aquí.

Desplazó una de sus manos por los pliegues empapados de su sexo y chupó su propio dedo con una tenue sonrisa de seguridad masculina que prometía el paraíso. El efecto fue demoledor, como si millones de llamas la

quemaran poco a poco. Aquel gesto le pareció tan erótico, tan íntimo, que el deseo se apoderó de ella y su anhelo se tornó en súplica.

Murmuró algo y Wyatt sonrió. Al fin la tenía donde durante tanto tiempo había deseado. Todo su cuerpo ardía por ella. Su cerebro solo enviaba una orden: meterse en su cuerpo y no salir jamás, pero observó el espectáculo de Brianna, semidesnuda, con las piernas abiertas y aquellos preciosos rizos brillantes de excitación solo para él. Con sus mejillas encendidas, su boca entreabierta pidiéndole que continuara y el resto de su cuerpo aún por descubrir. Era la contemplación más dulce que había visto nunca: preciosa, provocadora e inocente. Se arrodilló ante ella, bebiendo de su presencia, deseándola, dejándose invadir por un sentimiento de protección, fuerte y furioso, al que se rindió en cuanto percibió su olor a hembra dispuesta, a excitación.

No era suficiente oír la gemir de necesidad, pensó; quería hacerla gritar de satisfacción.

Acercó su boca y lo inhaló en profundidad, antes de posar sus labios sobre aquella porción de carne empapada, tierna y jugosa. Sus piernas lo rodeaban formando una cárcel de la que no quería salir, pero desplazó sus manos hasta las nalgas desnudas de Brianna para sujetarla cuando, al fin, su lengua degustó parte de sus fluidos como si fueran maná caído del cielo.

Brianna se tensó ante aquel inesperado contacto. Notar la lengua de Wyatt recorriendo sus pliegues era lo más parecido a estar a punto de morir de placer, pero sentir su boca succionando la llevó a un estado de delirio que no tenía vuelta atrás. Poco a poco sus músculos se relajaron. Echó la cabeza atrás y dejó de pensar en la naturaleza de lo que estaba experimentando para pasar a disfrutarlo.

Wyatt utilizaba los dientes para apresar entre ellos el botón hinchado que sobresalía en lo más profundo de su sexo. Lo acarició con la punta de su lengua antes de penetrarla con ella.

Un calor abrasador la sacudió por entero. El dolor que había empezado a germinar en el interior de su vientre aumentó hasta tensarlo. Brianna sabía que no era algo de lo que debiera huir, sino un motivo para buscar un alivio. Su alivio.

—¡Dios, Wyatt...! —susurró apenas.

El aire le faltaba. La boca se le había secado incluso más que la garganta cuando él levantó la cabeza de entre sus piernas.

—¿Deseas que pare? —casi canturreó.

—¡No!

—Sus deseos son órdenes para mí, señora Miller.

Volvió a su tortura, esta vez a un ritmo mucho más rápido, más salvaje. Brianna ya no tenía control alguno sobre su cuerpo. Clavó los talones en la espalda de Wyatt y se acercó más a su boca. Deseaba que no terminara nunca y que terminara de una vez. Deseaba romperse y recomponerse para volverse a romper. Deseaba algo desconocido que la colmara, antes de volver a buscarlo para conocerlo.

Sintió los dedos masculinos clavados en sus nalgas, el cosquilleo de su barba, el contacto total de aquella boca torturadora en su sexo y el líquido de su propia excitación empapándole el interior de sus muslos un segundo antes de estallar en mil pedazos, disuelta en la marea de la cima de su placer.

Gritó su nombre, se retorció sobre el piano y abrió los ojos, completamente asombrada por aquello que acababa de experimentar. Se quedó sin fuerzas, laxa sobre el piano, hasta que Wyatt se puso en pie despacio, con una mueca de dolor que ella achacó a la herida.

—Oh, lo siento, lo siento... —se disculpó en cuanto sus pies tocaron el suelo y su camisón volvió a cubrirla—. Debe dolerte mucho...

Él enmarcó su rostro entre las manos y penetró en su boca con infinita dulzura, haciendo que se saboreara a sí misma. A continuación, la tomó en brazos.

—Hacer lo que acabo de hacer me ha puesto al límite, Ojos de Gata —confesó—. Pero seguiremos donde todo debió comenzar: en nuestro dormitorio.



Veintiséis

Se hallaba delante del mejor ejemplo del dios Balder.

Cuando Wyatt la dejó en el suelo de su habitación y cerró la puerta de un puntapié, Brianna pensó en aquella deidad nórdica para calificar el cúmulo de belleza masculina que se erguía ante ella en todo su orgulloso esplendor.

Con una simple mirada le decía que todo lo que tenía delante era para ella... Sin embargo, un pequeño reducto de su mente pertenecía a su esposa muerta.

—Me has cedido tu confianza hasta el punto de cederme también tu cuerpo —afirmó Wyatt, como si adivinara el curso de sus pensamientos cuando se acercó a ella y tomó sus manos con las de él—. Pero sé que aún estás demasiado asustada y algo desconcertada por lo que acaba de ocurrirte.

—No sabía que un hombre pudiera excitar a una mujer hasta el punto de la locura.

—Oh, eso ha sido solo el comienzo. —Con una sonrisa oscura, casi siniestra, se acercó a ella muy despacio, como si estuviera calculando el siguiente movimiento antes de efectuarlo. Su olor le llegó paulatinamente para rodearla, para terminar con todas sus reticencias, si es que todavía las tenía. Cerró los ojos cuando Wyatt hundió una de sus manos en el espesor de su cabello e inhaló en profundidad. Lo cierto era que no le importaba lo más mínimo que aquella mente complicada fuera de Catherine; ahora mismo, era de ella. Ignoraba cómo lo sabía, pero lo sabía—. Brianna, abre los ojos y mírame, por favor. No soportaría hacer esto sin conocer cada uno de tus pensamientos.

—¿Conoces cada uno de mis pensamientos solo con mirarme a los ojos?

Él volvió a emitir otra risa, esta vez de auténtica seguridad masculina, que le caldeó la sangre.

—No todos, claro. Pero sí los que más me interesan. Igual que tú los míos. Porque ahora mismo sabes que no hay nadie más que tú para mí,

¿verdad? —Por si le quedaba alguna duda, enlazó el brazo libre alrededor de su cintura y la atrajo hacia él todo lo que su propio cuerpo le permitió. Se adentró en el verde cristalino que al fin lo miraba y contuvo el aliento—. No puedes creer que yo tenga mi cabeza en otra persona... Viva o muerta.

—Demuéstrame.

La petición lo dejó desconcertado. Por un momento no supo cómo actuar. Era una simple palabra pronunciada con suavidad, pero que encerraba un cúmulo de emociones que, de pronto, él empezó a sentir como propias. Acababa de confesarle a Brianna toda su historia con Catherine para, a continuación, hacerle el amor con la boca con tanta veneración que las consecuencias de esa confesión desaparecieron incluso para él. No podía evitar sorprenderse al adivinar a quien se refería, aunque tampoco podía echárselo en cara. Era lógico que tuviera sus reticencias.

Igual de lógico que esperar que él terminara con ellas.

Todavía tenía su sabor en la boca. Su olor le inundaba las fosas nasales, lo que abarcaba la vista era tan apetitoso que apenas podía contenerse y la estaba tocando demasiado superficialmente, demasiado poco.

Sonrió. Estaría gustoso de terminar con todas aquellas dudas de una buena vez.

—Sus deseos son órdenes para mí, señora Miller —murmuró de nuevo, antes de apropiarse de su boca con furia, como si llevara siglos sin degustarla y no unos minutos.

Ella enlazó sus manos en torno a aquel cuello firme y rudo y arqueó su cuerpo para pegarse más al de él. Ya no había razón para negarse a nada de lo que sucediera. Iba a suceder de todos modos y estaba preparada para asumir lo que ocurriera después. Pero, de momento, iba a descubrirlo paso a paso. Iba a alcanzar el cielo de su mano, porque era lo que ambos necesitaban, lo que querían.

Poco a poco, el beso se tornó más profundo, menos violento, cuando Wyatt sujetó su cabeza y la ladeó para profundizar todavía más dentro de su boca, en una exploración lenta y enloquecedora que le arrancó varios gemidos de éxtasis. Oh, Dios, volvía a sentir aquella efervescencia que la impulsaba hacia él, sabiendo que era el único que podría atenderla, avivándola primero para apagarla después de aquella manera tan deliciosa. No sintió temor cuando, sin separar sus bocas, él tiró con delicadeza de su camión hacia abajo para dejar sus pechos expuestos mientras sus labios recorrían la línea de su mentón, descendían por su cuello y se apropiaban del hueco que había justo

detrás de su oreja, haciéndola gemir. Ciertamente, estaba muy lejos del miedo cuando sintió su corazón con tanta fuerza que temió que saliera al exterior en el momento en el que sus manos callosas se posaron en sus hombros, para después envolverla en un abrazo en mitad de un gruñido de satisfacción.

Volvió a recorrer cada recoveco de su boca con la lengua y se encontró con la de ella. Ambas iniciaron un baile hipnótico, lleno de erotismo y lujuria que terminó por deshacerla, por hacerla sentir pequeña, casi insignificante ante el poder que emanaba de aquel cuerpo masculino, pero deseada. Única. Al fin.

Le siguió el juego mientras se sentía devorada por una llama abrasadora que la atravesó como si fuera un relámpago. Con cada nueva acometida de sus labios crecía la presión entre sus muslos hasta el punto de no poder controlarlo.

De no querer controlarlo.

—Me parece que este es un buen comienzo para demostrártelo — murmuró Wyatt, apartándose lo justo para poder hablar, para poder siquiera respirar antes de lanzarse sobre ella como un animal salvaje sediento de sexo. Siguió tirando de aquella condenada tela hasta que Brianna quedó completamente desnuda ante él y nuevamente se quedó sin respiración.

Era la contemplación más pura, y al mismo tiempo más pecaminosa, que había tenido delante en toda su vida. Aquellos pechos apuntaban hacia él como si siempre lo hubieran esperado. Cremosos, suaves, con sus puntas redondeadas y duras aguardando a ser saboreadas hasta que aquel color rosado se transformara en uno mucho más oscuro por la excitación. La cintura angosta desembocaba en unas caderas contundentes, guardianas de su mejor secreto. Ese que todavía le ardía en la boca y le dejaba la garganta completamente seca al verlo en todo su esplendor. Aquellos rizos íntimos todavía permanecían húmedos. Todavía lo llamaban con su simple visión, con su olor...

Ahogó un gemido y levantó la vista. Brianna le devolvía la mirada avergonzada, de nuevo con aquel miedo incomprensible para él. El rubor de sus mejillas se intensificó, pero cuando intentó cubrirse con las guedejas rizadas de su precioso cabello castaño, él se lo impidió con un movimiento suave pero firme de su mano.

—Eres tan preciosa que mereces ser contemplada hasta la extenuación. Déjame al menos verte, Brianna —pidió, acercándose a ella.

La punta de su enorme y dolorosa erección rozó la parte alta de su

vientre. Fue poco más que un cosquilleo que logró que ella entreabriera la boca y que él apretara los dientes. Estaba tan excitado que, si volvía a repetirlo, se derramaría allí mismo.

Ensimismado en lo que veía, levantó una mano y abarcó uno de los succulentos pechos que se le ofrecían. Lo masajeó sin perderse detalle de sus expresiones, dispuesto a detenerse ante la menor señal. No la hubo. Ella cerró los ojos y emitió un suave y ahogado jadeo que lo encendió todavía más. La caricia se tornó más decidida, más profunda. Hundió sus yemas en la carne blanda, del color de la leche más cremosa, para sustituir el temor por una ansiedad equivalente a la suya en aquel momento. No se conformaría con menos, porque si había menos, sencillamente se contendría para no tomarla esa noche ni ninguna otra hasta que ella se lo suplicara.

—¿Te gusta? —preguntó—. Necesito que me digas todo lo que sientes, porque quiero que esta noche sea memorable... para los dos.

—Me gusta. —Sus palabras fueron apenas un susurro. Wyatt vio cómo sus pestañas temblaban al mismo tiempo que sus labios cuando tomó su pezón entre los dedos y lo frotó con las yemas. El calor que irradiaba era tan potente que lo afectó a él en la misma medida—. *Dia*, me encanta...

—Voy a demostrarte cuántas veces he soñado que saboreaba y tocaba tus pechos, si tú me lo permites —añadió.

No soltó el aire hasta que no vio cómo ella asentía, sin separar sus ojos de los de él. Con una pequeña sonrisa de victoria parcial, Wyatt acercó la boca al pezón del pecho que quedaba libre y lo metió en la boca. Sintió cómo se endurecía todavía más dentro de ella, cómo su dueña emitía un jadeo ahogado y cómo las pequeñas manos, que permanecían alrededor de su nuca, se clavaban en su carne mientras ella se adelantaba más hacia él. Siguió acariciando, estimulando el otro pecho con cuidado para no asustarla demasiado pronto, pero fue la propia Brianna quien empujó su cabeza hacia delante demandando todas las atenciones que él ya imaginaba en su mente.

Pues bien, si eso era lo que quería, eso era lo que tendría. Su cerebro hacía tiempo que no pensaba en otra cosa que en meterse entre aquellas preciosas piernas, y su pene actuaba en consecuencia. Con solo pensar en el calor abrasador que lo acogería, palpité sobre el vientre de Brianna de una forma tan contundente que ella abrió mucho sus preciosos ojos para mirarlo.

—Oh, Wyatt... —murmuró sin aliento, extasiada cuando él mordisqueó su pezón al mismo tiempo que le propinaba toquecitos con la lengua, para después chuparlo con fruición—. ¡Santo Dios!

—Te dije que lo de antes solo era el principio. —Él abandonó aquella deliciosa tortura y abarcó sus nalgas desnudas en su totalidad para volver a apropiarse de su boca al mismo tiempo. Aquel asalto fue fulminante, casi brutal, tan rudo que le paralizó el corazón. Brianna pensó que se moriría. Tenía toda la longitud de su pene sobre su vientre, pugnando implacable, y aquellas manos enormes presionando su trasero mientras se adueñaba de cada rincón de su boca.

Sus instintos tomaron el mando. Hacía rato que era incapaz de pensar cuando, agarrándose a sus fornidos hombros, tomó impulso y se encaramó a sus caderas con un grito del más puro placer animal, que él mismo sofocó con sus besos.

El dorado de sus ojos había desaparecido por completo. Con sus manos perfectamente ancladas a aquella parte de ella que tanto le gustaba, Wyatt deslizó con cuidado un dedo por el espacio entre sus glúteos hasta llegar a su sexo desde atrás. Brianna se tensó un instante sobre él, pero un nuevo jadeo vertido sobre el cuello masculino, seguido de un pequeño y tímido mordisco, le indicó que seguía el camino correcto. Lo encendió hasta un punto de no retorno que le llevó a corresponder a ese mordisco con otro dirigido a su labio inferior, al mismo tiempo que caía con ella sobre la cama.

La tenía debajo de él, con sus piernas aún rodeándole la cintura y sus talones impulsándolo hacia delante, hacia el único lugar en el que deseaba estar.

Sentía su sangre rugiéndole en cada parte de su cuerpo, preparada para estallar en cualquier momento. Llevó su cadera hacia el sexo de Brianna y la frotó con su miembro duro hasta que vio cómo sus pupilas se dilataron, sus pechos se agitaban y sus propias caderas se adelantaron buscando más, mucho más.

Demandaba ser satisfecha y no le importaba cómo. Se retorció cuando sintió la lengua de Wyatt explorando su ombligo y abrió las piernas, dispuesta a sentirla en el centro mismo de sus muslos, pero él no la llevó allí. Durante unos agónicos segundos que le parecieron horas, se dedicó a repasar sus ingles mientras una de sus manos sustituía la punta rosada de su miembro y se desplazaba hacia sus pliegues empapados para recorrerlos con lentitud.

Brianna se mordió el labio, adelantó el torso hacia su boca para que siguiera adorándola de aquella manera y elevó las caderas aún más hasta quedarse inmóvil con las sábanas entre sus puños cerrados, como si así pudiera anclarse a ese maravilloso presente, cuando sintió dos dedos

masculinos penetrando en su interior. Abrió los ojos con sorpresa, pero no vio crueldad en los de Wyatt ni tampoco sintió el temor, tan conocido como esperado.

Solo un anhelo creciente que él se encargó de avivar en cuanto los empezó a mover lentamente.

—No dejes de mirarme. Quiero ver tu expresión cuando explotes de placer. Porque voy a proporcionártelo. Todo el que necesites.

Sonrió y se adentró en su boca, penetrándola con la lengua del mismo modo que era penetrada con los dedos. Brianna se aferró a él y abrió más las piernas para acogerlo, para poder sentir con más plenitud los efectos devastadores de aquellos dos dedos moviéndose al mismo ritmo que la lengua. Gimió y siguió retorciéndose. Sentía su ritmo muy adentro y se preguntó si era ella la que vibraba, pero necesitaba sentirse más llena, más plena.

Wyatt lo comprendió sin necesidad de palabras. Era hermoso en su pasión. La miraba con los ojos negros de lujuria del mismo modo salvaje que había observado la piel enrojecida de sus pechos por el roce de la barba. Los rasgos de su cara estaban contraídos y la mandíbula tan apretada que un tendón le sobresalía del cuello y el pulso palpitante se podía ver a simple vista. Cada uno de sus músculos se remarcaba por el esfuerzo realizado para no caer sobre ella con todo su peso. Sentía aquella presión contenida en cada poro de su piel mientras mecía sus caderas al mismo ritmo implacable impuesto por los dedos dentro de ella. En un movimiento instintivo quiso tocar la dura erección, pero él le sujetó la muñeca y negó con la cabeza.

—Cariño, estoy tan excitado que si me tocas, todo terminará —susurró entre bocanadas de aire.

—Yo también lo estoy...

—Entonces, ábrete para mí. Solo para mí.

No podía aguantar más. Sus testículos eran dos enormes piedras que le pesaban en el cuerpo y en el alma, y la había estimulado lo suficiente. Por su expresión, Brianna estaba a punto de alcanzar un segundo clímax; si seguía bebiéndose cada una de sus apasionadas expresiones, él también lo alcanzaría... fuera de ella.

No era eso lo que quería. Sentirse rodeado solo contribuyó a que sus caderas buscaran su propio alivio. La punta de su pene encontró el camino y Wyatt empujó, sosteniéndola.

—Siento el daño que voy a causarte —murmuró antes de entrar en ella por completo...

Y comprobar lo equivocado que estaba.

No encontró la oposición que esperaba. Pero estaba tan estrecha, tan resbaladiza, tan deliciosamente caliente, que fue demasiado tarde para otra cosa que no fuera empujar en profundidad, hasta el mismo fondo. Wyatt vio la sorpresa en los ojos verdes mientras se fundía con su cuerpo. La tenía debajo de él, retorciéndose de placer mientras lo mantenía anclado con fuerza a aquel lugar entre sus piernas. No pudo parar. Sus acometidas se volvieron furiosas, rápidas, cuando ella le indicó con sus caderas que eso era lo que quería. Que era lo que buscaba de él y que al fin lo había conseguido.

Se vació en su interior de una manera tan furiosa, tan salvaje, que no pudo contener un rugido de éxtasis cuando sucedió, al mismo tiempo que sentía alrededor las violentas palpitations de ella al acompañarlo. Pero no pudo disfrutar un después ni acogerla entre sus brazos el tiempo necesario para que ambos se recuperaran antes de repetir semejante experiencia.

No. Su mente empezó a funcionar cuando los dos se quedaron quietos, mirándose a los ojos, y la neblina de la pasión se disipó al mismo tiempo que sus cuerpos regresaban a la normalidad.

Era incapaz de hablar. Solo fue consciente de los pechos de ella pegados al suyo, de su miembro, todavía palpitante, en su interior. De aquel olor que lo volvía loco y que lograría que dejara todo a un lado para hacerle el amor de nuevo si no se apartaba a tiempo.

Lo hizo desentumeciendo sus músculos, satisfechos por el placer, para dirigirse hacia la ventana pensando furiosamente en la mejor manera de afrontar lo que acababa de descubrir.

Brianna ya se había entregado a otro hombre antes que a él.



Veintisiete

—Brianna, tengo la sensación de que acabo de ofrecerte una parte muy importante de mi corazón. Contra mi voluntad o con ella, eso es lo de menos. Ahora bien, necesito un poco de reciprocidad.

—No te entiendo.

—Soy médico, pero ante todo soy hombre. Y ambos se han dado cuenta de que has estado con otro antes que conmigo. —Procuró no sentirse traicionado sin darle la oportunidad de explicarse, pero así era como se sentía—. ¿Qué hay de honesto en ti? Quiero saberlo.

—¿El qué, exactamente?

Brianna se encontraba sentada en la cama, mirándolo con su habitual franqueza. Desnuda, con su cabello cayéndole por la espalda y los pechos, como si fuera una sirena dispuesta a llamarlo.

Pero con aquella pregunta, le empezaba a responder.

Por la gloria de Dios... No sabía qué era peor, si que ella volviera a hablarle con miedo o que hubiera más que contar.

—La única clase de verdad que hay, no el resto —respondió, intentando conservar la poca calma que le quedaba—. La que está llena de todo lo que normalmente solemos ocultar y que es la única que sirve para entender al completo. Quiero que me cuentes quién te poseyó antes que yo. Necesito que te quites de encima todas tus excusas y me digas quién eres en realidad, con la verdad.

—¿Y después?

—Después, espero que ambos seamos capaces de afrontar las consecuencias. No pueden ser tan horribles como insinúas. Aunque si lo fueran, al menos te quedará el consuelo de haberte mostrado tal cual eres delante de tu marido.

Wyatt emitió un suspiro que ocultó sus temores y se sentó a su lado, en la cama, tan rígido que incluso él sentía el frío que desprendía a su alrededor.

Todos sus instintos clamaban en contra de lo que estaba haciendo, pero no tenía elección. Cuando por fin Brianna se decidía a mirar debajo de su caparazón para ver en su interior tanto las virtudes como los defectos, descubría la posibilidad de que fuera él el engañado. Aun así no quería perderla, a no ser que lo que estuviera a punto de contarle fuera lo suficientemente monstruoso como para rechazarla de por vida.

¿Lo sería? Empezó a dudar al ver los reparos que empañaban aquellos preciosos ojos cuando se clavaron en él, para después hacerlo en la ventana que tenía a su espalda con una expresión ausente, pero repentinamente desconocida.

—Mi padre no era más que un borracho que regentaba una posada de mala muerte en Lifford, el pueblo donde tanto mi hermano como yo nacimos — empezó, con una voz carente de todo sentimiento—. Con mi nacimiento provoqué la muerte de una madre a la que nunca conocí, pero a la que siempre extrañé. A partir de entonces, él me culpó de ello, por lo que tuve que aprender a valerme por mí misma desde bien pequeña. Sola.

—¿Y Patrick? ¿Y esa Oonagh de la que me hablaste en su día?

—Patrick dedicaba todos sus esfuerzos a recibir la cólera de mi padre en mi lugar cuando llegaba a casa demasiado borracho como para saber lo que hacía. Si mi alma está endurecida por la vida, la suya lo está por los golpes. A veces me admira ver el hombre extraordinario en el que se ha convertido en lugar de ser una copia de mi padre. —Wyatt sintió un dardo en el pecho al comprender. Acababa de encontrar la explicación a esa insistencia acerca de que él se mantuviera alejado del alcohol—. En cuanto a Oonagh, la conocí una noche lluviosa, cuando mi padre había bebido tanto que parecía a punto de morir y nuestros pobres recursos no daban para un médico. Ella era una conocida sanadora. Me dio un bebedizo a cambio de mis servicios como ayudante, que le presté con gusto antes de...

Volvió a interrumpirse para morderse el labio. Sus manos se retorcieron sobre su regazo desnudo cuando ella inclinó más la cabeza, como si lo que fuera a contar supusiera la mayor de sus vergüenzas. Finalmente, afrontó la mirada de Wyatt con tanta valentía que él estuvo a punto de echarse atrás. No lo hizo porque sabía que ya no había retroceso posible.

—Los ingleses siempre han ocupado los puestos de responsabilidad en mi país, al menos desde que tengo memoria —continuó, con un tinte amargo de odio en su voz que él no conocía hasta el momento—. En el caso de Lifford, el alcalde se llamaba Robert Ellington y asistió a la fiesta del pueblo el mismo

día en el que yo cumplía dieciséis años. Había muchas muchachas, pero se fijó en mí. Y el hambre que cayó sobre nosotros cuando Patrick se fue a la capital y la posada se cerró, hizo el resto. Mi padre necesitaba dinero; yo era la única capaz de proveérselo. Ellington se encaprichó de mí como Grady estaba encaprichado de Ayana. La única diferencia residió en las circunstancias que nos rodeaban. En mi caso, el alcalde solo necesitó ofrecer una cantidad de dinero para que mi padre aceptara el trato.

—¿Te vendió?

—Por una cantidad que te resultaría ridícula, créeme —añadió Brianna con aspereza, sin atreverse a mirarlo—. Solo quería deshacerse de mí. Así, Robert Ellington se hizo con su juguete y lo malogró la primera noche. Me ató al cabecero de la cama cuando intenté resistirme. Y mientras aullaba de puro terror ante lo que me esperaba, él repetía que se limitaría a darme lo que buscaba en realidad al tiempo que se desvestía. Cuando... cuando me vi prisionera de Grady, reviví aquel momento con tanta claridad que me quedé sin capacidad para defenderme ni para pensar. Yo...

Gruesas lágrimas empezaron a correr por sus mejillas, pero ella se las limpió de un manotazo. Si cerraba los ojos, podía escuchar sus propios gritos de agonía, el dolor insoportable entre sus piernas que apagaba el del resto de su cuerpo golpeado, mientras Ellington la violaba sin más reparos. Sus repugnantes jadeos, sus movimientos apresurados que la rompían por dentro. El líquido caliente y viscoso que le corrió entre las piernas cuando terminó y que ni siquiera pudo limpiarse...

Se abrazó el estómago y tragó saliva. Debía permanecer en el presente, en su presente. De lo contrario, no podría continuar con su relato. Y tenía que terminar lo que había empezado.

—Pensé que siempre sería así. Que, si alguna vez me veía seducida por un hombre, este se limitaría a moverse entre mis piernas para vaciarse dentro, sin importar el dolor o la humillación —confesó con la cabeza tan baja que él no pudo ver su expresión—. Desde que padecí aquel horror, sentí un vacío imposible de llenar. Aún puedo tocar el rincón de mi alma que aquel malnacido dejó en carne viva porque no ha cicatrizado.

No. La razón no parecía un arma lo suficientemente poderosa para luchar contra aquel espectro, ni el placer y la ternura que Wyatt le había ofrecido.

—Me... violó —repitió, llorando desconsoladamente—. Y después de aquella primera noche, siguió haciéndolo a su antojo. Unos días después mi padre murió a causa de la bebida. Yació bajo tierra completamente solo, como

se merecía, supongo. No sentí pena por él, pero Ellington tampoco me lo hubiera permitido. Solía decir que yo era carne joven y tierna. Que lo excitaba mi miedo, pero que se cansaría pronto de mí. Para mí, ese «pronto» nunca llegó.

Wyatt murmuró una maldición ininteligible y se levantó de un salto. Tenía la necesidad de fundirse con ella y al mismo tiempo de apartarse. Sentía su angustia dentro de él, por sus venas y entre sus huesos, la médula e incluso el alma. Finalmente, volvió a su sitio con un gruñido y la atrajo hacia su pecho mientras sujetaba los estremecimientos provocados por su llanto desgarrador. Notó cómo se aferró a él con ansia, pero permaneció en silencio mimándola, consolándola mientras acariciaba su espalda y derramaba sobre su oído susurros tranquilizadores. Le proporcionó el consuelo que necesitaba, y solo cuando sintió que su cuerpo se relajaba bajo sus manos, la apartó de él para limpiarle las lágrimas con los pulgares.

—El hombre del que habló Patrick, Brianna. ¿Tiene que ver con el que te compró?

—¿Qué importa? Yo tuve la culpa de todo. ¡De todo!

—¡Te vendieron a un hijo de perra! ¡Ni se te ocurra pensarlo siquiera!

—¡Debí haber luchado más contra él!

Toda su pena se transformó en rabia hacia sí misma cuando lo rechazó con un grito. Wyatt intentó calmarla, pero su mente estaba muy lejos de allí. Muy lejos de él. Cuando quiso encerrarla entre sus brazos de nuevo, ella se negó con la mirada perdida.

—Brianna, ¡hubiera sido inútil! ¿Es que no te das cuenta?

—Pude pelear, morder, arañar mucho más antes de que me atara...

Se atragantó con sus propias palabras, con sus propias lágrimas. Pareció ahogarse durante un angustioso segundo, pero fue suficiente para el aguante de Wyatt.

—¿Tú crees? —le preguntó, con una voz tan calmada que ella se lo quedó mirando sorprendida.

—No... entiendo —farfulló.

—No te preocupes, querida. Yo te lo explicaré.

Sin que mediaran más palabras, se abalanzó sobre ella y la aplastó contra la pared. Brianna no supo lo que ocurría. Solo era consciente del gesto duro de Wyatt que, con los dientes apretados en una mueca cruel, la inmovilizaba con el brazo en su garganta hasta impedir que el aire pasara por ella.

Se revolvió. A través de las lágrimas de dolor y desengaño, luchó por

respirar. Pero solo pudo golpear el muro de piedra que era el pecho masculino para que le permitiera hablar.

—¿Que haces?! —chilló, presa del pánico.

—Reclamar mis derechos, ¿no lo ves? —Como para corroborarlo, apretó uno de sus pechos de una forma tan cruel que ella gritó por el espanto—. Soy tu marido. Puedo hacer contigo lo que me plazca.

—¡¡No!!

—Tu opinión no cuenta. —El brazo pasó de su garganta a su cintura con extraordinaria rapidez. Antes de que Brianna pudiera reaccionar, Wyatt atrapó una de sus muñecas y la inmovilizó, girándola para pegar la espalda a su pecho—. Ahora mismo podría romperte el brazo. Incluso podría matarte. Dime, ¿qué posibilidades tienes contra mí?

—Ninguna...

Con esa simple palabra, comprendió lo que él pretendía. Quedó libre en un abrir y cerrar de ojos; en bastante menos, Wyatt la encaró para que pudiera ver su asentimiento.

Se sintió estúpida. Tan indefensa que solo pudo dejar que las lágrimas fluyeran a su antojo cuando su marido la abrazó. Durante unos instantes maravillosos, decidió disfrutar de aquel contacto antes de que la desprendiera de él, tal vez para siempre, cuando fuera capaz de continuar con su relato.

—Luchar no hubiera sido de valientes, sino de inconscientes —oyó que le murmuraba sobre el pelo—. Te habría matado, Brianna.

—Hizo algo peor que eso.

—¿Qué? ¿Qué hizo?

Ella se llenó de valor y lo miró a los ojos con la súplica más desesperada pintada en los suyos.

—¡Me dejó embarazada! ¡Y cuando lo supe, sentí tal repugnancia ante la idea de traer al mundo a un ser humano con su misma sangre que me deshice de él! Me escapé y pedí ayuda a Oonagh...

—Las hierbas surtirán efecto, mo chuid beag^[10]. En ese momento, necesitaré que seas fuerte.

Ella asintió, controlando el miedo que le sacudía el cuerpo. De pronto, el primer espasmo la hizo doblarse en dos. Gritó de dolor, pero apenas pudo mantenerse en pie. Dejó que Oonagh la llevara sobre una mesa y apretó los dientes cuando las contracciones se sucedieron.

Pronto todo se convirtió en un infierno lleno de gritos y sufrimiento. Su

cuerpo empezó a debilitarse conforme pasaban las horas y sus sentidos dejaron de obedecerla. Su respiración se volvió dificultosa a medida que notaba cómo algo se le escurría entre las piernas.

Era su hijo.

No, se corrigió, antes de que el último vestigio de consciencia se le escapara con un nuevo alarido de agonía. Era el hijo de un monstruo que había condicionado el resto de su vida con un simple contrato de compraventa del que jamás podría escapar.

Se sentía enferma, llena de espantosos recuerdos que parecían inundarlo todo hasta hacerla sudar de puro remordimiento.

—El proceso se complicó, pero no tuve tiempo de reponerme con Oonagh ni tampoco de planear mi huida definitiva. Cuando él me encontró, envuelta en una hemorragia que estuvo a punto de acabar conmigo, me llevó a su casa y... ¡Y bebió mi sangre! Me dijo que así le serviría mejor, aunque esperaba que muriera. Y yo también, Wyatt. ¡Yo solo quería morirme! —Cerró los ojos para obligar a su mente a evadirse, pero no lo logró. La repugnancia se mezclaba con la pena, con la impotencia más absoluta ante lo que acababa de hacer. Porque a sus ojos, volvía a estar débil, pero lo suficientemente consciente como para pensar en lo ocurrido. En el aborto. En toda aquella sangre que manchaba sus manos, su alma, su conciencia, simplemente porque servía para acicatear los deseos de un desquiciado...—. Sin embargo, sobreviví. Cuando él intentó volver a forzarme, me defendí con un cuchillo que anteriormente había logrado robar a la hora de la comida y lo atacé. No tenía a quién acudir, así que volví a Oonagh. Patrick estaba con ella. Acababa de regresar. Al enterarse de todo lo ocurrido, resolvió que nos iríamos en uno de los barcos que viajaban a América antes de que la justicia inglesa cayera sobre mí. Solo Oonagh supo de nuestra huida y, cuando al fin pisé la cubierta de aquel barco, juré que nunca permitiría que un hombre volviera a ponerme sus manos encima. Ahora, después de malograr mis posibilidades de ser feliz en Boston, he quebrantado ese juramento... contigo. Te he entregado mi último reducto de confianza, todas mis confesiones... Pero no estaré segura en ningún lugar, Wyatt. ¡Alguien ha averiguado mi paradero y me persigue!

No quería parecer suplicante. Jamás se le ocurriría utilizar lo compartido como un arma destinada a su protección. Sería demasiado egoísta, demasiado cobarde, y ella no era ninguna de las dos cosas, pero el frío volvió a encogerle el alma cuando sintió cómo Wyatt se apartaba de ella. Abrió los ojos poco a

poco, preparada para asumir las consecuencias de sus actos, y lo encontró de espaldas a ella, vistiéndose como si no hubiera ocurrido nada que pudiera cambiarlo todo.

Como si lo que había escuchado no lo afectara en absoluto.

Se mordió los labios para no gritar. Se lo merecía. Lo esperaba. Pero no lo aceptaría con facilidad.

—Wyatt... —casi suplicó.

El resto murió en su garganta cuando él se giró.

Lo había conmovido con su confesión. También lo había enfurecido y lo había llenado de impotencia, pero nada de eso se reflejaba ahora en su rostro tenso y tenebroso.

—Acabaste con tu propio hijo... —musitó incrédulo.

—Y no pasa un solo día sin que me pregunte qué habría ocurrido si hubiera decidido lo contrario. ¡Si piensas que fue una decisión fácil, estás muy equivocado! —le gritó con rabia—. Cuando me recuperé, ¡me sentí tan vacía por dentro que hubiera provocado mi muerte de haber podido!

—Cuando te casaste conmigo sabías que esto podría ocurrir —afirmó, señalando la cama que acababan de compartir como si fuera un potro de tortura—. Y, sin embargo, no lo evitaste.

—¡No quería evitarlo! Ocurrió y no me arrepiento.

—¿No? —Parecía que él sí cuando la atravesó con una mirada dolida que le llegó directa al corazón para rompérselo en pedazos—. Fuiste vendida por tu propio padre como una vulgar mercancía después de vivir en la más absoluta miseria. Te violaron, robándote la inocencia y la fe en la vida. Fuiste asesina de tu carcelero y de un niño que nunca debió ser concebido. Huiste de tu patria cargando con todos esos pecados sobre tu conciencia y te has pasado los últimos meses ocultándolos. Ocultándomelos. Dime, ¿de qué te arrepientes? ¿De haberme engañado, mostrándote como una mujer que no eres? ¿O quizá de este matrimonio que empieza a tener un sentido? Te has comportado como la mejor de las ramera, desde luego. Has conseguido no solo que me enfrente a mi hermano por ti, sino que me haya descargado en tu interior. ¿Era eso lo que querías? ¡Dímelo, maldita sea! ¿Querías un hijo mío? ¿Uno que supliera a aquel del que te deshiciste?

No pudo seguir preguntando. La mano de Brianna fue rápida al impactar en su cara.

Durante un instante, ninguno dijo nada. Solo se escuchaba el sonido de sus respiraciones furiosas, erráticas, mientras Wyatt se frotaba la mejilla

abofeteada sin moverse del sitio.

—Nunca te engañé. Si en estos momentos una nueva vida ha prendido en mi vientre, será bienvenida. Pero nunca, óyeme bien, nunca vuelvas a compararme con una ramera. —Solo era capaz de sisear. Toda ella temblaba de indignación cuando apretó los dientes y levantó el mentón mostrando su fuerza—. ¿Es que tus principios te impiden adivinar el dolor de una mujer cuando decide dar un paso como el que yo di? ¡Puedo asegurarte que el dolor siempre persistirá, por mucho tiempo que pase! ¿Acaso tu estricta moral te permite excusar tu propio comportamiento en un burdel mientras tu casa ardía en llamas? ¿Es posible que tu extensa lista de prejuicios solo estén destinados a juzgar al resto del mundo y no a ti mismo?

Wyatt emitió un rugido de furia, pero no la tocó. A pesar de la rabia provocada por aquellas verdades escupidas a la cara, Brianna se mantuvo firme, sin retroceder.

—Quizá no sea la persona más indicada para afear tu pasado, pero tampoco lo soy para aceptarlo tal y como tú pretendes. Tiempo —murmuró él entre dientes, antes de dirigirse hacia la puerta—. Tú me lo pediste en su momento. Ahora, soy yo quien lo necesita.



Veintiocho

Le había entregado su corazón, justo antes de haberlo perdido.

Ante su pasado escabroso, él actuaba huyendo como un cobarde.

Tiempo, eso decía que necesitaba, pero en realidad era distancia lo que había obtenido. Un castigo que ella no se merecía.

¡De ninguna de las maneras! Ya había pagado con creces por todos sus pecados.

Si quería romper el matrimonio, tendría que decírselo a la cara.

Días después de su discusión, salió de su habitación preparada para enfrentarse a todo un ejército de maridos furiosos, pero Ken la interceptó.

—Madre, Ayana dice que es la hora de la cena. ¿Padre cenará con nosotros?

—Ya lo creo. ¿Dónde está Rufus?

—Me parece que en el aserradero. Ayana me ha dicho que padre ha tenido que acompañar a Roxanne a su plantación porque ha discutido con la abuela. Pidió dinero para caprichos, y como no lo ha obtenido, se ha enfadado tanto que se ha puesto a chillar y padre se la ha llevado.

La garganta comenzó a cerrársele al escuchar ese nombre, pero moriría antes que sucumbir a un ataque de celos delante de Ken.

—¿Puedes decirle a Guideon que avise a Rufus para que prepare el calesín? —se las ingenió para preguntar.

—Pero padre se pondrá furioso cuando vea que es Rufus y no Joshua quien conduce el calesín.

—Pues perfecto entonces. Que rabie hasta cansarse —farfulló.

Poco después, cuando Rufus la dejó en la puerta de aquella magnífica casa, comenzó a dudar de su determinación. Iba en busca de su marido, ¡qué demonios!

Su marido. Se repitió ambas palabras mientras se dirigía a la entrada principal, pero se olvidó de ellas cuando unos sollozos ahogados la llevaron

hacia la parte de atrás.

Allí, junto a las vallas blancas, Wyatt abrazaba a Roxanne con todo su cuerpo, apretándola contra él.

Los ojos se le llenaron de lágrimas, el corazón le sangró y la boca contuvo reproches dispuestos a ser disparados, pero avanzó decidida hacia ellos hasta que estuvo lo suficientemente cerca.

—Muc fealltach...[\[11\]](#)

Solo pudo pronunciar aquel insulto cuando Wyatt se giró en su dirección, completamente atónito.

—Brianna, ¿qué...?

—¡Averígualo tú! —Le arrojó el anillo a la cara y, a continuación, salió corriendo en dirección al calesín—. ¡Rápido, Rufus! Llévame a casa... por favor.

Sabía que Wyatt iría tras ella, pero no le importó. Sentía cómo la cara le ardía. Su furia traspasaba con mucho lo aconsejable para una dama de bien y su desengaño amenazaba con partirla en dos. Sabía lo que tenía que hacer cuando subió a trompicones a su dormitorio. Solo empaquetaría los vestidos que se había llevado con ella de Boston, mucho más modestos. Se desembarazó de enaguas y miriñaque para vestirse con uno de ellos, cuando la puerta se abrió con tal estruendo que los goznes temblaron al golpear contra la pared.

Wyatt estaba allí plantado, frente a ella y con la cama de por medio.

—Ojos de Gata... —murmuró, mirando su equipaje con extrañeza.

—¡No me llames así! ¡No vuelvas a dirigirme la palabra! —Wyatt la ignoró y dio un paso adelante—. ¡Ni se te ocurra acercarte a mí!

—¿O qué?

Con un rápido recorrido visual, Brianna comprobó que lo único que le podría servir de defensa eran los vasos que cubrían la pequeña mesilla del rincón de su cuarto.

Cogió uno y lo amenazó con él. Wyatt se detuvo en seco, pero torció la boca con escepticismo.

—No te atreverás... —El vaso voló en su dirección, con tan buena puntería que tuvo que agacharse para esquivarlo. La siguiente vez que la miró, parecía mucho menos seguro y mucho más perplejo, pero aun así avanzó otro paso—. ¡Por la gloria de Dios, Brianna! ¿Qué crees que estás haciendo?

—¡Intentar despejarme el camino! ¡Sal de aquí ahora mismo!

La presión de la rabia hacía que su cabeza estuviera a punto de explotar y

Wyatt continuó caminando en su dirección, sorteando una lluvia de vasos, hasta que el extremo de la cama lo detuvo. Una sonrisilla engreída se dibujó en su rostro cuando le señaló la pequeña mesa vacía.

—Veo que tu munición se ha terminado. Ahora tendrás que escucharme.

Brianna saltó al colchón con la intención de esquivarlo para llegar a la puerta, pero él se lanzó sobre ella. En un espacio escandalosamente corto de tiempo la inmovilizó con su peso y sujetó sus muñecas a ambos lados de su cabeza. Se retorció, chilló enrabiada, pero no consiguió librarse.

De un brusco tirón, Wyatt la incorporó y la empujó contra el cabecero de la cama.

—¡Me haces daño, pedazo de animal! —siseó, forcejeando cuando él se sentó sobre su regazo—. ¡Quiero irme, ahora!

—¡No, maldita sea! ¡No hasta que me escuches!

—¡No te lo has ganado!

En un santiamén, él se apartó y la llevó fuera de la cama, de cara a la pared más cercana, apresada entre esta y su enorme cuerpo.

—Puedo doblarte sin esfuerzo. Por mucho que me hayas arrojado el anillo de casada, sigues estándolo, conmigo. Respeto la poca ropa que llevas encima... todavía —le susurró al oído—. Me parece que sí me lo he ganado.

—¡Desde el momento en el que la abrazaste de ese modo lo perdiste!

—¿Celosa?

—¡Sí! —Aunque odió reconocerlo. Debía ignorar el efecto que producía en ella aquella mole infranqueable pegada a su espalda, con cierta dureza presionándole las nalgas y sus manos apresándole las muñecas sobre la pared, mientras dejaba caer una tenue risilla de satisfacción sobre su oído. Seguro que pretendía que su cabeza terminara siendo humo, provocado por aquel cosquilleo efervescente que empezaba a surgir de cada poro de su piel. Maldito fuera...—. ¿Necesitas tu fuerza para convencerme?

—La necesitamos. Los dos. Para explicarme y para que me escuches. Me la tuve que llevar de Red Oaks antes de que mi madre perdiera la paciencia —se excusó, con un tono de voz meloso que no consiguió su objetivo. Seguía estando furiosa—. El resto fue una estratagema muy vieja que nunca le ha dado resultado.

—¡Pues parecías más complacido con ella que conmigo, bastardo del demonio, salvaje que...!

La retahíla de insultos cesó en el momento en el que Wyatt la volvió a presionar contra la pared.

—Deberías ponerte en mi lugar. ¡Te pedí tiempo para asimilar todo lo que me contaste!

—¡Nadie habló de que lo pasaras en compañía de la esposa de tu hermano! No pensé que fueras tan estúpidamente moralista, ¡ni tan insensible conmigo! ¡Te hayas puesto en mi lugar o no, no merezco la actitud que debo sufrir! ¿Desde cuándo estableces esas prioridades, Wyatt?

—¡Desde que acepté ser médico para salvar vidas en vez de destruirlas! ¡Desde que tuve que soportar la idea de que un malnacido abusó de ti y te dejó unas cicatrices que todavía te marcan! —Quiso parecer implacable, pero la voz le tembló al recordarlo. Tenerla tan cerca, pegada a él como si fuera su propia piel, sintiendo los estremecimientos de su llanto desgarrador al mismo tiempo que el calor de su cuerpo, lo estaba matando de un modo lento, pero implacable. Estaba agotado de luchar contra ella y contra sí mismo. La furia se mezclaba con la excitación. Su cuerpo ardía por devorar aquella boca para acallarla, para saciarse, para demostrarle de mil formas su propia necesidad, pero permaneció en su postura—. ¡Y desde que he decidido que deberías ser, al menos, tan comprensiva conmigo como yo lo he sido contigo!

—¿Tú, comprensivo? ¿Cuándo, exactamente?

—¡Cuando te abriste a mí y yo crucé esta puerta buscando el tiempo que necesitaba! El resto solo han sido una sucesión de minutos en los que no sabía cómo acercarme a ti. ¡No ha sido fácil para mí cuando te has comportado como la parte más ofendida!

—Lo he sido. ¡Deberías saber que yo tomo mis decisiones por mí, no tú! ¡Deja que me vaya!

—No voy a hacerlo hasta pedirte perdón. Por cada una de las palabras que te eché en cara. Por haber insinuado que solo querías un hijo mío, por haberme comportado como un animal sin sentimientos...

¿Perdón? ¿Era eso lo que buscaba?

Notó cómo el cuerpo de Brianna empezaba a relajarse contra el suyo. Durante un instante, solo se escuchó el sonido de sus respiraciones irregulares. Wyatt cerró los ojos y frotó la mandíbula contra aquella deliciosa nuca que tenía tan despejada. Pudo haberla girado para ver su expresión, pero todavía no se sentía capaz. Mantenerse alejado de ella había constituido una auténtica tortura que había minado toda su confianza y sus convicciones más arraigadas. La entendía. ¡Por Dios que había llegado a entenderla! Pero fue entonces cuando sintió cómo la distancia que él mismo había interpuesto entre ambos se hacía casi insalvable.

—Por favor, perdóname —insistió—. No he estado a la altura de lo que me pedías, de lo que me deberías haber exigido. He sido todo lo que me has llamado e incluso más, pero no he podido ser de otra manera hasta ahora mismo, cuando te he visto a mi lado, con los ojos llenos de lágrimas y el anillo de casada en mi cara.

—Oh, Dios... —No esperaba aquel arranque de humildad sincera. Aun sin mirarlo, sabía que no mentía ni trataba de engatusarla. Y esa certeza le arrancó un llanto desgarrador e imposible de parar—. He hecho cosas horribles, Wyatt. Cosas que me harán merecer tu rechazo...

—Yo también. Es posible que nunca merezca el perdón, igual que tú, supongo —le confesó—. Creí que te odiaría, pero he descubierto que tus defectos forman parte de los míos, así como mis virtudes complementan las tuyas. Si de algo estoy seguro es de que nos merecemos el uno al otro, por el tiempo que dure la vida de cada uno e incluso más allá.

Brianna cerró los ojos y vació los pulmones de golpe. Con el aire, se fue toda su resistencia y toda la tensión que la agotaba físicamente. No quería resistirse, sino entregarse a él. Con esa idea lo había buscado, arriesgándose a encontrar lo que encontró. Esperaba una discusión acerca de los términos en los que romperían su matrimonio, pero se encontró, una vez más, con una explicación sencilla, directa. Como todo lo que rodeaba a aquel hombre que, ahora, desplazaba una de sus manos hacia su vientre para abarcarlo mientras la envolvía en un manto de cálida seguridad con la otra.

—¿Echas de menos tu vida en Irlanda, Ojos de Gata? —Lo preguntó despacio, asegurándose de que cada palabra penetraba en su mente como si fuera melaza, para terminar con los últimos vestigios de su resistencia—. No me refiero a todas tus desgracias, sino a lo demás. Oonagh, el pueblo, el mar, el viento azotando tu cara e incluso la lluvia. ¿Echas de menos todo eso en algún momento?

—En... demasiados. Casi siempre cuando intento alejar el dolor de todos mis errores. En mis peores momentos, solía evadirme pensando que era uno de los personajes que leía en los libros o un pájaro que volaba lejos del dolor. —No entendía el porqué de aquel giro, pero de pronto quiso confesárselo—. En realidad, todavía lo hago. Si cierro los ojos, puedo sentir la humedad del viento que se me pega en el pelo, el olor del mar embravecido, los campos verdes...

—¿Y esto? ¿Lo has echado de menos tanto como tu antiguo hogar?

La mano que permanecía en su vientre lo presionó ligeramente. A través

de la fina tela de la camisola que llevaba bajo el corsé, Brianna sintió las lentas caricias que dibujaban sus dedos. El modo casi delicioso en el que amasaban aquella parte de su anatomía, generando una fuente de calor que se expandió más abajo, hacia el centro de sus muslos.

Gimió y elevó su trasero hasta toparse con la dura erección de él.

—Sí —respondió, echando su cabeza atrás para terminar apoyándola en el pecho de Wyatt. Cerró los ojos cuando percibió su olor, mezcla de sal y madera, que la hizo sentir como en casa. Con él estaba en casa, pensó. Escuchó los fuertes latidos de aquel corazón vigoroso que se movía al mismo ritmo que la respiración de su esposo, pero los volvió a abrir cuando él tomó su barbilla con los dedos y la elevó en dirección a su rostro barbudo.

—¿Tanto como para sentir un vacío casi infinito? ¿Tanto como para desearme, Ojos de Gata?

Había miedo en sus ojos dorados. Y pasión contenida. A través de ellos, Brianna vio todo el montante de sus anhelos, del sufrimiento por la separación, de la disyuntiva que había marcado aquellos últimos días hasta tomar una decisión.

—Sí —respondió sin dudar.

—Entonces, piensa que no ha sido nada en comparación a lo que yo te he echado de menos en cuanto he sido capaz de comprender que tus actos forman parte de tu pasado. —El pulgar que mantenía sujeta su barbilla se deslizó con calma hasta su labio inferior. Wyatt tiró de él con suavidad para abrirle la boca, pero no lo introdujo en ella. La dejó en esa posición, anhelándolo, rezando para que la besara al fin y sin aliento cuando, casi al mismo tiempo, su otra mano se coló por la abertura central de sus pantaloncitos y se empapó del flujo que manaba de entre sus piernas para acariciarla con lenta persuasión, hasta que las piernas le fallaron, el corazón le explotó en el pecho y se quedó sin respiración—. Piensa que ambos hemos sido un par de necios negándonos esto —añadió, con las pupilas dilatadas de deseo, su aliento alimentándola y aquellos dedos que obraban pura magia colándose en su interior con asombrosa facilidad—. Piensa en lo que de verdad necesitas aquí dentro mientras te dilato con los dedos y te devoro la boca. Piensa que el tiempo es algo demasiado valioso como para desperdiciarlo con discusiones que solo nos llevarán al punto de partida, pero de un modo mucho menos placentero para los dos. ¿Es posible que me permitas mostrártelo? ¿Todo?

Se lanzó a por su boca como un halcón tras su presa. Ocupó aquella cavidad acogedora, húmeda e incitante, haciéndola sentir un enorme vacío a su

alrededor. Sus lenguas se entrelazaron en una danza infinita de amor y lujuria hasta que Brianna gimió de auténtica necesidad por los dedos que seguían moviéndose entre sus piernas, por aquel beso que absorbía hasta su misma alma, por los brazos que la mantenían sujeta y, al mismo tiempo, por el vértigo que la hacía girar más y más deprisa en una espiral de placer creciente pero infinita.

—Sí... —murmuró como si fuera una moribunda cuando pudo recuperar el aliento. Solo entonces se dio cuenta de lo que aquella simple palabra implicaba—. Pero ¿y si me equivoco?

—No te equivocarás.

—¿Y si nos hacemos daño?

—Nunca, Ojos de Gata.

—¿Y si...? —Él volvió a apropiarse de su boca con autoridad, con pasión y con tanta profundidad que la proveyó de toda la fuerza que le faltaba al mismo tiempo que se la arrebataba. Brianna sintió su poder en cada poro de su piel pegado al de ella. Emanaba seguridad, una dulce necesidad de la que ella bebió cuando Wyatt movió los labios sobre los suyos, pidiendo, exigiendo una entrega total. La mano que permanecía entre sus muslos empezó a rozarle aquel punto tan sensible con la base de su palma, sin que el resto de sus dedos dejaran a un lado aquellos movimientos lascivos que la estaban llevando al límite. Aun así, ella encontró un último rastro de cordura para, sin girarse por completo, retroceder con sus manos hasta amarrarse a sus brazos. Aquellos ojos turbios estaban llenos de salvaje contención. Una contención que se rompería de un momento a otro para llevarla de nuevo al cielo—. ¿Y si, después de todo, me dejas caer?

—No te dejaré caer, Brianna. Te lo prometo.

Sintió cómo los dedos se curvaban en su interior hasta lograr alcanzar lugares que ni siquiera sabía que existían en su cuerpo. De pronto, todas las preguntas se volatilizaron en la nada, para dejar paso a la corriente imparable de la pasión que se generaba en cada órgano de su cuerpo. Se sintió viva, vibrante. Gimió largamente cuando Wyatt la apretó más y frotó su trasero contra la virilidad dura y palpitante que tenía detrás. Las piernas se abrieron al máximo por inercia. De pronto, la abertura del pantaloncito fue demasiado pequeña para albergarlo y él la rasgó sin dificultad.

Brianna se encontró con un encantador e íntimo asalto que abarcaba la totalidad de su sexo sin restricciones, sin barreras. Con su cuerpo completamente apoyado contra el de él, como si fuera su particular muro de

contención, y las manos enroscadas alrededor de su cuello para evitar caerse, acercó las caderas en busca de más, mientras sentía cómo sus músculos internos se iban endureciendo para aceptar la dolorosa tensión que la haría estallar en mil pedazos.

Los movimientos de los dedos se aceleraron, al mismo tiempo que la fricción incesante entre sus pliegues conseguía que su pequeño botón rosado se dilatara y se endureciera. Lejos, muy lejos, le pareció escuchar una suave risa masculina llena de seguridad.

Él penetró hasta el fondo de su cuerpo y de su alma con aquellas caricias que repartieron toda su humedad por los rizos íntimos e incluso por la cara interna de sus muslos. Brianna sintió cómo se rompía en millones de pedazos contra la mano de Wyatt mientras, envuelta en una serie de violentos espasmos, gritaba su nombre.

Sudaba y temblaba. Se sentía débil como un pajarillo y poderosa como una diosa. Tan satisfecha como la mujer más experimentada y tan necesitada como la virgen más inocente. Pero cuando pudo recuperar el control de su cuerpo y quiso girarse poco a poco, se encontró con que Wyatt le aferraba las muñecas con dulzura, para volver a posarlas contra la pared.

El frío que la envolvió cuando, de repente, él se apartó, la hizo temblar. Pero sintió de nuevo aquellos dedos deshaciéndose del corsé para explorar la plenitud de sus pechos, y toda ella volvió a reaccionar como si no acabara de experimentar un clímax devastador. Los adelantó cuando las yemas ásperas rodearon sus pezones y tiraron de ellos. Estaba tan sensible que pudo notar cómo se endurecían por la caricia, cómo volvían a la vida, plenos y jóvenes. Echó la cabeza hacia atrás cuando él la despojó de su camisola y ni siquiera se extrañó al escuchar la tela de lo que quedaba de sus pantaloncitos rasgarse por completo.

En un abrir y cerrar de ojos se encontró desnuda frente a él. Inmóvil, con aquella inmensa cortina de rizos castaños llegándole a las caderas, como un hada surgiendo de las aguas para hechizarlo.

Contuvo el aliento. Se había quedado sin capacidad para pensar en otra cosa que no fuera en saborear aquella piel cremosa, suave y tersa para calentarla tanto que volviera a estallar entre sus manos.

Se deshizo de su ropa casi con prisa. Los testículos le dolían y su miembro estaba tan grande y duro que agradeció la liberación antes de arrodillarse a sus pies, literalmente, para comenzar a adorarla.

Sus caricias fueron lentas, pero destinadas a proporcionarle tanto placer

como dolor le había causado con su actitud aquellos días, aunque se volviera loco en el intento.

Brianna empezó a sentir sus labios suaves en los tobillos, ascendiendo con una casi dolorosa lentitud por sus pantorrillas hasta llegar a la parte trasera de sus rodillas. Allí se detuvieron unos segundos, los necesarios para que aquel par de manos fuertes y ásperas abarcaran sus muslos y los separaran.

No sabía lo que se proponía, pero sí conocía esa sensación de lanzarse al vacío sabiendo que él estaría en el fondo. Cerró los ojos y se dejó llevar. Se dijo que Wyatt la quería en su vida, en su casa, con su hijo y en su corazón. Se lo demostró cuando siguió sintiendo el húmedo y excitante recorrido de aquella lengua por cada palmo de sus piernas hasta llegar a su trasero, donde esparció pequeños mordiscos que consiguieron que su voluntad acabara licuada a sus pies. También cuando llegó a su sexo desde su posición o cuando se ancló a su cintura para seguir degustando los fluidos que manaban de su cuerpo con tan solo imaginar lo que pasaría después.

Wyatt tiró de su cintura hacia atrás. Mientras con su lengua la arremetía, buscó el punto de su máximo placer a través de su vientre y su monte de Venus y tiró de él con los dedos.

—Si pudieras verte... —murmuró contra su carne palpitante y ardiente—. Eres el mejor de los manjares. Tu sabor permanecerá en mi boca durante mucho tiempo después de que te haya hecho el amor. Eso es lo que quiero. Lo que querré siempre.

No dejó de acariciarla con los dedos ni de sujetar su cintura con firmeza cuando, de un solo movimiento, la penetró. Desde aquella postura de aparente indefensión, las sensaciones placenteras se clavaron en ella para hacerla sentir plenamente llena... de él. El brazo que permanecía sobre su vientre la empujó más hacia su ingle. Ella pudo sentir el rítmico golpeteo de sus endurecidos testículos cuando Wyatt inició el lento vaivén de sus caderas, contenido, profundo, tan intenso que no hubo ninguna parte de ella que pudiera añorarlo.

Estaba tan pegado a ella que su sudor incentivaba el aroma a mujer excitada que se filtraba por su nariz hasta hacerle perder todo rastro de cordura. Miró hacia abajo, a la unión de sus cuerpos, y ya no pudo ser comedido ni considerado. Se hundió más en ella, con más fuerza, con más profundidad y rapidez. La embistió sin control. La tomó como una bestia salvaje y ella respondió con jadeos que excitarían al mejor de los santos hasta que el clímax acudió a él para partirlo en mil pedazos, sacudiéndolo por

entero. Lo saboreó igual que antes la había saboreado a ella y solo cuando la sintió temblar a su alrededor, supo que el grado de satisfacción obtenido le obligaba a ser honesto con ella. En todo.

Salió de su interior con cuidado y la giró hacia él.

Tenía que mirarla a la cara.

—Ahora sí —dijo, procurando que sus palabras no sonaran temerosas cuando, con una sonrisa desmayada, le apartó el pelo de la cara y unió su frente con la de ella—. Ahora te llevaré a la cama para estar contigo. Es lo único que quiero, que necesito. Protegerte y verte dormir para poder levantarme con la mente despejada... y hacer lo que debo hacer.

—¿Qué es? —le preguntó, con tanta cautela que él empezó a lamentar lo que diría antes de decirlo.

—Me he alistado en el ejército de la Unión, Brianna. Mañana parto a la guerra.



Veintinueve

—No... ¡No, no, nooooo!

Brianna no controló sus gritos ni su angustia, ni tampoco su decepción.

Dejó que todo compusiera una peligrosa mezcla que la hizo estallar de dolor, del mismo modo que antes había estallado de pasión. Sintió sus ojos anegados en lágrimas ardientes que le nublaron la vista cuando, incorporada sobre el colchón tan desnuda como Wyatt, dejó que toda su rabia fluyera y le golpeó el pecho con sus pequeños puños, una y otra vez.

No pretendía hacerle daño, ni se lo hubiera hecho de haberlo pretendido, pero quería volcar sobre él el cúmulo de todas las emociones que la desbordaban antes de poder arrojárselas en la cara.

—Me mentiste... ¡Me mentiste! —chilló, fuera de sí—. Me dijiste que nunca te alistarías...

—En el ejército confederado. Eso fue lo que dije, Ojos de Gata.

Wyatt procuró mostrarse tranquilo a pesar de que ella se estaba comportando como una gata furiosa. Había pasado demasiado tiempo intentando comprenderse a sí mismo a la hora de tomar parte por alguna de las partes de un conflicto que siempre lo había dividido. Incluso había llegado a hacerse a la idea de que ese momento no se produciría. Imaginó que él y Brianna nunca llegarían a nada lo suficientemente serio como para comprometer su honor, pero habían llegado. Su corazón se desgarraba poco a poco, produciéndole un dolor inimaginable. Podía sentir su torrente sanguíneo diseminado por cada parte de su cuerpo al observar cómo ella temblaba en medio de violentos estremecimientos provocados por el llanto.

—Lo siento —murmuró apenas las palabras, atrayéndola hacia él hasta que su ataque de furia cesó y solo siguió sollozando entre sus brazos, contra su pecho—. Lo siento. Perdóname. ¿Qué más puedo decir para evitar tu sufrimiento? ¿Qué más puedo hacer?

—Quedarte conmigo, con Ken...

Quedarse en Red Oaks, en su hogar, junto a los suyos. Poco a poco la rabia había consumido sus fuerzas, mientras que él seguía manteniéndola abrazada junto a su corazón. Lo sentía latir muy aprisa primero, más lentamente después, conforme pasaba el tiempo y el silencio calmaba el ambiente entre ellos, hasta que solo se escucharon sus respectivas respiraciones.

—Eres médico —susurró contra aquella piel que volvía a estar cálida bajo su boca—. No puedes acabar con vidas humanas cuando has jurado lo contrario.

—Ocuparé el rango de capitán, pero también el de doctor. Tendré todo un equipo médico a mi disposición, si eso te tranquiliza.

—¿Y Virginia? ¿Ya lo sabe? ¿Y Kenneth?

Wyatt suspiró y apoyó el mentón barbudo sobre su coronilla. Necesitaba volver a respirar aquel aroma. Era perentorio que su mente retuviera cada matiz de ella, cada detalle. El modo en el que arrugaba la nariz cuando algo la desagradaba o cómo se apartaba los rizos rebeldes si le molestaban. Aquel fulgor apasionado de sus ojos cuando él la tocaba, que decían que no habría nada lo suficientemente vergonzoso para ella si finalmente olvidaba el miedo que había regido su vida. El amor con el que trataba a Ken, a su madre o el deseo con el que a veces lo miraba sin emitir un solo sonido, pero diciéndoselo con los ojos.

Y sus lágrimas. También sus lágrimas, porque serían el mejor recordatorio del deber que tendría que cumplir, por encima de cualquier guerra.

—Mi madre ya lo sabe. Se lo dije antes de acompañar a Roxanne a su plantación. En cuanto a Ken... He creído conveniente ocultárselo hasta el último momento —añadió, acariciando sus interminables rizos castaños—. Mañana a primera hora me despediré de él. Sé que estará bien contigo. Sé que te quiere tanto como tú a él. Sé que cuidarás de todos mientras yo no estoy, porque sabes que volveré.

La apartó para encerrar aquella adorable cara entre las manos y secar sus lágrimas a base de besos acogedores. Recorrió sus mejillas mojadas con los labios, su mentón, el contorno de su cara, su frente, los párpados e incluso la punta de la nariz, antes de demorarse en aquellos labios jugosos que, incluso temblorosos y llenos de miedo, eran apetecibles.

Luego se apartó, a la espera, envuelto en un silencio casi interminable plagado de incertidumbres.

Brianna se quedó mirándolo como si lo viera por primera vez. Ni siquiera llevaba puesto el uniforme de capitán, pero ella actuaba como si ya estuviera lejos, muy lejos de su casa, de su vida.

—Háblame, Ojos de Gata —le susurró entre el pelo enmarañado—. Tengo miedo y no quiero sentirme solo ahora. Por favor, háblame.

Él, el orgulloso propietario de Red Oaks, el todopoderoso señor Wyatt Miller, acababa de reconocer que tenía miedo. ¿Cómo decirle que marcharse a la guerra sería lo peor, no solo para él, sino también para los que se quedaban? ¿Cómo explicarle que, con él, se iría su corazón al completo, puesto que se lo había entregado junto con su fe ciega?

—¡Todos sabrán de qué bando estás a partir de ahora! —exclamó a la desesperada. Wyatt apretó los labios, pero no dijo nada—. Cole militaré en el contrario. ¡Lucharás contra tu propio hermano! ¿Por qué tiene que ser así?

—Hace tiempo que mi hermano decidió que nuestra relación sería así —le respondió—. Sabes que he hecho todo lo posible por impedirlo, pero nada ha surtido efecto. Jamás me perdonará que me haya casado contigo.

—¡Mucho menos si ayudas a los que luchan contra vuestro modo de vida!

—Solo la mitad de mi modo de vida, no lo olvides. ¿Estás de acuerdo con la esclavitud?

—¡No, claro que no! —Era algo contrario a sus propios principios. Ella misma había sido una esclava toda su vida. Primero, de su padre y del yugo inglés. Después, de un depravado que la compró con la idea de disponer de ella de todas las formas posibles. Brianna se aferró a su cuello y volvió a abrazarlo con ansia. Sabía que no conseguiría convencerlo, pero debía intentarlo con todas sus fuerzas—. ¿Qué será de tu madre, de tu hijo, cuando todos te consideren un traidor?

—No pasará nada. El dinero siempre ha acallado conciencias; esta vez no será diferente. Mi madre sabe dónde guardo el que he ganado en el aserradero. En estos momentos no podría utilizarlo para lo que siempre quise, pero vosotros podréis necesitarlo.

—¡No quieres entenderme! Si ganas, nunca podrás volver como el Wyatt Miller que todos han conocido. Si pierdes... Si pierdes no volverás, no podrás arreglar las cosas con Cole. Serás un prisionero de guerra o un desertor o un desaparecido, o lo que es peor... un muerto.

—Brianna, no soy solo yo quien ha decidido militar en las filas del norte —aseguró—. Aquí hay más personas que apoyan mis ideas, solo que lo hacen en la clandestinidad. Hay muchos como El Búho...

—El Búho no ha vuelto por Red Oaks, al igual que los sabotajes, desde que Grady está entre rejas. —Una mirada angustiada se escapó hacia él—. ¡A esos estúpidos mandos federales les importa un bledo tu suerte o lo que dejas atrás!

—¿Y a ti? ¿Tampoco te importa?

Los ojos verdes centellearon hasta oscurecerse por la ira.

—Si sirviera de algo, ¡te abofetearía por lo que acabas de preguntar! —siseó—. ¿Intentas decirme que seguirás el mismo camino que ellos?

—Intento decirte que sigo el curso de mis principios, de mi honor.

—Lo sé. —Se desinfló ante la contundencia de sus razones. Ante su invariabilidad. Cuando no se podía hacer nada por cambiar el curso de los acontecimientos, lo mejor era aceptarlos, pero volvió la cara hacia otro lado; de repente, se echó a llorar de nuevo—. Lo siento. Oh, Wyatt, lo siento tanto... No pretendía ponerte las cosas aún más difíciles. Es que, por un momento, he visto la vida que podríamos tener. Juntos, con Ken, con tu madre. No quiero renunciar a eso.

—La guerra nos hubiera hecho renunciar tarde o temprano, mi amor. Pero, pase lo que pase, te prometo que volveré. A por ti. A por vosotros. Para reconstruir nuestra vida o forjarnos una nueva, lo que haga falta. Para estar juntos de nuevo. Tal y como te prometí cuando te coloqué este anillo en el dedo. —Se lo volvió a colocar con cuidado, sin despegar sus ojos de los de ella. Por primera vez desde que lo conoció, Brianna leyó en ellos la desolación, la derrota, la impotencia más absoluta, justo al lado de la clase de determinación que nacía del honor más arraigado. No cedería, pero quería que comprendiera que eso no significaba que su alma no se rompería en mil pedazos—. Qué ironía. De todo lo que siempre he poseído, no he podido darte gran cosa, salvo el anillo que llevas.

—Me has dado mucho más, aunque no seas capaz de decirlo en voz alta. —Ella murió un poco más al comprenderlo. Aun así, echó los hombros desnudos hacia atrás y enfrentó su mirada con un silencioso desafío—. El amor es lo único que uno debe entregar para poder conservar, Wyatt.

¿Por qué tenía que resultarle tan desgarrador, tan difícil? Wyatt la atrapó entre los brazos con fuerza y besó con furia aquella boca. Absorbió de ella cada pensamiento, cada latido, mientras intentaba dejar en ella su impronta, cada rasgo de su deseo, cada pulsación de su cuerpo, para marcarla como suya para siempre, pasara lo que pasase.

—Nos pertenecemos —advirtió con la voz enronquecida por el latigazo

de deseo que lo azotó en las entrañas—. Es puro fuego lo que me corre por las venas cada vez que te beso, que te miro o que te huelo. Eres mi mayor pecado y mi absolución. Contigo he podido empezar a creer en otra vida. Pero ahora no puedo decir más. No todavía. No hasta que el destino decida unirnos sin la amenaza de la muerte de por medio.

Su corazón se encogió y un terrible miedo le desgarró las entrañas al pensarlo.

Desde Cathy no había vuelto a experimentarlo. Solo había algo que pudiera hacer para mitigarlo, y era lo que se había propuesto desde un principio. La atrajo con él hacia la cama y cubrió a ambos con las sábanas. Ninguno de los dos dijo nada cuando apagó la lámpara y los dejó sumidos en una oscuridad creciente.

Al día siguiente tendría que separarse de ella con la horrible incertidumbre de no saber si volvería a verla. Pero aquella noche era de él. Solo para él y con él.

—Imagino que no dormiremos mucho, Ojos de Gata —murmuró, mientras enterraba los dedos en sus rizos castaños y depositaba un tierno beso en su frente húmeda—, pero al menos permaneceremos juntos. De momento, es lo máximo que puedo pedir y ofrecerte. ¿Sellamos el trato?

La miró de reojo y dejó soltar el aire cuando ella terminó asintiendo.

—Acepto —dijo, y lo corroboró con un beso.

* * *

Ambos vieron un nuevo amanecer, juntos, con sus manos entrelazadas y sus miradas en la del otro, envueltos en un silencio lleno de susurros preñados de anhelos, antes de que él se preparara.

Con el mismo silencio, Brianna lo acompañó afuera. Ken aguardaba con Ayana y con su carita surcada por las lágrimas, que siguió derramando en cuanto vio aparecer a Wyatt.

—Padre, no se vaya... ¡No me deje solo!

—Kenneth, hijo mío, algún día lo entenderás...

Los lamentos del niño al agarrarse a su pierna eran tan desgarradores que por un momento él estuvo a punto de desmoronarse. Era evidente que el sufrimiento de su hijo le restaba fuerzas; intentó apartarlo, pero no fue capaz. Lanzó una mirada de auxilio a Brianna; esta se acercó al niño y tiró de él con suavidad.

—Vamos, cariño, ya eres un hombrecito —le dijo, apretándolo contra sus faldas para que no la viera llorar—. Tenemos que ser fuertes, Ken. Tu padre volverá.

¿Volvería? Ella sabía que era una promesa que nadie, ni siquiera el propio Wyatt, podría cumplir con seguridad. Y cuando sus ojos se encontraron, sintió el peso de su culpa muy adentro, con la efectividad de una espada afilada cortando su corazón en pedacitos inútiles, que no volverían a ser los mismos por mucho que lograra recomponerlos.

—Wyatt... —Su susurro se convirtió en lamento cuando dejó a Ken con Ayana y ella misma se abalanzó sobre su marido para pegarse a él—. ¡Wyatt, aún estás a tiempo! No te vayas...

—Por la gloria de Dios, Ojos de Gata, no me lo hagas más difícil. —Él emitió un gruñido agónico y apartó su cara para mantenerla sujeta entre las manos—. No llores. Quiero llevarme conmigo otro recuerdo. Tu franqueza, tu hermosura, tu honestidad e incluso ese maldito genio irlandés que te gastas a veces. Quiero recordarte así, desnuda, con la piel sonrosada por mis caricias y mis besos, con los ojos brillantes de satisfacción después de haberme dado tanto placer como yo a ti y este cabello que me vuelve loco completamente revuelto por haberte entregado a mí por completo. Me llevo la imagen de una mujer orgullosa y fuerte con la esperanza de volver a tenerte así entre mis brazos. No llores —repitió, mientras sentía que el alma se le partía en dos y trataba de no escuchar los chillidos de Ken en manos de Ayana. Ella trataba de ser valiente por él, pero un nuevo sollozo le hizo volver la cabeza—. Regresaré a por ti. A por vosotros.

—¡Prométemelo! ¡Prométeme que regresarás con vida!

¿Cómo podría prometer algo así?

Wyatt se tragó el nudo de su garganta, pero se las arregló para asentir.

Le hubiera prometido la luna en sus manos solo por retener en su memoria aquel amor intenso que hacía que sus ojos verdes clarearan todavía más cuando los clavó en él.

—Prometo que regresaré con vida —aseguró, completamente convencido de que así sería.

Se dio media vuelta y caminó hacia su nuevo destino armado con su equipo de cirujano de campaña, una maleta de cuero curvada en el fondo para ajustarla en el arzón trasero de la silla de montar, y sus convicciones. Las pasadas, las presentes y, sobre todo, las futuras.

Mientras, a su espalda, Brianna se dejó caer de rodillas sobre el suelo

del frío porche, deshecha en llanto. Miró sus manos vacías y crispó los dedos esperando retener el recuerdo de los de Wyatt entrelazados mientras entraba en ella, como un ensamble perfecto que iba mucho más allá de la pura unión carnal.

Habían entremezclado sus sangres, sus corazones y sus vidas. Y por mucho que el destino se empeñara en separarlos, ella sabía que aquella unión sería infinita, por encima del tiempo, del espacio e incluso de la misma muerte.

De pronto, la calidez del viento del sur se fue para que otro, mucho más fuerte y helado, tomara posesión de sus huesos, de su alma y de su corazón.

El viento del norte, seco y estéril, había llegado para llevar consigo la muerte en todas sus vertientes.

* * *

Julio de 1861, primera batalla de Bull Run

El calor era insoportable y nublaba la mente de los hombres que componían ambos bandos rodeando el riachuelo.

Grady formaba parte de la reducida brigada del general confederado Nathan Evans y todavía se preguntaba si el hecho era una suerte o una desgracia.

Llevaban horas batallando contra los casacas azules. Aquella no era su guerra, al igual que tampoco lo era de muchos de los que ahora lo rodeaban. Presidarios, hombres a los que, como a él, también se les había ofrecido la posibilidad de alejarse de la horca y que no luchaban por ideales, sino por sus propios intereses, que siempre serían una motivación mucho más efectiva, desde luego.

Pero en esos instantes, los confederados contaron con refuerzos que volvieron a reunirlos, arengados por las palabras de Bernard Bee que, detrás de la brigada de Virginia, les hizo creer que realmente podrían vencer a los federales pese a contar con un menor número de efectivos:

—¡Allí está Jackson como una muralla de piedra! —gritó, haciendo una pausa estudiada mientras se percataba de que los hombres, Grady incluido, volvían a cargar sus bayonetas—. ¡Pónganse detrás de los virginianos!

Su grito quedó eclipsado por una andanada de disparos. El olor a pólvora impregnó el ambiente, ya de por sí cargado. Grady avanzó entre la masa

confederada, sorteando los cadáveres de ambos bandos que llenaban el camino hacia la cima de la colina de Henry House Hill. La batalla se convirtió en un infierno de disparos, golpes, gritos, olor a sangre, excrementos y el sudor del miedo, pero hasta alguien como él, con una edad más apropiada para encargarse de la logística que de la batalla cuerpo a cuerpo, supo que la línea nordista se resquebrajaba.

Lograron su victoria completa cuando vio cómo los casacas azules se dispersaron. Una súbita corriente de euforia le corrió por las venas al mismo tiempo que sus compañeros empezaban a aullar su victoria. Por un momento, Grady se olvidó de sus planes con respecto a Wyatt Miller, a la zorra de su esposa y al resto de aquella odiosa familia y se dejó envolver por la alegría. Levantó los brazos, gritó, rio y festejó con ellos. A su lado, otro soldado confederado los observaba como si no hubiera participado en la batalla, pese a tener la punta de su bayoneta empapada en sangre, el uniforme sucio de barro y sudor, y la cara tan llena de arañazos sanguinolentos que le costó apreciar que su ojo derecho era una cicatriz grotesca que le comía la mitad de la cara.

—No sabía que el ejército confederado estuviera tan mal de efectivos como para reclutar tuertos —comentó en tono mordaz.

—En estas circunstancias, nadie debería rechazar la ayuda, provenga de quien provenga. «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados» —le oyó recitar, con tanta seriedad y convicción que le provocó un escalofrío involuntario—. Adelante. Celebra la victoria. Yo todavía tengo que buscar la mía. Cuando todo esto termine, la encontraré.

Grady entrecerró los ojos. Aquel hombre le resultaba vagamente familiar. Buscó en su memoria mientras el resto de sus compañeros se dedicaban a registrar los cadáveres del ejército de la Unión en busca de su propio botín de guerra, hasta que lo encontró.

—Estabas preso en Atlanta... —murmuró—. Por eso te conozco.

—Y sigo preso. —El hombre exhibió una sonrisa torcida que hizo más grotesco el resto de su rostro—. Solo me liberaré cuando encuentre a los culpables. Brianna Fallon, Wyatt Miller —recitó, impregnando los nombres de un odio tal que se deshicieron en su lengua—. Él pagará su intromisión. Ella... Ella me llevará hasta Erin, así tarde años en conseguirlo.

Grady enmudeció, pero tuvo que contener una sonrisa de cruel satisfacción cuando escuchó sus murmullos antes de que se uniera al resto de soldados en su saqueo.

Porque el destino acababa de ponerle en el camino el mejor aliado

posible: aquel cuyos pensamientos, ordenados y fríos, se regían por el odio más profundo.

TERCERA PARTE



Viento del norte



Treinta

Junio de 1863

—¿Una libra de mantequilla, 4 dólares, y una docena de huevos, 5 dólares? —Brianna miraba sus escasos recursos en una mano y la comida sobre el mostrador de la tienda, calibrando al mismo tiempo sus posibilidades y la conveniencia de pagar aquellas cantidades exorbitadas por artículos de primera necesidad—. ¿Se han propuesto acabar con nosotros matándonos de hambre?

—Algo así, señora —respondió la dependienta—. Los nuestros ganan las batallas, pero la guerra tiene estos efectos, por no hablar de lo que los unionistas planean hacer con los suministros que aquí encuentran nuestros soldados.

—¿Ah, sí?

—Si no pueden con ellos en el campo de batalla, terminarán con aquello que les mantiene en pie.

Brianna no quiso indagar más y terminó por pagar la cantidad acordada, antes de coger a Kenneth de la mano y encaminarse al hospital donde Ed trabajaba desde que la guerra había empezado. Las batallas libradas en los alrededores habían oscurecido el esplendor de aquella ciudad. Con el paso del tiempo, la algarabía y el bullicio que le daban vida habían sido sustituidos por el silencio pesado de la pena y del miedo. Buena parte de los comercios y establecimientos habían cerrado, y sus dueños, viajado a lugares aparentemente más seguros.

La guerra había cambiado a todos, empezando por ella. Ni siquiera la sorpresa de ver en Red Oaks, más tarde, a una llorosa Roxanne y a un resignado Eduard pidiendo cobijo después de que su plantación cayera en bancarrota total, le hizo comportarse con desconfianza. Red Oaks era lo suficientemente grande como para no tener que vérselas con aquella harpía.

Y lo suficientemente peligroso. Desde que había corrido la voz de que Wyatt Miller se había alistado en el ejército enemigo, se habían visto sometidos a múltiples ataques y pillajes. Hasta el momento habían sido producto de actos aislados; la mayoría de los hombres adultos se hallaban en la guerra, así que solo alguna mujer o algún chiquillo eran capaces de enfrentarse a la vigilancia constante de Rufus, Guideon, Joshua y Eduard, cuando estaba en casa.

Aun así, los robos eran casi constantes, parte de las instalaciones de la plantación, incluido el aserradero, estaban parcialmente destruidas a causa de los ataques y sus recursos mermaban a demasiada velocidad. Era un goteo incesante que se había llevado el dinero que Wyatt tenía ahorrado para comprar la libertad de sus esclavos, parte de sus propios ingresos y los de Ed.

—¿Estás bien? Te veo un poco pálida.

—Solo es cansancio, no te preocupes —respondió Brianna cuando, una vez en el hospital y con Ken afuera, Ed examinó su aspecto como si fuera una paciente más—. Demasiado trabajo.

Y demasiada pena. Y también demasiado miedo a ver el nombre de su marido, o el de Cole, en el informe de bajas.

Aquella incertidumbre que la atenazaba el pecho como una garra de hierro, y que no se iba hasta que no se aseguraba de que ninguno de los dos figuraba en aquella lista negra, no era nada en comparación con lo que sufría día tras día y, sobre todo, noche tras noche. La Proclama de Emancipación de Lincoln había facilitado la huida de la mayoría de los esclavos de las plantaciones, y la estrategia de la Unión de bloquear el envío de algodón a Europa a través de los puertos había hundido el comercio de ese producto y, por tanto, también su producción. La progresiva miseria en la que la guerra había sumido a una región otrora esplendorosa la llevaba a pasarse las horas trabajando la tierra, que había quedado yerma tras la huida de los esclavos, además de atender a los pocos animales que habían conseguido conservar a base de defenderlos con uñas y dientes de los asaltos de los civiles y de los desertores de uno y otro bando, que buscaban algo con lo que alimentarse después de días pasando hambre. Tan solo Ayana, Rufus, Joshua y Guideon habían permanecido con ellos, y sus condiciones, para frustración de Brianna, no habían mejorado. Sus ostentosos vestidos, regalos de Virginia, fueron sustituidos por ropas mucho más modestas y prácticas para trabajar la tierra, para empuñar un arma a la mínima ocasión o para atender a una anciana que había perdido las ganas de vivir al mismo tiempo que a sus dos hijos.

El espíritu de Brianna se había embrutecido hasta el punto de pensar que había perdido la capacidad para sentir, pero estaba agotada de luchar por sobrevivir, de intentar mantener sanos un corazón y un alma que eran de un solo hombre.

Su cuerpo clamaba por un descanso durante esos días y por el calor de la pasión durante las noches.

Era entonces cuando lloraba en silencio, cuando se permitía derrumbarse al rendirse al recuerdo de Wyatt. Cuando temblaba e incluso creía sentir sobre ella el bálsamo reparador de sus manos, el calmante apasionado de sus besos, la humedad caliente de su lengua y la satisfacción de su clímax compartido. Hasta que despertaba a una nueva jornada de realidad. Podría ser que los casacas grises tuvieran ventaja en aquella guerra que seguía resultándole ajena, pero lo cierto era que Ed, al igual que el resto de los médicos que atendían en el hospital de la ciudad, necesitaba ayuda.

Aquel día no era diferente del resto cuando entró y empezó su labor, hasta que sintió la mirada de Ed, cargada de conmiseración, fija en ella.

—No pongas esa cara —le reprochó, mientras se dedicaba a limpiar una herida en el brazo de un paciente que permanecía inmóvil sobre la camilla—. Ya sé que estoy despeinada, sudorosa y más delgada de lo habitual. Además, he dejado a Ken afuera para que no tenga que ver más miseria de la que ve normalmente, pero me parece que no se puede hacer gran cosa al respecto, ¿verdad?

—Se me ocurren unas cuantas cosas, pero he llegado a conocerte lo suficiente como para saber que no ibas a aceptar ninguna. —Ed terminó por sacudir la cabeza antes de hacerse cargo de la herida que Brianna había terminado de limpiar—. Por ejemplo, podríamos amenazar a Roxanne con echarla de Red Oaks si no contribuye como los demás. Virginia no es ni la sombra de lo que era y su edad no le permite nada más de lo que hace. Ayana, Rufus y Joshua, incluso Guideon, abarcan más de lo que deberían, por muy libres que sean en este momento, y yo debo seguir aquí. No es nada en comparación al agradecimiento que tengo hacia ti y hacia Virginia, pero estos ingresos contribuyen...

—A pagar una fortuna por una libra de mantequilla y una docena de huevos —repuso con aspereza. Le dolía aquella situación. No por ella, sino por todos los demás. Con un resoplido de derrota, se apoyó en la puerta cerrada una vez el paciente salió por ella—. Wyatt me encargó que cuidara de ellos, Ed. Me dijo que conmigo estarían bien... Pero míralos. ¡Míranos! Si

Cole estuviera aquí, no tendría reproches suficientes para echarme en cara el aspecto de su esplendorosa mujer. Tal vez ni siquiera tú los tengas...

—Su esplendorosa mujer, como la acabas de llamar, ostenta ese rango gracias a un ardid, destinado a cazar a Wyatt, que le salió mal. Cole pensaba que estaba acostándose contigo antes de ningún matrimonio, y ella pensaba lo mismo con respecto a Wyatt, en iguales circunstancias —repuso Ed con dureza. La sujetó por los hombros con delicadeza, pero con firmeza—. A Cole no le hubiera importado deshonrarte de ese modo ni a Roxanne ser deshonrada por el objeto de su obsesión. En cierta manera, ambos tuvieron lo que se merecieron. Sabiéndolo, otra en tu lugar hubiera echado a mi hermana de su propiedad con cajas destempladas.

—No es mi propiedad.

—Lo es de Virginia. Y para Virginia, tu palabra es ley desde hace tiempo. Si no tuvieras el enorme corazón que tienes, ni mi hermana ni yo viviríamos en Red Oaks. Wyatt lo supo ver en su momento. Eligió, y acertó de pleno. Si te viera ahora, estaría tan orgulloso de ti que se desmayaría de gusto.

Brianna sonreía cuando dejó que las lágrimas de debilidad le mojaran las mejillas. Intentó contener el llanto, pero las compuertas de su resistencia se abrieron de golpe, para terminar en brazos del doctor, empapando su bata.

—Te equivocas. Me recriminaría cada una de estas lágrimas —sollozó, cuando se sintió con fuerzas para levantar la cabeza y afrontar la mirada cálida de Ed—, antes de arrancarte el pellejo por haberme abrazado como acabas de hacer.

—Vaya, irlandesa, veo que aún conservas un poco de sentido del humor. Ahora solo falta comprobar que ni tu marido ni Cole forman parte del informe de bajas para que el día sea perfecto. —Eduard consiguió que su ánimo reviviera con tan solo un comentario, una leve sonrisa llena de confianza y un guiño cómplice, antes de terminar en el consultorio—. Venga, vámonos. Démosle a Virginia la buena noticia del día, ¡qué demonios!

Ninguno de los dos podía asegurar que esa noticia fuera como esperaban, pero camuflaban su incertidumbre a base de capas de un fingido optimismo, a la espera de que la cruda realidad les cayera encima para aplastarlos, como a todos aquellos que, a cada minuto, se acercaban a esas listas demoníacas para comprobar que sus seres queridos no figuraban en ellas.

Procuró ignorar la apabullante pobreza que la rodeaba y aguardó su turno para ver la lista completa de heridos, muertos, desaparecidos en acción y desertores. Contuvo el aliento mientras leía y no soltó el aire hasta que, al

igual que Ken y Eduard, comprobó que ni Cole ni Wyatt se hallaban allí.

Un día más, se dijo. Un día más sabiendo que los hermanos Miller permanecían vivos y en el frente.

—No están —murmuró, con un alivio que aflojó un poco la tensión que la dominaba casi constantemente durante aquellos dos interminables años de separación—. Vámonos. Se lo diremos a Virginia y después haremos la cena, Ken. ¿Me ayudarás?

Los ojos grises de Ken, que siempre habían sido vivarachos y brillantes, habían adquirido la oscuridad de una madurez demasiado temprana y adelantada para un niño de ocho años que, en los últimos tiempos, había sufrido la desaparición de su padre junto con su modo de vida. Ken estaba más alto, más delgado, más mayor, pero también había adquirido la malicia que ofrece la clase de privaciones a las que él se enfrentaba desde que el empobrecimiento del sur se había convertido en progresivo y endémico.

—Ken, somos afortunados, ¿sabes? Mira esos niños que se han acercado a nosotros y luego mírate a ti. —El muchacho se encogió de hombros. Era evidente que, para él, su propio aspecto le resultaba demasiado calamitoso sin necesidad de comparaciones—. Ni siquiera tienen zapatos, mucho menos un calesín que los transporte a su casa o, ya puestos, una casa donde puedan hacerse galletas con mantequilla y huevos. Y mira aquella gente de allí —añadió, señalando la hilera de personas que, maleta en mano, recalaban en la ciudad en la esperanza de encontrar allí una salida a su miseria. No había vida en aquellos rostros ni alegría ni esperanza. Eran la viva imagen del desánimo, de la desolación, del desengaño. Era lo que ocurría cuando los ideales morían en favor de necesidades más pragmáticas—. No saben a dónde van. Nadie cuida de ellos ni procura que coman cada día. Es posible que muchos se alistén, pero otros...

Miró a Kenneth, pero se mordió la lengua. Por nada del mundo avivaría la angustia del niño. Cruzó una mirada de entendimiento con Eduard, forzó una sonrisa despreocupada y besó su mejilla.

—Otros encontrarán su camino igual que nosotros tenemos el nuestro, Ken —añadió, mirando hacia el que conducía a Red Oaks—. Ese, cariño, será el que nos conduzca hasta tu padre, al igual que él lo seguirá hacia nosotros. Estoy convencida de ello.

«Por favor, Wyatt, regresa con vida», pidió en silencio, tragándose el nudo de congoja que se formó en su garganta. «Por favor, ¡no permitas que te maten, porque entonces nos matarás a todos!».



Treinta y uno

Gettysburg, Pennsylvania, 30 de junio de 1863

El olor a una próxima batalla siempre lo asediaba con antelación, como si sus instintos estuvieran afinados para percibirla, un instante antes de que el extraño frío se le enroscara al cuello.

Era una serpiente venenosa dispuesta a estrangularlo que nunca terminaba de afinar su abrazo mortal porque, dos años después de su partida de Red Oaks, todavía continuaba vivo, luchando por salvar todas las vidas de las que tiempo atrás, en el peor momento de su existencia, había jurado desentenderse para siempre.

En aquella madrugada, todos permanecían alerta. El brigadier general Buford, que ostentaba el mando en ausencia del mayor general, había decretado ocupar las colinas de Herr Ridge, McPherson Ridge y Seminary Ridge, el mejor enclave para hacerse con los terrenos más altos, situados al sur de Gettysburg y ocupados por los confederados.

Las tiendas de campaña aparecían perfectamente pertrechadas por un contingente bastante empobrecido después de la derrota a manos de Lee en el Potomac, que rompió el flujo de comunicaciones entre su destacamento y el grueso del ejército, asediado en Vicksburg.

Sus fuerzas se hallaban mermadas por las necesidades que cada vez estaban peor abastecidas, por el calor y por las heridas, pero, a pesar de todo, el propio Lincoln había encargado el mando de aquel grupo de desanimados soldados al mayor general George G. Meade, que no se hallaba presente. Mientras Wyatt, con la lista de carga en la mano, se encaminaba al carro de suministros, se preguntaba si el ejército enemigo, situado tan cerca de ellos, se encontraría en la misma situación.

Si Cole estaría al otro lado. Si, en aquella ocasión, se enfrentarían y si, de ser así, su hermano sería capaz de apretar el gatillo contra él. Cada batalla

era una incertidumbre que lo ahogaba un poco más, para dejarlo respirar cuando comprobaba que la temida confrontación no se produciría ese día ni en ese lugar ni a esa hora.

Con un suspiro que ocultaba la angustia que había mantenido a raya durante dos años, se aseguró de que el contenido de la lista coincidía con el del carro, según le había asegurado el sargento mayor. Satisfecho, se desplazó al carro de las medicinas para hacer recuento. Aunque a todas luces eran insuficientes, servirían para salvar unas cuantas vidas en el siguiente combate.

—Es extraña la forma en la que se dedica a sus hombres, capitán Miller. Si me fío de lo que me dijo mi hermana, usted huía de su profesión como de la peste. Y mírese ahora, volcado con ellos.

Aquella voz... Wyatt se volvió justo antes de empezar a examinar al primero de los heridos, un soldado al que había tenido que amputar una pierna, para darse de bruces con el rostro de Patrick Fallon, demacrado, descuidado y sucio, como el del resto, pero extrañamente sonriente cuando extendió una mano para darle la bienvenida, que Wyatt estrechó con alegría.

—¡Patrick, qué sorpresa verlo aquí! —exclamó—. ¿Desde cuándo...?

—Desde el Potomac. Pero esto está tan lleno de casacas azules que acabo de enterarme de que comparto campamento con usted.

—No me diga que el brigadier ha decidido escuchar mis súplicas y lo ha enviado a ayudarme...

—¿Yo, en medio de una operación? ¡Antes prefiero cien batallas!

El gesto espantado de Patrick y sus palabras provocaron la carcajada de ambos.

—Pensé que pasaría mucho más tiempo hasta que volviéramos a encontrarnos —añadió Wyatt, más serio—. ¿No se había marchado con Sarah al oeste?

—A Clark Creek, un pueblecito de Ohio. Pero la guerra me hizo replantearme las cosas.

Patrick cabeceó y esbozó una triste sonrisa.

—Hasta el punto de alistarse, por lo que veo —apreció Wyatt—. ¿Cuándo ha sido eso?

—Justo antes de que mi destacamento fuera enviado por Lincoln en persona hacia el Potomac como refuerzo. Un desastre total que nos ha empujado aquí, a solo unas yardas de distancia de los casacas grises, según tengo entendido.

—Al parecer, son muy superiores en número y acampan en el sur del

pueblo. Un puesto privilegiado que nos convierte en algo así como cobayas.

—Por eso nadie duerme. Tampoco usted.

—Tengo demasiado trabajo como para hacerlo. —Con una fugaz mirada, Wyatt abarcó parte de ese trabajo—. Pero cuénteme, por favor, qué lo llevó a este infierno.

—Mi propio pasado me obligó a seguir lo que considero justo —respondió Patrick, con un deje de tristeza en la voz—. ¿Y usted? Le hacía en el bando contrario.

—Mi propio medio pasado me ha obligado a lo mismo. —Su sonrisa era portadora de todos los horrores vividos y acumulados durante dos largos años, y desapareció con el examen exhaustivo al muñón de aquel soldado—. ¿Lo ve? Demasiado joven para luchar por unos ideales que quizá no salgan vencedores, y demasiado joven para verse privado de un miembro del cuerpo. Le hará aparecer como un lisiado el resto de su vida. Lo limitará para trabajar. Lo convertirá en un mendigo —añadió, tocándole la frente caliente—. Eso si consigue sobrevivir a la infección y recupera la consciencia. Dígame si eso es justicia, porque yo empiezo a dudarlo.

—¿Quién sabe? Ese muchacho habrá actuado movido por los mismos ideales que usted o yo, capitán —susurró Patrick. No deseaba que el resto de los heridos lo oyeran mientras seguía al doctor en su inspección—. Es valiente. Tanto si muere como si sobrevive, habrá actuado según su conciencia.

Valor, fuerza, honor. Las tres palabras acudieron a la mente de Wyatt al escuchar a Patrick. Irónicamente, nunca les había encontrado más sentido que en su lucha en aquella guerra, sumada a su batalla particular para salvar vidas. Cada día, en medio del hambre y del horror de ver cómo niños eran asesinados en nombre de unos ideales de los que ahora dudaba, se decía que había algo mucho mejor esperándolo. Cada momento, después de las marchas interminables que volvían la voluntad más férrea en un conjunto de lloros suplicantes, la debilidad creciente que minaba el cuerpo y la mente del más fuerte, y la ausencia casi total de esperanza en el mañana, se las arreglaba para tener fe en sí mismo. Una fe que había permanecido perdida y que el simple recuerdo de Brianna avivaba para convertirse en su religión.

El recuerdo de su esposa ardía en él como un fuego abrasador. Su mente regresaba a ella en cuanto se le presentaba la ocasión, como si supusiera el mejor exponente de la libertad. Volvía a escuchar sus risas, sus suspiros de anhelo, sus jadeos de pasión y sus gemidos de éxtasis. Notaba el tacto de sus

dedos, que le transmitía a cada momento aquello que más necesitaba sentir. También el cuerpo lleno de valles y depresiones, cálido y desinhibido, entregándose por completo al placer. Se admiraba por su fuerza de voluntad, inquebrantable, que se había alzado innumerables veces de entre sus propias cenizas para terminar dándole toda una lección de vida.

La añoraba tanto que debía satisfacerse a sí mismo para no terminar enloqueciendo. Y su mente... su mente le gritaba para mantenerse en pie y poder decirle cuánto la amaba.

Sí, la amaba más de lo que nunca se creyó capaz de hacer. Más de lo que nunca hubiera estado dispuesto a aceptar y mucho más de lo que, posiblemente, ella pudiera comprender. Por eso mantenía el miedo a raya a base de trabajo extenuante para salvar la vida de sus pacientes y la suya propia. Pero cada día que pasaba, más imposible le parecía que aquella maldita guerra terminara para permitirle cumplir su última y más importante promesa.

—La conciencia es un valor a la baja —comentó con Patrick cuando salió de la tienda en dirección a un grupo de hombres que compartían una hogaza de pan duro y unos pedazos de carne seca en torno a una hoguera—. En cuanto a lo demás... «Valiente» es una palabra que abarca diversos significados, tan amplios como contradictorios. Puede ser pura idiotez o la clase de emoción que hará que un hombre sude, tiemble, vomite y, a pesar de todo eso, no deje de hacer lo que cree que debe hacer de todas formas. Esa es la clase de valor que todos nosotros compartimos. Sé lo que les ocurrió en Irlanda. —La guerra componía extraños compañeros de confidencias, pensó. Hacía años que no veía a su cuñado y ambos actuaban como si hiciera horas—. Brianna me lo contó.

—¿Todo?

—Eso creo. —«Eso espero», añadió para sus adentros—. Es una superviviente, una mujer de extraordinaria fortaleza. La admiro y la amo por ello. Nunca se me ocurriría rechazarla por todo lo que pasó ni por las decisiones que tuvo que tomar, pero no pasa un minuto sin que piense en el hombre que la perseguía y que la obligó a casarse conmigo.

—¿Se arrepiente?

—Me encantaría echármelo a la cara para agradecerérselo, antes de degollarlo. —Al cabo de un rato de rumiar sus propios razonamientos, Wyatt se atrevió a formularlos en voz alta—. ¿Usted lo vio?

—¿A quién?

—Al hombre que la compró y la violó hasta obligarla a deshacerse del niño que esperaba —aclaró de una vez sin titubeos provocados por prejuicios que, a esas alturas y encontrándose donde se encontraban, velando el poco sueño que podría quedarles antes de que amaneciera, carecían de sentido—. Al hijo de perra que la hizo vivir con miedo a ser tocada por otro hombre. Por mí.

Patrick no respondió enseguida. Cogió una pequeña ramita y empezó a hacer surcos con la punta sobre la tierra seca, aparentemente pensativo, hasta que levantó su mirada para clavarla en Wyatt.

—Si lo hubiera sabido, si lo hubiera visto, ¿cree que habría dejado que ocurriese? —preguntó a su vez, con una expresión fiera en la cara que denotaba sus sentimientos.

—Imagino... No. Puedo asegurar que no.

—Me alegra ver que ha llegado a conocer lo más imprescindible de mí como para saberlo —replicó Patrick con una fugaz sonrisa—. Nunca lo vi, y cuando pude hacerlo, tuve que centrarme en organizar nuestra huida de Irlanda con garantías de éxito.

—Gracias a Oonagh, según tengo entendido.

—Siempre le estaremos agradecidos, aunque me temo que nunca podremos demostrárselo. Si alguien va tras Brianna, es porque le ha arrancado la información a Oonagh, y no precisamente con buenos modales. ¿Cuánto hace que no ve a mi hermana?

—Dos años, más o menos.

Patrick resopló y arrojó la ramita lejos de ellos.

—Entonces no sabe si ese desalmado ha logrado dar con ella o no —aventuró.

—Espero que sea lo segundo, porque de lo contrario no tendrá lugar en la tierra para esconderse.

Lo dijo con voz oscura, ronca, muy baja pero tan determinante que Patrick asintió, antes de mostrar una fugaz sonrisa que pretendía ser tranquilizadora.

—¿Lo ve? Por eso Brianna nos ama —concluyó—. A mí porque, además, soy su hermano. A usted, porque es una figura de autoridad y su marido.

—La autoridad no te hace líder.

—Pero le obliga a reconocer ciertas cosas. No me convencerá de lo contrario. Solo tengo que observarlo para saber que ella está aquí dentro —dijo, señalando su frente con el dedo—. Y aquí —añadió, llevando ese dedo a

su pecho.

—Uno siempre se lleva a las mujeres a la batalla, aunque no estén físicamente presentes. Son la base de tu fuerza. —Después de tanto tiempo haciendo de su imagen un grabado perenne y no un recuerdo cada vez más diluido, Wyatt había llegado a la conclusión de que Brianna era precisamente su mayor fuerza, no su debilidad—. Y, o mucho me equivoco, o la necesitaremos para seguir vivos. Además de nuestra rapidez, nuestros sentidos y una buena porción de suerte acompañándonos.

—Además —repitió Patrick—. De cualquier forma, me alegro de haberlo encontrado aquí. Así podrá decirme cómo estaba cuando usted la dejó.

—Hermosa, alegre, apasionada en todo lo que hace, entregada a mi hijo, complaciente con mi madre y firme a la hora de dirigir Red Oaks. —La boca se le volvió arena cuando la evocó y el corazón lo golpeó en el pecho como si quisiera salir a través de él—. Por eso sé que los defenderá con uñas y dientes, aun a riesgo de su propia vida.

—Y eso lo angustia.

No solo lo angustiaba, sino que condicionaba cada minuto de su existencia. Wyatt llevó su mirada a lo largo de todo el campamento. Extrañamente, la quietud empezaba a romperse a base de pequeños pero contundentes movimientos, acompañados de murmullos de alerta, pero aún indefinidos. Instintivamente, llevó la mano a la bayoneta que había apoyada en el tronco de un árbol cercano.

—¿Cómo está Sarah? —preguntó a su vez.

—Sobreviviendo en la granja que adquirí justo antes de que estallara la guerra con los pocos ahorros que todavía me quedaban. Trabaja con los pocos animales que venían con la propiedad y, además, fabrica toda clase de dulces que luego vende a los habitantes del pueblo. Ellos no conocen su pasado ni el mío, así que nos han aceptado con los brazos abiertos. No pasa un solo minuto sin que piense en ella, en lo que ocurrirá si no vuelvo a verla... —Patrick suspiró, ensimismado, y frunció el ceño—. Ella es mi fuerza para seguir adelante. Siempre.

—Acaba de comprenderme, Patrick.

—¿Somos dos tontos enamorados?

Ambos rieron con tristeza al comentario.

—Somos soldados que desean volver a sus hogares, porque esta guerra está resultando demasiado larga, demasiado sangrienta y con un precio demasiado alto para todos.

Asintió a sus propias palabras. Iba a añadir algo más, pero el movimiento a su alrededor activó todas sus alertas y los inesperados gritos les hicieron levantarse de un salto para empuñar sus armas.

—¡Los confederados! ¡Se acercan los confederados!

Un joven teniente de caballería abrió fuego contra ellos. Wyatt miró a Patrick, después al resto de soldados que se posicionaban con rapidez, y a continuación hacia su tienda, la más apartada del campamento, que permanecía al lado de los carros de medicinas.

—Suerte. Mucha suerte, Patrick.

—Lo mismo digo, Wyatt.

Fueron las últimas palabras que le dedicó. Respiró hondo, elevó la bayoneta y corrió hacia las barricadas. Sabía que lo mejor cuando se afrontaba una batalla era mantener sus emociones a raya para poder mantenerse con vida, pero el sudor del miedo lo impelió a gritar un solo nombre en su mente: Brianna, Brianna, Brianna...

* * *

Gettysburg, 3 de julio de 1863

Todo aquel infierno había comenzado por unos zapatos.

Sí. La situación del ejército sudista era tan precaria que la mayoría de sus soldados caminaban descalzos, o a punto de estarlo, cuando recibieron el mensaje de que podrían acudir a una fábrica situada en Gettysburg a por un cargamento de cualquier calzado que cubriese las llagas de sus pies, ya que no podrían hacerlo con las de su moral.

Grady había perdido la noción del tiempo hacía semanas, del mismo modo que le había perdido la pista a aquel intrigante desconocido con la cara desfigurada que entonaba las Bienaventuranzas como si fuera el representante de Dios en la tierra, mientras las acompañaba con los dos nombres que él más odiaba en el mundo.

De cualquier manera, urgía mucho más mantenerse con vida que intentar encontrarlo entre los miles de hombres que, en aquella batalla que parecía interminable, avanzaban incansables hacia el flanco izquierdo de las líneas enemigas, obedeciendo una nueva orden de Lee.

Hacía un calor de justicia y el sol lucía en lo alto del cielo en todo su esplendor cuando los cañones confederados comenzaron el fuego de artillería

contra las tropas unionistas. Fue tal el estruendo que los oídos empezaron a pitarle con un sonido insistente y agudo, al mismo tiempo que la tierra parecía temblar bajo sus pies. Agazapado tras una de esas enormes bestias, Grady mantuvo la esperanza de que aquel ataque fuera el definitivo, dado que en un primer momento no obtuvo ningún tipo de respuesta por parte del ejército de la Unión. Sin embargo, pasado un cuarto de hora de silencio, esperando posiblemente que las municiones de los casacas grises menguaran, los cañones federales se sumaron al estruendo.

Pareció que pasaban horas hasta que el fuego de la artillería se calmó y, a una orden de los generales, las tropas de infantería, entre las que se encontraba Grady, se lanzaron a una ofensiva sin cuartel sobre Cemetery Ridge, donde se encontraban las posiciones de la Unión.

—¡Fredericksburg, Fredericksburg!

El grito unánime de los casacas azules empezó a elevarse por encima de los alaridos salvajes que impulsaban al ejército confederado. Grady se sintió propulsado hacia adelante con tal ímpetu que tuvo que empezar a sortear los numerosos cadáveres para no besar el suelo. Los ojos comenzaron a lagrimearle por el humo provocado por los cañones. Estaba prácticamente sordo y completamente desorientado. Sin resuello.

Sus compañeros caían a su alrededor como moscas víctimas del fuego cruzado de los federales, que habían aprendido la lección de su derrota en la batalla cuyo nombre ahora coreaban.

Por eso no tuvo dificultad en verlo, aunque parpadeó repetidas veces para descartar que se tratara de una alucinación provocada por el pánico a morir.

Pero no, la figura que se materializaba ante sus ojos era real.

Se trataba de Cole Miller.

A solo unos metros de distancia de él.

Corría, sorteando los disparos y los cuerpos que caían sobre él y manejando su bayoneta para cargarla contra los casacas grises que se atrevían a luchar cuerpo a cuerpo.

Si él estaba allí, entre los miles de soldados que ascendían el cerro, su hermano no andaría muy lejos.

Grady sonrió. De pronto, todo lo que ocurría a su alrededor dejó de importarle. No prestó atención al espectáculo de sangre y muerte que se desarrollaba ante sus ojos. Cerró sus sentidos a cualquier signo de dolor, a cualquier alarido de espanto, a cualquier señal de que el ejército sudista

podría estar a punto de sufrir su derrota más sonada.

Solo pensó en el destino que, después de dos condenados y largos años, ponía su venganza al alcance de la mano.

Enarboló la bayoneta como si fuera su mejor bandera y corrió hacia él.

* * *

Lo divisó mucho antes de que tuviera que esquivar una andanada de disparos que terminó con al menos media docena de soldados sudistas, pero no le importó lo más mínimo.

Hubiera reconocido a Wyatt Miller entre toda aquella barahúnda conformada por los hombres que todavía continuaban vivos, antes de ver cómo caían para unirse al resto de cadáveres que poblaban la superficie de aquella colina. Los campos se llenaban de sangre confederada. Las bajas se contaban a aquellas horas por miles, pero él era uno de los pocos afortunados que todavía seguía en pie y ahora que había localizado, por pura casualidad, a su enemigo, sabía el porqué.

El plan de Dios coincidía con el suyo, pensó con una sonrisa. La visión reducida de su único ojo no le había librado de participar en aquella batalla que duraba ya tres días, pero, finalmente, la suerte se ponía de su parte.

—Así que no es más que un traidor que viste de azul... —murmuró, cargando su bayoneta antes de alejarse de su grupo para posicionarse tras el tronco de un árbol, lejos del grueso de la matanza y detrás de la tienda de la que, en ese preciso instante, salía Wyatt portando a un hombre herido que introdujo en un carro cercano.

Repitió la operación al menos media docena de veces más y cuando pareció que ya había terminado su tarea, él lo apuntó.

No le interesaban los moribundos ni los heridos de ninguno de los dos bandos. Solo aquel hombre. El culpable de que lo encarcelaran y de que ahora, dos años más tarde, el paradero de Erin fuera una incógnita que ni siquiera aquel estúpido federal podría resolverle.

No le sería de ninguna ayuda vivo, pero no quería para él una muerte rápida y anónima; necesitaba hacerle saber quién lo enviaría al infierno, por qué y lo que haría a continuación, una vez hubiera terminado con él, así que dejó caer su arma y avanzó entre los árboles con cautela, siguiendo los movimientos rápidos del capitán federal hasta que volvió a tener su oportunidad.

Wyatt se alejaba de la zona de fuego para volver sobre sus pasos. Regresaba hacia los carros.

Él sonrió. De una breve y rápida carrera, se posicionó tras uno de ellos, apoyó la bayoneta sobre una de las ruedas y se preparó para asaltarlo cuando pasara por su lado.

Observó cómo el capitán se detenía justo delante de él, ofreciéndole su espalda, un segundo después de haber clavado sus ojos en una figura vestida de gris que lo apuntaba con su rifle.

Casi pudo escuchar un imaginario quejido de pena cuando Miller dejó caer su rifle y dio un paso atrás, como si de pronto no fuera consciente del peligro que corría su vida en la batalla, y sí del hombre que tenía delante y que empezó a bajar su arma en el mismo momento en el que oyó un nombre que, supuso, sería el suyo.

—Cole... —lo oyó musitar.

El nombre no le decía nada, salvo la posibilidad de que aquel soldado terminara con Wyatt Miller antes que él. Eso era algo que no podía consentir, así que abandonó su escondite y lo atacó por la espalda.

Era corpulento, pero el tal Cole le había distraído lo suficiente como para que no reaccionara a tiempo. No tuvo dificultad en derribarlo, pero permitió que se diera la vuelta para comprobar que lo reconocía con sorpresa.

—Vas a arrepentirte de haberte cruzado en mi camino —escupió con satisfacción—. Primero irás tú. Después... cuando todo esto acabe, encontraré a Brianna Fallon y, con ella, a Erin. Al fin.

A continuación, sacó un cuchillo de su bota y lo hundió en la carne del federal.



Treinta y dos

Había nombrado a Brianna.

Y su sangre se había helado al comprobar que conocía a su atacante, al mismo tiempo que constataba que aquel era el hombre que iba tras ella.

Wyatt sintió la hoja clavada en su muslo derecho, rasgando los tejidos de forma irremisible. Se repuso del primer momento de sorpresa y se defendió hasta el punto de quitarse a aquel canalla de encima. Sentía un dolor sordo en la pierna, acompañado de una debilidad creciente, debido muy probablemente a la pérdida de sangre repentina. La herida era profunda y grande; no necesitó mirarla ni tocarla para comprobarlo, pero eso ahora no importaba.

Aquel loco, que lo miraba con ojos enfebrecidos de odio, empuñaba el cuchillo preparado para otra carga, dispuesto a ir tras Brianna, al mismo tiempo que Cole se había materializado frente a él.

Wyatt giró la cabeza solo para ver que, efectivamente, Cole se hallaba a media docena de pasos de distancia, tan delgado y sucio que costaba trabajo reconocerlo, y tan boquiabierto, atónito y desconcertado por su repentino encuentro como él.

Dos años. Habían pasado dos años sin verse, sin saber el uno del otro, pero justo cuando la batalla los ponía frente a frente, alguien más decidía que aquel no era el momento adecuado para el reencuentro.

Se abalanzó sobre el desconocido con todas sus fuerzas. Mientras estampaba un puño en aquella cara deforme, utilizó su mano libre para sujetar la muñeca de su atacante antes de que él lograra hacer un nuevo blanco con el cuchillo, que lanzó directo a su cuello. Ambos forcejearon unos momentos, con sus caras tan cerca que Wyatt no tuvo dificultad alguna en hacer chocar sus cabezas, con tanta potencia que él mismo terminó aturdido cuando su oponente trastabilló hacia atrás.

—Maldito seas mil veces... —murmuró, arremetiendo contra él hasta que su cabeza se hundió en el tórax del sureño para llevárselo por delante. Solo el

tronco de un viejo árbol, actuando de muro de contención, lo frenó, pero el sonido de huesos al quebrarse le indicó que quizá su enemigo no hubiera salido bien parado. Cuando levantó la vista, se encontró con su rostro contorsionado en una mueca de dolor, mientras un aullido acompañaba al gesto de sujetarse el hombro con una mano—. Tendrás que pasar por encima de mi cadáver antes de encontrarla, hijo de perra...

No tenía ningún arma a mano, pero no le hizo falta. Lo agarró por el cuello con rabia, con decisión, sin que la herida del muslo lo frenara hasta aplastar aquella odiosa cabeza contra el árbol. No le importaba lo más mínimo el motivo que le llevaba a buscar a Brianna con tanta obsesión; solo le interesaba apartarlo de ella, y la locura pintada en aquellos ojos desorbitados que se clavaban en él mientras lo asfixiaba le decía que la muerte sería la única forma de lograrlo.

Le costaba trabajo respirar. Sentía la pierna completamente empapada y la debilidad creciente hacía que su visión fuera cada vez más borrosa. Aun así, no hubiera aflojado su presión sobre el cuello de aquel indeseable hasta haber terminado con él de no ser por lo que sucedió a continuación.

—¡Wyatt, cuidado!

El ímpetu por proteger a Brianna, aunque entre ellos hubiera dos años y demasiada distancia de por medio, le había hecho olvidarse momentáneamente de que su hermano Cole seguía allí. Escuchar su voz fue como un brusco regreso a la realidad y, al mismo tiempo, un viaje al pasado.

Wyatt desvió un instante su interés por el despojo humano que agonizaba bajo su mano e hizo que su mirada se encontrara con la de su hermano. No vio inquina ni rencor, ni siquiera un mínimo de odio, sino la misma emoción que lo dominaba a él y que se tornó en dureza cuando, al mismo tiempo que soltaba el cuello de aquel hombre para dirigirse hacia Cole, este se abalanzaba sobre él gritando algo, mientras movía las manos y miraba más allá de su espalda.

En un segundo, el desconocido de la cara marcada había desaparecido, pero alguien mucho más peligroso lo apuntaba a la espalda con la clara intención de matarlo.

Wyatt reconoció a Grady cuando se vio empujado detrás de otro cuerpo que recibió el impacto.

Por un instante eterno, el ruido de la batalla cesó y un silencio mortuorio lo envolvió. Fue el tiempo necesario para darse cuenta de que Cole había recibido el disparo por él. Su hermano se aferraba a sus hombros para evitar caer, pero se escurría poco a poco hacia el suelo embarrado por la sangre, la

orina y los excrementos de los cuerpos que yacían en él, mientras su espalda se convertía en una enorme mancha roja a consecuencia del arma de Grady.

Allí estaba, con su mirada implacable fija en él, sin importarle lo más mínimo haber errado el tiro y preparándose para efectuar el siguiente.

El corazón de Wyatt se detuvo. Nada de lo padecido hasta el momento se comparó con la sensación de la vida de Cole escurriéndose entre sus dedos al mismo tiempo que su cuerpo.

—¡No, no, nooooooo! ¡Cole, resiste! —chilló.

Intentó sostenerlo en pie, pero todo esfuerzo fue baldío. Él mismo se encontraba demasiado débil. El sudor le corría por las sienes y se le metía entre los ojos. Su mente se negaba a aceptar lo que sus ojos veían, pero si algo podía hacer, era luchar.

Pelear. Por él, por Cole, por todo lo que aquel bastardo acababa de quitarle y que pretendía rematar.

—¡Hijo de puta! —exclamó.

Dejó a Cole en el suelo con la mayor delicadeza posible y cogió su rifle al tiempo que esquivaba el segundo disparo de Grady. Debía actuar con rapidez para poder ayudarlo antes de caer presa de la debilidad de sus propias heridas.

Cargó el arma y se arrastró, llevando a Cole consigo, tras uno de los carros de medicinas. Amparado en una de las ruedas, se giró con la intención de terminar con el capataz de una vez por todas, pero comprobó que ya no estaba en su campo de tiro.

De pronto, todos los sonidos de la batalla regresaron a sus oídos multiplicados por mil. Quiso distinguir a Grady entre la nube de soldados confederados que seguían intentando ganar cuando solo caían como moscas por el fuego de los federales, pero le resultó imposible. Gimió de dolor cuando fue consciente de la herida abierta de su pierna y contuvo las náuseas que le produjo el repentino olor a muerte, a sangre, a podredumbre, que el calor había avivado.

—Wyatt...

La voz moribunda de su hermano le hizo reaccionar. Con la espalda apoyada en la enorme rueda del carro y la mirada perdida, a punto de rendirse por completo, se atrevió a mirar a su lado.

Cole agonizaba. Sus ojos estaban vidriosos; su pecho subía y bajaba demasiado deprisa, y la sangre que seguía manando de su espalda teñía de rojo el suelo sobre el que se encontraba.

—No lo permitiré, ¿me oyes? ¡No pienso permitirlo!

Una rabia desconocida para él tomó posesión de cada partícula de su cuerpo y lo impulsó a moverse. Se desprendió de su chaqueta de militar y, con cuidado, giró a Cole para examinar la herida. Su experiencia le dijo que no podría hacer nada desde el mismo momento en que la vio, pero sacudió la cabeza negando lo evidente y utilizó la chaqueta para taponar el enorme agujero por el que se escapaba la vida de su hermano.

—Estamos cerca del carro de las provisiones —le susurró—. Si tenemos suerte, podré subirte a él y sacarte la maldita bala. Saldrás de esta.

Se puso en pie a duras penas, pero la mano de Cole sobre su brazo lo detuvo.

—No... tengo... salvación... —siseó entre dientes con inmenso esfuerzo—. No te vayas, Wyatt. ¡No me dejes... solo! Si tardas en volver... no podré... decirte... lo que llevo esperando desde que... empezamos esta locura... de la guerra...

—¡Puedo ayudarte!

—¿A morir... más lentamente?

¡Maldición! Wyatt apartó su chaqueta con cuidado y examinó la herida con más lentitud. Buscaba un indicio que contradijera lo que también él sabía, pero no lo encontró. Lo extraño era que Cole siguiera vivo a esas alturas, cuando aquella clase de heridas solían provocar la muerte instantánea.

En esa ocasión, estaba provocando una horrible agonía para Cole... y para él.

Se revolvió en su interior contra la muerte. La retó de mil maneras en su cabeza, pero no encontró ninguna lo suficientemente fuerte como para utilizarla.

Cole moriría, y él no podría hacer nada para evitarlo.

Apretó los dientes conteniendo un grito de impotencia. En su lugar, acarició el pelo sucio de su hermano. Volvió a sentarse, apoyando la espalda en la rueda que les servía de escondite, para colocar la cabeza de Cole en su regazo.

En los últimos dos años había salvado vidas que no merecían ser salvadas. ¿Por qué no podía hacer lo mismo con él? ¿Por qué, una vez que lo había encontrado, tenía que dejarlo morir a causa de una bala que iba dirigida a él?

Intentó observar sus manos manchadas de sangre, pero apenas logró verlas. Tenía los ojos arrasados en lágrimas y el corazón destrozado cuando

los dirigió a su hermano. Quería al menos mitigar su dolor, pero ni siquiera eso podría hacer sin incumplir sus deseos.

Le había pedido que se quedara a su lado, y eso haría.

—Wyatt... —Su nueva demanda, acompañada de un leve tirón en la pechera de su camisa para que se inclinara, consiguió su objetivo—. Perdóname... —Intentó erguir la cabeza para asegurarle que no había nada que perdonar, no a esas alturas y con todo lo que los había separado para volver a unirlos, pero Cole consiguió poner un dedo ensangrentado sobre su boca para silenciarlo—. Siempre fui... —un sonido sibilante, parecido a una carcajada ahogada, salió de su garganta para atenazar la de él—, más... guapo... que tú...

—Siempre. —Sonrió—. Por algo las mujeres te preferían.

—Lo malo es que... lo di por supuesto... con Brianna. —La mueca de una sonrisa desapareció al pronunciar su nombre. La mano que Wyatt tenía sobre su corazón errático se cerró en un puño cuando recibió la de Cole, temblorosa, llena de mugre y sudor—. Ella... es diferente... como tú... —Durante unos angustiosos segundos, su pecho dejó de moverse. Lo observó conteniendo la respiración, pero afortunadamente la de Cole prosiguió. Estuvo a punto de ordenarle que dejara de hablar, pero comprendió que aquello suponía una liberación para su hermano. Moriría de todas formas, pero lo haría con su conciencia limpia—. Tenías razón, nunca... me quiso. Te ama... y tú a ella... Merecéis ser felices, y yo me comporté como... un niño... malcriado... —Cole aferró sus dedos con inusitada fuerza y los apretó, forzándolo a quedarse en esa posición, con sus ojos enlazados a una distancia insignificante. Provisto de una lucidez que solo podía ser la que precedía a la muerte, su hermano pequeño apretó los dientes y frunció el ceño—. Debes saber que me arrepiento... Que te quiero como el hermano que siempre has sido... Perdóname, Wyatt. Y ámala como se merece, o de lo contrario...

No terminó la frase, pero hubo una mirada de confianza ciega hacia él, hacia lo que le había pedido y hacia la recuperación de un pequeño reducto de su antigua relación. Lo sintió en su corazón en plenitud como el hermano que nunca debió dejar de ser, justo antes de que la fuerza que ejercían los dedos en torno a los suyos se desvaneciera, igual que la tensión de su cuerpo. El pecho dejó de moverse bajo su palma. Wyatt presionó hacia abajo instintivamente, pero desde el principio supo que nada de lo que hiciera le devolvería a su hermano.

Cole acababa de morir, entre sus brazos, mientras le pedía perdón.

Y ni siquiera había podido dárselo.

La furia lo dominó. Una ira oscura y primitiva se mezcló con el dolor desgarrador que convirtió su corazón en un conjunto de jirones rotos imposibles de recomponer. Llevado por la locura, agitó el cuerpo sin vida en medio de gritos agónicos.

—¡Cole, te perdono! ¿Me oyes? —chilló, mientras las lágrimas no le dejaban ver ni siquiera su cadáver, antes de caer sobre aquel rostro que ya no lo miraba—. ¡Cole, vive, por lo que más quieras! ¡No me dejes ahora que te he encontrado!

Un alarido inhumano surgió de lo más profundo de su garganta, rasgando el muro de sonidos de la guerra que se desarrollaba a su alrededor.

Lloró.

Lloró por todo lo que no había dicho, por el dolor desgarrador que le desgaba el alma hasta arrebatársela junto a la vida de su hermano y por el corazón que acababa de entregar. Chilló sin importarle dónde estaban, sin fuerzas para nada que no fuera rendirse, sin esperanza en la vida, en la muerte, en aquella guerra sin sentido.

Se aferró al pecho inerte de su hermano y se lamentó todo lo alto que sus pulmones agotados le permitieron, y cuando creyó quedarse vacío de emociones y de lágrimas, elevó los ojos al cielo despejado y agitó su puño ensangrentado.

—¡Te odio, Dios! —gritó con todas sus fuerzas—. ¿Me oyes? ¡¡¡Te odioooo!!!

Esperaba que descargara su ira sobre él con aquellas palabras. Que Grady volviera para rematar lo que había empezado. Que sus enemigos terminaran con él o que lo hicieran sus propias heridas, dejándolo vacío de su propia sangre, pero nada de eso ocurrió. Estaba demasiado cansado de luchar, demasiado harto de ver la desgracia en todas sus formas, para terminar padeciéndola con aquel cuerpo cuya cabeza descansaba sobre su regazo y que abrazaba la frialdad de la muerte.

Una víctima más de la guerra. Como los cadáveres que los rodeaban. Wyatt observó el de un muchacho sureño, que apenas parecía superar los catorce años, horriblemente mutilado justo a sus pies, como si todo aquel escenario, de repente, le resultara ajeno. Completamente indiferente.

Después, volvió a mirar al que tenía sobre su regazo. Y solo cuando fue capaz de cerrarle los ojos, comprendió que era verdad.

Había perdido a Cole. Su único hermano, su mejor amigo.

Se inclinó sobre su pecho de nuevo y lo abrazó para depositar sobre él el arrepentimiento y unos remordimientos que jamás sanarían. Rezó para que la muerte también se lo llevara a él, pero cuando comprendió que eso no sucedería en un tiempo inmediato, supo lo que debía hacer.

Las fuerzas que parecían haberlo abandonado regresaron a él para cargar con Cole hasta Satán. No miró a su alrededor ni se cubrió de un posible ataque. Los sonidos comenzaron a llegarle amortiguados mientras colocaba a Cole sobre la silla de montar y él subía detrás para evitar que se cayera. El dolor de su pierna de pronto le resultó ajeno, como si su cuerpo no le perteneciera. Parecía otra persona la que sujetó las riendas del semental para sacarlos del infierno que empezaba a menguar su intensidad. Otros los talones que se clavaron en los flancos de Satán para llevarlo a un galope enloquecido que lo alejó de Gettysburg, de sus hombres, de sus pacientes y también de sus enemigos. Otra la mente que le indicaba el camino a seguir sin pensar en que llevaba consigo el cadáver de su hermano.

No supo cuánto tiempo estuvo cabalgando. Solo se detuvo cuando su olfato detectó el olor a descomposición del cuerpo que llevaba con él, y fue capaz de ver los espumarajos que desprendían los belfos de Satán.

Su pierna herida estaba entumecida, sin fuerzas. Y ellos, completamente solos. Cayó al suelo cuando intentó desmontar, pero cojeó y arrastró a Cole hacia un campo desierto, pero verde. Allí, junto a un frondoso árbol, dejó a su hermano y cubrió su cadáver con piedras. A continuación, fabricó una precaria cruz con un par de ramas, la clavó en la improvisada tumba y rezó una plegaria.

Arrastrando la pierna herida, consiguió encaramarse al caballo. Miró a su alrededor sin saber dónde se encontraba, con sus sentidos completamente embotados. Si parpadeaba, era incapaz de ver. Si olía, nada le hacía reconocer el lugar. Tampoco podía hablar, y sus manos habían perdido la sensibilidad. Su mente era incapaz de recordar lo ocurrido en los últimos días. Lo intentó, pero solo supo que estaba herido por el horrible aspecto de su muslo derecho, por la sangre seca que lo rodeaba y por el dolor incisivo, como de una continua mordedura de serpiente, que lo agujoneaba, llevándolo al motivo como si de repente fuera testigo de un repentino fogonazo.

El hombre de un solo ojo. Brianna.

Debía advertirla. Debía protegerla. Debía salvarla.

Permaneció sobre Satán todo lo que su resistencia le permitió, atravesando lugares que de pronto le resultaron desconocidos. Los días y las

noches se sucedieron sin que consiguiera abrazar a la muerte. Tampoco fue consciente de su soledad ni de su suerte al sortear las patrullas de soldados de uno y otro bando. No hubiera podido explicar qué había ocurrido ni hacia dónde se dirigía. Tiritaba por la fiebre. Sus ojos apenas veían y en sus oídos solo persistía el zumbido de los cañones al ser disparados. Su mente empezaba a rechazar todo lo que la dañaba hasta que, una noche cualquiera, cuando su cuerpo se había rendido y tan solo el cuello del semental evitaba su caída, le pareció ver unas cabañas familiares, silenciosas y casi tétricas, que le hicieron sonreír.

—Satán, estamos en casa —murmuró contra las crines, un segundo antes de derrumbarse completamente inconsciente.



Treinta y tres

Cole Miller, muerto.

Wyatt Miller, desaparecido en acción.

Hacía una semana de aquella fatídica noticia y los nombres todavía coleaban en su mente, como si quisieran arrancársela de cuajo para no seguir pensando.

Brianna se dobló en dos por el dolor sentido y caminó a duras penas hacia la ventana. La noche estrellada pareció ser la firme depositaria de su destroz emocional y la luna llena vertió sus plateados rayos sobre cada parte de su cuerpo, como si quisiera alumbrar lo poco que todavía quedaba de ella.

—Me lo prometiste... ¡Me prometiste que volverías con vida!

¿Por qué lo había permitido? ¿Por qué la había dejado mantener la esperanza en algo que, después de tanto tiempo, amenazaba con convertirse en un hermoso recuerdo para terminar destrozándolo a sus pies antes de que soñara siquiera con volver a paladearlo?

Se estaba consumiendo como la llama de una vela moribunda. Estaba cansada de luchar por mantenerlos a todos en pie mientras ella se desmoronaba, agotada de custodiar el poco dinero que les quedaba como si tuviera el valor del oro, solo para no delatar a Roxanne y destrozarse así a Eduard.

Estaba harta de aquella guerra que había destrozado tanto. La milicia local patrullaba casi a diario por las tierras en busca de desertores o traidores. Quien cobijara a uno u otro, sería acusado del mismo delito, proclamaban.

—Señora... —La voz de Ayana la arrancó de su propio infierno para forzarla a atenderla—. He llamado, pero no me ha oído...

—¿Qué ocurre? —Un negro pensamiento cruzó por su mente—. ¿Es la señora Miller? ¿Ken?

—La señora Miller y el niño están durmiendo. No, señora, es... —

Parecía reacia a pronunciar el nombre, como si al hacerlo despertara antiguos fantasmas, hasta que la miró a los ojos y se decidió—. Es el amo Wyatt. ¡Está en las cabañas! Guideon lo encontró y corrió a decírselo a Rufus y Joshua. Entre los dos lo han llevado a nuestra antigua casa, pero está malherido. Pueden traerlo hasta aquí si lo desea...

La noticia la hizo zozobrar como un barco a la deriva. La alegría enseguida dio paso al temor más absoluto cuando vio las reticencias de Ayana a seguir hablando.

No quiso escuchar más. Ni siquiera se molestó en vestirse. Se cubrió con una bata y agarró a Ayana por el brazo para asegurarse de que era escuchada.

—Atiende —ordenó—. Llévame hasta él y después regresa a por el doctor Pemberton. Hasta que no sepamos de su estado real nadie más debe saber que está aquí, ¿entendido? Ni Ken ni la señora.

Quería evitarles un dolor innecesario en el supuesto caso de que Wyatt muriera. Sí, debía asimilar el significado completo de aquella palabra, porque si algo así ocurría, ella cargaría con la pena de toda una familia si era necesario con tal de ahorrársela a su suegra y a Ken.

Wyatt se encontraba sobre la cama de la antigua cabaña de Ayana. Parecía una sombra oscura, inmóvil, despidiendo señales de muerte. Un extraño al que, después del tiempo transcurrido, podría no conocer.

Con un lamento ahogado, apreció su estado. Donde antes estaba un cuerpo firme, lleno de músculos marcados en todo su esplendor, ahora había huesos bajo la piel. Sus pómulos estaban hundidos, haciendo resaltar más su mandíbula bajo una barba demasiado larga y tan sucia como el pelo y el resto de él. Su rostro aparecía cubierto de una capa de tierra, mezclada con sudor y sangre seca, que también cubría el enorme tajo que abría su muslo derecho y que causó en Brianna una impresión tan grande que tuvo que arrodillarse a su lado para evitar caerse.

Era su amor. Era Wyatt. Al fin estaba con ella, y esta vez no era un sueño.

Acarició los mechones negros ensimismada, batallando entre la alegría y la angustia, pero ni siquiera sus ojos se abrieron para recibirla como esperaba. Y cuando tocó su frente, comprobó que ardía.

—Rufus, consígueme un cubo con agua limpia y un paño —ordenó sin mirar a los hombres que esperaban tras ella. Sabía que Ayana ya había corrido a cumplir la segunda parte del encargo—. Joshua, quiero que vayas al cuarto del amo y traigas ropa limpia. Sin que nadie os vea, por favor.

Su propia voz le sonó ajena cuando se quedó sola con él. Y solo entonces

se permitió el lujo de apoyar la cabeza en su pecho escuálido para verter todas las lágrimas y todos los besos que había guardado durante dos malditos años de separación.

—Gracias, gracias, Dios... —murmuró contra su uniforme maloliente—. Gracias por devolvérmelo...

—Brianna, ¿qué...?

La pregunta de Eduard quedó en suspenso cuando vio la escena. Se acababa de responder a sí mismo, pero actuó como si en realidad esperara ver lo que se encontró. Sus ojos revelaban sorpresa, pero también una ternura infinita que empleó en apartarla del cuerpo enfebrecido de Wyatt para maniobrar con sus instrumentos después de examinar la herida del muslo.

—No quiero forzarte, pero necesitaré tu ayuda —dijo, después de limpiar la herida—. Es un milagro que siga con vida. Ha perdido mucha sangre y la infección le provoca fiebre. No sé si podré...

—Podremos.

Brianna respiró hondo y se libró de cualquier emoción que implicara inseguridad o duda acerca de su marido. Viviría. No podía permitirse pensar en otra cosa. Ninguno podía.

Se arremangó, rasgó la ropa de Wyatt y comenzó a pasar el paño húmedo por el resto de su cuerpo, procurando no fijarse en su extrema delgadez, hasta dejarlo medianamente limpio para el doctor.

—Ed, no quiero que Virginia y Ken lo vean así —casi suplicó. Se mordió la lengua para no añadir el nombre de Roxanne, pero Eduard comprendió sin necesidad de más palabras, porque asintió—. Espero que podamos salvarle la vida, pero si alguien averigua que escondemos a un capitán federal en las cabañas de los esclavos, todos moriremos. ¿Estás de acuerdo en mantener el secreto?

—Por completo, irlandesa. No creo que tengamos problema con nadie, excepto con mi hermana. Y de ella me encargo yo, no te preocupes. Ahora, veamos lo que podemos hacer con esta pierna.

* * *

Después de días de excusas en los que corría a la cabaña a la menor oportunidad, Brianna empezaba a acusar el cansancio, el desaliento y la frustración ante la fiebre casi permanente de Wyatt. Tanto Ayana como Rufus y Joshua se convirtieron en sus compinches incondicionales. Eduard hacía

visitas periódicas bajo el pretexto de tener que realizarlas a otros lugares y pacientes, Virginia seguía con su actitud apática y Kenneth pasaba su tiempo con Guideon, ajeno a la presencia de su padre a tan poca distancia de él. Roxanne, aparentemente, parecía ignorante de todo, gracias a la altanería que la llevaba a rechazar todo problema que tuviera que ver con Red Oaks.

—Brianna...

Escuchar aquel susurro tan ronco que le resultó desconocido la obligó a saltar para ponerse en pie aquella mañana soleada y calurosa, después de otra noche dormitando en una incómoda silla para velar su sueño. Levantó la cabeza de la cama donde, al parecer, la había apoyado sin darse cuenta en algún momento, y miró soñolienta la cara que tenía delante.

Sí, eran los mismos ojos dorados que habían poblado cada uno de sus sueños durante dos años, acompañándola hasta en sus peores pesadillas para reconfortarla. Los mismos que ahora, velados por un ligero color negro que enturbiaba su tono habitual, la enfocaban sin dificultad, hundidos en un rostro demasiado pálido aún, esperando una respuesta.

Wyatt había despertado al fin. Y lo hacía pronunciando ese nombre, en la completa seguridad de lo que hacía y de a quién se lo decía.

—Oh, Dios, Wyatt, al fin estás conmigo...

De momento, verle consciente era lo único que le importaba. Mezclando risas con sollozos incontrolados, se abrazó a su cuello, con cuidado de no dañarlo, y llenó su cara barbuda de besos. Repasó su frente, se detuvo en sus párpados medio cerrados, descendió por sus mejillas consumidas por la fiebre y saboreó sus labios con ansia, como si allí estuviera el único manjar capaz de alimentarla. Durante todo ese tiempo lo mantuvo sujeto entre sus manos. Unas manos temblorosas que se alegraron de tocar aquella piel cálida que abandonaba el ardor de la infección.

—Tenía una promesa que cumplir. —Con el ceño fruncido, se tocó la cara y la cabeza mientras recorría la estancia con la mirada como si fuera la primera vez que la veía—. Pero parezco... diferente.

—Te recorté la barba y te lavé el pelo mientras luchabas contra la fiebre. ¿Cómo te encuentras?

—Teniendo en cuenta que acabo de despertar en los brazos de una diosa, puedo ignorar el resto para decir que empiezo a estar bastante bien.

Brianna rio y volvió a besarlo.

—Me había imaginado tu muerte de mil maneras diferentes —musitó embelesada, sin dejar de observar cada detalle de su cara, como si temiera

que se volatilizara si cerraba los ojos—. Si supieras las veces que pensé que no volvería a verte... Y ahora te tengo cerca de mí, con el mismo aspecto, pero con una sombra extraña en tus ojos que me habla de cosas que desconozco.

¿Cómo explicarle que nunca sería el mismo que ella conocía y que, sin embargo, mantenía la esencia suficiente para seguir amándola con toda su alma?

—He estado en el infierno y he regresado, pero no será para siempre, Ojos de Gata.

—¿Qué importa eso ahora? —Selló su pregunta con otro beso más tierno, más lento y casi imperecedero—. Ahora solo me importa el presente. Te hemos sacado de las garras de la muerte, y lo hemos hecho tan bien que incluso puedes bromear.

—¿Hemos?

—Ed y yo. El resto no saben que estás aquí. No podemos arriesgarnos a que te delaten. De lo contrario, la milicia local nos mataría a todos y arrasaría Red Oaks.

Wyatt asintió. Frunció el ceño y levantó una mano en su dirección, enredando los dedos en sus rizos desmadejados con dedicación como si, por primera vez, viera también su deterioro físico.

—Estás más delgada, Ojos de Gata —apreció con esfuerzo—. ¿Qué ha ocurrido para que te veas descuidada, con esos harapos por vestido y estas manos encallecidas?

—Prácticamente todos los esclavos han huido. Solo permanecen con nosotros Ayana, Rufus, Guideon y Joshua. Los cultivos de algodón están abandonados, pero nos las hemos arreglado con un pequeño huerto, dos vacas y los ingresos de Eduard en el hospital militar, además de tus ahorros del aserradero y los míos.

—¿Ed vive aquí?

—Y Roxanne. —Se guardó el resto, aunque no pudo evitar que su voz se tornara áspera al pronunciar el nombre—. ¡Kenneth está enorme! Cuando lo veas, no lo reconocerás. Pero tu madre necesita de los cuidados del doctor. Desde que supimos de la muerte de Cole y de tu desaparición, se está dejando morir en vida...

Enmudeció cuando vio la transformación de Wyatt. Su mandíbula se endureció. De su garganta brotó un gemido doloroso, que murió cuando desvió sus ojos de los de ella. Pareció que todo él se alejaba de allí por un tiempo

indeterminado, hasta que decidió regresar. Y cuando lo hizo, las lágrimas empapaban sus mejillas consumidas.

—Cole murió en mis brazos, un momento después de pedirme perdón por todo lo ocurrido —afirmó con la voz estrangulada. La mano que sostenía la de ella la apretó con fuerza, buscando un consuelo que encontró de inmediato—. El hombre que te perseguía me hirió en la pierna. Pretendía matarme, pero conseguí burlarlo, a él y a Grady, para poder enterrar a mi hermano.

—¿Grady?

—Había más de un presidiario luchando con el sur —confesó, apretando los dientes para contener el descarnado odio que brotaba de cada palabra—. Esta guerra está derramando demasiada sangre. La de mi hermano me manchó las manos, Brianna. Intenté remediarlo, llevármelo de allí, de aquel horror en Gettysburg. Lejos, muy lejos, hasta que no pude más y tuve que enterrarlo. Después no sé lo que pasó. Sabía que la herida era grave y que tenía fiebre, así que me limité a cabalgar a lomos de Satán hasta que perdí el conocimiento.

—La suerte te trajo hasta nosotros. Ed ha salvado tu pierna, pero no sabemos si recuperará su movilidad habitual una vez te hayas recuperado. Porque te recuperarás con nosotros. Conmigo —afirmó, volviendo a besarlo para absorber toda su pena, toda su rabia y buena parte de la impotencia que parecía atormentarlo. Él se aferró a sus hombros y gruñó como respuesta, pero no pudo hacer gran cosa más, salvo estremecerse entre sus brazos como si fuera un recién nacido.

—No pude evitar la muerte de Cole. Ni siquiera sé dónde está enterrado, ¡maldita sea! —Su mirada se volvió ausente cuando la clavó en sus manos, de dedos crispados, como si todavía contuvieran el cuerpo de Cole. A Brianna se le rompió el corazón—. He visto la muerte muy de cerca demasiadas veces. Me he cubierto de tanta sangre que nunca volveré a ser el de antes. He hecho cosas que juré que nunca haría, solo para mantenerme en pie y regresar junto a ti. Pero no podré cargar con la muerte de mi hermano.

—Puedes y lo harás. Si he curado tu cuerpo, podré hacer lo mismo con tu mente y tu corazón. —No le permitiría derrumbarse, no cuando acababan de encontrarse de nuevo. Lo tomó de los hombros y lo obligó a que la mirara—. Juro que, ahora que te tengo aquí, no dejaré que te vayas de mi lado hasta que no estés restablecido, e incluso más allá.

—¿Palabra de irlandesa, Erin?

Escuchar aquel nombre la paralizó. No era lo que esperaba, pero él la había llamado así y no podía ignorarlo. Con un suspiro que evidenciaba su

reconocimiento, le dio la espalda.

—¿Desde cuándo lo sabes? —murmuró.

—Desde ahora mismo. Tenía mis sospechas, pero acabas de confirmármelo. —No había reproches, sino toda la comprensión del mundo abriéndose paso a través de la debilidad—. ¿Me lo cuentas?

—Mi nombre completo es Erin Brianna O'Halloran, al igual que el de mi hermano es Niall Patrick. A ambos se nos conocía por Erin y Niall en Irlanda, así que cuando tuvimos que huir, lo hicimos con nuestros segundos nombres —confesó. Ya no tenía sentido seguir ocultándolo—. Cuando llegamos a Boston y Meredith nos acogió y nos dio su apellido, quedamos definitivamente camuflados.

—Hasta que ese hombre dio contigo y tuviste que aceptar el mío. ¿Quién es? —Un silencio incómodo se instaló entre ellos—. Ojos de Gata, casi muero por su mano. Sin saber nada más de él, me propuse llegar hasta aquí a como diera lugar para advertirte, para protegerte. En el camino, enterré a mi único hermano. Creo que merezco una respuesta a mi pregunta. ¿Quién es?

—Robert Ellington, el hombre que me compró. En su día pensé que había acabado con él con aquel ataque que propició mi huida, pero al parecer solo conseguí desfigurarle el rostro. Imagino que, una vez repuesto, arrancó a Oonagh nuestro destino y después terminó con ella —añadió, mordiéndose el labio para evitar que la congoja la venciera—. Atacó a Sarah hasta estar a punto de matarla, solo para averiguar mi nombre, por eso Patrick vino a avisarme. Todos estáis en peligro por mí...

—Brianna, mírame. —Sacudió la cabeza con furia. Volvía a sentirse aterradoramente expuesta a él. Indefensa, como si un millón de heridas se hubieran abierto al mismo tiempo para dejar escapar la sangre por ellas. Oyó un suspiro a su espalda y luego una maldición dicha en voz baja—. Brianna, si no me miras ahora mismo, tendré que levantarme para ir hasta ti.

—¡No puedes hacer eso!

Ella se giró de golpe para encontrarse con la sonrisa socarrona de Wyatt y una mano extendida.

—Ven aquí. Deja que alivie tus heridas, igual que tú has aliviado las mías. Y después, hablaremos.

—¿De qué?

—De todo, de nada. De lo que nos ha ocurrido en estos dos años para evitar que nos separe como los extraños que nunca hemos sido. De lo que nos lleva a sentirnos en nuestro hogar cuando estamos juntos, porque eso es lo que

sentimos —añadió, antes de tirar de ella en cuanto sus manos se unieron para apresarla contra su pecho con toda la fuerza que era capaz de atesorar. Brianna sintió cómo aspiraba su aroma con avidez, como si lo necesitara para seguir respirando, y se aferró a él—. De la tortura que suponía para mí imaginarte muerta y también de la esperanza que, después de tenerte cerca, se ha convertido en una certeza a la que no pienso renunciar. Ningún hijo de perra desfigurado me lo va a impedir. Ni su recuerdo ni su mención, ni mucho menos su presencia, porque no estará entre nosotros. Nunca más, ¿me has oído? —La apartó lo justo para verla asentir y se las ingenió para sonreír—. Ahora, por favor, ¿podrías traer algo de comida a este pobre moribundo? Solo así continuaré con vida...

* * *

Brianna llevaba semanas sacando comida de la casa grande a escondidas.

Pensaba que ella no se había dado cuenta, pero era mucho más perspicaz de lo que aquella estúpida irlandesa creía. Al principio tomó sus medidas de precaución, pero con el paso del tiempo se volvió más confiada, más imprudente.

Roxanne dedicó sus esfuerzos a seguirla sin ser seguida a su vez, para terminar descubriendo que su destino eran las cabañas de los antiguos esclavos, completamente deshabitadas...

O no, por supuesto. Estaba claro que allí, en aquella en particular, había alguien que ocupaba cada segundo de su tiempo, mientras empleaba el resto en parecer normal delante de los demás. Y lo hubiera conseguido para el resto, pero no para ella.

Roxanne podría ser muchas cosas, pero no era estúpida. Sabía que los esclavos estaban de parte de Brianna, y la mejoría repentina en el estado de Virginia o la alegría de Ken no salían de la nada ni eran producto de ningún milagro.

Todo guardaba relación, pero en ninguna de sus expediciones había conseguido penetrar en la cabaña sin ser descubierta. Su entrada siempre permanecía custodiada por Rufus, Joshua o incluso Ken y Guideon, que aparentemente jugaban por los alrededores con la mayor de las inocencias.

Su hermano también la visitaba, cuando pensaba que nadie lo veía, lo cual le indicaba que, quien fuera que estuviera allí dentro, se encontraba herido o enfermo.

Aquella mañana no fue diferente, salvo por una cosa: la persona de la que cuidaban con tanto celo salió por primera vez al aire libre.

Y Roxanne se quedó muda de asombro antes de que su mente comenzara a trabajar con furia.

¡Era Wyatt!

Los cuidados a los que había sido sometido eran evidentes. A pesar de estar mucho más delgado, se encontraba limpio y... alegre. Sí, eso pareció cuando, apoyándose en los hombros de la irlandesa con un brazo y en una muleta con la otra, reía a algo que su hermano le decía.

Roxanne frunció el ceño. Sus ojos se quedaron clavados un instante en la escena. Por ese pequeño intervalo de tiempo, se permitió sentir alegría, dicha al ver que Wyatt seguía vivo, tan cerca de ella. Incluso deseó haber sido ella quien lo salvara. De haber tenido esa oportunidad, quizá él la estaría mirando a ella con esa especie de arrobamiento perpetuo que dedicaba a la irlandesa.

Quizá se hubiera ganado su amor.

Pero nada solía ser como ella deseaba. Casi nunca. Sobre todo, si tenía que ver con aquel hombre.

Tardó en comprender que su corazón tenía dueña. Se tomó su tiempo en dejar que el dolor monstruoso le abriera el pecho en canal.

Y cuando consideró que se había repuesto de un nuevo y cruel desengaño, empezó a pensar.



Treinta y cuatro

Después de semanas de recuperación, de conversaciones interminables dedicadas a reencontrarse, de recuperarse física y mentalmente y de furtivos paseos al atardecer o al amanecer, acompañados por Eduard de modo que nadie los descubriera, Wyatt volvería a irse.

Así se lo había hecho saber a Ken y Virginia después de su emotivo reencuentro. Brianna nunca había visto a Wyatt tan afectado como cuando abrazó a su hijo, ni tan humilde como cuando su madre lo abrazó y lloró en su hombro, como si aún fuera un niño. Los dejó a solas con su alegría, pero supo que sería pasajera en cuanto él se restableciera del todo.

Pero había llegado el momento.

Aquella noche le llevó su cena armada tan solo con su camión, puesto que había tenido que ponérselo para fingir irse a descansar, y una pequeña lámpara que alumbró su entrada en la cabaña.

Él le daba la espalda, mirando por la ventana con expresión abstraída.

Brianna dejó la lámpara en una pequeña mesa cercana, junto con la cesta con la comida, y se dedicó a admirar lo que tenía delante. La tenue luz parecía multiplicarse para lamer cada músculo de su espalda desnuda, creando un extraordinario juego de luces y sombras que deseó seguir con las yemas de sus dedos. Saltaba a la vista que había recuperado parte de su peso y de su fortaleza. También de ese magnetismo oscuro que siempre la había atraído de él, hasta el punto de dejarle la garganta seca y las palmas humedecidas, cuando siguió la línea descendente de vello que adornaba su formidable pecho hasta perderse bajo los calzones. Aquella prenda se adhería a la robustez de sus piernas como si una de ellas no estuviera herida, amoldándose a su firme trasero con una exactitud demoledora para su resistencia.

Lo deseaba. Con tanta fuerza que no se sorprendió de sentirla como un certero golpe en cada palmo de su cuerpo que la hizo vibrar. Esa imagen era un vendaval, un homenaje al erotismo animal, al placer único y a las

emociones más intensas que pudiera albergar en su interior.

—Huele muy bien —le oyó decir al girarse hacia ella con una tenue sonrisa.

—Tendrás hambre. Deberías comer.

—Por cómo me miras, deduzco que tú también estás hambrienta.

Parecía un puma esbelto, magnífico, ronroneando su futura satisfacción antes de haberla obtenido, pero seguro de que la obtendría.

No respetaron la distancia ni las formas. Wyatt la envolvió en sus brazos para pegarla a cada centímetro de su cuerpo con un interminable suspiro de satisfacción que vertió junto a su oreja en cuanto la abarcó casi en su totalidad. Acarició la espalda de Brianna con lentitud, para terminar rodeando las nalgas con sus manos. La adelantó lo justo para pegar sus respectivas pelvis, y solo entonces apartó su cara.

—Juro que no tenía previsto esto hasta que te he visto con este condenado camión. —Las manos amasaron sus glúteos antes de que un dedo resiguiera su camino descendente hasta colarse entre sus piernas para alcanzar su sexo desde atrás, por encima de la tela. Brianna jadeó. La debilidad que aquella insinuante caricia le produjo fue tan devastadora que, amarrada a su robusto cuello, se subió a su cintura para rodearlo con las piernas—. Cariño, si sigues mirándome así no voy a ser delicado ni comedido, ni siquiera galante.

—¿En qué estás pensando, yanqui?

—En explicarte que eres mía, por mucho que tenga que dejarte.

Ella enredó los dedos en sus mechones negros y frunció el ceño. Tenía la punta de su verga erecta presionando contra su abertura; la humedad que asolaba sus muslos era escandalosa mientras notaba la caricia de aquellos dedos que se encargaban de esparcirla. Un placer largamente deseado estaba a punto de estallarle entre las piernas.

No consentiría que aquello fuera efímero, por mucho que su decisión fuera de locos.

—¡Antes, seré yo quien te deje a ti!

Rozó sus labios apenas, intentando imprimir ternura a su inesperada ventaja. Wyatt entrecerró los ojos con suspicacia, pero respondió al beso intentando profundizar en él. Sin embargo, ella se apartó antes de que lo consiguiera.

—Te quedarás aquí, con nosotros. No volverás a esa guerra estúpida ahora que has regresado a mí.

Volvió a besarlo, esta vez con más contundencia. Apresó su labio inferior

con los dientes y lo mantuvo así antes de que una de las manos de su marido abarcara su nuca para poder llenar la boca con aquella lengua experta que tanto había añorado. Brianna pareció deshacerse en un murmullo cargado de lujuria, pero consiguió recomponerse para apartarse de nuevo. No se entregaría por completo hasta no obtener su completa rendición.

Wyatt lo entendió. Por un momento, sus ojos se oscurecieron con un mensaje de advertencia, antes de torcer la boca en un gesto engañosamente dulce.

—Brianna, mi amor, sabes que no es posible...

—¡Lo es! ¡No hay milicia lo suficientemente fuerte como para arrancarme de tu lado! ¿No lo entiendes? ¡Me da lo mismo que me espere la cárcel! ¡Lo que he vivido en tu ausencia ha sido peor que el mismísimo infierno! Si lo he soportado, ¡podré vencer a cualquiera que intente separarnos!

—Brianna, admiro tu coraje, pero...

—¡No necesito arrumacos ni dulzura! —De pronto, apartó su cara de la de él para llenarle el pecho de pequeños puñetazos que no lograron su objetivo—. ¡Solo te necesito a ti! ¡Quiero que sigas luchando en otro frente, el nuestro!

Volvió a atacar su boca con ferocidad, pero, cuando iba a apartarse, Wyatt la mantuvo firme.

—Ah, no, Ojos de Gata. Me has provocado demasiado como para permitir que sigas jugando conmigo. Estoy lo suficientemente fuerte como para demostrarte ciertas cosas.

Un gruñido furioso precedió a un beso que anuló el resto de sus pensamientos, e incluso el resto de su vida. Su boca se movió exigente sobre la de ella. Su lengua empujó decidida hasta encontrarse con la suya, y sus manos volvieron a sus nalgas a través del camisón para permitirle que ella siguiera anclada a sus caderas. Cuando la tuvo bien sujeta, desplazó sus dedos hasta la nuca suave y palpitante y la inclinó, de modo que pudiera profundizar más. Ella ni siquiera respiró. Respondió a aquel asalto total y sin paliativos a todo su ser a través de aquel movimiento sinuoso que la convertía en cenizas con toda su alma, con todo su cuerpo y con más de un corazón. Hasta que su sabor único quedó impregnado en ella, hasta que su olor la envolvió, anulando todo lo demás. Hasta que fue consciente de que, con aquel beso, sellaban su unión no solo física, sino también espiritual. Y cuando él fue capaz de apartarla, leyó en aquel par de pozos ambarinos todo lo que ambos habían estado reprimiendo durante dos largos años.

—Reconozco que lo último que quiero es que esto acabe —le susurró. Con ella enlazada en torno a él, avanzó hasta apoyarla contra la pared y le levantó las faldas. Su sexo desnudo recibió la inquebrantable dureza de aquella erección con sorpresa, pero con tanta ansia que Brianna se adelantó en busca de más—. Cada partícula de ti que he deseado desde que desperté en esa cama es mía. —Apoyó su trasero en la pared y, con una mano torpe, se bajó los calzones para liberar su miembro. Tenía una mirada salvaje, incontrolada, cuando entró en ella. Ambos jadearon a la vez, pero ninguno se movió—. Solo la muerte podrá apartarte de mí. Por eso trato de evitarla a toda costa.

—¿Abandonándome otra vez? ¿Abandonándonos a todos?

Aquella insolencia le valió una embestida que lo clavó hasta el fondo en su interior. Brianna se ancló con fuerza a su cintura con un gemido. No iba a desmayarse de placer, no todavía. Iba a demostrarle que aquella lucha era entre iguales, que la guerra la había cambiado más todavía y en todos los aspectos. Que había parcelas de intimidad que, tras lo vivido en aquellos años, carecían de sentido.

Clavó las uñas en sus hombros. Lo besó con furia, casi con saña, y mientras sus caderas se fueron hacia delante en una muda y contundente invitación, las de Wyatt le salieron al encuentro.

—Por la gloria de Dios... ¿Crees que quiero renunciar a esto? —murmuró junto a su oreja, mientras sus acometidas se hacían más rápidas, más profundas. Mientras la bamboleaba, meciéndola a un tiempo con su inquebrantable y recuperada fuerza, para llenarle el corazón y el cuerpo con todo su ser—. Nunca...

Clavó los dedos en la carne blanda de sus caderas e inició un camino sin retorno. Sus ojos no se separaron de los de ella en ningún momento. Ambos los mantuvieron bien abiertos, en un duelo de voluntades que terminó quebrándose cuando Brianna sintió cómo explotaba a su alrededor y sus propios espasmos de placer la catapultaron hacia el cuerpo de Wyatt. Él no aguantó mucho más. Con un gruñido oscuro y prolongado, se vació dentro de ella por completo.

La dejó en el suelo como si temiera destrozarla en el proceso. Posó su frente contra la de ella y se dedicó a contemplarla, ambos de pie, todavía enlazados por los últimos coletazos de la pasión, por sus respiraciones parejas y por sus corazones, que latían al unísono, reflejados en sus ojos.

—He soñado tantas veces con este momento, que ahora siento que lo he

desaprovechado —musitó, repasando sus labios con el dedo índice, completamente ensimismado en lo que hacía—. He pensado tantas veces que no volvería a verte, que todavía me parece mentira tenerte así, arrebolada por la pasión saciada, con los ojos brillantes de deseo consumado y con ese maldito camisón que me trajo de cabeza desde la primera vez que te vi con él. He creído tantas veces que moriría sin volver a saborearte, que ahora necesito hacerlo, Brianna. Pero tengo miedo.

—¿Miedo de qué?

—De que sea verdad. —Sus ojos se apagaron cuando se sentó con ella en el borde de la estrecha cama—. De que realmente podamos seguir juntos, aunque sea como dos personas distintas a las que éramos antes. De que las heridas de las batallas no sanen nunca en nosotros.

—Entonces no te vayas. ¡La última vez apelaste al honor para marcharte! ¡A tus ideales! Ahora... Ahora quiero que elijas entre él y nosotros.

—¿Y crees que no lo he hecho ya? ¡Mi honor y mis ideales no significan nada al lado de la vida de las personas a las que amo! ¡Al lado de tu vida! ¡Ahora mismo, ese maldito honor que solo me ha traído desgracias va a servirme para protegerte, a ti y a todos! —exclamó él con angustia. La sujetó por los hombros, pero terminó atrayéndola hasta su pecho; quería mitigar su dolor. Después de una eternidad, se atrevió a apartarla para mirarla a los ojos y ver en ellos una pequeña tregua de comprensión—. Te prometo que esta situación será transitoria. Y cuando volvamos a encontrarnos, no me separaré de ti. Incluso cuando mi cuerpo muera, mi alma seguirá siendo tuya. Si querías mi fe, aquí la tienes, junto con mi honor, mi orgullo y mi misma vida.

Ella lo miró en silencio, hasta que su gesto atormentado se fue relajando para transformarse en otro transido de emoción.

—La fe que necesitaba para saber que el hombre que acaba de hacerme el amor con una brutalidad tan deliciosa es el mismo que se marchó de mi lado, dispuesto a defender un ideal. Es fe en la vida, en nosotros —afirmó—. Quiero sentirme viva. Contigo.

La Brianna que él recordaba no era apocada en la cama, pero tampoco llevaba la iniciativa. Su pasado y las esquirlas de este que todavía llevaba clavadas en el pecho se lo habían impedido. Pero aquellos ojos verdes ya no expresaban dudas, sino una determinación que lo desconcertó, pero también lo excitó. Con deliberada lentitud, ella se puso en pie delante de él y se desprendió del camisón como si fuera parte de un espectáculo íntimo dedicado solo a ellos. Se quedó completamente desnuda, con su piel cremosa brillando

por la tenue luz de la lámpara, sus pechos apuntando hacia él y aquel precioso cabello cubriéndola en suaves ondas hasta la cintura.

—¿Te gusta lo que ves?

—No podría gustarme más si lo hubiera descubierto por mí mismo.

Una sonrisa pícaro asomó a los labios de Brianna cuando avanzó hasta colocarse entre sus piernas y, de un suave empujón en su pecho, lo derribó sobre la cama.

—Yo también quiero descubrir por mí misma.

Se encaramó a horcajadas sobre él, poniendo especial cuidado en no golpear la cicatriz reciente del muslo, y dejó resbalar la yema de su dedo a lo largo de su pecho, dibujando la línea de vello que descendía hasta el ombligo y, de allí, a su entrepierna. Wyatt siguió el recorrido con los ojos completamente pasmado, pero tan excitado como si no hubiera hecho el amor en años.

En cierto modo, así era. El tiempo de espera había sido demasiado largo como para constreñirlo en un solo encuentro sexual. Su hambre no se calmaría tan fácilmente, sobre todo si tenía delante a una mujer valiente, desinhibida y sensual que desplegaba todos sus encantos ante él con un efecto devastador. Aquella nueva Brianna lo miraba con malicia mientras lo tomaba en su mano y empezaba a acariciarlo con toda la sabiduría del mundo. Había madurado, en todos los sentidos, y su atractivo se había convertido en irresistible para su cuerpo y su mente.

Gimió cuando sintió aquella pequeña mano moviéndose arriba y abajo, imprimiendo un ritmo constante que amenazó con destrozarlo. Echó la cabeza atrás y estiró el cuello hasta lo imposible, pero cuando volvió a su posición original, se encontró con el rostro de Brianna muy cerca del suyo, completamente encendido por la pasión, y con su aliento calentándole la boca.

Se apropió de la suya con furia, como un castigo y una bendición, dañándola y premiándola solo para verter en ella una mínima parte de la contención que estaba ejerciendo para no derramarse sobre su mano, y elevó las caderas.

—¿Sabes lo que me estás haciendo?

—Demostrarte que eres mío. Que, ahora, yo tengo el poder. —Con agilidad, se elevó sobre su miembro y lo enfundó por completo. Se estiró como una gata satisfecha y sonrió, posando las manos sobre el pecho ardiente de Wyatt—. Quiero que comprendas que nunca, nunca, te dejaré marchar.

Parecía una experta amazona meciéndose a un lado y a otro, generando un

placer progresivo que iba más allá de toda cordura. Necesitaba sentirlo en cada poro de su piel; empaparse de él, atrofiar sus sentidos con su olor, su sabor, su vista, su tacto.

Pasara lo que pasase después, Wyatt Miller permanecería en su cuerpo, y no se le ocurría una manera mejor ni más placentera de lograrlo. Él emitió un quejido agudo y se tensó por completo cuando, con ambas manos hundidas en sus glúteos, la ayudó con los movimientos, mostrándole el camino a seguir. Pronto ambos se convirtieron en uno solo, unidos por aquella parte íntima que no dejó de palpar y empaparse en un ritmo creciente que los llevó muy cerca de la muerte.

Un instante después de quedarse rígida sobre él, Brianna gritó su nombre antes de desplomarse sobre su pecho en medio de agudos espasmos que provocaron los suyos.

El sudor empapaba sus frentes, sus alientos se entremezclaron en un nuevo beso y sus miembros se entrelazaron por un tiempo indefinido que provocó en Wyatt una sonrisa de pura satisfacción.

—Me has marcado para siempre —murmuró entre bocanadas de aire, hundiendo su rostro en los rizos castaños que lo cubrían, mucho tiempo después de que sus cuerpos volvieran a la normalidad, pero todavía íntimamente engarzados—. Te amo, Erin Brianna Miller.

Esperó respuesta, pero comprobó que el dulce sopor que lo invadía a él, la había dejado completamente dormida entre sus brazos.

* * *

Amanecía cuando Wyatt se levantó de la cama con sigilo y la miró por última vez.

No quería dejarla, no podía dejarla, pero no tenía más remedio que dejarla.

Pensó que sería mejor si se iba sin despertarla, que el dolor se haría más llevadero para ambos si no había despedidas que lo agudizaran y lo hicieran sangrar, pero unos inesperados golpes en la puerta lo sobresaltaron a él y la despertaron a ella.

—¡Sabemos que está ahí! ¡Abra en nombre del ejército confederado!

Wyatt le pidió silencio con el dedo cuando ella le lanzó una muda pregunta y le indicó por señas que se vistiera. Brianna obedeció. Ya se encontraba con el camisón cuando los nuevos golpes amenazaron con derribar

la puerta.

Maldición. Alguien lo había delatado. La mirada angustiada de Brianna le indicó que debía hacer algo, lo que fuera con tal de eximirlo de toda culpa. Si descubrían que ella lo había ocultado, todos sufrirían las consecuencias.

Sacó un cuchillo de la funda que llevaba pegada a la cadera y arrastró a Brianna con él, sujetándola contra su pecho en el mismo momento en el que la puerta cedía.

—Por favor, perdóname, pero no hables, te lo ruego...

—¿Qué...?

Apretó el filo del cuchillo contra su garganta y la sujetó con más fuerza, para hacerlo más real a ojos de los cuatro hombres armados que derribaron la puerta en ese instante.

No conocía a ninguno ni, al parecer, ellos lo reconocían, cosa que agradeció en beneficio de Brianna. Vestían con retazos de uniformes sureños, pero no podía afirmar que fueran soldados. Sus armas lo encañonaban mientras lo rodeaban para impedirle la huida.

—¡Deje el cuchillo y a la señora Miller! ¡No tiene escapatoria posible!

—¡Nunca! ¡Esta perra me ha delatado en cuanto me ha sorprendido en una de estas cabañas vacías!

Bajo su brazo notó una ligera sacudida, pero no la permitió moverse.

—Oh, no ha sido ella, sino Roxanne Miller. Señora, no se preocupe...

—¡No estoy preocupada! —chilló Brianna, desesperada. Sabía lo que se proponía, ¡y no pensaba consentírselo!—. ¡No se te ocurra hacerlo! ¡Suéltame o...!

—¡Cállate, estúpida! —bramó, tapándole la boca para impedir que lo descubriera—. ¡Estás a punto de perder tu precioso cuello!

—Señor, su cuerpo parecerá un maldito coladero antes de que lo intente. Suéltela y nos acompañará con vida. Al menos eso puedo asegurárselo.

—¿Cómo sé que no miente?

—Porque fue una exigencia de la señora Roxanne. La única, a decir verdad. Y ha pagado muy bien para que se lleve a cabo.

Su gesto lascivo le dio una idea de cómo había pagado Roxanne. Wyatt cerró los ojos y elevó una silenciosa plegaria. Por alguna razón, no había involucrado a su familia en la denuncia, así que debía seguir con aquella pantomima hasta el final.

La pegó a su corazón. Sintió cómo su tensión disminuía para ser sustituida por el temblor que precedía a la derrota y volvió a pedirle perdón

en silencio. Durante la noche la había mantenido entre sus brazos. Abrazarla eliminaba los horrores del pasado hasta conseguir que todo se volviera insignificante, salvo la sensación de calor que compartía con ella.

Por eso tuvo la certeza de que, una vez que la soltara, se sentiría incompleto.

Aun así, la arrojó lejos de él.

—Queda detenido por la milicia local —anunció uno de los hombres antes de girarse hacia Brianna, que observaba la escena completamente conmocionada—. Puede añadir una denuncia a la lista de sus delitos, señora.

—No... —Como en trance, se acercó a él poco a poco, inmersa en la mirada de los ojos dorados que la advertían en silencio. Quiso abrazarse a él para retenerlo con ella. Quiso volver a abofetearlo por su necedad, por su estúpido sentido del honor, por su acto de entrega para librarlos de un destino igual al suyo, pero supo que no podría hacerlo. No por ella, sino por Ken, por Virginia y por aquella tierra que se resistía a perecer junto a sus dueños. La congoja la invadió hasta destrozarla por dentro, con un dolor agudo que la acuchillaba sin compasión. Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras se mantenían prendidos a los de él. Cerró las manos en un puño para evitar acariciarlo y miró de reojo al miliciano, conteniendo el llanto con valentía—. ¿A dónde se lo llevan?

—Lejos. No se acercará más a usted.

El mismo Wyatt se encargaría de ello; aquel fue su mensaje. Brianna ahogó un gemido y lo atravesó con una sola e inmisericorde mirada que lo insultó, lo recriminó y le procuró la única despedida posible. Sin palabras, pero con un sonido tan aterrador que la destrozó por dentro, intentó sobreponerse a su pena y apretó los dientes, controlando el acceso de furia que amenazaba con salir al exterior. Le dijo en silencio todo lo que pensaba de él. Se lo gritó, se lo escupió en la cara, y cuando estuvo segura de que lo había recibido, asintió y observó impasible cómo se lo llevaban.

Solo cuando sus siluetas no fueron más que un punto en la lejanía, se permitió el lujo de caer de rodillas y llorar impotente por su infame destino, que se repetía de nuevo, antes de que su mente canalizara todo su odio hacia la única culpable.

Se encaminó hacia la casa grande con un solo objetivo y no paró hasta encontrarlo.

Roxanne se hallaba en su cuarto, acicalándose como si nada hubiera ocurrido, cuando ella la sujetó por el cabello y, sin compasión, tiró de él para

arrastrarla fuera.

—¡Suéltame! —chilló, pataleando y manoteando para intentar zafarse de un agarre firme. Brianna no se detuvo hasta no ponerla en el borde de la escalera. Miró de reojo a su alrededor. Tanto Virginia como Ken y Ayana contemplaban la escena, inmóviles—. ¿Qué crees que estás haciendo?

—Echarte de aquí. Para siempre. Eres una maldita traidora...

—¡No, tú lo eres! Mantienes a un capitán del ejército federal oculto. ¡Lo has alimentado, curado y cuidado! ¡Agradece que no os haya denunciado y que me limite a veros sufrir!

El destello malévolo de los ojos de Roxanne quedó eclipsado de inmediato cuando recibió la primera bofetada. A esa siguió una segunda, que la hizo trastabillar con tanta fuerza que tuvo que agarrarse a la balaustrada para no caer. Con un gemido sordo, miró a todos los que presenciaban el enfrentamiento, pidiendo auxilio con su mirada, pero sin encontrarlo.

—Roxanne ha denunciado a Wyatt. La milicia se lo ha llevado —añadió Brianna con una voz queda, escalofriante, mientras sentía cómo las lágrimas le quemaban el alma cuando escuchó a su espalda un sollozo contenido procedente de Virginia—. Márchate de aquí y no vuelvas. Nunca.

—¡Tú no eres la dueña de Red Oaks!

—No, pero yo sí. —Virginia dio un paso al frente hasta situarse al lado de Brianna. Con gesto implacable, tomó el rifle que Ken le tendió en ese momento y la apuntó sin que le temblara la mano—. Tienes el alma podrida, Roxanne. Has querido vengarte de Brianna a través de mi hijo, pero serás tú quien termine pagando cada una de tus vilezas.

—¿Eso cree? ¡A estas alturas, puede ser que Wyatt esté muerto!

—Si no te muerdes la lengua, ¡serás tú quien lo esté! —gritó Virginia, empujándola hacia abajo con el cañón del rifle—. Márchate. Con lo puesto, que es más de lo que mereces. ¡Largo de aquí!

Aquella boca insidiosa se abrió y cerró varias veces, tragándose todas las palabras que pensaba decir. Su rostro escarlata pasó de uno a otro con furiosa determinación, hasta que, al final, levantó el mentón, se apartó un mechón rubio de la cara y caminó hacia la puerta con la majestuosidad de una reina que se dirige al exilio.



Treinta y cinco

Afuera de Atlanta, mayo de 1864

Se oían rumores de que el ejército de Sherman se acercaba a la ciudad con intención de asediarla hasta la rendición.

Pero ningún soldado de los que estaban apostados en las inmediaciones había visto un solo casaca azul amenazando su ya de por sí precaria existencia, aunque poco importaba ya. Sus cuerpos estaban tan debilitados como sus espíritus. Se veían derrotados, humillados, pero sus firmes convicciones en sus ideales los mantenían en pie.

Y, en el caso de Grady, también sus ansias de venganza.

Aquella noche en particular, sofocaba el calor con una petaca llena de *whisky* que alguien, no recordaba quién, le había dado. Sentado en el suelo, un poco apartado del resto y con la espalda apoyada junto al tronco de un árbol, intentaba reunir fuerzas para largarse de allí a la menor oportunidad y hacer una visita a los habitantes de Red Oaks.

Una visita que sería definitiva.

—«Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios». Espero que tú lo veas cerca de mí, preciosa.

—Si cierro los ojos, es posible. A estas alturas, ya nada me extraña.

Grady arrojó la petaca vacía en cuanto escuchó aquella conversación, a solo unos pasos de donde él se encontraba, y vio quiénes la protagonizaban. No supo qué lo sorprendió más, si reencontrarse con aquel extraño personaje que entonaba bienaventuranzas como si fueran suyas, o reconocer, debajo de toda aquella mugre, aquellos harapos y aquellas guedejas de pelo rubio que le tapaban la cara a la antaño esplendorosa Roxanne Pemberton.

O Roxanne Miller, si recordaba los últimos acontecimientos antes de que él cayera en desgracia.

—Eso me da esperanzas, porque busco a alguien —siguió hablando el

soldado sureño, sentado como él mientras acariciaba el mentón de Roxanne antes de colar la mano entre sus pechos. Ella ni se inmutó—. ¿Eres de por aquí?

—Hasta que los de mi propia sangre renegaron de mí. Supongo que, para ciertas cosas, sigo siéndolo.

—Ah, una paria... Entonces sabrás reconocer el valor de esto. —Ante los ojos atónitos de Grady, el soldado sacó un billete de su bota que hizo que los ojos de la mujer refulgieran de codicia—. Sí, veo que además de hermosa, eres inteligente.

—Dólares federales en manos de un confederado... ¿De dónde lo has sacado?

—De las alforjas de un muerto. ¿Qué importa? —Con un rápido movimiento, Roxanne intentó arrebatárselo, pero él apartó la mano con una sonrisa insinuante—. Si lo quieres, tendrás que darme algo a cambio.

—¿No te sirve con esto?

Ella se levantó las faldas. Por un momento, el soldado pareció dudar, hasta que finalmenteladeó la cabeza y se encogió de hombros.

—Eso también —afirmó, hundiendo la mano entre las piernas de ella para atraerla hacia él—, después de la información que busco. ¿Es posible que conozcas a Wyatt Miller o a Brianna Fallon? El primero es un hacendado muy importante, al parecer. Logré herirlo en Gettysburg, pero el muy hijo de perra se me escapó. Es posible que esté muerto...

—Lo conozco. —Grady vio cómo los ojos de Roxanne adquirían un brillo casi demente cuando los fijó en su acompañante. Sin que le temblara el pulso, maniobró con sus pantalones hasta alcanzar lo que quería y se acercó a él. La vio encaramarse a sus caderas y cabalgarlo lentamente, delante del resto. Delante de él. El tiempo que llevaba sin una mujer era demasiado largo y empezó a excitarse incluso antes que aquel bastardo afortunado—. Regresó a su casa y se curó de sus heridas, pero la milicia lo apresó. Sin embargo, su esposa Brianna sigue aquí.

—¿Es... su esposa?

Los movimientos de la joven adquirieron profundidad, al igual que los de la mano de Grady sobre su miembro, frotándolo para procurarse el mismo placer que estaba viendo en aquellos dos, mientras seguía al dedillo la conversación.

—Brianna Miller. Si la buscas por su antiguo apellido, es posible que no consigas encontrarla... —El cuerpo de Roxanne se retorció de nuevo. Grady

escuchó un quedo gemido por parte del soldado que le impulsó a aumentar el ritmo de su mano al mismo tiempo que el ritmo de los amantes que estaba contemplando. Durante un tiempo ninguno habló, hasta que los jadeos desembocaron en auténticos gruñidos que indicaron el clímax y Grady empapó el centro de sus pantalones. Tuvo que morderse la lengua para no gritar como ellos cuando ella se apartó y se colocó las faldas, con una mano extendida que él llenó con un par de billetes federales—. Esto cubre lo que acabamos de hacer, pero no la información, querido.

Pensó que el soldado se negaría. Que ya no le quedaría más dinero o incluso que su insolencia lo enfurecería hasta el punto de estrangularla allí mismo. ¿A quién le importaría? Aunque no era el primero que robaba cadáveres en la esperanza de encontrar algo de valor, tampoco era extraño encontrar dignas sureñas abocadas a la prostitución para seguir viviendo, con dignidad o sin ella.

A Grady no le importaba el camino que había empujado a Roxanne a esa meta, pero sí le intrigaba el modo que aquel soldado tendría de llegar hasta su fin común. Cómo era posible que conservara aquel dinero sin haberlo empleado en las necesidades básicas, y por qué demonios nadie se lo había interceptado para robárselo.

Tenía más, porque no dudó a la hora de añadir otros dos billetes a los que ya tenía Roxanne.

Esta sonrió y se los guardó en el escote.

—Brianna Miller vive con la madre y el hijo de Wyatt en Red Oaks —le susurró, después de darle un frío beso en los labios—. Conozco a los de la milicia. Podrían hacer la vista gorda si ven a un soldado sureño alejarse de su destacamento en plena noche... Si tú decides ser ese soldado, te estaré esperando junto a la estación de tren.

—Allí estaré.

Con la expresión satisfecha de un gato relamido, Roxanne se incorporó para marcharse, pero el soldado la agarró del brazo antes de que se fuera. Con una rapidez extraordinaria, se colocó los pantalones y se puso en pie.

—Espero que no me traiciones —le susurró—, porque terminaría contigo antes de que pudieras siquiera pensar en gritar.

Grady pensó que Roxanne se mostraría indignada, pero se equivocó. No quedaba nada de aquella orgullosa sureña cuando, de un tirón, se liberó y rio por lo bajo.

—Ni en mil vidas. He esperado demasiado para vengarme y ahora Dios

me provee de ayuda. ¿Cómo podría rechazarla?

Vaya, vaya, así que la zorrita también se unía a la causa...

Grady dio un paso al frente, pensando en dar a conocer sus planes, pero luego lo pensó mejor.

Los seguiría en las sombras. Llegaría hasta Red Oaks.

Y después de hacer visible el motivo de una venganza que había llevado con él durante años, la culminaría de la mejor de las maneras.

* * *

Atlanta ardía desde la mañana.

Y parecía que las llamas nunca fueran a extinguirse.

Brianna contemplaba su total destrucción completamente atónita, sujetando el rifle en un intento inútil por detener aquello que se había desatado delante de sus ojos y ante su completa impotencia.

El éxodo constante de sus habitantes. El miedo que los hacía apresurarse en su huida había logrado que en Red Oaks redoblaran la guardia en la medida de sus posibilidades. Intuía que los asaltos podrían multiplicarse, llevados por la desesperación y el instinto de supervivencia, pero nada de eso había ocurrido.

Al parecer, ese instinto había ganado a todo lo demás.

Incluso desde allí, las enormes llamas eran visibles. El olor nauseabundo del fuego le impregnaba las fosas nasales e incluso le parecía escuchar los gritos de las personas que, horrorizadas por lo que sucedía a su alrededor, trataban de escapar al infierno que el general Sherman y sus hombres habían desatado en la ciudad.

Sin embargo, una parte de aquel enorme caos la llevó a pensar en él. Siempre en él.

Podría estar muerto, o no. El dolor de la incertidumbre era tan agudo que se había tornado en insensible al pensarlo. Ni siquiera la posibilidad de que las antiguas influencias de Roxanne lo hubieran mantenido con vida la aliviaban.

Nadie sabía nada de ella desde hacía poco más de ocho meses. Y a nadie le importaba. Estaban demasiado ocupados en sobrevivir.

Se miró su abultado vientre, donde empezó a notar las patadas del hijo de Wyatt. Y sonrió.

Aquella era su fuente de vida, de lucha, de amor.

A pesar de que podía escuchar el crujir de la grandeza de Atlanta derrumbándose a causa del fuego, mantenía la esperanza. Su pequeño sería fuerte, honesto, valeroso, como su padre.

Fue su último pensamiento antes de que un sonido sordo, como de algo voluminoso al caer, seguido de un grito casi desgarrador, la hiciera levantarse de su asiento todo lo rápido que su estado le permitió. Casi al mismo tiempo que se precipitaba hacia la salida con el rifle de Wyatt en la mano, un extraño olor le golpeó la nariz.

En cuanto salió al pasillo y vio el humo que surgía de la planta baja, lo comprendió.

—Fuego... ¡Oh, Dios mío, la casa está ardiendo!

Se tapó la nariz y la boca con la mano y miró a su alrededor antes de asomarse a la balaustrada.

La sangre se le paralizó en las venas.

Allí, debajo de ella, su pasado más oscuro había tomado forma.

Robert Ellington forcejeaba con una Virginia que pudo oponer poca resistencia antes de ser derribada sin miramientos. Cuando Ayana intentó auxiliarla, una bofetada la lanzó lejos de ellos, inconsciente.

—¿Dónde está ella? ¡Dímelo, vieja!

Aquella voz autoritaria y dura, entonando bienaventuranzas mientras la violaba con saña. Aquel cuerpo aparentemente hermoso, que escondía un corazón cruel y una mente desequilibrada que disfrutaba con el dolor ajeno. Aquel rostro deforme que se giró hacia ella un segundo antes de que Brianna se escondiera tras la balaustrada, como un conejo asustado.

Lo que nunca pensó que ocurriría estaba ocurriendo. Era un ataque en toda regla, arrasando con todo lo que había terminado por constituir su hogar, sus seres queridos.

Pero ella ya no era la muchacha de diecisiete años que descendió a los infiernos de su mano. Ahora era una mujer fuerte, dispuesta a defender a los suyos.

Cerró los ojos y obligó a su mente a permanecer en el momento presente.

A continuación, dirigió el cañón del rifle hacia su cabeza.

Acarició el gatillo, pero antes de disparar, escuchó un grito a su espalda que la distrajo.

—¡Madre!

Volvió a su escondite, dejó el arma y tiró de Ken para que también permaneciera oculto. El niño apenas parecía verla; tenía los ojos desorbitados

de puro terror.

—Dios mío, Kenneth...

Miró una vez más su objetivo, diluido por el humo cada vez más intenso, hasta que pareció desaparecer de su vista. Eduard estaba en el hospital, pero ella seguía allí y debía salvar al niño. A gatas, indicó a Ken que la siguiera y se encerró con él en su cuarto.

—¿Sabes dónde está Rufus? —le susurró. Abrió los ventanales y se asomó para comprobar que no había nadie más—. Tendrás que salir por aquí. Te he visto descender por esa enredadera más de una vez. Busca a Rufus y vete con él a la casa de la laguna. No os buscarán allí. Al menos no hasta...

Un nuevo grito en la planta baja la interrumpió. Con un gesto mucho menos amable, prácticamente empujó a Ken hasta la ventana.

—¡Vamos, no hay tiempo! ¡Huye con Rufus!

—Pero ¿y usted?

—Me encontraré contigo, Ken. Lo prometo. —Un fugaz abrazo y un beso en su frente fue todo lo que pudo ofrecer para que creyera en una promesa que posiblemente no podría cumplir. A continuación, lo ayudó a saltar al otro lado del balcón y observó cómo se agarraba a la planta—. Bien, cariño. No tengas miedo, ¿de acuerdo? ¡Nos vemos pronto!

No dejó de vigilarlo hasta que no vio su silueta oscura perderse en la noche.

Al menos él estaba a salvo. Ahora tocaba defender al resto como una leona defiende a su camada.

Se encaminó a lo alto de la escalera dispuesta a disparar contra aquel demonio, pero, para su sorpresa, Ellington y Virginia ya no se hallaban allí. En su lugar, una sombra siniestra pero familiar corría hasta el despacho de Wyatt. Brianna descendió pegada a la balaustrada y parpadeó para alejar el lagrimeo constante al que sometió a sus ojos cuando vio que el incendio ya se había comido el pequeño saloncito de Virginia y se adentraba en el gran salón, antes de seguirlo.

Lo vio bastante más delgado, más encorvado y más viejo que la última vez, de espaldas a ella y contemplando ensimismado el retrato de Cathy, como si a su alrededor no se estuviera reproduciendo el mismísimo infierno. Un acceso de rabia como nunca antes había sentido la llevó a cerrar la puerta tras ella, emitiendo el ruido suficiente como para que él se girara y la contemplara, entre aturdido y sorprendido al ver su estado.

—Vaya, vaya, pero si es la señora Miller, tan inflada como un globo —

canturreó—. Veo que la simiente de ese desgraciado es de calidad. Ha conseguido engendrar dos vástagos, pero ahora que sé dónde está uno de ellos, tendré que encargarme del segundo.

—Por encima de mi cadáver, Grady.

Levantó el rifle y lo apuntó con tanta rapidez que el capataz detuvo su avance hacia ella, aunque no mostró temor cuando, a una señal suya, dejó sus armas sobre la mesa del despacho.

—Muy bien, veo que el ejército te ha inculcado disciplina, además de una vida que no mereces —le escupió con respeto—. Ahora vas a decirme qué demonios pasa aquí, y dónde está la señora Virginia, antes de que te mate.

—¿Sería capaz? No... no lo creo. Al menos, no antes de ver la culminación de mi obra. ¿No la huele? Es como entonces, como en Boston. He aprovechado el caos de los esbirros de Sherman para crear mi propio infierno... Solo que ahora Cathy no morirá. Usted lo hará por ella. Y por él. Tantas veces como sean necesarias, hasta que su muerte sea recompensada.

Su voz había pasado de ser un canto irónico a un conjunto de palabras arrastradas por un odio acérrimo y agrio, cultivado a lo largo del tiempo, y que atrajo la atención de Brianna al mismo tiempo que le helaba el aire en sus pulmones al leer entre líneas.

—Como entonces —repitió, boquiabierta—. Tú provocaste el incendio de su casa en Boston...

—Él iba a dejar a mi niña bonita. ¡A mi hija! —exclamó, lanzando una mirada desgarradora al cuadro antes de centrarse de nuevo en ella—. Solo por una estúpida discusión en la que salió a relucir el pequeño desliz de Cathy con Cole. ¡Fue mentira! Ella me lo contó, ¿sabe? Me dijo que había discutido con Wyatt acerca de sus peticiones económicas. Ella necesitaba más dinero del que él le proporcionaba, así que cuando se negó, ella intentó herirlo diciéndole que ese crío era de su hermano, cuando lo cierto es que siempre ha sido suyo. —Sus ojos se achicaron, especuladores, cuando los clavó en Brianna—. Desde que la vi por primera vez, supe que no era una señoritinga como el resto, criada entre algodones. Que había visto de cerca el hambre, la muerte, las injusticias. Que sabía lo difícil que es salir de esa poza de pobreza, y lo fácil que es volver a caer en ella cuando se consigue. Cathy se había casado con Wyatt. No quería que se supiera que su padre había sido un borracho, entre otras cosas. Cuando me vio pidiendo trabajo a su suegro, lo convenció para que me lo diera sin mencionar nuestro parentesco. Todo fue bien. La familia Miller aceptó a mi pequeña a pesar de sus orígenes humildes,

pero él tuvo que negarle más dinero y ella se defendió. —Con un suspiro melancólico, Grady se apoyó en la mesa. Brianna se apresuró a retirar las armas de su alcance, pero él parecía demasiado inmerso en su historia como para tenerlo en cuenta—. Cuando ella me dijo que planeaba abandonarla, que se quedaría con su hijo y la dejaría sola, supe lo que tenía que hacer. Decidí incendiar la casa con ellos dentro para darles una lección. Para hacerles ver que, si mi niña regresaba a las cloacas, ellos también podían sufrir. Pero fallé. ¡Fallé! Y cuando Wyatt volvió, no sacó a Cathy. ¡Ella fue la única que murió en aquel incendio! —bramó, rodeando la mesa en su dirección muy lentamente—. Desde entonces, he vivido con un solo cometido: venganza contra esta maldita familia que se hizo fuerte aquí, en el sur. Siendo capataz de sus tierras me proveía de cierto poder, pero limitado por Wyatt. Solo podía provocar aquellos accidentes en el aserradero, en la esperanza de que al menos así le ocasionaría pérdidas.

—¿Tú eras el saboteador? —Al pensar en la pobre Queenie, la garganta se Brianna se llenó de amarga bilis—. ¿Tú... mataste a Queenie?

—Sí a las dos cosas, aunque hubiera hecho muchas más, y todas tenían que ver contigo. No eres digna de ocupar el lugar de mi Cathy. ¡Aquel día de lluvia hubiera conseguido darte alcance antes de que llegaras a la casa de la laguna! Pero el amo llegó antes. En lo referente a ti, parecía tener un sexto sentido, aunque falló en el resto. —Ante el rostro demudado de Brianna, Grady escupió al suelo con desprecio—. Sé para qué estaba destinado el dinero del maldito aserradero.

—Si es eso lo que quieres, puedo dártelo...

Grady se carcajeó en su cara, antes de sacudir la cabeza ante su burdo intento de soborno.

—Me insultas. Lo que yo quiero no se paga con dinero. ¡Ese indeseable destrozó a mi hija! ¡No se merece ser feliz contigo ni con ninguna otra! —exclamó. Con un mohín desdeñoso, se fijó en la estancia, en el humo que empezaba a colarse por debajo de la puerta y en el resplandor de las llamas monstruosas que crepitaban, amenazando con tragárselos—. Todo el esplendor de los Miller reducido de nuevo a cenizas con su prole dentro. Al final, Cole fue el único que tuvo una muerte digna en el campo de batalla, aunque fue fortuita. Si hubiera podido, habría apuntado mejor.

Brianna retrocedió espantada y mantuvo el cañón del arma apuntándolo. La información aberrante que estaba escuchando daba vueltas en su cabeza, abotargada por el humo.

Aquel hombre era el abuelo materno de Ken. Y planeaba asesinarlo a sangre fría, igual que a Cole.

—¿Acabaste... con Cole?

—El maldito bastardo se puso en medio justo antes de que disparara a tu marido, por segunda vez. La primera, en el aserradero, solo sufrió un rasguño en comparación con lo que le ocurrió en Gettysburg —añadió, encogiéndose de hombros con una indiferencia escalofriante—. Pero estábamos en plena batalla. Debía vigilar mi culo antes que agujerear el de otros.

Oh, Señor... Desconocía aquella parte de la historia. Wyatt no se la había contado, quizá para ahorrarle un sufrimiento inútil, quizá para hacerse a sí mismo más soportable la muerte de su propio hermano si omitía el cargo de conciencia adicional.

—No te acerques —advirtió sacudiendo la cabeza, cuando vio que Grady seguía avanzando.

—¿De verdad vas a tener arrestos de apretar el gatillo?

—No te acerques... —repitió, retrocediendo un paso hacia la puerta.

—Dame el arma, zorra, y ríndete a tu destino. ¡Dámela!

Se abalanzó sobre ella, seguro de que no le ocurriría nada, pero ocurrió. Brianna disparó con los ojos cerrados, y con tanta seguridad que acertó de lleno.

Cuando los abrió, tenía el cuerpo de Grady inerte a sus pies, con un enorme agujero en el pecho. Tragó saliva para espantar el olor a humo, a sangre fresca y a miedo que le invadía la totalidad del cerebro, pero cuando quiso moverse, un cuerpo más grande que ella a su espalda se lo impidió, y el frío del metal de un cuchillo le amenazó el cuello.

—Al fin volvemos a encontrarnos... Erin. Suelta el rifle o te corto el cuello.

Hizo lo que le pedía en el acto.

Él estaba allí de nuevo. Con ella. Amarrándola con crueldad. Acotando cualquier parcela de su libertad para volver a someterla. Como si no hubieran pasado años y un océano entre ellos.

Brianna reconoció su olor, cada matiz de aquella voz y el inesperado latigazo que le supuso escuchar de aquella boca su propio nombre.

De pronto todo lo demás se desvaneció. Cuando se atrevió a mover la cabeza para encontrarse con aquella cara mutilada, Meredith, Boston, Patrick, Sarah, Red Oaks e incluso Wyatt desaparecieron de su mente, para dar paso al horror en estado puro.

—¿Has visto en lo que me convertiste, *paddie* del demonio? —Como si adivinara sus pensamientos, se tocó la cicatriz que ya no ocultaba, antes de arrastrarla con él hacia la salida. Allí, tropezó con algo voluminoso que casi la hizo caer. Cuando logró mantenerse en pie y mirar hacia abajo, gritó angustiada.

—¡Virginia! Cielo Santo, Virginia... —Las lágrimas le nublaron los ojos cuando intentó inclinarse sobre ella sin conseguirlo—. ¡Suéltame, maldito seas! ¡La has matado! La has asesinado...

Robert siguió tirando de ella sin ningún esfuerzo. No parecía escucharla, pero antes de conseguir salir de la casa por completo, contempló cómo la preciosa escalera se derrumbaba, pasto de las llamas. El humo se le metió en los pulmones para hacerla toser. Apenas consiguió hacerlo; aquel maldito la mantenía agarrada por el cuello, impidiéndole respirar e incluso pensar.

—Joshua vendrá y te meterá un balazo entre los ojos... —susurró.

—¿Joshua? ¿Te refieres al negro que he degollado justo a la entrada de esta maravilla? Veo que te has convertido en una mujer preciosa y que has conseguido una buena vida aquí dentro, pero me temo que tu suerte se ha terminado. —Así era. Se detuvieron lo justo para que ella pudiera apreciar cómo las llamas lo devoraban todo, convirtiendo las blancas columnas en lo que terminarían siendo retorcidos postes negruzcos—. Te compré. Eres y serás mía. No importa cuántos nombres utilices, de cuántos hombres te sirvas o detrás de qué apellidos te escudes. No importa que corras ni el tiempo o la tierra que haya de por medio. Siempre te encontraré. Es lo que he hecho, pero ahora no te dejaré escapar. Nunca.

—¡No! ¡¡No, no, no!!

El pánico amenazaba con dejarla paralizada. El estruendo de los muros al derruirse como consecuencia del fuego la hizo reaccionar, sin importarle que tuviera la hoja de un cuchillo amenazando su garganta. Se revolvió, pero Robert rio a carcajadas cuando la redujo sin problema.

—No voy a matarte, de momento. Ni siquiera viendo cómo llevas en tu vientre al hijo de otro hombre, ¡mientras te deshiciste del mío! —El primer golpe le llegó sin avisar, junto a su sien, y la dejó aturdida. Intentó no perderlo de vista, pero no lo consiguió del todo cuando le oyó recitar—: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados».

El siguiente golpe fue directo a su cabeza y la dejó completamente inconsciente.



Treinta y seis

—Oonagh... Virginia...

—Dos mujeres demasiado mayores como para erigirse en tus defensoras, aunque te las ganaste por completo, he de reconocerlo. —Una carcajada le abofeteó la cara, demasiado cerca de ella—. De la primera me encargué convenientemente en cuanto le sonsaqué tu paradero. Con la segunda me he entretenido bastante menos, la verdad. No sé cómo se originó ese incendio, pero me trastocó los planes. No tenía tiempo para torturarla hasta averiguar dónde estabas y tampoco me encontraba en un espacio tan amplio. Conociendo la fidelidad que despierta en ti el amor, no me fue difícil suponer que no andarías lejos de ella. Una lástima. Ahora, por tu culpa, ambas están muertas.

Y Red Oaks reducido a cenizas. Le quedaba la esperanza de pensar que Ken se había salvado, junto con Rufus y Guideon. Ni Grady ni Robert los habían mencionado, así que era probable que hubieran conservado la vida.

Se aferró a la que llevaba en el vientre para forzarse a abrir los ojos. En su garganta persistía el sabor del humo y los ojos le escocían terriblemente cuando los abrió, pero ocultó cualquier signo de debilidad y se incorporó para evaluar el ambiente que los rodeaba.

No había nada de los hermosos robles rojos que escoltaban la entrada a la plantación ni del bosque que servía de madera al aserradero. Solo un insistente y mortuorio olor a quemado, en medio de la espesura de un bosque desconocido, alumbrados por una pequeña fogata.

Las llamas le recordaron la ciudad arrasada por las tropas federales. Red Oaks consumida por el fuego, como si fuera una réplica en miniatura de lo ocurrido en Atlanta. Los cuerpos calcinados de las personas que había llegado a querer como si fueran su propia familia.

Se abrazó el abultado vientre para contener los vómitos.

—Veo que no tienes muchas ganas de comer —apuntó, señalándola con la punta de su cuchillo—. Te diré lo que haremos... Seguiremos el camino hasta

el norte, tras la estela del general Sherman, pero lejos de ellos.

—Eres un desertor, por lo que puedo apreciar. Te capturará la milicia.

—La milicia hace tiempo que no hace otra cosa que no sea huir, ahora que todavía pueden —exclamó Robert, entrecerrando su único ojo—. La victoria del norte es cuestión de tiempo. Cuando consigamos llegar a Boston, embarcaremos. Los dos. Si es que para entonces continúas con vida. Regresaremos a Irlanda y allí te daré el uso que debí darte hace años.

—No parece muy interesado en seguir manteniéndome en ese estado.

—¿Viva? —Brianna asintió. Escuchar sus planes en voz alta le produjo un nuevo ataque de náuseas, pero se las tragó. Pelearía con uñas y dientes por aquel niño. Y aquella gran verdad la proveyó de la frialdad que necesitaba para pensar cuando lo vio encogerse de hombros con indiferencia—. No estás maniatada ni amordazada. En tu estado no te considero un problema, pero he tenido tiempo de observarte. Has madurado. Pareces más hermosa, aun comprobando cómo las privaciones te han dejado más delgada de lo que recordaba. Sé que eres fuerte, mucho más que antes. Lo veo en tus ojos, en ese gesto fiero que me dedicas pese a saber que la vida de tu hijo corre peligro...

—Mientras la mantenga dentro de mí, estará tan a salvo como yo, inglés.

Robert emitió un gruñido y guardó el cuchillo en la funda que le colgaba del cinturón para acercarse a ella. Se lanzó a por su cuello y lo apretó, pero no consiguió hacer desaparecer aquella mueca de desprecio que lo incomodaba.

—Cuidado con ese tono, Erin —siseó—. He sobrevivido en medio de una guerra que nada tenía que ver conmigo, a la horca y a más de una herida, hasta que una puta me dio tu ubicación exacta con tanto gusto como yo he tenido en encontrarte. Ni tú eres la misma ni lo soy yo.

—Estás obsesionado conmigo.

—Es posible. —Una sonrisa retorcida se dibujó en su rostro—. Pero nada es más importante para mí que yo mismo. No dudes en que terminaré contigo si me complicas las cosas.

—¿Antes de ver si he madurado en todos los aspectos? Tienes razón, no te reconozco...

Su ojo mostraba toda la podredumbre que había ido alimentando con el paso de los años hasta convertirlo en un monstruo aún mayor, pero no debía caer bajo el influjo del pánico. Tenía que conseguir que cometiera un error. Empezaba a sentir una extraña presión en la parte baja de su vientre y sus instintos le indicaban que debía huir de allí en cuanto tuviera oportunidad, o no vería el amanecer de un nuevo día.

Era una superviviente, se dijo. Había vencido al hambre de su pueblo, a la insidia de aquel miserable, a una persecución implacable, a un incendio y al retorno a su pasado más oscuro. Había cargado con unos pecados tan graves que dudaba que hubiera un espacio en el cielo reservado para ella, pero todo aquello la había hecho fuerte. Debía meterse en su papel para seguir sobreviviendo, para que su hijo tuviera una oportunidad. Y lo hizo tan bien que, cuando se relamió los labios, parpadeó sugerente y abrió las piernas, invitadora, mientras hablaba, le costó reconocerse a sí misma.

Supo que lo había sorprendido porque vio cómo su único iris se dilataba al ver su actitud.

—El Robert que me compró no le hubiera hecho ascos a una mujer encinta —añadió, señalando la parte baja de su cuerpo con una simple mirada—. ¿Es que te has hecho viejo, inglés? ¿Tu polla ya no funciona como debería y tienes miedo de quedar en evidencia? No temas, no me harás daño. Como puedes comprobar por las consecuencias, no te he guardado la ausencia durante este tiempo...

Lo vio dudar un instante antes de que se acercase más, como si esperara ver la mentira reflejada en su rostro. Bueno, Wyatt siempre le decía que no mentía nada bien. Esperaba que aquella fuera la excepción, porque la vida de su hijo dependía de ello.

Lo fue. Ellington terminó exhibiendo una sonrisa implacable mientras colaba una mano entre sus piernas para tocarla.

—Todavía me queda mucho para ser un viejo y mi polla puede empalarte hasta conseguir que pierdas a ese bastardo que llevas en las entrañas —susurró junto a su oído, antes de morderle la oreja. Brianna contuvo un grito de repugnancia y cerró los ojos. Pronto se desharía de él. Solo tenía que darle la confianza suficiente como para que se abalanzara sobre ella, y entonces...—. Lo vas a ver ahora mismo, perra irlandesa.

Ese fue el momento. Cuando sintió el peso de aquel cuerpo nauseabundo sobre ella, actuó. Con sumo cuidado, deslizó una de sus manos hasta su cinturón y se hizo con el cuchillo. Ellington se dio cuenta del movimiento, pero demasiado tarde. Agrandó sus ojos por la sorpresa, un instante antes de sentir la hoja clavada en la parte baja de la espalda.

—Me temo que será en otro momento, sucio inglés —le susurró mientras se lo quitaba de encima y se arrastraba lejos de él—. Ahora estaré muy ocupada protegiendo a mi hijo.

No podía quedarse para terminar su trabajo, pero no sintió espanto ante

la sangre que le empapaba las manos por segunda vez en su vida. En aquella ocasión no bajó la mirada ni lloriqueó por lo que acababa de hacer. Deslizó sus ojos llenos de desprecio por aquel cuerpo que se retorció entre alaridos de rabia y dolor, un instante antes de dar media vuelta y correr hacia la maleza y la oscuridad.

Por eso, no vio que alguien se apresuraba en socorrer a Ellington para salvarle la vida ni escuchó los susurros de la ropa al ser rasgada para taponar la herida o el sonido de un cuerpo al ser arrastrado en dirección contraria a la que ella había emprendido.

Solo corría, sosteniendo su enorme barriga con ambos brazos y recibiendo cada golpe de las ramas y el follaje que se encontraba a su paso. Ignoraba dónde se encontraba, hacia dónde iba o cuánto tiempo estuvo en aquella situación, pero tuvo que detenerse abruptamente ante el primer latigazo de dolor en su bajo vientre.

Un aviso, se dijo, antes de seguir su camino. Tropezó varias veces con lo que fuera que hubiera en él, pero no cayó al suelo. Ralentizó la marcha y no miró ni una sola vez atrás; si en el peor de los casos Ellington no había muerto, estaría tan malherido que no podría seguirla.

Sin embargo, sus fuerzas menguaban a pasos agigantados mientras seguía avanzando a ciegas. Un segundo golpe de dolor la hizo doblarse en dos y morderse el labio para ahogar un quejido, pero cuando sintió el líquido caliente colándose entre sus piernas, el pánico la dominó. Trastabillando con las manos por delante para evitar darse de bruces con algún árbol, terminó en cuclillas, con la espalda apoyada en uno de ellos y jadeando por el esfuerzo.

Todavía tenía humo en los pulmones. Le costaba respirar, por eso y por el esfuerzo de la carrera. Estaba empapada en sudor y en el líquido que se le acababa de escapar del vientre, y los ojos le escocían aún más por las lágrimas que el dolor le producía, pero no tenía alternativa.

Iba a dar a luz allí mismo.

Al principio creyó que podría controlarlo. Los dolores parecían partirla en dos, pero eran soportables. No obstante, minutos u horas después, no lo sabía con precisión, el agotamiento empezó a hacer mella en ella y la intensidad de las contracciones, también. Sin abandonar esa posición, se las ingenió para sujetarse al tronco del árbol para no caer desmayada cuando una contracción, mucho más fuerte que todas las anteriores, la obligó a tensar las piernas para empujar con fuerza.

—Día... Día, Día!! —gritó sin poder contenerse—. Ná lig do mo mhac

bás![\[12\]](#)

—Santo cielo, Brianna... ¿Qué ha ocurrido?

Aquella voz ronca que pronunciaba su nombre pareció surgir de algún lugar de su mente afectada por el suplicio del parto, por el silencio impuesto y por el delirio al pensar que su bebé podría sufrir daños, que quizá su padre, si es que continuaba vivo, nunca llegaría a conocerlo. Sacudió su pelo sucio y cerró los ojos con fuerza, esperando que aquella alucinación se marchara, pero comprobó que no lo era cuando sintió el tacto de una mano firme entre sus piernas y el ligero resplandor de una pequeña antorcha la obligó a abrir los párpados.

Ante ella, un hombre completamente embozado, vestido de negro de pies a cabeza, hurgaba en sus entrañas como si quisiera arrancarle a su bebé.

—El Búho... —Fueron sus instintos quienes hablaron. En realidad lo intuyó, porque nunca lo había visto. El desconocido le dirigió una fugaz mirada antes de proseguir con su cometido. Brianna sacó fuerzas de flaqueza y, soportando el ataque de una nueva contracción, intentó cerrar las piernas—. ¡Apártate de mí, bastardo inmundo! ¡No te llevarás a mi hijo!

—Así que eso es lo que piensas... —Finalmente, se apartó un tanto para quitarse el embozo. Cuando ella lo vio, una mezcla de alivio y terror la recorrió entera, llenándola de estremecimientos que terminaron por hacerla llorar—. ¿Me dejarás ayudarte ahora?

—Así que tú eres El Búho...

—Para ti ya no. Es una larga historia, pero te la contaré en otro momento.

Brianna creyó asentir. Verlo le produjo una sensación inesperada de abandono que atacó a su mente con la misma virulencia que a su cuerpo. De pronto se rindió al dolor, se confió a las manos que maniobraban dentro y fuera de ella. Se agotó.

—No, ¡no te desmayes ahora! —Alguien sacudió su cara con fuerza. Consiguió abrir los ojos para ver el rostro conocido y sonrió—. ¡Tienes que empujar! ¡Tienes que ayudar a tu bebé!

Lo hizo. Con todas sus mermadas fuerzas. Y cuando finalmente escuchó el llanto chillón que le llenó el corazón de un gozo inexplicable, observó entre los párpados medio cerrados cómo él envolvía el pequeño cuerpecito en su propia capa para mostrárselo.

—Utiliza el Tren Subterráneo para mí... Llévame al oeste, con mi hermano... —murmuró. Sentía que la vida se le escapaba entre los dedos sin que pudiera evitarlo. Si moría, su hijo no estaría con nadie mejor que con

Patrick. Vio cómo aquella boca conocida se movía, pero no logró escuchar lo que decía—. Por favor, Eduard...

Creyó escuchar más susurros a su alrededor. Más voces que se sumaron a las de su amigo, pero no pudo entenderlas, porque una negrura espesa y persistente se adueñó de ella.

* * *

Finales de abril de 1865

La guerra había terminado.

Y él volvía a casa.

Aunque aquella casa no era la que él esperaba. Llevaba demasiados días observando la masacre del sur conforme se acercaba a su hogar. La miseria, las heridas sangrantes que tal vez nunca cicatrizarían, la muerte a cada paso.

Desde su encarcelamiento y posterior traslado a Richmond, por órdenes desconocidas, había escuchado rumores acerca de la terrible marcha del general Sherman que había dejado un incendio implacable en Atlanta. La ciudad había perecido al completo bajo las llamas, no así su población, pero varios días después de su liberación, que dedicó a recuperarse y fortalecerse para emprender el viaje, comprobó que todas las habladurías eran ciertas.

Montado en Satán, atravesó los restos de lo que fue una ciudad llena de vida en completo silencio. Sus ojos se encontraron con varios que lo observaron a su vez, sin dar muestras de reconocerlo, mientras intentaban, con una pequeña parte de su orgullo sureño intacto, reconstruir una fracción de sus vidas para continuar viviéndolas en las calles que siempre habían considerado su hogar.

Wyatt sabía que lo conseguirían, solo era cuestión de tiempo. Ahora también él llegaba dispuesto a recuperar su hogar, su familia... Brianna.

Su sola mención lograba encenderlo de ansia, de amor y de añoranza. Aún no sabía por qué había permanecido vivo, pero cautivo, durante aquellos meses infernales hasta que los federales tomaron la capital del sur y Lee terminó capitulando, pero no podía dejar de dar gracias por una oportunidad que, en aquella ocasión, no desperdiciaría.

Pensó en ella, como cada día de aquel último año y medio en el que, debatiéndose entre la vida y la muerte, superó el hambre, la suciedad, la enfermedad, la debilidad y el miedo. Brianna se había convertido en lo único

tangible a lo que agarrarse. Pensó en Ken, que ya sería un pequeño hombrecito de diez años, y en su madre, que aguardaría su regreso con la misma fe ciega que él.

Pensó en la promesa que había hecho y en que no fuera demasiado tarde para cumplirla; también en mil maneras de reencontrarse, pero nada lo preparó para lo que vio.

El majestuoso paseo rodeado de robles rojos era un conjunto de árboles muertos por el fuego, que había alcanzado a la casa grande de lleno. Wyatt contuvo el aliento cuando condujo a Satán hasta la misma entrada para ver el almacén negruzco en el que se había convertido su hogar.

El fuego había sido una maldita constante en su vida. La había gobernado en los momentos cruciales para dirigirla en una dirección contraria a la que él deseaba; ahora, mientras la desolación se hacía un hueco en su pecho para llenarlo de dudas, también conseguía salir vencedor.

Los nombres acudieron a él en tropel. Y cada uno de ellos le provocó un miedo más atroz.

Virginia. Ken. Brianna.

Desmontó y entró en las ruinas de su hogar. Cojeaba ostensiblemente, pero ni siquiera pareció sentir el dolor del músculo resentido por las horas cabalgando cuando dio una vuelta completa a su alrededor para comprobar que la devastación había sido absoluta. Y el silencio que le recibió, lleno de una muerte que se negó a aceptar.

No podían estar muertos. ¡Era imposible!

Pero toda aquella desolación parecía indicarle lo contrario. Intentó sobreponerse a la implacable sensación de pérdida y soledad que se adueñó de él. No podía dejarse vencer y derrumbarse allí mismo para llorar como un niño. Era mucho más práctico buscar a la destinataria de su ira.

Se encaminó a la plantación de Eduard. No sabía nada ni de él ni de la traidora de su hermana, pero si sus artes habían tenido éxito, era muy probable que encontrara allí parte de sus respuestas.

Por lo pronto, la casa permanecía en pie, aunque la tierra seguía yerma, demasiado descuidada como para dar unos frutos que sirvieran para mantener a una familia.

La suya.

Pensarlo le provocó un dolor agudo en la boca del estómago que le obligó a doblarse en dos, conteniendo una andanada de náuseas ante la perspectiva de haberlos perdido. A todos. Pero cuando logró enderezarse y la

vio, supo que allí encontraría lo que había ido a buscar.

Roxanne lo miraba boquiabierta desde el porche de la casa. No vestía con tanto lujo como antaño, estaba bastante más delgada y sin aquel brillo del orgullo sureño que impregnaba los rostros de todas las muchachas hermosas de la zona, pero seguía conservando una belleza apabullante, aun a través de vestidos mucho más modestos.

Quedó patente que era la dueña indiscutible de lo que la rodeaba cuando, sobrepuesta a la primera impresión de verlo allí, corrió hacia él y lo abrazó con fuerza.

—Oh, Dios mío, has regresado... —murmuró, derramando sobre su hombro unas lágrimas que parecían sinceras. Se apartó para observarlo mejor sin inmutarse al ver que él no correspondía al abrazo y que luchaba por no echarla de su lado—. Estás distinto. Sin barba y con el pelo más corto.

—En la prisión no nos permitían los servicios de un barbero, querida. Me lo corté después. Pensé que debía dejar atrás todo lo que me recordara mi último año y medio de vida y oscuridad, antes de agradeceréte. Mes a mes, semana a semana, día a día e incluso minuto a minuto.

—Wyatt...

—¡Apártate de mí, maldita seas! He regresado, sí, y he pisado mi hogar para verlo convertido en cenizas. —Era lo último que quería hacer, pero debía hacerlo para convencerse de que sus miedos eran infundados. De que ellos estarían allí, de algún modo... La sujetó por los hombros y la zarandó con un gruñido sordo, semejante al de un animal salvaje que advertía a su presa—. La última vez que supe de ti fue para enterarme de que me habías denunciado. Solo dime qué tienes que ver con ese incendio, Roxanne. Solo eso, y justificaré tu muerte ahora mismo.

—¿Qué? ¿Estás loco? ¡Nunca hubiera llegado tan lejos!

Había herido su orgullo, por eso admitía que habría llegado mucho más cerca. Wyatt apretó los dientes al mismo tiempo que las manos sobre ella, implacable, dispuesto a no darle tregua, pero una voz a su espalda le hizo olvidar cualquier clase de venganza.

—¡Padre!

Fue un sonido ahogado, mitad sorpresa y mitad alegría desbordante, lo que hizo que Wyatt abriera los brazos y acogiera en ellos a su pequeño, a su Kenneth. Lo estrujó sin piedad y lo mantuvo así durante una larga sucesión de minutos. Tantos como meses había pasado sin verlo, y muchos menos de los que en realidad hubiera necesitado para sacudirse de encima toda la angustia

pasada al imaginárselo muerto. No quería apartarse de él, pero tuvo que hacerlo para observar los cambios.

—Estás muy alto, muchacho —apreció, revolviéndole los rizos de su pelo, más largos de lo que recordaba. También adivinó la pena en aquellos ojos, normalmente vivarachos, y ahora apagados, y la dureza de una guerra que los marcaría para siempre. De pronto, los nombres que faltaban le quemaron en la lengua. Tenía que dejarlos salir—. ¿Y la abuela? ¿Y... Brianna?

—Murieron, padre. ¡Murieron en el incendio! —Como si el muchacho fuerte y resuelto se hubiera convertido de nuevo en el niño que era, estalló en lágrimas y se aferró a él—. Grady regresó y quemó la casa con ellas dentro... Madre me obligó a salir para escapar con Rufus y Guideon, pero ella...

Su pecho se abrió en dos mitades absolutamente iguales, que sangraron en la misma medida, al escuchar las palabras de Kenneth. A través de sus lágrimas y por encima del hombro de su hijo, divisó las negras figuras de Rufus y Guideon, que se acercaban a él con cautela, pero con la alegría pintada en sus rostros al verlo de nuevo. Él buscó la confirmación silenciosa en ellos, y ellos asintieron a las afirmaciones de Ken, sumiéndolo en un maremágnum de rabia, dolor, impotencia y odio cuya destinataria seguía a su espalda.

Cada fibra de su ser se negaba a aceptarlo; el tiempo pasado en prisión, pensando que cada día sería el último, le había desgarrado el alma y endurecido el corazón para evitar pensar en ellos, en ella.

Pero ahora la guerra había terminado, él ni siquiera era un traidor para una población más ocupada en sobrevivir que en reconocerlo y tenía delante a la principal culpable de su último infierno.

Acabaría con ella como había acabado con tantos muchachos que pretendían hacer lo mismo con él en el campo de batalla, pero antes debía averiguarlo todo. Sin excepciones.

Apretó los dientes y alejó de sí los deseos inclementes de una venganza rápida cuando, sin soltar a Ken, se giró para afrontar el rostro aparentemente transido de dolor de Roxanne.

—¿Ellas... están muertas? —logró preguntar.

—Sí, Wyatt, lo siento tanto... ¡Yo solo pretendía conservar tu vida hasta que la guerra terminase, por eso te denuncié! —exclamó, respondiendo a la siguiente de sus dudas—. Sabes que me llevaba bien con varios oficiales sureños. Solo tuve que pagarles para que te mantuvieran lejos de Atlanta.

—Lejos de ella, claro.

Roxanne curvó la boca en un mohín agrio, pero asintió.

—Siempre te he querido, no es un secreto —afirmó, mucho más tranquila. Con un movimiento de cabeza, señaló a Rufus, Guideon y Ken—. Por eso, después del incendio, me hice cargo de los tuyos.

—¿Cómo les pagaste, Roxanne? —De pronto, el dolor de la pérdida se le hizo insoportable. Apartó a Ken y, cuando estuvo al lado de su fiel Rufus, avanzó hacia ella. Ni siquiera la veía. Solo sentía el latigazo de la añoranza cruel, el cosquilleo implacable del tacto que deseaban sentir sus manos. Y no era el de ella—. ¿De dónde sacaste el dinero para pagar a la milicia?

—De Brianna. Ella había ahorrado las pagas que tanto tú como mi hermano le habíais dado y yo se las robé, ¡para ti! —exclamó, retrocediendo espantada al ver la máscara de furia de su rostro—. Pero ahora, ¡ella está muerta! Eduard intentó salvarla, a ella y a su bebé, pero no pudo, no pudo...

¿Un bebé? ¿Brianna estaba encinta?

El golpe inesperado amenazó con tumbarlo, pero cerró los ojos y controló las ganas de vomitar. Cuando los volvió a abrir, apretó los dientes y encaró a Roxanne.

—Quiero ver a Ed. ¡Quiero que sea él quien me confirme toda esa sarta de mentiras!

—¡No son mentiras! —Sus sollozos aumentaron de intensidad cuando Wyatt la zarandó sin compasión—. ¡Ed se marchó al oeste después del incendio, pero no sé dónde está! ¡Lo juro!

Con un grito lleno de odio levantó la mano, dispuesto a golpearla hasta desfallecer, pero Rufus pronunció su nombre a su espalda y se contuvo. Sus ojos eran dos hogueras en las que prendía todo el odio acumulado, saliendo a borbotones hacia Roxanne como si fueran flechas envenenadas. Su cabeza amenazaba con estallar, al igual que sus sentidos, pero se forzó a asimilar todo lo que estaba escuchando. Tenía la sensación de que de eso dependerían los próximos meses de su existencia, si es que decidía que esta continuase sin Brianna.

—Tu hermano se ha ido, ¿y no te ha dicho dónde? —preguntó, entrecerrando los ojos—. No me lo creo, Roxanne. Eduard nunca haría algo así, salvo que tuviera una buena razón.

—¡Tú fuiste su razón! Cuando supo que te había denunciado a la milicia, ¡renegó de nuestro parentesco y siguió en Red Oaks como si yo no existiera! Y luego, cuando ocurrió lo de Brianna, se marchó de aquí pese a que habíamos recuperado la plantación.

—¿Cómo la recuperaste?

—¿Qué importa eso ahora? ¡Todos hemos tenido que recurrir a métodos poco ortodoxos para sobrevivir! —Su pena se tornó en fiereza cuando se soltó de su agarre—. Sigo aquí, Wyatt... ¿Es que ni siquiera ahora eres capaz de verme?

No podía hacerlo. No debía hacerlo. En el fondo de su alma, necesitaba pensar que aquella zorra mentía, pero estaba tan destrozado que no era capaz de averiguar en qué.

Solo podía pensar en Virginia. Muerta. En Brianna y su hijo no nacido, muertos.

En aquella vida que se empeñaba en arrebatarse constantemente lo que más terminaba por querer.

Los años y las penurias sufridas durante la guerra no parecieron suficientes para soportar el mazazo de su pérdida y cayó de rodillas, completamente vencido.

Se cubrió la cara con las manos. Lloró su desolación, la pena que lo convertía en una sombra siniestra y oscura, en un ente sin cuerpo ni mente. Y cuando fue capaz de alzar la cabeza y sus ojos se toparon con los de Rufus, que lo miraba en silencio, supo leer en ellos.

Roxanne ocultaba algo. Rufus también.

Descubriría el qué, pero debía fingir para que nadie, especialmente aquella traidora que lo contemplaba con lástima, se diera cuenta.

—De acuerdo, te creo —murmuró, rezando para resultar convincente—. Gracias, Roxanne, por todo lo que has hecho por nosotros. Ahora necesito llorarlas como se merecen.

—¿Y después?

«Después terminaré contigo. No sé cuándo ni cómo, pero lo haré».

—Después, si tú me aceptas, me quedaré y juntos levantaremos todo esto de nuevo —afirmó—. La guerra me ha enseñado que solo los tontos tienen principios.

El viento pareció cambiar entonces de dirección. Los sonidos sibilinos de la guerra, que habían llenado su existencia por un tiempo demasiado largo, cesaron de pronto para ser sustituidos por una fuerza afectuosa, dulce y persuasiva, que pareció besarle por entero.

Nadie se lo dijo pero, de pronto, lo supo.

Era el viento del oeste, que traería consigo su propia justicia.

CUARTA PARTE



Viento del oeste



Treinta y siete

Se había casado con Roxanne inmerso en una desesperación que le llevó a creer que sería la mejor manera de pegarse a ella hasta averiguar en qué le estaba mintiendo.

Pero después de meses, comprobó que había cometido el peor de sus errores.

No había consumado el matrimonio ni lo haría. La misma noche de bodas ambos durmieron en habitaciones separadas. Esperaba honrar así la memoria de Brianna. Anhelaba que, de ese modo, el dolor que lo desgarraba por dentro poco a poco, llenándolo de una incertidumbre aterradora que se convirtió en tortura, se mitigara un tanto; pero no solo no cedió, sino que se acrecentó.

A partir de la boda, Ken se volvió huraño, malhumorado con él y con Roxanne.

No se lo censuraba. De no ser por las esperanzas que tenía en encontrar a Brianna con vida, él mismo hubiera asesinado a su esposa. Pero solo tenía esperanzas, razonamientos que las alimentaban para evitar que él mismo muriese con ellas. Y Ken era un niño que había vivido demasiadas separaciones, con su lealtad para con Brianna y un odio acérrimo hacia su nueva madrastra, que le llevaba a inventarse historias continuamente, en las que Roxanne no salía muy bien parada.

Eran mentiras, Wyatt las había comprobado, pero se mostraba indulgente con él. Sabía que se trataba de un mecanismo de defensa ante una situación que desbordaba claramente la mente de un niño de diez años, pero que aquella mañana, sin previo aviso, cambió en forma de carta dirigida a Rufus.

Era de Eduard y llegaba de Clark Creek, Ohio. Si la memoria no le fallaba, el mismo pueblo donde se suponía que Patrick y su esposa Sarah residían.

Un palpito extraño le golpeó el pecho vacío cuando tuvo la carta entre sus manos, entregada, entre el resto de la correspondencia, por el propio

Rufus. Era evidente que se había traspapelado, pero era un guiño del destino que no pensaba desaprovechar.

En ella, Ed saludaba a Rufus con familiaridad, como si no fuera la primera misiva que le enviaba, para pasar a exponerle su estado actual. Al parecer, volvía a ejercer como médico del pueblo después de un tiempo en el que tuvo que asegurarse de que nadie, en aquella parte del país al menos, sospechara de su otra identidad...

El Búho.

¡Eduard era El Búho!

En ese punto, Wyatt dejó el papel y lanzó una mirada ausente a través de la ventana hasta posarla en Rufus y Guideon, que arreglaban una cerca rota. Después de su regreso y tras su matrimonio, les había concedido una libertad que ellos habían empleado en seguirlo fielmente a cambio de un mísero sueldo que no podía engordar, al menos de momento.

A continuación, se rio por primera vez en aquellos condenados meses en los que había cerrado la puerta a todo lo que supusiera un recuerdo dirigido a Brianna. No había vuelto a pisar Red Oaks y la fábrica textil de Boston le proveía de unos ingresos que, a todas luces, resultarían insuficientes para sacar aquellas tierras a flote. No tenía motivos, pero su risa no descendió de tono por saber que su mujer dormía como una marmota en el piso de arriba. Más bien todo lo contrario, creció varios enteros al imaginarse a Ed embozado, ayudando a sus trabajadores mientras, por otro lado, defendía la esclavitud con uñas y dientes.

Él había ayudado a Rufus. A Elroy. Y quién sabía a cuántos más.

Cuanto más lo pensaba, más lógica tenía. El Búho era alguien que conocía Red Oaks a la perfección, así como a los negros que trabajaban en ella. Era doctor, uno de los mejores que conocía. ¿Cómo pudo creer que alguien de su altura intelectual estaría a favor de la esclavitud, por mucho que sus intereses económicos estuvieran en juego?

Se había limitado a llevar a cabo sus propios deseos, concluyó con orgullo. Y lo admiraba por ello.

—Por la gloria de Dios... —murmuró, hasta que la risa se le cortó de cuajo. Entrecerró los ojos y observó al hombre y al muchacho con más detenimiento, mientras sentía cómo los latidos de su corazón empezaban a repiquetearle en la cabeza.

Cogió una botella de coñac medio vacía y salió al exterior, con la carta en la mano libre.

—Toma, echa un trago —le ofreció, con ademán despreocupado—. Te vendrá bien. Guideon, ¿por qué no vas a buscar a Kenneth? Ayer me pareció oírle decir que quería ir a darse un baño al río.

—Sí, amo.

Wyatt resopló con resignación cuando vio marchar al muchacho.

—¿Por qué os empeñáis en seguir llamándome así? Creí que estaba claro que ya no soy vuestro amo. Ni el de nadie.

—Eso es, am... señor. En su momento elegimos permanecer a su lado y al lado del señorito Ken, pasara lo que pasase. Y seguimos pensándolo.

—Me alegro. Así podré averiguar qué significa esto de hombre a hombre, y no de amo a esclavo. —Rufus mantuvo sus ojos muy abiertos y pegados a la carta que Wyatt le mostró—. Ha aparecido entre mi correo, imagino que por error. Perdona que la haya abierto, pero la curiosidad ha podido conmigo. No todos los días uno descubre que su hombre de confianza ha mantenido correspondencia con su mejor amigo que, además, es El Búho.

En esa ocasión, la boca de Rufus fue la que se abrió hasta lo indecible.

—P-Perdone, amo... señor... —balbuceó, retorciéndose las manos como si hubiera cometido el peor de los delitos—. El señor Eduard me hizo prometer que no le diría nada acerca de sus... actividades como El Búho, en caso de volver a verlo con vida.

—Ya. ¿También te prohibió hablarme de su nuevo destino? ¿Sabes que en ese pueblo vive Patrick, el hermano de Brianna, si es que ha conseguido sobrevivir a la guerra?

—¡Oh, sí que ha sobrevivido, señor! Ha regresado con su esposa, Sarah, y ambos tienen un hijo, el pequeño Jeremy, que... —Enmudeció cuando vio la sonrisa triunfal de Wyatt y rumió algo entre dientes, antes de arrojar su sombrero de paja al suelo con rabia—. Bu-bueno, señor, tampoco sé mucho más. El señor Eduard solo me ha escrito dos cartas.

—¿Y tú? ¿Le escribes a él?

—Solo para informarle que usted y la señora Roxanne...

—Nos hemos casado. Dime, en sus cartas ¿no te habrá hablado por casualidad de Brianna?

La pregunta fue simple, directa, pero causó en Rufus tal desazón que su rostro se desencajó, confirmando sus sospechas. Sus increíbles, preciadas y esperanzadas sospechas.

—Sí, señor —reconoció, al cabo de un buen rato—. En la última, me dijo que la señora Brianna está donde debe, que al fin descansa como se merece,

feliz.

—Son palabras demasiado vagas. —Sus instintos reaccionaron al unísono, negando la aparente evidencia una vez más. Se giró hacia el hombre y lo fulminó con una mirada dura e implacable—. No he visto su cadáver ni el de mi madre...

—¡Nadie puede ver un cadáver calcinado después de tanto tiempo, señor! Pero si el señor Eduard lo afirma de ese modo, tendría que hacerle caso.

—¿Y si me lo dijera él? —De pronto necesitaba un trago. Tomó la botella y prácticamente la vació, al mismo tiempo que lo que tenía en mente iba tomando forma—. Ha pasado mucho tiempo. Seguro que se alegrará de verme, ¿no crees?

—N-No lo sé, señor.

—Pues pronto lo averiguaremos.

—¡Espere! ¿A dónde va?

—A preparar el equipaje. Puedes decirle a la señora, si en algún momento del día decide levantarse, que no pasaré la noche aquí.

La cara del hombre se deformó por el pánico todavía más, acicateando su decisión.

—P-Però no puede marcharse así...

—Clark Creek y mi amigo Ed me esperan, ¿recuerdas? Tranquilo, solo será una visita de cortesía. —Palmeó la espalda de Rufus y arrugó la carta en su mano, antes de arrojarla lejos de ellos—. Hablaremos a mi vuelta.

Y esperaba volver solo. Lo esperaba con toda su alma y con tanto ahínco que no se dio cuenta de que, una vez desapareció tras la puerta con la nueva esperanza impulsando cada uno de sus pasos, Roxanne salió de su escondite y recogió con disimulo la carta de Ed.

No sintió rencor ni alegría ni rabia o tristeza al ver la letra de su hermano después de tanto tiempo. Su hermano era el mayor culpable de su situación. Si ejercer la prostitución cuando se le terminó el dinero fue lo más humillante que tuvo que hacer jamás para conservar a Wyatt y aquella plantación con vida, ahora no estaba mucho mejor.

Casada con el hombre que siempre había ambicionado, sí, pero completamente ignorada en su propia casa. Vilipendiada en cada gesto, en cada palabra dicha y en todas las que no decía. Condenada a una vida de ostracismo mientras aquel matrimonio se sostuviera y empujada a buscar satisfacción en los brazos de otro hombre...

De Robert Ellington.

Si de algo no se arrepentía, era de haberlo seguido, a él y a Brianna, después de que Grady provocara aquel incendio en Red Oaks, pensando en terminar con la irlandesa ella misma. No tuvo ocasión. La malnacida lo hirió de muerte y desapareció en la espesura del bosque.

Roxanne estaba sola, debilitada por el hambre y con necesidad del dinero que aquel hombre parecía poseer en abundancia. Si lo dejaba morir e iba tras ella, probablemente no la hallaría y perdería su fuente de ingresos, así que la decisión a tomar estaba clara.

Se lo llevó a su casa y, con sus escasos medios, lo curó.

Fue así como se enteró de que el dinero que lo acompañaba provenía de sus servicios como espía del ejército federal. Sus actuaciones no fueron muchas, pero sí lo suficientemente satisfactorias como para ser recompensado convenientemente. Y fue así como se convirtió en su amante, a cambio de unas comodidades que todavía entonces conservaba.

Con el fin de la guerra, Robert se había convertido en un próspero hombre de negocios que vivía en Atlanta regentando un local de juego muy rentable. Era el hombre perfecto: no era posesivo ni celoso, por eso ni siquiera se inmutó cuando supo que ella se casaba con Wyatt, sino todo lo contrario. Se mostró tan interesado en él como en el probable paradero de Brianna, viva... o muerta. Ahora, con aquella carta donde se detallaba el paradero de su hermano, tenían un hilo del que tirar para terminar con ella de una vez y para siempre.

No importaba que tuviera que caminar una cantidad indecente de tiempo para reunirse con él, pensó Roxanne mientras se alejaba de su hogar. Tampoco el hecho de que Robert, por razones que solo él conocía, conservara hacia Wyatt un odio solo equiparable al desprecio que ella comenzaba a sentir. Lo único importante era que estaban juntos. Y juntos, serían mucho más fuertes.

Pese a ser media mañana, no tuvo dificultad en dar con él, en el despacho que utilizaba en el mismo local de juegos.

Robert levantó su cara marcada y la miró con extrañeza antes de dejar sus papeles.

—¿Teníamos una cita? —preguntó.

—No, querido, pero te traigo una sorpresa que te alegrará el día. —Sin más, le entregó la carta y esperó a que la leyera. Como era de esperar, Robert levantó su ojo sano hacia ella sin dar muestras de comprender—. ¡Es el pueblo, Robert! Acabo de enterarme de que es allí donde vive Patrick, el hermano de tu Erin. ¿Y si ella ha logrado llegar hasta allí? ¿Y si vive con él y

consiguió dar a luz al hijo de mi marido?

La mera posibilidad le produjo un regusto amargo en la boca. Maldita fuera, se dijo. Nunca tendría descanso mientras hubiera la más mínima posibilidad de que estuviera viva. Mientras Wyatt lo creyera así, jamás sería de ella.

Y necesitaba que lo fuera. Lo conseguiría, porque ahora contaba con aquel hombre de su parte. Ambos se utilizaban para sus propios fines; si Brianna seguía viva y él la encontraba, ella dispondría de Wyatt al completo.

Robert ni siquiera parecía reparar en ella cuando sacudió la carta sobre la mesa con expresión calculadora.

—Sabía que no me equivocaba contigo, Roxie —dijo—. Eres tan inteligente como hermosa, pero ahora debo pensar en lo que hay que hacer.

—¿Por qué? ¡Mi marido la ha leído antes que yo!

—Tu marido. Ese es el problema. Para demasiadas personas. —Su expresión se endureció cuando se levantó y la tomó del brazo para guiarla hacia la salida—. Al anochecer te diré lo que haré.

—¿Al anochecer? ¡Pero Wyatt...!

—Maldita zorra... ¿quieres conservarlo? —Roxanne no se achantó ante su ataque de furia. Sin dudar, asintió—. Bien. Entonces, ¡haz lo que te digo y no me molestes!

Bien, se repitió ella en silencio. Lo haría... hasta que pudiera caminar sola.

Y entonces, al fin, obtendría lo que tanto tiempo llevaba esperando.

* * *

Anocheecía cuando Ken vio partir a su padre hacia un hotel donde pasaría la noche para, a la mañana siguiente, coger el primer tren hacia Clark Creek, donde se encontraba el hermano de Brianna.

Él le había suplicado que no lo dejara allí. Cada vez que se separaba de su padre ocurría algo malo. Pero Wyatt se mostró inflexible. Debía quedarse y no intentar nada para conseguir lo contrario.

Ken resopló. Estaba seguro de que Brianna no había muerto. Pero su padre se había casado con Roxanne por agradecimiento cuando regresó de la guerra y comprobó que les había dado cobijo.

No se daba cuenta de que había sido Brianna quien, la noche del incendio, le había empujado a huir por aquella ventana y le había salvado la

vida. Tampoco se daba cuenta de que Roxanne lo engañaba con otro hombre, pero él sí, porque los había visto.

En la casa, cuando su padre pasaba la noche fuera. En la habitación de Roxanne, como aquel atardecer con la puerta entornada, creyendo que él estaba dormido y ellos, completamente solos.

No se lo había contado a su padre por miedo a las represalias. No tenía forma de probarlo y Wyatt lo castigaría si pensaba que era otra de sus mentiras destinadas a perjudicar a Roxanne, lo cual no era obstáculo para que los espicara en cada visita.

Nunca ocurría nada interesante. Apenas hablaban antes de dedicarse a besuquearse e irse desnudos a la cama. Para él, esa parte carecía de importancia y se acostaba tapándose la cabeza con la almohada para no escuchar sus gemidos, pero aquel día...

Aquel día todo fue diferente.

—Debes hacerlo, Roxanne. ¡Te ordeno que lo hagas!

Fue ese grito estentóreo el que pegó a Ken a la hoja entornada de la puerta con cautela. Asomó la nariz lo justo para ver que se trataba del mismo hombre que visitaba esporádicamente a Roxanne y volvió a su escondite cuando vio cómo la zarandeaba brutalmente. Escuchó un sonido ahogado, como de un sollozo, antes de que ella hablara.

—¡No voy a consentir que te enfrentes a Wyatt solo para que dispongas de tu ramera! ¡Yo te salvé la vida, maldito estúpido!

—Cosa que creo haber pagado con creces en el último año, tanto en moneda como en especies. Sobre todo, si tenemos en cuenta que eres una pésima amante que sigue soñando con un marido que, por otro lado, no será tal si Erin sigue con vida. —El sonido de una bofetada le hizo contener el aliento. Cuando reunió valor para asomarse, vio a Roxanne en el suelo, frotándose la mejilla, mientras el desconocido tiraba de ella en dirección a su escritorio. Cuando consiguió sentarla, le tendió la pluma y le señaló un papel en blanco —. ¡Ahora, escribe!

Ella dudó, hasta que él la empujó hacia el papel con tanta fuerza que su rostro impactó contra él. Cuando consiguió enderezarse, se limpió las lágrimas con furia y se sacudió de encima el contacto del desconocido.

—Nunca te lo perdonaré —susurró.

—¿Quién quiere tu perdón? Tengo algo mucho más importante entre manos. Escribe o te cortaré la mano. —Roxanne terminó por asentir entre temblores—. «Querido Wyatt, al fin el destino me permite reunirme contigo.

Después de tantas penurias, solo ansío estar entre tus brazos. Acabo de regresar de Clark Creek, pero aún tengo que poner mis asuntos en orden. Te espero en dos horas, en las ruinas de Red Oaks, el lugar que vio florecer nuestro amor». Firma como Brianna, por favor.

—No sabemos si sigue viva o si está en ese condenado pueblo.

—Si sigue con vida, estará en ese condenado pueblo, en cuyo caso me la llevaré.

—¿Ese es tu único objetivo?

—Claro. ¿Cuál si no? Mis hombres se han convertido en vuestra sombra. Siguen vuestros pasos y seguirán haciéndolo. Sabré si tu marido se va o cuándo pone un pie en la ciudad incluso antes de que lo haga. Sabré si le entregas la nota. —El hombre tiró del pelo de Roxanne—. Tenlo presente.

—Pero pretendes enfrentarte a Wyatt...

—Tenemos cuentas pendientes. Como en cualquier enfrentamiento, cualquiera de los dos puede resultar muerto, querida. Reza para que no sea yo, porque tras de mí caerás tú.

Ken se tapó la boca para evitar un grito de rabia.

Su padre muerto. Era lo que pretendían.

Solo empleó un par de segundos en valorar las posibilidades. Si iba en busca de Wyatt y le contaba lo ocurrido, no les sorprendería por mucha prisa que se diera en regresar. Roxanne le acusaría de inventárselo todo.

Pero estaba Rufus.

Él le había ayudado siempre. Le había salvado la vida aquella noche en la que consiguió llegar hasta él para que el incendio no lo matase.

No se negaría a nada de lo que iba a pedirle.

* * *

Guideon interceptó a Wyatt en la estación, a punto de coger el tren camino de Oregón.

Corrió hacia él y tiró de su brazo un instante antes de que se subiera. Cuando el amo se giró sorprendido al verlo, no pudo soportarlo más y se echó a llorar como el niño que era.

—¡Amo, tiene que regresar a la casa! —suplicó—. ¡La señora Roxanne me ha mandado a buscarlo!

—¿Roxanne? Entonces no es urgente.

Tiró del brazo, pero él no lo soltó.

—¡Es el señorito Ken! ¡Ha desaparecido, igual que mi padre!

—¿Qué?

—Esta mañana, cuando me he despertado, mi padre no estaba en la cabaña y he ido a la casa grande, pero al preguntar a la señora Roxanne, solo conseguí enfadarla por haberla despertado tan pronto —relató Guideon, en medio de hipidos provocados por el llanto—. Me gritó que me fuera con mi amigo Ken, ya que tanto parecíamos querernos, y que la dejara en paz, pero cuando entré en su cuarto, ¡no estaba! Corrí a avisar a la señora y, al ver que yo no mentía, me ha enviado a por usted. Tiene que regresar conmigo, por favor, tenemos que encontrarlos...

El amo dejó su pequeña maleta en el suelo con el rostro descompuesto y abrió la boca con la clara intención de decir algo que, por alguna razón, no dijo. Palideció, apretó los puños, miró por última vez el tren que iniciaba su camino y volvió a coger la maleta con una mano, y a Guideon con la otra.

—De acuerdo, vamos. Pero como sea una artimaña de este sinvergüenza para evitar que me marche sin él, no va a poder sentarse en un mes —masculló.



Treinta y ocho

Clark Creek, Ohio

El tiempo había sido su mejor aliado desde que, gracias a Ed, Mary Anne Miller había llegado al mundo hacía ya quince meses.

Aquella niña tozuda, llorona e inquieta, pero también alegre y cautivadora, había sido su sostén cuando vio cómo ese tiempo al que se aferraba pasaba sin noticias de Wyatt. Pese a que todo lo indicaba, Brianna se negó a pensar que estaba muerto.

Al principio, cuando logró escapar de las garras de Ellington y salvó la vida para viajar hasta aquel pueblo en busca de Patrick, creyó que el dolor la partiría en millones de pedazos imposibles de recomponer. Después, fue su instinto maternal el que la mantuvo anclada al presente para evitar enloquecer cuando pensaba en Rufus, que ayudó a Eduard en aquel extraño Tren Subterráneo que ella misma utilizó para escapar del mal en estado puro. O en Ken, en su pequeño Kenneth...

Finalmente, alrededor de su corazón apareció un entramado de tejidos de fuerte consistencia, tan indeleble que se refugió al otro lado para evitar seguir padeciendo. Se negaba a pensar en otra cosa que no fuera su hija, el presente y su futuro. Por eso, cuando recibieron la noticia de la muerte de Meredith como sus únicos herederos, en común acuerdo con Patrick, vendieron la casa de Boston, repartieron el dinero resultante entre ambos y Samantha viajó hasta aquel pueblo para vivir con ella y su pequeña en la granja que había adquirido.

Sonrió cuando recordó el revuelo que había causado su desparpajo en el pueblo en general... y en Eduard Pemberton en particular. Podía distinguir su interés mutuo en cada una de las visitas del doctor con cualquier pretexto. Ella era su amiga, no su criada. Al igual que él.

Un sueño muy parecido al que ella había acariciado con las manos. Las

mismas manos que ahora se miraba, encallecidas por el trabajo, endurecidas, irritadas y dañadas por una esquirra clavada en la palma derecha. Como ella.

Se encaminó hacia la entrada de la casa pensando en Mary Anne. Aquel día sus tareas le llevarían buena parte de la mañana; por eso Samantha se había ido con la niña hasta la propiedad de Patrick. Allí, en compañía de Sarah, Jeremy y ese incesante y delicioso olor a pasteles recién hechos que siempre rodeaba la cocina de su cuñada, los niños eran felices.

Y ella disponía de un tiempo a solas con sus pensamientos, con su pena, con aquel indiferente fluir de acontecimientos a los que llamaba vida, entre los que, de vez en cuando, se filtraba algo parecido a la envidia sana cuando veía a su hermano y su familia.

No le costaba imaginarse a Wyatt arando la tierra, ordeñando las vacas, recolectando los frutos y viendo, desde su posición privilegiada, millones de atardeceres coronados por el poder magnífico de los Apalaches rodeándolos, mientras parecían rasgar el cielo con sus puntas nevadas, ahora desnudas.

Hasta que recordaba que aquellas imágenes eran producto de su propia agonía y regresaba a su presente. A su hija y a su supervivencia. Nada más.

—Buenos días, Brianna. Hoy has madrugado mucho.

—No tanto como tú, por lo que veo. ¿Tu consultorio está vacío?

Hizo la pregunta sonriendo a Eduard, pero cuando levantó la vista de la esquirra de su mano y la fijó en las personas que lo acompañaban, un soberbio temblor bajo sus pies amenazó con hacerla caer.

Parpadeó con la boca abierta, repentinamente paralizada por la impresión, como si así los dos espectros desaparecieran de su vista. Pero no desaparecieron. Eran bien reales. Ostensiblemente diferentes, pero reales.

—*Dia...* Ken... ¡Kenneth!

Estaba más alto, más delgado, más mayor y más maduro. Cada uno de sus rasgos se lo decían. Pero el anhelo emocionado que vio en aquellos preciosos ojos cuando se clavaron en ella derribó en un segundo el muro que había tardado año y medio en construir. Tenía delante al hijo de Wyatt, vivo. Angustiado, tragando saliva para evitar que las lágrimas que humedecían sus ojos se escapasen, pero vivo, tan cerca de ella que solo tuvo que alargar los brazos para que el niño se precipitase hacia ella y se dejase envolver por ellos, terminando con demasiados meses de incertidumbre, de separación.

—Madre, sabía que estaba viva, lo sabía... —Mientras lo estrujaba contra su pecho y permitía que sus propias emociones la sacudieran, notó cómo daba rienda suelta al llanto, sin importarle que dos hombres lo

estuvieran observando, en un silencio tan respetuoso como profundo—. ¡Cuando padre la vea, se pondrá tan contento que nunca volverá a llorar! Y esa harpía de Roxanne dejará de estar casada con él, porque yo la he encontrado...

Brianna dejó de respirar. Su mirada inquisitiva se cruzó con la esquiva de Eduard y con la culpable de Rufus. Recapacitó un instante, manteniendo a Ken entre sus brazos, hasta que reconoció la verdad en cada palabra que acababa de escuchar.

Una verdad llena de esperanza, de deseos cumplidos que ensalzaban su corazón, para luego pisotearlo con la última parte.

—¿Wyatt está vivo? —consiguió preguntar antes de que la lengua se le convirtiera en arena. Ken asintió—. ¿Y se ha casado con...?

Le resultó imposible pronunciar su nombre sin que la furia tomara posesión de ella como si de un ente maligno se tratara. Entrecerró los ojos, clavándolos en los dos hombres que tenía enfrente, y apartó al niño para observarlo con más detenimiento.

—Padre está seguro de que ella tuvo algo que ver con el incendio de la casa grande —informó Ken—. Pensó que así conseguiría que confesara, ¡pero Roxanne nunca le ha dicho nada! Él no la quiere, madre, no la quiere... ¡Y ella se besa con ese hombre horrible que tiene un solo ojo y que, a veces, la pega! ¡Es alguien malvado que quiere matar a padre!

Ellington había sobrevivido. Ken no había pronunciado su nombre, pero los instintos de Brianna se lo gritaron al unísono, con tanta fuerza que tuvo que sentarse en los escalones de la entrada para no desmayarse.

De pronto sus ojos no distinguían las figuras que se le presentaban delante, sino una neblina cada vez más densa. Supo que era provocada por las lágrimas porque estas le mojaron la cara. Casi pudo sentir la sangre fluyendo libre por su cuerpo a causa de las heridas que se habían vuelto a abrir con aquella confesión atropellada del niño, bañando sus órganos, ahogando su corazón, sus pocas esperanzas e incluso la razón que le gritaba que aquel maldito matrimonio no tenía validez alguna, no mientras ella siguiera con vida.

Pero acababa de morir un poco más por el simple hecho de que Wyatt había elegido a Roxanne.

Las tripas se le revolvieron al pensarlo y una oleada de amargas náuseas le colapsó la garganta. Ocultó la cara entre las manos para amortiguar los sonidos de sus propios gruñidos de furia al imaginarse a su marido en la cama con aquella ramera barata. Completamente entregado a Roxanne, de la misma

manera que antes se había entregado a ella.

Gritó con una ira incontrolable y la mano herida por la esquirla se cerró en un puño que golpeó el escalón donde estaba sentada. No sintió el dolor. Solo sentía el desplome de todo su ser ante lo que se manifestaba delante de su conciencia, por mucho que quisiera esquivarlo.

Pero no podía esquivarlo, ni ignorarlo. Debía luchar contra ello.

Con una fortaleza nacida de la necesidad más primaria, levantó la cabeza y paseó su mirada por los tres varones que la observaban contritos.

—Ken acudió a mí para que lo trajera aquí, señora —intervino Rufus, aplastando su sombrero de paja entre las manos con gesto culpable—. Al parecer, ese hombre del que habla Ken y la señora Roxanne han urdido un plan para acabar con el señor Wyatt. Por eso hemos venido. El niño esperaba encontrar al doctor Pemberton para que nos ayudara, pero él nos ha guiado hasta usted.

—Un momento... —Brianna parpadeó. La devastadora debilidad que la había dominado empezaba a ceder—. ¿Cómo sabías que Ed estaba aquí?

En ese punto, el propio Ed dio un paso adelante y apartó al niño.

—Yo escribí a Rufus hace un par de meses para informarle acerca de tu estado —reveló—. Él y Guideon me ayudaron contigo la noche en la que descubriste que yo era El Búho, cuando pusieron a Ken a salvo, en mi plantación. Nunca hemos hablado de esto, Brianna.

—Porque nunca te lo he permitido. Y todavía duele demasiado como para hacerlo.

—Pero ahora Kenneth está aquí, sabes que Wyatt vive y que está casado con mi hermana, así que considero justo que sepas el resto, tanto si estás preparada para oírlo como si no. —Después de una pausa, Ed carraspeó, evidentemente incómodo pero decidido a continuar—. Estabas tan débil que, una vez tuve entre mis manos a la niña, temí perderte a ti. Rufus había recorrido parte del trayecto del Tren Subterráneo antes de ser apresado y contábamos con Guideon, así que juntos te llevamos a un granero abandonado, cerca de la ciudad, donde robé lo necesario para atenderte. A continuación, ellos se fueron con Ken y yo me quedé contigo y con Mary Anne. No cejé hasta que recuperaste las fuerzas. Te alimenté a base de lo poco con lo que pude hacerme, como un vulgar ladrón, y cuando pudiste viajar, lo hicimos. El resto ya lo conoces.

—No todo, parece ser. —El rostro desencajado de Brianna dio paso a uno furioso cuando lo señaló con el dedo—. ¿Tú sabías que Wyatt se había

casado con Roxanne?

—Lo supe por una carta de Rufus, antes de escribir yo la mía.

—Señora, el señor interceptó esta última carta antes de que yo pudiera leerla —intervino Rufus—. Cuando supo que el doctor residía en el mismo pueblo que su hermano, quiso averiguar si usted seguía viva. Yo no podía decirle nada al respecto, ¡el doctor me lo prohibió por orden suya! Pero ahora ¡su vida corre peligro!

—¡Usted puede pararlo! —añadió Ken, con la voz desgarrada por el apremio, el miedo y el llanto, todo junto—. Ese hombre dijo que la conocía. Si habla con él...

Volvió a sentarse cuando las piernas le flaquearon de nuevo y cerró los ojos. Había prohibido a los más allegados hablar de ella ante el miedo a que Ellington permaneciera con vida y siguiera su pista. Pero acababa de comprobar que ese mutismo no solo le había traído la desgracia, sino que había vuelto a Ellington contra Wyatt por una enrevesada jugarreta del destino.

Su vida corría peligro y ella podía pararlo. Aquellas fueron las dos premisas que dictaron sus siguientes pensamientos cuando se puso en pie y acarició la mejilla de aquel niño que proponía el diálogo civilizado como manera de parar a aquel cerdo inglés.

Sonrió por su inocencia, aunque por dentro su corazón empezó a languidecer. No había palabras suficientes en el mundo para detener a Ellington. Solo la muerte podría hacerlo. Si ella se quedaba de brazos cruzados, compadeciéndose de sí misma y maldiciendo la memoria de Wyatt, sería él quien pagaría las consecuencias de un pasado que se empeñaba en permanecer vivo a costa de los años, las guerras y mil infortunios.

Él era su amor. Cada día, cada noche, cada minuto y cada segundo de su existencia siempre permanecería con ella, para ayudarla a vivir o para ayudarla a morir.

No dijo nada cuando entró en la casa, ni tampoco cuando salió con su rifle. Sostuvo la mirada interrogante de cada uno de ellos.

—¿Qué piensan hacer?

—Ese hombre obligó a Roxanne a escribir una carta como si fuera suya —dijo Ken—. Como si usted fuera la que se cita con él en Red Oaks. Pero cuando yo me marché, Roxanne todavía no se la había dado a padre, porque él pasó esa noche en un hotel en la ciudad.

—¿En un... hotel?

—Pensaba venir hasta aquí al día siguiente, señora. —Rufus se mordió el

labio, lanzando una breve mirada a Eduard—. Pero Ken no fue a buscarlo porque temía que... no lo creyera. A veces, él... bueno, se inventaba cosas para que el señor repudiara a la señora...

—¡Pero juro que esto es verdad, madre!

—Eso quiere decir que es posible que Wyatt venga hacia aquí...

Su corazón lo deseaba con tanta fuerza que no pudo evitar que la voz le temblara al decirlo.

Rufus asintió.

—Tan posible como que no lo haya hecho, si alguien lo ha avisado de la desaparición de Ken antes.

—Y en ese caso, irlandesa, tu marido puede estar ahora mismo en un serio problema.

Si no muerto.

La posibilidad sacudió de ella todo atisbo de duda e hizo que se levantara de un salto.

La vida de Wyatt. Eso era lo único que importaba, por encima de sus emociones, de la posibilidad de anular ese maldito matrimonio e incluso de ella misma.

Lo amaba. Posiblemente siempre lo amaría. Y ahora que sabía que había logrado sobrevivir, no importaba cómo, debía ayudarlo.

Porque por su causa, él corría peligro. Porque sus esperanzas habían permanecido vivas a lo largo de esos meses para enlazar sus almas.

Porque no soportaría verlo muerto.

—Rufus, necesito que te quedes aquí con Ken —ordenó—. Si Wyatt viene, debéis explicarle a dónde he ido y por qué. Ve con él a la casa de mi hermano y cuéntales todo. Diles que se hagan cargo de mi hija mientras yo no estoy. —Lo abrazó con fuerza—. No creo que viva lo bastante para darte las gracias, por eso y por todo lo demás. Ken, te prometo que volveré. Que pase lo que pase, no volverás a estar solo. Esta vez no. —El niño asintió con el ceño fruncido mientras se aferraba a su cintura—. Y tú, doctor traicionero...

—Iré contigo.

—No. Tienes que hacerte cargo de tu consultorio.

—Sí. Mi consultorio puede mantenerse sin mí. Como bien has dicho, he sido un amigo traicionero que, después de salvar tu vida y la de tu pequeña y hacer realidad tu deseo, consideré que debía respetar tu decisión de mantener tu anonimato no revelándote el matrimonio de Wyatt con Roxanne, pese a saber que eras la única que podía anularlo. Ahora puedes, así que déjame ser

un amigo, a secas —pidió, cogiendo sus manos con las suyas para sonreírle de esa forma tan peculiar que hacía que todas sus faltas parecieran nimias—. Un amigo que, además, tiene un bonito calesín con el que llegar al tren mucho antes. ¿Vas a rechazar semejante invitación?

—Oh, maldito seas. —Brianna se lanzó a su cuello con un nudo de emoción en la garganta. Si había alguien que sabía de primera mano todo lo que había sufrido, era Eduard Pemberton—. Gracias, también a ti.

—No se merecen, al menos de momento. Ahora, vamos a salvar a tu hombre, irlandesa. Después, veremos qué hacer con tu corazón.

* * *

Atlanta

La maldita tormenta no parecía que fuera a amainar en toda la tarde.

Wyatt apretó los puños y recorrió los alrededores con la vista, ya que estaba demasiado empapado como para hacerlo de otro modo. Como era de esperar, no había ni rastro de Kenneth ni de Rufus.

Habían sido dos días de agotadora búsqueda en los que apenas había logrado reunir un puñado de hombres que lo ayudaran después de interrogarlos hasta la saciedad, igual que había hecho con Guideon, sin obtener el menor resultado. Muchos que no habían olvidado para qué bando había luchado durante la guerra. Aun así, la suerte de un niño inocente incentivó sus conciencias, tan pobres como sus vidas, y unos pocos decidieron buscarlo, sin éxito.

Ni un solo segundo de aquellos dos condenados días había descansado. Se hallaba agotado, hambriento por no haber llenado su estómago con algo de más consistencia que pan y carne seca en contadas ocasiones, y absolutamente incapaz de comprender por qué un antiguo esclavo como Rufus, leal a él, se había llevado a su hijo.

No quería pensar en lo peor. No quería barajar otra posibilidad que no fuera la de encontrarlos con vida, a los dos, para conocer los motivos, para poder abrazar a Ken y seguir teniendo esperanza, porque si el desenlace era otro, su vida carecería de sentido.

No podría soportarlo.

No querría seguir adelante. Ya no.

Se arrastró hasta la planta alta de una casa que nunca consideró suya,

exprimiendo su cerebro al máximo para no permitirse ni un segundo de flaqueza, empapado por la lluvia, pero lejos de estar vencido, cuando Roxanne lo interceptó al final de la escalera con un sobre en la mano.

No preguntó por la búsqueda; tampoco por su estado, tanto físico como mental. Desde el momento de la desaparición de Kenneth, Wyatt supo que no solo no tenía nada que ver, sino que además se alegraba, pero aún le costaba digerir aquel rostro de belleza fría demostrando tal cantidad de indiferencia mientras aguardaba a que él cogiera el sobre.

—Ha llegado esta mañana, pero no he tenido forma de dártelo antes —le dijo sin mirarlo directamente a los ojos—. Supuse que hoy, con la lluvia, podría verte antes de irme a la cama.

—¿Cómo demonios puedes hablar de irte a la cama, cuando mi hijo no aparece? —siseó entre dientes, dejando que su agotamiento se cebara en ella—. ¡Deberías unirme a nosotros para buscarlo!

—Siempre ha sido una pequeña sabandija, muy interesado en buscar mi desgracia a costa de su beneficio. —Roxanne se encogió de hombros con aparente indolencia y dejó caer la mano cuando él le arrebató el sobre con rabia para leer su contenido—. ¿Esperas que finja una pena que no siento? No soy así, Wyatt. Siempre has sabido a lo que atenerme conmigo. Y si fueras inteligente...

Wyatt dejó de escucharla en el mismo momento en el que las letras impresas en aquel papel penetraron en su cerebro abotargado y en su corazón seco de tanto llorar sangre hasta hacerlo retroceder. Chocó contra la barandilla. Parpadeó confundido, negó con la cabeza como si se tratara de una broma macabra. Abrió la boca, pero por ella solo salió un gemido lastimero, antes de que sus ojos erráticos se posaran en Roxanne, para entrecerrarse.

Le faltaba el aire. Sacudió la nota delante de ella, para ver cómo volvía a encogerse de hombros. Sin embargo, hubo una pequeña vacilación en sus preciosos ojos cuando los dirigió a él, para a continuación desviarlos. Demasiado rápida, demasiado intensa, demasiado... culpable.

La sujetó por un brazo. La arrastró hasta su habitación, cerró la puerta con llave y la arrojó sobre la cama con un rugido casi animal que logró aterrorizarla. Parecía enloquecido cuando se subió sobre ella y la abofeteó con toda la rabia acumulada a lo largo de meses de contención.

—¿Es de ella de verdad? ¡Dímelo si no quieres que acabe contigo aquí mismo!

—¡Ya lo has leído, maldita sea! ¿Qué más necesitas?

Se dio cuenta de su error, pero ya fue demasiado tarde. Wyatt se incorporó a medias, con una expresión entre desconcertada y escalofriantemente serena.

—¿Me amas? —preguntó, permitiendo que moviera la parte superior de su cuerpo mientras él permanecía sentado sobre la inferior.

Roxanne se apoyó sobre los antebrazos y lo miró con angustia.

—¡Siempre te he amado! —susurró con la voz rota.

—¿Incluso cuando, para sobrevivir, te vendías al mejor postor? Vamos, no pongas esa cara. ¿Pensabas que no me iba a enterar? Puedes creerme si te digo que tu cuerpo no era lo que buscaba cuando nos casamos, Roxanne. Tampoco tu alma, puesto que careces de ella. —Se adelantó lentamente, evaluando cada una de sus reacciones. Ella retrocedió, con la duda y el miedo en sus ojos—. En nombre de ese amor que dices tenerme, ¿es de ella? ¿Es de Brianna?

—Escucha. ¡Si vas, morirás!

No era la respuesta que buscaba. Podría ser verdad o pura invención para hurgar más en una herida que jamás sanaría. La miró con desprecio. Si no iba, perdería la oportunidad de su vida, aquello que lo había mantenido en pie los últimos meses.

La soltó y observó cómo ella corría a refugiarse al otro extremo de la habitación.

—Si no voy, no me lo perdonaré jamás.

—¡No lo permitiré! —Roxanne prácticamente se abalanzó sobre él para impedirle la salida. Por supuesto, no resultó una rival mínimamente decente, pero sí tan rápida que logró arrebatarse la pistola que llevaba en la cartuchera antes de que él pudiera evitarlo. El cansancio mermaba sus reflejos, pero aún pudo forcejear con ella hasta que ambos terminaron en el suelo. Su mano apretó la muñeca que sostenía el arma con tanta fuerza, que terminó por recuperarla para tirarla lejos de ambos—. ¡Tendrás que matarme para quitarme de en medio! ¡Y ni aun así serás para ella, maldito seas por siempre! ¡No lo permitiré!

Sus gritos de rabia lo encendieron, privándole de la poca cordura que todavía le quedaba. Si había una posibilidad de encontrar a Brianna con vida, seguramente pasaría por la muerte de aquella víbora asesina que se debatía para escapar y terminar con él, mientras le decía que lo amaba.

Apretó su cuello sin compasión, como si en realidad estuviera a punto de acabar con un animal salvaje para salvarse a sí mismo. Roxanne abrió la boca

en busca de aire, pero no lo encontró. Manoteó hasta aferrarse a las garras que la estrangulaban, sin ningún resultado. Su rostro adquirió un tono purpúreo mientras que sus ojos parecieron salirse de las órbitas. Wyatt ni siquiera escuchó aquel sonido sibilante que pretendía detenerlo. Solo apretaba, sin ver más allá, hasta que un pequeño grito agónico pareció traerlo a la realidad.

Se apartó asqueado de sí mismo y, sin quitarle los ojos de encima, jadeante, recuperó su pistola.

—No voy a mancharme las manos con tu sangre —afirmó, en medio de un silencio roto por la tos convulsiva de Roxanne que, a gatas, se apartaba de él para coger aire—. Ya que te niegas a responderme y prefieres ver cómo me matan, que así sea. Elijo reunirme con ella antes que una vida contigo. Nunca despertarás en nadie ni la mitad del amor que Brianna despertó en mí.

—¡Morirás!

—Es posible, pero tú acabas de cavar tu propia tumba. Lejos de mí, Roxanne. Completamente sola.

Ella alargó un brazo para detenerlo, pero estaba demasiado débil, y Wyatt desapareció de su vista antes de que pudiera decir o hacer algo más en su favor.

Pasó un tiempo indefinido hasta que pudo incorporarse y, con lentitud, sentarse frente a su tocador. El espejo le devolvió la imagen de una mujer desmadejada, con marcas rojas alrededor de su esbelto cuello. Con un rostro hermoso, de alabastro puro, un cabello dorado que antaño había sido la envidia de media Atlanta y unos ojos que acogían todo el dolor del desengaño, toda la furia de los celos y todo el amor que era capaz de albergar alguien como ella.

Todos habían pensado siempre que no estaba más interesada en Wyatt que en la opción que su dinero le había ofrecido en su momento, pero estaban equivocados.

Lo había amado. Se había casado con él en la esperanza de conseguir su afecto al menos, su perdón. Había sufrido su rechazo, su frialdad y su trato insensible, pero aun así seguía amándolo.

Por eso sufría.

Su mentón tembló cuando siguió observándose. Robert acudiría a la cita; se había encargado de hacerle saber que aquel sería el día indicado. Sí, porque su capacidad de amar era limitada y siempre supeditada al amor que se tenía a sí misma, a su instinto salvaje de supervivencia, que le hacía caminar por encima de escrúpulos, prejuicios y personas.

Si no lo hubiera hecho, sería ella la que moriría. Pero ahora que lo había hecho, se sentía muerta.

Destruída por una verdad inmutable: él se había casado con ella, pero su corazón y su alma seguían perteneciendo a Brianna, aun creyéndola muerta.

¿Tanto mal había en ella? ¿Quién era en realidad Roxanne Pemberton? ¿El verdugo o la víctima?

Tal vez una desconocida para todos, que buscaba una salida honorable a sus muchos delitos, cuando en realidad lo único que había deseado era ser amada por los suyos. Por Wyatt.

Sin desviar sus ojos de la imagen del espejo, abrió uno de los cajones de su tocador y extrajo una pequeña pistola. Colocó el cañón en su sien y acarició el gatillo.

No deseaba sufrir por más tiempo el rechazo, el desprecio o el dolor de la muerte. No conspiraría más contra Wyatt. Le dejaría libre, a su suerte...

Y trazaría la suya propia de una vez por todas, del modo que ella deseaba. Para siempre.



Treinta y nueve

No llegarían a tiempo.

La opresión implacable que empezó a sentir en el momento en el que abandonaron Clark Creek se acrecentó a medida que, en medio de la lluvia casi torrencial, penetraron en Atlanta, devastada por los hombres de Sherman. Aún había demasiadas señales de un fuego implacable que tardaría años en desaparecer de sus calles y de los corazones de sus habitantes, pero Brianna lo ignoró.

Solo había cabida para un nombre en su mente: Wyatt.

—Tranquila. Podemos pasar la noche aquí y...

—¡No! —Brianna miró a Eduard escandalizada, como si le hubiera propuesto la peor de las torturas—. No sabemos si hemos llegado demasiado pronto o demasiado tarde. Si Roxanne ya le ha entregado la nota, si él ha decidido hacerle caso y acudir a la cita, si, en caso de que haya ocurrido, habrá salido vencedor, si Ellington habrá terminado con él...

Conforme iba enumerando las posibilidades, las lágrimas de impotencia, desolación y miedo iban ganando terreno al arrojarse con el que se había vestido para llegar hasta allí.

Ed se permitió el lujo de observarla con detenimiento. Suscitaba en él tanta admiración que, de no ser por su amigo y porque sabía que el corazón de Brianna siempre le pertenecería, la hubiera pedido en matrimonio sin dudar.

—Es un sinvergüenza con suerte, vivo o muerto —masculló, resguardándola de la lluvia hasta llegar a una posta donde pudieron hacerse con un par de caballos—. Bien, ya tenemos con qué calarnos hasta los huesos para sufrir una pulmonía que nos lleve de este mundo. Ahora, ¿a dónde quieres ir?

—A Red Oaks, Ed. Si Wyatt no está allí, dispondremos de más tiempo para averiguar qué ha ocurrido en realidad, si él ha ido a buscarme o no.

—Bueno... me parece un buen plan. Así al menos podré resarcirme de

todos mis errores y pedirte perdón cuando esto termine.

—¿Perdón?

—Por respetar tu decisión acerca de mantener tu anonimato. Si no te hubiera hecho caso, Wyatt habría sabido mucho antes que estabas viva, a través de Rufus, y que tienes una hija suya. Yo me encontraría en mi consultorio, calentito y seco...

—Con cierta muchacha cuyo nombre empieza por S, que vive conmigo y que te ha atrapado en cuerpo y alma, no lo niegues. Estoy al corriente de vuestros encuentros, aunque no de los detalles, tranquilo —añadió cuando vio su rostro desencajado—. Os merecéis el uno al otro, y yo me alegro mucho por ambos.

—Espera a alegrarte cuando todo esto haya terminado, irlandesa.

Brianna detuvo su montura a su lado, se inclinó hacia él y le estampó un sonoro beso en la mejilla.

—Eres tan encantador que todavía me pregunto cómo no me he enamorado de ti —murmuró, conmovida por la triste sonrisa que la respondió—. Recuérdamelo cuando lleves a Sam al altar.

—Con mucho gusto.

Pero de momento, su deber era encontrar a Wyatt. En cualquier circunstancia.

Ella no quiso obviar ninguna mientras ambos sometieron a sus caballos a un galope casi salvaje que no disminuyó por la fuerza de la lluvia cayendo sobre sus cuerpos como si fueran piedras destinadas a entorpecer su camino. El cielo pareció abrirse en dos mitades negras y amenazantes a través de un trueno que retumbó en cada rincón, pero no cejaron en su empeño, hasta que, a través de la cortina de lluvia, vislumbraron las sombras fantasmagóricas de las ruinas de Red Oaks.

Ni siquiera aquella tormenta había conseguido alejar el infame olor a quemado que las acompañaba. Brianna desmontó completamente insensible al agua y miró en derredor, con la desolación pintada en cada rasgo de su cara. Si cerraba los ojos, podía escuchar el sonido profundo de las voces de los esclavos entonando sus cánticos mientras trabajaban los campos de algodón, la voz chillona y alegre de Queenie que parloteaba sin cesar, la entrega de Ayana o la jovialidad de Guideon. También podía ver a Virginia y su inmensa bondad y comprensión, el carácter alegre de Cole o la voz profunda de Wyatt mientras jugaba con Ken, antes de clavar sus ojos dorados en ella...

Eran fantasmas, se recordó, retazos de personas que merecían ser

recordadas y que, continuaran vivas o no, habían perecido de alguna manera junto con las columnas y los robles rojos.

—¡De rodillas! ¿No vas a suplicar? Vaya, es una pena. Me conformaré con esto. Si ella estuviera aquí para verte, derrotado, a punto de caer muerto...

Por encima del estruendo de la lluvia que empezaba a remitir, Brianna escuchó la maldad latente en aquella voz que conocía demasiado bien. Era también demasiado real como para formar parte de sus recuerdos. Era la pesadilla que se materializó delante de ella cuando Ed la empujó tras el tronco de un árbol calcinado y pudo contemplar la escena que la dejó sin habla.

No había llegado tarde.

Wyatt permanecía arrodillado, de cara a ella y de espaldas a su verdugo, que lo encañonaba con una pistola. Tenía el pelo corto y su cuidada barba había desaparecido, pero podría haberlo reconocido entre un millar y en un anochecer mucho más oscuro que aquel.

—No se te ocurra hacerlo, Brianna...

Pasó por alto la advertencia de Ed, le arrebató el rifle y salió de su escondite a trompicones.

No lo consentiría. No dejaría que nadie más muriera por su causa, así tuviera que entregarse voluntariamente a la esclavitud eterna que supondría someterse a los dictados de Robert Ellington.

La distancia que los separaba se le antojó una eternidad cuando vio cómo el inglés amartillaba el arma y se disponía a disparar. No caminó, corrió hacia donde estaban, sin que su vida le importara lo más mínimo.

—¡Wyatt, nooooo!

Apuntó con el rifle a Ellington sin detenerse, avanzando hacia ellos con el corazón latiéndole en la garganta y las manos temblándole demasiado.

—Erin... —Después del primer momento de sorpresa, Ellington sonrió—. Me alegro de que estés aquí. Así verás cómo me hago inmortal después de beber su sangre. Una más de mis víctimas, que me proveen de su fuerza antes de morir.

—No sé cómo sobreviviste a mi ataque, pero no me importa. No conseguirás amedrentarme nunca más, bastardo inglés.

Su carcelero enarcó las cejas, visiblemente sorprendido, pero emitió un gruñido cuando Wyatt descubrió su presencia e intentó levantarse.

—¡Brianna, no!

Un certero golpe con la culata de la pistola en su sien lo dejó momentáneamente aturdido.

—Vaya, así que la gatita se ha convertido en una tigresa. Va a ser verdad eso de que no tienes cerebro, *paddie*. Otra en tu lugar lo hubiera dejado abandonado después de que se casara con esa furcia de Roxanne. Fue ella quien me encontró y me curó. ¡Qué ironía! Llevo desde entonces en la ciudad y este estúpido ni siquiera lo ha sospechado. —Su risotada la hizo estremecerse. Intentó no apartar su atención de él, pero no pudo evitarlo cuando vio cómo se incorporaba de nuevo y la traspasaba con una sola de sus miradas.

—¡Brianna, vete de aquí! —exclamó Wyatt.

En esa ocasión, Ellington descargó el pie contra la parte baja de su espalda. Brianna apretó los dientes cuando él se derrumbó de nuevo.

—Él no te merece —continuó el inglés. Se inclinó junto a Wyatt y tiró de su cabeza hacia atrás para pasar a encañonar su sien—. Yo sí.

—Suéltalo.

—Cuando tú sueltes el rifle.

—No lo hagas, Ojos de Gata.

Los ojos ambarinos se clavaron en ella. Fue una atadura invisible y fuerte que los unió antes de que Ellington lo incorporara, sujetándolo por el pelo.

—Si aprecias en algo su vida, obedece —rumió con voz áspera—. Vamos, Erin.

No lo mataría. Al menos, no hasta haberla conseguido a ella. Brianna respiró hondo y dejó que la mirada salvaje de Wyatt penetrara en ella para decirle lo que ya sabía.

—Dispara —lo oyó decir entre dientes—. Solo hay una manera de librarte de él. No pienses en mí; él te quiere a ti. Aprieta el maldito gatillo si tienes alguna posibilidad de volarle la cabeza.

—¡Cállate de una vez!

El grito enfebrecido de Ellington precedió al resto. Empujó a Wyatt hacia adelante y acarició el gatillo, pero desvió el arma antes de que sonaran dos disparos.

El primero surgió de la pistola. El segundo, de su rifle hacia su verdugo, hacia su carcelero, hacia el hombre que la había mantenido prisionera a lo largo de los años, de una manera u otra, y que se llevó la mano al pecho abierto cuando dejó caer su arma.

Miró sus manos ensangrentadas con sorpresa, antes de mirarla a ella con las pupilas dilatadas por la locura que le había llevado a ella una y otra vez.

—«Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos...».

Fueron sus últimas palabras antes de caer desplomado. Muerto.

Brianna dejó escapar el aire de sus pulmones. Por fin lo tenía tendido a sus pies. Y esta vez no respiraba.

Quiso asegurarle que el único reino que él debería habitar sería el de las tinieblas eternas, pero por alguna razón no pudo. Cuando arrojó lejos el rifle, vio cómo Wyatt gritaba algo ininteligible mientras corría hacia ella.

Había miedo en su cara cuando la alcanzó. Ansia e incertidumbre en cada beso desparramado por su cara, como si no estuviera empapada por la lluvia. Ella los aceptó con una sonrisa, sin fuerzas para pensar en todo aquello que los separaba. Más tarde, se dijo. Después lo alejaría.

Abrió los ojos con dificultad y siguió el curso de su mirada hasta ver la inmensa mancha roja que cubría parte de su costado derecho.

Lo último que notó fue el calor añorado de unos brazos que la recogieron antes de que cayera sobre el suelo fangoso, perdiendo la consciencia, pero antes pudo escuchar el sonido angustiado de la voz de Wyatt muy cerca de su oído.

—¡No puedes morirte! ¿Me oyes? ¡Abre los ojos y escúchame, maldita sea! —Sintió un leve zarandeo y un sopor cada vez más agradable en el que sumirse. Quiso obedecerlo, pero su cuerpo no le respondía—. Ed... ¡Ayúdame! ¡Ayúdanos, por lo que más quieras!

Fueron las últimas palabras que penetraron en su mente. A continuación, la oscuridad más absoluta la envolvió en su manto protector.

* * *

Dos semanas después

—Ha despertado. Y ha preguntado por ti.

Wyatt abandonó la escalera que le había servido de asiento de un salto, como si el agotamiento de estar velándola día y noche durante todo ese tiempo hubiera desaparecido de un plumazo. En su lugar, la fortaleza se mezcló con la alegría para apartar a Ed y casi abalanzarse sobre la puerta cerrada del cuarto que él mismo había ocupado durante su matrimonio con Roxanne.

Roxanne. El nombre solo apareció en su mente para tranquilizarlo. Ahora que había muerto, probablemente en el único acto honesto de su vida, no debía precipitarse. Por Ed supo que Brianna conocía su matrimonio; Ken se lo había contado. Imaginó que también le habría hablado de los motivos, aunque

dudaba que ella los comprendiera, en el mejor de los casos.

En el peor, le daría una patada entre las piernas antes de permitirle explicarse. Y no se lo reprocharía; en realidad, no tenía nada que reprochar a nadie, ni siquiera a Ed. Sí, se había carteadado con Rufus justo después de su boda y no con él, pero fue para ahorrarle a Brianna más sufrimiento y, ante esa razón, Wyatt no albergaba otro sentimiento que no fuera agradecimiento. Por Brianna y por esa pequeña de la que había conocido su existencia por boca de Ed, pero a lo que pensaba poner remedio.

Ahora era él quien se arriesgaba a dañarla cuando irrumpió en su habitación y se quedó allí plantado, admirando su rostro consumido por la debilidad y la fiebre, donde dos ojos verdes, más grandes y más hundidos de lo que podía recordar, lo miraban con todos los reproches del mundo.

Unos reproches que derivaban de la fuerza que, al parecer, comenzaba a recuperar.

Wyatt contuvo una sonrisa al pensarlo y se acercó con cautela, pero se detuvo ante una señal de Brianna. Se encontraba incorporada, con su espalda apoyada en dos mullidas almohadas y las guedejas rizadas, pero limpias, de su cabello desparramadas por su pecho. Él se lo había lavado como había podido, al igual que el resto de su cuerpo, o esa mano que ahora permanecida alzada entre los dos a modo de barrera infranqueable.

—Pensé que te enterraría, Ojos de Gata. Y a mí contigo.

—No me llames así, yanqui. Ni esperes ablandarme con esas palabras. Estoy demasiado acostumbrada a ver muerte y sufrimiento alrededor como para que me conmuevas. —Desvió su vista hacia la ventana y dejó caer la cabeza hacia atrás, evidentemente agotada—. He matado a Ellington, igual que lo hice con Grady. Soy una asesina.

—Una asesina que me salvó la vida casi a costa de la suya. No voy a...

Dio un paso al frente, que frenó ante la mirada implacable de ella.

—Claro que «no vas a» —repitió con tono agrio. Wyatt frunció el ceño—. Te casaste. Con ella.

—Y creí que nunca podrías echármelo en cara. Ahora que te estoy escuchando, no pienso permitir que te hagas una idea equivocada de lo que ocurrió y por qué, así que... —Destrozó la distancia que los separaba de dos zancadas y se sentó junto al cabecero de su cama. Ella lo recibió con los labios apretados, una maldición dicha en su lengua natal y un envaramiento de todo su maltrecho cuerpo, antes de aceptar su mano en la frente—. ¿Cómo te encuentras?

—Me has traicionado. No mereces una respuesta a esa pregunta.

—Te la formulo como médico, así que respóndeme. Después, dejaré que me despellejes.

—Me encuentro lo suficientemente bien como para rechazarte de pleno, por mucho que Roxanne haya muerto.

—¿Te lo ha dicho Ed?

—¿Quién si no? —Aquellos extraordinarios ojos siguieron su movimiento cuando él, aparentando una normalidad que estaba muy lejos de sentir, apartó la sábana y le subió el camisón para examinar el vendaje que le cubría la herida.

Ella intentó volver a bajárselo, pero se lo impidió con un gesto enérgico de su mano.

—He hecho el amor contigo, mucho menos de lo que me hubiera gustado, eso sí, pero lo suficiente como para haber engendrado una hija que pienso conocer, Ojos de Gata. Fue Ed quien me lo dijo, si te lo estás preguntando. — Con el máximo cuidado, apartó el vendaje para inspeccionar la herida. La infección había disminuido hasta casi desaparecer. Desvió un instante su atención hacia el rostro de Brianna, para ver una ligera sombra de arrepentimiento, antes de volver a su tarea—. Creo que puedes dejar de lado esos remilgos ridículos.

—Precisamente. A partir de ahora, me gustaría que fuera Ed quien se encargara de mí.

—¿Tienes miedo de demostrarme lo sensible que eres a mi contacto?

—Veo que, además de conservar la vida, en todos estos meses también has conservado la jactancia. —Brianna sacudió la cabeza, pero no se resistió cuando él volvió a sentarse a su lado. Permaneció un rato en silencio, respirando pausadamente, con los ojos cerrados. Cuando los abrió, un deje de tristeza pareció empañarlos—. Espera a saber lo que me ha ocurrido para hablar con tanta seguridad.

Con sumo esfuerzo, le relató todo. El parentesco de Grady con Cathy, el incendio que provocó y el breve secuestro por parte de Ellington, que terminó en un parto prematuro que fue atendido por Ed.

Cuando terminó, se sumió en un empecinado silencio solo roto por sus propios pensamientos.

—Entonces Roxanne no tuvo nada que ver con el incendio, aunque me aseguró que habías muerto...

—Supongo que era lo que le convenía que escucharas. En cualquier caso,

consiguió lo que se propuso, puesto que te casaste con ella.

—Brianna, si estoy aquí es gracias a Roxanne, aunque no puedas admitirlo. Ella pagó a los de la milicia para que me mantuvieran con vida. Cuando me liberaron y la guerra terminó, ¡regresé a por ti! A por mi hijo, a por mi madre, a por mi familia. Solo vi destrucción y muerte a mi alrededor. Y cuando me desplazé hasta aquí en busca de respuestas y me encontré con Ken, aseverando cada palabra de Roxanne, que me decía que habías muerto, ¡creí que yo también moriría! Sin embargo, no me rendí. ¡Luché pensando que aquella rata callejera podría estar mintiendo!

—¿Casándote con ella?

—¡Le di parte de lo que quería esperando verla flaquear!

—¿En la cama o fuera de ella?

—¡Por la gloria de Dios, ya es suficiente! —El puñetazo de Wyatt sobre la mesilla de noche fue lo único que pareció alterar su aparente indiferencia. Lo miró con la misma fiereza con la que él lo hacía, pero no dijo nada—. No me acosté con ella, ¡pero lo hubiera hecho si con ello hubiera conseguido llegar hasta ti!

—Pues ya has llegado, yanqui. Ahora, por favor, déjame recuperarme con Eduard. En cuanto esté repuesta, me marcharé.

—Nos marcharemos.

—Puedes hacer lo que quieras, pero no conmigo. —Y aquella declaración de intenciones terminó con las pocas esperanzas que le quedaban. Wyatt apretó los dientes, pero se negó a demostrar su debilidad y se cruzó de brazos, enarcando una ceja ante el gesto decidido de Brianna—. Volveré a mi hogar, con mi hija. Por Kenneth no te preocupes. En cuanto llegue, él y Rufus volverán contigo. Nunca he pretendido quedarme con lo que no es mío.

—Pero te quedaste. Con mi corazón. —Podría arrodillarse ante ella, suplicarle que abandonara esas ideas absurdas, recordarle que seguían casados e incluso forzar una vida juntos, pero en todos esos casos la perdería a ella además de un orgullo que se erguía fuerte en su interior, al ver ese maldito empecinamiento irlandés con el que lo obsequiaba—. Y con una hija que también es mía, Brianna. No puedes pretender que me olvide de ella como si nunca hubiera existido.

—No la conoces. No has sabido de su existencia hasta hace poco. Para ti, nunca ha existido.

Un oscuro gruñido se le escapó, tan bajo y lleno de advertencia que ella lo miró un instante. Wyatt se acercó y le sujetó la cara con contundencia.

—Estás aquí porque te amo —murmuró entre dientes—. Estás aquí porque me amas. No importa el tiempo y las guerras que pasen entre nosotros, siempre volveremos a encontrarnos. Ninguno podrá evitarlo.

—Yo sí.

—Dime que no me amas. —Brianna apretó los dientes e intentó zafarse de su agarre, pero él no se lo permitió—. Dímelo a la cara, Ojos de Gata, y te verás libre de mí para siempre.

Era un ultimátum en toda regla que estaba seguro de que no podría cumplir, pero empezó a dudar cuando ella, después de un casi interminable suspiro, elevó sus ojos y apretó los labios.

—No... te... amo...

Wyatt se rindió. Las manos se le crispaban por la necesidad de tocarla. La boca se le secaba si pensaba en besarla y el corazón se le salía del pecho en busca de aquello que lo hacía latir. Sin embargo, solo apretó los puños y terminó por asentir.

—Si eso es lo que quieres, que así sea. —Se dirigió a la puerta, pero antes de salir volvió a mirarla. Ella había girado su cabeza en dirección a la ventana, pero sus mejillas brillaban por las lágrimas y su mentón temblaba—. Hasta pronto, Erin Brianna... Miller.

Solo cuando estuvo al aire libre dejó salir toda su ira. Maldijo hasta la extenuación, golpeó el tronco de un árbol cercano con los puños hasta que se los despellejó, pateó dos piedras lanzándolas lejos y a punto estuvo de tirarse del pelo de pura frustración.

—Veo que la conversación no ha tenido buen final. Dale tiempo. Está dolida, y tiene sus motivos.

—También yo los tengo —respondió a un indolente Ed que se apoyaba en el tronco que él acababa de golpear—. Quiere que solo tú te encargues de ella a partir de ahora. Y cuando se reponga, quiere regresar al oeste. Sin mí.

—¿Y vas a dejar que lo haga?

—Es lo que ella quiere —respondió con un gesto huraño que provocó en Ed un fruncimiento de cejas muy elocuente.

—Bien. Entonces, procuraremos que se recupere cuanto antes.

Eduard entró en la casa, dejándolo a solas con su furia, su impotencia... y sus planes.

Solo era cuestión de tiempo que los llevara a cabo.



Cuarenta

Clark Creek, tres semanas después

Nada había sido tan difícil como volver a mentirle sabiendo que con ello lo alejaba de su lado.

«No... te... amo...».

Había resistido durante años toda clase de miserias. Había visto más muertos y más sangre en los últimos tiempos que en toda su existencia. Había estado a punto de perder su vida para salvar la de Wyatt y no se arrepentía, puesto que también había roto sus cadenas por sí misma y para siempre.

Había dado carpetazo al miedo para intentar, de nuevo, forjarse un hogar junto a los suyos.

Pero en esos días, aún se sentía incapaz de perdonar si pensaba en él, en Roxanne. Juntos.

Por ella, si se fiaba de su palabra; pero juntos, al fin y al cabo.

¿Sería cuestión de tiempo? Probablemente. La ira y la rabia se estaban evaporando, dando paso a la nostalgia y cierta debilidad que se había cada vez más fuerte en ella, sobre todo cuando, como en aquel atardecer, contemplaba a su pequeña Mary Anne, que jugaba con Samantha mientras ella cocinaba. Con sus ojos, de un dorado tan claro como los de su padre, y su ensortijado cabello castaño, como el de ella. Una mezcla perfecta que le recordaba que su error podía ser enmendado.

Ya no había obstáculos. Ella se había encargado personalmente de terminar con una parte de ellos y no se arrepentía. Por otro lado, Roxanne había decidido quitarse de en medio en un acto que tampoco le inspiraba la más mínima compasión, aunque sí cierta pena al pensar en Eduard.

Sin embargo, continuaba aferrada a Clark Creek para evitar ceder a la tentación de volver con él.

—Señora, Anne quiere irse a jugar con su primo Jeremy.

Brianna dejó los leños junto a la chimenea y, después de limpiarse las manos en el delantal, se acercó a ellas con una sonrisilla de suficiencia.

—Sam, ¿cuántas veces tengo que decirte que no soy tu señora? Aquí las tres estamos en igualdad de condiciones. No hay criadas ni amas. Además, Mary Anne tiene quince meses. ¿De verdad pretendes hacerme creer que entiendes lo que balbucea? —El súbito rubor de Samantha hizo que su sonrisa se acentuara—. Ah, ya entiendo... Es Ed, ¿verdad? Ha vuelto a visitarte.

—Pues sí, ha vuelto y tenemos una cita —confesó molesta.

—Me alegro por ti, en serio. Ambos os lo merecéis.

—Usted también, pero no hace nada para remediarlo —refunfuñó Sam—. El doctor ha traído esto para usted.

Brianna tuvo un extraño palpito en el pecho cuando vio de dónde procedía el paquete que Sam acababa de dejarle, pero los latidos se convirtieron en un retumbar de tambores cuando vio lo que era y lo abrió para leer la nota que, en aquella ocasión, ocupaba la primera página del libro.

—Cuentos y leyendas irlandesas... —musitó casi sin aliento.

Perdona todo el dano que te he
causado. Perdona todo el tiempo que
hemos pasado separados, todo el dolor,
la muerte y las privaciones que has
tenido que padecer por mi causa.

Perdoname por haber muerto y
regresado a tu lado en tantas ocasiones.

Perdona ese matrimonio con
Roxanne a la desesperada,
negándome a aceptar tu muerte, cuando
mi corazón habia dejado de latir.

Y perdona por seguir intentándolo
hasta la extenuación.

W. M.

Su cara no tenía color alguno cuando la dirigió a Samantha.

—Ed esperaba que no se enfadara demasiado con él.

—Eso es poco en comparación con lo que voy a hacerle ahora mismo.
Casi corrió al consultorio con el libro en la mano, dispuesta a todo.

Wyatt seguía en Atlanta. Y cada partícula de su cuerpo le dictaba que debería ser ella quien viajara para devolvérselo, pero lo ignoró e irrumpió en la sala de espera atestada de pacientes. Ni siquiera se molestó en fingir que aguardaría su turno, pero cuando se disponía a entrar en la consulta sin llamar primero, la señora Peabody, una anciana metomentodo con aspecto de severidad absoluta y ojo crítico, carraspeó hasta conseguir su atención.

—Señora Miller, los aquí presentes vamos antes que usted —observó con fingida amabilidad.

—No se preocupe, señora Peabody. El asunto que tengo que tratar con el doctor es de ámbito personal y me llevará poco tiempo.

A continuación, abrió la puerta como un viento huracanado y enarboló el libro como si estuviera dispuesta a tirárselo a la cabeza.

—¡Eres una sanguijuela que...!

El resto de reproches se le congelaron en la garganta, al igual que su mano en alto o sus pies, que se negaron a llevarla más allá.

Aquel hombre no era Ed, sino Wyatt, atendiendo a un niño que se había herido en una rodilla.

Se había vuelto a dejar la barba y el pelo hasta los hombros, como el día que lo conoció. Seguía conservando la misma envergadura, el mismo atractivo, acrecentado por un brillo divertido en aquellos dos ojos dorados que la miraron con un deje de sorpresa, mezclado con esa media sonrisa de bienvenida que logró que su corazón galopara sin remedio.

—Veo que Eduard se ha apresurado en cumplir su recado y que tú te has apresurado todavía más en reaccionar tal y como esperaba.

Brianna se había quedado sin sangre en las venas y con la boca tan abierta que la garganta se le había resecado por el aire que respiraba. No obstante, él derrochaba seguridad cuando despidió a su paciente y, pasando por su lado, cerró la puerta tras él, como si hubieran pasado días, y no meses, desde su último encuentro.

—W-Wyatt —barbotó—. ¿Q-Qué...? ¿C-Cómo...?

—¿Que qué hago aquí? Trabajar con mi socio, Eduard, aunque ahora mismo él no está. Ha tenido que atender a un enfermo en su casa. ¿Cómo? En un tren. He venido para quedarme, con perdón o sin él —añadió, señalando el libro que ella todavía tenía en la mano con un gesto de cabeza y su habitual jactancia—. Acompáñame afuera, por favor. Tengo que hablar contigo, pero no aquí.

Aquella orden disfrazada de petición le devolvió su orgullo de golpe.

—No tenemos nada que hablar —siseó con el mentón bien alzado y el ceño bien fruncido.

—Decídelo cuando me hayas escuchado, ¿quieres?

—No pienso...

—Yo tampoco. —Tiró de ella hasta la sala de espera, pero allí la soltó. Su sonrisa era toda candidez cuando se giró con una ceja levantada—. Soy tu marido, querida. Recuerda ese pequeño detalle.

Brianna apretó los dientes, notando cómo el calor le hacía arder la cara. ¡Maldito fuera mil veces! Con dos simples frases había captado la atención de todos los pacientes que se habían vuelto mudos, observando la escena.

—Señora Miller, ¿no era usted viuda? —preguntó la señora Peabody con aparente inocencia.

—Señora Peabody, ¿no era usted sorda?

Wyatt contuvo la risa y se dirigió a la mujer con una sonrisa de las que derretían hielo.

—Soy su esposo, señora —informó, desplegando todo su encanto—. Pero ella se niega a perdonarme errores destinados a encontrarla después de la guerra, porque la amo con todo mi corazón...

—¿Error? ¡¿Así llamas a tu matrimonio con Roxanne?!

La anciana señora se levantó apoyada en su bastón para recriminar a Brianna.

—Jovencita, este hombre es guapo, atento, amable y médico, además de su marido —informó, como si ella no lo supiera—. ¡Y la ama! ¡Todos podemos verlo! Le debe una oportunidad...

—Él me debe muchas más cosas.

—Y pienso pagarlas todas, Ojos de Gata. —No dejó de mirarla cuando señaló a sus pacientes—. Señoras y señores, si son tan amables de esperar un poco...

Un murmullo aprobador fue su respuesta. Wyatt se había metido a toda la sala de espera en el bolsillo y fue tan rápido en cargársela al hombro, como si fuera una bala de algodón, que ni siquiera pudo evitar que, entre gritos furiosos e improprios, la llevara fuera del consultorio.

La dejó sobre la cima del cerro a las afueras, en la más absoluta soledad y sin ninguna delicadeza.

—¡Vas a pagar por esto, maldito bastardo traicionero! —le escupió en la cara, con fuego en los ojos y un calor abrasador en las mejillas mientras se sacudía las faldas y daba un paso atrás para poder abarcarlo con la vista

mucho mejor.

Llevaba una camisa granate entreabierto y unos pantalones gris oscuros que se adaptaban a las formas contundentes de sus piernas y caderas a la perfección. Sin quererlo, terminó tragando saliva al comprobar que su piel seguía conservando aquel brillo que acentuaba su tono moreno y contrastaba con el dorado de sus ojos. Unos ojos que ya no poseían aquella sombra casi permanente que los enturbiaba en ocasiones. No, ahora chisporroteaban de diversión y deseo mientras la sometían a un examen exhaustivo y tan lento que sintió un escalofrío recorriéndole la espina dorsal.

Levantó el mentón con altanería y puso los brazos en jarras, pero contuvo un jadeo cuando él, sin ningún miramiento, salvó la distancia que los separaba para sujetarla por los hombros con autoridad. Su expresión socarrona de hacía unos instantes fue sustituida por una feroz, dura, casi cruel.

—Veo que te has recuperado por completo y que al fin me insultas en inglés —dijo en voz baja—. Además, he conseguido toda tu atención.

—¡Y mi odio eterno si no me sueltas ahora mismo!

—Cuando me escuches. «No... te... amo...» —recitó, con una serenidad pasmosa—. Eso me dijiste, y me costó la misma vida no retenerte para demostrarte lo poco que me creí tus palabras, lo equivocada que estabas y lo mucho que yo sí te amo.

—Has tardado tres meses en decidirte, entonces.

La sonrisa volvió al instante, esta vez mucho más brillante, más segura y tranquila, confiriéndole un atractivo añadido.

—Acabas de darme una oportunidad de explicarme, Ojos de Gata. Y no voy a desaprovecharla. Ahora sé que no vas a marcharte.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque me has echado en cara tres semanas de separación, que para ti debía ser definitiva, pero que para mí no pasó de ser algo provisional. Tu orgullo herido te ha traicionado.

—Fue el tuyo el que lo hirió con tu matrimonio con Roxanne.

La expresión satisfecha desapareció. En su lugar, sus ojos se opacaron con un dolor que atravesó el corazón de Brianna como si fuera una saeta.

—Hice lo que me pediste, lo que te prometí. Luché con las armas que tenía a mano, ¡y Dios es testigo de que no me arrepentiré nunca! —Dejó resbalar su mirada por cada palmo de su cuerpo con una mezcla de deseo, hambre contenida y honestidad que la desarmó. Realmente no se arrepentía. Realmente se estaba enfrentando a ella con la verdad, con la pasión que nacía

del amor más profundo. Quería marcharse, actuar como si no lo hubiera visto, pero su cuerpo y su mente le indicaron lo contrario cuando lo vio cruzarse de brazos con las cejas alzadas—. Eres tan hermosa que me dejas sin aliento, tan dura y fuerte que solo deseo volver a formar parte de tu vida. Cuando te vi aparecer en el consultorio, lo primero que pensé fue que había sido un estúpido siguiéndote hasta aquí. Pensé que siempre me rechazarías, pero ahora luchas contra ti misma para seguir manteniendo una barrera tan estúpida como mis pensamientos. ¿No vas a perdonarme?

—Te hará falta mucho más que ese pequeño discurso para eso, yanqui.

—Pues lo tendrás. Tardé más de la cuenta en volver a tu lado porque ayudé a Ed a vender la propiedad en Atlanta. —Se inclinó sobre su rostro hasta que quedó a un suspiro de él, pero no hizo nada más—. También he ayudado a Rufus a establecerse en el pueblo con Guideon, como personas libres que trabajarán a cambio de un salario. Y mucho más en convencer a Ken para que no corriera a verte en cuanto pusimos un pie aquí. Pero que no te quepa duda de que vengo dispuesto a quedarme. A conocer a mi hija y a que ella me llame «padre». Tu rechazo no conseguirá que me vaya, pero tu perdón logrará mucho más. ¿He llegado demasiado tarde?

Nunca llegaría demasiado tarde, le gritó su conciencia.

—Necesitarás...

—¿Más insistencia? De acuerdo.

Como si sus intentos de alejamiento no le afectaran lo más mínimo, se postró de rodillas delante de ella y le cogió las manos. Sus miradas se enlazaron con una especie de atadura irrompible. El silencio los envolvió hasta que Brianna comprendió. Ninguna guerra, ningún asesino, ningún espacio de tiempo, por largo que fuera, lograría desatar eso que la mantenía pegada a él, a su recuerdo o a su existencia, a su vida o a su muerte, a su cuerpo o a su corazón.

Un cargamento de lágrimas le atoró la garganta, pero se las arregló para respirar cuando sus manos empezaron a temblar y él las acarició con los pulgares, sin dejar de mirarla con aquella angustia contenida que se acercaba a la desesperación.

—No puedo renunciar a ti, porque con ello me mataría —le murmuró con los labios estirados por la contención—. Eres mis sentidos y mis miembros. Todos mis miembros. Eres la sangre que corre por mis venas, el aire que llena mis pulmones, el sudor que me sale por los poros, el corazón que me golpea el pecho, el pulso que siento con cada latido y cada uno de los motivos que

inspiran todos mis pensamientos. Eres mis ganas de reír, de llorar, de luchar y de vivir. Incluso de morir. Eres yo, Ojos de Gata. Y yo soy tú, hasta tal punto que juntos somos uno y por separado no estamos completos. He permanecido incompleto todos estos años, por eso no sentía como debía ni vivía ni reía. Ni siquiera sufría o lloraba como era de esperar. Si eres capaz de decirme que todo eso no es amor, adelante. Si no, espero que me quede vida suficiente a tu lado para repetírtelo hasta que termines por creértelo, porque me va a resultar muy complicado hacerte entender la magnitud de ese amor por ti.

—¿Por qué? ¿No es lo suficientemente grande?

—No. Y temo que nunca lo será, porque siempre estará creciendo, transformándose. Pero no me importa. Sabré que será para ti, por ti. Pondría el mundo a tus pies, Brianna. Pero ahora mismo no puedo ofrecerte nada, salvo lo que pueda hacer con esto —le enseñó las manos—, y esto. —Se tocó la frente. Después, palpó en sus pantalones hasta sacar una pequeña caja que abrió ante ella, antes de sacar un anillo idéntico al que le entregó el día de su matrimonio—. Aunque espero conmoverte con esto último. Vendí la fábrica textil de Boston y empleé parte del dinero en restituir tu anillo de casada. Sé por Ed que lo vendiste para poder subsistir, pero siempre te perteneció. Como yo.

Se lo colocó en el dedo con decisión y aguardó, absorbiendo cada una de las reacciones de Brianna con ansiedad, pero con cautela.

Una tormenta se desató dentro de ella cuando acarició el anillo. No pudo hablar. La enormidad de lo que sentía la dejó muda, pero a cambio la proveyó de un cargamento de lágrimas ante lo que aquello significaba. Ante el reconocimiento de su ridícula actitud y lo cerca que había estado de perderlo.

Wyatt se puso de pie y extendió sus brazos, esperando encontrarla entre ellos.

Brianna no se lo pensó. Dejó que su llanto aflorara al mismo tiempo que se dejaba envolver en ellos para recibirlo al completo, con todos sus sentidos. Inhaló aquel olor que lo era todo para ella, se aferró a la consistencia de aquel cuerpo que la cobijaría siempre, se zambulló en aquellos ojos que siempre hablaban por mucho que su dueño permaneciera callado, y se entregó en cuerpo y alma a un beso largamente anhelado. Se adueñó de su boca igual que ofreció la suya. Agarró con fuerza la camisa de su marido y se pegó a él por completo cuando sus lenguas se enlazaron con ansia, con lujuria, con una necesidad que iba más allá de sus cuerpos para penetrar en sus corazones. Recibió la reacción física que ese contacto le causó con un gemido que tuvo su

recompensa.

Wyatt abarcó sus nalgas con ambas manos y la apretó contra su dura erección profundizando el beso, vertiendo en su boca todo lo que aún le quedaba por decir, antes de apartarse de ella con la respiración entrecortada, los ojos brillantes de pasión y el pecho acelerado.

—Imagino que esto es un sí —murmuró con la voz enronquecida por la excitación.

—Imaginas bien, yanqui.

—Me encantaría asegurarme. La vida siempre ha terminado por quitarme lo que me dio primero —musitó, enredando el dedo en uno de sus rizos, ensimismado—. Por eso siempre me pregunté si en realidad eras para mí, por mucho que consiguiera ponerte un anillo en el dedo.

—Kenneth es tuyo. Igual que Mary Anne.

—¿Y tú? Ha pasado el tiempo, una guerra y mil infortunios. Y pese a estar separados, en realidad nunca hemos estado verdaderamente juntos. ¿Eres para mí, Ojos de Gata? ¿O solo eres un espejismo que aparece y desaparece cuando menos se espera?

—Estoy aquí. Acabo de rendirme a ti con un beso...

—No es suficiente. Llevaba tanto tiempo intentando vivir entre mis propias cenizas que no vi llegar el siguiente incendio antes de que un enorme viento las levantara. Tú, Brianna. Tú me hiciste arder desde el primer momento en el que te vi, en aquel burdel de mala muerte. Y desde entonces has sido lo más constante en mi vida. Mi motivo para seguir adelante, para no querer más soledad. Para amarte como siempre te has merecido y como nunca he sabido.

—Aprende conmigo. Porque te amo, sí. ¡Te amo! Y aprovecharé la mínima oportunidad para decírtelo, ahora que comprendo lo cerca que he estado de no poder hacerlo nunca más.

Era un ruego, pero también el compendio de todas las emociones que la dominaban cuando tiró de él hacia el borde de la cima. Los tonos anaranjados del cielo se habían convertido en agudas franjas que parecían acuchillarlo, dotándolo de un efecto extraño, como si alguien desgarrara el tono uniforme azul para hacerlo jirones.

Como había ocurrido con aquella guerra, con aquel país, con ellos dos y sus respectivas vidas. Dándole la espalda, Brianna suspiró al pensar en todo aquello que había dejado atrás desde que, siendo tan solo una joven asustada, había abandonado Lifford con su cargamento de culpa al hombro. Ahora era

toda una mujer, pero seguía teniendo ese miedo al desarraigo, a no pertenecer a ningún lugar... Hasta que sintió un par de brazos fuertes rodeando sus hombros y un cuerpo firme pegado al de ella, y sonrió.

Él era su hogar.

—Si no hubieras venido tú, habría ido yo a buscarte.

—¿En serio?

—El dolor del desengaño no era nada en comparación con el del arrepentimiento, con el del abandono. Mira eso, Wyatt. Mira qué espectáculo tan hermoso puedo ver desde que me establecí en este pueblo. —Dejó que el silencio siguiera a sus palabras, segura de que él hacía lo que le decía—. Es lo más parecido a la paz, a la fuerza, al reencuentro. Y, sin embargo, seguía estando cansada de buscar y no encontrar. No todo el mundo tiene la oportunidad de perdonar y ser perdonado. De amar y ser amado. Tú encarnas eso para mí. La guerra nos ha cambiado, nos ha envejecido demasiado rápido, pero también nos ha obligado a aferrarnos a todo lo que realmente importa.

—¿Me estás diciendo que te importo?

—¡He tenido una hija contigo, pedazo de alcornoque! —exclamó ella con fingido enfado, zafándose de su agarre para darle un puñetazo en el hombro que apenas logró moverlo. Sin embargo, le arrancó una risa cristalina, limpia y varonil que le encogió el corazón de emoción, de alegría—. ¡Me parece que, al menos, me has importado lo suficiente como para no planear tu muerte en todo este tiempo!

—No puede ser. ¿Tanto te ha cambiado la guerra? No te reconozco. Mi esposa hubiera planeado esa muerte de mil maneras diferentes. Y, además, hubiera intentado llevarlas a cabo. A no ser que esta proposición tuya sea una trampa para cavar mi propia tumba...

Bromeaba y ella rio, feliz por primera vez en mucho tiempo. Quizá fuera algo pasajero; la vida no era continuidad para ella en nada que implicara esa felicidad, pero sabía aferrarse a ella cuando se le presentara.

—Tomes el rumbo que tomes, te elijo a ti —confesó, acariciando esa barba suave y fuerte a un tiempo, como su dueño—. Al yanqui de pasado oscuro, al hombre fiel a sus ideales. Al soldado cuyo hermano murió en sus brazos y al doctor empeñado en salvar vidas, sean del bando que sean. Te elijo a ti, el hombre del que me enamoré. Mi marido. El único que me ha mostrado mi verdadero hogar.

—Que es...

—Tu corazón. Tu mente y tu alma. O al menos eso espero. Sin dudas al

respecto. Te amo, me amas. Te salvé la vida, tú me la salvaste. Dos niños esperan que volvamos juntos. —Con gesto solemne, Brianna extendió la mano—. ¿Sellamos el trato?

Wyatt frunció el ceño, como si se lo pensara, hasta que finalmente aceptó la mano.

Pero en vez de estrechársela, tiró de ella hasta tenerla de nuevo entre sus brazos y obsequiarla con un beso profundo, visceral y preñado de emociones, que le respondió.

—De una vez por todas, Ojos de Gata —dijo—. Sin posibilidad de deshacerlo.

Nunca querría hacerlo, pensó Brianna con una sonrisa que encerraba promesas eternas.

Epílogo

Clark Creek, un año después

Había sido un día perfecto.

Y lo coronaba aquel atardecer espectacular en el que los picos afilados de los Apalaches parecían clavarse en el color uniforme del cielo para llenarlo de tonos carmesíes, anunciando una noche que no tardaría en llegar.

Brianna se frotó los brazos mientras, apartada de la granja, se dedicaba a disfrutar de ese pequeño espectáculo que sería perfecto por un tiempo demasiado corto.

Todo lo contrario que su vida, pensó mientras se dejaba mecer por el suave viento del oeste.

—*Thiar gaoithe, teacht chugam...*^[13] —recitó en su lengua materna, balanceándose adelante y atrás con los ojos cerrados y una expresión de sobrada satisfacción en la cara.

Porque al fin, por muy lejos que estuviera de Irlanda, había encontrado su hogar.

Eduard y Samantha se habían casado hacía ya unas horas, y las celebraciones la habían dejado agotada. Casi tan cansada como Kenneth, que ya estaría profundamente dormido en su cama después de haber jugado con su hermana y Jeremy hasta la saciedad, o Mary Anne, que se había quedado dormida en brazos de su padre mucho antes de que llegaran a casa, tan feliz como su madre.

Oh, sí. Disfrutar de ese paisaje único era delicioso, pero llenarse la vista con lo que la esperaba dentro de su casa era, sencillamente, espectacular.

Pensando en ello, Brianna entró y se dirigió casi de puntillas hasta las habitaciones de los niños, en la planta alta de la casa, para comprobar que estaban descansando. A continuación, sin hacer ruido, penetró en la suya y cerró la puerta cuando lo vio.

Contuvo el aliento.

Dios, cómo lo amaba. Cuánto lo necesitaba.

Wyatt se había transformado en otro hombre durante aquel último año. Desde el principio de su relación, Brianna había sabido que tras esa máscara de austera frialdad y empecinada distancia se escondía un carácter risueño,

aunque no exento de su habitual ironía, y potencialmente letal con las mujeres, particularmente con ella. Una vez que volvieron a encontrarse para no separarse jamás, pudo comprobar que sus suposiciones eran ciertas.

En su totalidad.

Su marido sonreía casi constantemente, por mucho que el trabajo en el consultorio con Ed y el de la granja lo agotaran. Había dejado salir toda su capacidad para amar con tanta contundencia que nadie, ni siquiera Patrick y Sarah, se había visto libre de ella. Bromeaba con su hermano y Ed como si los tres formaran un todo inseparable. Consolaba cuando debía hacerlo, escuchaba y reprochaba con su habitual tirantez. También vociferaba, por supuesto, pero si había algo que había aprendido a hacer, era amar.

Ahora, mientras le daba la espalda de cara a la ventana completamente desnudo, Brianna recordó cómo esos fuertes músculos labrados a base de esfuerzo se plegaban para acoger a su pequeña. Cómo sus rasgos se dulcificaban cuando la niña respondía a sus atenciones con una pequeña sonrisa o un trabalenguas ininteligible para casi todo el mundo, menos para él. La conexión entre ellos era tal que el Wyatt fuerte, enorme y a veces amenazador se convertía en un gatito ronroneante dispuesto a satisfacer hasta sus más mínimas necesidades, así como las de Ken.

También las de ella, por supuesto. Pensar en aquel cuerpo desnudo, marcado por innumerables cicatrices que hablaban de su pasado personal, de una guerra de la que había salido vencedor, junto al suyo cada noche, cada mañana y cada día, le hacía hervir la sangre como si ya la estuviera tocando, a pesar de que ni siquiera era consciente de su presencia.

Sí, Wyatt dejaba salir su verdadera personalidad poco a poco, aunque todavía quedaban reductos de su vida que jamás cambiarían porque formarían parte de él. Sí, aún tenía pesadillas en las que revivía la muerte de Cole, todavía había momentos en los que prefería quedarse a solas con sus recuerdos, llorar a los suyos inmerso en una debilidad inevitable, antes de regresar doblemente fortalecido. Algunas veces, cuando los acontecimientos pasados lo superaban, no le importaba implorar su ayuda y la recibía con los brazos abiertos; lloraba y dejaba salir toda su frustración, para recomponerse después.

Su esposo podía ser todo ese compendio de nuevas y viejas contradicciones, pero también seguía siendo brutalmente hermoso. Con un cuerpo perfecto que sabía usar igual de bien, unos labios carnosos que levantaban ampollas de placer y unos ojos hechizantes que conseguían

someterla mucho antes de que moviera un solo dedo.

Claro que nunca se lo confesaría, pensó para sí con una sonrisa, mientras recorría con los suyos aquella espalda morena y curtida, la cintura estrecha y esas nalgas prietas que le robaban el sentido con solo verlas. Un suspiro involuntario se le escapó para llamar su atención.

La esperaba, y ella acudía a su silenciosa llamada.

Él se giró con el ceño fruncido, inmerso aún en sus pensamientos, hasta que descifró el sentido de la mirada que estaba recibiendo y sus ojos se entrecerraron como los de un felino a punto de abalanzarse sobre su presa. Lentamente, se dio la vuelta hasta mostrar todo su frontal al descubierto, con un innegable orgullo masculino y sin el menor reparo.

—Espero que hayas cerrado la puerta con llave, Ojos de Gata. Lo que me estás gritando requiere de intimidad.

—Aún no he hablado, doc.

—Aunque hasta ahora no habías movido esa preciosa boca tuya, llevas un rato hablando —añadió, acercándose a ella—. Aspiro a que sigas moviéndola, de otras formas y en otros lugares.

La atrapó por la cintura y la besó hasta casi la extenuación. Estaba completamente vestida, pero notó el resultado de ese asalto tan apasionado contra su vientre como si estuviera desnuda.

—Los niños están dormidos, si te refieres a eso —murmuró con la respiración entrecortada y una risilla tonta cuando él empezó a desprenderla de su vestimenta con seguridad.

—Me refiero a eso, señora Miller, y a mucho más. Por ejemplo, estos vestidos ideados por el demonio para enfriar los ardores masculinos antes de poder deshacernos de ellos.

—Oh, no creo que tu ardor disminuya por estos pequeños inconvenientes.

Wyatt la giró para desposeerla de la parte superior, corsé y camisola incluidos, que fueron a dar a un rincón del cuarto. A continuación, volvió a tenerla de cara para admirar cada rasgo de la parte superior de su cuerpo. El color cremoso de sus pechos, los pezones apuntando hacia él y aquellos rizos descuidados que parecían querer cubrirlos.

Los apartó con delicadeza y acarició uno de los pezones con la punta de la lengua, exhibiendo una sonrisa cuando notó cómo ella contenía la respiración y adelantaba el busto en busca de más en cuanto él se retiró.

—Doy gracias a Dios por una mujer tan ardiente y dispuesta, Brianna —murmuró, tomando su cara entre las manos para asegurarse de que lo miraba

—. Tan valiente y hermosa. Tan fuerte y resuelta. Cada día lo hago, porque todavía hoy, un año después de regresar a tu lado, no estoy seguro de que esto vaya a ser definitivo.

—¿No confías en mí?

—No confío en el destino, porque a veces pienso que mi amor es demasiado pequeño para ti. —Suspiró, como si le costara dejar lo que había empezado, y la llevó de la mano hacia la ventana para seguir contemplando aquello que ella ya había visto desde fuera. La colocó delante de él y dejó que se apoyara en su amplio pecho, mientras sus manos empezaban a maniobrar con la parte posterior de su vestido para seguir desnudándola—. Mira eso. ¿Qué ves?

—Un paisaje precioso.

—Puedes hacerlo mejor. —La falda y las enaguas cayeron al suelo en un delicioso susurro que rasgó el silencio. Wyatt colocó ambas manos en sus caderas, cubiertas tan solo por el pantaloncito interior, y la pegó más a él—. Vamos, Ojos de Gata, apelo a tu inteligencia para interpretar más allá.

Dejó un reguero de besos que cubrieron desde su sien hasta su hombro derecho, acompañados del calor de su aliento, de su compañía, de sus esperanzas y pensamientos. Los sintió tan dentro que, cuando volvió a mirar, lo vio.

—La guerra —susurró—. Los picos de las montañas clavados en el cielo son como las heridas abiertas en este país por una confrontación que tardará muchos años en ser olvidada. Esas heridas sangran todavía. Y tal vez nunca cicatricen.

—Premio para la señora. —Con sus hábiles dedos encontró la abertura central de los pantaloncitos y se coló dentro, hasta alcanzar su sexo. Lo acarició con parsimonia, sonriendo al ver cómo Brianna suspiraba de placer y se recostaba contra él por completo—. Lincoln murió hace tiempo, pero su legado, tanto el bueno como el malo, continúa entre nosotros. Esas heridas de las que hablas también, Brianna. Todavía te oigo llorar por las noches, envuelta en sueños. Supongo que yo también lo hago cuando soy presa de los míos. Esas son nuestras propias heridas. Algunas han sido provocadas por esa maldita guerra que nunca olvidaremos. Otras irán siempre con nosotros porque ya supuraban antes de que lucháramos y matáramos a nuestros hermanos.

—Tú no...

—Shhh, lo sé. Pero siempre me sentiré culpable. —Los dedos siguieron su movimiento, hasta que a ella le costó trabajo no dejarse llevar para seguir

el hilo de la conversación—. La vida seguirá. Hoy Ed y Sam se han casado, mañana lo harán nuestros hijos. Yo moriré antes que tú, o tú antes que yo, quién sabe, pero si hay algo que nunca cambiará serán nuestras respectivas cargas de culpa, de remordimientos. Tendría que haber obligado a Cole a reconciliarse conmigo, con guerra o sin ella de por medio. Tendría que haber parado a Grady mucho antes de que incendiara Red Oaks, tendría que haber estado con vosotros cuando Ellington mató a mi madre, contigo cuando trajiste a Mary Anne al mundo, con Ken cada día de incertidumbre después del incendio, cuando no tenía otra cosa a la que aferrarse aparte de un esclavo y el ofrecimiento egoísta de una víbora como Roxanne. Tenía que haberte buscado con más ahínco en vez de casarme con ella inmerso en mi propio dolor, y tenía que haberme quedado a tu lado en vez de alistarme en el ejército, pero ya no puedo cambiar nada de eso, Ojos de Gata. Solo puedo aprender a vivir con ello. Como tú.

El calor se iba extendiendo por su cuerpo como si este fuera hierba seca y la mano de su marido, una tea encendida, pero sacó fuerzas de flaqueza para girarse hasta tener su atormentado rostro delante.

Sonrió con pereza y le acarició la barba. Él era todo aquello que había desgranado con tanto cuidado. Era todos aquellos errores, todos los aciertos que no había enumerado y mucho más. Constituía su hogar, sus cimientos y también sus ruinas, pero había algo en lo que no había reparado.

—Estás equivocado —murmuró, depositando un pequeño beso en sus labios—. Hay cosas que todavía se pueden cambiar.

—Dime una sola y no dudaré en hacerlo.

—Esta. —Se apartó un palmo de él y se abarcó su vientre con la mano, en un gesto tan significativo que él comprendió al momento. Sus extraordinarios ojos dorados se abrieron de par en par cuando los clavó en ella, buscando una confirmación que encontró en su asentimiento—. Creo que estoy embarazada otra vez. —Wyatt se la quedó mirando aturdido, serio. Como si la noticia le desagradara—. ¿No... te hace feliz? —preguntó.

—Tú me has dado esperanza en mis peores momentos. Contigo he vuelto a sentir, a descubrir el cielo y el infierno, Brianna. Eres mi todo y mi nada. Mi vida. Una vida que ahora se prolongará en otra. «Felicidad» es una palabra que se queda corta. —De pronto soltó un aullido de euforia, más propio de un lobo que de un hombre, y la cogió en vilo para dar vueltas sobre sí mismo—. Gracias —murmuró, con el rostro escondido en su pelo castaño—. Con Mary Anne también llegué tarde. Ahora, empezaré desde el principio. Cada vez que

traigamos al mundo una nueva vida, complementará las que hemos perdido.

Ella asintió, riendo cuando él la posó en el suelo y la besó en profundidad.

—Si es un niño lo llamaremos Cole. Y si es una niña, Virginia —añadió contra su boca, con todas sus emociones corriendo a raudales a través del dorado de sus ojos—. Y, antes de que digas nada, si son ambos, te dejaré que elijas el segundo nombre de cada uno.

—¿Es un trato, señor Miller?

—El comienzo de uno, señora Miller. Todavía no he terminado. —Sus párpados se entrecerraron cuando la cogió de la mano y la llevó hasta la cama—. Has dicho que «crees», así que deberíamos asegurarnos de que volverás a hacerme más feliz si cabe dentro de unos meses, ¿no te parece?

Su risa cantarina llenó la estancia, activando cada uno de sus sentidos como los de un animal salvaje. Se sentó en la cama y tiró de ella hasta tenerla sobre él. Se desembarazó de los dichosos pantaloncitos y cerró los ojos, disfrutando del contacto directo de sus carnes, de sus sexos, de sus corazones y de sus almas. Con Brianna sus encuentros en la cama eran mucho más que eso. Eran una comunión total que alcanzaba el grado de mística cuando el éxtasis los sacudía a ambos.

Una muestra más de que hubiera pasado por mil guerras si hubiera sido necesario, solo para retener a aquella extraordinaria mujer a su lado.

Notó la humedad que impregnaba su erección cuando ella empezó a frotarse contra él en un movimiento incitante que amenazó con volverlo loco. Su primer impulso fue elevar las caderas para meterse dentro de ella hasta el fondo, pero todavía le quedaba algo por hacer.

Con la respiración jadeante por la excitación, extendió una mano entre ellos.

—Ahora sí, Ojos de Gata —ronroneó con la vista nublada por el placer—. Es la hora de sellar nuestro trato.

Brianna sonrió con picardía, se irguió sobre sus caderas ignorando la mano extendida y, tomando su miembro con la mano, lo introdujo en su interior por completo.

—Trato sellado, Wyatt —respondió, mientras empezaba a moverse—. Y esta vez, es para siempre.

Nota de la autora

Después de cuatro años de lucha fratricida, la Guerra de Secesión americana provocó el hundimiento definitivo del sur desde el punto de vista económico, puesto que, empobrecido por la destrucción de su principal modo de vida, tuvo que seguir dependiendo de las importaciones para subsistir. Por el contrario, el norte sobrevivió y evolucionó en su industria, sobre todo la armamentística.

A raíz de unas diferencias que persisten hoy en día, aparecieron organizaciones como el Ku Klux Klan, con un marcado componente racista y creadas por antiguos combatientes confederados, cuya existencia perduró durante el siglo XX.

A nivel humanitario, la Guerra de Secesión supuso una de las guerras más sangrientas de la historia de los Estados Unidos. Desde 1861 hasta 1865 se estima que murieron entre 620000 y 750000 soldados, además de un número indeterminado de civiles. La guerra terminó con el 10 por ciento de la población de varones del norte entre 20 y 45 años y el 30 por ciento de los varones blancos del sur entre 18 y 40 años.

En lo referente al Tren Subterráneo, existió realmente. Fue el primer movimiento activista contra la esclavitud, completamente clandestino, y llevaba a los esclavos hacia el norte de los Estados Unidos y Canadá. Los eufemismos ferroviarios utilizados servían para esconder la verdadera función de todas aquellas personas del sur (tanto cuáqueros como propietarios de plantaciones o abolicionistas), que colaboraron, antes y durante la guerra civil, a proporcionar libertad a muchos esclavos, refugiándose tras apodos que escondían sus verdaderos nombres, como El Búho. Lo cierto es que a través de una ruta de casi 800 kilómetros e incluso más, se consiguió liberar del sometimiento a unas 100000 personas.

Por último, las reglas de trato hacia los esclavos que imperan en Red Oaks no fueron lo habitual en el sur, aunque tampoco extrañas. Efectivamente, los brutales castigos físicos estaban a la orden del día, pero sí existían propietarios sureños que los prohibieron por completo. De igual modo, también hubo sureños que, como Wyatt, decidieron engrosar las filas del ejército del norte aun a riesgo de ser considerados como traidores, parias o, en el peor de los casos, desertores que eran perseguidos por las milicias

locales existentes.

Los oficiales de mayor o menor rango que aparecen en la historia, tanto del norte como del sur, existieron realmente, así como las batallas y su descripción objetiva. También el incendio de Atlanta, que históricamente se produjo en noviembre de 1864 como consecuencia de la «marcha hacia el mar» del general Sherman y sus hombres, aunque en aras del desarrollo de la trama, lo adelanté a mayo de 1864. Una pequeña licencia de autora que me he permitido, al igual que el pueblo llamado Clark Creek, de mi total invención.

En definitiva, *Vientos de guerra* no solo es la historia de Brianna y Wyatt a lo largo de los años en los que una guerra cruenta dividió un país, sino también la de todos aquellos hombres, mujeres y niños que fueron arrancados de sus hogares para vivir una vida miserable de sometimiento al hombre blanco, enarbolando unos principios que sostuvieron todo un modo de vida. *Vientos de guerra* es la historia de todos aquellos blancos, o de cualquier otro color, que lucharon por unos ideales y descubrieron cuán insignificantes llegaron a ser estos al lado de la muerte, la de todos los hombres que perdieron a sus mujeres y la de las mujeres que perdieron a sus hombres. La de los hijos que perdieron a sus padres y la de los padres que perdieron a sus hijos. La de los hermanos que lucharon entre ellos, abriendo unas heridas que nunca terminarían de sanar.

Pero no solo es el relato de la historia de unos personajes, con nombre o anónimos, reales o ficticios. Con ella, he pretendido recordar que la historia está ahí para aprender de ella y no volver a cometer los mismos errores del pasado.



[1] Palabra despectiva con la que los ingleses se referían a los irlandeses.

[2] «¡Maldición!», en irlandés original.

[3] «Viento del este, ven a mí», en irlandés original.

[4] «¡Dios! Seré estúpida...», en irlandés original.

[5] «Hermana», en irlandés original.

[6] «Estúpido borracho», en irlandés original.

[7] «¡Maldito sea!», en irlandés original.

[8] «Oh, Dios mío...», en irlandés original.

[9] «Maldito hombre estúpido...», en irlandés original.

[10] «Mi pequeña», en irlandés original.

[11] «Cerdo traicionero...», en irlandés original.

[12] «¡No permitas que mi hijo muera!», en irlandés original.

[13] «Viento del oeste, ven a mí...», en irlandés original.
